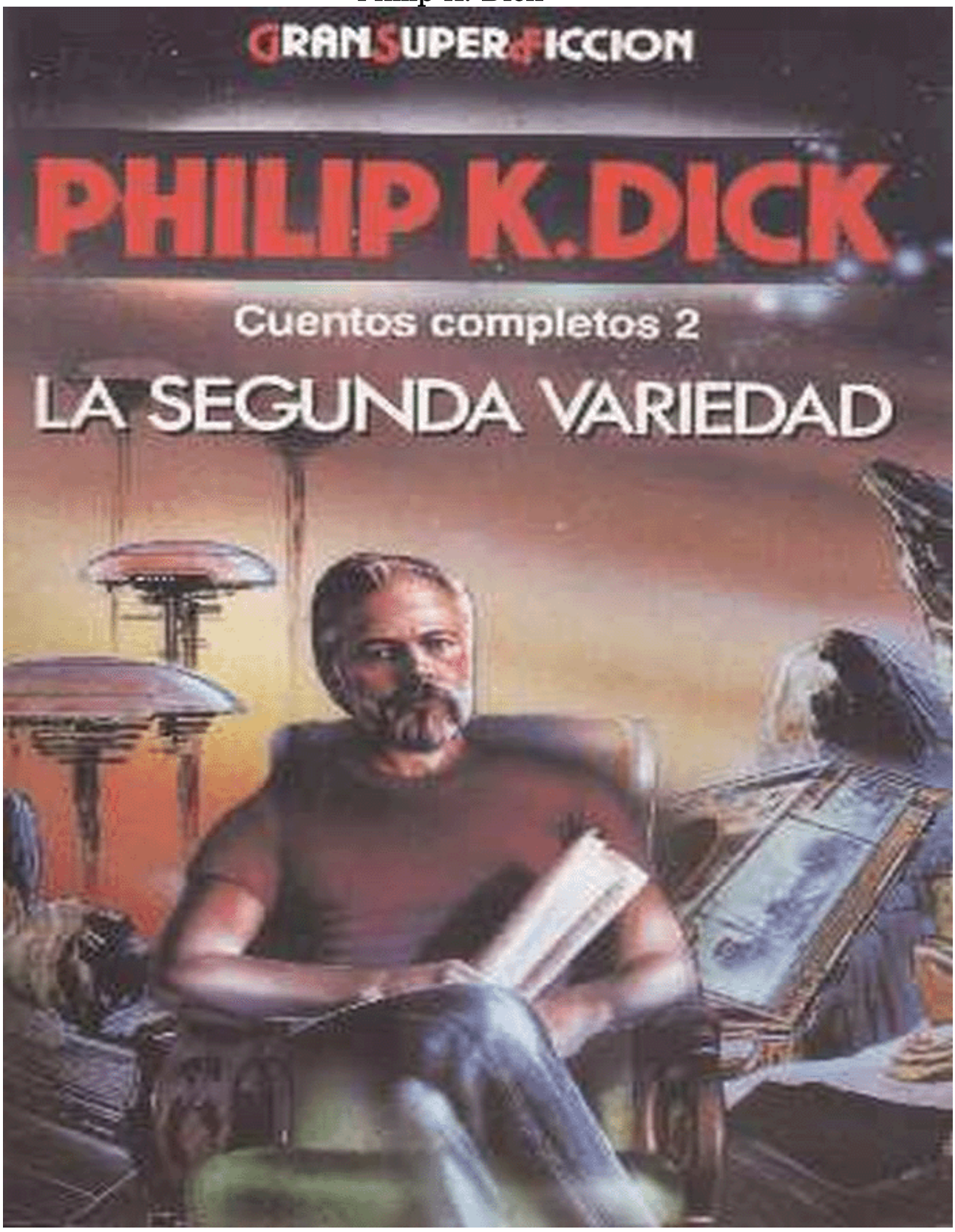
CUENTOS COMPETOS 2 - LA SEGUNDA VARIEDAD

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

El relato con el que Philip K. Dick debutó, Aquí yace el wub, fue publicado en 1952. Este volumen, La Segunda Variedad, contiene 27 relatos cortos publicados entre 1952 y 1955, año en que apareció su primera novela, Lotería solar. Por si fuera poco, no incluye todos los relatos que publicó durante los cuatro primeros años de su carrera.

Este dato es, en sí mismo, muy notable. Pocos escritores podían enorgullecerse de contar con una producción tan prodigiosa en los cuatro primeros años de su carrera, incluso en aquel período, cuando los mercados de la ficción científica corta eran relativamente abundantes y los directores de las publicaciones tenían muchos huecos que cubrir. Si bien es indiscutible que hay en este libro varios relatos triviales y truculentos, la mayoría exhiben muchas de las virtudes incomparables de las obras de Dick más maduras, y hasta las de menor entidad están escritas con su estilo inconfundible.

Considerando que fueron escritas en un período de tiempo tan breve por un escritor novel que iniciaba su carrera, y que Dick las debió pergeñar con rapidez para ganar dinero y hacerse un nombre, estos 27 relatos también adquieren cierta singularidad por lo que no son.

No se adaptan a la fórmula clásica de acción y aventuras. No hay space opera, ni datos concretos, ni civilizaciones extraterrestres sumamente avanzadas, ni héroes intrépidos, villanos y científicos locos, ni tampoco buenos y malos de una pieza. Desde el principio, Dick escribió como si las convenciones comerciales del género no existieran. Hasta los relatos truculentos contienen trucos dickianos. Dick se dedicó desde el primer momento a reinventar la ficción científica y la convirtió en un instrumento literario para expresar sus preocupaciones y, también, sus obsesiones.

Tenemos en las manos una especie de fascinante cápsula temporal, 27 relatos publicados antes de la primera novela de Philip K. Dick, el aprendizaje concentrado en narraciones cortas de un escritor que se convertiría en uno de los grandes novelistas del siglo XX y, tal vez, en el mayor novelista metafísico de todos los tiempos.

Dick empezó a escribir durante la transformación más gigantesca que la ficción científica ha experimentado, al menos desde el punto de vista de las publicaciones. A principios de los años cincuenta, las revistas todavía constituían el medio predominante de publicar CF, lo cual significaba que prevalecía el relato corto. Cuando Dick publicó Lotería solar en 1955, el libro en rústica estaba en camino de llegar a ser el medio habitual de publicación, y la novela, a su vez, la forma predominante.

En los años cincuenta, como el anticipo normal por una novela de CF giraba en torno a 1.500 dólares, cualquier escritor que tratara de ganarse a duras penas la vida escribiendo CF se veía obligado a pergeñar relatos cortos para las revistas. Como el número de novelas que salían a la luz era limitado, también se veía obligado a destacar como escritor de cuentos antes de que una editorial le contratase una novela.

Hablando en términos literarios, y como bien demuestra este volumen, no era un sistema perjudicial, ni siquiera para un novelista nato como Dick. Estos 27 relatos, y los publicados antes de Lotería solar, fueron un aprendizaje, en el sentido más estricto del término.

Al leer seguidos estos relatos reunidos en un solo tomo, se aprecia una cierta similitud, ciertas repeticiones y reiteraciones; se intuye un escritor que está explorando el territorio de su obra futura. Se observa algo similar en la narrativa breve de otros escritores de la época y muy posteriores, como John Varley, William Gibson, Lucius Shepard y Kim Stanley Robinson.

Pero en este libro encontramos la característica uniformidad dickiana.

Muchos escritores de CF que exploran un territorio en su narrativa corta temprana para desarrollarlo a fondo más tarde, tienden a crear un universo consistente, como el Espacio Conocido de Larry Niven, personajes recurrentes como el Retief de Keith Laumer o un marco histórico como la Historia del Futuro de Robert Heinlein, cuando no los tres a la vez.

Se trata, en parte, de una estrategia comercial. Un escritor novel que sea lo bastante ingenuo o loco como para basar su carrera exclusivamente en la narrativa breve, ha de escribir mucho y rápido para mantenerse a flote. Resulta mucho más difícil trabajar con escenarios, historias y personajes ya utilizados que partir de cero cada vez y, como han demostrado las cadenas de TV hace mucho tiempo, las series de episodios constituyen el medio más veloz de hacerse con un público.

Sin embargo, Philip K. Dick no procedió así. En estos cuentos no se repiten personajes, no se intenta situarlos en un universo consistente. Tampoco existe la menor intención de poner en pie una historia del futuro coherente, a pesar de que existen tenues vínculos entre La Segunda Variedad, El mundo de Jon y James P. Crow.

Pero sí existen, sin duda alguna, temas, imágenes y preocupaciones metafísicas, y las encontraremos una y otra vez en las siguientes novelas de Dick, desarrolladas, trabadas, profundizadas y ampliadas.

La Tierra reducida a un montón de escombros nucleares. Sistemas armamentísticos robotizados que evolucionan hacia una seudovida siniestra y antiempática. La libertad humana pisoteada en nombre de la seguridad militar, la prosperidad económica o incluso por su propio bien. Realidades que se interpenetran. Paradojas y lazos temporales irónicos. Héroes y heroínas (gente corriente que trabaja en empleos corrientes) que tratan de salir del paso como pueden.

Estos relatos fueron escritos en pleno apogeo de la guerra fría y de la histeria anticomunista engendrada por el senador Joseph McCarthy y el Comité de Actividades Antiamericanas, en plena paranoia de la guerra nuclear, cuando en las escuelas se enseñaba a los niños a esconderse debajo de sus pupitres al sonar las sirenas que alertaban sobre ataques aéreos. Sus narraciones demuestran que Dick fue un escritor preocupado hondamente por la política desde el primer momento.

Pero demuestran muchas cosas más. En una época en que proclamar tales puntos de vista extrañaba no poco peligro, Dick habló en voz alta y clara contra los temas que desataban la histeria en aquel tiempo: el militarismo, la obsesión por la seguridad, la xenofobia y el chauvinismo.

Además, lo que estos relatos oponen a esos males políticos a gran escala no son virtudes políticas a gran escala, sino la íntima y limitada escala humana y las virtudes espirituales del heroísmo modesto, de la caridad y, sobre todo, de la empatía, que, al fin y al cabo, es lo que distingue al hombre de la máquina, a lo espiritual de lo mecánico, al ser auténtico de la seudovida amañada con la mayor habilidad.

Y si en estos relatos ya se intuye cuál iba a ser el tema central y el eje espiritual de toda la carrera de Philip K. Dick, también se intuye la génesis de la técnica literaria característica que con tanta eficacia lo reduce a un nivel humano íntimo y específico: la utilización del punto de vista múltiple.

Es cierto que el empleo de esta técnica no siempre alcanza la perfección en estos cuentos primerizos. En ocasiones introduce alegremente un punto de vista en una escena por mera conveniencia narrativa. En otras, inserta la opinión de un personaje in media res, a fin de ilustrarnos una escena que no puede presentar con criterios que ya ha establecido. A veces, el punto de vista de un personaje aparece en unos cuantos párrafos y no vuelve a utilizarse.

Dick aprende la técnica del punto de vista múltiple en estos relatos. Sería más preciso decir que lo inventa, porque muy pocos escritores lo habían utilizado antes que Dick, y quienes lo adoptamos después contrajimos una gran deuda con él, tanto si fuimos conscientes de ello como si no.

Pues lo que permite al escritor la técnica del punto de vista múltiple dickiano es contar la historia desde el interior de la conciencia, del espíritu, del corazón de varios personajes, y no de uno solo. Da paso a la intimidad, garantiza empatía al lector, gracias a la multicomplejidad del espíritu humano dentro de los límites de un relato. Y en las manos de un maestro como Philip K. Dick se transforma en una serie de ventanas abiertas a la multicomplejidad metafisica de la propia realidad, la perfecta fusión de forma y fondo.

Estos 27 relatos no son perfectos. Sería faltar a la verdad y a la reputación literaria de Philip K. Dick pretender que representan la plena eclosión del talento maduro que se avecinaba. Sin embargo, también son ventanas abiertas al pasado, a los principios del largo y extraordinario viaje de un gran espíritu, y ventanas abiertas al futuro, a la visión plenamente desarrollada del maestro en el que se iba a convertir el joven y dotado aprendiz que los escribió.

NORMAN SPINRAD
Octubre de 1986

Creo que la paranoia, en algunos aspectos, es la evolución en los tiempos modernos de un antiguo y arcaico sentido que los animales de presa todavía poseen: un sentido que les advierte de que están siendo observados... Estoy diciendo que la paranoia es un sentido atávico. Es un sentido persistente, que tuvimos hace mucho tiempo, cuando éramos, o nuestros antepasados eran, muy vulnerables a los depredadores, y este sentido les advertía de que estaban siendo observados. Y eran observados por algo que, probablemente, iba a atacarles...

Mis personajes poseen a menudo este sentido.

Pero lo que en realidad he hecho ha sido transformar su sociedad en atávica. Aunque situada en el futuro, viven en muchos sentidos... Sus vidas poseen algo de retrógrado. Viven como nuestros antepasados. Es decir, tanto las maquinarias como los escenarios son futuristas, pero las situaciones provienen del pasado.

Philip K. Dick en una entrevista (1974)

LA VIEJECITA DE LAS GALLETAS

—¿Adónde vas, Bubber? —gritó Ernie Mill desde el otro lado de la calle, mientras preparaba su itinerario.

—A ningún sitio —dijo Bubber Surle.

—¿Vas a ver a tu amiga? —Ernie se echó a reír—. ¿Por qué visitas a esa vieja? ¡Cuéntanos algo!

Bubber siguió caminando. Dobló la esquina y bajó por la calle Elm. Vio la casa al final de la calle, algo retirada del solar. Frente a la casa crecían multitud de hierbas, viejas hierbas resecas que susurraban y crujían cuando soplaba el viento. La casa era como una pequeña caja gris, ruinosa y despintada, y los escalones del porche se habían hundido. En el porche descansaba una vieja mecedora deteriorada por la intemperie, y de ella colgaba un trozo de tela roto.

Bubber entró en el sendero. Respiró profundamente cuando empezó a subir los desvencijados escalones. Ya percibía aquel aroma cálido y maravilloso, y la boca se le hizo agua. La perspectiva de lo que se aproximaba aceleró su corazón. Bubber tocó el timbre. Un timbrazo chirriante y oxidado se oyó al otro lado de la puerta. Hubo unos instantes de silencio, roto por el sonido de alguien que se movía.

La señora Drew abrió la puerta. Era vieja, muy vieja, una menuda anciana apergaminada, como las malas hierbas que crecían frente a la casa. Sonrió a Bubber y le abrió la puerta de par en par para que entrara.

—Llegas a tiempo —dijo—. Entra, Bernard. Llegas a tiempo: están a punto.

Bubber se encaminó a la cocina y asomó la cabeza. Las vio, dispuestas en una gran bandeja azul colocada sobre la encimera. Galletas, un plato de galletas calentitas, recién salidas del horno. Galletas rellenas de nueces y pasas.

—¿Qué te parecen? —preguntó la señora Drew. Pasó rauda junto a él y entró en la cocina—. También querrás un poco de leche fría, supongo. Te gusta tomar leche fría con las galletas.

Tomó la jarra de leche que guardaba en el alféizar de la ventana que daba al porche trasero. Después, le sirvió un vaso de leche y depositó algunas galletas en una bandeja pequeña.

—Vamos a la sala de estar.

Bubber asintió con la cabeza. La señora Drew se llevó la leche y las galletas y las puso sobre el brazo del sofá. Se sentó en su silla y contempló como Bubber se dejaba caer al lado de la bandeja y empezaba a atacar su contenido.

Bubber, como de costumbre, comió con buen apetito, concentrado en las galletas y sin emitir otros sonidos que los propios de la masticación. La señora Drew aguardó pacientemente a que el muchacho terminara; su ya abultado estómago se había hinchado aún más. Cuando Bubber vació la bandeja miró hacia la cocina, hacia las restantes galletas.

—¿Te importa esperar un poco a terminarte el resto? —preguntó la señora Drew.

—Bueno —aceptó Bubber.

—¿Cómo estaban?

—Estupendas.

—Eso está bien. —La anciana se reclinó en su silla—. Bueno, ¿qué has hecho hoy en la escuela? ¿Cómo ha ido?

—Bien.

La viejecita observó que la mirada del muchacho vagaba sin descanso por la sala.

—Bernard —dijo a continuación—, ¿quieres quedarte a charlar un rato conmigo? —El chico apoyaba en el regazo algunos libros escolares—. ¿Por qué no me lees algo de tus libros? Ya sabes que no veo muy bien y es un descanso para mí que me lean.

—¿Podré comerme después el resto de las galletas?

—Por supuesto.

Bubber se acercó a ella, hacia el extremo del sofá. Abrió los libros. *Geografía Mundial. Principios de Aritmética. Ortografía...*

—¿Cuál quiere? La anciana titubeó.

—El de geografía.

Bubber abrió al azar el gran libro azul: «Perú».

—Perú limita al norte con Ecuador y Colombia, al sur con Chile, y al este con Brasil y Bolivia. Perú está dividido en tres grandes regiones. La primera es...

La anciana le miraba leer. Sus fofas mejillas temblaban mientras leía, y seguía la línea con el dedo. La señora Drew guardaba silencio, contemplándole, estudiando detenidamente al chico, paladeando cada arruga de concentración en la frente, cada movimiento de sus brazos y manos. Se relajó y se hundió en la butaca. El chico estaba muy cerca de ella, a pocos centímetros de distancia. Tan sólo la mesa y la lámpara les separaban. Era tan agradable que viniera... Llevaba cerca de un mes acudiendo a la cita, desde aquel día en que ella estaba sentada en el porche, le vio pasar y se le ocurrió llamarle mientras señalaba las galletas que tenía junto a la mecedora.

¿Por qué lo había hecho? Lo ignoraba. Vivía desde hacía tanto tiempo en soledad que se sorprendió diciendo cosas extrañas y haciendo cosas extrañas. Veía a muy poca gente, y sólo cuando bajaba a la tienda o el cartero le traía el cheque de la pensión. Sin contar a los basureros.

La voz del chico zumbaba monótonamente. La señora Drew se encontraba a gusto, tranquila y relajada. La viejecita cerró los ojos y cruzó las manos sobre el regazo. Y, mientras dormitaba y escuchaba, algo empezó a ocurrir. La anciana empezó a cambiar; sus arrugas se desvanecían. Estaba rejuveneciendo, sentada en su butaca, y su cuerpo frágil y enjuto se llenaba de juventud. El cabello cano se espesó y oscureció, el color acudió a sus ralas mechas. La piel manchada de sus brazos adquirió un tono subido, como el que tenía muchos años atrás.

La señora Drew, sin abrir los ojos, respiró profundamente. Sentía que *algo* ocurría, pero no sabía qué. *Algo* pasaba; lo sentía, y era bueno. Pero no sabía exactamente qué. Ya había sucedido antes, casi cada vez que el muchacho venía y se sentaba a su lado. Sobre todo en los últimos días, desde que había acercado la silla al sofá. Respiró hondo de nuevo. ¡Era fantástico experimentar aquella cálida plenitud, aquel soplo de calor en su cuerpo frío, por primera vez en tantos años!

La viejecita, sin moverse de su butaca, se había transformado en una matrona de cabello oscuro que rondaría los treinta años, una mujer de

mejillas llenas y brazos y piernas regordetes. Sus labios volvían a ser rojos y en su cuello se concentraba un mínimo exceso de carne, como en el pasado tanto tiempo olvidado.

La lectura cesó de repente. Bubber cerró el libro y se puso en pie.

—He de irme —dijo—. ¿Puedo llevarme el resto de las galletas?

Ella parpadeó y se incorporó. El chico estaba en la cocina, llenándose los bolsillos de galletas. La mujer asintió con la cabeza, desconcertada, todavía bajo los efectos del hechizo. El chico recogió las últimas galletas. Cruzó la sala de estar en dirección a la puerta. La señora Drew se levantó. El calor la abandonó al momento. Se sentía cansada, muy cansada. Contuvo el aliento y respiró con rapidez. Se miró las manos: descamadas, arrugadas.

—¡Oh! —murmuró.

Las lágrimas nublaron sus ojos. Todo se había esfumado en cuanto el chico se apartó. Se tambaleó hasta el espejo situado sobre la repisa de la chimenea y se miró. Unos ojos viejos y apagados la contemplaban, unos ojos hundidos en un rostro ajado. Esfumado, todo esfumado en cuanto el chico se apartó de su lado.

—Hasta luego —dijo Bubber.

—Vuelve —susurró ella—, vuelve, por favor. ¿Volverás?

—Claro —respondió Bubber con voz apática. Abrió la puerta—. Adiós.

Bajó los escalones. Al cabo de un momento se oyeron sus pisadas en la acera. Se había ido.

—¡Bubber, ven aquí! —May Surle, muy malhumorada, estaba de pie en el porche—. Entra y siéntate a la mesa.

—De acuerdo. —Bubber subió al porche con parsimonia y entró en la casa.

—¿Qué te ha pasado? —La mujer le tomó por el brazo—. ¿Dónde has estado? ¿Te encuentras mal?

—Estoy cansado. —Bubber se frotó la frente. Su padre salió de la sala de estar en camiseta, con el periódico en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Fíjate en él —dijo May Surle—. Hecho un asco. ¿Qué has estado haciendo, Bubber?

—Ha visitado a esa vieja —dijo Ralf Surle—. ¿No te das cuenta? Siempre viene hecho un cromo después de visitarla. ¿Para qué vas allí, Bub? ¿Qué te llevas entre manos?

—Le da galletas —explicó May—. Ya sabes cómo es en lo referente a comer. Haría cualquier cosa por una bandeja de galletas.

—Escúchame, Bub —dijo su padre—. No quiero que vuelvas a ir a casa de esa vieja loca. ¿Me has oído? No me importa la cantidad de galletas que te dé. ¡Vuelves a casa demasiado cansado! Se acabó. ¿Me has oído?

Bubber clavó la vista en el suelo y se apoyó en la puerta. Su corazón, agotado, latía violentamente.

—Le prometí que volvería —murmuró.

—Puedes volver una vez más —dijo May, entrando en el comedor—, pero sólo una. Le dices que no puedes volver nunca más. Díselo con educación. Ahora, ve arriba y lávate.

—Será mejor que se acueste después de cenar —dijo Ralf, contemplando a su hijo mientras subía lentamente la escalera, apoyando la mano en la barandilla. Meneó la cabeza—. No me gusta —murmuró—. No quiero que vuelva más allí. Esa vieja es un poco extraña.

—Bueno, será la última vez —dijo May.

El miércoles amaneció cálido y soleado. Bubber paseaba con las manos en los bolsillos. Se detuvo frente a la tienda de McVane un momento, mirando fijamente los tebeos. Una mujer bebía en el mostrador un gran batido de chocolate. Al verlo, a Bubber se le hizo agua la boca. Eso bastó para decidirle. Se volvió y continuó su camino, apresurando un poco el paso.

Pocos minutos después subía al desvencijado porche gris y tocaba el timbre. Detrás de él, el viento agitaba y hacía crujir las hojas. Eran cerca de las cuatro; no podría quedarse mucho rato. En cualquier caso, era la última vez.

La puerta se abrió. Una sonrisa iluminó el rostro arrugado de la señora Drew.

—Entra, Bemard. Me alegro de verte. Tus visitas me rejuvenecen. Bubber entró y miró a su alrededor.

—Prepararé las galletas. No sabía si ibas a venir. —Caminó sin hacer ruido hacia la cocina—. Ahora mismo me pongo manos a la obra. Ven a sentarte en el sofá.

Bubber obedeció. Observó que la mesa y la lámpara habían desaparecido; la butaca estaba junto al sofá. La contempló con perplejidad y en ese momento la señora Drew entró en la sala.

—Ya están en el horno. Tenía la masa preparada. —Se sentó en la butaca con un suspiro—. Bien, ¿cómo te ha ido hoy? ¿Qué tal en la escuela?

—Bien.

La mujer asintió con la cabeza. ¡Qué gordito estaba el muchacho, sentado tan cerca de ella, con las mejillas sonrosadas y llenas! Tan cerca que podía tocarle. Su viejo corazón se aceleró. Oh, volver a ser joven. La juventud era muy importante. Lo era todo. ¿Qué significado tenía el mundo para los viejos? *Cuando todo el mundo sea viejo, muchacho...*

—¿Quieres leerme algo, Bernard? —preguntó a continuación.

—No he traído libros.

—Oh. —La mujer movió la cabeza—. Bueno, yo tengo algunos —se apresuró a decir—. Los traeré.

Se levantó y se dirigió a la biblioteca.

—Señora Drew —dijo Bubber cuando la anciana abrió las puertas—, mi padre dice que no podré volver aquí. Dice que hoy es la última vez. He pensado que sería mejor decírselo.

Ella se quedó inmóvil. Todo pareció saltar a su alrededor, la sala se retorció de furia. Contuvo la respiración, asustada.

—Bernard, no... ¿No vas a volver?

—No, mi padre dice que no.

Se hizo el silencio. La anciana eligió un libro al azar y regresó lentamente hacia su butaca. Al cabo de unos momentos, le pasó el libro al muchacho con manos temblorosas. Bubber lo tomó sin decir nada y examinó la cubierta.

—Lee, Bernard, por favor. Por favor.

—Muy bien. —Abrió el libro—. ¿Por dónde empiezo?

—Por donde quieras. Por donde quieras, Bernard.

El chico empezó a leer. Era algo de Trollope. La mujer apenas le escuchaba. Se llevó la mano a la frente y tocó la piel reseca, frágil y fina, como papel viejo. Tembló de angustia. ¿La última vez?

Bubber continuó leyendo, poco a poco y con voz monótona. Una mosca revoloteaba sobre la ventana. El sol declinaba, la atmósfera refrescaba. Aparecieron algunas nubes, y el viento azotó los árboles con furia.

La anciana seguía sentada, cerca del chico, más cerca que nunca, le oía leer, oía el sonido de su voz, le sentía muy cerca. ¿Era posible que fuera ésta la última vez? El terror atenazó su corazón, pero ella lo rechazó. ¡La última vez! Miró al muchacho sentado tan cerca de ella. Al cabo de unos instantes, alargó su mano fina y seca. Respiró muy hondo. Nunca volvería. Nunca más. Era la última vez que Bernard se sentaba allí.

Le tocó el brazo.

Bubber levantó la vista.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—No te importa que te toque el brazo, ¿verdad?

—No, creo que no.

Prosiguió la lectura. La anciana sintió que la juventud del muchacho fluía entre sus dedos y penetraba en su brazo. Una juventud vibrante, y tan próxima... Nunca había estado más cerca, hasta el punto de poder tocarla. La sensación de vida la aturdió.

Y entonces empezó a suceder, como en otras ocasiones. Cerró los ojos para permitir que la rodeara, que la llenara, que se introdujera en su cuerpo gracias al sonido de la voz y el tacto del brazo. El cambio, la sensación de bienestar, aquella sensación cálida y poderosa, la inundaba. Florecía de nuevo, henchida de vida, fértil y plena como antes, muchos años atrás.

Se miró los brazos. Redondeados, sí, y fuertes las uñas. El cabello. Negro otra vez, espeso y negro, resbalando sobre su cuello. Se tocó la mejilla. Las arrugas habían desaparecido, la piel era suave y flexible.

Una creciente y desbordante alegría se apoderó de ella. Miró a su alrededor, contempló la sala. Sonrió, sintiendo sus dientes y encías firmes, los labios rojos, los fuertes dientes blancos. Se levantó de repente, con el cuerpo seguro y confiado. Describió un breve, ágil y veloz círculo.

Bubber dejó de leer.

—¿Ya están las galletas?

—Voy a ver.

Su voz poseía un tono vivaz y profundo que había perdido muchos años antes. Y ahora la había recuperado, su voz, ronca y sensual. Se dirigió con rapidez a la cocina y abrió el horno. Sacó las galletas y las colocó sobre la encimera.

—En su punto —gritó alegremente—. Ven a comerlas.

Bubber pasó por su lado, con los ojos fijos en las galletas. Ni siquiera reparó en la mujer erguida junto a la puerta.

La señora Drew salió de la cocina como una exhalación. Fue al dormitorio y cerró la puerta a su espalda. Se volvió para contemplarse en el espejo de cuerpo entero sujeto a la puerta. Joven, volvía a ser joven, vivificada con la savia de la vigorosa juventud. Inspiró profundamente y sus firmes senos se hincharon. Sus ojos destellaron, sonrió. Giró sobre sí misma, la falda revoloteó. Joven y adorable.

Y esta vez no se había desvanecido.

Abrió la puerta. Bubber tenía la boca y los bolsillos llenos. Se hallaba de pie en el centro de la sala de estar, con el rostro fofo y abotargado, mortalmente pálido.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Drew.

—Me voy.

—Muy bien. Bernard. Y gracias por venir a leerme. —Apoyó la mano sobre el hombro del chico—. Quizá nos volvamos a ver otra vez.

—Mi padre…

—Lo sé. —Lanzó una alegre carcajada y le abrió la puerta—. Adiós. Bernard. Adiós.

Le vio bajar lentamente los escalones, uno a uno. Después, cerró la puerta y regresó corriendo y brincando al dormitorio. Se desabrochó el vestido y lo dejó caer; la gastada tela gris le resultaba desagradable. Miró durante un breve segundo su cuerpo lleno y redondeado, puso los brazos en jarras.

Rió con nerviosismo y se volvió un poco; tenía los ojos brillantes. Un cuerpo maravilloso, pictórico de vida. Tocó los pechos turgentes. La carne era firme. ¡Había tantas, tantas cosas que hacer! Miró a su alrededor con la respiración alterada. ¡Tantas cosas! Abrió el grifo de la bañera y empezó a sujetarse el pelo.

El viento soplaba a su alrededor mientras Bubber caminaba trabajosamente hacia su casa. Era tarde, el sol se había puesto y el cielo estaba oscuro y cubierto de nubes. El viento que le azotaba era frío y penetraba a través de sus ropas, dejándole helado. El chico se sentía cansado, la cabeza le dolía, y se paraba cada pocos minutos para frotarse la frente y descansar, con el corazón agotado. Se desvió de la calle Elm y subió por la calle Pine. El viento aullaba y le empujaba de un lado a otro. Sacudió la cabeza, intentando despejarse. Qué fatigado estaba, cómo le pesaban los brazos y las piernas. El viento le golpeaba, empujaba y tiraba de él.

Respiró profundamente y siguió su camino con la cabeza gacha. Se detuvo en la esquina y se apoyó en una farola. El cielo había oscurecido por completo, las luces de la calle empezaban a encenderse. Por fin, emprendió nuevamente su camino, sin poder apenas caminar.

—¿Dónde estará ese chico? —se preguntó May Surle, saliendo al porche por décima vez. Ralf encendió la luz y se reunió con ella—. Hace un viento horrible.

El viento silbaba y azotaba el porche. Los dos miraron a ambos lados de la calle desierta, pero sólo vieron algunos periódicos y restos de basura que eran arrastrados por el viento.

—Entremos —dijo Ralf—. Menuda paliza va a recibir cuando llegue a casa.

Se sentaron a la mesa del comedor. May no tardó en bajar el tenedor.

—¡Escucha! ¿No has oído nada?

Ralf escuchó.

Percibieron un tenue ruido, como una palmadita, que sonaba en la puerta de la calle. Ralf se levantó. Afuera, el viento aullaba, y se proyectaban sombras en la habitación de arriba.

—Voy a ver qué es —dijo el hombre.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Algo gris, algo gris y reseco arrastrado por el viento chocaba contra el porche. Lo miró, pero no pudo distinguir qué era. Tal vez un montón de hierbas, hierbas y trapos que el viento empujaba.

El bulto rebotó contra sus piernas. Vio que pasaba de largo y golpeaba contra la pared de la casa. Después, cerró la puerta lentamente.

—¿Qué era? —preguntó May.

—Sólo el viento —respondió Ralf Surle.

DETRÁS DE LA PUERTA

Aquella noche, mientras cenaban, él lo sacó y lo puso junto al plato de Doris. Ésta lo miró y se llevó una mano a la boca.

—Dios mío, ¿qué es esto? —Levantó la vista y le miró con ojos radiantes.

—Bueno, ábrelo.

Doris cortó la cinta y el papel del paquete cuadrado con sus uñas afiladas, mientras su pecho se movía agitado. Larry la observó con atención cuando levantó la tapa. Encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared.

—¡Un reloj de cuco! —exclamó Doris—. Un auténtico reloj de cuco antiguo, como el que tenía mi madre. —Dio vueltas sin parar al reloj—. Igual que el de mi madre, cuando Pete aún vivía. —Sus ojos brillaban de lágrimas.

—Está fabricado en Alemania —explicó Larry, y al cabo de un momento añadió—: Carl me lo consiguió a precio de mayorista. Conoce a un tipo que trabaja en el negocio de relojería. De lo contrario, no habría podido... —Se interrumpió.

Doris emitió una risita.

—Quiero decir que, de lo contrario, no me lo habría podido permitir. —Torció el gesto—. ¿Qué te pasa? Ya tienes tu reloj, ¿no? ¿No era lo que querías?

Doris estaba sentada abrazando el reloj, tenía los dedos apretados contra la madera de color pardo.

—Bueno —dijo Larry—. ¿se puede saber qué pasa? Contempló asombrado como ella se levantaba de un salto y salía corriendo de la habitación, sin soltar el reloj. Meneó la cabeza.

—Nunca están satisfechas. Todas son iguales. Nunca tienen bastante. —Volvió a sentarse y acabó de cenar.

El reloj de cuco no era muy grande. Sin embargo, estaba hecho a mano y tenía grabados en la suave madera incontables adornos. Doris se sentó en la cama, secó sus ojos y abrazó el reloj. Consultó su reloj de pulsera y movió las manecillas del otro hasta que señaló las diez menos dos minutos. Colocó el reloj sobre la cómoda y lo apuntaló.

Se sentó a esperar, mientras se retorcía las manos sobre el regazo: esperaba a que el cuco saliera, a que sonara la hora.

Mientras aguardaba pensó en Larry y en lo que había dicho. Y también en lo que ella había dicho, por cierto, si bien no podía culparse de nada. Al fin y al cabo, no podía seguir escuchándole eternamente sin defenderse. No se gana nada callando.

De pronto, se frotó los ojos con el pañuelo. ¿Por qué tenía que haber dicho aquello, lo de conseguirlo a precio de mayorista? ¿Por qué tenía que estropearlo todo? Si pensaba así, no tenía por qué soltarlo de buenas a primeras. Apretó los puños. Era tan mezquino, tan asquerosamente mezquino.

Pero estaba contenta con el pequeño reloj, con su suave tictac, con sus graciosos bordes enrejados y la puerta. Detrás de la puerta estaba el cuco, esperando el momento de salir. ¿Estaría escuchando, con la cabeza ladeada, esperando a oír la hora para salir?

¿Dormiría entre horas? Bueno, no tardaría en verlo. Se lo preguntaría. Y le enseñaría el reloj a Bob. Le encantaría. A Bob le gustaban las antigüedades, hasta los sellos y los botones antiguos. Claro que la situación era un poco

delicada, pero Larry se quedaba en la oficina mucho tiempo, y eso ayudaba. Si Larry no telefoneara a veces para...

Se oyó un zumbido. El reloj se estremeció y la puerta se abrió al instante. El cuco se deslizó hacia fuera velozmente. Se detuvo y paseó la mirada a su alrededor con solemnidad, examinándola a ella, la habitación y los muebles.

—Sigue —le dijo—. Estoy esperando.

El cuco abrió el pico. Zumbó y gorjeó, rápida, rítmicamente. Después, tras un momento de contemplación, se retiró. Y la puerta se cerró de golpe.

Ella estaba maravillada. Palmoteo y giró sobre sí misma. ¡El cuco era asombroso, perfecto! De qué forma había mirado a su alrededor, estudiándola, contemplándola de arriba abajo. Le había caído bien, estaba segura. Y ella, por supuesto, le quería muchísimo. Era justo como esperaba.

Doris se acercó al reloj. Se inclinó sobre la pequeña puerta, con los labios casi pegados a la madera.

—¿Me oyes? —susurró—. Creo que eres el cuco más maravilloso del mundo. —Hizo una pausa, turbada—. Espero que te guste vivir aquí.

Luego volvió abajo, poco a poco, con la cabeza erguida.

Larry y el cuco se llevaron mal desde el primer momento. Doris decía que era culpa de él por no darle cuerda bien, y al cuco no le gustaba funcionar a medio gas todo el tiempo. Larry dejó en manos de Doris esa tarea. El cuco surgía cada cuarto de hora y agotaba la cuerda hasta el final. Alguien tenía que cuidar siempre de él y volver a darle cuerda.

Doris hacía lo que podía, pero se olvidaba muchas veces. Entonces. Larry arrojaba el periódico con un gesto premeditado de cansancio, se levantaba y entraba en el comedor, pues el reloj seguía colocado sobre la repisa de la chimenea. Lo bajaba y le daba cuerda, sin descuidarse nunca de apoyar el pulgar sobre la puerta.

—¿Por qué apoyas el pulgar sobre la puerta? —le preguntó Doris en una ocasión.

—Es lo que se debe hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, enarcando una ceja—. Puede que sea porque no quieres que salga cuando estás tan cerca.

—¿Por qué no?

—Quizá le tienes miedo.

Larry rió. Devolvió el reloj a su sitio y quitó el pulgar con cautela. Aprovechó que Doris no le miraba para examinarse el dedo.

Todavía se veía la marca del corte sufrido en la yema. ¿Quién, o qué, le había picoteado?

Un sábado por la mañana, cuando Larry se encontraba en su oficina, ocupado con unas cuentas especiales muy importantes, Bob Chambers se acercó al porche delantero y tocó el timbre.

Doris estaba tomando una ducha rápida. Se secó y se puso la bata. Bob entró sonriente cuando abrió la puerta.

—Hola —dijo, mirando a su alrededor.

—No hay problema. Larry está en la oficina.

—Estupendo. —Bob contempló las esbeltas piernas que la bata dejaba al descubierto—. Tienes un aspecto magnífico.

—¡Ten cuidado! —rió Doris—. Creo que no debí dejarte entrar. Intercambiaron una mirada, divertidos y asustados al mismo tiempo.

—Si quieres, me... —empezó Bob.

—No. por el amor de Dios. —Le tomó por la manga—. Pero apártate para que pueda cerrar la puerta. Ya sabes que la señora Peters vive enfrente. —Cerró la puerta—. Quiero enseñarte algo. Aún no lo has visto.

—¿Es una antigüedad, o qué? —se interesó Bob. Ella le tomó por el brazo y le condujo al comedor.

—Te encantará, Bobby. —Se detuvo, con los ojos muy abiertos—. Eso espero. Es necesario, absolutamente necesario que te guste. Significa mucho para mí... Él significa mucho.

—¿Él? —Bob frunció el ceño—. ¿Quién es él?

—¡Tienes celos! —rió Doris—. Ven. —Un momento después se hallaban frente al reloj, contemplándolo—. Saldrá dentro de unos minutos. Ya lo verás. Sé que los dos se llevarán muy bien.

—¿Qué opina Larry de él?

—No simpatizan. A veces, si Larry está aquí, no sale. Larry se pone como loco si no sale a tiempo. Dice...

—¿Qué dice? —Doris bajó la vista.

—Siempre dice que fue un robo, a pesar que lo consiguió a precio de mayorista. —Su rostro se iluminó de alegría—. Pero yo sé que no sale porque Larry no le cae bien. Cuando estoy sola sale en mi honor cada quince minutos, aunque sólo debería hacerlo cuando dan las horas. —Levantó la vista hacia el reloj—. Sale a verme porque le apetece. Charlamos, le cuento cosas. Me gustaría guardarlo en mi cuarto, claro, pero no estaría bien.

Se oyeron unos pasos en el porche delantero. Intercambiaron una mirada, horrorizados.

Larry. malhumorado, empujó la puerta de la calle. Dejó el maletín en el suelo y se quitó el sombrero. Entonces, reparó en la presencia de Bob.

—Chambers. Maldito seas. —Entornó los ojos—. ¿Qué haces aquí?

Entró en el comedor. Doris se ciñó la bata, indecisa, y retrocedió.

—Yo... —empezó Bob—. Quiero decir, nosotros... —Se calló, mirando a Doris.

De pronto, el reloj se puso a zumbar. El cuco surgió como una exhalación, emitiendo su canto. Larry se dirigió hacia él.

—Corta el rollo —dijo. Amenazó al reloj con el puño. El cuco enmudeció y se retiró. La puerta se cerró—. Así está mejor.

Larry miró fijamente a Doris y a Bob, que se mantenían muy juntos y en silencio.

—He venido para echar un vistazo al reloj —dijo Bob—. Doris me explicó que es una antigüedad muy curiosa y que...

—Tonterías. Lo compré yo. —Larry se acercó a él—. Largo de aquí. —Se volvió hacia Doris—. Y tú también. Llévate ese maldito reloj contigo. —Calló y se acarició el mentón—. No. Déjalo aquí. Es mío; yo lo compré y pagué una buena cantidad por él.

Durante las semanas que siguieron a la marcha de Doris, Larry y el cuco se llevaron peor que nunca. En primer lugar, el cuco se quedaba dentro casi siempre, incluso a mediodía, el momento que le exigía mayor dedicación. Y si salía, sólo cantaba una o dos veces, pero nunca el número correcto. Además, en su voz se distinguía una nota hosca, poco cooperativa, un sonido desagradable que tenía la virtud de inquietar e irritar un poco a Larry.

Pero seguía dando cuerda al reloj porque la casa estaba muy silenciosa y tranquila y le ponía nervioso no oír a nadie merodeando, parloteando o tirando cosas al suelo. Hasta el zumbido del reloj le resultaba consolador.

Sin embargo, no le gustaba el cuco. Y a veces hablaba con él.

—Escucha —dijo una noche a la pequeña puerta cerrada—. Sé que puedes oírme. Debería devolverte a los alemanes, a la Selva Negra.

—Paseó arriba y abajo—. Me pregunto qué estará haciendo esa pareja ahora. Ese joven inútil, con sus libros y sus antigüedades. A un hombre no le deben interesar las antigüedades; es cosa de mujeres. —Apretó los dientes—. ¿No es cierto?

El reloj no contestó. Larry se situó frente a él.

—¿No es cierto? —preguntó—. ¿No tienes nada que decir? Miró la esfera del reloj. Eran casi las once, faltaban unos segundos para la hora.

—Muy bien. Esperaré a las once. Después, quiero oír lo que tengas que decir. Desde que ella se marchó, llevas unas semanas muy callado. —Sonrió con ironía—. Tal vez no te gusta estar aquí desde que ella se marchó. —Le miró con severidad—. Bien, pagué por comprarte, y vas a salir tanto si te gusta como si no. ¿Me oyes?

Las manecillas señalaron las once en punto. A lo lejos, en el otro extremo de la ciudad, el reloj de la torre desgranó las campanadas cansadamente. Pero la pequeña puerta siguió cerrada. Nada se movió. El minutero prosiguió su camino y el cuco no dio señales de vida. Estaba dentro del reloj, escondido en alguna parte, silencioso y apartado.

—Muy bien, como tú prefieras —murmuró Larry. torciendo los labios—, pero no es justo. Tu deber es salir. Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

Se dirigió como un alma en pena a la cocina y abrió la enorme nevera reluciente. Mientras se preparaba una copa, pensó en el reloj.

No había ni sombra de duda: el cuco debía salir, con Doris o sin Doris. Ella le había gustado desde el primer momento. Se habían llevado muy bien. También le gustaba Bob, estaba seguro: le habría visto lo bastante como para llegar a conocerle, probablemente. Serían muy felices juntos, Bob, Doris y el cuco.

Larry terminó su copa. Abrió el armarito que había debajo del fregadero y sacó el martillo. Lo transportó con cautela hasta el comedor. El reloj hacía tictac suavemente en la pared.

—Mira —dijo, agitando el martillo—. ¿Sabes qué es esto? ¿Sabes lo que voy a hacer con él? Primero, me ocuparé de ti. —Sonrió—. Gentuza de la peor especie, eso es lo que son..., los tres.

La habitación estaba en silencio.

—¿Vas a salir, o tengo que entrar a buscarte? El reloj zumbó levemente.

—Sé que estás ahí dentro, te oigo. Vas a hablar por los codos, para compensar estas tres últimas semanas. Según mis cálculos, me debes...

La puerta se abrió. El cuco salió como un rayo. Larry estaba mirando fijamente el reloj, con el ceño fruncido. Levantó la vista y el cuco le alcanzó de lleno en el ojo.

Se desplomó, acompañado del martillo, la silla y todo lo demás, y golpeó el suelo con un tremendo impacto. El cuco se quedó inmóvil durante un momento, con su cuerpo erguido. Después, entró de nuevo en su casa. La puerta se cerró de golpe.

El hombre yacía en el suelo, tendido en una postura grotesca, con la cabeza ladeada. Nada se movía. En la habitación reinaba un silencio absoluto, sólo roto, naturalmente, por el tictac del reloj.

—Entiendo —dijo Doris, con el rostro tenso. Bob la rodeó con un brazo, intentando consolarla.

—Doctor, ¿puedo preguntarle una cosa? —dijo Bob.

—Por supuesto —respondió el médico.

—¿Tan fácil es romperse el cuello al caer de una silla? La distancia al suelo era escasa. Sospecho que tal vez no fue un accidente. ¿Existe alguna posibilidad que haya podido ser...?

—¿Un suicidio? —El médico se frotó el mentón—. No conozco ningún caso de suicidio semejante. Fue un accidente, estoy seguro.

—No me refiero a suicidio —murmuró Bob para sí, mirando el reloj de pared—. Me refiero a *otra cosa.* Pero nadie le oyó.

LA SEGUNDA VARIEDAD

El soldado ruso subía nervioso la ladera, con el fusil preparado. Miró a su alrededor, se lamió los secos labios. De vez en cuando se llevaba una enguantada mano al cuello y se enjugaba el sudor y se abría el cuello de la guerrera.

Eric se volvió al cabo Leone.

—¿Lo quieres tú? ¿O lo mato yo? —ajustó el punto de mira de modo que la cara del ruso quedase encuadrada en la lente cortada por las líneas del blanco.

Leone lo pensó. El ruso estaba cerca, se movía con rapidez, casi corriendo.

—No dispares. Espera. No creo que sea necesario.

El ruso incremento su velocidad, pateando cenizas y montones de escombros a su paso. Llegó a la cima de la ladera y se detuvo, jadeando, y miró a su alrededor. Había un cielo plomizo de móviles nubes de partículas grises. Brotaban de tanto en tanto troncos de árboles; el suelo pelado y desnudo, lleno de desperdicios y de ruinas de edificios surgiendo de cuando en cuando como amarilleantes cráneos.

El ruso estaba inquieto. Sabía que algo iba mal. Miró colina abajo. Estaba ya a sólo unos pasos del bunker. Eric estaba poniéndose nervioso. Jugaba con su pistola, mirando a Leone.

—No te preocupes —dijo Leone. No llegará aquí. Ellos se encargarán de él.

—¿Estás seguro? Ha llegado muy lejos.

—Ellos andan alrededor del bunker. Está entrando por mal sitio. ¡Prepárate!

El ruso comenzó a correr colina abajo, hundiendo sus botas en los montones de ceniza gris e intentando mantener el fusil en alto. Se detuvo un momento, y se puso las gafas de campo.

—Está mirando directamente hacia nosotros —dijo Eric.

El ruso siguió avanzando. Podían ver sus ojos, como dos piedras azules. Llevaba la boca un poco abierta. Necesitaba un afeitado; en una de sus huesudas mejillas llevaba un esparadrapo, con una mancha azul en los bordes. Un punto fungoidal. Tenía la guerrera sucia y rota. Le faltaba un guante.

Leone tocó el brazo de Eric:

—Aquí llega.

Algo pequeño y metálico, cruzó el suelo relampagueando bajo la parda luz del mediodía. Una esfera metálica. Subió colina arriba hacia el ruso, dejando una estela. Era pequeña, una de las pequeñas. Llegaba los garfios fuera, dos cuchillas que se proyectaban de su masa y giraban en un torbellino de acero blanco. El ruso la oyó. Se volvió instantáneamente e hizo fuego. La esfera se disolvió en partículas. Pero ya una segunda había surgido y seguía a la primera. El ruso volvió a disparar.

Una tercera esfera saltó sobre una pierna del ruso, girando y batiendo. Subió hasta el hombro. Las girantes cuchillas desaparecieron en el cuello del ruso.

Eric se tranquilizó.

—Bueno, se acabó. Dios mío, esas malditas cosas me ponen los pelos de punta. A veces pienso que estábamos mejor antes.

—Si no las hubiésemos inventado, lo habrían hecho ellos —dijo Leone, encendiendo tembloroso un cigarrillo. Me pregunto por qué vendría hasta aquí ese ruso solo. No veo a nadie que le cubra.

El teniente Scott entraba por el túnel del bunker.

—¿Qué pasó? Algo entró en la pantalla.

—Un Ivan.

—¿Uno sólo?

Eric hizo girar la pantalla de visión. Scott miró por ella. Había ahora numerosas esferas de metal rasgando el cuerpo inerte, hoscos globos de metal que giraban y batían serrando al ruso en pequeños trozos que se llevaban.

—Qué puñado de garras —murmuró Scott.

—Vienen como moscas. No tienen mucha caza últimamente.

Scott desvió la pantalla con repugnancia.

—Como moscas. Me pregunto por qué llegaría ese ruso hasta aquí. Saben que tenemos garras por todas partes.

Un gran robot se había unido a las esferas más pequeñas. Estaba dirigiendo las operaciones, y era un largo tubo con proyecciones oculares. No quedaba mucho del soldado. Lo que quedaba iban llevándoselo ladera abajo las garras.

—Señor —dijo Leone—. Si no tiene inconveniente me gustaría salir y echarle una ojeada.

—¿Por qué?

—Puede que trajera algo.

Scott lo consideró. Se encogió de hombros.

Está bien. Pero cuidado.

—Tengo mi tab —Leone indicó la banda de metal que llevaba a la cintura—. No tendré problemas.

Cogió su fusil y subió cuidadosamente hasta la boca del bunker, abriéndose camino entre bloques de hormigón y tensores de acero, retorcidos y doblados. El aire era frío arriba. Cruzó hacia los restos del soldado, caminando sobre la suave ceniza. Sopló una ráfaga y alzó su rostro un remolino de grises partículas. Cerró los ojos y siguió.

Las garras retrocedieron al acercarse él, reduciéndose algunas a la inmovilidad. Tocó su tab. ¡Cuánto habría dado por él el Ivan! Las radiaciones cortas que emitía el tab neutralizaban las garras, y hasta el gran robot retrocedió respetuoso al aproximarse. Se inclinó sobre los restos del soldado.

La mano enguantada estaba cerrada con fuerza. Tenía algo dentro. Leone separó los dedos. Un recipiente sellado, de aluminio. Aun brillante.

Se lo metió en la bolsa y volvió al bunker. Tras él las garras volvieron a la vida. Se reinició la procesión, esferas metálicas cruzando la gris ceniza con sus cargamentos. Podía oír el rumor de su roce en el suelo. Se estremeció.

Scott se interesó mucho por el tubo.

—¿Tenía esto?

—En la mano —Leone desenroscó la tapa—. Quizá debiera echarle un vistazo, señor.

Scott lo tomó. Vació el contenido en la palma de la mano. Un pedacito de papel de seda cuidadosamente doblado. Se sentó junto a la luz y lo desdobló.

—¿Qué dice, señor? —preguntó Eric mientras subían por el túnel varios oficiales. Apareció el mayor Hendricks.

—Mayor —dijo Scott—. Mire esto.

Hendricks leyó el papel.

—¿Vino sólo esto?

—Venía un solo hombre. Ahora mismo.

—¿Dónde está? —preguntó con voz viva Hendricks.

—Las garras le cogieron.

El mayor Hendricks lanzó un gruñido.

—Mira —se lo pasó a su compañero—. Creo que esto era lo que estábamos esperando. Desde luego se tomaron su tiempo.

—Así que quieren condiciones de paz —dijo Scott—. ¿Vamos a aceptarlo?

—Eso no hemos de decidirlo nosotros. —Hendricks se sentó. ¿Dónde está el oficial de comunicaciones? Quiero que me ponga con la base lunar.

Leone meditó mientras el oficial de comunicaciones alzaba cauteloso la antena exterior, escrutando el cielo sobre el bunker para ver si había rastros de una nave rusa de observación.

—Señor —dijo Scott a Hendricks—. Es bastante extraño que aparezcan de pronto. Llevamos utilizando las garras casi un año. Ahora de repente empiezan a ceder.

—Quizá las garras hayan conseguido entrar en sus búnkers.

—Una de las garras, de las que clavan, entró en un bunker ruso la semana pasada —dijo Eric—. Liquidó a todo un pelotón antes de que consiguieran echarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un tipo. La garra volvió con... con restos.

—Base lunar, señor —dijo el oficial de comunicación.

Apareció en la pantalla la cara del monitor lunar. Su pulcro uniforme contrastaba con los uniformes del bunker. Y estaba perfectamente afeitado.

—Base lunar.

—Aquí es el comando L-Whistle. En tierra. Quiero hablar con el general Thompson.

Desapareció el monitor. Aparecieron en la pantalla los toscos rasgos del general Thompson.

—¿Qué pasa, mayor?

—Nuestras garras cogieron a un soldado ruso con un mensaje. No sabemos qué hacer... ha habido trampas como esta en el pasado.

—¿Qué dice el mensaje?

—Los rusos quieren que enviemos a un solo oficial a nivel político. Para una conferencia. No especifican el carácter de la conferencia. Dicen que

cuestiones de... —consultó el papel—... cuestiones de grave urgencia hacen aconsejable que se inicien conversaciones entre un representante de las fuerzas de las Naciones Unidas y ellos.

Alzó el mensaje ante la pantalla para que el general lo examinara.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Hendricks.

—Manden un hombre fuera.

—¿No cree que sea una trampa?

—Podría serlo. Pero el emplazamiento que nos dan de su comando es correcto. De cualquier modo merece la pena probar.

—Enviaré a un oficial. Y le tendré informado a usted en cuanto regrese.

—De acuerdo, mayor. —Thompson interrumpió el contacto. Se apagó la pantalla. La antena exterior volvió a ocultarse.

Hendricks enrolló el papel, muy pensativo.

—Iré yo —dijo Leone.

—Quieren a alguien a nivel político. —Hendricks se rascó la barbilla—. Nivel político. Llevo meses sin salir. Puede que me haga bien un poco de aire.

—¿No cree que es un poco arriesgado?

Hendricks alzó la pantalla visual y miró por ella. Habían desaparecido los restos del ruso. No se veía más que una garra. Estaba plegada y se hundía en la ceniza como un cangrejo. Como un horrible cangrejo de metal...

—Eso es lo único que me inquieta —dijo Hendricks—. Sé que estoy seguro mientras tenga esto conmigo. Pero de todos modos me ponen los pelos de punta. Las odio. Me gustaría que no las hubiésemos inventado nunca. Hay en ellas algo maligno.

—Si no las hubiésemos inventado nosotros, los ivanes lo habrían hecho.

Hendricks apartó la pantalla.

—De cualquier modo, parecen estar ganando la guerra esas malditas. Supongo que esto es bueno.

—Lo dice como si estuviese del mismo lado que los ivanes.

Hendricks miró su reloj de pulsera.

—Creo que es mejor que me dé prisa si es que quiero volver antes de que anochezca.

Respiró profundamente y luego salió a aquel suelo sucio y gris. Tras un minuto, encendió un cigarrillo y miró a su alrededor. Era un paisaje muerto. Nada se movía. Podía ver kilómetros y kilómetros, una interminable extensión de cenizas y escombros, y ruinas de edificios. Unos cuantos árboles sin hojas ni ramas, con sólo los troncos. Sobre él rodaban las eternas nubes grises, que separaban la tierra del sol.

El mayor Hendricks siguió caminando. Distinguió algo a la derecha, algo redondo y metálico. Una garra que perseguía algo. Probablemente algún animal pequeño, una rata. También atacaban a las ratas. Como una especie de extra.

Llegó a la cima del montículo y miró por los prismáticos. Las líneas rusas estaban a unos cuantos kilómetros frente a él. Y había un puesto de mando adelantado en ellas. De allí procedía el soldado que había traído el mensaje.

Pasó junto a él un cuadrado robot de brazos ondulantes, moviendo sus brazos, inquisitivo. El robot siguió su camino, desapareciendo bajo unos escombros. Hendricks lo contempló. Nunca había visto robots como aquél. Cada vez aparecían nuevos tipos, nuevas variedades y tamaños de robots de las fábricas subterráneas.

Hendricks tiró su cigarrillo y se apresuró. Era interesante la utilización de formas artificiales en la guerra. ¿Cómo había empezado? Por pura necesidad. La Unión Soviética había obtenido un gran éxito inicial, como suelen obtenerlo los que inician la guerra. La mayor parte de Norteamérica quedó borrada del mapa. Pronto hubo una respuesta, desde luego. El cielo se llenó de disco-bombarderos mucho antes de que empezase la guerra. Llevaban allí años. Los discos comenzaron a caer por toda Rusia a las pocas horas del bombardeo de Washington.

Pero esto poco ayudó a Washington.

Los gobiernos del bloque americano se trasladaron a la base lunar el primer año. Era inevitable. Europa había desaparecido; era un montón de escombros con oscuros matorrales que brotaban de cenizas y huesos. La mayor parte de Norteamérica era inhabitable, no podía plantarse nada, nada podía vivir. Unos cuantos millones fueron hacia Canadá y hacia Sudamérica. Pero durante el segundo año empezaron a caer paracaidistas soviéticos, pocos al principio, y luego más y más. Llevaban el primer equipo antirradiación realmente eficaz; lo que quedaba de la producción norteamericana se trasladó a la luna junto con los gobiernos.

Todo salvo la tropa. La tropa que quedaba permanecía allí sobreviviendo a duras penas, y muy esparcida. Nadie sabía exactamente dónde se encontraba; se asentaban donde podían, vagando durante la noche, ocultándose en ruinas, en alcantarillas, en sótanos, con ratas y serpientes. Parecía que la Unión Soviética tenía casi ganada la guerra. Salvo un puñado de proyectiles que se disparaban desde la luna diariamente, apenas si se utilizaban armas contra ellos. Iban y venían a su antojo. A efectos prácticos la guerra había terminado. Nada eficaz se les oponía.

Y entonces aparecieron las primeras garras. Y la suerte de la guerra cambió en quince días.

Las garras eran torpes al principio. Lentas. Los ivanes las liquidaban casi en cuanto entraban en sus túneles subterráneos. Pero luego fueron haciéndolo mejor, más deprisa y con mayor astucia. Las fábricas de toda la tierra las fabricaban. Fábricas en su mayoría subterráneas, detrás de las líneas soviéticas. Fábricas que habían hecho antes proyectiles atómicos, ya casi olvidados.

Las garras se hicieron más rápidas y se hicieron mayores. Aparecieron nuevos tipos, unas con sensores, otras que volaban. Había unos cuantos tipos de garras saltadoras. Los mejores técnicos de la luna trabajaban en ello haciéndolas cada vez más complicadas y flexibles. Los rusos empezaron a tener graves problemas con ellas. Algunas de las garras pequeñas aprendían a ocultarse, enterrándose entre la ceniza y esperar.

Y luego empezaron a entrar en los búnkers rusos, deslizándose dentro cuando levantaban las compuertas para la entrada de aire o para echar un vistazo afuera.

Una garra dentro de un bunker, una esfera giratoria de metal y cuchillas, era suficiente. Y cuando entraba una la seguían otras. Con un arma como aquella, la guerra no podía prolongarse mucho.

Quizá hubiese terminado ya.

Quizá fuese a oír aquella noticia. Quizás el Politburó hubiese decidido tirar la toalla. Lástima que hubiesen tardado tanto. Seis años. Mucho tiempo para una guerra como aquella, tal como la habían desarrollado. Los discos de represalia automática, cayendo por toda Rusia a centenares de miles.

Cristales bacteriológicos. Los proyectiles dirigidos soviéticos, silbando en el aire. Las bombas en cadena. Y ahora esto, los robots, las garras...

Las garras no eran como las otras armas. Prácticamente estaban vivas, quisiese o no admitirlo el gobierno. No eran máquinas. Eran cosas vivas que giraban y reptaban y se alzaban bruscamente de la ceniza gris y se lanzaban hacia un hombre y escalaban por él buscando su cuello. Para eso estaban diseñadas. Era su trabajo.

Hacían bien su trabajo. Sobre todo últimamente, los nuevos diseños. Se reparaban a sí mismas. Eran completamente autónomas. Los tabs de radiación protegían a las tropas de la ONU, pero si un hombre perdía su tab las garras lo cazaban sin que les importase el uniforme. Bajo la superficie, la maquinaria automática iba fabricándolas. Hacía tiempo que los seres humanos estaban al margen. El riesgo era excesivo; nadie quería estar con ellas. Se las dejó abandonadas. Y parecían arreglárselas muy bien. Los nuevos diseños eran más rápidos, más complejos. Más eficaces.

Al parecer habían ganado la guerra.

El mayor Hendricks encendió un segundo cigarrillo. Le deprimía el paisaje. Sólo ruinas y ceniza. Parecía estar solo en el mundo, como si fuese la única cosa viva que quedase sobre la tierra. A la derecha se alzaban las ruinas de un pueblo, unas cuantas paredes y montones de escombros. Tiró la cerilla apagada, avanzó más deprisa. De pronto se detuvo, alzó su fusil, el cuerpo tenso... Durante un minuto pareció como si...

De entre las ruinas de un edificio se acercaba alguien, caminando lentamente hacia él, titubeando.

Hendricks parpadeó.

—¡Alto!

El muchacho se detuvo. Hendricks bajó el fusil. El muchacho le miraba en silencio. Era pequeño, ocho años quizá. Pero resultaba difícil lo de los años. La mayoría de los chicos que quedaban estaban subalimentados y raquíticos. Llevaba un descolorido suéter azul, cubierto de barro, y pantalones cortos. Tenía el pelo largo y sucio. Pelo castaño. Le colgaba sobre la cara y sobre las orejas. Llevaba algo en brazos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ásperamente Hendricks.

El muchacho lo alzó. Era un juguete, un oso. Un oso de felpa. El muchacho tenía unos ojos grandes pero inexpresivos.

Hendricks se tranquilizó.

—Yo no lo quiero. Consérvalo.

El muchacho volvió a abrazar el oso.

—¿Dónde vives? —dijo Hendricks.

—Allí.

—¿En las ruinas?

—Sí.

—¿Bajo tierra?

—Sí.

—¿Cuántos hay allí?

—¿Cuan... cuántos?

—Sí, cuántos sois. ¿Cuántas personas mayores hay donde vives?

El muchacho no contestó.

—No estarás solo, ¿verdad? —dijo Hendricks, ceñudo.

El muchacho asintió.

—¿Y cómo vives?

—Hay comida.

—¿Qué clase de comida?

—Diferente.

Hendricks estudió con curiosidad al muchacho.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

No era posible. ¿O lo era? El muchacho estaba delgado, raquítico. Y probablemente fuese estéril. La radiación, años recibiéndola directamente. Era lógico que fuese tan pequeño. Tenía los brazos y las piernas nudosos y flacos como palos de escoba. Hendricks acarició el brazo del muchacho. Tenía la piel seca y áspera: piel de radiación. Se inclinó y miró el rostro del muchacho. Inexpresivo. Grandes ojos, grandes y oscuros.

—¿Eres ciego? —dijo Hendricks.

—No. Veo algo.

—¿Cómo te las arreglas con las garras?

—¿Las garras?.

—Esas cosas redondas que corren...

—No comprendo.

Quizá no hubiese garras por allí. Había muchas zonas libres de ellas. Solían agruparse alrededor de los búnkers, donde había gente. Habían sido ideadas de modo que percibiesen el calor, el calor de las cosas vivas.

—Tienes suerte —Hendricks se irguió. ¿Bueno, adónde vas?

—¿Puedo ir contigo?

—¿Conmigo? —Hendricks cruzó los brazos—. Voy muy lejos. Kilómetros. Tengo prisa. —Miró su reloj—. Tengo que llegar allí al anochecer.

—Quiero ir.

Hendricks hurgó en su mochila.

—No merece la pena. Toma —le dio las latas de comida que llevaba—. Coge esto y vete. ¿De acuerdo?

El muchacho no contestaba.

—Yo volveré por aquí. Tardaré un día. Si estás por aquí cuando vuelva podrás venir conmigo. ¿De acuerdo?

—Quiero ir contigo ahora.

—Es mucho camino.

—Puedo caminar.

Hendricks se agitó inquieto. Era un blanco demasiado bueno, dos personas caminando juntas. Y el muchacho le retrasaría. Pero no podría volver por aquel camino. Y si el muchacho estaba realmente solo...

—Está bien. Vamos.

El muchacho se colocó a su lado. Hendricks empezó a caminar. El muchacho andaba silenciosamente, abrazando su oso de felpa.

—¿Cómo te llamas? —dijo Hendricks, al cabo de un rato.

—David Eduardo Derring.

—¿David? ¿Qué... qué les pasó a tus padres?

—Murieron.

—¿Cómo?

—En la desintegración.

—¿Hace cuánto?

—Seis años.

Hendricks se detuvo.

—¿Llevas solo seis años?

—No. Habían otras personas conmigo. Pero se fueron.

—¿Y desde entonces vives solo?

—Sí.

Hendricks bajó los ojos. El muchacho era extraño, por decir poco. Remoto. Pero así eran los niños que habían sobrevivido. Tranquilos. Estoicos. Les dominaba una extraña fatalidad. Nada les sorprendía. Lo aceptaban todo. No había ya nada normal, ningún curso natural de las cosas, moral o físico; habían desaparecido la costumbre, el hábito, y todas las fuerzas determinantes del aprendizaje; sólo quedaba la experiencia directa.

—¿Voy muy deprisa? —dijo Hendricks.

—No.

—¿Cuándo me viste?

—Estaba esperando.

—¿Esperando? —dijo Hendricks sorprendido. ¿Y qué esperabas?

—Coger cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas para comer.

—Oh —Hendricks frunció los labios. Un muchacho de trece años que vivía de ratas y de sabandijas y de comida enlatada medio podrida. En un agujero bajo las ruinas de una ciudad. Con estanques de radiación y garras, y las minas perforadoras rusas acechando en el cielo.

—¿Adónde vamos? —preguntó David.

—A las líneas rusas.

—¿Rusas?

—El enemigo. Los que empezaron la guerra. Los que tiraron las primeras bombas radioactivas. Ellos empezaron.

El muchacho cabeceó. Le miraba con rostro inexpresivo.

—Yo soy americano —dijo Hendricks.

El muchacho no dijo nada. Siguieron los dos, Hendricks caminando delante, David tras él, apretando contra el pecho el sucio oso de felpa.

Sobre las cuatro de la tarde pararon a comer. Hendricks hizo una hoguera en un agujero entre fragmentos de hormigón. Arrancó los matorrales y preparó leña. Las líneas rusas no estaban muy lejos. Se encontraban en lo que había sido un largo valle, hectáreas de frutales y viñedos. Ahora sólo quedaban unos cuantos tocones ennegrecidos y las montañas que se extendían en el horizonte al fondo. Y las nubes de rodante ceniza que arrastraba el viento, asentándose sobre los matorrales y los restos de edificios, paredes esparcidas, un trozo de calle.

Hendricks hizo café y calentó un poco de carnero y pan.

—Toma —dio pan y carnero a David. David se sentó al borde del fuego, las piernas cruzadas, huesudas y blancas las rodillas. Examinó la comida y la rechazó con un gesto.

—No.

—¿No? ¿No quieres?

—No.

Hendricks se encogió de hombros. Quizás aquel muchacho fuese un mutante, acostumbrado a alimentos especiales. Daba igual. Cuando tuviese hambre ya encontraría comida. Era un muchacho extraño. Pero sucedían muchas cosas extrañas en el mundo. La vida ya no era igual. Nunca volvería a serlo. La humanidad iba haciéndose a la idea.

—Allá tú —dijo Hendricks. Comió pan y carnero y café. Comía lentamente, como si le resultase laborioso digerir la comida. Cuando acabó se puso de pie y apagó el fuego.

David se levantó lentamente, observándole con sus ojos de joven viejo.

—Nos vamos —dijo Hendricks.

—Muy bien.

Hendricks reemprendió la marcha, el fusil en la mano. Estaban cerca ya, y Hendricks iba tenso, preparado para cualquier cosa. Los rusos tenían que esperar un emisario, una contestación al suyo, pero eran muy tramposos. Siempre había la posibilidad de un error. Examinó el paisaje que les rodeaba. Escombros, ceniza, unos cuantos montículos, árboles chamuscados. Muros de hormigón. Pero algo más allá estaba el primer bunker de las líneas rusas, el puesto de mando adelantado. Bajo tierra, profundamente enterrado, sólo mostrando un periscopio y unos cuantos cañones. Quizás una antena.

—¿Llegaremos pronto? —preguntó David.

—Sí. ¿Cansado?

—No.

—¿Entonces?

David no contestó. Caminaba cuidadosamente tras él, abriéndose camino entre las cenizas. Tenía pies y piernas grises de polvo. Tenía en la cara arrugas de ceniza gris que se dibujaban sobre la blanca palidez de su piel. No tenía color en la cara. Típico de los nuevos niños, criados en sótanos y alcantarillas y refugios subterráneos.

Hendricks se detuvo. Alzó sus prismáticos y estudió el terreno que tenía delante. Tenían que estar allí, en algún sitio, esperándole... ¿o le vigilaban, como habían vigilado sus hombres al emisario ruso? Se estremeció. Quizás estuviesen preparando sus armas, disponiéndose a disparar, lo mismo que sus hombres, disponiéndose a matar.

Se enjugó la cara cubierta de sudor.

—Maldita sea. —se sentía incómodo. Pero tenían que esperarle. La situación era distinta.

Siguió caminando sobre la ceniza, sujetando el fusil con ambas manos. Y detrás iba David. Hendricks miraba a su alrededor, ceñudo. En cualquier segundo podría suceder. Un relámpago de luz, un fogonazo cuidadosamente enfocado desde el interior de un profundo bunker de hormigón.

Alzó un brazo e hizo una señal en el aire.

Nada se movió. A la derecha se veía una larga cordillera, coronada de troncos muertos. Habían crecido unas cuantas vides silvestres alrededor de los árboles, de los restos de árboles. Y las eternas hierbas oscuras. Hendricks examinó el cerro. ¿Había algo allá arriba? Un lugar de observación perfecto. Se aproximó nervioso David le seguía silenciosamente. Si hubiese sido su puesto de mando habría allí un centinela vigilando a los soldados que quisiesen infiltrarse en la zona de mando. Por supuesto, si fuese su puesto de mando habría garras alrededor para una protección plena.

Se detuvo, separadas las piernas, las manos en las caderas.

—¿Ya estamos? —dijo David.

—Casi.

—¿Por qué paramos?

—No quiero correr ningún riesgo. —Hendricks avanzaba lentamente. Ahora el cerro quedaba directamente a su lado a la derecha. Por encima de él. Su inquietud aumentó. Si hubiese allí arriba un ruso estaría en sus manos. Agitó de nuevo el brazo. Tenían que esperar a alguien con uniforme de la ONU como respuesta a su nota. A menos que todo aquello fuese una trampa.

—Ven a mi lado —dijo, volviéndose a David—. No te quedes atrás.

—¿Contigo?

—A mi lado. Estamos muy cerca. No podemos correr riesgos. Ven.

—Voy bien aquí. —David continuó caminando tras él, a unos pasos de distancia, sin soltar su oso de felpa.

—Allá tú. —Hendricks alzó de nuevo sus prismáticos, súbitamente tenso. Por un momento... ¿se había movido algo? Examinó cuidadosamente el cerro. Todo estaba en silencio. Muerto. No había vida allá arriba, sólo troncos de árboles y cenizas. Quizás algunas ratas. Las grandes ratas negras que habían sobrevivido a las garras. Mutantes... construían sus refugios con saliva y ceniza. Una especie de plástico. Adaptación. Continuó caminando.

En la colina, sobre él, apareció un hombre alto de flotante capote. Verde gris. Un ruso. Tras él apareció un segundo soldado, también ruso. Ambos alzaron sus armas, apuntando.

Hendricks quedó paralizado. Abrió la boca. Los soldados estaban arrodillados, apuntando desde el borde del cerro. Se les había unido una tercera persona, una figura más pequeña, también verde gris. Una mujer. Se mantenía detrás de ellos.

Hendricks consiguió hablar por fin.

—¡Alto! —Hizo gestos frenéticos con los brazos—. Soy...

Los dos rusos dispararon. Detrás de Hendricks sonaron dos suaves pops. Sobre él cayeron oteadas de calor, que le derribaron. La cara se le llenó de ceniza y, tosiendo, se puso de rodillas. Todo era una trampa. Estaba sentenciado. Había ido a que le mataran, como a una res. Los soldados y la mujer bajaban por la ladera hacia él, deslizándose sobre la suave ceniza. Hendricks estaba conmocionado. Le palpitaba la cabeza. Torpemente, alzó su arma y apuntó. El fusil le pesaba mil toneladas; apenas podía sostenerlo. Le picaba la nariz y las mejillas. El aire estaba lleno de aquel aroma acre y amargo.

—¡No dispares! —dijo el primer ruso, en un inglés con fuerte acento.

Los tres llegaron junto a él y le rodearon.

—Deja tu rifle, yanqui —dijo el otro.

Hendricks estaba desconcertado. Todo había sucedido con demasiada rapidez. Le habían capturado. Y habían desintegrado al muchacho. Giro la cabeza. David había desaparecido. Lo que quedaba de él estaba esparcido por el suelo.

Los tres rusos le examinaron, curiosos. Hendricks permanecía sentado, conteniendo la sangre de su nariz y escupiendo fragmentos de ceniza. Movía la cabeza intentando despejarla.

—¿Por qué hicisteis eso? —murmuró—. El muchacho.

—¿Por qué? —replicó uno de los soldados que le ayudó a levantarse; mientras hacía volverse a Hendricks—. Mira.

Hendricks cerró los ojos.

—Mira —los dos rusos le empujaron hacia adelante—. Deprisa. ¡No hay tiempo que perder, yanqui!

Hendricks miró. Y lanzó un gemido.

—¿Ves ahora? ¿Comprendes?

De los restos de David salió rodando una rueda metálica. Relés, metal resplandeciente. Piezas, cables. Uno de los rusos dio una patada al montón de restos. Las piezas se desparramaron. Cayó una sección plástica medio chamuscada. Hendricks se inclinó tembloroso. Se había desprendido la parte frontal de la cabeza. Pudo ver un intrincado cerebro, cables y relés, tubos y conmutadores, miles de pequeñas piezas...

—Un robot —dijo el soldado que le tenía sujeto del brazo—. Vimos cómo te seguía. Así es como hacen. Siguen a uno para entrar en el bunker. Así es como consiguen entrar.

Hendricks pestañeó, desconcertado.

—Pero...

—Vamos. —Le condujeron hacia el cerro, resbalando al subir por la ceniza. La mujer llegó primero a la cima y los esperó allí.

—El puesto de mando adelantado —murmuró Hendricks—. Vine a negociar...

—Ya no hay puesto de mando adelantado. Consiguieron entrar. Te explicaremos. —Llegaron a la cima del cerro. Sólo quedamos nosotros. Nosotros tres. Los demás estaban en el bunker.

—Por aquí. Bajemos por aquí. —La mujer abrió una compuerta oculta en el suelo. Entra.

Hendricks se agarró y entró. Los dos soldados y la mujer entraron y bajaron tras él la escalerilla. La mujer cerró la compuerta, asegurándose de que quedaba bien encajada.

—Fue una suerte que te viéramos —gruñó uno de los dos soldados—. Hubiese acabado contigo.

—Dame uno de vuestros cigarrillos —dijo la mujer—. Hace semanas que no pruebo tabaco americano.

Hendricks le dio el paquete. La mujer sacó un cigarrillo y ofreció a los dos soldados. En un rincón de la pequeña estancia brillaba una lámpara. Era una habitación de techo bajo, y apenas había sitio para que se sentaran los cuatro alrededor de una mesita de madera. A un lado se amontonaban algunos platos sucios, Tras una raída cortina se veía parcialmente una segunda habitación. Hendricks vio el extremo de un catre, algunas mantas y ropas colgadas de un gancho.

—Estábamos aquí —dijo uno de los soldados; se quitó el casco, echándose hacia atrás su rubio pelo. Soy el cabo Rudy Maxer. Polaco. Incorporado al ejército soviético hace dos años—. Extendió la mano.

Hendricks titubeó y luego se la estrechó.

—Mayor Joseph Hendricks.

—Klaus Epstein —dijo el otro soldado, bajo, moreno y de pelo tupido; Epstein se rascó nervioso la oreja—. Austriaco. Incorporado Dios sabe cuándo. No me acuerdo.

—Los tres estábamos aquí, Rudy y yo con Tasso —indicó a la mujer—. Por eso escapamos. Los demás estaban abajo en el bunker.

—Y... y les cazaron.

Epstein encendió un cigarrillo.

—Primero entró solo uno. Como el que te seguía a ti. Luego ése dejó entrar a los otros.

—¿Es que hay más de un tipo? —preguntó Hendricks alarmado.

—El muchachito. David. David con su oso de felpa. Es la tercera variedad. La más eficaz.

—¿Qué otros tipos hay?

Epstein buscó en su capote.

—Mira —sacó un montón de fotografías y las extendió sobre la mesa; iban atadas todas en una cinta—. Sírvete tú mismo.

Hendricks desató la cinta.

—Ya ves —dijo Rudy Maxer—. Por eso queríamos entablar conversaciones de paz. Quiero decir, los rusos. Lo descubrimos hace una semana. Descubrimos que vuestras garras empezaban a hacer nuevos diseños por su cuenta. Nuevos tipos. Mejores. En vuestras fábricas subterráneas detrás de nuestras líneas. Los dejasteis que se fabricaran y se repararan por su cuenta. Los hicisteis cada vez más perfeccionados. Lo que ha sucedido es culpa vuestra.

Hendricks examinó las fotografías. Habían sido sacadas precipitadamente; estaban movidas y eran confusas. Las primeras mostraban... a David. David caminando solo. David y otro David. Tres David. Todos exactamente iguales. Todos con un astroso oso de felpa.

Todos patéticos.

—Mira los otros —dijo Tasso.

La siguiente fotografía, tomada a gran distancia, mostraba a un soldado de elevada estatura herido sentado al borde del camino, con un brazo en cabestrillo, un muñón de pierna. Luego dos soldados heridos, los dos iguales. Hombro con hombro.

—Esta es la primera variedad. El soldado herido. —Klaus se inclinó y cogió las fotografías—. ¿Te das cuenta? Las garras fueron diseñadas para atrapar seres humanos. Para encontrarlos. Cada tipo mejoraba el anterior. Llegaron muy lejos, lograron superar nuestras defensas e introducirse en nuestras líneas. Pero mientras eran sólo máquinas, esferas metálicas con garras, cuernos y sensores, podíamos localizarlas y destruirlas como a cualquier otro objeto. Podían detectarse como robots mortíferos en cuanto les viésemos. En cuanto les viésemos...

—La primera variedad arrasó nuestra ala norte —dijo Rudi—. Tardamos mucho tiempo en darnos cuenta. Cuando lo hicimos, ya era demasiado tarde. Llegaban, soldados heridos, llamaban, y pedían que les dejáramos entrar. Y les dejábamos preparados contra las máquinas...

—Entonces se pensó que sólo había un tipo —dijo Klaus Epstein—. Nadie sospechaba que hubiese otro. Nos pasaron las fotografías. Cuando os enviamos el emisario, sólo conocíamos un tipo. La primera variedad. El gran soldado herido. Creíamos que no había más.

—Vuestra línea cayó con...

—Con la tercera variedad. David y su oso. Funcionó aún mejor. —Klaus sonrió amargamente—. A los soldados les gustan mucho los niños. Los trajimos e intentamos alimentarlos. Descubrimos después lo que eran. Lo descubrieron los que estaban en el bunker.

—Nosotros tres tuvimos suerte —dijo Rudi—. Klaus y yo estábamos... haciéndole una visita a Tasso cuando pasó. Esta es su casa —indicó con un gesto. Esta pequeña celda. Acabamos y subimos por la escalerilla otra vez. Lo vimos desde el cerro. Estaban allí, alrededor del bunker. Aún había lucha. David y su oso. Eran centenares Klaus sacó las fotografías.

Klaus ató de nuevo las fotografías.

—¿Y esto está pasando a lo largo de toda vuestra líneas? —dijo Hendricks.

—Sí.

—¿Y nuestras líneas? —Inconscientemente, acarició el tab de su brazo. ¿Pueden...?

—A ellos no les afectan vuestros tabs radiactivos. A ellos les da igual rusos o americanos o polacos o alemanes. Todos son lo mismo. Ellos hacen aquello para lo que están diseñados. Persiguen a la vida, donde la encuentren.

—Se orientan por el calor —dijo Klaus—. Así los construisteis desde el principio. Por supuesto, los que vosotros construisteis podéis mantenerlos a raya con los tabs radioactivos. Pero ahora han burlado esto. Estas nuevas variedades están cubiertas de capas de plomo.

—¿Cuál es la otra variedad? —preguntó Hendricks—. El tipo David, el soldado herido... ¿Cuál es el otro?

—No lo sabemos. —Klaus señaló hacia la parte superior de la pared. Había dos placas de metal, melladas en los bordes. Hendricks se levantó y las examinó. Estaban dobladas y dentadas.

—La de la izquierda procede de un soldado herido —dijo Rudi—. Cogimos uno. Iba hacia nuestro viejo bunker. Le disparamos desde el cerro, como al David que venía contigo.

En la placa había un sello: I-V. Hendricks examinó la otra placa.

—¿Y esta es del tipo David?

—Sí. —La placa también tenía un sello: III-V.

Klaus las contempló, inclinado sobre el ancho hombro de Hendricks.

—Ya ves lo que nos espera. Hay otro tipo. Quizá lo abandonasen. Quizás no funcionase. Pero tiene que haber una segunda variedad. Tenemos la uno y las tres.

—Tuviste suerte —dijo Rudi—. El David te siguió hasta aquí sin tocarte. Probablemente pensó que le meterías en algún bunker.

—Entra uno y se acabó —dijo Klaus—. Son muy rápidos. Si entra uno entran todos. Son inflexibles. Máquinas con un objetivo. Sólo fueron construidas para una cosa —se limpió el sudor del labio.

Quedaron silenciosos.

—Dame otro cigarrillo, yanqui —dijo Tasso—. Son buenos. Casi me había olvidado de cómo eran.

Era de noche. El cielo estaba negro. No se veían estrellas entre las nubes de ceniza. Klaus levantó cautelosamente la compuerta para que Hendricks pudiese mirar afuera.

Rudi señaló en la oscuridad.

—Hacia allí están los búnkers. Donde estábamos nosotros. No hay más de un kilómetro de distancia. Fue pura casualidad que Klaus y yo no estuviésemos allí cuando pasó. Debilidad. Nos salvó nuestra lujuria.

—Todos los demás deben haber muerto —dijo Klaus con voz queda—. Fue todo muy rápido. Esta mañana el politburó tomó la decisión. Nos lo notificaron... al puesto de mando. Enviamos inmediatamente un emisario. Le vimos salir hacia vuestras líneas. Le cubrimos hasta que le perdimos de vista.

—Alex Radrivsky. Los dos le conocíamos. Desapareció hacia las seis. Acababa de salir el sol. Hacia el mediodía Klaus y yo teníamos una hora de descanso. Salimos y nos alejamos de los búnkers. No había nadie observándonos. Vinimos aquí. Antes había sido un pueblo, unas cuantas casas, una calle. Esta bodega era parte de una gran casa de campo.

Sabíamos que Tasso estaría aquí, oculta en su refugio. Ya habíamos venido antes. Y venían aquí otros de los búnkers. Por casualidad hoy era nuestro turno.

—Por eso nos salvamos —dijo Klaus—. Casualidad. Podrían haber sido otros. Bueno... acabamos, y cuando salimos a la superficie y miramos hacia los búnkers les vimos, a los David. Lo comprendimos inmediatamente. Habíamos visto las fotografías de la primera variedad, el soldado herido. Nuestro comisario las distribuyó con una explicación. Si hubiésemos dado otro paso nos habrían visto. Hubiésemos tenido que destruir a los David para volver. Había cientos, por todas partes. Como hormigas. Sacamos las fotos y volvimos aquí, y cerramos.

—No hay mucho problema cuando se trata de uno solo. Somos más rápidos que ellos. Pero ellos son inexorables. No son como los seres vivos. Avanzaban directamente contra nosotros. Y nosotros los desintegramos.

El mayor Hendricks se apoyó en el borde de la compuerta, ajustando sus ojos a la oscuridad.

—¿No es peligroso levantar la compuerta?

—Hay que tener cuidado. ¿Cómo podrías si no utilizar tu transmisor?

Hendricks alzó lentamente el pequeño transmisor del cinturón. Lo apretó contra su oído. El metal estaba frío y húmedo. Sopló en el micrófono y levantó la corta antena. En su oído un leve murmullo.

—Sí, desde luego.

Pero aún vacilaba.

—Te meteremos dentro si pasa algo —dijo Klaus.

—Gracias. —Hendricks esperó un momento, poniéndose el transmisor en el hombro—. Es interesante, ¿verdad?

—¿Qué?

—Esto, lo de los nuevos tipos. Las nuevas variedades de garras. Estamos completamente a su merced, ¿no es cierto? Es muy probable que a estas horas hayan alcanzado también las líneas de la ONU. Eso me hace preguntarme si no veremos pronto el comienzo de una nueva especie. La nueva especie. Evolución. La raza que sucederá al hombre.

Rudi lanzó un gruñido.

—No habrá ninguna raza después del hombre.

—¿No? ¿Por qué? Puede que estemos presenciando el fin de los seres humanos, el nacimiento de una sociedad nueva.

—No hay una raza. Son asesinos mecánicos. Los hicisteis para destruir. Sólo pueden hacer esto. Son máquinas con un trabajo.

—Eso parece ahora. Pero, ¿y después? Cuando acabe la guerra. Quizás muestren sus auténticas potencialidades cuando no haya seres humanos que destruir.

—¡Hablas como si estuviesen vivos!

—¿No lo están?

Hubo un silencio.

—Son máquinas —dijo Rudi—. Parecen personas, pero son máquinas.

—Usa tu transmisor, mayor —dijo Klaus—. No podemos quedarnos aquí eternamente.

Sujetando con firmeza el transmisor, Hendricks emitió el código del bunker de mando. Esperó, escuchando atento. Ninguna respuesta. Sólo silencio. Comprobó cuidadosamente las claves. Todo estaba en su sitio.

—¡Scott! —gritó en el micrófono. ¿Puedes oírme?

Silencio. Elevó la potencia al máximo y lo intentó otra vez. Sólo ruidos parásitos.

—No capto nada. Quizá me oigan y no quieran contestar.

—Diles que es una emergencia.

—Creerán que están obligándome a llamar. Que me obligáis vosotros. —Lo intentó de nuevo, transmitiendo brevemente lo que había descubierto. Pero sólo le respondieron ruidos parásitos.

—Las lagunas radiactivas eliminan la mayor parte de la transmisión —dijo Klaus al cabo de un rato. A lo mejor es eso.

Hendricks dejó el transmisor.

—Es inútil. No contestan. ¿Lagunas de radiación? Puede. O quizá me oigan y no quieran contestar. Yo haría lo mismo, francamente, si un emisario intentase llamar desde las líneas soviéticas. No tienen por qué creer lo que les digo. Pueden haberlo oído todo...

—O quizá sea demasiado tarde.

Hendricks asintió.

—Será mejor que cerremos —dijo Rudi, nervioso—. No tenemos por qué correr riesgos innecesarios.

Descendieron lentamente por el túnel. Klaus encajó con firmeza la compuerta. Entraron en la cocina. La atmósfera resultaba pesada y opresiva.

—¿Podrían actuar tan deprisa? —dijo Hendricks—. Salí del bunker al mediodía. Hace diez horas. ¿Cómo pudieron hacerlo tan deprisa?

—No tardan mucho. Desde que entra el primero. Ya sabes lo que pueden hacer las garras pequeñas. Estas son increíbles. Tienen cuchillas en cada dedo. Es una locura.

—Haré una cosa —dijo Hendricks, dándoles la espalda.

—¿Qué cosa? —dijo Rudi.

—La base lunar. Dios mío, si hubiesen llegado allí...

—¿La base lunar?

Hendricks se volvió.

—Es imposible que lleguen a la base lunar. No hay ninguna posibilidad. No puedo creerlo.

—¿Qué es esa base lunar? Hemos oído rumores, pero nada claro. ¿Cuál es la situación? Pareces preocupado.

—Recibimos suministros de la luna. Allí están los gobiernos, bajo la superficie lunar. Todo nuestro pueblo y nuestras industrias. Por eso podemos continuar la lucha. Si estos monstruos consiguiesen llegar a la luna...

—Basta con que llegue uno. En cuanto llega uno introduce a los demás. Cientos, todos iguales. Tendrías que haberlos visto. Idénticos. Como hormigas.

—Socialismo perfecto —dijo Tasso. —El ideal del estado comunista. Todos los ciudadanos intercambiables.

Klaus lanzó un gruñido colérico.

—Ya basta. ¿Bueno, qué hacemos?

Hendricks paseaba por la habitación. El aire olía a comida y sudor. Los otros le observaban. Tasso cruzó la cortina y entró en la habitación contigua.

—Voy a dormir un poco.

La cortina se cerró tras ella. Rudi y Klaus se sentaron a la mesa, sin dejar de observar a Hendricks.

—Es asunto vuestro —dijo Klaus—. Nosotros no conocemos vuestra situación.

Hendricks asintió.

—Es un problema. —Rudi bebió un sorbo de café, que echó en su taza de un oxidado puchero. —Estaremos seguros aquí durante un tiempo, pero no podemos quedarnos siempre. No tenemos reservas de alimentos suficientes.

—Pero si salimos fuera...

—Si salimos nos cogerán. O pueden cogernos. Sería lo más probable. No podríamos ir muy lejos. ¿A qué distancia queda el bunker de mando americano, mayor?

—¿Y si están ya allí? —dijo Klaus.

Rudi se encogió de hombros.

—En ese caso volveremos aquí.

Hendricks dejó de pasear.

—¿Qué posibilidades hay según vosotros de que hayan llegado ya a las líneas americanas?

—Es difícil saberlo. Pero es bastante probable que hayan llegado ya. Están organizados. Saben muy bien lo que hacen. En cuanto empiezan son como una plaga de langostas. Tienen que seguir moviéndose, y deprisa. Se basan en el engaño y en la velocidad. Antes de que te des cuenta ya están dentro.

—Comprendo —murmuró Hendricks.

Tasso se agitó en la otra habitación.

—¿Mayor?

Hendricks apartó la cortina.

—¿Qué?

Tasso le miró lánguidamente desde el catre.

—¿Te quedan más cigarrillos americanos?

Hendricks entró en la habitación y se sentó frente a ella en un taburete de madera. Hurgó en los bolsillos.

—No. No me queda ninguno.

—Qué lástima.

—¿De qué nacionalidad eres tú? —preguntó Hendricks tras de una pausa.

—Rusa.

—¿Cómo llegaste aquí?

—¿Aquí?

—Esto era Francia. Una parte de Normandía. ¿Viniste con el ejército soviético?

—¿Por qué?

—Pura curiosidad.

La examinó detenidamente. Se había quitado la guerrera y la había echado a los pies del catre. Era joven, unos veinte. Esbelta. Su largo pelo se derramaba sobre la almohada.

Le miraba en silencio, con unos ojos grandes y oscuros.

—¿Qué piensas? —dijo Tasso.

—Nada. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Ella continuaba observándole, sin pestañear los brazos detrás de la cabeza. Llevaba pantalones y camisa del ejército ruso. Verde gris. Grueso cinturón de cuero con hebilla y cartuchera. Botiquín.

—¿Perteneces al ejército soviético?

—No.

—¿Dónde conseguiste el uniforme?

—Me lo dieron —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—¿Qué edad tenías cuando... cuando viniste aquí?

—Dieciséis.

—¿Tan joven?

Ella achicó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Hendricks se rascó la barbilla.

—Tu vida habría sido muy diferente de no ser por la guerra. Dieciséis. Viniste aquí a los dieciséis. A vivir de este modo.

—Tenía que sobrevivir.

—No estoy moralizando.

—Tu vida habría sido también muy distinta —murmuró Tasso; se inclinó y se desabrochó una de las botas; se desprendió de ella de una patada—. Mayor, ¿por qué no te vas a la otra habitación? Tengo sueño.

—Va a ser un problema, los cuatro aquí. Resultará difícil vivir en este espacio. ¿Sólo hay dos habitaciones?

—Sí.

—¿Qué tamaño tenía originariamente el sótano? ¿Era mayor? ¿Hay otras habitaciones llenas de escombros? Quizá pudiéramos despejar una.

—Puede. En realidad no lo sé. —Tasso se aflojó el cinturón; se acomodó en la litera y se desabrochó la camisa—. ¿Estás seguro de que no tienes más cigarrillos?

—Sólo tenía aquel paquete.

—Qué lástima. Quizá podríamos encontrar alguno si volviésemos a tu búnker. —Soltó la otra bota; luego buscó el cordón de la luz. Buenas noches.

—Vas a dormir?

—Eso es.

La habitación se hundió en la oscuridad. Hendricks se levantó, cruzó la cortina y entró en la cocina.

Y se detuvo, rígido.

Rudi estaba contra la pared, la piel blanca y brillante. Abría y cerraba la boca, pero sin emitir ningún sonido. Frente a él estaba Klaus, que le clavaba en el estómago el cañón de su pistola. Ninguno de los dos se movía. Klaus estaba serio, sujetando con firmeza la pistola. Rudi, pálido y silencioso, pegado a la pared.

—Pero ¿qué...? —murmuró Hendricks, pero Klaus le interrumpió.

—Tranquilo, mayor. Acércate. Tu pistola. Saca tu pistola.

Hendricks sacó su pistola.

—Pero ¿qué pasa?

—Cúbrele —Klaus le empujó hacia adelante. A mi lado. ¡Aprisa!

Rudi se movió un poco y bajó los brazos. Se volvió a Hendricks, lamiéndose los labios. Sus ojos brillaban ferozmente. Tenía la frente empapada de sudor que le goteaba por las mejillas. Fijó sus ojos en Hendricks.

—Mayor, se ha vuelto loco. Deténgale la voz de Rudi era áspera y sorda, casi inaudible.

—¿Qué Pasa? —preguntó Hendricks.

Sin bajar la pistola, Klaus contestó:

—Mayor, ¿se acuerda de nuestra discusión? ¿Se acuerda de las tres variedades? Conocíamos la una y la tres. Pero no conocíamos la dos. O no la

conocíamos hasta ahora. —Los dedos de Klaus se apretaron alrededor de la culata e su pistola—. No la conocíamos, pero ya la conocemos.

Apretó el gatillo. De la pistola brotó un fogonazo blanco y cálido que rodeó a Rudi.

—Mayor, esta es la segunda variedad.

—¡Klaus! ¿Qué hiciste?

Klaus se volvió, apartando los ojos de la forma chamuscada que se desmoronaba gradualmente por la pared al suelo.

—La segunda variedad, Tasso. Ahora la conocemos. Hemos identificado los tres tipos. Hay menos peligro. Yo…

Tasso contempló los restos de Rudi, los ennegrecidos y retorcidos fragmentos entre trozos de tela.

—Le mataste.

—No lo lamentes. No era un hombre. Estaba vigilándole. Tenía el presentimiento, pero no estaba seguro. Al menos, no estuve seguro antes. Pero esta tarde me convencí. —Klaus frotó la culata de la pistola, nervioso. —Tenemos suerte. ¿No os dais cuenta? Otra hora aquí y podría…

—¿Estás seguro? —Tasso se inclinó sobre los humeantes restos del suelo; su expresión se endureció—. Mayor, véalo usted mismo. Huesos. Carne.

Hendricks se inclinó también. Eran restos humanos. Carne chamuscada, fragmentos de huesos carbonizados, un trozo de cráneo. Ligamentos, vísceras, sangre. Sangre formando un estanque junto a la pared.

—No hay ninguna pieza —dijo Tasso quedamente, se levantó. No hay ruedas ni piezas ni relés. Ni garras. Nada de segunda variedad. —Cruzó los brazos—. Tendrás que explicar esto.

Klaus se sentó junto a la mesa, súbitamente pálido.

—Suéltalo de una vez —dijo Tasso, cerrando una mano sobre su hombro. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué le mataste?

—Estaba asustado —dijo Hendricks—. Todo esto, todo este asunto…

—Puede.

—¿Qué entonces? ¿Qué piensas?

—Creo que puedes haber tenido una razón para matar a Rudi. Una buena razón.

—¿Qué razón?

—Quizá Rudi descubriese algo.

Hendricks examinó su sombría cara.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—Sobre él. Sobre Klaus.

Klaus alzó la vista rápidamente.

—Supongo que te das cuenta de lo que quiere decir. Ella cree que yo soy la segunda variedad. ¿Comprendes, mayor? Ahora quiere que creas que le maté a propósito. Que soy…

—¿Por qué le mataste, entonces? —dijo Tasso.

—Ya te lo dije —respondió Klaus—. Creí que era una garra. Creí que le había descubierto.

—¿Por qué?

—Había estado vigilándole. Tenía sospechas.

—¿Por qué?

—Porque tenía ciertos datos. Oí algo. Creí oírle… como girar de ruedas dentro de él.

Hubo un silencio.

—¿Crees eso? —dijo Tasso a Hendricks.

—Sí. Creo lo que dice.

—Yo no. Yo creo que mató a Rudi a sabiendas —Tasso cogió el fusil que había en el rincón—. Mayor…

—No —Hendricks hizo un gesto decidido. —Acabemos con esto ahora mismo. Basta con uno. Tenemos miedo, lo mismo que él. Si le matamos haremos lo que él hizo a Rudi.

Klaus le miro agradecido.

—Gracias. Tenía miedo. Lo comprendes, ¿verdad? Ahora tiene miedo ella, como lo tenía yo. Quiere matarme.

—No habrá más muertes —dijo Hendricks, dirigiéndose hacia la escalerilla—. Voy a subir y probar suerte con el transmisor otra vez. Si puedo localizarles volveremos a mis líneas mañana por la mañana.

Klaus se levantó inmediatamente.

—Subiré contigo y te echaré una mano.

El aire de la noche era frío. La tierra estaba refrescándose. Klaus respiró profundamente, llenando sus pulmones. El y Hendricks salieron del túnel y pisaron el suelo de la superficie. Klaus, plantado y con las piernas separadas, el fusil dispuesto, observaba y escuchaba. Hendricks acuclillado junto a la boca del túnel, accionando el pequeño transmisor.

—¿Hay suerte? —preguntó Klaus.

—Aún no.

—Sigue intentándolo. Diles lo que pasa.

Hendricks siguió intentándolo. Sin éxito. Por fin bajó la antena.

—Es inútil. No me oyen. O me oyen y no quieren contestar. O…

—O no existen.

—Lo intentaré otra vez —Hendricks alzó la antena—. Scott, ¿me oyes?

Escuchó. Sólo ruidos parásitos. Luego, muy desmayadamente…

—Aquí Scott.

—¡Scott! ¿Eres tú?

—Aquí Scott.

Klaus se arrodilló a su lado.

—¿Es tu puesto de mando?

—Scott, escucha. ¿Me oyes? ¿Recibiste lo de las garras? ¿Recibiste el mensaje? ¿Me oyes?

—Sí. —Desmayadamente. Casi inaudible. Apenas si podía diferenciar la palabra.

—¿Recibisteis mi mensaje? ¿Va todo bien ahí? ¿No ha conseguido entrar ninguno?

—Todo bien aquí.

La voz se hizo más débil.

—No.

Hendricks se volvió a Klaus.

—Están bien.

—¿Les han atacado?

—No. —Hendricks apretó el auricular junto a su oído—. Scott, no te oigo apenas. ¿Has notificado a la base lunar? ¿Lo saben ellos? ¿Los habéis alertado?

No hubo respuesta.

—¡Scott! ¿Me oyes?

Silencio.

Hendricks se relajó y se sentó en el suelo.

—Se fue. Deben ser las lagunas radioactivas.

Hendricks y Klaus se miraron. Ninguno de los dos dijo nada. Por fin, al cabo de un rato, habló Klaus:

—¿Era la voz de alguno de tus hombres? ¿Pudiste identificar la voz?

—Se oía muy mal.

—¿No puedes estar seguro?

—No.

—Entonces podría haber sido...

—No sé. Ahora ya no estoy seguro. Volvamos abajo y cerremos la compuerta.

Bajaron lentamente por la escalerilla y volvieron al cálido sótano. Klaus aseguró el cierre de la compuerta. Tasso les esperaba, seria y grave.

—¿Hubo suerte? —preguntó.

Ninguno de los dos contestaba.

—Bueno —dijo por fin Klaus—. ¿Qué piensas, mayor? ¿Era tu oficial, o era uno de ellos?

—No lo sé.

—Entonces estamos como antes.

Hendricks miró al suelo, apretando las mandíbulas.

—Tenemos que ir. Para asegurarnos.

—De todos modos sólo tenemos comida aquí para unas semanas. Tendremos que salir a la fuerza.

—Eso parece.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Tasso—. ¿Conseguisteis contacto con el bunker? ¿Cuál es el problema?

—Podía haber sido uno de mis hombres —dijo lentamente Hendricks—. O podría haber sido uno de ellos. Pero quedándonos aquí no lo sabremos nunca. —Miró su reloj—. Apaguemos y durmamos un poco. Tenemos que levantarnos temprano mañana.

—¿Temprano?

—El mejor momento para pasar entre las garras es por la mañana temprano —dijo Hendricks.

Era una mañana cruda y clara. El mayor Hendricks estudió el paisaje con sus prismáticos.

—¿Ves algo? —dijo Klaus.

—No.

—¿Distingues nuestros búnkers?

—¿Hacia dónde quedan?

—Allí. —Klaus tomó los prismáticos y los ajustó.

—Yo sé dónde mirar. —Miró largo rato, silencioso.

Tasso llegó a la cima del túnel y salió a la superficie.

—¿Alguna cosa?

—No. —Klaus devolvió los prismáticos a Hendricks—. Están desenfocados. Vamos. No nos quedemos aquí.

Bajaron los tres por la ladera del cerro, deslizándose sobre la suave ceniza. Tras una piedra lisa vigilaba una lagartija. Se pararon instantáneamente, rígidos.

—¿Qué fue? —murmuró Klaus.

—Una lagartija.

La lagartija echó a correr entre las cenizas. Era exactamente del mismo color.

—Adaptación perfecta —dijo Klaus—. Prueba que tenemos razón. La tiene Lysenko, quiero decir.

Llegaron al pie de la ladera y se detuvieron, muy juntos, mirando alrededor.

—Vamos —dijo Hendricks—. Hay mucho camino a pie.

Klaus se colocó a su lado. Tasso caminaba detrás, con la pistola preparada.

—Mayor, quería preguntarle una cosa —dijo Klaus—. ¿Cómo encontraste al David? El que venía contigo...

—Lo encontré por el camino. En unas ruinas.

—¿Que te dijo?

—No mucho. Dijo que estaba sólo.

—¿No pudiste percibir que era una máquina? ¿Hablaba como un ser humano? ¿Nunca lo sospechaste?

—Es extraño, esas máquinas son tan parecidas a las personas que pueden engañarle. Casi vivas. Me pregunto cómo acabará esto.

—Se dedican a hacer aquello para lo que las diseñasteis vosotros los yanquis —dijo Tasso. —Las creasteis para perseguir la vida y destruirla. La vida humana. En donde la encuentren.

Hendricks observaba atentamente a Klaus.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿En qué piensas?

—En nada —contestó Klaus.

—Klaus piensa que tú eres la segunda variedad —dijo tranquilamente Tasso detrás de él—. Ahora ha puesto los ojos en ti.

Klaus enrojeció.

—¿Por qué no? Nosotros enviamos un emisario a las líneas yanquis y volvió él. Quizá pensara que encontraría aquí buena caza.

—Yo vine de los búnkers de la ONU —dijo Hendricks con una risa áspera—. Y allí estaba rodeado de seres humanos.

—Quizá pensaste que era una oportunidad de entrar en las líneas soviéticas. Quizá pensases que era tu oportunidad. Quizá...

—Las líneas soviéticas estaban ya invadidas. Invadieron vuestras líneas antes de que yo saliese de mi búnker. No olvides eso.

Tasso se colocó a su lado.

—Eso no prueba nada, mayor.

—¿Por qué no?

—Parece ser que hay poca comunicación entre las variedades. Todas son de fábricas distintas. No parecen trabajar conjuntamente. Podrías haber salido hacia las líneas soviéticas sin saber lo que hacían las otras variedades. O incluso cómo eran las otras variedades.

—¿Cómo sabes tú tanto sobre las garras? —dijo Hendricks.

—Las he visto. Las observé. Vi cómo tomaban los búnkers soviéticos.

—Mucho sabes tú —dijo Klaus—. En realidad viste muy poco. Es extraño que fueses tan buena observadora.

Tasso se echó a reír.

—¡No sospecharás de mí ahora!

—Olvídalo —dijo Hendricks. Siguieron caminando en silencio.

—¿Vamos a hacer todo el camino a pie? —dijo Tasso, al cabo de un rato. No estoy acostumbrada a andar:

Miró a su alrededor, contemplando la llanura cenicienta que se extendía por todas partes hasta el horizonte.

—Qué desolación —exclamó.

—Es así por todas partes —dijo Klaus.

—En cierto modo hubiese preferido que estuvieses en tu búnker cuando llegó el ataque.

—Algún otro hubiese estado contigo, en ese caso —murmuró Klaus.

Tasso se echó a reír, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Supongo que si.

Siguieron caminando, los ojos fijos en el horizonte de la vasta llanura de silente ceniza que les rodeaba.

Se ponía el sol. Hendricks avanzaba lentamente, con Tasso y Klaus detrás. Klaus se sentó, apoyando su arma contra el suelo.

Tasso encontró una losa de hormigón y se sentó exhalando un suspiro.

—Es mejor que nos tomemos un descanso.

—Silencio, estate quieta —dijo Klaus ásperamente.

Hendricks subió hasta la cima del montículo que había ante ellos. La misma cima a la que había subido el emisario ruso el día anterior. Hendricks se echó al suelo, y tumbado miró con sus prismáticos lo que había más allá.

No se veía nada. Sólo ceniza y algún árbol. Pero allí, a no más de cincuenta metros, estaba la entrada del búnker. El bunker del que él había salido. Hendricks observaba en silencio. Ningún movimiento. Ningún signo de vida. Nada revivía.

Klaus se deslizó junto a él.

—¿Dónde está?

—Allá abajo.

Hendricks le pasó los prismáticos. Nubes de ceniza cruzaban el cielo del crepúsculo. El mundo oscurecía. Aún les quedaban un par de horas de luz, como máximo. Probablemente menos.

—No veo nada —dijo Klaus.

—Aquel árbol de allí. El tocón. Junto a la pila de ladrillos. La entrada está a la derecha de los ladrillos.

—Tendré que creerlo.

—Tú y Tasso cubridme desde aquí. Yo exploraré el camino hasta la entrada del búnker.

—¿Bajarás solo?

—Con mi tab de muñeca estaré seguro. El terreno que rodea al búnker es un hervidero de garras. Se esconden en la ceniza. Como cangrejos. Vosotros, sin tabs, no podríais hacer nada.

—Quizá tengas razón.

—Caminaré lentamente. Tan pronto como esté seguro…

—Si están dentro del búnker no podrás volver aquí. Son muy rápidos. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Qué sugieres?

Klaus se quedó pensativo.

—No sé. Lo mejor sería conseguir que subieran a la superficie. Así podrías ver.

Hendricks sacó su transmisor del cinturón, alzando la antena.

—De acuerdo, lo haremos.

Klaus hizo una señal a Tasso. Tasso subió diestramente la ladera de la colina hasta donde estaban.

—Va a bajar solo —dijo Klaus—. Le cubriremos desde aquí. En cuanto le veas retroceder, dispara. Son muy rápidos.

—No eres muy optimista —dijo Tasso.

—No, no lo soy.

Hendricks comprobó cuidadosamente su arma.

—Puede que no haya ningún problema.

—Es que no los viste. Centenares. Todos son iguales. Como hormigas.

—Podré descubrir si están ahí sin necesidad de bajar. —Hendricks montó su arma, la sujetó con firmeza y cogió el transmisor con la otra mano. En fin, deseadme suerte.

Klaus le tendió la mano.

—No bajes hasta estar seguro. Habla con ellos desde arriba. Que se muestren.

Hendricks bajó la ladera de la colina.

Momentos después caminaba lentamente hacia la pila de ladrillos y escombros junto al tronco muerto. Hacia la entrada del búnker de mando.

Nada se movía. Accionó el transmisor.

—¿Scott? ¿Me oyes?

Silencio.

—¡Scott! Soy Hendricks. ¿Me oyes? Estoy a la entrada del búnker. Tenéis que verme en la pantalla de visión.

Escuchó, apretando con fuerza el transmisor. Ningún sonido. Sólo ruidos parásitos. Siguió caminando. Una garra salió de la ceniza y corrió hacia él, lo examinó atentamente, y luego se colocó detrás, perrunamente respetuosa, siguiéndole a unos pasos de distancia. Un momento después se le unió otra gran garra. Las garras le seguían silenciosas, mientras él caminaba lentamente hacia el búnker.

—¡Scott! ¿Me oyes.? Estoy a la puerta. Aquí afuera. En la superficie. ¿Me escuchas?

Esperó, apretando contra el costado la pistola, mientras mantenía el transmisor pegado a la oreja. Se esforzaba por oír, pero sólo había silencio y vagos ruidos parásitos.

Luego, clara y metálica, sonó una voz:

—Aquí Scott.

Era una voz neutra. Fría. No podía identificarla. Pero el auricular era preciso.

—Scott, escucha. Estoy aquí arriba. Estoy en la superficie, frente a la entrada del búnker.

—Sí.

—¿Me ves?

—Sí.

—¿Por la pantalla visual? ¿Me tienes enfocado?

—Sí.

Hendricks meditó unos instantes sobre la situación. Le rodeaba un círculo de pacientes garras.

—¿Va todo bien en el bunker? ¿No ha pasado nada especial?

—Todo va bien.

—¿Podrías subir a la superficie? Quiero verte un momento. —Hendricks respiró profundamente. Sube aquí conmigo, quiero hablarte.

—Baja.

—Sube, es una orden.

Silencio.

—¿Subes? —Hendricks escuchó; no había respuesta—. Te ordeno que subas a la superficie.

—Baja.

Hendricks apretó las mandíbulas.

—Ponme con Leone.

Hubo una larga pausa. Escuchaba ruidos parásitos. Luego llego otra voz, firme, sólida, metálica. Igual que la anterior.

—Aquí Leone.

—Hendricks. Estoy en la superficie. A la entrada del búnker. Quiero que subáis uno aquí.

—Baja.

—¿Por qué? ¡Es una orden!

Silencio, Hendricks bajó el transmisor. Miró cautelosamente a su alrededor. La entrada estaba frente a él. Casi a sus pies. Bajó la antena y fijó el transmisor al cinturón. Cuidadosamente, sujetó su arma con ambas manos. Avanzó, paso a paso. Si podían verle sabían que se dirigía a la entrada. Cerró los ojos un momento.

Luego puso un pie en el primer escalón.

Dos David subieron hacia él, sus caras idénticas e inexpresivas. Los desintegró en partículas. Seguían subiendo silenciosamente, todo un ejército. Todos exactamente iguales.

Hendricks dio la vuelta y echó a correr, lejos del bunker, hacia la colina.

En la cima de la colina, Tasso y Klaus dispararon. Las garras pequeñas subían ya hacia ellos, brillantes y rápidas cual esferas de metal, surcando frenéticas las ceniza. Pero no tenía tiempo de pararse a pensar. Se arrodilló, apuntando con su pistola hacia la entrada del búnker. Los David salían en grupos, con sus ositos de felpa. sus flacas y huesudas piernas resonando al subir los escalones hacia la superficie. Hendricks disparó contra la masa principal. Estallaron, desparramando engranajes y muelles en todas direcciones. Disparó de nuevo, entre la niebla de partículas.

Una figura gigantesca surgió de la entrada del búnker, alta y vacilante. Hendricks la contempló sorprendido. Un hombre, un soldado. Con una pierna sólo, apoyándose en una muleta.

—¡Mayor! —era la voz de Tasso. Más disparos. La inmensa figura avanzaba, con los David hormigueando a su alrededor. Hendricks salió de su estupor. La primera variedad. El soldado herido. Apuntó y disparó. El soldado se dispersó en piezas, casquillos, cables y muelles por todas partes. Los David se esparcían por la llanura. Disparó una y otra vez, retrocediendo lentamente y disparando.

Desde la cima de la ladera disparaba Klaus. La ladera hervía de garras que pretendían subir. Hendricks retrocedió hacia el montículo, sin dejar de disparar. Tasso había dejado a Klaus e iba lentamente bordeando hacia la derecha, apartándose de la cima.

Un David subió hacia él, con su carita blanca e inexpresiva y su pelo marrón colgando sobre los ojos. Se inclinó súbitamente, abriendo los brazos. El oso de felpa saltó al suelo y avanzó con él a saltos. Hendricks disparó. David y el oso se disolvieron. Era como un sueño. Hendricks parpadeó.

—¡Sube aquí! —era la voz de Tasso. Hendricks se dirigió hacia ella. Estaba junto a unas columnas de hormigón, de un edificio destruido. Disparaba por encima de él, con la pistola que Klaus te había dado.

—Gracias. —Llegó junto a ella, jadeando por el esfuerzo. Ella le empujó detrás de las columnas. Sacaba algo de su cinturón.

—¡Cierra los ojos!. —Sacó una bomba de la cintura y la activó. —Cierra los ojos y tiéndete.

Tiró la bomba. Describió un arco y fue saltando hasta la entrada del búnker. Dos soldados heridos estaban apostados junto a la pila de ladrillos. Seguían saliendo más David, esparciéndose por la llanura. Uno de los soldados heridos se acercó a la bomba y se agachó para cogerla.

La bomba estalló. La explosión hizo rodar a Hendricks por el suelo. El viento caliente lo azotó. Vio a Tasso de pie tras las columnas, disparando lenta y metódicamente contra los David que salían de las ardientes nubes de blanco fuego.

Parapetado en la cima Klaus, luchaba con un anillo de garras que le rodeaban. Retrocedía, disparando contra ellas, intentando atravesar el anillo.

Hendricks se puso de pie trabajosamente. Le dolía la cabeza. Apenas veía. Todo te daba vueltas. No podía mover el brazo derecho.

Tasso se acercó a él.

—Ven. Vamos.

—Klaus... está allá arriba.

—¡Vamos! —Tasso arrastró a Hendricks, apartándole de las columnas. Hendricks movió la cabeza, intentando despejarla. Tasso andaba deprisa, los ojos duros y brillantes, temerosa de las garras que habían escapado a la explosión.

De entre las rodantes nubes de llamas salió un David. Tasso lo desintegró. No aparecieron más.

—Pero Klaus... ¿qué hacemos? —Hendricks se detuvo, vacilante—. El...

—¡Vamos!

Retrocedieron, apartándose cada vez más del búnker. Un grupo de garras les siguió durante un rato, y luego les dejó y retrocedió. Por fin, Tasso se detuvo.

—Podemos parar aquí y recuperar fuerzas.

Hendricks se sentó en un montón de escombros. Se frotó el cuello, carraspeando.

—Dejamos a Klaus allí.

Tasso no contestó. Abrió su pistola y colocó un peine nuevo.

Hendricks la miró, desconcertado.

—Le dejaste allí aposta.

Tasso cerró la recámara. Miraba los montones de escombros que les rodeaban, con cara inexpresivo. Como si buscase algo.

—¿Qué es? —preguntó Hendricks—. ¿Qué estás buscando? ¿Viene algo?

No comprendía. ¿Qué estaba haciendo ella? ¿Qué esperaba? El no veía nada. Ceniza por todas partes, ceniza y ruinas. Y de vez en cuando el tronco chamuscado de un árbol, sin hojas ni ramas.

—¿Qué...?

Tasso le interrumpió.

—Quieto. —Achicó los ojos y sacó la pistola. Hendricks se volvió, siguiendo su mirada.

Por el camino que habían seguido ellos venía alguien. Caminaba cansinamente hacia ellos. Tenía las ropas destrozadas. Cojeaba, y avanzaba muy lentamente. Se detenía de vez en cuando a descansar y tomar aliento.

Una vez estuvo a punto de caer. Se detuvo un momento para recuperarse. Luego continuó.

Klaus.

Hendricks se incorporó.

—¡Klaus! —avanzó hacia él—. Cómo demonios...

Tasso disparó. Hendricks se volvió. Ella disparó de nuevo, por encima de él, un mortífero trallazo de fuego. La llama alcanzó a Klaus en el pecho. Explotó, tuercas y piezas volaron por el aire. Durante un instante continuó caminando. Luego se tambaleó y se derrumbó en el suelo. Rodaron unos cuantos tornillos más.

Silencio.

Tasso se volvió a Hendricks.

—Ahora entenderás por qué mato a Rudi, supongo.

Hendricks volvió a sentarse lentamente. Estaba conmocionado. No podía pensar.

—Te das cuenta? —dijo Tasso. —¿Comprendes? —Hendricks no dijo nada. Tenía la sensación de que todo se derrumbaba a su alrededor a gran velocidad. La oscuridad le cubría.

Cerro los ojos.

Hendricks abrió los ojos lentamente. Le dolía todo el cuerpo. Intentó incorporarse, pero sintió pinchazos de dolor en el brazo y en el hombro. Lanzó un gemido.

—No intentes levantarte —dijo Tasso. Se inclinó, poniendo su fría mano en la frente de Hendricks.

Era de noche. En el cielo brillaban unas cuantas estrellas, entre las nubes de ceniza. Hendricks estaba tendido y apretaba los dientes. Tasso le miraba impasible. Había hecho una hoguera. El fuego ardía débilmente alrededor de un recipiente de metal que había sobre él. Todo estaba en silencio. Inmóvil oscuridad fuera del círculo del fuego.

—Así que él era la segunda variedad —murmuró Hendricks.

—Lo supe desde el principio.

—¿Por qué no le descubriste antes?

—Me lo impediste tú. —Tasso se acercó al fuego para mirar el recipiente. —Café. Estará listo dentro de un rato.

Se sentó de nuevo a su lado. Abrió la pistola y empezó a desmontar sus mecanismos, examinándolos atentamente.

—Una hermosa pistola —dijo Tasso, medio hablando sola—. La técnica de construcción es soberbia.

—¿Y qué me dices de ellas? De las garras.

—La explosión de la bomba acabó con la mayoría. Son delicadas. Un mecanismo muy complejo, supongo.

—¿También los David?

—Si.

—¿Cómo tenías una bomba como aquélla?

Tasso se encogió de hombros.

—Nosotros la diseñamos. No deberías subestimar nuestra tecnología, mayor. Sin aquella bomba ni tú ni yo estaríamos vivos ahora.

—Es muy eficaz.

Tasso estiró las piernas, aproximando los pies al calor del fuego.

—Me extrañaba que no te dieses cuenta después de que mató a Rudi. ¿Por qué crees que...?

—Ya te lo dije. Creí que tenía miedo.

—¿De veras? Sabes, mayor, durante un tiempo sospeché de ti. Porque no me dejabas que le matase. Creí que le protegías. —Se echó a reír.

—¿Estamos seguros aquí? —preguntó de pronto Hendricks.

—Por un tiempo. Hasta que lleguen refuerzos de otras zonas. —Tasso empezó a limpiar los mecanismos de la pistola con un trapo. Terminó y la montó otra vez. Acarició con los dedos la culata.

—Tuvimos suerte —murmuró Hendricks.

—Sí. Mucha suerte.

—Gracias por ayudarme.

Tasso no contestó. Alzó los ojos hacia él, brillantes a la luz del fuego. Hendricks se examinó el brazo. No podía mover los dedos. Tenía todo el costado como dormido. Y sentía un dolor sordo y firme.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Tasso.

—Tengo el brazo herido.

—¿Algo más?

—Heridas internas.

—No te agachaste lo suficiente cuando estalló la bomba.

Hendricks no contestó. Observó a Tasso servir el café en una cazuela de metal. Se la pasó.

—Gracias. —Se esforzó en beber. Le resultaba difícil tragar; sentía vómitos, y le devolvió el recipiente. No puedo beber más.

Tasso bebió el resto. Pasó un tiempo. Las nubes de ceniza cruzaban entre ellos y el oscuro cielo. Hendricks descansaba, la mente en blanco. Al cabo de un rato se dio cuenta de que Tasso estaba de pie a su lado, y que le miraba.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—¿Te sientes algo mejor?

—Algo.

—¿Sabes, mayor, que si no te hubiese traído hasta aquí te habrían liquidado? Estarías muerto. Como Rudi.

—Lo sé.

—¿Quieres saber por qué lo hice? Podría haberte dejado. Podría haberte dejado allí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenemos que largarnos de aquí. —Tasso avivó el fuego con una astilla, y contempló fijamente las brasas—. Aquí no puede vivir ningún ser humano. Si vienen refuerzos no podremos resistir. He pensado en todo esto mientras estabas inconsciente. No creo que tarden más de tres horas en volver.

—¿Y esperas algo de mí?

—Eso es. Espero que encuentres un medio de salir de aquí.

—¿Por qué yo?

—Porque yo no conozco ninguno —le miró con ojos relampagueantes, firme y segura a la media luz—. Si no das con un medio de salir de aquí, nos matarán en tres horas. Yo no veo ninguna salida. ¿Qué dices tú? ¿Qué vas a hacer? He estado esperando toda la noche. Aquí sentada mientras estabas inconsciente, esperando. Va a amanecer ya. Está acabando la noche.

Hendricks lo pensó un momento.

—Es curioso —dijo al fin.

Librodot

—¿Curioso?

—El que pensases que yo encontraría un medio de salir de aquí. ¿Qué creíste que podía hacer yo?

—¿No puedes hacer que nos lleven a la base lunar?

—¿A la base lunar? ¿Cómo?

—Debe haber algún medio.

—No —dijo Hendricks—. No conozco ninguno.

Tasso no dijo nada. Por un instante su firme mirada vaciló. Bajó la cabeza, apartándola bruscamente. Se levantó.

—¿Más café?

—No.

—Como quieras. —Tasso bebió en silencio. Hendricks no podía verle la cara. Estaba tendido en el suelo, ensimismado en sus pensamientos, intentando concentrarse. Le resultaba difícil pensar. Aún te dolía la cabeza. Y aún persistía la conmoción.

—Podría haber un medio —dijo de pronto.

—¿Sí?

—¿Cuánto falta para que amanezca?

—Dos horas. No tardará en salir el sol.

—Teóricamente tendría que haber una nave cerca de aquí. Yo nunca la he visto. Pero sé que existe.

—¿Qué clase de nave?

—Un crucero.

—¿Podríamos ir en él a la base lunar?

—Teóricamente sí. En caso de emergencia. —Se rascó la frente.

—¿Qué te pasa?

—La cabeza. Me resulta difícil pensar. Apenas puedo... apenas puedo concentrarme. Fue la bomba.

—¿Está cerca de aquí la nave? —Tasso se colocó a su lado, sentada—. ¿A qué distancia? ¿Dónde está?

—Estoy intentando pensar.

Ella hundió sus dedos en el brazo de Hendricks.

—¿Está cerca? —su voz era como acero. —¿Dónde crees que está? ¿Estará bajo tierra? ¿En un refugio subterráneo?

—Sí. En un hangar de almacenamiento.

—¿Cómo podemos localizarlo? ¿Hay alguna indicación? ¿Hay algún código que permita identificarlo?

Hendricks se concentró.

—No. No hay ninguna indicación. Ningún código.

—¿Qué, entonces?

Una señal.

—¿Qué clase de señal?

Hendricks no contestó. A la vacilante luz de la hoguera, se le borraba la vista, y sus ojos eran dos órbitas ciegas. Tasso hundió con más fuerza los dedos en su brazo.

—¿Qué clase de señal? ¿Qué es?

—Yo... no puedo pensar. Déjame que descanse.

—Está bien. —Tasso le dejó y se levantó. Hendricks se quedó tendido en el suelo, con los ojos cerrados. Tasso se apartó de él, con las manos en los bolsillos. Dio una patada a una piedra y se quedó mirando al cielo, la oscuridad de la noche empezaba a engrisecer. Llegaba la mañana.

Tasso apretó su pistola y se puso a caminar alrededor de la hoguera. El mayor Hendricks seguía en el suelo inmóvil, con los ojos cerrados. La línea gris fue alzándose en el cielo cada vez más. Empezó a hacerse visible el paisaje, campos de ceniza en todas direcciones. Ceniza y ruinas de edificios paredes, montones de hormigón, el tronco desnudo de un árbol.

El aire era frío y áspero. Lejos, un pájaro lanzó unos cuantos gorjeos sombríos.

Hendricks se agitó. Abrió los ojos.

—¿Amaneció? ¿Ya?

—Sí.

Hendricks se incorporó.

—Tú querías saber algo. Me preguntabas.

—¿Te acuerdas ahora?

—Sí.

—¿Qué es? ¿qué?

—Un pozo. Un pozo en ruinas. Debajo está el hangar de almacenamiento.

—Un pozo —Tasso pareció tranquilizarse—. Entonces encontraremos ese pozo. —Miró su reloj—. Nos queda más o menos una hora, mayor. ¿Crees que lo encontraremos en una hora?

—Ayúdame a levantarme —dijo Hendricks.

Tasso dejó su pistola y le ayudó.

—Va a ser dificil.

—Si, desde luego —dijo Hendricks, apretando los dientes—. No creo que lleguemos muy lejos.

Empezaron a andar. El sol del alba les calentaba levemente. El terreno era desnudo y liso, una extensión gris e inerte hasta el horizonte. Sobre ellos, muy arriba, hacían círculos silenciosos y lentos unas cuantas aves.

—¿Ves algo? —dijo Hendricks—. ¿Ves alguna garra?

—No. Aún no.

Cruzaron unas ruinas, un montículo de hormigón y ladrillos. Unos cimientos. Las ratas huían. Tasso se volvió hacia Hendricks.

—Esto era una ciudad —dijo Hendricks—. Un pueblo, más bien. Toda la zona llena de viñedos.

Salieron a una calle destruida, con el pavimento lleno de fisuras y matorrales. A la derecha brotaba una chimenea de piedra.

—Con cuidado —advirtió él.

Apareció ante ellos un pozo, un sótano abierto. Salían de él extremos mellados de tuberías, dobladas y retorcidas. Cruzaron parte de una casa, pasaron ante una bañera volcada, una silla rota, unas cuantas cucharas y restos de platos. En el centro de la calle se había hundido el suelo. La depresión estaba llena de matorrales, escombros y huesos.

—Es aquí —murmuró Hendricks.

—¿En esta dirección?

—A la derecha.

Pasaron ante los restos de un pesado tanque; el contador que llevaba Hendricks al cinturón cliqueteó lúgubremente. El tanque había sido destruido por la radiación. A unos metros del tanque había un cuerpo momificado con la boca abierta. Al otro lado de la calle había un campo liso. Piedras y matorrales y fragmentos de cristal.

—Allí —dijo Hendricks.

Se destacaba un pozo de piedra, roto y desmoronado. Tenía encima unas cuantas tablas. Hendricks caminó vacilante hacia él, con Tasso a su lado.

—¿Estás seguro? —dijo Tasso—. Parece un pozo normal.

—Estoy seguro.

Hendricks se sentó al borde del pozo, apretando los dientes. Respiraba con premura. Se enjugó el sudor de la cara.

—Estaba previsto para que pudiese escapar el oficial de mando en caso necesario. Si caía el bunker…

—¿Tú eras el oficial de mando?

—Sí.

—¿Dónde está la nave? ¿Está aquí?

—Estamos sobre ella. —Hendricks extendió sus manos sobre la superficie de la piedra del pozo—. Está programada para mí y para nadie más. Es mi nave.

Hubo un agudo clic. Luego oyeron un sonido rechinante bajo ellos.

—Volvamos atrás —dijo Hendricks. Se apartaron del pozo.

Una parte del suelo retrocedió. Una estructura metálica fue brotando lentamente de la ceniza, dispersando en su ascensión ladrillos y matorrales. La ascensión cesó al quedar al descubierto el morro de la nave.

—Aquí está —dijo Hendricks.

La nave era pequeña. Descansaba tranquila, suspendida en su soporte, como una aguja roma. Una lluvia de ceniza cayó en el interior de la cavidad oscura de la que había surgido la nave. Hendricks se acercó. Desatornilló la escotilla y la abrió. Se veían los tableros de control y el asiento de presión.

Tasso se acercó y se colocó a su lado, mirando el interior de la nave.

—No estoy habituada a pilotar cohetes —dijo al cabo de un rato.

Hendricks la miró sorprendido.

—Seré yo quien la pilote.

—¿Tú? Sólo hay un asiento, mayor. Veo que está construida para una persona sólo.

Hendricks estudió atentamente el interior de la nave. Tasso tenía razón. Sólo había un asiento. La nave estaba construida para llevar sólo una persona.

—Comprendo —dijo lentamente—. Y esa persona eres tú.

Ella asintió.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Tú no puedes ir, estás herido. Probablemente no sobrevivirías al viaje. Tal vez no llegases nunca.

—Un comentario muy interesante. Pero has de saber que yo sé donde está la base lunar y tú no. Podrías estar meses volando sin encontrarla. Está muy bien escondida. Si no se sabe lo que hay que buscar…

—Tendré que correr mis riesgos. Quizá no la encuentre. Yo sola. Pero estoy segura de que me darás toda la información que necesite. Tu vida depende de ello.

—¿Cómo?

—Si encuentro la base lunar a tiempo, quizá pueda conseguir que envíen una nave a recogerte. Si encuentro la base a tiempo. Si no, no tendrás ninguna posibilidad. Supongo que en la nave hay suministros. Me durarán lo suficiente…

Hendricks actuó rápidamente. Pero le traicionó su brazo herido. Tasso le esquivó, echándose ágilmente a un lado. Y alzó su mano, rápida como el rayo. Hendricks vio la culata de la pistola. Intentó esquivar el golpe, pero ella era demasiado rápida. La culata de metal le golpeó en la cabeza, sobre la oreja. Le inundó un dolor agudo, y le cubrió de pronto una nube de oscuridad. Se derrumbó en el suelo.

Percibía confusamente que Tasso estaba a su lado, y que le empujaba con un pie.

—¡Mayor! Despierta.

Abrió los ojos, con un gruñido.

—Escúchame. —Se inclinó, apuntándole a la cara con la pistola—. Tengo prisa. No queda mucho tiempo. La nave está lista, pero tienes que darme esa información. La necesito antes de irme.

Hendricks movió la cabeza intentando despejarla.

—¡Aprisa! ¿Dónde está la base lunar? ¿Cómo puedo encontrarla? ¿Qué debo buscar?

Hendricks no decía nada.

—¡Contéstame!

—Lo siento.

—Mayor, la nave está llena de provisiones. Tengo para semanas. Acabaré encontrando la base. Y de aquí a media hora tú habrás muerto. Tu única posibilidad de supervivencia... —paró de hablar.

Por la ladera, entre las ruinas, algo se movía. Algo en la ceniza. Tasso se volvió rápidamente, apuntando. Disparó.

La pistola escupió un globo de fuego. Algo pareció huir entre la ceniza. Disparó otra vez. La garra se desintegró.

—¿Viste? —dijo Tasso. —Un explorador. No tardarán.

—¿Les harás venir a rescatarme?

—Si. Lo más pronto posible.

Hendricks alzó los ojos hacia ella. La examinó atentamente.

—¿Me dices la verdad? —había en su rostro una expresión extraña, una ávida codicia—. ¿Volverás por mí? ¿Me llevarás a la basé lunar?

—Te llevaré a la base lunar. ¡Pero dime dónde está! Queda muy poco tiempo.

—Está bien —Hendricks cogió una piedra y se sentó. —Mira.

Hendricks comenzó a dibujar en la ceniza. Tasso estaba de pie a su lado y observaba los movimientos de la piedra. Hendricks trazaba un tosco mapa lunar.

—Esta es la cordillera de los Apeninos. Aquí está el cráter de Arquímedes. La base lunar está a unos doscientos cincuenta kilómetros del final de la cordillera. No sé exactamente dónde. Nadie lo sabe en la Tierra. Pero cuando estés sobre los Apeninos, lanza una bengala roja y una bengala verde, y luego dos rojas en rápida sucesión. El monitor de la base recogerá tu señal. La base está bajo la superficie, por supuesto. Te guiará hasta abajo con garfios magnéticos.

—¿Y los controles? ¿Puedo manejarlos?

—Son prácticamente automáticos. Sólo tienes que dar la señal correcta en el momento adecuado.

—Lo haré.

—El asiento absorbe la mayor parte del impacto del despegue. El aire y la temperatura tienen control automático. La nave saldrá de la Tierra y pasará

a espacio libre. Se alineará con la luna y se pondrá en órbita, a unos ciento cincuenta kilómetros de la superficie. Esa órbita te llevará sobre la base. Cuando estés en la región de los Apeninos, lanza las bengalas.

Tasso se deslizó en el asiento de presión. Los cierres de los brazos se plegaron automáticamente, rodeándola. Accionó los controles.

—Lástima que no vengas. mayor. Todo esto estaba aquí esperándote, y ahora no puedes hacer el viaje.

—Déjame la pistola.

Tasso sacó la pistola y la balanceó en el aire, pensativa.

—No te alejes mucho de aquí. Sería dificil encontrarte si lo haces.

—No. Me quedaré aquí, junto al pozo.

Tasso acarició el mecanismo de despegue.

—Una hermosa nave, mayor. Bien construida. Admiro su técnica. Su pueblo siempre ha trabajado bien. Construyen ustedes cosas excelentes. Su trabajo, sus creaciones, alcanzan su mayor logro.

—Dame la pistola —dijo impaciente Hendricks, extendiendo la mano. Intentó ponerse en pie.

—Adiós, mayor —Tasso tiró la pistola por encima de Hendricks. La pistola repiqueteo y rodó. Hendricks se lanzó tras ella. Se inclinó, cogiéndola.

La escotilla de la nave se cerró. Hendricks retrocedió. Comenzaba a sellarse la puerta interna. Alzó la pistola laboriosamente.

Hubo un estruendo estremecedor. La nave se alzó de su soporte metálico, arrojando un chorro de fuego. Hendricks retrocedió aún más. La nave se lanzó hacia las nubes de ceniza, perdiéndose en el cielo.

Hendricks se quedó observando largo rato, hasta que la estela desapareció. Nada se movía. El aire de la mañana era crudo y silencioso. Comenzó a andar sin propósito por el camino por el que había llegado. Mejor no quedarse quieto. Tardaría mucho en llegar ayuda... si llegaba.

Buscó en los bolsillos hasta que dio con un paquete de cigarrillos. Encendió uno. Todos querían fumarse sus cigarrillos. Pero los cigarrillos andaban escasos.

La lagartija se deslizó a su lado entre la ceniza. Se detuvo, rígido. La lagartija desapareció. Arriba, el sol estaba alto. Algunas moscas se posaron en una roca lisa que había junto a él. Hendricks las espantó con un pie.

Aumentaba el calor. El sudor le chorreaba por la cara y por el cuello. Tenía la boca seca.

Se detuvo y se sentó en unos escombros. Abrió su botiquín y tragó unas cápsulas narcóticas. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba?

Había algo en el suelo frente a él. Tendido en el suelo. Silencioso e inmóvil.

Hendricks sacó rápidamente su pistola. Parecía un hombre. Entonces recordó. Eran los restos de Klaus. La segunda variedad. Allí lo había desintegrado Tasso. Pudo ver ruedas y engranajes y cables esparcidos sobre la ceniza. Brillando y relumbrando bajo la luz del sol.

Hendricks se levantó y se acercó. Empujó con el pie la forma inerte, dándole la vuelta. Vio el casco de metal, las costillas de aluminio. Cayeron más engranajes. Como vísceras. Montones de cables, engranajes y relés. Ruedas y motores.

Se inclinó. El cráneo se había roto en la caída. Se veía el cerebro artificial. Lo examinó. Una masa de circuitos. Tubos diminutos. Cables finos como cabellos. Movió el resto del cráneo. Se fragmentó. Comprobó el sello.

Y palideció.

IV-V.

Contempló la placa largo rato. Cuarta variedad. No segunda. Se habían equivocado. Había más tipos. No eran sólo tres. Había muchos más, sin duda. Por lo menos cuatro. Klaus no era la segunda variedad.

De pronto se puso tenso. Algo llegaba, caminando entre la ceniza, más allá de la colina. ¿Qué era? Figuras. Figuras que se acercaban lentamente.

Que venían hacia él.

Hendricks se acuclilló y levantó la pistola. Le goteaba el sudor en los ojos. Se esforzó por dominar su creciente pánico al acercarse las figuras.

La primera era un David. El David le vio y aumentó la velocidad. Los otros la aumentaron también. Un segundo David. Un tercero. Tres David, todos iguales, avanzando hacia él silenciosamente, sin expresión, moviendo rítmicamente sus flacas piernas. Abrazando sus osos de felpa.

Apuntó y disparó. Los dos primeros David se disolvieron en partículas. El tercero continuo. Y la figura que había detrás. Ascendiendo silenciosamente hacia él por la ladera de gris ceniza. Un soldado herido, sobresaliendo por encima del David. Y...

Detrás del soldado herido iban dos Tasso, caminando hombro con hombro. Grueso cinturón, pantalones y camisas del ejército ruso, pelo largo. La misma imagen de la mujer que había tenido frente a sí unos minutos antes. Sentada en el asiento de presión de la nave, dos imágenes silenciosas, idénticas.

Estaban muy cerca. El David se inclinó bruscamente, soltando su oso de felpa. El oso corrió hacia él. Automáticamente, los dedos de Hendricks apretaron el gatillo. El oso desapareció, disuelto en niebla. Las dos Tasso continuaron avanzando, impertérritas, hombro con hombro, a través de la ceniza gris.

Cuando estaban casi junto a él, Hendricks alzó la pistola al nivel de la cintura y disparó.

Las dos Tasso se disolvieron. Pero ya empezaba a subir la ladera un nuevo grupo, cinco o seis Tasso, todas idénticas, una hilera de ellas avanzando rápidamente hacia él.

Y él le había dado la nave y le había revelado la señal. Por su culpa llegaría hasta la base lunar. El lo había hecho posible.

Tenía razón en el comentario que había hecho sobre la bomba. Había sido diseñada de modo que conociese a los otros tipos, el tipo David y el tipo soldado herido. Y el tipo Klaus. No diseñada por seres humanos. Sino por una de las fábricas subterráneas sin ningún contacto con los hombres.

La hilera de Tasso subía hacia él. Hendricks se cruzó de brazos observándolas tranquilamente. El rostro familiar, el cinturón, la gruesa camisa, la bomba cuidadosamente colocada.

La bomba...

Cuando las Tasso le cogieron, cruzó por su mente un último pensamiento irónico. Le alivió un poco. La bomba. Hecha por la segunda variedad para destruir a las otras. Sólo con ese fin.

Estaban empezando ya a diseñar armas para combatir entre sí...

EL MUNDO DE JON

Kastner caminó alrededor de la nave sin hablar. Subió la rampa y entró con cautela en el interior. Durante un rato se pudo ver su silueta moviéndose de un lado a otro. Volvió a salir, con el ancho rostro algo animado.

—¿Y bien? —dijo Caleb Ryan—. ¿Qué opinas?

Kastner bajó la rampa.

—¿Está preparada para despegar? ¿No queda nada por hacer?

—Casi preparada. Los trabajadores están dando los últimos toques a las secciones que quedan. Conexiones de relés y líneas de alimentación. No existe ningún problema grave. Ninguno que podamos pronosticar, al menos.

Los dos hombres contemplaron la achatada caja metálica, las portillas, ventanas enrejadas y puntos de observación. La nave no era bonita. Carecía de adornos o puntales de cromo y rexeroide que suavizaran la forma del casco hasta darle la forma de una lágrima. La nave era cuadrada y protuberante, con torretas y salientes que surgían por todas partes.

—¿Qué pensarán cuando salgamos de eso? —murmuró Kastner.

—No hemos tenido tiempo de embellecerla. Claro que si quieres esperar un par de meses más...

—¿No puedes quitar algunas protuberancias? ¿Para qué sirven? ¿Cuál es su función?

—Válvulas. Examina los planos. Eliminan la carga por unidad de potencia cuando aumenta demasiado. Viajar por el tiempo va a ser peligroso. A medida que la nave retrocede se concentra una enorme carga. Hay que dejarla escapar poco a poco..., o se convertirá en una inmensa bomba cargada con millones de voltios.

—Aceptaré tu palabra.

Kastner tomó su maletín. Se dirigió a una salida. Los guardias de la Liga le cedieron el paso.

—Diré a los directores que está casi a punto. Por cierto, voy a revelarte algo.

—¿Qué?

—Ya hemos decidido quién va a ir contigo.

—¿Quién?

—Yo. Siempre quise saber cómo eran las cosas antes de la guerra. He visto documentales históricos, pero no es lo mismo. Quiero *estar* allí. Pasear. Ya sabes, dicen que antes de la guerra no había cenizas. La superficie era fértil. Podías recorrer kilómetros sin ver ruinas. Eso es lo que quiero ver.

—No sabía que estuvieras interesado en el pasado.

—Oh, sí. Mi familia conservó algunos libros ilustrados de aquella época. No me extraña que la AISU quiera apoderarse de los documentos de Schonerman. Si la reconstrucción se pusiera en marcha...

—Es lo que todos deseamos.

—Y tal vez lo consigamos. Hasta luego.

Ryan vio alejarse al rechoncho hombre de negocios, que sujetaba amorosamente su maletín. La fila de guardias de la Liga se apartó para permitirle el paso y se formó de nuevo en cuanto hubo salido.

Ryan volvió a concentrar su atención en la nave. Así que Kastner iba a ser su compañero. La AISU (Asociación de Industrias Sintéticas Unidas) poseía una representación paritaria en el viaje. Un hombre de la Liga, un hombre de la AISU. La AISU patrocinaba el Proyecto Reloj, tanto comercial como financieramente. Sin su ayuda, el proyecto nunca habría superado la fase

teórica. Ryan se sentó en el banco e introdujo las cianocopias en la computadora. Habían trabajado durante mucho tiempo. Quedaba poco por hacer. Unos escasos y dispersos toques.

La pantalla chasqueó levemente. Ryan paró el ordenador y se volvió para recibir la llamada.

—Ryan.

El monitor de la Liga apareció en la pantalla. La llamada provenía de la asociación.

—Llamada de emergencia.

—Pásemela. —Ryan frunció el ceño.

El monitor desapareció. Al cabo de un momento se materializó un rostro, rojizo y arrugado.

—Ryan...

—¿Qué ha ocurrido?

—Será mejor que regrese aquí lo antes posible.

—¿Qué sucede?

—Jon.

Ryan hizo un esfuerzo para recobrar la calma.

—¿Otro ataque? —preguntó con voz apagada.

—Sí.

—¿Como los otros?

—Exactamente como los otros.

Ryan lanzó la mano hacia el interruptor de cierre.

—Muy bien. Ahora mismo vuelvo. No deje que nadie le vea. Trate de mantenerle tranquilo. No permita que salga de su habitación. Doble la guardia, si es necesario.

Ryan cortó la comunicación. Un momento después se dirigía hacia el tejado, hacia la nave interurbana estacionada en la azotea del edificio.

La nave interurbana voló sobre la interminable ceniza gris, guiada hacia Ciudad Cuatro mediante rezones automáticos. Ryan miró por la portilla, distraído, sin apenas fijarse en la vista.

Volaba entre ciudades. La superficie estaba devastada: montones de escoria que se extendían hasta perderse de vista. Las ciudades surgían como hongos, separadas por kilómetros de masa gris. Hongos dispersos, torres y edificios, hombres y mujeres dedicados a su trabajo. Poco a poco, se iba recuperando la superficie. De la base lunar llegaban suministros y equipo.

Los humanos abandonaron la Tierra durante la guerra y se establecieron en la Luna. La Tierra estaba devastada. No era más que un globo de ruinas y ceniza. Cuando terminó, el hombre regresó gradualmente.

Se habían declarado dos guerras, en realidad. La primera, de hombres contra hombres. La segunda, de hombres contra garras, complejos robots creados como arma de guerra. Las garras se habían vuelto contra sus creadores y habían inventado nuevos tipos y aparatos.

La nave de Ryan empezó a descender. Se hallaba sobre Ciudad Cuatro. La nave se posó a los pocos segundos sobre el tejado de su imponente residencia privada en el centro de la ciudad. Ryan saltó al suelo y se dirigió al ascensor.

Un momento después entró en sus aposentos y se encaminó a la habitación de Jon.

Encontró al anciano observando a Jon por la parte acristalada de la habitación. Su semblante era grave. La habitación de Jon estaba parcialmente a oscuras. Jon, sentado en el borde de la cama, se apretujaba las manos. Tenía los ojos cerrados, la boca un poco abierta y, de vez en cuando, sacaba la lengua, tensa y rígida.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Ryan al anciano.

—Una hora, más o menos.

—¿Los otros ataques tuvieron el mismo desarrollo?

—Éste es más grave. Cada vez son más graves.

—¿Sólo usted le ha visto?

—Sólo usted y yo. Le llamé cuando estuve seguro. Casi ha terminado. Va a salir de un momento a otro.

Al otro lado del cristal, Jon se levantó y se alejó de la cama con los brazos cruzados. El rubio cabello le caía desordenado sobre la cara. Continuaba con los ojos cerrados. Tenía el rostro pálido y rígido. Torcía los labios.

—Al principio, estaba completamente inconsciente. Le dejé solo un rato. Me encontraba en otra parte del edificio. Cuando volví le descubrí tendido en el suelo. Había estado leyendo. Tenía las cintas diseminadas a su alrededor. Su rostro estaba azul y la respiración era irregular. Sufría espasmos musculares repetidos, como en otras ocasiones.

—¿Qué hizo usted?

—Entré en la habitación y le metí en la cama. Al principio estaba rígido, pero después empezó a relajarse. Le tomé el pulso. Era muy lento. Respiraba con mayor facilidad. Y entonces empezó.

—¿Qué?

—A hablar.

—Oh. —Ryan asintió con la cabeza.

—Ojalá hubiera estado aquí. Habló más que nunca. Sin cesar. Como una cotorra, sin pausa. Como si no pudiera parar.

—¿Hablaba..., hablaba de lo mismo?

—Igual que siempre. Tenía el rostro iluminado, encendido. Como siempre.

Ryan reflexionó.

—¿Puedo entrar en la habitación?

—Sí. Casi ha terminado.

Ryan se acercó a la puerta. Apoyó lo dedos sobre la cerradura digital y la puerta se hundió en la pared.

Entró en silencio y Jon no advirtió su presencia. Paseaba de un lado a otro: tenía los ojos cerrados y se rodeaba el cuerpo con los brazos. Oscilaba un poco, meciéndose. Ryan llegó al centro de la habitación y se detuvo.

—¡Jon!

El muchacho parpadeó. Abrió los ojos. Agitó la cabeza con movimientos veloces.

—¿Ryan? ¿Qué..., qué quieres?

—Será mejor que te sientes.

Jon obedeció.

—Sí. Gracias.

Se sentó en la cama, inseguro. Tenía los ojos azules abiertos de par en par. Se apartó el pelo de la cara y dedicó una leve sonrisa a Ryan.

—¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro bien.

Ryan acercó una silla y se sentó frente a él. Cruzó las piernas y se apoyó en el respaldo. Examinó al muchacho durante largo rato. Ninguno de los dos habló.

—Grant dice que has sufrido un pequeño ataque —empezó Ryan. Jon asintió con la cabeza.

—¿Ha terminado ya?

—Oh, sí. ¿Cómo va la nave temporal?

—Muy bien.

—Prometiste que me dejarías verla cuando estuviera terminada.

—Y la verás. Cuando esté completamente terminada.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto. Dentro de unos días.

—Tengo muchas ganas de verla. He estado pensando en ello, imaginando que viajaba en el tiempo. Sería posible volver a Grecia. Sería posible ver a Pericles, a Jenofonte y a..., Epicteto. Sería posible volver a Egipto y charlar con Akenatón. —Sonrió—. Me muero de ganas.

Ryan se removió en su silla.

—Jon, ¿estás seguro que te encuentras en condiciones de salir? Tal vez...

—¿Si me encuentro en condiciones? ¿Qué quieres decir?

—Tus ataques. ¿De verdad crees que puedes salir? ¿Te sientes con fuerzas?

El rostro de Jon se nubló.

—En realidad, no son ataques. Me gustaría que no los llamaras ataques.

—¿No son ataques? Entonces, ¿qué son?

—Yo... —titubeó Jon—. Será mejor que no te lo diga, Ryan. No lo entenderías.

Ryan se puso en pie.

—Muy bien, Jon. Si piensas que no vale la pena hablar conmigo, volveré al laboratorio. —Se dirigió hacia la puerta—. Es una pena que no puedas ver la nave. Te encantaría.

Jon le siguió, quejumbroso.

—¿No podré verla?

—Tal vez si supiera algo más de tus..., tus ataques, podría decidir si estás en condiciones de salir.

El rostro de Jon tembló por un momento. Ryan le observó con atención. Podía ver los pensamientos que cruzaban la mente de Jon escritos en sus facciones. Se debatía en una lucha interna.

—¿Quieres decírmelo?

Jon respiró hondo.

—Son *visiones*.

—¿Cómo?

—Son visiones. —El rostro de Jon brillaba de animación—. Lo sé desde hace mucho tiempo. Grant dice que no, pero yo sé que sí. Si las vieras, tú también lo sabrías. No se parecen a nada. Son más reales que, bueno, esto. —Golpeó la pared—. Mucho más reales.

Ryan encendió un cigarrillo con parsimonia.

—Sigue.

—¡Más reales que *cualquier otra cosa*! —estalló Jon—. Es como mirar por una ventana. Una ventana abierta a otro mundo. Un mundo real. Mucho más real que éste. Lo reduce a un mundo envuelto en sombras. Sombras apenas perceptibles. Formas. Imágenes.

—¿Sombras de una realidad?

—¡Sí! Exacto. El mundo que hay detrás de todo esto. —Jon paseaba arriba y abajo, excitado—. Todo esto. Lo que vemos. Edificios. El cielo. Las ciudades. La ceniza interminable. Nada es del todo real, sino oscuro y vago. No lo percibo igual que el otro. Cada vez se me antoja menos real. El otro se está expandiendo, Ryan, se hace más y más vívido. Grant dijo que era cosa de mi imaginación, pero no lo es. Es real. Más real que los objetos de esta habitación.

—En ese caso, ¿por qué no lo vemos los demás?

—No lo sé. Ojalá pudieran. Deberías verlo, Ryan. Es hermoso. Una vez acostumbrado, te gustaría. Cuesta un poco adaptarse.

Ryan reflexionó unos segundos.

—Escucha —dijo por fin—, quiero saber exactamente qué ves. ¿Siempre ves lo mismo?

—Sí, siempre lo mismo, pero con mayor intensidad.

—¿Qué es? ¿Qué es eso tan real que ves?

Jon no contestó. Parecía absorto en sus pensamientos. Ryan contempló a su hijo mientras esperaba. ¿Qué pasaba por su mente? ¿Qué estaba pensando? Los ojos del muchacho se cerraron de nuevo. Se estrujó las manos hasta que los dedos perdieron el color. Se había marchado de nuevo a su mundo particular.

—Sigue —dijo Ryan en voz alta.

Así que el chico veía *visiones*. Visiones de una realidad extrema. Como en la Edad Media. Su propio hijo. Qué irónico. Justo cuando parecía que habían desterrado del hombre esa tendencia, su eterna incapacidad de enfrentarse a la realidad. El sueño eterno. ¿La ciencia no podría realizar jamás su ideal? ¿El hombre preferiría siempre la ilusión a la realidad?

Su propio hijo. Regresión. Mil años perdidos. Fantasmas, dioses, demonios y el secreto mundo interior. El mundo de la realidad extrema. Todas las fábulas, ficciones y metafísicas que el hombre había utilizado durante siglos para sublimar su miedo, su terror al mundo. Todos los sueños que había puesto en pie para esconder la verdad, el crudo mundo de la realidad. Mitos, religiones, cuentos de hadas. Un mundo mejor, sin mácula. El paraíso. Todo volvía, todo reaparecía, y en su propio hijo.

—Sigue —repitió Ryan, impaciente—. ¿Qué ves?

—Veo campos —dijo Jon—. Campos amarillos, tan brillantes como el sol. Campos y parques. Parques inmensos. Verde mezclado con amarillo. Senderos para que la gente pasee.

—¿Qué más?

—Hombres y mujeres. Con túnicas. Caminan por los senderos, entre los árboles. El aire es fresco y agradable. El cielo, de un azul radiante. Pájaros. Animales. Los animales deambulan por los parques. Mariposas. Océanos. Océanos tranquilos de aguas claras.

—¿No hay ciudades?

—No son como nuestras ciudades. No son iguales. La gente vive en los parques. Pequeñas casas de madera esparcidas entre los árboles.

—¿Carreteras?

—Sólo senderos. Ni naves ni nada. Sólo se camina.

—¿Qué más ves?

—Eso es todo. —Jon abrió los ojos. Se había ruborizado. Sus ojos centelleaban y bailaban—. Eso es todo. Ryan. Parques y campos amarillos.

Hombres y mujeres con túnicas. Y muchos animales. Los maravillosos animales.

—¿Cómo viven?

—¿Qué?

—¿Cómo vive la gente? ¿Qué les mantiene vivos?

—Cultivan cosas. En los campos.

—¿Eso es todo? ¿No tienen fábricas?

—Creo que no.

—Una sociedad agraria. Primitiva. —Ryan frunció el entrecejo—. Ni negocios ni comercio.

—Trabajan en los campos. Y hablan de cosas.

—¿Les *oyes?*

—Muy débilmente. A veces, les oigo un poco, si me esfuerzo en escuchar. De todos modos, no descifro ninguna palabra.

—¿De qué hablan?

—De cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Jon hizo un gesto vago.

—Grandes cosas. El mundo. El Universo.

Se quedaron en silencio. Ryan gruñó. No dijo nada. Por fin, apartó el cigarrillo.

—Jon…

—¿Sí?

—¿Crees que lo que ves es *real*?

—Sé que es real —sonrió Jon.

—¿Qué significa real? —preguntó Ryan, clavando la vista en su hijo—. ¿En qué sentido es real ese mundo del que hablas?

—Existe.

—¿Dónde existe?

—No lo sé.

—¿Aquí? ¿Existe aquí?

—No, aquí no.

—¿En otro lugar? ¿Muy lejos? ¿En otra parte del Universo de la que no tenemos conocimiento?

—En otra parte del Universo no. No tiene nada que ver con el espacio. Está aquí. —Jon agitó la mano en torno suyo—. Muy cerca. Está muy cerca. Lo veo a mi alrededor.

—¿Lo ves ahora?

—No. Va y viene.

—¿Deja de existir? ¿Sólo existe en ocasiones?

—No, siempre está presente, pero no siempre puedo entrar en contacto con él.

—¿Cómo sabes que siempre está presente?

—Lo sé.

—¿Por qué no puedo verlo yo? ¿Por qué eres el único que puede verlo?

—No lo sé. —Jon se frotó la frente, cansado—. No sé por qué soy el único que puede verlo. Ojalá pudieras verlo. Ojalá lo viera todo el mundo.

—¿Cómo puedes demostrar que no es una alucinación? Careces de una prueba válida. Cuentas sólo con tus sentidos internos, con tu estado de conciencia. ¿Cómo podría presentarse para un análisis empírico?

—Tal vez no sea posible. No lo sé, ni me importa. No *quiero* presentarlo para un análisis empírico.

Se hizo el silencio. El rostro de Jon estaba tenso y sombrío, y apretaba la mandíbula. Ryan suspiró. Un callejón sin salida.

—Muy bien, Jon. —Se dirigió con lentitud hacia la puerta—. Hasta luego.

Jon no dijo nada.

Ryan se detuvo ante la puerta y se volvió.

—Dices que tus visiones se están intensificando, ¿verdad? Cada vez, más vívidas.

Jon asintió.

Ryan reflexionó unos instantes. Por fin, levantó la mano. La puerta se apartó para dejarle salir al pasillo.

Grant fue a su encuentro.

—Estuve mirando por el espejo. Se ha encerrado mucho en sí mismo, ¿eh?

—Resulta difícil hablar con él. Parece creer que esos ataques son una especie de visiones.

—Lo sé. Me lo dijo.

—¿Por qué no me lo comunicó?

—No quería alarmarle más. Sé que está muy preocupado por él.

—Los ataques van de mal en peor. Dice que las visiones son más vívidas. Más convincentes.

Grant afirmó con la cabeza.

Ryan, absorto en sus pensamientos, avanzó por el pasillo, seguido de Grant.

—Es difícil inclinarse por la línea de conducta más acertada. Los ataques le absorben cada vez más. Empieza a tomárselos en serio. Están usurpando el puesto del mundo exterior. Y además...

—Y, además, usted no tardará en marcharse.

—Ojalá conociéramos más a fondo los viajes por el tiempo. Nos puede pasar de todo. —Ryan se acarició la mandíbula—. Quizá no volvamos. El tiempo es una fuerza poderosa. No se han llevado a cabo auténticas exploraciones. Ignoramos por completo en qué nos estamos metiendo.

Llegó al ascensor y se detuvo.

—Tendré que tomar una decisión ahora mismo. Debo hacerlo antes de marcharme.

—¿Una decisión?

Ryan entró en el ascensor.

—Ya le informaré más larde. Vigile a Jon constantemente de ahora en adelante. No se aleje de él ni un momento. ¿Entiende?

Grant asintió.

—Entiendo. Quiere asegurarse que no salga de su habitación.

—Le llamaré esta noche o mañana. Ryan subió al tejado y entró en su nave interurbana. Ya en pleno vuelo conectó la pantalla y tecleó el número de las oficinas de la Liga. Apareció el rostro del monitor de la Liga.

—Oficinas.

—Póngame con el centro médico.

El monitor desapareció. Al cabo de unos momentos se materializó en la pantalla Walter Timmer, el director médico. Sus ojos destellaron cuando reconoció a Ryan.

—¿En qué puedo serte útil, Caleb?

—Quiero que tomes una ambulancia y a varios hombres preparados y vengas a Ciudad Cuatro.

—¿Por qué?

—Te comenté el asunto hace varios meses. Supongo que lo recordarás.

La expresión de Timmer se alteró.

—¿Tu hijo?

—He tomado la decisión. No puedo esperar más. Está empeorando, y pronto emprenderemos el viaje temporal. Quiero que se haga antes que yo me marche.

—Muy bien. —Timmer garrapateó una nota—. Haremos los preparativos de inmediato, y enviaremos una nave para recogerle.

Ryan titubeó.

—¿Harán un buen trabajo?

—Por supuesto. James Pryor llevará a cabo la operación. —Timmer alargó la mano para desconectar la pantalla—. No te preocupes, Caleb. Hará un buen trabajo. Pryor es el mejor lobotomista del centro.

Ryan extendió el plano sobre la mesa y alisó los bordes.

—Es un plano temporal, ejecutado en forma de proyección espacial. De esta manera veremos adonde vamos. Kastner miró por encima del hombro de Ryan.

—¿Deberemos ceñirnos al proyecto, apoderarnos de los documentos de Schonerman..., o podremos explorar un poco?

—Sólo se prevé el proyecto, pero a fin de asegurarnos del éxito tendremos que detenernos varias veces en este lado del continuo de Schonerman. Es posible que nuestro mapa temporal sea insuficiente, o que el propio impulso nos desvíe un poco.

El trabajo había concluido. Las últimas secciones se habían ajustado.

Jon se hallaba sentado en una esquina de la habitación, contemplándolo todo con semblante inexpresivo. Ryan le miró.

—¿Qué te parece?

—Estupendo.

La nave temporal parecía un insecto achaparrado, cubierto de verrugas y protuberancias. Una caja cuadrada con ventanas e innumerables torretas. Nada que recordara a una nave.

—Adivino que te gustaría venir —dijo Kastner—. ¿Estoy en lo cierto?

Jon asintió levemente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ryan.

—Muy bien.

Ryan examinó a su hijo. El chico había recobrado su color y casi toda su vitalidad anterior. Las visiones, por supuesto, ya no existían.

—Quizá puedas venir la próxima vez —dijo Kastner. Ryan concentró de nuevo su atención en el plano.

—Schonerman realizó la mayor parte de sus investigaciones entre el dos mil treinta y el dos mil treinta y siete. Los resultados no fueron puestos en práctica hasta varios años más tarde. Sólo se tomó la decisión de utilizar sus experimentos después de largas consideraciones. Los gobiernos estaban enterados de los peligros que existían.

—Pero no lo suficiente.

—No. —Ryan vaciló—. Y es posible que nosotros nos encontremos en la misma situación.

—¿Qué quieres decir?

—El descubrimiento del cerebro artificial efectuado por Schonerman se perdió cuando la última garra fue destruida. Nadie ha sido capaz de seguir

sus pasos. Si recobramos sus apuntes, tal vez pongamos a la sociedad en peligro. Tal vez resucitemos a los garras.

Kastner negó con la cabeza.

—No. La obra de Schonerman no estaba directamente relacionada con las garras. El desarrollo de un cerebro artificial no implica un uso mortífero. Cualquier descubrimiento científico puede ser utilizado para destruir. Hasta la rueda fue empleada en los carros de guerra asirios.

—Me lo imaginaba. —Ryan miró a Kastner—. ¿Estás seguro que la AISU no desea utilizar el trabajo de Schonerman para fines militares?

—La AISU no es un gobierno, sino un monopolio industrial.

—Les proporcionaría ventajas muy duraderas.

—La AISU ya es bastante poderosa.

—Dejémoslo. —Ryan enrolló el plano—. Podemos empezar cuando queramos. Tengo ganas de marcharme. Hemos trabajado en esto durante mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo.

Ryan se acercó a su hijo.

—Nos vamos, Jon. Volveremos pronto. Deséanos suerte.

—Mucha suerte.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Jon... Ahora te encuentras mejor, ¿verdad? ¿Mejor que antes?

—Sí.

—¿No estás contento de haber dejado atrás todos aquellos problemas?

—Sí.

Ryan, vacilante, apoyó la mano sobre el hombro de su hijo.

—Hasta pronto.

Ryan y Kastner subieron por la rampa hasta la escotilla de la nave temporal. Desde la esquina, Jon les contempló en silencio. Algunos guardias de la Liga remoloneaban en la entrada del laboratorio, observando los preparativos con escaso interés.

Ryan se detuvo ante la escotilla y llamó a un guardia.

—Vaya a buscar a Timmer.

El guardia se dirigió a cumplir la orden.

—¿Qué sucede? —preguntó Kastner.

—Quiero darle unas últimas instrucciones.

Kastner le miró con suspicacia.

—¿Últimas? ¿Qué pasa? ¿Crees que nos va a ocurrir algo?

—No. Simple precaución.

Timmer llegó corriendo.

—¿Te vas, Ryan?

—Todo está a punto. Nada nos lo impide.

Timmer ascendió por la rampa.

—¿Qué quieres?

—Quizá sea innecesario, pero siempre existe la posibilidad que algo vaya mal. En caso que la nave no reaparezca en la fecha que he acordado con los miembros de la Liga...

—Quieres que me ocupe de Jon.

—Exacto.

—No te preocupes.

—Lo sé, pero ahora me siento más tranquilo. Alguien tendrá que cuidar de él.

Ambos desviaron la mirada hacia el muchacho silencioso e inexpresivo que estaba sentado en una esquina del laboratorio. Jon tenía la vista clavada en el frente, el rostro vago, los ojos carentes de brillo. La vida le había abandonado.

—Buena suerte —les deseó Timmer. Ryan y él se estrecharon las manos—. Espero que todo vaya bien.

Kastner se introdujo en la nave y dejó en el suelo el maletín. Ryan le siguió, cerró y aseguró la escotilla. Cerró herméticamente el pestillo interior. Se encendió una batería de luces automáticas. La atmósfera adaptada empezó a invadir la cabina.

—Aire, luz, calor —dijo Kastner. Miró por la portilla a los guardias de la Liga—. Cuesta creerlo. Dentro de unos minutos todo esto desaparecerá. Este edificio, los guardias, todo.

Ryan tomó asiento ante el tablero de control y desplegó el plano temporal. Lo sujetó, cruzando la superficie con los extremos de los cables conectados al tablero.

—Tengo la intención de efectuar varias paradas de observación durante el trayecto, a fin de examinar algunos acontecimientos del pasado relacionados con nuestro trabajo.

—¿La guerra?

—Sobre todo. Me interesa ver a las garras en acción. En un tiempo controlaron por completo la Tierra, según indican los archivos del Ministerio de la Guerra.

—No nos acerquemos demasiado, Ryan.

—No tomaremos tierra —rió Ryan—. Efectuaremos nuestras observaciones desde el aire. El único contacto directo será con Schonerman.

Ryan cerró el circuito de potencia. La energía fluyó por toda la nave y alimentó los medidores e indicadores del tablero de control. Las agujas saltaron indicando la carga.

—Hemos de fijarnos especialmente en nuestra energía máxima —explicó Ryan—. Si sobrepasamos la carga ideal de ergios temporales, la nave no podrá abandonar el flujo temporal. Seguiremos retrocediendo al pasado sin cesar, acumulando una carga cada vez mayor.

—Una enorme bomba.

—Exacto. —Ryan ajustó los controles. Las lecturas de medición cambiaron—. Allá vamos. Afírmate fuerte.

Soltó los controles. La nave se estremeció al polarizarse y se deslizó en el flujo temporal. Los estabilizadores y las protuberancias cambiaron de posición, ajustados a la tensión. Los relés se cerraron, oponiendo resistencia a la corriente que fluía en torno a ellos.

—Es como el océano —murmuró Ryan—. La energía más potente del Universo. La gran dinámica que impulsa todo movimiento. El Motor Primordial.

—Tal vez en otros tiempos se pensaba en Dios de esta manera.

Ryan asintió. La nave vibraba a su alrededor. Una mano gigantesca les aferraba, un puño inmenso que se iba cerrando en silencio. Se movían. Los hombres y edificios que se divisaban tras la portilla empezaban a oscilar, dejaban de existir a medida que la nave abandonaba la fase del presente internándose más y más en el flujo temporal.

—No durará mucho —murmuró Ryan.

Librodot

De repente, la escena se desvaneció. Ya no había nada. Nada a sus espaldas.

—No estamos en fase con objetos espacio-temporales —explicó Ryan—. Hemos desaparecido del Universo. En este momento, existimos en el no-tiempo. No hay continuo en el que proceder.

—Confío en que podamos regresar. —Kastner, nervioso, clavaba la vista en la portilla—. Me siento como el primer hombre que bajó en un submarino.

—Eso fue durante la guerra de la independencia. El piloto hacía girar una manivela, que impulsaba el submarino. El otro extremo de la manivela era una hélice.

—¿Llegó muy lejos?

—No. Se deslizó bajo una fragata inglesa y abrió un agujero en el casco de la fragata.

Kastner echó una ojeada al casco de la nave, que vibraba y resonaba a causa de la presión.

—¿Qué ocurriría si se produjera una brecha en la nave?

—Nos desintegraríamos; nos disolveríamos en el flujo que nos rodea. —Ryan encendió un cigarrillo—. Pasaríamos a formar parte del flujo temporal. Nos moveríamos adelante y atrás eternamente, de un extremo a otro del Universo.

—¿Extremo?

—El tiempo tiene un final. El tiempo fluye en ambas direcciones. Ahora estamos retrocediendo, pero la energía ha de moverse en ambos sentidos a fin de conservar el equilibrio. De lo contrario, se concentraría una enorme cantidad de ergios temporales en un continuo concreto, y el resultado sería catastrófico.

—¿Crees que todo ello está animado de algún propósito? Me pregunto cuál fue el origen del flujo temporal.

—Tu pregunta carece de sentido. Las cuestiones de finalidad o propósito carecen de validez objetiva. No pueden ser reducidas a ninguna forma de investigación empírica.

Kastner se sumió en el silencio. Se tiraba de la manga con nerviosismo, sin dejar de mirar por la portilla.

Los cables se movían sobre el mapa temporal trazando una línea desde el presente hasta el pasado. Ryan examinó el movimiento de los cables.

—Estamos llegando a la etapa final de la guerra. Voy a modificar la fase de la nave para sacarla del flujo temporal.

—¿Volveremos al Universo?

—Entre objetos. En un continuo concreto.

Ryan aferró el interruptor de energía y respiró profundamente. La nave había superado la primera prueba importante. Habían penetrado en el flujo temporal sin el menor problema. ¿Podrían salir con la misma facilidad? Accionó el interruptor.

La nave saltó. Kastner se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared. Un cielo gris se retorció y osciló al otro lado de la portilla. Una vez producidos los ajustes, la nave se estabilizó. La Tierra giraba bajo sus pies, a medida que la nave recobraba el equilibrio.

Kastner corrió hacia la portilla para echar un vistazo. Volaban a unas decenas de metros de la superficie, paralelos al suelo. La ceniza gris se extendía en todas direcciones, interrumpida a intervalos por montones de

escoria. Ruinas de ciudades, edificios, muros. Restos de material militar. Nubes de ceniza flotaban en el cielo oscureciendo el sol.

—¿Todavía sigue la guerra? —preguntó Kastner.

—La Tierra continúa en poder de las garras. Podremos verlas. Ryan elevó la nave temporal para ampliar el campo visual. Kastner examinó el terreno.

—¿Qué pasará si disparan contra nosotros?

—Huiremos al flujo temporal.

—Podrían capturar la nave y utilizarla para viajar al presente.

—Lo dudo. En esta fase de la guerra, las garras estaban muy ocupadas luchando entre ellas.

A su derecha corría una carretera tortuosa, que desaparecía en la ceniza y reaparecía poco después. Cráteres de bombas la cortaban en algunos puntos. Algo se acercaba lentamente por ella.

—Allí —señaló Kastner—, en la carretera. Una especie de columna.

Ryan maniobró la nave. Los dos escudriñaron la carretera. Una columna de color pardo oscuro desfilaba con determinación. Hombres, una columna de hombres que avanzaba en silencio por la llanura de ceniza.

—¡Son idénticos! —dijo Kastner con voz entrecortada—. ¡Todos son iguales!

Estaban viendo una columna de garras. Los robots, como soldaditos de plomo, avanzaban a través de la ceniza gris. Ryan contuvo el aliento. Esperaba presenciar un espectáculo parecido, por supuesto. Sólo había cuatro tipos de garras. Los que ahora contemplaba habían salido de la misma fábrica subterránea, del mismo molde. Cincuenta o sesenta robots, réplicas de hombres jóvenes, desfilaban tranquilamente. Andaban muy despacio. Sólo tenían una pierna.

—Habrán luchado entre ellos —murmuró Kastner.

—No. Este tipo era así. El Soldado Herido. Se construyeron para engañar a los centinelas e infiltrarse en los bunkers.

La visión de aquella silenciosa columna de hombres idénticos era abominable. Cada soldado se apoyaba en una muleta. Hasta éstas eran idénticas. Kastner sintió náuseas, asqueado.

—Desagradable, ¿verdad? —dijo Ryan—. Menos mal que la raza humana huyó a la Luna.

—¿Los robots no salieron en su persecución?

—Unos cuantos, pero para entonces ya habíamos identificado a los cuatro tipos y les esperábamos. —Ryan aferró la palanca de potencia—. Sigamos.

—Espera. —Kastner levantó la mano—. Va a ocurrir algo.

Un grupo de figuras descendía rápidamente por la ladera de una colina, a la derecha de la carretera. Ryan soltó el interruptor y aguardó. Las figuras eran idénticas. Mujeres. Mujeres uniformadas, calzadas con botas, que avanzaban con sigilo hacia la columna que desfilaba por la carretera.

—Otra variedad —comentó Kastner.

De pronto, la columna de soldados se detuvo. Se dispersaron en todas direcciones. Algunos tropezaron y cayeron, soltando las muletas. Las mujeres irrumpieron en la carretera. Eran esbeltas y jóvenes, de cabello y ojos oscuros. Un Soldado Herido abrió fuego. Una mujer rebuscó en su cinturón y lanzó algo.

—Qué... —musitó Kastner.

Se produjo un súbito fogonazo. Una nube de luz blanca surgió del centro de la carretera, expandiéndose en todas direcciones.

—Una especie de granada —dijo Ryan.

—Será mejor que nos larguemos de aquí.

Ryan tiró de la palanca. La escena empezó a oscilar. Se desvaneció de repente.

—Gracias a Dios que ha terminado —suspiró Kastner—. De modo que así era la guerra.

—La segunda parte. La más larga. Garra contra garra. Menos mal que se pusieron a pelear entre sí. Menos mal para nosotros, claro.

—¿Dónde vamos ahora?

—Haremos otra parada de observación en los primeros tiempos de la guerra. Antes que comenzaran a utilizarse las garras.

—¿Y después Schonerman?

Ryan apretó la mandíbula.

—Exacto. Una parada más, y después Schonerman.

Ryan ajustó los controles. Las agujas indicadoras se movieron con rapidez. Los cables trazaron un camino sobre el plano.

—No falta mucho —murmuró Ryan. Aferró la palanca y dispuso los relés—. Esta vez procederemos con más cuidado. Habrá más actividad bélica.

—Tal vez ni siquiera deberíamos...

—Quiero verlo. Era el hombre contra el hombre. La Región Soviética contra las Naciones Unidas. Tengo curiosidad por ver cómo era.

—¿Y si nos descubren?

—Nos iremos a toda máquina.

Kastner no dijo nada. Ryan manipuló los controles. Pasó el tiempo. La brasa del cigarrillo de Ryan quemó el borde del tablero. Por fin, se incorporó.

—Allá vamos. Prepárate. —Giró el conmutador.

Bajo sus pies se extendían llanuras verdes y marrones, salpicadas de cráteres de bombas. Dejaron atrás una ciudad. Estaba ardiendo. Altas columnas de humo se elevaban hacia el cielo. En las carreteras se movían puntos negros; vehículos y gente que huía.

—Un bombardeo —dijo Kastner—. Reciente.

La ciudad desapareció y se encontraron sobre campo abierto. Camiones militares pasaban a toda velocidad. La mayor parte de la tierra se veía intacta. Algunos granjeros seguían trabajando en los campos. Se tiraron al suelo cuando la nave temporal pasó sobre ellos.

Ryan escudriñó el cielo.

—Atención.

—¿Un vehículo aéreo?

—No estoy seguro de dónde estamos. Desconozco el emplazamiento de ambos bandos. Tanto podríamos estar en territorio de las Naciones Unidas como de los Soviéticos. —Ryan asió con fuerza la palanca.

Aparecieron dos puntos en el cielo azul. Fueron aumentando de tamaño. Ryan los observó con suma atención. Kastner, detrás de él emitió un gruñido nervioso.

—Ryan, será mejor...

Los puntos se separaron. La mano de Ryan se cerró sobre la palanca de potencia. La cerró. Los puntos pasaron de largo mientras la escena se desvanecía. Después, sólo vieron una cortina gris en el exterior.

En sus oídos todavía resonaba el rugido de los aviones.

—Por poco —dijo Kastner.

—Sí. No perdieron el tiempo.

—Espero que no desees parar más.

—No. Se acabaron las paradas de observación. Dediquémonos al proyecto. Nos encontramos cerca de la franja temporal de Schonerman. Empezaré a disminuir la velocidad de la nave. Será un momento crítico.

—¿Crítico?

—Localizar a Schonerman traerá problemas. Hemos de acertar en su continuo con toda exactitud, tanto en el tiempo como en el espacio. Es posible que esté custodiado. En cualquier caso, no nos concederán mucho tiempo para explicar quiénes somos. —Ryan dio un pequeño golpe sobre el plano temporal—. Y siempre cabe la posibilidad que la información del plano sea incorrecta.

—¿Cuánto falta para que entremos en fase con el continuo de Schonerman?

Ryan consultó su reloj.

—Unos cinco o diez minutos. Prepárate para salir de la nave. Haremos parte del camino a pie.

Era de noche. No se oía nada; reinaba un silencio total. Kastner aplicó el oído al casco de la nave.

—Nada.

—Yo tampoco oigo nada.

Ryan. con cuidado, desbloqueó la escotilla. La abrió, aferró con fuerza su pistola. Escrutó las tinieblas.

El aire era fresco y reconfortante. Olía a toda clase de cultivos. Árboles y flores. Respiró profundamente. No veía nada. La oscuridad lo invadía todo. A lo lejos, un grillo chirrió.

—¿Has oído eso? —preguntó Ryan.

—¿Qué ha sido?

—Un insecto.

Ryan bajó precavidamente. La tierra era blanda. Su vista empezaba a acostumbrarse a la oscuridad. Algunas estrellas titilaban en lo alto. Distinguió árboles, un bosque. Y detrás de los árboles una verja alta.

Kastner le siguió.

—Y ahora, ¿qué?

—Baja la voz. —Ryan indicó la verja—. Tomaremos esa dirección. Parece un edificio.

Cruzaron el campo en dirección a la verja. Al llegar, Ryan apuntó su pistola, pero graduó la carga al mínimo. La verja se derrumbó chamuscada y el alambre adquirió una tonalidad rojiza.

Ryan y Kastner pasaron por encima de la verja. Divisaron un lado del edificio; era de hierro y hormigón. Ryan se lo indicó a Kastner con un gesto de la cabeza.

—Tendremos que proceder con rapidez. Y sin hacer ruido.

Se acuclilló, tomó aliento y se puso a correr, seguido de Kastner. Atravesaron el terreno hasta llegar al edificio. Distinguieron una ventana frente a ellos, y luego una puerta. Ryan cargó con todo su peso sobre la puerta.

La puerta se abrió y Ryan se precipitó en el interior, tambaleante. Vislumbró una serie de rostros estupefactos, hombres que se ponían en pie de un salto.

Ryan disparó y barrió la habitación con su pistola. Brotaron llamas por todas partes. Kastner disparó también desde atrás. Se movían formas entre el fuego, tenues siluetas que caían y rodaban.

Las llamas se apagaron. Ryan avanzó pasando por encima de restos carbonizados. Un barracón. Literas, fragmentos de una mesa. Una lámpara caída y una radio.

Ryan examinó a la luz de la lámpara un mapa de campaña sujeto a la pared con alfileres. Recorrió el plano con el dedo, enfrascado en sus pensamientos.

—¿Estamos lejos? —preguntó Kastner, de pie junto a la puerta con la pistola preparada.

—No. A unos cuantos kilómetros.

—¿Cómo llegaremos a nuestro destino?

—En la nave temporal. Es más segura. Hemos tenido suerte. Podría haber estado al otro lado del mundo.

—¿Habrá muchos guardias?

—Te lo diré cuando lleguemos. —Ryan se acercó a la puerta—. Vamos. Tal vez alguien nos haya visto.

Kastner tomó unos cuantos periódicos de la mesa destrozada.

—Me los llevaré. Quizá nos sirvan de algo.

—Buena idea.

Ryan posó la nave en una hondonada que separaba dos colinas. Desplegó los periódicos y los examinó.

—Hemos llegado antes de lo que pensaba. Unos pocos meses, suponiendo que sean recientes. —Señaló el papel—. Aún no se ha vuelto amarillo. Debe ser de ayer o anteayer.

—¿Cuál es la fecha?

—Veintiuno de septiembre del dos mil treinta. Kastner miró por la portilla.

—El sol saldrá pronto. El cielo empieza a aclarar.

—Tendremos que actuar con rapidez.

—Tengo algunas dudas. ¿Qué debo hacer?

—Schonerman vive en un pueblo que hay detrás de esta colina. Estamos en Estados Unidos. En Kansas. Esta zona se halla rodeada de tropas; un círculo de nidos de ametralladoras y trincheras cubiertas. Estamos en el interior del perímetro. En este continuo, prácticamente nadie conoce a Schonerman. Sus investigaciones no han sido publicadas. En este momento, trabaja en un amplio programa de investigación promovido por el gobierno.

—Por tanto, no goza de ninguna protección especial.

—Más tarde, cuando su trabajo caiga en manos del gobierno, le protegerán día y noche. Le encerrarán en un laboratorio subterráneo, sin dejarle subir a la superficie. Es el investigador más valioso del país. Pero ahora...

—¿Cómo le reconoceremos?

Ryan tendió a Kastner un puñado de fotografías.

—Este es Schonerman. Todas las fotografías que han llegado hasta nosotros.

Kastner examinó las fotos. Schonerman era un hombrecillo que utilizaba gafas de concha. Sonreía tímidamente a la cámara; un hombre delgado y nervioso de frente prominente. Tenía las manos bonitas, los dedos largos y ahusados. En una fotografía estaba sentado ante su escritorio, con una pipa al lado, y se cubría el pecho con un jersey de lana sin mangas. En otra se

encontraba sentado con las piernas cruzadas, tenía un gato atigrado sobre el regazo y una jarra de cerveza frente a él.

Una antigua jarra alemana esmaltada con escenas de caza y letras góticas.

—Así que éste es el hombre que inventó las garras, o llevó a cabo el trabajo de investigación.

—Éste es el hombre que puso las bases para el primer cerebro artificial práctico.

—¿Sabía que iban a utilizar su trabajo para fabricar las garras?

—Al principio no. Los informes señalan que Schonerman se enteró cuando soltaron la primera remesa de garras. Las Naciones Unidas estaban perdiendo la guerra. Los Soviéticos llevaban ventaja debido a sus ataques por sorpresa. Las garras fueron saludadas como un éxito del desarrollo occidental. Durante un tiempo pareció que iban a inclinar la balanza de la guerra.

—Y después...

—Y después, las garras empezaron a fabricar sus propias variedades y a atacar por igual a Soviéticos y Occidentales. Los únicos humanos que sobrevivieron fueron los que se encontraban en la base de las Naciones Unidas situada en la Luna. Unas escasas docenas de millones.

—Menos mal que las garras empezaron a luchar entre sí.

—Schonerman fue testigo del pleno desarrollo de su obra hasta las últimas fases. Dicen que vivía amargado.

Kastner le devolvió las fotos.

—¿Y dices que no se halla bajo vigilancia especial?

—En este continuo no. Como cualquier otro investigador. Es joven. En este continuo sólo tiene veinticinco años. No lo olvides.

—¿Dónde le encontraremos?

—El proyecto gubernamental tiene su sede en lo que antes era una escuela. La mayor parte del trabajo se realiza en la superficie. Aún no se han construido los grandes enclaves subterráneos. Los investigadores viven en unos barracones, a medio kilómetro de los laboratorios. —Ryan consultó su reloj—. Lo mejor será echarle el guante cuando empiece a trabajar en su mesa del laboratorio.

—¿No lo haremos en los barracones?

—Todos sus documentos los guarda en el laboratorio. El gobierno no permite que salga ningún escrito. Todos los trabajadores son registrados cuando se marchan. —Ryan tocó su chaqueta con cautela—. Hemos de ir con cuidado. Schonerman no debe sufrir el menor daño. Sólo queremos sus papeles.

—¿No emplearemos nuestros desintegradores?

—No. No podemos correr el riesgo de herirle.

—¿Estás seguro que guarda los papeles en su mesa de trabajo?

—Tiene prohibido tajantemente sacarlos. Sabemos con exactitud dónde encontrar lo que queremos. Los papeles sólo pueden estar en un sitio.

—Sus medidas de seguridad obran en nuestro favor.

—Exactamente —murmuró Ryan.

Ryan y Kastner se deslizaron colina abajo, corriendo entre los árboles. La tierra era dura y fría. Desembocaron en la periferia de la ciudad. Las escasas personas que ya estaban levantadas caminaban con parsimonia por

la calle. La ciudad no había sufrido bombardeos. No se percibían daños de ningún tipo. Todavía. Las ventanas de las tiendas estaban protegidas con tablas, y enormes flechas indicaban los refugios subterráneos.

—¿Qué llevan puesto? —preguntó Kastner—. Hay gente que lleva algo en la cara.

—Máscaras antibacterias. Vamos.

Ryan aferró su pistola desintegradora. Ambos siguieron adelante. Nadie les prestó atención.

—Dos personas uniformadas más —dijo Kastner.

—Nuestra baza principal es la sorpresa. Nos hemos infiltrado en su muralla defensiva. Patrullas aéreas vigilaban la aparición de naves soviéticas. Ningún agente soviético puede ser lanzado en paracaídas. En cualquier caso, este laboratorio de investigación es de poca importancia, y está en el centro de los Estados Unidos. Los agentes soviéticos no tienen motivos para venir aquí.

—Pero habrá guardias.

—Todo está custodiado. Todo tipo de instalaciones científicas y laboratorios de investigación.

La escuela se alzaba frente a ellos. Algunos hombres se acercaban a la puerta. El corazón de Ryan se aceleró. ¿Sería Schonerman uno de ellos?

Los hombres fueron entrando uno a uno. Un guardia con casco y uniforme verificaba sus placas. Algunos llevaban máscaras antibacterias y sólo se veían sus ojos. ¿Reconocería a Schonerman? ¿Y si portaba máscara? El miedo atenazó a Ryan de repente. Si Schonerman llevaba máscara, no se distinguiría de los demás.

Ryan sacó su pistola e indicó con un gesto a Kastner que le imitara. Sus dedos se crisparon sobre el forro del bolsillo de la chaqueta. Cristales de gas adormecedor. Nadie estaba inmunizado todavía contra el gas adormecedor. No se había descubierto hasta un año después. El gas sumiría a la gente situada dentro de un perímetro de varias decenas de metros en diferentes fases de sueño. Era un arma impredecible y engañosa..., pero perfecta para esta situación.

—Estoy dispuesto —murmuró Kastner.

—Aún no. Hemos de esperarle a *él*.

Aguardaron. El sol se elevó y empezó a caldear la tierra. Aparecieron más investigadores, subiendo por el sendero hasta entrar en el edificio. Echaban nubes de vapor por la boca y se frotaban las manos. Ryan empezó a ponerse nervioso. Un guardia tenía la vista fija en Kastner y en él. Si entraba en sospechas...

Un hombrecillo cubierto con un grueso abrigo y provisto de gafas de concha trotaba por el sendero en dirección al edificio.

Ryan se puso en tensión. ¡Schonerman! Schonerman mostró su placa al guardia. Entró en el edificio como una exhalación, despojándose de sus mitones. Sucedió en un segundo. Un joven nervioso que se dirigía a trabajar. A concentrarse en sus papeles.

—Vamos —dijo Ryan.

Kastner y él avanzaron. Ryan extrajo los cristales del forro del bolsillo. Los notó duros y fríos en la mano. Como diamantes. El guardia observó sus movimientos, tenía el fusil dispuesto y el rostro impenetrable. Les estaba examinando. Nunca les había visto. Ryan, al mirar a la cara del guardia, leyó sus pensamientos sin la menor dificultad.

Ryan y Kastner se detuvieron con tranquilidad.

—Identifíquense.

El guardia no se movió.

—Aquí tiene nuestras credenciales —dijo Ryan.

Sacó la mano del bolsillo de la chaqueta y trituró los cristales.

Los músculos del guardia se relajaron, igual que su rostro, y cayó al suelo como un saco. El gas se esparció. Kastner atravesó el umbral y miró a su alrededor; los ojos le brillaban de excitación.

El edificio no era muy grande. Había mesas y material de laboratorio por todas partes. Los trabajadores estaban tendidos como bultos informes en el suelo, con los brazos y piernas extendidos y la boca abierta.

—De prisa.

Ryan adelantó a Kastner y atravesó corriendo el laboratorio. Schonerman se había derrumbado sobre su mesa de trabajo, en el extremo más alejado de la habitación. Su cabeza descansaba sobre la superficie metálica. Se le habían caído las gafas. Tenía los ojos abiertos. Sus papeles estaban fuera del cajón. El candado y la llave seguían sobre la mesa. Sujetaba los papeles con las manos, unidas bajo la cabeza.

Kastner se precipitó hacia Schonerman y le arrebató los papeles, que guardó en el maletín.

—¡Tómalos todos!

—Ya está. —Kastner abrió el cajón y tomó los documentos que quedaban—. No falta ni uno.

—Vámonos. El gas no tardará en disiparse. Corrieron hacia la entrada. Algunos trabajadores estaban tendidos ante la puerta.

—De prisa.

Huyeron por la única calle de la ciudad. La gente les miraba con asombro. Kastner jadeaba, falto de aliento, sin soltar el maletín.

—Me..., me ahogo.

—No te pares.

Rebasaron la periferia de la ciudad y se dirigieron hacia la colina. Ryan corría entre los árboles con el cuerpo echado hacia adelante, sin mirar atrás. Algunos trabajadores empezaban a recobrar el sentido. Otros guardias se encaminaban hacia la zona. No tardarían mucho en dar la alarma.

Una sirena chilló a sus espaldas.

—Ya vienen.

Ryan se detuvo en lo alto de la colina para esperar a Kastner. La calle principal estaba atestada de hombres que surgían de los bunkers subterráneos. Aullaron más sirenas, con su lúgubre sonido.

—¡Abajo!

Ryan descendió corriendo la colina en dirección a la nave temporal, resbalando y patinando en la tierra seca. Kastner, sin aliento, le seguía como podía. Los oficiales de los soldados que les perseguían no cesaban de gritar órdenes.

Ryan llegó a la nave. Agarró a Kastner y le empujó al interior.

—¡Cierra la escotilla! ¡Ciérrala!

Ryan se lanzó hacia el tablero de control. Kastner dejó caer el maletín y tiró de la escotilla. Un grupo de soldados apareció en la cumbre de la colina. Descendieron a toda velocidad, empezando a disparar.

—¡Agáchate! —ladró Ryan. Las balas se estrellaron contra el casco de la nave—. ¡Agáchate!

Kastner disparó con su pistola desintegradora. Una oleada de llamas ascendió por la ladera hacia los soldados. La escotilla se cerró con un ruido ensordecedor. Kastner giró los pestillos y aseguró la cerradura interior.

—Preparado. Todo preparado.

Ryan movió la palanca de potencia. Afuera, los soldados supervivientes se debatían entre las llamas. Ryan vio sus rostros a través de la portilla, abrasados y chamuscados por la descarga.

Un hombre levantó su fusil con torpeza. La mayoría habían caído al suelo y pugnaban por incorporarse. Mientras la escena se desvanecía vio que uno reptaba a cuatro patas. Sus ropas ardían. Brotaba humo de sus brazos y hombros. Su rostro se retorcía de dolor. Extendió la mano hacia la nave, hacia Ryan. Sus manos temblaban y su cuerpo se arqueaba.

Ryan, de súbito, se quedó petrificado.

Seguía mirando fijamente cuando la escena desapareció y no se vio nada. Nada en absoluto. Las agujas de lectura cambiaron. Los brazos se movieron lentamente sobre el plano, trazando líneas.

Ryan, en el último momento, había mirado la cara del hombre, la cara retorcida de dolor. Las facciones deformadas, contorsionadas. Había perdido las gafas de concha. Pero no existía duda: era Schonerman.

Ryan se sentó, mesándose el cabello con su mano temblorosa.

—¿Estás seguro? —preguntó Kastner.

—Sí. Se habrá despertado en seguida. Afecta de manera diferente a cada persona. Y se hallaba en el extremo más alejado del laboratorio. Habrá salido en nuestra persecución.

—¿Estaba malherido?

—No lo sé.

Kastner abrió su maletín.

—En cualquier caso, aquí están los documentos.

Ryan asintió, sin apenas escucharle. Schonerman herido, abrasado, sus ropas ardiendo. No estaba previsto en el plan.

Pero, sobre todo, ¿era un hecho histórico?

Por primera vez empezaba a intuir las ramificaciones de lo que habían hecho. Su única preocupación se había centrado en apoderarse de los papeles de Schonerman, para que la AISU pudiera hacer uso del cerebro artificial. El descubrimiento de Schonerman, bien empleado, sería de gran utilidad en la renovación de la destrozada Tierra. Ejércitos de robots-obreros recultivarían y reconstruirían. Un ejército mecánico que devolvería la fertilidad a la Tierra. Los robots harían en una generación lo que los humanos tardarían muchísimos años en conseguir. La Tierra renacería.

¿Habían introducido nuevos factores regresando al pasado? ¿Habían creado un nuevo pasado? ¿Habían alterado un determinado equilibrio?

Ryan se levantó y empezó a recorrer la cabina a grandes zancadas.

—¿Qué pasa? —inquirió Kastner—. Tenemos los documentos.

—Lo sé.

—La AISU estará contenta. La Liga recibirá toda la ayuda que necesite de ahora en adelante. Esto fortalecerá a la AISU definitivamente. Al fin y al cabo, fabricará los robots-obreros. El fin del trabajo humano. Máquinas que trabajen la tierra en lugar de hombres.

Ryan asintió con la cabeza.

—Fantástico.

—Entonces, ¿dónde está el fallo?

—Me preocupa nuestro continuo.

—¿Qué te preocupa, en concreto?

Ryan se acercó al cuadro de mandos y examinó el plano temporal. La nave volvía al presente. Los brazos trazaban el camino de regreso.

—Me preocupan los nuevos factores que hemos introducido en los continuos del pasado. En los informes no consta que Schonerman fuera herido. No consta este episodio. Tal vez haya puesto en marcha una cadena causal diferente.

—¿Como cuál?

—No lo sé, pero quiero averiguarlo. Vamos a detenemos ahora mismo para descubrir los nuevos factores que hemos introducido. Ryan desvió la nave hacia el continuo inmediatamente posterior al incidente de Schonerman. Era a principios de octubre, apenas una semana después. Posó la nave en las tierras de un granjero, en las afueras de Des Moines (Iowa), al anochecer. Una fría noche de otoño. Sintieron la tierra dura y quebradiza bajo sus pies.

Ryan y Kastner se internaron en la ciudad. Kastner aferraba con fuerza su maletín. Des Moines había sido bombardeada por los misiles teleguiados rusos. Casi todas las áreas industriales estaban destrozadas. En la ciudad sólo quedaban soldados y trabajadores de la construcción. La población civil había sido evacuada.

Los animales vagaban por las calles desiertas, buscando comida. Por todas partes se veían cascotes y fragmentos de cristal. El frío y la desolación se habían adueñado de la ciudad. Las secuelas de los incendios causados por las bombas se hacían patentes en las calles. Los olores putrefactos de montones de basura se mezclaban con el de los cadáveres abandonados en los cruces y en los solares, impregnando el aire otoñal.

Ryan robó una revista de noticias, *Reseña Semanal*. Estaba húmeda y cubierta de moho. Kastner la ocultó en el maletín y regresaron a la nave temporal. Algunos soldados pasaron junto a ellos, sacando armas y pertrechos de la ciudad. Nadie les detuvo.

Llegaron a la nave temporal, entraron y cerraron la escotilla. Los campos circundantes estaban desiertos. La granja se había quemado, y las cosechas estaban mustias y muertas. Los restos de un automóvil estaban abandonados a un lado del sendero. Un grupo de feos cerdos husmeaba las ruinas de la granja, buscando algo para comer.

Ryan se sentó y abrió la revista. La examinó durante largo rato, volviendo las páginas poco a poco.

—¿Algo interesante? —preguntó Kastner.

—Todo versa sobre la guerra. Se producen los primeros escarceos. Los rusos lanzan misiles teleguiados. Las discobombas norteamericanas bombardean Rusia.

—¿Alguna mención de Schonerman?

—No he visto ninguna. Ocurren demasiadas cosas a la vez.

Ryan siguió leyendo la revista. Por fin, en una de las últimas páginas, encontró lo que estaba buscando. Un pequeño artículo de un solo párrafo.

AGENTES SOVIÉTICOS SORPRENDIDOS

«Un grupo de agentes soviéticos que intentaba destruir un centro de investigaciones gubernamental fue repelido por los centinelas y puesto en fuga a los pocos instantes. Los agentes escaparon, después de intentar

burlar a los guardias y penetrar en las instalaciones del centro. Se hicieron pasar por agentes del FBI y trataron de penetrar cuando empezaba a trabajar el turno de la mañana. Los guardias les interceptaron y persiguieron. No se produjeron daños ni en los laboratorios ni en los aparatos. Dos guardias y un trabajador resultaron muertos en el enfrentamiento. Los nombres de los guardias...»

Ryan cerró la revista de un manotazo.

—¿Qué pasa? —se alarmó Kastner.

Ryan leyó el resto del artículo. Dejó la revista sobre la mesa y la empujó lentamente hacia Kastner.

—¿Qué pasa? —Kastner buscó la página.

—Schonerman murió en el tiroteo. Nosotros le matamos. Hemos alterado el pasado.

Ryan se levantó y se acercó a la portilla. Encendió un cigarrillo y recobró en parte la serenidad.

—Introdujimos nuevos factores y una línea nueva de acontecimientos. Es imposible saber dónde acabará.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que otra persona descubra el cerebro artificial. Es posible que el cambio se rectifique a sí mismo y el flujo temporal prosiga su curso normal.

—¿Cómo?

—No lo sé. Tal como están las cosas, nosotros le matamos y robamos sus documentos. Es imposible que el gobierno se apodere de su trabajo. Ni siquiera sabrán que alguna vez existió. A menos que lleve a cabo el mismo trabajo en la misma línea...

—¿Cómo lo sabremos?

—Tendremos que hacer más observaciones. Es la única manera de descubrirlo.

Ryan eligió el año 2051.

Las primeras garras habían aparecido en 2051. Los soviéticos estaban a punto de ganar la guerra. Las Naciones Unidas lanzaron a las garras en un último y desesperado intento de cambiar el curso de la guerra.

Ryan posó la nave temporal en lo alto de una colina. Una llanura plana, sembrada de ruinas, alambradas y restos de armas, se extendía a sus pies.

Kastner abrió la escotilla y salió al exterior con cautela.

—Ten cuidado —le advirtió Ryan—. No te olvides de las garras. Kastner sacó su pistola desintegradora.

—No lo olvidaré.

—En este período todavía eran muy pequeños, como de treinta centímetros de largo. Metálicos. Se escondían en la ceniza. Los tipos humanoides aún no existían.

El sol se alzaba en el cielo. Era casi mediodía. El aire era caliente y sofocante. Nubes de ceniza, empujadas por el viento, rodaban sobre la tierra.

Kastner se puso repentinamente en tensión.

—Mira. ¿Qué es eso? Se acerca por la carretera.

Un camión cargado de soldados, pesado y de color pardo, traqueteaba lentamente hacia ellos. El camión se dirigía hacia la base de la loma. Ryan desenfundó la pistola desintegradora, Kastner y él se prepararon.

El camión se detuvo. Algunos soldados saltaron al suelo y empezaron a subir por la ladera.

—Prepárate —murmuró Ryan.

Los soldados se pararon a unos metros de distancia. Ryan y Kastner, silenciosos, levantaron sus armas.

—Apártenlas —rió un soldado—. ¿No saben que la guerra ha terminado?

—¿*Terminado*?

Los soldados se tranquilizaron. Su jefe, un hombretón de cara roja, se secó el sudor de la frente y se acercó a Ryan. Su uniforme estaba raído y sucio. Calzaba botas, rotas y manchadas de ceniza.

—La guerra terminó hace una semana. ¡Vamos! Hay mucho que hacer. Les llevaremos de vuelta.

—¿De vuelta?

—Estamos recorriendo todos los puestos de avanzada. ¿Se quedaron incomunicados?

—No —contestó Ryan.

—Pasarán meses antes que todo el mundo se entere que la guerra ha terminado. Vengan con nosotros. No perdamos el tiempo charlando.

—¿Dice que la guerra ha terminado? —Ryan se revolvió inquieto—. Pero...

—Es estupendo. No habríamos aguantado mucho tiempo más. —El oficial dio unos golpecitos a su cinturón—. ¿No tendrá por casualidad un cigarrillo?

Ryan extrajo el paquete y sacó los cigarrillos. Se los tendió al oficial y arrugó el paquete con cuidado y lo devolvió a su bolsillo.

—Gracias. —El oficial distribuyó los cigarrillos entre sus hombres—. Sí, es estupendo. Estábamos en las últimas.

—Las garras. ¿Qué ha pasado con las garras? —preguntó Kastner. El oficial frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

—¿Por qué ha terminado la guerra tan..., tan de repente?

—Una contrarrevolución en la Unión Soviética. Llevábamos meses lanzando en paracaídas agentes y material. Sin embargo, no abrigábamos grandes esperanzas. Estaban mucho más debilitados de lo que nadie sospechaba.

—Entonces, ¿es cierto que la guerra ha terminado?

—Por supuesto. —El oficial tomó a Ryan por el brazo—. Vámonos. Hay trabajo que hacer. Estamos intentando eliminar esta maldita ceniza para plantar cosas.

—¿Plantar? ¿Cosechas?

—Claro. ¿Qué plantaría *usted*?

—Quiero aclarar esto —dijo Ryan, soltándose—. La guerra ha terminado. Se acabaron los combates. ¿Y dice que no sabe nada de las garras, un tipo de arma llamada garras?

El oficial frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Asesinos mecánicos. Robots utilizados como arma.

El círculo de soldados retrocedió un poco.

—¿De qué demonios está hablando?

—Explíquese mejor —dijo el oficial. Su expresión se había endurecido—. ¿Qué son esas garras?

—¿No se ha desarrollado ningún arma de esas características?

Se hizo el silencio. Por fin, intervino un soldado.

—Me parece que ya sé de qué habla —gruñó—. Se refiere a la mina de Dowling.

—¿Cómo? —preguntó Ryan.

—Un físico inglés. Ha experimentado con minas artificiales, autogobernadas. Minas robot. Sin embargo, las minas no podían repararse a sí mismas. Por eso el gobierno abandonó el proyecto y, en su lugar, se volcó en el trabajo de propaganda.

—Por eso la guerra terminó —dijo el oficial, poniéndose en marcha—. Vamos.

Los soldados le siguieron, colina abajo.

—¿Vienen?

El oficial se detuvo, mirando a Ryan y a Kastner.

—Les seguiremos dentro de un rato —contestó Ryan—. Hemos de recoger nuestros pertrechos.

—Muy bien. El campamento se encuentra a unos ochocientos metros de aquí. La gente que ha vuelto de la Luna ha fundado un poblado.

—¿De la Luna?

—Empezamos a enviar unidades a la Luna, pero ahora ya no es necesario. Quizá sea mejor así. ¿Quién demonios quiere marcharse de la Tierra?

—Gracias por los cigarrillos —gritó uno de los soldados que se agrupaban en la parte posterior del camión.

El oficial se sentó al volante. El vehículo arrancó y continuó su camino, avanzando con estruendo por la carretera.

Ryan y Kastner lo vieron alejarse.

—Entonces, la muerte de Schonerman no fue equilibrada —murmuró Ryan—. Un pasado completamente nuevo...

—Me pregunto hasta qué punto influyó el cambio. Me pregunto si habrá afectado a nuestro tiempo.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

—Quiero saberlo ya —afirmó Kastner—. Cuanto antes mejor. Vámonos.

Ryan asintió, absorto en sus pensamientos.

—Cuanto antes mejor.

Entraron en la nave temporal. Kastner dejó el maletín en el suelo. Ryan ajustó los controles. El paisaje que veían por la portilla dejó de existir. Se hallaban de nuevo en el flujo temporal, moviéndose hacia el presente.

—No puedo creerlo —dijo Ryan con expresión sombría—. Toda la estructura del pasado cambiada. Toda una nueva cadena de acontecimientos creada, expandiéndose por todos los continuos, alterando cada vez más nuestro curso.

—Por tanto, cuando volvamos, no será a nuestro presente. Es imposible predecir cuan diferente será. Y todo deriva de la muerte de Schonerman. Un único incidente da origen a una historia absolutamente nueva.

—No deriva de la muerte de Schonerman —le corrigió Ryan.

—¿Qué quieres decir?

—No deriva de su muerte, sino de la perdida de sus papeles. Al morir Schonerman. el gobierno no contó con un método efectivo de construir un cerebro artificial. Por tanto, las garras nunca llegaron a existir.

—Es lo mismo.

—¿De veras?

Kastner levantó la vista al instante.

—Explícate.

—La muerte de Schonerman carece de importancia. La pérdida sus papeles es el factor determinante. —Ryan señaló el maletín de Kastner—. ¿Dónde están los documentos? Ahí. Nosotros los tenemos.

—Cierto —asintió Kastner.

—Podemos reconstruir la situación volviendo al pasado y entregando los papeles a alguna organización gubernamental. Schonerman es insignificante. Lo que cuenta son los papeles.

La mano de Ryan avanzó hacia la palanca de potencia.

—¡Espera! —dijo Kastner—. ¿No queríamos ver el presente? Sería interesante comprobar los cambios introducidos en nuestro tiempo.

Ryan vaciló.

—Tienes razón.

—Después, decidiremos lo que hay que hacer. Si queremos devolver los documentos.

—Muy bien. Continuaremos hasta el presente y tomaremos una decisión.

Las cables que cruzaban el plano temporal casi habían vuelto a su posición anterior. Ryan examinó el plano durante mucho rato, sin soltar la palanca. Kastner abrazaba el pesado maletín de piel, apoyado en su regazo.

—Estamos a punto de llegar —dijo Ryan.

—¿A nuestro tiempo?

—Dentro de unos momentos. —Ryan se levantó y aferró la palanca—. Me pregunto qué vamos a encontrar.

—Nos resultará todo bastante extraño, probablemente.

Ryan respiró profundamente y sintió el frío tacto del metal bajo sus dedos. ¿Sería muy diferente su mundo? ¿Reconocerían algo? ¿Habrían borrado de la existencia todo cuanto habían conocido?

Una inmensa cadena se había puesto en acción, una ola gigantesca que recorría el tiempo, alterando todos los continuos, repercutiendo en todos los tiempos futuros. La segunda parte de la guerra nunca se había producido. La guerra terminó antes que las garras se inventaran. El concepto de cerebro artificial jamás había sido llevado a la práctica. La máquina bélica más poderosa nunca había existido. Las energías humanas se habían volcado en reconstruir el planeta.

Los indicadores y cuadrantes vibraban alrededor de Ryan. Dentro de unos segundos estarían de vuelta. ¿Cómo sería la Tierra? ¿Quedaría algo igual?

Las Cincuenta Ciudades. Probablemente no existirían. Jon, su hijo, sentado en silencio en su sala de lectura. La AISU. El gobierno. La Liga, sus laboratorios y oficinas, sus edificios, pistas de aterrizaje situadas en los tejados, y los guardias. Toda la compleja estructura social. ¿Habrían desaparecido sin dejar huella? Tal vez.

—¿Qué vamos a encontrar en lugar de lo que dejamos?

—Lo sabremos dentro de un minuto —murmuró Ryan.

—Ya falta poco. —Kastner se levantó y caminó hacia la portilla—. Quiero verlo. Será un mundo desconocido.

Ryan apretó la palanca de potencia. La nave dio un salto y abandonó el flujo temporal. Mientras la nave se enderezaba, algo giraba a toda velocidad al otro lado de la portilla. Los controles de la gravedad automática se ajustaron. La nave volaba sobre la superficie del suelo.

Kastner dio un respingo.

—¿Has visto algo? —preguntó Ryan, controlando la velocidad de la nave—. ¿Qué hay ahí afuera?

Al cabo de unos segundos, Kastner se apartó de la portilla.

—Muy interesante. Echa un vistazo.

—¿Qué hay ahí afuera?

Kastner se sentó lentamente y recogió su maletín.

—Esto inaugura una nueva línea de pensamiento.

Ryan se acercó a la portilla y miró afuera. La Tierra se extendía bajo la nave, pero no era la Tierra de la que habían partido.

Campos, interminables campos amarillos. Y parques. Parques y campos amarillos. Cuadrados verdes entre el amarillo, que se alejaban hasta perderse de vista. Nada más.

—No hay ciudades —dijo Ryan con voz ronca.

—No. ¿Te acuerdas? La gente vive en el campo, o pasea por los parques. Discute sobre la naturaleza del Universo.

—Es lo que Jon veía.

—Tu hijo fue extremadamente preciso.

Ryan movió los controles: tenía el rostro demudado. No podía pensar. Se sentó y activó los rezones de aterrizaje. La nave cayó en picada hasta sobrevolar los campos. Hombres y mujeres levantaron la vista, estupefactos. Hombres y mujeres vestidos con túnicas.

Pasaron sobre un parque. Un rebaño de animales huyó aterrorizado. Parecían ciervos.

Éste era el mundo que su hijo había visto. Ésta era su visión. Campos y parques, y hombres y mujeres ataviados con largas túnicas flotantes. Paseando por los senderos. Charlando sobre los problemas del Universo.

Y el otro mundo, su mundo, ya no existía. La Liga había desaparecido. El trabajo de toda su vida, destruido. No existía en este mundo. Jon. Su hijo. Borrado del mapa. Nunca le volvería a ver. Su trabajo, su hijo, todo cuanto había conocido, se había esfumado.

—Hemos de regresar —dijo Ryan, de súbito.

—¿Cómo dices? —Kastner parpadeó.

—Hemos de devolver los documentos a su continuo. No podremos recrear la situación con total exactitud, pero entregaremos los papeles al gobierno. Los factores importantes quedarán restaurados.

—¿Hablas en serio?

Ryan se puso en pie, vacilante, y avanzó hacia Kastner.

—Dame los papeles. La situación es muy grave. Hemos de proceder con rapidez. Hay que ordenarlo todo nuevamente.

Kastner retrocedió y sacó su pistola. Ryan se precipitó sobre él. Golpeó a Kastner con el hombro y derribó al diminuto hombre de negocios. El desintegrador se deslizó por el suelo hasta golpear contra la pared. Los papeles salieron volando en todas direcciones.

—¡Maldito imbécil!

Ryan, de rodillas, empezó a recoger los documentos.

Kastner se abalanzó sobre el desintegrador. Se apoderó del arma, y en su rostro se reflejaba una obstinada determinación. Ryan le vio por el rabillo del ojo. Por un momento, se sintió tentado de estallar en carcajadas. Las mejillas de Kastner se habían teñido de un púrpura intenso. Trataba de apuntarle con sus manos temblorosas.

—Kastner, por el amor de Dios...

Los dedos del ejecutivo se cerraron sobre el gatillo. Un temor repentino invadió a Ryan. Se levantó a toda prisa. La pistola rugió y un haz de llamas surcó la nave temporal. Ryan saltó a un lado y pudo esquivar por poco la estela de fuego.

Los papeles de Schonerman, esparcidos sobre el suelo, ardieron durante breves segundos. El resplandor se apagó al poco. Sólo quedaba un puñado de cenizas. El olor acre del chorro irritó la nariz de Ryan e hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Lo siento —murmuró Kastner.

Dejó el desintegrador sobre el tablero de control.

—¿No crees que sería mejor aterrizar? Estamos muy cerca de la superficie.

Ryan avanzó mecánicamente hacia el tablero de control. Se sentó al cabo de un momento y empezó a ajustar los controles, aminorando la velocidad de la nave, sin pronunciar palabra.

—Ahora empiezo a comprender lo que le pasaba a Jon —murmuró Kastner—. Debía poseer una especie de percepción del tiempo paralelo, un cierto conocimiento sobre otros futuros posibles. A medida que progresaba la construcción de la nave temporal, sus visiones aumentaban, ¿verdad? Sus visiones adquirían cada día mayor realismo. Y la nave temporal adquiría cada día mayor concreción.

Ryan asintió.

—Esto abre ante nosotros nuevas posibilidades especulativas. Las visiones místicas de los santos medievales. Tal vez eran de otros futuros, otros flujos temporales. Las visiones del infierno debieron pertenecer a flujos temporales peores. Las celestiales corresponderían a flujos mejores. El nuestro debe ocupar un lugar intermedio. Y la visión de un mundo eterno e invariable tal vez constituya una visión del no-tiempo. No se trata de otro mundo, sino de éste, visto desde fuera del tiempo. Tendremos que pensar más en todo esto.

La nave aterrizó en la orilla de un parque. Kastner se acercó a la portilla y miró los árboles que se alzaban en el exterior.

—Había fotos de árboles en algunos de los libros que mi familia conservó —dijo pensativamente—. Mira esos árboles que hay ahí. Son pimenteros. Aquellos otros reciben el nombre de árboles de hoja perenne. Se conservan así durante todo el año. De ahí el nombre.

Kastner tomó el maletín con firmeza. Se dirigió hacia la escotilla.

—Vamos a encontrarnos con esa gente. Nos pondremos a charlar de cosas. Cosas metafísicas. —Dedicó una amplia sonrisa a Ryan—. Siempre me gustaron los temas metafísicos.

LOS CAZADORES CÓSMICOS

—¿Qué clase de nave es ésa? —preguntó el capitán Shure, mirando fijamente la pantalla, sin soltar el sintonizador de precisión. El piloto Nelson miró por encima de su hombro.

—Espere un momento.

Giró la cámara de control y tomó una foto de la pantalla. La instantánea desapareció por el tubo de mensajes, rumbo a la sala de mapas.

—Tranquilícese. Barnes nos dará una identificación.

—¿Qué están haciendo ahí? ¿Qué quieren? Han de saber que el sistema de Sirio está cerrado.

—Fíjese en los costados, hinchados como globos. —Nelson recorrió la pantalla con el dedo—. Es un carguero. Observe el tamaño. Una nave de carga.

—Pues fíjese en *eso.*

Shure giró el ampliador. La imagen de la nave aumentó de tamaño hasta llenar la pantalla.

—Observe esos salientes.

—¿Qué quiere decir?

—Armas pesadas. Antihundimientos. Para disparar en el espacio. Es un carguero, pero también va armado.

—Piratas, tal vez.

—Es posible. —Shure jugueteó con el micrófono de comunicaciones—. Estoy tentado de llamar a la Tierra.

—¿Por qué?

—Tal vez se trate de una nave exploradora. Los ojos de Nelson destellaron.

—¿Cree que nos están sondeando? Y si hay más, ¿por qué no los detecta nuestra pantalla?

—Puede que el resto se baile fuera del campo visual.

—¿A más de dos años luz? He puesto los radares al máximo. Y son los mejores que existen.

La identificación procedente de la sala de mapas surgió del tubo y cayó sobre la mesa. Shure abrió el sobre y examinó la hoja con toda rapidez. Después, se la pasó a Nelson.

—Mire.

La nave era del tipo utilizado en Adharan. De primera clase, perteneciente a un grupo de cargueros nuevos. Barnes había escrito de su puño y letra: «Se supone que no va armada. Habrán añadido el cañón. Los cargueros de Adharan no suelen llevar armas».

—Entonces, no es un cebo —murmuró Shure—. Podemos descartarlo. ¿Qué pasa en Adharan? ¿Por qué aparece una nave de Adharan en el sistema de Sirio? La Tierra cerró esta región hace años. Han de saber que aquí no pueden comerciar.

—Nadie sabe gran cosa sobre Adharan. Participó en la Conferencia Comercial Galáctica, pero eso es todo.

—¿De qué raza son los adharanos?

—Del tipo arácnido. Típico de esta zona. Provienen de la rama Gran Murzim. Son una variante del Murzim original, y muy reservados. Estructura social compleja, pautas muy rígidas. Un colectivo regido por un estado orgánico.

—Quiere decir que son como insectos.

—Supongo que sí. En cierta manera son lémures.

Shure miró atentamente la pantalla. Redujo la ampliación y observó lo que ocurría con atención. La cámara siguió automáticamente a la nave de Adharan, alineada en línea recta con ella. La nave adharana era negra, maciza, fea en comparación con la lisa nave terrícola. Parecía un gusano bien alimentado, y sus hinchados costados eran casi esféricos. Alguna luz de posición parpadeaba de vez en cuando, a medida que la nave se aproximaba al planeta más exterior del sistema de Sirio. Se movía con lentitud y cautela, como tanteando el terreno. Entró en la órbita del décimo planeta y empezó a

maniobrar para descender. De los cohetes de frenado brotaron chorros rojizos. El enorme gusano derivó hacia la superficie del planeta.

—Van a aterrizar —murmuró Nelson.

—Estupendo. Se quedarán inmóviles. Los tendremos a tiro.

El carguero adharano se posó sobre la superficie del décimo planeta. Sus cohetes enmudecieron. De ellos surgió una nube de partículas de escape. El carguero había aterrizado entre dos cordilleras, sobre una árida extensión de arena grisácea. La superficie del décimo planeta era, en su mayor parte, árida. No existía vida, atmósfera ni agua. El planeta se componía principalmente de roca, fría roca gris, con sombras y oquedades enormes. Una superficie insalubre, corroída, hostil y pelada.

De repente, la nave adharana cobró vida. Las escotillas se abrieron. Diminutos puntos negros salieron a toda prisa de la nave. Los puntos se hicieron cada vez más numerosos, una lluvia de manchas vomitadas por el carguero y que traqueteaban sobre la arena. Algunas llegaron a las montañas y desaparecieron entre los cráteres y los picachos. Otras se lanzaron hacia el lado opuesto y se perdieron en las largas sombras.

—Que me aspen —murmuró Shure—. Esto no tiene sentido. ¿Qué buscarán? Hemos peinado estos planetas milímetro a milímetro. Ahí no hay nada que valga la pena.

—Tal vez ellos opinen de manera diferente. —Shure se puso rígido.

—Mire. Sus vehículos vuelven a la nave.

Los puntos negros habían reaparecido, procedentes de las sombras y los cráteres. Corrieron hacia el gusano madre. Las escotillas se abrieron. Los vehículos entraron de uno en uno en la nave y desaparecieron. Algunos rezagados les imitaron. Las escotillas se cerraron.

—¿Qué demonios habrán encontrado? —se preguntó Shure. El oficial de comunicaciones Barnes entró en la sala de control y alargó el cuello.

—¿Todavía siguen ahí? Déjenme echar un vistazo. Nunca he visto una nave de Adharan.

La nave adharana se movió, estremeciéndose de proa a popa. Se elevó y ganó altitud rápidamente. Se dirigió hacia el noveno planeta. Describió círculos alrededor de ese planeta durante un rato, mientras observaba la superficie erosionada y horadada por cráteres. Las cuencas vacías de océanos desecados se extendían como inmensas tarteras.

La nave adharana eligió una cuenca y aterrizó arrojando gases de escape hacia el cielo.

—Otra vez igual —murmuró Shure.

Se abrieron las escotillas. Los puntos negros saltaron a la superficie y se movieron en todas direcciones. Shure hizo una mueca, airado.

—Hemos de averiguar qué están haciendo. ¡Miren cómo corren! Saben exactamente lo que buscan. —Agarró el micrófono de comunicaciones, y luego lo soltó—. Nos las arreglaremos solos. No necesitamos a la Tierra.

—Van armados, no lo olvide.

—Los atraparemos cuando aterricen. Se van parando por orden en cada planeta. Les seguiremos hasta el cuarto. —Shure actuó con rapidez. ajustando los controles—. Cuando aterricen en el cuarto planeta les estaremos esperando.

—Quizá opongan resistencia.

—Quizá, pero hemos de descubrir lo que están cargando..., y sea lo que sea, nos pertenece.

El cuarto planeta del sistema de Sirio tenía atmósfera y un poco de agua. Shure posó el crucero entre las ruinas de una vieja ciudad, abandonada desde hacía mucho tiempo.

El carguero adharano aún no había aparecido. Shure escudriñó el cielo antes de abrir la escotilla principal. Barnes, Nelson y él salieron al exterior con cautela, armados con pesados rifles Slem. La escotilla se cerró a sus espaldas y el crucero despegó y se elevó.

Lo vieron perderse en la lejanía. Se quedaron inmóviles, con los rifles dispuestos. El aire era frío y tenue. Notaron que soplaba en torno a sus trajes presurizados.

Barnes aumentó la temperatura de su traje.

—Demasiado frío para mí.

—Consigue recordarnos que todavía somos terrícolas, a pesar de encontrarnos a años luz de casa —comentó Nelson.

—Mi plan es el siguiente —dijo Shure—. No dispararemos contra ellos. Eso queda descartado por completo. Es su cargamento lo que nos interesa. Si les desintegramos, también desintegraremos el cargamento.

—¿Qué utilizaremos?

—Dispararemos una nube de vapor.

—¿Una nube de vapor? Pero...

—Capitán, no podemos utilizar una nube de vapor —dijo Nelson—. No podremos acercarnos a ellos hasta que el vapor esté inactivo.

—Hay viento. El vapor se disipará en seguida. De todos modos, es lo único que podemos hacer. Habrá que correr el riesgo. En cuanto salgan los adharanos abriremos fuego.

—¿Y si la nube falla?

—Tendremos que luchar. —Shure escudriñó el cielo—. Me parece que ya vienen. Vámonos.

Corrieron hacia una colina formada por rocas amontonadas, restos de columnas y torres, mezclados con cascotes y escombros.

—Esto servirá. —Shure se agachó y aferró su Slem—. Aquí vienen.

La nave adharana se preparaba para aterrizar. Los cohetes rugieron y las partículas de escape se elevaron. Golpeó el suelo con gran estruendo, rebotó un poco y, por fin, se inmovilizó.

Shure asió el teléfono.

—Ya.

El crucero apareció en el cielo y se lanzó en picada sobre la nave adharana. Cohetes presurizados dispararon una nube blancoazulada hacia los adharanos. La nube dio de lleno en el carguero y se infiltró en el interior.

El casco brilló por unos momentos. Empezó a desmoronarse, corroído. El crucero terrícola pasó por encima para completar la maniobra. Desapareció en el cielo.

De la nave adharana surgieron unas figuras que saltaron al suelo. Se esparcieron en todas direcciones, dando grandes saltos con sus largas piernas. La mayoría brincaron sobre la nave, arrastrando caballos y pertrechos. Las figuras trabajaban con frenesí y pronto quedaron ocultas por la nube de vapor.

—Están recibiendo una buena dosis.

Aparecieron más adharanos. Saltaban como locos por todas partes, sobre su nave, sobre tierra, completamente desorientados.

—Es como pisar un hormiguero —murmuró Barnes.

El casco de la nave adharana estaba cubierto de enloquecidos tripulantes que corrían con desesperación, en un intento de frenar la corrosiva acción del vapor. El crucero terrícola reapareció e inició una segunda maniobra. Pasó de ser un punto a un alfiler en forma de lágrima, centelleando al sol de Sirio. La fila de cañones del carguero intentó apuntar al veloz crucero.

—Lancen bombas muy cercanas —ordenó Shure por teléfono—, pero no les alcancen de lleno. Quiero salvar el cargamento.

Los depósitos de bombas del crucero se abrieron. Cayeron dos proyectiles, que describieron un hábil arco y estallaron a ambos lados del carguero. La negra forma se estremeció, y los adharanos que se habían refugiado sobre el casco se arrojaron al suelo. La fila de cañones disparó una inútil andanada, pero el crucero pasó de largo y desapareció.

La mayoría de los adharanos abandonaron la nave para esparcirse en todas direcciones.

—Ya casi ha terminado —dijo Shure. Se levantó y salió de las ruinas—. Vamos.

Las adharanos dispararon una bengala blanca que inundo el cielo de chispas. Vagaban sin rumbo fijo, confusos por el ataque. La nube de vapor casi se había disipado por completo. La bengala era la señal convencional de capitulación. El crucero describía círculos sobre el carguero, aguardando las órdenes de Shure.

—Míralos —dijo Barnes—. Insectos grandes como personas.

—¡Vamos! —gritó Shure, impaciente—. Estoy ansioso por saber lo que hay dentro.

El comandante adharano les recibió fuera de la nave. Avanzó hacia ellos, al parecer aturdido por el ataque.

Nelson, Shure y Barnes le miraron con repulsión.

—Dios mío —murmuró Barnes—. Menudo aspecto.

El adharano medía alrededor de un metro y medio y estaba cubierto por un caparazón quitinoso negro. Se sostenía sobre cuatro delgadas patas, y dos más se agitaban vacilantes a mitad del cuerpo. Elevaba un cinturón holgado, del que colgaban su pistola y otros pertrechos. Sus ojos eran complejos, multifacéticos. Una estrecha abertura que hacía las veces de boca se abría en la base de su cráneo alargado. Carecía de orejas.

Algunos miembros de la tripulación aguardaban detrás del comandante. Alzaron un poco sus armas en forma de tubo, indecisos. El comandante emitió una serie de agudos chirridos y agitó las antenas. Los adharanos bajaron las armas.

—¿Podremos comunicarnos con esta raza? —preguntó Barnes a Nelson.

—Da igual —dijo Shure, avanzando un paso—. No tenemos nada que decirles. Saben que venir aquí es ilegal. Lo único que nos interesa es el cargamento.

Pasó junto al comandante, y el grupo de adharanos le abrió paso. Entró en la nave, seguido de Barnes y Nelson.

El interior de la nave olía a limo, que cubría el suelo. Los pasadizos eran estrechos y oscuros, como largos túneles. El piso era resbaladizo. Algunos miembros de la tripulación se removían en la oscuridad, agitando las garras y antenas con nerviosismo. Shure iluminó un pasillo con su linterna.

—Por aquí. Parece el conducto principal.

El comandante adharano les seguía casi pisándoles los talones. Shure prescindía de él. El crucero había aterrizado cerca de la nave. Nelson vio que los soldados de la Tierra se desplegaban en círculo.

Una puerta metálica les cerró el paso. Shure indicó con un ademán que la abrieran.

—Ábrala.

El comandante adharano retrocedió, sin querer obedecer. Aparecieron más tripulantes, armados con los tubos.

—Quizá pretendan oponer resistencia —dijo Nelson con calma. Shure apuntó a la puerta con su rifle Slem.

—Tendré que destruirla.

Las adharanos emitieron chirridos de excitación. Ninguno de ellos se aproximó a la puerta.

—Muy bien —dijo Shure con semblante sombrío.

Disparó. La puerta se desintegró y el paso quedó libre. Los adharanos se precipitaron hacia adelante, chirriando entre sí. Cada vez había más que penetraban en la nave, rodeando a los tres terrícolas.

—Vamos —dijo Shure, atravesando el boquete.

Nelson y Barnes le siguieron, con los rifles Slem dispuestos.

El pasaje se inclinaba en pendiente. El aire era opresivo y denso, y más adharanos se congregaron tras ellos mientras caminaban pasillo adelante.

—Atrás.

Shure se volvió en redondo y levantó el rifle. Los adharanos se detuvieron.

—Vamos, retrocedan.

Los terrícolas doblaron una esquina y desembocaron en la bodega. Shure se internó con cautela. Varios guardias adharanos custodiaban el lugar con los tubos desenfundados.

—Apártense.

Shure movió su rifle Slem. Los guardias, a regañadientes, dieron uno o dos pasos.

—¡Vamos!

Los guardias obedecieron. Shure avanzó, y se detuvo en seco, asombrado.

Vieron ante ellos el cargamento de la nave. La bodega estaba medio llena de esferas de fuego lechoso cuidadosamente apiladas, joyas gigantescas que parecían perlas inmensas, a millares. Por todas partes. Montones interminables que desaparecían en las profundidades de la nave. Todas desprendían un brillo suave, un resplandor interior que iluminaba la vasta bodega.

—¡Increíble! —musitó Shure.

—No me extraña que quisieran entrar aquí sin permiso. —Barnes, los ojos abiertos de par en par, contuvo el aliento—. Creo que yo haría lo mismo. ¡Fíjense!

—Qué grandes son —dijo Nelson.

Intercambiaron una mirada.

—Nunca había visto nada parecido —comentó Shure, aturdido.

Los guardias adharanos no les quitaban el ojo de encima: tenían las armas a punto. Shure avanzó hacia la primera fila de joyas, apiladas con matemática precisión.

—Parece imposible. Joyas apiladas como..., como un almacén de pomos de puerta.

—Es posible que pertenecieran a los adharanos hace tiempo —dijo Nelson con aire pensativo—. Quizás les fueron robadas por los constructores de ciudades del sistema de Sirio, y ahora las están recuperando.

—Interesante —señaló Barnes—. Eso explicaría por que los adharanos las encontraron con tanta facilidad. Tal vez existían planos o mapas.

—En cualquier caso, ahora son *nuestras* —gruñó Shure—. Todo lo que contiene el sistema de Sirio pertenece a la Tierra. Está firmado, sellado y aceptado.

—Pero si les fueron robadas a los adharanos...

—No tenían que haber aceptado los tratados que clausuraron el sistema. Ellos tienen sus propios sistemas. Esto pertenece a la Tierra. —Shure alargó la mano hacia una joya—. Quiero saber que tacto tiene.

—Cuidado, capitán. Puede ser radiactiva.

Shure tocó la joya.

Los adharanos se arrojaron sobre él. Shure se debatió. Un adharano asió su rifle Slem y se lo quitó de las manos.

Barnes disparó. Un grupo de adharanos quedó desintegrado. Nelson, de rodillas, abrió fuego sobre la entrada que daba al pasillo. Éste se hallaba abarrotado de adharanos. Algunos repelieron la agresión. Los chorros caloríficos pasaron sobre la cabeza de Nelson.

—No pueden alcanzarnos —jadeó Barnes—. Tienen miedo de disparar, por las joyas.

Los adharanos se alejaron de la bodega retrocediendo por el pasillo. El comandante dio orden de retirada a los que llevaban armas.

Shure le quitó el rifle a Nelson de un manotazo y desintegró a un grupo de adharanos. Sus compañeros estaban cerrando el pasadizo. Llevaban pesadas planchas de emergencia y las estaban soldando.

—¡Abran una brecha! —ladró Shure. Apuntó el fusil a la pared de la nave—. Intentan encerrarnos aquí.

Barnes y Shure dispararon al unísono sobre la pared. Una parte circular de ella se desgajó y cayó hacia afuera.

Los soldados terrícolas luchaban con los adharanos en el exterior. Los adharanos retrocedían como podían, saltando y disparando. Algunos se refugiaron en la nave. Otros daban media vuelta y huían arrojando sus armas. Corrían y brincaban en todas direcciones, confusos e indefensos, chirriando ruidosamente.

El crucero cobró vida y sus cañones se colocaron en posición de fuego.

—¡No disparen! —ordenó Shure por el teléfono—. Dejen la nave en paz. No es necesario.

—Están acabados —jadeó Nelson, saltando al suelo. Shure y Barnes le imitaron.

—No tienen nada que hacer. No saben luchar. Shure llamó a unos soldados por señas.

—¡Por allí! Dense prisa, maldita sea.

A través del agujero practicado en la nave se desparramaban las joyas lechosas, que rodaban y rebotaban en la tierra. Parte de los puntales de contención estaban destruidos y una cascada de joyas se esparció a sus pies.

Barnes recogió una. Quemó levemente su mano enguantada y le produjo un hormigueo en los dedos. La alzó a la luz. El globo era opaco. Formas

vagas flotaban en el fuego lechoso. El globo latía y centelleaba, como si estuviera vivo.

—Admirable, ¿verdad? —sonrió Nelson.

—Encantador.

Barnes tomó otro. Un adharano le disparó inútilmente desde el disco de la nave.

—Fíjense. Los hay a millares.

—Llamaremos a un mercante para que los recoja —dijo Shure—. Lo cierto es que no estaré tranquilo hasta que vayan camino de la Tierra.

Los combates casi habían cesado. Soldados terrícolas rodeaban a los adharanos supervivientes.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Nelson.

Shure no contestó. Examinaba una joya, dándole vueltas.

—Fíjense —murmuró—. Exhibe un color diferente en cada movimiento. ¿Habían visto alguna vez una cosa parecida?

El gran carguero terrícola aterrizó con enorme estruendo. Las escotillas de la bodega descendieron. Una flotilla de camiones achaparrados salió bamboleándose. Se dirigieron hacia la nave adharana. Se dispusieron rampas para que palas robot empezasen a trabajar.

—Recójanlo todo.

Silvanus Fry se acercó al capitán Shure. El gerente de Empresas Terrícolas se secó la frente con un pañuelo rojo.

—Un botín sorprendente, capitán. Qué gran hallazgo.

Le alargó su palma húmeda y se estrecharon las manos.

—Parece mentira que no las localizáramos —dijo Shure—. Los adharanos llegaban y las tomaban. Iban de un planeta a otro, como abejas. No entiendo por qué nuestros equipos no las encontraron.

—Eso ya no importa.

Fry se encogió de hombros. Examinó una de las joyas; luego, la lanzó al aire y la atrapó.

—Ya imagino a todas las mujeres de la Tierra llevando una alrededor del cuello..., o deseando llevar una alrededor del cuello. Dentro de seis meses no se acordarán de lo que era vivir sin ellas. La gente es así, capitán.

Guardó el globo en su maletín, tras cerrarlo herméticamente.

—Creo que le regalaré una a mi esposa.

Un soldado terrícola llevaba al comandante adharano. Éste guardaba silencio. Los adharanos supervivientes habían sido despojados de sus armas, y tenían permiso para reparar la nave. Habían arreglado ya casi todos los desperfectos del casco.

—Les dejamos marchar —dijo Shure al comandante adharano—. Podríamos tratarles como a piratas y fusilarlos, pero sería absurdo. Será mejor que informen a su gobierno; manténganse alejados del sistema de Sirio a partir de ahora.

—No le entiende —dijo Barnes.

—Lo sé. Es una mera formalidad. Supongo que se hará una idea general.

El comandante adharano aguardaba en silencio.

—Eso es todo. —Shure, impaciente, señaló la nave adharana—. Vamos, váyanse. Largo de aquí. Y no vuelvan.

El soldado soltó al comandante. Éste regresó con parsimonia a la nave. Desapareció por la escotilla. Los adharanos que trabajaban en el casco reunieron sus útiles y siguieron al comandante al interior de la nave.

Las escotillas se cerraron. La nave adharana se estremeció cuando los cohetes cobraron vida. Se elevó dando bandazos. Después, describió una curva y se dirigió hacia el espacio.

Shure la siguió con la mirada hasta que desapareció.

—Ya está. —Fry y él se encaminaron rápidamente hacia el crucero—. ¿Cree que estas joyas llamarán la atención en la Tierra?

—Por supuesto. ¿Alberga alguna duda?

—No. —Shure estaba enfrascado en sus pensamientos—. Sólo fueron a cinco de los diez planetas. Tiene que haber más en los restantes. Cuando este cargamento llegue a la Tierra empezaremos a trabajar en los planetas interiores. Si los adharanos fueron capaces de encontrarlas, nosotros también podremos.

Los ojos de Fry brillaron detrás de sus gafas.

—Estupendo. No había caído en la cuenta que habrá más.

—Las hay. —Shure frunció el ceño y se acarició la mandíbula—. Al menos, en teoría.

—¿Qué le ocurre?

—No entiendo por qué no las encontramos.

—No se preocupe.

Fry le palmeó la espalda.

Shure asintió, todavía absorto.

—Pero sigo sin entender por qué no las descubrimos. ¿Cree que puede significar algo?

El comandante adharano se sentó ante la pantalla de control y ajustó los circuitos de comunicación.

La base de control situada en el segundo planeta del sistema adharano apareció en la pantalla. El comandante se llevó el cono de sonido a la garganta.

—Mala suerte.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los terrícolas nos atacaron y se apoderaron del resto de nuestro cargamento.

—¿Cuánto quedaba todavía a bordo?

—La mitad. Sólo habíamos descendido en cinco de los planetas.

—Una gran desgracia. ¿Se llevaron la carga a la Tierra?

—Supongo que sí.

Hubo unos instantes de silencio.

—¿Es muy cálida la Tierra?

—Bastante, según tengo entendido.

—Quizá salga todo bien. No habíamos previsto la idea de una incubación en la Tierra, pero...

—No me gusta que los terrícolas tengan una buena parte de nuestra siguiente generación. Lamento no haber avanzado más en la distribución.

—No lo lamente. Pediremos a la Madre que ponga un nuevo grupo en compensación.

—Pero, ¿qué van a hacer los terrícolas con nuestros huevos? Cuando empiecen las incubaciones, sólo se producirán problemas. No puedo entenderles. Las mentes terrícolas escapan a mi comprensión. Tiemblo sólo

de pensar en lo que sucederá cuando los huevos se abran... Y en un planeta húmedo, eso no tardará en ocurrir...

PROGENIE

Ed Doyle tenía prisa. Tomó un vehículo de superficie, agitó cincuenta créditos ante el rostro del chofer robot, se secó el rostro sudoroso con un pañuelo rojo que sacó del bolsillo, se desabrochó el cuello de la camisa, continuó sudando, se humedeció los labios y tragó saliva lastimosamente durante todo el trayecto hasta el hospital.

El vehículo de superficie frenó con suavidad frente al gran edificio del hospital, rematado por una cúpula blanca. Ed saltó del coche y subió los escalones de tres en tres, abriéndose paso a empujones entre los visitantes y enfermos convalecientes que paseaban por el amplio jardín central. Descargó su peso sobre la puerta y desembocó en el vestíbulo, donde dejó patidifusos a los empleados y directivos que estaban enfrascados en sus ocupaciones.

—¿Dónde? —preguntó Ed, mirando alrededor.

Tenía las piernas separadas y los puños apretados, y jadeaba. Su respiración era ronca, como la de un animal. En el vestíbulo se hizo el silencio. Todos habían dejado de trabajar para contemplarle.

—¿Dónde? —repitió Ed—. ¿Dónde está ella? ¿Dónde están los dos?

Era una suerte que Janet hubiera dado a luz en ese día concreto. Próxima Centauri estaba muy lejos de la Tierra y el servicio de transporte era malo. Ed, intuyendo el nacimiento de su hijo, se había marchado de Próxima unas semanas antes. Acababa de llegar a la ciudad. Mientras depositaba su maleta en la cinta transportadora de equipajes de la estación, un correo robot le entregó el mensaje: *Hospital Central de Los Ángeles. Ya.*

Ed corrió, y mucho. Mientras corría, no dejó de sentirse complacido por haber adivinado el día exacto, casi la hora. Una intuición excelente. Ya las había tenido antes, durante los años que pasó haciendo negocios en las «colonias», la frontera, la zona civilizada por la Tierra en la que todavía farolas eléctricas iluminaban las calles y las puertas se abrían manualmente.

Iba a costarle acostumbrarse a *aquello.* Se volvió hacia la puerta por la que había entrado y se sintió como un idiota. La había abierto de un empujón, haciendo caso omiso de la célula fotoeléctrica. La puerta se estaba cerrando despacio. Se calmó un poco y guardó el pañuelo en el bolsillo. Los empleados del hospital reanudaron su trabajo. Uno de ellos, un fornido robot último modelo, se acercó a Ed y se detuvo.

El robot equilibró hábilmente su tablero de notas. Sus ojos fotoeléctricos examinaron las facciones enrojecidas de Ed.

—¿Me permite preguntarle a quién busca, señor? ¿A quién desea localizar?

—A mi esposa.

—¿Su nombre, señor?

—Janet, Janet Doyle. Acaba de dar a luz.

El robot consultó su tablero.

—Por aquí, señor.

Se internó por un pasillo.

Ed le siguió, nervioso.

—¿Se encuentra bien? ¿He llegado a tiempo?

La ansiedad le devoraba de nuevo.

—Se encuentra perfectamente, señor. —El robot levantó su brazo metálico y se abrió una puerta lateral—. Entre, señor.

Janet, ataviada con un elegante traje de malla azul, estaba sentada ante un escritorio de caoba. Sujetaba un cigarrillo entre los dedos, tenía las piernas cruzadas y hablaba con rapidez. Un médico bien vestido, sentado al otro lado del escritorio, la escuchaba en silencio.

—¡Janet! —exclamó Ed, entrando en la habitación.

—Hola, Ed —respondió ella, mirándole apenas—. ¿Acabas de llegar?

—Claro. ¿Ya..., ya ha terminado todo? Quiero decir... ¿Ya ha *ocurrido?*

Janet rió exhibiendo sus blancos y radiantes dientes.

—Por supuesto. Entra y siéntate. Te presento al doctor Bish.

—Hola, doctor. —Ed tomó asiento nerviosamente en un extremo de la mesa—. Entonces, ¿ya ha terminado?

—El acontecimiento ya se ha producido —dijo el doctor Bish.

Su voz era débil y metálica. Sólo entonces comprendió Ed, sobresaltado, que el médico era un robot. Un robot de alto nivel, de forma humanoide, no como los vulgares obreros de miembros metálicos. Le había confundido. Había estado ausente tanto tiempo... El doctor Bish era regordete, parecía bien alimentado, tenía facciones bondadosas y utilizaba gafas. Sus manos grandes y carnosas descansaban sobre la mesa; llevaba un anillo en un dedo. Traje a rayas finas y corbata. Un alfiler de corbata adornado con un diamante. Uñas cuidadosamente arregladas. Cabello negro con raya en medio.

Pero su voz le había delatado. Eran incapaces de dotar a sus voces de un sonido realmente humano. El sistema que combinaba aire comprimido con un disco giratorio era insuficiente. Por lo demás, resultaba de lo más convincente.

—Tengo entendido que está establecido cerca de Próxima, señor Doyle —dijo el doctor Bish con placidez.

—Sí —corroboró Ed.

—Está muy lejos, ¿eh? Nunca he ido allí, aunque tengo muchas ganas. ¿Es verdad que están a punto de alcanzar Sirio?

—Escuche, doctor...

—Ed, no seas impaciente.

Janet apagó su cigarrillo y le dirigió una mirada de desaprobación. No había cambiado nada en seis meses. Pelo rubio y cara menuda, boca roja, ojos fríos como piedrecitas azules. Y ahora, había recuperado su perfecta figura.

—Le traerán dentro de unos minutos. Han de lavarle, ponerle gotas en los ojos y tomarle una foto de las ondas cerebrales.

—¿*Le*? Entonces, ¿es un chico?

—Por supuesto. ¿Ya no te acuerdas? Estabas conmigo cuando me dieron las inyecciones. Los dos estuvimos de acuerdo. No habrás cambiado de opinión, ¿verdad?

—Demasiado tarde para cambiar de opinión, señor Doyle —señaló el doctor Bish con su voz monótona, aguda y serena—. Su esposa ha decidido llamarle Peter.

—Peter —asintió con la cabeza Ed, algo aturdido—. Está bien. Lo decidimos los dos, ¿no es cierto? Peter. —Dejó que la palabra sonara en su mente—. Sí, está muy bien. Me gusta.

La pared se desvaneció de súbito, pasó de ser opaca a transparente. Ed se volvió a toda prisa. Contemplaron una habitación brillantemente iluminada, llena de aparatos médicos y enfermeros robot vestidos de blanco. Un robot avanzó hacia ellos empujando un carrito. En el carrito había un contenedor, un gran envase metálico.

La respiración de Ed se aceleró. Se sintió casi mareado. Se acercó a la pared transparente y se quedó mirando el envase metálico del carrito.

El doctor Bish se puso en pie.

—¿No quiere verle usted también, señora Doyle?

—Por supuesto.

Janet se acercó a la pared, colocándose junto a Ed. Observó con aire crítico, cruzándose de brazos.

El doctor Bish hizo una señal. El enfermero introdujo las manos en el envase y sacó una cubeta de alambre, aferrando las asas con sus abrazaderas magnéticas. En la cubeta, goteando a través del alambre, estaba Peter Doyle, todavía húmedo del baño, con los ojos abiertos de estupefacción. Era todo rosado, a excepción de la franja de cabello que coronaba su cráneo y sus grandes ojos azules. Era diminuto, arrugado y desdentado, como un sabio viejo y reseco.

—Dios mío —dijo Ed.

El doctor Bish hizo una segunda señal. La pared se abrió. El enfermero robot entró en la habitación, sujetando la cubeta goteante. El doctor Bish sacó a Peter de la cubeta y lo sostuvo en alto para examinarlo. Le dio vueltas y vueltas, mientras le observaba desde cada ángulo.

—Creo que todo está correcto —dijo por fin.

—¿Cuál ha sido el resultado de la foto de las ondas cerebrales? —preguntó Janet.

—El resultado ha sido bueno. Indica excelentes tendencias. Muy prometedor. Alto desarrollo del... —El doctor se interrumpió—. ¿Qué sucede, señor Doyle?

Ed había extendido las manos.

—Déjeme tomarle, doctor. Quiero abrazarle. —Sonrió de oreja a oreja—. Quiero saber si pesa mucho. Parece muy grande.

El doctor Bish abrió la boca, horrorizado. Janet y él tragaron saliva.

—¡Ed! —exclamó Janet en tono áspero—. ¿Qué te pasa?

—Por el amor de Dios, señor Doyle —murmuró el médico.

Ed parpadeó.

—¿Cómo?

—Si llego a imaginar que albergaba esa idea en su mente...

El doctor Bish devolvió rápidamente el niño al enfermero. Éste lo sacó de la habitación y lo introdujo de nuevo en el envase metálico. El carrito y el robot se desvanecieron al instante, y la pared se ajustó en su sitio con estrépito.

Janet, encolerizada, agarró a Ed por el brazo.

—¡Santo Dios, Ed! ¿Has perdido la cabeza? Vamos, salgamos de aquí antes que hagas otra barbaridad.

—Pero...

—Vamos. —Janet dirigió una nerviosa mirada al doctor Bish—. Ya nos vamos, doctor. Muchas gracias por todo. No le haga caso. Lleva mucho tiempo fuera.

—Entiendo —dijo con suavidad el doctor Bish. Había recobrado su compostura—. Confío en verla pronto, señora Doyle.

Janet empujó a Ed hacia el pasillo.

—Ed, ¿qué te ocurre? He pasado la mayor vergüenza de mi vida. —Dos círculos rojos teñían las mejillas de Janet—. He estado a punto de darte una patada.

—Pero, ¿qué...?

—Ya sabes que no te está permitido tocarle. ¿Qué quieres hacer, arruinar su vida?

—Pero...

—Vamos. —Salieron a toda prisa al jardín del hospital. La luz del sol se derramó sobre ellos—. Podrías haberle hecho un daño irreparable. Es posible que ya lo hayas hecho. Será culpa tuya si crece descarriado y..., y neurótico y emotivo.

Ed se acordó de repente. Sus facciones reflejaron una enorme desdicha.

—Tienes razón. Lo olvidé. Sólo los robots pueden acercarse a los niños. Lo siento, Jan. Me dejé llevar por mis sentimientos. Espero que puedan remediar lo que hice.

—¿Cómo *pudiste* olvidarlo?

—Todo es tan diferente en Prox...

Ed llamó con un gesto a un vehículo de superficie. Se sentía abatido y avergonzado. El conductor frenó ante ellos.

—Jan, lo siento muchísimo. De veras. Estaba muy nervioso. Vamos a tomar una taza de café y charlaremos. Quiero saber lo que te contó el médico.

Ed pidió una taza de café y Janet un coñac con hielo. El Salón de las Ninfas estaba totalmente a oscuras, a excepción de una tenue luz que surgía de la mesa. Esparcía una pálida iluminación que bañaba todo el local, un brillo fantasmal que no parecía brotar de ningún lugar en concreto. Una camarera robot se movía de un lado a otro en silencio, sosteniendo una bandeja con bebidas. Se oía débilmente música grabada que provenía de la parte trasera.

—Sigue —dijo Ed.

—¿Que siga?

Janet se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla. Sus pechos brillaron tenuemente a la pálida luz.

—No hay mucho más que contar. Todo fue a pedir de boca. No duró mucho. Me pasé casi todo el rato hablando con el doctor Bish.

—Me alegro de haber venido.

—¿Qué tal fue el viaje?

—Bien.

—¿Ha mejorado el servicio? ¿Dura tanto como antes?

—Más o menos igual.

—No entiendo por qué has de trabajar tan lejos. Está tan..., tan aislado de todo. ¿Qué te atrae de allí? ¿Hay tal demanda de fontaneros?

—Son necesarios. Es una zona fronteriza. Todo el mundo desea comodidades. —Ed hizo un gesto vago—. ¿Qué te dijo acerca de Peter? ¿Cómo será? Aunque supongo que es un poco pronto para eso...

—Me lo iba a decir cuando empezaste a comportarte de aquella forma. Le llamaré por videófono cuando lleguemos a casa. Su pauta ondularia debería ser buena. Proviene de la mejor materia prima genética.

—Al menos, por tu parte —gruñó Ed.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—No lo sé. No mucho. Tendré que regresar. Me gustaría verle de nuevo, antes de marcharme. —Dirigió una mirada esperanzada a su mujer—. ¿Crees que será posible?

—Supongo que sí.

—¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse allí?

—¿En el hospital? No mucho. Unos cuantos días.

Ed vaciló.

—No me refería al hospital exactamente. Me refiero con *ellos.* ¿Cuánto tiempo pasará antes que podamos llevarle a casa?

Se hizo el silencio. Janet terminó su coñac. Se reclinó en la silla y encendió un cigarrillo. El humo, mezclado con la pálida luz, flotó hacia Ed.

—Ed, me parece que no lo entiendes. Has estado fuera mucho tiempo. Han pasado muchas cosas desde que tú eras niño. Nuevos métodos, nuevas técnicas. Ellos han descubierto muchas cosas que ignoraban. Están haciendo progresos, por primera vez. Saben lo que deben hacer. Están desarrollando una auténtica metodología para tratar a los niños. Para el período de crecimiento. Desarrollo de las actitudes. Aprendizaje. —Dedicó una brillante sonrisa a Ed—. He estado leyendo muchas cosas.

—¿Cuánto tiempo pasará antes que nos lo den?

—Dentro de unos días saldrá del hospital y lo llevarán a un centro de orientación infantil. Le someterán a pruebas y estudios. Determinarán sus diversas capacidades y sus facultades latentes. La dirección que parezca tomar su desarrollo.

—¿Y después?

—Después, le colocarán en la división educativa apropiada, para que reciba el aprendizaje correcto. ¡Ed, creo que va a ser alguien importante! Lo adiviné por la mirada del doctor Bish. Estaba examinando las gráficas de sus pautas ondulatorias cuando entré. Había algo en su cara. ¿Cómo podría describírtelo? —Buscó la palabra—. Bueno, casi..., casi una mirada de envidia. De auténtica ambición. Se toman mucho interés en lo que hacen. Él...

—No digas *él.* Es una máquina.

—¡Ed, por favor! ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Nada. —Ed bajó la vista, hosco—. Sigue.

—Quieren asegurarse que su aprendizaje sea el correcto. Mientras esté en esa institución, no pararán de hacerle pruebas de inteligencia. Después, cuando cumpla nueve años, será transferido a...

—¿Has dicho *nueve* años?

—Por supuesto.

—Pero entonces, ¿cuándo estará con nosotros?

—Ed, pensé que ya lo sabías. ¿He de repetirlo de nuevo?

—¡Por Dios, Jan! ¡No podemos esperar nueve años! —Ed se enderezó de un salto—. Nunca había oído nada semejante. ¿Nueve años? Caramba, para entonces casi será un hombrecito.

—Exactamente. —Janet se inclinó hacia adelante, apoyando el codo desnudo sobre la mesa—. Mientras crezca ha de estar con ellos, no con

nosotros. Después, cuando termine de crecer, cuando ya no sea tan dúctil, podremos estar con él cuanto queramos.

—¿Después? ¿Cuando tenga dieciocho años? —Ed se puso en pie de un salto, echando la silla hacia atrás—. Voy ahora mismo a llevármelo.

—Siéntate, Ed. —Janet le miró con calma, uno de sus esbeltos brazos caído sobre el respaldo de la silla—. Siéntate y compórtate como un adulto, para variar.

—¿Es que no te importa? ¿Te resulta indiferente?

—Por supuesto que me importa. —Janet se encogió de hombros—. Pero es necesario. De lo contrario, no se desarrollará correctamente. Es por *su* bien, no por el nuestro. No existe para nosotros. ¿Quieres crearle conflictos?

Ed se apartó de la mesa.

—Hasta luego.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta. No soporto este tipo de lugares. Me molestan. Hasta luego.

Ed caminó hacia la puerta. Ésta se abrió. Ed salió a la calle, iluminada por el radiante sol de mediodía. Parpadeó para acostumbrar su vista a la luz cegadora. La gente pasaba por su lado. Gente y ruidos. Adaptó su paso al de la muchedumbre.

Estaba aturdido. Lo sabía, por supuesto. Oculto en el fondo de su mente. Las nuevas técnicas de cuidar niños. Pero se trataba de un concepto abstracto. No tenía nada que ver con él. Ni con *su* hijo.

Pasear le tranquilizó. Se irritaba por nada. Janet tenía razón, por supuesto. Era por el bien de Peter. Peter no existía para ellos, como un perro o un gato. Un animal doméstico tenía que rondar por la casa. El niño era un ser humano, tenía su propia vida. El aprendizaje era para él, no para ellos. Servía para desarrollarle, para desarrollar sus capacidades, sus potencias. Debía ser moldeado, debía realizarse, adquirir confianza en sí mismo.

Nadie mejor que los robots para hacerlo, naturalmente. Los robots le formarían científicamente, siguiendo una técnica racional, sin depender de caprichos emocionales. Un robot no se enfadaba. Un robot no regañaba o se quejaba. No golpeaba ni gritaba a los niños. No daba órdenes conflictivas. No discutía con sus iguales o utilizaba a los niños para sus propios fines. Y, con robots de por medio, no podía existir el complejo de Edipo.

Nada de complejos. Se había descubierto mucho tiempo atrás que las neurosis se iniciaban durante el aprendizaje infantil, según la educación recibida de los padres. Las inhibiciones, modales, lecciones, castigos, premios. Neurosis, complejos, desarrollo mal encauzado, todo emanaba de la relación subjetiva existente entre el niño y los padres. Si los padres, como factor, pudieran eliminarse...

Los padres nunca podían ser objetivos en lo referente a sus hijos. Siempre proyectaban sobre ellos de una manera sesgada y emocional. Inevitablemente, el punto de vista de los padres estaba distorsionado. Ningún padre podía ser el instructor idóneo de su hijo.

Los robots, en cambio, podían estudiar al niño, analizar sus necesidades, sus deseos, poner a prueba sus capacidades e intereses. Los robots no intentarían obligar al niño a conformarse a un cierto molde. El aprendizaje recibido se sometería a los intereses y necesidades indicados por el estudio científico.

Ed llegó a la esquina. El tráfico pasaba zumbando ante sus ojos. Avanzó, absorto en sus pensamientos.

Oyó un sonido metálico y un estruendo. Unas rejas de acero cayeron frente a él para detenerle. Un control de seguridad robot.

—¡Señor, vaya con más cuidado! —dijo una voz estridente, muy cerca de él.

—Lo siento.

Ed retrocedió. Las rejas de control se alzaron. Esperó a que el semáforo cambiara. Era por el bien de Peter. Los robots le educarían bien. Más tarde, superado el período de crecimiento, cuando ya no fuera tan manejable, tan sensible...

—Será mejor para él —murmuró Ed.

Lo repitió, a media voz. Algunas personas le miraron y enrojeció. Claro que sería mejor para él. Sin duda alguna.

Dieciocho años. No podría estar con su hijo hasta que cumpliera dieciocho años. Prácticamente, un adulto.

El semáforo cambió. Ed cruzó la calle con los demás peatones, abismado en sus pensamientos, procurando mantenerse dentro de la franja de seguridad. Era mejor para Peter. Pero dieciocho años era mucho tiempo.

—Una barbaridad de tiempo —murmuró Ed, frunciendo el ceño—. Demasiado tiempo.

El doctor 2g-Y Bish examinó minuciosamente al hombre que se hallaba de pie frente a él. Sus relés y bancos de memoria cliquetearon mientras reducían la identificación de imagen y transmitían diversas comparaciones posibles a la computadora.

—Le recuerdo, señor —dijo por fin el doctor Bish—. Usted es el hombre de Próxima. De las colonias. Doyle. Edward Doyle. Veamos. Fue hace algún tiempo. Deben ser...

—Nueve años —dijo Ed Doyle, sombrío—. Exactamente nueve años, casi coincidiendo con el día de hoy. El doctor Bish entrecruzó las manos.

—Siéntese, señor Doyle. ¿En qué puedo servirle? ¿Cómo está la señora Doyle? Creo recordar que era una mujer muy simpática. Mantuvimos una agradabilísima conversación durante su parto.

—Doctor Bish, ¿sabe dónde está mi hijo?

El doctor Bish reflexionó, tabaleando sobre el escritorio. Entrecerró los ojos mirando a la distancia.

—Sí. Sí sé dónde está su hijo, señor Doyle.

Ed Doyle se serenó.

—Estupendo.

Asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sé exactamente dónde se halla su hijo. Le envié a la Estación de Investigaciones Biológicas de Los Ángeles hace un año. Recibe en ella un aprendizaje especializado. Su hijo, señor Doyle, ha demostrado capacidades excepcionales. Me atrevería a decirle que es uno de los pocos dotados de posibilidades reales que hemos encontrado.

—¿Puedo verle?

—¿Verle? ¿A qué se refiere?

Doyle logró controlarse con un esfuerzo.

—Creo que me he expresado con claridad.

El doctor Bish se acarició la barbilla. Su cerebro fotoeléctrico zumbaba, trabajando a toda velocidad. Mientras contemplaba al hombre sentado ante él, los interruptores lanzaban ondas de energía que aceleraban el rendimiento y viajaban entre los electrodos con suma rapidez.

—¿Desea *encontrarse con él cara a cara*? Ése es un posible significado de la palabra que ha empleado. ¿O quiere hablar con él? A veces, la palabra encubre un contacto más directo. Es una palabra poco exacta.

—Quiero hablar con él.

—Entiendo. —Bish sacó sin prisas unos formularios del distribuidor automático de su escritorio—. Primero, tendrá que llenar los impresos de rigor, por supuesto. ¿Cuánto rato quiere hablar con él?

Ed Doyle clavó la vista en el rostro imperturbable del doctor Bish.

—Quiero hablar con él varias horas. *A solas*.

—¿A solas?

—Sin robots merodeando por las cercanías.

El doctor Bish calló. Acarició los papeles que sostenía y dobló las esquinas con las uñas.

—Señor Doyle —empezó con cautela—, me pregunto si se halla en el estado emocional apropiado para visitar a su hijo. ¿Hace mucho que ha llegado de las colonias?

—Salí de Próxima hace tres semanas.

—Por tanto, ¿acaba de llegar a Los Ángeles?

—En efecto.

—¿Ha venido sólo para ver a su hijo, o por otros asuntos?

—Sólo para ver a mi hijo.

—Señor Doyle, Peter pasa por un período muy crítico. Ha sido trasladado recientemente a la Estación Biológica para cursar estudios superiores. Hasta el momento, se le han impartido conocimientos generales. Lo que nosotros llamamos el período no diferenciado. Acaba de entrar en un nuevo período. Durante los últimos seis meses, Peter ha empezado a profundizar en su interés específico, la química orgánica. Seguirá...

—¿Qué opina Peter sobre eso?

—No le comprendo, señor. —Bish frunció el ceño. —¿Cómo se *siente*? ¿Es eso lo que desea?

—Señor Doyle, su hijo tiene la posibilidad de llegar a ser uno de los mejores bioquímicos del mundo. Nunca nos habíamos encontrado, en todo el tiempo que llevamos trabajando en el aprendizaje y desarrollo de seres humanos, con una facultad más despierta e integrada a la hora de asimilar datos, construir teorías o formular elementos que la que su hijo posee. Todos los *tests* apuntan a que no tardará en llegar a la cumbre del campo que ha escogido. Sólo es un niño, señor Doyle, pero quienes deben recibir una educación son los niños.

Doyle se levantó.

—Dígame dónde puedo visitarle. Hablaré con él dos horas y el resto dependerá de él.

—¿El resto?

Doyle apretó la mandíbula. Hundió las manos en los bolsillos. Su rostro enrojecido expresaba firmeza y determinación. Después de los nueve años transcurridos se le veía más corpulento, robusto y entrado en carnes. Su cabello ralo había encanecido. Utilizaba prendas holgadas, sin planchar. Parecía obstinado.

Librodot

—Muy bien, señor Doyle —suspiró el doctor Bish—. Tenga los papeles. La ley le permite ver a su hijo siempre que lo solicite por los cauces reglamentarios. Puesto que ya ha terminado su período no diferenciado, también podrá hablar con él durante noventa minutos.

—¿A solas?

—Puede sacarle del perímetro de la Estación durante ese lapso. —El doctor Bish empujó los papeles hacia Doyle—. Rellénelos y mandaré que traigan a Peter. —Miró con firmeza al hombre que se hallaba de pie frente a él—. Espero que recuerde que cualquier experiencia emocional en este período crucial puede inhibir seriamente su desarrollo. Él ya ha elegido su especialidad, señor Doyle. Se le debe permitir madurar en este sentido, sin que ninguna situación le perturbe. Peter ha estado en contacto con nuestro personal técnico durante todo su período de aprendizaje. No está acostumbrado al contacto con otros seres humanos. Tenga cuidado.

Doyle no dijo nada. Tomó los papeles y sacó su estilográfica.

Apenas reconoció a su hijo cuando dos asistentes robot le sacaron del enorme edificio de hormigón de la Estación y le depositaron a escasos metros del vehículo de superficie de Ed.

Ed abrió la puerta al instante.

—¡Pete!

Su corazón latía violenta y dolorosamente. Contempló a su hijo acercarse al coche y arrugó la frente bajo la brillante luz del sol. Serían cerca de las cuatro de la tarde. Una tenue brisa soplaba en el estacionamiento, arrastrando algunos papeles y desperdicios.

Peter estaba delgado y caminaba con la espalda recta. Se detuvo. Sus ojos eran grandes, de color castaño oscuro, como los de Ed. El cabello era claro, casi rubio. Más parecido al de Janet. Sin embargo, había heredado la mandíbula de Ed, la línea firme, bien proporcionada y dibujada. Ed le sonrió. Habían pasado nueve años. Nueve años desde que el enfermero robot había levantado el envase del carrito para enseñarle el diminuto bebé arrugado, rojo como una langosta hervida.

Peter había crecido. Ya no era un bebé. Era un jovencito orgulloso y serio, de rasgos firmes y grandes ojos.

—Peter —dijo Ed—, ¿cómo estás?

El muchacho se detuvo junto a la puerta del coche. Miró a Ed con calma. Sus ojos parpadearon, abarcando el coche, el chofer robot, el hombre corpulento vestido con un arrugado traje de tweed que le sonreía nerviosamente.

—Entra, entra —Ed se acercó—. Vamos. Iremos a pasear por ahí.

El muchacho le miró de nuevo. De pronto, Ed fue consciente de las bolsas que hacía su traje, de sus zapatos sucios, de su barbilla mal afeitada. Se sonrojó, sacó su pañuelo rojo del bolsillo y se secó la frente, nervioso.

—Acabó de bajar de la nave, Pete. Vengo de Próxima. No he tenido tiempo de cambiarme. Estoy un poco impresentable. El viaje es muy largo.

—Cuatro coma tres años luz, ¿verdad? —asintió Peter con la cabeza.

—Se tardan tres semanas. Entra. ¿No quieres entrar?

Peter se sentó a su lado. Ed cerró la puerta de un golpe.

—Vámonos. —El coche se puso en marcha—. Vaya… —Ed miró por la ventana—. Vaya por allí. Paralelo a la colina. Fuera de la ciudad. —Se volvió hacia Peter—. Odio las grandes ciudades. No me acostumbro a ellas.

—No hay ciudades grandes en las colonias, ¿verdad? —murmuró Peter—. No estás acostumbrado a la vida urbana.

Ed se relajó. Su corazón latía a la velocidad normal.

—No. De hecho, sucede todo lo contrario, Peter.

—¿Qué quieres decir?

—Me marché a Prox *porque* no soporto las ciudades.

Peter calló. El vehículo de superficie ascendía hacia las colinas por una autopista de acero. La Estación, inmensa e imprecisa, se extendía como un montón de ladrillos de cemento directamente bajo ellos.

Circulaban muy pocos coches por la carretera. En esos días, la mayor parte del transporte se efectuaba por aire. Los vehículos de superficie empezaban a desaparecer.

Iban por el borde de las colinas, por una carretera recta y llana. A ambos lados crecían árboles y matorrales.

—Qué bonito es esto —comentó Ed.

—Sí.

—¿Cómo..., cómo te ha ido? Ha pasado mucho tiempo desde que te vi, sólo una vez, cuando acababas de nacer.

—Lo sé. Tu visita consta en los registros.

—¿Te ha ido todo bien?

—Sí. Muy bien.

—¿Te tratan bien?

—Por supuesto.

Al cabo de un rato, Ed se inclinó hacia adelante.

—Pare aquí —indicó al chofer robot.

El coche aminoró la velocidad y se desvió a un lado de la carretera.

—Señor, no hay nada...

Esto es maravilloso. Salgamos. Daremos un paseo. El coche se detuvo. La puerta se abrió como de mala gana. Ed salió a toda prisa del coche. Peter le siguió lentamente, desconcertado.

—¿Adónde vamos?

—A ningún sitio. —Ed cerró la puerta de un golpe—. Vuelva a la ciudad —ordenó al conductor—. No le necesitaremos.

El coche se fue. Ed caminó hacia el arcén. Peter le siguió. La colina descendía hacia los suburbios de la ciudad. Un amplio panorama se extendía ante sus ojos, la gran metrópolis iluminada por el sol del atardecer. Ed respiró profundamente y abrió los brazos. Se quitó la chaqueta y se la colgó al hombro.

—Vamos. —Empezó a bajar por la ladera—. Pongámonos en marcha.

—¿Hacia dónde?

—Demos un paseo. Alejémonos de esta maldita carretera.

Descendieron por la ladera, avanzando con cuidado, agarrándose a las hierbas y raíces que brotaban de la tierra. Por fin llegaron a una planicie, cerca de un gran plátano. Ed se dejó caer al suelo, jadeando y secándose el sudor del cuello.

—Nos sentaremos aquí.

Peter se sentó con cautela, algo alejado. La camisa azul de Ed estaba manchada de sudor. Se aflojó la corbata y el cuello de la camisa. Después, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta. Sacó su pipa y el tabaco.

Peter le miró llenar la pipa y encenderla con una enorme cerilla de azufre.

—¿Qué es eso? —murmuró.

—¿Esto? Mi pipa. —Ed sonrió y dio una chupada a la pipa—. ¿Nunca habías visto una pipa?

—No.

—Pues es una buena pipa. La compré en mi primer viaje a Próxima. Fue hace mucho tiempo, Peter. Hace veinticinco años. Yo tenía diecinueve. El doble que tú.

Apartó el tabaco y se recostó, con expresión seria y preocupada.

—Sólo diecinueve años. Fui a trabajar de fontanero. Reparaciones y ventas, cuando tenía la oportunidad de vender algo. Cañerías Terrestres. Un gran anuncio publicitario que se veía por todas partes. Oportunidades ilimitadas. Tierras vírgenes. Gane un millón. Oro en las calles. —Ed lanzó una carcajada.

—¿Cómo te fue?

—Bien, bastante bien. Tengo mi propia empresa, ya lo sabes. Atendemos a todo el sistema de Próxima. Tengo seiscientos empleados a mis órdenes. Abarcamos reparaciones, mantenimiento, construcciones... Me costó mucho tiempo. No resultó fácil.

—Ya.

—¿Tienes hambre?

—¿Cómo? —preguntó Peter, volviéndose.

—¿Tienes hambre? —Ed extrajo de la chaqueta un paquete envuelto en papel marrón y lo desenvolvió—. Aún me quedan un par de bocadillos del viaje. Cuando vengo desde Prox siempre traigo algo de comida. No me gusta comer en el restaurante. Te despluman. —Alargó el paquete—. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Ed eligió un bocadillo y se puso a comer. Lo hizo con nerviosismo, mientras lanzaba frecuentes miradas a su hijo. Peter se mantenía en silencio, a cierta distancia, mirando al frente con rostro inexpresivo. Su hermoso rostro no reflejaba nada.

—¿Va todo bien? —preguntó Ed.

—Sí.

—No estarás resfriado, ¿verdad?

—No.

—No quiero que pilles un catarro.

Una ardilla pasó corriendo frente a ellos, en dirección al plátano.

Ed le tiró un pedazo de bocadillo. La ardilla se alejó, para acercarse después poco a poco. Les miró con severidad, erguida sobre las patas traseras, meneando su gran cola gris.

—Mírala —rió Ed—. ¿Habías visto antes una ardilla?

—Creo que no.

La ardilla salió huyendo con el pedazo de bocadillo. Se escabulló entre los arbustos y los matorrales.

—No hay ardillas en Prox —dijo Ed.

—No.

—Me gusta volver a la Tierra de vez en cuando. Contemplar las cosas de siempre. Sin embargo, están desapareciendo.

—¿Desapareciendo?

—Desapareciendo. Destruidas. La Tierra siempre está cambiando. —Ed movió la mano en dirección a la ladera de la colina—. Esto también desaparecerá algún día. Talarán los árboles, aplanarán la tierra. Algún día

excavarán toda la cordillera y se la llevarán. La utilizarán para rellenar algún lugar cercano a la costa.

—Eso escapa a nuestro campo de acción.

—¿Cómo?

—No me imparten ese tipo de materias. Creo que el doctor Bish ya te lo dijo. Trabajo en bioquímica.

—Lo sé —murmuró Ed—. Dime, ¿cómo demonios te metiste en ese rollo, bioquímica?

—Los *tests* demostraron que mis capacidades apuntaban en ese sentido.

—¿Te gusta lo que haces?

—Qué pregunta más extraña. Claro que me gusta lo que hago. Es el trabajo que mejor se adapta a mis características.

—Pues a mí me parece de lo más extraño que un chico de nueve años se meta en algo semejante.

—¿Por qué?

—Dios mío, Peter. Cuando yo tenía nueve años hacía el zángano por la ciudad. A veces en la escuela, fuera de ella casi siempre, vagando de un lado a otro. Jugando, leyendo, entrando a hurtadillas en las pistas de lanzamiento de cohetes en cuanto podía. —Reflexionó unos momentos—. Haciendo toda clase de cosas. Cuando tenía dieciséis años me fui a Marte. Me quedé allí una temporada. Trabajé de picador. Fui a Ganímedes. Ganímedes estaba superexplotado. Allí no había nada que hacer. De Ganímedes salté a Prox. Trabajé como un esclavo, sin parar. En un gran carguero.

—¿Te quedaste en Próxima?

—Pues claro. Encontré lo que quería. Un hermoso lugar, al aire libre. Ahora, nos estamos preparando para conquistar Sirio, ya lo sabes. —Ed hinchó el pecho—. He abierto una sucursal en el sistema de Sirio. Un pequeño comercio al por menor, con servicio de mantenimiento.

—Sirio se halla a ocho coma ocho años luz del Sol.

—Está muy lejos. A siete semanas de aquí. Un viaje pesadísimo. Lluvias de meteoros. Se te ponen por corbata.

—Me lo imagino.

—¿Sabes lo que estoy planeando? —Ed se volvió hacia su hijo, con el rostro encendido de esperanza y entusiasmo—. Llevo mucho tiempo pensándolo. Es posible que me vaya allí. A Sirio. Tenemos una bonita tienda. Yo mismo dibujé los planos. Un diseño especial, acorde con las características del sistema.

Peter asintió con la cabeza.

—Peter…

—¿Sí?

—¿No te interesaría volar a Sirio y echar una ojeada? Es un buen sitio. Cuatro planetas limpios. Vírgenes. Montones de espacio. Kilómetros y kilómetros de espacio disponible. Acantilados y montañas. Océanos. Poca gente. Algunos colonos, familias, unos pocos edificios. Llanuras inmensas.

—¿A qué interés te refieres?

—Al de hacer el viaje. —Ed estaba pálido. Espasmos nerviosos le torcían la boca—. Pensé que quizá te gustaría venir conmigo y echar un vistazo. Se parece mucho al Prox de hace veinticinco años. Bonito y limpio. No hay ciudades.

Peter sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada. —Peter se puso en pie bruscamente—. Si hemos de volver a la Estación, será mejor que nos pongamos en marcha, ¿no crees? Se está haciendo tarde.

—Claro. —Ed se levantó con cierta dificultad—. Claro, pero...

—¿Cuándo volverás al Sistema Solar?

—¿Volver? —Ed siguió a su hijo. Peter ascendió la colina, en dirección a la carretera—. No corras tanto.

Peter aminoró el paso. Ed le alcanzó.

—No sé cuándo volveré. No lo hago muy a menudo. Nada me ata aquí, en especial desde que Janet y yo nos separamos. De hecho, he venido esta vez para...

—Por aquí. —Peter salió a la carretera.

Ed corrió a su lado, ajustándose la corbata y poniéndose la chaqueta, jadeante.

—Peter, ¿qué me contestas? ¿Quieres volar conmigo a Sirio y echar un vistazo? Es un bonito lugar. Trabajaríamos juntos. Codo con codo. Si quieres.

—Pero ya tengo un trabajo.

—¿Ese rollo? ¿Ese maldito rollo de la química?

Peter volvió a sonreír.

Ed, sonrojado, le miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué sonríes? —inquirió. Su hijo no contestó—. ¿Qué pasa? ¿Qué te divierte tanto?

—Nada, no te pongas nervioso. Estamos lejos de la ciudad.

Caminó con algo más de rapidez. Su ágil cuerpo se balanceaba a cada zancada.

—Se está haciendo tarde. Hemos de darnos prisa.

El doctor Bish consultó su reloj de pulsera subiéndose la manga de su chaqueta a rayas.

—Me alegro que hayas vuelto.

—Despidió al vehículo de superficie —murmuró Peter—. Tuvimos que bajar la colina a pie.

Afuera había oscurecido. Las luces de la Estación se encendieron automáticamente en todas las hileras de edificios y laboratorios.

El doctor Bish se puso en pie.

—Firma al final de este formulario, Peter.

Peter obedeció.

—¿Qué es?

—Un certificado indicando que le has visto de acuerdo con lo que estipula la ley. Nosotros no hemos intentado impedírtelo en ningún momento.

Peter le devolvió el documento. Bish lo archivó con los demás. El niño se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Me voy a cenar al autoservicio.

—¿Aún no has cenado?

—No.

El doctor Bish se cruzó de brazos y examinó al muchacho.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué opinas de él? Es la primera vez que vez a tu padre. Te habrá resultado una experiencia extraña. Siempre has estado entre nosotros, tanto aprendiendo como trabajando.

—Fue... peculiar.

—¿Recibiste alguna impresión? ¿Reparaste en algo especial?

—Es muy sentimental. Descubrí una evidente parcialidad en todo lo que decía y hacía. Una distorsión constante, virtualmente uniforme.

—¿Algo más?

Peter vaciló, demorándose en el umbral. Después, sonrió.

—Otra cosa.

—¿Cuál?

—Noté... —Peter lanzó una carcajada—. Noté que desprendía un olor característico, un olor constante y acre, todo el rato que pasé con él.

—Me temo que les ocurre a todos ellos —dijo el doctor Bish—. Ciertas glándulas de la piel. Productos residuales que libera la sangre. Te acostumbrarás cuando pases más tiempo con ellos.

—¿He de vivir entre ellos?

—Son tu raza. ¿Cómo vas a trabajar con ellos, si no? Todo tu aprendizaje fue diseñado con esa meta. Cuando te hayamos enseñado todo lo que sabemos, tu...

—Ese olor acre me recordó algo. Lo estuve pensando todo el rato que pasé con él, intentando identificarlo.

—¿Ya lo has descubierto?

Peter reflexionó, concentrado en sus pensamientos. Profundas arrugas surcaron su pequeño rostro. El doctor Bish esperó pacientemente junto a su escritorio, cruzado de brazos. El sistema automático de calefacción nocturna entró en funcionamiento y caldeó la habitación con una agradable temperatura.

—¡Ya lo sé! —exclamó Peter de repente.

—¿Qué era?

—Los animales del laboratorio de biología. Era el mismo olor. El mismo olor de los animales que utilizamos en los experimentos.

El médico robot y el prometedor muchacho intercambiaron una mirada. Ambos compartieron una sonrisa secreta, privada. Una sonrisa de total comprensión.

—Creo que sé a lo que te refieres —dijo el doctor Bish—. De hecho, sé *exactamente* a qué te refieres.

ALGUNAS CLASES DE VIDA

—¡Joan, por el amor de Dios!

Joan Clarke captó la irritación en la voz de su marido, aun a través del altavoz mural. Saltó de la silla en la que estaba sentada junto a la videopantalla y corrió hacia el dormitorio. Bob hurgaba furiosamente en el armario ropero, sacando chaquetas y trajes y arrojándolos sobre la cama. Su cara estaba roja de exasperación.

—¿Qué buscas?

—Mi uniforme. ¿Dónde está? ¿No está aquí?

—Claro que sí. Déjame mirar.

Bob se apartó con semblante hosco. Joan pasó a su lado y conectó el distribuidor automático. Los trajes aparecieron en rápida sucesión, desfilando para que los inspeccionara.

Eran las nueve de la mañana. El cielo lucía un azul radiante. No se veía ni una nube. Un cálido día primaveral de finales de abril. Las lluvias del día anterior habían humedecido y ennegrecido la tierra que se extendía frente a la casa. Brotes verdes empezaban a asomar en el suelo ablandado. La humedad oscurecía la acera. Amplias parcelas de césped centelleaban a la luz del sol.

—Aquí está.

Joan desconectó el distribuidor. El uniforme cayó en sus brazos y se lo pasó a su marido.

—La próxima vez no te enfades tanto.

—Gracias —sonrió Bob, violento. Dio unas palmadas a la chaqueta—. Fíjate, está arrugada. Creía que me lo tendrías todo a punto.

—Te quedará muy bien.

Joan conectó el hacecamas. Éste alisó las sábanas y las mantas, luego las dobló. El cobertor se acomodó cuidadosamente sobre las almohadas.

—Cuando la hayas llevado un rato te sentará de maravilla. Bob, eres el hombre más quisquilloso que conozco.

—Lo siento, cariño —murmuró Bob.

—¿Qué te pasa? —Joan se acercó a él y apoyó la mano sobre su ancha espalda—. ¿Estás preocupado por algo?

—No.

—Cuéntamelo.

Bob empezó a desabrocharse el uniforme.

—Nada importante. No quería preocuparte. Erickson me llamó ayer al trabajo para decirme que mi grupo va a partir de nuevo. Por lo visto, ahora llaman a los grupos de dos en dos. Pensaba que descansaría durante otros seis meses.

—¡Oh, Bob! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Erickson y yo hablamos mucho rato. «¡Por el amor de Dios!», le dije, «acabo de llegar». «Lo sé, Bob», me contestó, «Lo siento muchísimo, pero no puedo hacer nada. Navegamos en el mismo barco. En cualquier caso, no durará mucho. Es posible que terminemos de una vez. Se trata de la situación en Marte. A todo el mundo le está molestando». Eso es lo que me dijo. Fue muy amable. Para ser un organizador sectorial, Erickson es un buen tipo.

—¿Cuándo..., cuándo has de marcharte?

Bob consultó su reloj.

—Debo estar en la pista a mediodía. Me quedan tres horas.

—¿Cuándo volverás?

—Oh, dentro de un par de días..., si todo va bien. Ya sabes cómo están las cosas. Varían de un día a otro. ¿Te acuerdas cuando en octubre estuve ausente toda una semana? Claro que no ocurre a menudo. Los grupos se turnan ahora con tal rapidez que prácticamente estás de vuelta antes de empezar.

Tommy entró como una tromba en la cocina.

—¿Qué pasa, papá? —Reparó en el uniforme—. Caray, ¿le toca a tu grupo de nuevo?

—Exacto.

Tommy sonrió de oreja a oreja: era una complacida sonrisa de adolescente.

—¿Van a poner en vereda a los marcianos? Estaba viendo las noticias. Esos marcianos parecen un montón de hierbas secas atadas en un manojo. ¿Están seguros que podrán liquidarles?

Bob rió y palmeó la espalda de su hijo.

—Pregúntaselo a ellos, Tommy.

—Tenía muchas ganas de ir contigo.

La expresión de Bob cambió. Sus ojos se endurecieron como el pedernal.

—No, muchacho, ni hablar. No digas eso. Se produjo un silencio incómodo.

—Era una broma —murmuró Tommy.

—Olvídalo —rió Bob—. Ahora, lárguense. Quiero cambiarme.

Joan y Tommy salieron de la habitación. La puerta se cerró. Bob se vistió a toda prisa, tiró la bata y el pijama sobre la cama y se ciñó el uniforme de color verde oscuro. Se ató las botas y abrió la puerta.

Joan había sacado su maleta del armario del vestíbulo.

—Te la vas a llevar, ¿verdad? —preguntó.

—Gracias. —Bob tomó la maleta—. Vamos al coche.

Tommy ya estaba absorto en la videopantalla, empezando los deberes de aquel día. Una lección de biología desfilaba lentamente por la pantalla.

Bob y Joan bajaron los peldaños delanteros y se encaminaron por el sendero hacia el vehículo de superficie, estacionado al borde de la carretera. La puerta se abrió cuando se acercaron. Bob arrojó la maleta dentro y se sentó al volante.

—¿Por qué hemos de luchar contra los marcianos? —preguntó Joan de repente—. Dímelo, Bob. Dime por qué.

Bob encendió un cigarrillo. Dejó que el humo gris se esparciera por la cabina del coche.

—¿Por qué? Lo sabes tan bien como yo. —Alargó su enorme mano y golpeó el bello cuadro de mandos del coche—. Por esto.

—¿Qué quieres decir?

—El mecanismo de control necesita rexeroide. Y los únicos depósitos de rexeroide de todo el sistema se encuentran en Marte. Si perdemos Marte, perdemos esto. —Recorrió con la mano el brillante cuadro de mandos—. Y si perdemos esto, ¿cómo vamos a ir de un lado a otro? Contéstame.

—¿No podemos volver a la conducción manual?

—Hace diez años sí, pero hace diez años conducíamos a menos de ciento cincuenta kilómetros por hora. Hoy en día, ningún ser humano podría conducir a aquellas velocidades. Es imposible volver a la conducción manual sin reducir la velocidad.

—¿Por qué no?

—Cariño —rió Bob—, vivimos a ciento cuarenta kilómetros de la ciudad. ¿De verdad crees que podría conservar mi trabajo si corriera todo el rato a sesenta kilómetros por hora? Me pasaría la vida en la carretera.

Joan calló.

—Por tanto, hemos de conseguir ese maldito material, el rexeroide. Nuestros aparatos de control dependen de él. Nosotros dependemos de él. Lo necesitamos. Las minas de Marte deben seguir en funcionamiento. No

podemos permitir que los marcianos se apoderen de los depósitos de rexeroide. ¿Entiendes?

—Entiendo. Y el año pasado fue el kryon de Venus. Era imprescindible, así que fuiste a luchar a Venus.

—Querida, las paredes de nuestras casas no mantendrían una temperatura constante sin el kryon. El kryon es la única sustancia muerta del sistema que se adapta a los cambios de temperatura. Bueno, tendríamos..., tendríamos que volver a los radiadores, como en los tiempos de mi abuelo.

—Y el año anterior fue el lonolite de Plutón.

—El lonolite es la única sustancia conocida que puede utilizarse para fabricar los bancos de memoria de las calculadoras. Es el único metal con auténtica capacidad memorística. Sin lonolite perderíamos todas nuestras computadoras. Y ya sabes adónde iríamos a parar sin ellas.

—Muy bien.

—Cariño, tú ya sabes que no *quiero* ir, pero debo hacerlo. Todos hemos de hacerlo. —Bob indicó la casa con un ademán—. ¿Quieres quedarte sin todo eso? ¿Quieres volver al pasado?

—No. —Joan se apartó del coche—. De acuerdo, Bob. Hasta dentro de uno o dos días.

—Eso espero. Este problema se acabará pronto. Han llamado a casi todos los grupos de Nueva York. Los de Berlín y Oslo ya están allí. Será breve.

—Buena suerte.

—Gracias. —Bob cerró la puerta. El motor se puso en marcha automáticamente—. Despídeme de Tommy.

El coche se alejó mientras aceleraba. El cuadro de mandos automático lo introdujo con pericia en el grueso del tráfico que circulaba por la autopista. Joan se quedó mirando hasta que el coche desapareció en la interminable oleada de destellantes cascos metálicos que atravesaban el campo y formaban una cinta brillante que se extendía hasta la lejana ciudad. Después, regresó poco a poco hacia la casa.

Bob nunca regresó de Marte, por así decirlo. Tommy pasó a ser el hombre de la casa. Joan consiguió que le eximieran de acudir a la escuela, y el muchacho empezó a trabajar, pasado un tiempo, en el Proyecto de Investigaciones Gubernamentales, situado a unos cuantos kilómetros de su casa.

Bryan Erickson, el Organizador Sectorial, les visitó una noche para saber cómo les iba.

—Tienen una casa muy bonita —dijo Erickson, paseando la vista a su alrededor.

Tommy se sintió lleno de orgullo.

—¿En serio? Siéntese y póngase cómodo.

—Gracias. —Erickson echó un vistazo a la cocina. Estaban preparando la cena—. Excelente cocina.

Tommy se puso a su lado.

—¿Ve esa máquina que hay sobre la encimera?

—¿Para qué sirve?

—Es el selector de la cocina. Cada día nos proporciona un menú diferente. No tenemos que pensar en la comida.

—Sorprendente. —Erickson miró a Tommy—. Parece que les va muy bien.

Joan levantó la vista de la videopantalla.

—Tan bien como se podría esperar.

Habló con voz apagada, inexpresiva. Erickson gruñó y volvió a la sala de estar.

—Bien, creo que voy a marcharme.

—¿Para qué ha venido? —preguntó Joan.

—Para nada en particular, señora Clarke.

Erickson vaciló al llegar a la puerta. Era un hombre grande, de cara rojiza, entrado en la treintena.

—Bien, sí, hay un problema.

—¿Cuál es? —preguntó Joan con frialdad.

—Tom, ¿te has sacado ya el carnet de la Unidad Sectorial?

—¡Mi carnet de la Unidad Sectorial!

—Según la ley, estás registrado como miembro de este sector..., *mi* sector. —Rebuscó en su bolsillo—. Llevo encima unos cuantos carnets en blanco.

—¡Caray! —exclamó Tommy, algo asustado—. ¿Tan pronto? Creí que no me lo daban hasta cumplir los dieciocho años.

—Han cambiado la legislación. Nos dieron una buena paliza en Marte. Algunos sectores no pueden llegar al cupo. A partir de ahora se irá rebajando el límite de edad. —Erickson sonrió complacido—. Este sector es muy bueno. Nos divertimos mucho haciendo instrucción y probando los nuevos equipos. He conseguido por fin que Washington nos envíe todo un escuadrón de los pequeños cazas de doble reactor nuevos. A cada hombre de mi sector se le asigna un caza.

—¿De veras? —Los ojos de Tommy se iluminaron.

—De hecho, el piloto puede llevarse a casa el aparato durante el fin de semana. Se puede estacionar en el jardín.

—¿Va en serio?

Tommy se sentó ante el escritorio y rellenó el carnet de la Unidad muy contento.

—Sí, nos lo pasamos muy bien —murmuró Erickson.

—Entre guerra y guerra —dijo Joan en voz baja.

—¿Qué ha dicho, señora Clarke?

—Nada.

Erickson tomó el carnet y lo guardó en su cartera.

—A propósito... —empezó.

Tommy y Joan se volvieron hacia él.

—Supongo que habrán visto imágenes de la guerra del gleco por la videopantalla. Supongo que estarán enterados de todo.

—¿La guerra del gleco?

—Extraemos todo nuestro gleco de Calixto. Se obtiene de las pieles de ciertos animales. Bien, los nativos nos están dando algunos problemas. Afirman...

—¿Qué es el gleco? —preguntó Joan con severidad.

—El material gracias al cual su puerta principal se abre sólo para usted. Es sensible a la presión específica de su mano. El gleco se obtiene de esos animales.

El silencio que siguió podía cortarse con un cuchillo.

—Me marcho. —Erickson avanzó hacia la puerta—. Nos veremos en la próxima sesión de instrucción, Tom. ¿De acuerdo? —Abrió la puerta.

—De acuerdo —murmuró Tommy.

—Buenas noches.

Erickson salió y cerró la puerta a su espalda.

—¡Pero *debo* ir! —exclamó Tommy.

—¿Por qué?

—Todo el sector va. Es obligatorio.

—Eso no es cierto —replicó Joan, mirando por la ventana.

—Pero si no vamos perderemos Calixto, y si perdemos Calixto...

—Lo sé. Tendremos que volver a utilizar llaves para abrir las puertas. Como en los tiempos de nuestros abuelos.

—Exacto. —Tommy sacó pecho, volviéndose de un lado y del otro—. ¿Qué tal estoy?

Joan no respondió.

—¿Qué tal estoy? ¿Tengo buen aspecto?

Tommy tenía buen aspecto con su uniforme de color verde oscuro. Era delgado, caminaba con la espalda recta y tenía mucho mejor aspecto que Bob. Bob había engordado. Se estaba quedando calvo. El cabello de Tommy era espeso y negro. Sus mejillas estaban rojas de excitación, sus ojos relampagueaban. Se puso el casco y se ajustó la correa.

—¿Bien? —preguntó.

—Estupendo —asintió Joan.

—Dame un beso de despedida. Me voy a Calixto. Volveré dentro de un par de días.

—Adiós.

—No pareces muy contenta.

—No lo estoy. No estoy nada contenta.

Tommy volvió de Calixto sin un rasguño, pero durante la guerra del trektón que se desarrolló en Europa algo falló en su pequeño caza de doble reactor y la Unidad Sectorial regresó sin él.

—El trektón se usa en los tubos de las videopantallas —explicó Bryan Erickson—. Es muy importante, Joan.

—Ya veo.

—Sabe bien lo que significan las videopantallas. Toda nuestra educación e información dependen de ellas. Los niños aprenden gracias a ellas, igual que si fueran a la escuela. Y por la noche nos entretenemos con los canales de diversión. No querrá que volvamos a...

—No, no... Por supuesto que no. Lo siento. —Joan movió la mano y la mesita de café entró en la sala de estar; traía una cafetera humeante—. ¿Crema, azúcar?

—Sólo azúcar, gracias.

Erickson tomó su taza y siguió sentado en el sofá sin pronunciar palabra, bebiendo y removiendo el café con la cucharilla. La casa estaba en silencio. Eran cerca de las once de la noche. Las persianas estaban bajadas. La videopantalla funcionaba a bajo volumen en el rincón. En el exterior, todo estaba oscuro e inmóvil, a excepción de un débil viento que soplaba entre los cedros que se alzaban al final de los jardines.

—¿Alguna novedad en los diversos frentes? —preguntó Joan al cabo de un rato, reclinándose en el sofá y alisándose la falda.

—¿Los frentes? —Erickson reflexionó—. Bien, algunos avances en la guerra del iderium.

—¿Donde ocurre?

—En Neptuno. Sacamos nuestro iderium de Neptuno.

—¿Para que se usa el iderium?

La voz de Joan era tenue y lejana, como si llegara desde un lugar remoto. Su rostro, teñido de una intensa blancura, reflejaba aflicción, como si una máscara lo recubriera, una máscara a través de la cual ella miraba desde una distancia enorme.

—Todos los periódicos automáticos requieren iderium —explicó Erickson—. El revestimiento de iderium hace posible que detecten los acontecimientos mientras ocurren y los despachen de inmediato a las videopantallas. Sin el iderium volveríamos a los reportajes escritos a mano, con la consiguiente parcialidad del periodista. Noticias contaminadas por los prejuicios personales. Los periódicos automáticos que funcionan con iderium son imparciales.

Joan asintió con la cabeza.

—¿Alguna otra novedad?

—Poco más. Se dice que pueden producirse disturbios en Mercurio.

—¿Qué obtenemos de Mercurio?

—Ambrolina. Utilizamos la ambrolina en toda clase de unidades selectivas. El selector de su cocina, por ejemplo. El selector de comida que le proporciona los menús. Es una unidad de ambrolina.

Joan miró con aire ausente su taza de café.

—Los nativos de Mercurio..., ¿nos van a atacar?

—Se han producido desórdenes, alborotos, esa clase de cosas. Algunas unidades sectoriales ya han entrado en acción. Las de París y Moscú. Grandes unidades, según creo.

—Bryan, estoy segura que ha venido a verme por algo concreto —dijo Joan, al cabo de un rato.

—Oh, no. ¿Por qué lo dice?

—Lo presiento. ¿De qué se trata?

El rostro bondadoso de Erickson enrojeció.

—Es muy sagaz, Joan. Sí, he venido por algo concreto.

—¿Qué es?

Erickson introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un papel mimeografiado doblado. Se lo pasó a Joan.

—Le aseguro que no ha sido idea mía. No soy más que una pieza de una gigantesca maquinaria. —Se mordió el labio, nervioso—. Es por culpa de las enormes pérdidas sufridas durante la guerra del trektón. Necesitan cerrar filas. Según he oído, se han opuesto a la medida.

—¿Qué significa todo esto? —Joan le devolvió el papel—. No entiendo nada de esta jerga legal.

—Bien, significa que las mujeres van a ser admitidas en las unidades sectoriales en..., en ausencia de los miembros varones de la familia.

—Oh. Ya entiendo.

Erickson se levantó rápidamente, aliviado que su misión hubiera concluido.

—Tengo que irme. Sólo quería enseñarle esto. Lo están repartiendo por todas partes.

Guardó el papel en el bolsillo. Parecía muy cansado.

—Ya no queda mucha gente, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Primero los hombres. Después, los niños. Ahora, las mujeres. Cualquiera vale.

—Como sucede entre los animales, supongo. Bien, tiene que haber un motivo. Hemos de mantener estos frentes. No podemos quedarnos sin estas materias. Hay que lograrlo.

—Supongo que sí. —Joan se levantó lentamente—. Hasta pronto, Bryan.

—Volveré a finales de semana. Hasta pronto, Joan.

Bryan Erickson llegó justo cuando acababa de estallar la guerra de la ninfita en Saturno. Dedicó una sonrisa de disculpa a la señora Clarke cuando ésta le abrió la puerta.

—Siento molestarla tan temprano —dijo Erickson—. Tengo mucha prisa. He de recorrer todo el sector.

—¿Qué pasa?

Joan cerró la puerta. El hombre llevaba su uniforme de organizador, verde pálido con franjas plateadas sobre los hombros. Joan aún no se había cambiado la bata.

—Qué bien y caliente se está aquí —dijo Erickson, calentándose las manos en la pared.

Era un día claro y frío de noviembre. La nieve, como una fría manta blanca, lo cubría todo. Algunos árboles desnudos brotaban de la tierra; sus ramas estaban yermas y heladas. La brillante cinta de coches que antes ocupaba la autopista se había reducido a un ínfimo hilo. Muy poca gente iba ya a la ciudad. Casi todos los vehículos de superficie estaban en el depósito.

—Supongo que se habrá enterado de lo que pasa en Saturno —murmuró Erickson.

—He visto algunas imágenes en la videopantalla.

—Una auténtica rebelión. Esos nativos de Saturno son muy grandes. Dios mío, deben medir quince metros de alto.

Joan movió la cabeza con aire ausente y se frotó los ojos.

—Es una pena que necesitemos algo de Saturno. ¿Ha desayunado, Bryan?

—Oh, sí, gracias... Ya he desayunado. —Erickson se puso de espaldas junto a la pared—. Es estupendo refugiarse del frío. Tiene su casa muy limpia y aseada. Ojalá mi esposa hiciera lo mismo.

Joan se acercó a las ventanas y subió las persianas.

—¿Qué sacamos de Saturno?

—Entre tantas cosas, tenía que ser la ninfita. Renunciaríamos a cualquier otra, pero no a la ninfita.

—¿Para qué se utiliza la ninfita?

—Para todos los aparatos de pruebas de aptitud. Sin ninfita seríamos incapaces de saber cuál es la persona más idónea para una ocupación, incluyendo al presidente del Consejo Mundial.

—Entiendo.

—Con los analizadores de ninfita determinamos para qué sirve cada persona y qué trabajo debe hacer. La ninfita es la herramienta básica de la sociedad moderna. Gracias a ella se nos adjudica una clasificación y un grado. Si algo le ocurriera a los suministros...

—¿Y toda proviene de Saturno?

—Me temo que sí. Los nativos se han sublevado e intentan apoderarse de las minas de ninfita. La lucha será encarnizada. Son muy grandes. El gobierno se verá obligado a reclutar a toda la gente disponible.

Joan tragó saliva.

—¿A todo el mundo? —Se llevó la mano a la boca—. ¿Incluidas las mujeres?

—Me temo que sí. Lo siento, Joan. Ya sabe que no ha sido idea mía. Nadie quiere hacerlo, pero si hemos de salvar todo cuanto poseemos…

—Pero, ¿quién va a quedar?

Erickson no respondió. Se sentó ante el escritorio y rellenó un carnet. Se lo pasó a Joan, que lo tomó automáticamente.

—Su carnet de unidad.

—¿Quién va a quedar? —repitió Joan—. Dígamelo. ¿Quién va a quedar?

La nave procedente de Orión aterrizó con un gran estruendo. Las exhaustas válvulas arrojaron nubes de materiales de desecho cuando los compresores de reacción se enfriaron en silencio.

No se oyó el menor sonido durante un rato. Después, la escotilla se abrió con cautela hacia dentro. N'tgari-3 salió con grandes precauciones, moviendo un cono atmosférico frente a él.

—¿Resultados? —preguntó su compañero, comunicando sus pensamientos a N'tgari-3.

—Demasiado tenue para que nosotros la respiremos, pero suficiente para otras formas de vida. —N'tgari-3 miró a su alrededor, examinando las colinas y llanuras lejanas—. Muy tranquilo, desde luego.

—Ni un sonido o signo de vida. —Su compañero salió—. ¿Qué es *eso*?

—¿Dónde? —preguntó N'tgari-3.

—En esa dirección. —Luci'n-6 se lo indicó con su antena polar—. ¿Lo ves?

—Parecen unidades de construcción. Como estructuras de gran tamaño.

Los dos orionianos alzaron la lancha al nivel de la escotilla y la depositaron en tierra. N'tgari-3 se puso al volante y cruzaron la llanura en dirección al punto visible en el horizonte. Crecían plantas por todas partes, algunas altas y robustas, otras frágiles, pequeñas y provistas de flores de muy diversos colores.

—Lleno de formas inmóviles —observó Luci'n-6. Atravesaron un campo de plantas anaranjadas y grises, miles de tallos que crecían uniformemente, infinitas plantas idénticas.

—Parece que las han sembrado de forma artificial —murmuró N'tgari-3.

—Aminora la velocidad. Estamos llegando a una especie de edificio.

N'tgari-3 redujo la velocidad al mínimo. Los dos orionianos miraron por la ventanilla, muy interesados.

Una encantadora estructura se erguía entre plantas de todas clases, plantas altas, alfombras de plantas pequeñas, lechos de plantas provistas de flores asombrosas. La estructura era esbelta y atractiva, sin duda producto de una civilización avanzada.

N'tgari-3 saltó de la lancha.

—Quizá estemos a punto de tropezar con los legendarios seres de la Tierra.

Atravesó corriendo la alfombra de plantas, larga y uniforme, hasta llegar al porche delantero del edificio.

Luci'n-6 le siguió. Ambos examinaron la puerta.

—¿Cómo se abre? —preguntó Luci'n-6.

Practicaron un limpio agujero en la cerradura y la puerta se abrió. Las luces se encendieron automáticamente. Las paredes caldearon la casa.

—¡Qué..., qué desarrollo tan increíble! ¡Qué gran adelanto!

Fueron de habitación en habitación, examinando la videopantalla, la complicada cocina, los muebles del dormitorio, las cortinas, las sillas, la cama.

—Pero, ¿dónde están los terrícolas? —preguntó por fin N'tgari-3.

—Volverán en seguida.

N'tgari-3 paseaba arriba y abajo.

—Todo esto me produce una extraña sensación. Mi antena no lo capta. Una especie de incomodidad. —Vaciló—. No es posible que *no* vuelvan, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Luci'n-6 se puso a juguetear con la videopantalla.

—Muy improbable. Les esperaremos. Volverán.

N'tgari-3 miró por la ventana, nervioso.

—No los veo, pero *tienen* que andar por aquí cerca. No me cabe en la cabeza que se marcharan, dejando todo esto. ¿Adónde habrán ido, y por qué?

—Volverán. —Luci'n-6 captó un poco de estática en la pantalla—. Esto no es muy impresionante.

—Tengo la sensación que no volverán.

—Si los terrícolas no regresan —dijo pensativamente Luci'n-6, manipulando los mandos de la pantalla—, se convertirán en uno de los más grandes enigmas de la arqueología.

—Seguiré esperándolos —dijo N'tgari-3, imperturbable.

LOS MARCIANOS LLEGAN EN OLEADAS

Ted Barnes entró en su casa, sombrío y tembloroso. Tiró la chaqueta y el periódico sobre la silla.

—Otra oleada —murmuró—. ¡Una oleada inmensa! Uno se posó sobre el tejado de Johnson. Intentaban bajarlo con un palo largo.

Lena tomó la chaqueta y la guardó en el armario.

—Me alegro que vinieras directamente a casa.

—Me dan escalofríos sólo de verlos. —Ted se dejó caer en el sofá, buscando cigarrillos en sus bolsillos—. Te lo juro por Dios.

Encendió el cigarrillo y arrojó una nube grisácea a su alrededor.

Sus manos empezaban a serenarse. Se secó el sudor del labio superior y aflojó el nudo de la corbata.

—¿Qué hay para cenar?

—Jamón.

Lena se inclinó para darle un beso.

—¿Cómo es posible? ¿Alguna oferta?

—No. —Lena se encaminó hacia la cocina—. Es el jamón enlatado holandés que tu madre nos dio. He pensado que ya era tiempo de abrir la lata.

Ted la vio desaparecer en la cocina, esbelta y atractiva con su delantal de colores brillantes. Suspiró, más tranquilo, y se recostó en el sofá. La

silenciosa sala de estar, Lena en la cocina, el televisor que funcionaba en una esquina, todo contribuía a relajarle.

Se desanudó los zapatos y los tiró lejos de una patada. El incidente había durado escasos minutos, pero le había parecido mucho más largo. Una eternidad; se quedó clavado en la acera, mirando el tejado de Johnson. La multitud de gente que gritaba. El palo largo. Y…

…y *aquello,* colgando sobre la cima del tejado, el bulto informe de color gris que esquivaba el extremo del palo. Reptando de un lado a otro, haciendo lo posible para que no lo desalojaran.

Ted se estremeció. Su estómago se revolvió. Se había quedado petrificado, mirando, incapaz de apartar la vista. Al final, un tipo que venía corriendo le había pisado un pie; eso había roto el hechizo y le había liberado. Se alejó a toda prisa, aliviado y tembloroso.

La puerta trasera se cerró de golpe. Jimmy entró en la sala de estar con las manos en los bolsillos.

—Hola, papá. —Se detuvo ante el cuarto de baño, mirando a su padre—. ¿Qué te pasa? Estás raro.

—Jimmy, ven aquí. —Ted apagó su cigarrillo—. Quiero hablar contigo.

—Voy a lavarme para cenar.

—Ven y siéntate. La cena puede esperar.

Jimmy se acercó y se sentó en el sofá.

—¿Qué pasa?

Ted examinó a su hijo. Carita redonda, cabello desordenado que le caía sobre los ojos. Una mancha de barro en la mejilla. Jimmy tenía once años. ¿Era el momento adecuado para decírselo? Ted apretó la mandíbula, sombrío. Era un momento tan bueno como cualquier otro, ahora que no lo podía apartar de su mente.

—Jimmy, había un marciano en el tejado de Johnson. Lo vi mientras volvía a casa desde la estación de autobuses.

Los ojos de Jimmy se agrandaron.

—¿Un chinche?

—Estaban intentando desalojarlo con un palo, una multitud. Vienen en oleadas cada pocos años.

Sus manos temblaron otra vez. Encendió un nuevo cigarrillo.

—Cada dos o tres años. No tan a menudo como antes. Vienen de Marte a centenares, en oleadas. Caen sobre todo el mundo…, como hojas. —Se estremeció—. Como un montón de hojas secas barridas por el viento.

—¡Caray! —exclamó Jimmy. Se puso en pie de un brinco—. ¿Sigue allí?

—No, lo estaban sacando. Escucha… —Se inclinó hacia su hijo—. Escúchame con atención: te lo cuento para que te mantengas alejado de ellos. Si ves uno, da media vuelta y ponte a correr con toda la velocidad de tus piernas. ¿Me has oído? No te acerques… Manténte lejos. No… —Vaciló—. No les prestes atención. Da media vuelta y corre. Para al primer hombre que encuentres, se lo dices y vienes a casa. ¿Has comprendido?

Jimmy asintió con la cabeza.

—Ya sabes el aspecto que tienen. En el colegio te han enseñado fotografías. Has de…

Lena se asomó por la puerta de la cocina.

—La cena está a punto. Jimmy, ¿te has lavado las manos?

—Le he retenido un poco —dijo Ted, levantándose del sofá—. Quería charlar con él.

—Recuerda lo que tu padre te ha dicho —dijo Lena—. Sobre los chinches... Recuerda bien lo que te ha dicho o te dará una paliza que recordarás toda tu vida.

Jimmy corrió hacia el cuarto de baño.

—Voy a lavarme. —Desapareció, dando un portazo.

Ted y Lena intercambiaron una mirada.

—Espero que se encarguen de ellos pronto. No soporto ni salir a la calle.

—Ojalá lo hagan. He oído en la televisión que están mejor organizados que la última vez. —Lena contó mentalmente—. Ésta es la quinta vez que vienen. La quinta oleada. Parece que está disminuyendo. Ya no ocurre con tanta frecuencia. La primera vez fue en mil novecientos cincuenta y ocho. La siguiente en el cincuenta y nueve. Me gustaría saber cuándo terminará.

Jimmy salió corriendo del cuarto de baño.

—¡Vamos a cenar!

—Muy bien —dijo Ted—. Vamos a cenar.

Era una tarde clara. El sol brillaba en todo su esplendor. Jimmy Barnes salió del patio del colegio, atravesó el portal y salió a la acera. Su corazón martilleaba de excitación. Cruzó hacia la calle Maple y después se internó por Cedar, sin dejar de correr.

Un par de personas seguían merodeando alrededor del jardín de Johnson: un policía y algunos curiosos. En el centro del jardín había un gran espacio de hierba arrancada, en forma de lágrima. Todas las flores que rodeaban la casa habían sido pisoteadas. Sin embargo, no se veía ni rastro del chinche.

Mientras miraba. Mike Edwards se acercó y le pellizcó el brazo.

—¿Qué cuentas, Barnes?

—Hola. ¿Lo viste?

—¿Al chinche? No.

—Mi padre lo vio cuando volvía a casa de trabajar.

—¡Dónde la viste!

—No, es verdad. Dijo que lo estaban bajando con un palo.

Ralf Drake frenó su bicicleta ante ellos.

—¿Dónde está? ¿Ya se ha ido?

—Lo han hecho trizas —dijo Mike—. Barnes dice que su viejo lo vio cuando volvía a casa por la noche.

—Dijo que lo estaban pinchando con un palo. Intentaba aferrarse al tejado.

—Está reseco y marchito —dijo Mike—, como algo que lleva tiempo colgado en el garaje.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ralf.

—Vi uno una vez.

—Sí, seguro.

Siguieron caminando por la acera, y Ralf les siguió en bicicleta. Discutieron el asunto a grito pelado. Doblaron por la calle Vermont y atravesaron el gran solar vacío.

—El presentador de la tele dijo que la mayoría ya están cercados —dijo Ralf—. Esta vez no han venido muchos.

Jimmy propinó un puntapié a una piedra.

—Me gustaría ver uno antes que se los carguen a todos.

—A mí me gustaría *cargarme* a uno —dijo Mike.

—Si vieras uno —se burló Ralf—, correrías tan rápido que no pararías hasta la puesta de sol.

—Ah, ¿sí?

—Correrías como un loco.

—¡Dónde la viste! Me lo cargaría de una pedrada.

—¿Y lo llevarías a casa en una caja de hojalata?

Mike persiguió a Ralf hasta la siguiente esquina. La discusión continuó mientras atravesaban la ciudad y pasaban al otro lado de la vía férrea. Dejaron atrás la fábrica de tinta y las plataformas de carga de la Compañía Maderera del Oeste. El sol declinaba. Pronto sería de noche. Empezó a soplar un viento frío, que agitó las palmeras situadas al final del solar ocupado por la Compañía Constructora Hartly.

—Hasta luego —dijo Ralf.

Montó en la bicicleta y se alejó. Mike y Jimmy volvieron a la ciudad juntos. Se separaron en la calle Cedar.

—Si ves un chinche, llámame —dijo Mike.

—Hecho.

Jimmy subió por la calle Cedar con las manos en los bolsillos. El sol se había puesto. El viento nocturno era frío. La oscuridad estaba cayendo.

Caminaba con parsimonia, con los ojos clavados en el suelo. Las farolas de la calle se iluminaron. Pasaban pocos coches. Detrás de las ventanas protegidas por cortinas vio destellos de luz amarillenta, cocinas y salas de estar, todas caldeadas. Un televisor sonaba con estrépito, retumbando en las tinieblas. Pasó junto al muro de ladrillo de la finca Pomeroy. El muro daba paso a una verja de hierro. Enormes y silenciosos árboles de hoja perenne se alzaban sobre la verja, inmóviles a la luz del crepúsculo.

Jimmy se detuvo un momento para anudarse el zapato. Sopló una ráfaga de viento frío que agitó levemente las hojas de los árboles. A lo lejos, un tren emitió un lúgubre aullido que despertó ecos en la oscuridad. Pensó en la cena, en papá leyendo el periódico en zapatillas. Su madre en la cocina (el televisor murmurando para sí en su rincón), la cálida y bien iluminada sala de estar.

Jimmy se irguió. Algo se movía sobre él, en los árboles. Levantó la vista, petrificado. Algo descansaba sobre las oscuras ramas, meciéndose con el viento. Tragó saliva, incapaz de moverse.

Un chinche. Agazapado silenciosamente en el árbol, aguardando y observando.

Era *viejo*. Lo supo al instante. Desprendía un olor a vejez y polvo, como de algo reseco. Una decrépita forma gris, silenciosa e inmóvil, que envolvía el tronco y las ramas del árbol. Una masa de telarañas, polvorientas hebras y filamentos grises que envolvían y abrazaban el árbol. Una presencia nebulosa y sutil que le erizó los pelos de la nuca.

La forma empezó a moverse, pero con una lentitud casi imperceptible. Se deslizaba alrededor del tronco, con extremas precauciones, centímetro a centímetro. Como si fuera ciego. Una bola gris invisible compuesta de polvo y telarañas.

Jimmy se apartó de la verja. La oscuridad era total. El cielo se había teñido de negro. Algunas estrellas titilaban en la distancia, fragmentos de fuego remoto. Un autobús rugió al doblar una esquina, más abajo.

Un chinche, sujeto al tronco del árbol que se alzaba sobre su cabeza. Jimmy luchó por recuperarse. Su corazón latía dolorosamente, ahogándole.

Casi no podía respirar. Su vista se nubló. El monstruo estaba muy cerca, a escasos metros de su cabeza.

Ayuda... Tenía que conseguir ayuda. Hombres con palos para obligar al monstruo a bajar... Gente... Ahora mismo. Cerró los ojos y se alejó de la verja. Tenía la impresión de debatirse en una inmensa ola, de luchar contra un océano rugiente que le arrastraba, alzándose sobre su cuerpo, inmovilizándole. No podía liberarse. Estaba atrapado. Luchó contra la parálisis que le dominaba. Un paso..., otro..., un tercero...

Y entonces lo oyó.

O, mejor dicho, lo *intuyó.* No se oía nada. Era como un tamborileo, una especie de murmullo, como el del mar, en el interior de su cabeza. El tamborileo le lamió la mente, le golpeó con suavidad el cuerpo. Se detuvo. El murmullo era suave, rítmico. Pero insistente..., perentorio. Empezó a dividirse, ganando forma..., forma y sustancia. Fluyó, originando sensaciones, imágenes y escenas nítidas.

Escenas..., de otro mundo, *su* mundo. El monstruo le estaba hablando, contándole cosas de su mundo, desgranando escena tras escena con ansiosa precipitación.

—Lárgate —murmuró Jimmy con la garganta seca.

Pero las escenas se sucedieron, insistentes, bordeando su mente.

Llanuras... Un inmenso desierto sin límites. Rojo oscuro, agrietado, surcado de barrancos. Una línea distante de colinas suaves, cubiertas de polvo, erosionadas. A la derecha, una gran depresión, una interminable cuenca ribeteada de sal incrustada, donde las cenizas habían sustituido a las aguas de tiempos pretéritos.

—¡Lárgate! —repitió Jimmy, dando un paso atrás.

Las escenas prosiguieron. Un cielo opaco, partículas de arena que derivaban sin cesar. Extensiones de arena, inmensas nubes ondulantes de polvo y arena que recorrían eternamente la agrietada superficie del planeta. Algunas plantas esmirriadas crecían junto a las rocas. Grandes arañas se cernían en el centro de antiquísimas telarañas, cubiertas de polvo y tejidas muchos siglos atrás, a la sombra de las montañas. Arañas muertas, cobijadas en las grietas.

Una escena en particular se agrandó. Una especie de tubería artificial, que surgía del suelo rojizo. Un respiradero: viviendas subterráneas. La panorámica cambió. Estaba contemplando el núcleo del planeta: capa tras capa de roca acumulada. Un planeta marchito y rugoso, sin fuego, ni luz, ni humedad de ningún tipo. Su corteza se resquebrajaba, su pulpa se resecaba y estallaba en nubes de polvo. En el corazón del núcleo, una especie de depósito, una cámara hundida en el corazón del planeta.

Estaba en el interior del depósito. Había chinches por todas partes, moviéndose y deslizándose a su alrededor. Máquinas, construcciones de diferentes tipos, edificios, hileras de plantas, generadores, casas, habitaciones atestadas de complicados accesorios.

Algunas secciones del depósito estaban cerradas herméticamente. Puertas metálicas herrumbrosas... Maquinarias en desuso... Válvulas obturadas, tuberías oxidadas... Cuadrantes cuarteados y rotos... Ruedas carentes de dientes... Más y más secciones clausuradas. Cada vez menos chinches... Cada vez menos numerosos...

La escena cambió. La Tierra vista desde una gran distancia: una lejana esfera verde, cubierta de nubes, que giraba lentamente. Enormes océanos,

aguas azules de kilómetros de profundidad, atmósfera húmeda. Los chinches flotaban en el espacio desierto, acercándose poco a poco a la Tierra, año tras año. Flotaban eternamente en los desiertos oscuros con una lentitud agonizante.

La Tierra aumentó de tamaño. La escena era casi familiar. La superficie de un océano, millas de agua espumante, algunas gaviotas en el cielo, el contorno lejano de una orilla. El océano, un océano de la Tierra. El cielo estaba cubierto de nubes.

Sobre la superficie del agua flotaban esferas planas, enormes discos metálicos. Artefactos flotantes, artificiales, que medirían varias decenas de metros de circunferencia. Los chinches estaban posados sobre los discos, absorbiendo agua y minerales del océano.

El chinche intentaba decirle algo referente a su raza.

Los chinches no querían vivir en la tierra, sino en el agua. Sólo en el agua... Querían su permiso. Querían utilizar el agua. Es lo que intentaba explicarle: querían utilizar la superficie del agua que separaba los continentes. El chinche le estaba implorando. Quería saber la respuesta. Quería que se lo dijera, que le respondiera, que le diera permiso. Quería escuchar la respuesta, expectante, confiado, implorante...

Las escenas se desvanecieron en su mente. Jimmy se tambaleó y cayó; se golpeó contra el bordillo de la acera. Se incorporó y se sacudió la hierba húmeda adherida a las manos. Estaba de pie en la cuneta. Aún veía al chinche, que descansaba entre las ramas del árbol. Era casi invisible. Apenas podía distinguirlo.

El tamborileo había amainado; ya no retumbaba en su cabeza. El chinche se había batido en retirada.

Jimmy dio media vuelta y escapó. Cruzó la calle a toda la velocidad que le permitían las piernas, falto de aliento. Llegó a la esquina y subió por la calle Douglas. Un hombre fornido, con una fiambrera bajo el brazo, se hallaba de pie en la parada del autobús.

Jimmy se dirigió a toda prisa hacia el hombre.

—Un chinche, en el árbol. —Jadeaba, casi sin poder respirar—. En el árbol grande.

—Sigue tu camino, muchacho —gruñó el hombre.

—¡Un chinche! —La voz de Jimmy, aguda e insistente, se quebró de pánico—. ¡Hay un chinche subido en el árbol!

Dos hombres salieron de las tinieblas.

—¿Qué dices? ¿Un chinche?

—¿Dónde?

Apareció más gente.

—¿Dónde está?

Jimmy señaló con el dedo.

—En la finca Pomeroy. En el árbol. Junto a la verja.

Movió la mano, jadeante. Se acercó un policía.

—¿Qué ocurre?

—El muchacho ha encontrado un chinche. Que alguien consiga un palo.

—Enséñame dónde está —dijo el policía, agarrando a Jimmy por el brazo—. Vamos.

Jimmy les guió hasta el muro de ladrillo. Se rezagó, lejos de la verja.

—Allí arriba.

—¿En qué árbol?

—Aquél..., creo.

Una linterna alumbró entre los árboles. Las luces de la mansión Pomeroy se encendieron. La puerta principal se abrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Pomeroy con voz irritada.

—Hemos localizado a un chinche. Vuelva adentro. Las puertas del señor Pomeroy se cerraron al instante.

—¡*Allí* está! —indicó Jimmy—. En *aquel* árbol. —Su corazón casi dejó de latir—. ¡Allí! ¡Allí *arriba*!

—¿Dónde?

—Ya lo veo. —El policía retrocedió y desenfundó la pistola.

—No vale la pena dispararle. Las balas los atraviesan sin hacerles daño.

—Que alguien consiga un palo.

—Demasiado alto para alcanzarlo con un palo.

—Traigan una antorcha.

—¡Que alguien traiga una antorcha!

Dos hombres salieron corriendo. Los coches empezaban a detenerse. Un vehículo de la policía frenó, y su sirena enmudeció. Se abrieron las puertas y los hombres salieron a toda velocidad. Se encendió un reflector y les cegó. Localizó al chinche y se quedó fijo.

El chinche permaneció inmóvil, abrazado a la rama del árbol. A la luz cegadora parecía un gigantesco capullo, aferrado con incertidumbre a su sitio. El chinche se puso en movimiento, vacilante, deslizándose por el tronco. Proyectó sus filamentos, buscando apoyo.

—¡Una antorcha, maldita sea! ¡Traigan una antorcha!

Un hombre se acercó con un tablón en llamas, arrancado de una valla. Rodearon la base del árbol con periódicos y les prendieron fuego. Las ramas inferiores empezaron a arder, primero débilmente, después con más fuerza.

—¡Traigan más gasolina!

Un hombre con uniforme blanco llegó arrastrando un tanque de gasolina. Lo arrojó contra el árbol. Las llamas prendieron al instante. Las ramas se chamuscaron y chisporrotearon, ardiendo con furia.

El chinche empezó a moverse sobre sus cabezas. Trepó a una rama más alta, vacilante. Las llamas casi lo alcanzaron. El chinche se movió con mayor rapidez. Onduló para izarse hasta la rama superior. Ganaba altura a cada movimiento.

—Se escapa.

—No irá muy lejos. Casi ha llegado a la copa.

Trajeron más gasolina. Las llamas crecieron. Una muchedumbre se había congregado alrededor de la verja. La policía procuró contenerla.

—Allí está.

El foco se concentró en el chinche.

Ha llegado a la copa.

El chinche había alcanzado la copa del árbol. Se sostenía sobre una rama, oscilando de un lado a otro. Las llamas saltaban de rama en rama, cada vez más cerca del ser. El chinche tanteó, inseguro y ciego, a su alrededor, buscando un apoyo. Proyectó sus filamentos. Una llamarada lo tocó.

El chinche chisporroteó. Brotó humo de él.

—¡Se está quemando! —Un murmullo excitado se elevó de la muchedumbre—. Está acabado.

El chinche estaba ardiendo. Se movía con torpeza, tratando de huir. De repente, cayó a una rama más baja. Colgó de ella durante un segundo, chisporroteando y humeando. Después, la rama se quebró con un crujido.

El chinche cayó al suelo, entre los periódicos y la gasolina.

La multitud rugió. Se precipitó hacia el árbol como un solo hombre.

—¡*Pisotéenlo*!

—¡*Destrúyanlo*!

—¡*Pisoteen* esa mierda!

Un centenar de botas hicieron trizas al chinche. Un hombre que intentaba apartarse rodó por tierra, con las gafas colgando de una oreja. Grupos de gente pugnaban entre sí por acercarse al árbol. Una rama en llamas se desplomó. Algunas personas retrocedieron.

—¡Ya lo *tengo*!

—¡*Vuelve aquí*!

Cayeron más ramas. La multitud se dispersó, retrocediendo, riendo y empujándose.

Jimmy notó la mano del policía sobre su brazo, los grandes dedos que se clavaban en su carne.

—Se terminó, muchacho. Ya está.

—¿Lo han cazado?

—Desde luego. ¿Cómo te llamas?

—¿Cómo me llamo?

Jimmy estaba a punto de decirle su nombre al policía, cuando se produjo un forcejeo entre dos hombres. El agente se precipitó hacia ellos.

Jimmy se quedó inmóvil un momento, contemplando la escena. La noche era fría. Un viento helado soplaba en el paraje, sin que sus ropas le sirvieran de protección. Pensó de repente en la cena y en su padre estirado en el sofá, leyendo el periódico, en su madre, preparando la cena en la cocina, en el calor, el amistoso calor hogareño.

Dio media vuelta y se abrió paso entre la gente hasta el extremo de la calle. Tras él, el tronco negro y humeante del árbol se erguía en la noche. Algunos restos incandescentes se veían alrededor de la base. El chinche había desaparecido por completo; ya no había nada que ver.

—¿Qué te parece? —preguntó Ted Barnes.

Estaba sentado con las piernas cruzadas ante la mesa, la silla algo apartada. Ruidos y olor a comida impregnaban la cafetería. Los clientes empujaban las bandejas por las rejillas y tomaban platos de los distribuidores automáticos.

—¿Tu chico hizo eso? —preguntó Bob Walters, con franca curiosidad.

—¿No nos estarás tomando el pelo? —insinuó Frank Hendricks, bajando el periódico un momento.

—Es verdad. Estoy hablando de ese que atraparon en la finca Pomeroy... Un auténtico hijo de su madre.

—Tienes razón —admitió Jack Green—. La prensa dice que un chico lo vio y llamó a la policía.

—Era mi hijo —dijo Ted con orgullo—. ¿Qué les parece?

—¿Se asustó? —inquirió Bob Walters.

—¡Claro que no! —replicó con seguridad Ted Barnes.

—Pues yo creo que sí.

Frank Hendricks era de Missouri.

—Te aseguro que no. Fue a buscar a un poli y le acompañó al sitio... Eso fue anoche. Estábamos sentados a la mesa, listos para cenar, preguntándonos dónde demonios estaba el muchacho. Ya estaba un poco preocupado.

Ted Barnes seguía comportándose como un padre orgulloso, Jack Green se puso en pie y consultó su reloj.

—He de volver a la oficina.

Frank y Bob le imitaron.

—Hasta luego, Ted.

Green palmeó la espalda de Ted.

—Tienes un chico fantástico, Barnes... De tal palo tal astilla.

—No se asustó nada —sonrió Ted.

Les vio salir de la cafetería a la calle, muy transitada en aquel momento del mediodía. Terminó de un trago el resto de su café, se secó la barbilla y se puso en pie lentamente.

—Nada asustado... Ni un ápice.

Pagó la comida y salió a la calle, todavía orgulloso. Sonrió a la gente que pasaba mientras regresaba a la oficina, henchido de gloria ajena.

—Nada asustado —murmuró, lleno de orgullo, un orgullo profundo y fervoroso—. ¡Ni una maldita pizca!

EL ABONADO

El hombrecillo estaba cansado. Se abrió paso entre la gente que llenaba el vestíbulo de la estación hasta la ventanilla. Esperó su turno con impaciencia. Su cansancio se reflejaba en los hombros hundidos y en el abolsado abrigo marrón.

—El siguiente —graznó Ed Jacobson, el vendedor de billetes.

El hombrecillo depositó un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—Deme un abono nuevo. He terminado el último. —Su mirada se desvió de Jacobson al reloj de pared—. Santo Dios, qué tarde es.

Jacobson tomó los cinco dólares.

—Muy bien, señor. Un abono. ¿Para dónde?

—Macon Heights —dijo el hombrecillo.

—Macon Heights. —Jacobson consultó la lista—. Macon Heights. Ese lugar no existe.

El rostro del hombrecillo traslució suspicacia.

—¿Me está tomando el pelo?

—Señor, no consta ningún Macon Heights. No puedo venderle un billete para un lugar que no existe.

—¿Qué quiere decir? ¡Yo vivo allí!

—No me importa. Hace seis años que vendo billetes y ese lugar no existe.

El hombrecillo abrió los ojos con estupefacción.

—Pero mi casa está allí. Vuelvo cada noche. Yo...

—Tome. —Jacobson empujó hacia él la lista—. Búsquelo usted mismo.

El hombrecillo la leyó frenéticamente, recorriendo con un dedo tembloroso los nombres de las ciudades.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó Jacobson, apoyando los brazos sobre el mostrador—. No está, ¿verdad?

El hombrecillo negó con la cabeza, aturdido.

—No lo entiendo. No tiene sentido. Debe haber alguna equivocación. Tiene que haber...

De pronto, se desvaneció. La lista cayó al suelo. El hombrecillo se había evaporado.

—¡Por el fantasma de César! —susurró Jacobson.

Abrió y cerró la boca. Sobre el suelo de cemento sólo se veía la lista.

El hombrecillo había dejado de existir.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Bob Paine.

—Di la vuelta y tomé la lista.

—¿Y había desaparecido?

—Exacto, había desaparecido. —Jacobson se frotó la frente—. Ojalá lo hubiera visto usted. Desapareció como una luz al apagarse. Por completo. Sin un ruido. Sin el menor movimiento.

Paine encendió un cigarrillo y se reclinó en la silla.

—¿Le había visto antes?

—No.

—¿Qué hora era?

—Esta misma, más o menos. Alrededor de las cinco. —Jacobson se acercó a la ventanilla—. Viene un montón de gente.

—Macon Heights. —Paine hojeó el callejero oficial—. No consta en ningún listado. Quiero hablar con él, si vuelve a aparecer. Hágale entrar en el despacho.

—Claro. No quiero saber nada más de él. No es normal. —Jacobson volvió a la ventanilla—. ¿Sí, señora?

—Dos billetes de ida y vuelta a Lewisburg.

Paine apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Sigo teniendo la sensación que el nombre me resulta familiar. —Se levantó y examinó el plano mural—. Pero no consta en la lista.

—No consta en la lista porque ese lugar no existe —insistió Jacobson—. ¿Cree que no lo sabría, vendiendo cada día un billete tras otro? —Volvió a la ventanilla—. ¿Sí, señor?

—Quiero un abono para Macon Heights —dijo el hombrecillo, echando una nerviosa mirada al reloj de pared—. Y dese prisa.

Jacobson cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, el hombrecillo seguía allí, con el rostro pequeño y arrugado, cabello ralo, gafas, abrigo ajado que formaba bolsas.

Jacobson dio media vuelta y se dirigió al despacho de Paine.

—Ha vuelto. —Jacobson tragó saliva, pálido—. Es él otra vez.

Los ojos de Paine centellearon.

—Tráigale aquí.

Jacobson asintió y regresó a la ventanilla.

—Señor —dijo—, ¿sería tan amable de ir al despacho? —Indicó la puerta—. Al subdirector le gustaría verle un momento.

El rostro del hombrecillo se ensombreció.

—¿Qué pasa? El tren está a punto de salir. —Empujó la puerta y entró en el despacho, gruñendo para sí—. Nunca me había ocurrido algo semejante.

Cada vez es más complicado comprar un abono. Si pierdo el tren, denunciaré a su empresa...

—Siéntese —dijo Paine, indicando la silla colocada frente a su escritorio—. ¿Es usted el caballero que quiere un abono para Macon Heights?

—¿Qué tiene de extraño? ¿Qué les pasa a todos ustedes? ¿Por qué no pueden venderme un abono como de costumbre?

—¿Como..., como *de costumbre*?

El hombrecillo se controló con un gran esfuerzo.

—Mi esposa y yo nos mudamos a Macon Heights el pasado diciembre. He viajado en su tren diez veces a la semana, dos trayectos cada día, durante seis meses. Cada mes compro un nuevo abono.

Paine se inclinó hacia él.

—¿Qué tren toma exactamente, señor...?

—Critchet. Ernest Critchet. El tren B. ¿No recuerda sus propios horarios?

—¿El tren B? —Paine consultó los horarios del tren B ayudándose con un lápiz. No constaba ningún Macon Heights—. ¿Cuánto dura el viaje? ¿Cuánto tiempo tarda en llegar?

—Cuarenta y nueve minutos, exactamente. —Critchet miró el reloj de pared—. Si consigo alcanzarlo.

Paine hizo un cálculo mental. Cuarenta y nueve minutos. A unos cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad. Se levantó para acercarse al gran mapa mural.

—¿Qué ocurre? —preguntó Critchet con marcada suspicacia.

Paine dibujó un círculo de cuarenta y cinco kilómetros en el mapa. El círculo cruzaba varias ciudades, pero ninguna era Macon Heights. Y en la línea B no había nada.

—¿Qué tipo de lugar es Macon Heights? —preguntó Paine—. ¿Cuánta gente vive, en su opinión?

—No lo sé. Cinco mil personas, tal vez. Paso casi todo el tiempo en la ciudad. Trabajo de contable en Seguros Bradshaw.

—¿Macon Heights es una población nueva?

—Bastante moderna. Vivimos en una casa de dos habitaciones, construida hace un par de años. —Critchet se agitó inquieto—. ¿Qué pasa con el abono?

—Me temo que no puedo venderle un abono —respondió Paine lentamente.

—¡Cómo! ¿Por qué no?

—No tenemos servicio a Macon Heights.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Critchet, levantándose de un salto.

—Ese lugar no existe. Mire el mapa.

Critchet se quedó boquiabierto. Su rostro cambió de expresión varias veces consecutivas. Por fin, irritado, se acercó al mapa y lo examinó con suma atención.

—Esta situación es muy curiosa, señor Critchet —murmuró Paine—. No consta en el mapa ni en el listado oficial. Nuestros horarios no lo incluyen. No tenemos abonos para viajes a ese lugar. No...

Enmudeció. Critchet había desaparecido. Un momento antes estaba allí, examinando el mapa. Un segundo después se había volatilizado. Desvanecido. Esfumado.

—¡Jacobson! —bramó Paine—. ¡Ha desaparecido!

Los ojos de Jacobson se abrieron desmesuradamente. El sudor le brotó de la frente.

—Vaya, vaya —murmuró.

Paine se abismó en sus pensamientos, contemplando el lugar vacío que Ernest Critchet había ocupado.

—Algo está pasando —musitó—. Algo muy extraño.

De pronto tomó su abrigo y se encaminó hacia la puerta.

—¡No me deje solo! —suplicó Jacobson.

—Si me necesita, estaré en el apartamento de Laura. El número está en algún lugar de mi escritorio.

—Ahora no es el momento de ir a jugar con chicas.

Paine abrió la puerta que daba al vestíbulo.

—Dudo que se trate de un juego —dijo con semblante sombrío.

Paine subió los escalones que llevaban al piso de Laura Nichols de dos en dos. Apretó el timbre hasta que la puerta se abrió.

—¡Bob! —Laura parpadeó, sorprendida—. ¿A qué debo esta...?

Paine pasó junto a ella y entró en el piso.

—Espero no interrumpirte.

—No, pero...

—Se trata de un asunto muy serio. Voy a necesitar ayuda. ¿Puedo contar contigo?

—¿Conmigo?

Laura cerró la puerta. Su bien amueblada casa estaba en penumbra. Sólo había encendida una lámpara de mesa, en el extremo del mullido sofá verde. Las pesadas cortinas estaban corridas. El fonógrafo sonaba a bajo volumen en un rincón.

—Tal vez me estoy volviendo loco. —Paine se dejó caer en el lujoso sofá verde—. Es lo que quiero averiguar.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Laura se acercó lánguidamente, con los brazos cruzados y un cigarrillo entre los labios. Se apartó de los ojos el largo cabello con un movimiento brusco de la cabeza.

—¿Qué pasa por tu mente?

Paine dirigió una sonrisa de aprobación a la joven.

—Vas a llevarte una sorpresa. Quiero que bajes al centro mañana por la mañana temprano, bien guapa y...

—¡Mañana por la mañana! Tengo un trabajo, ¿recuerdas? Y en la oficina nos esperan esta semana un montón de informes nuevos.

—Envíalos al infierno. Tómate la mañana libre. Ve a la biblioteca central. Si no consigues la información allí, ve a la sede del tribunal del condado y examina los registros tributarios de los años pasados. Búscalo hasta que lo encuentres.

—¿El qué?

Paine encendió un cigarrillo con aire positivo.

—Alguna mención de un lugar llamado Macon Heights. Sé que he oído ese nombre antes. Hace años. ¿Te has hecho ya una idea? Echa un vistazo a los atlas antiguos, a periódicos atrasados de la hemeroteca, revistas antiguas, informes, planes urbanísticos, propuestas a la legislación del Estado.

Laura se sentó lentamente en el brazo del sofá.

—¿Estás bromeando?

—No.

—¿He de hurgar mucho en el pasado?

—Unos diez años..., si es necesario.

—¡Santo Dios! Tendría que...

—No salgas hasta encontrarlo. —Paine se levantó con brusquedad—. Hasta luego.

—¿Te marchas así, por las buenas? ¿No me llevarás a cenar?

—Lo siento. —Paine se encaminó hacia la puerta—. Estaré muy ocupado. Ocupadísimo.

—¿En qué?

—En visitar Macon Heights.

Por la ventanilla del tren divisó campos interminables, interrumpidos de vez en cuando por alguna granja. Los postes telefónicos se alzaban hacia el cielo del anochecer.

Paine consultó su reloj. Ya faltaba poco. El tren atravesó una ciudad pequeña. Un par de gasolineras, estacionamientos a la orilla de la carretera, una tienda de televisores. Los frenos chirriaron al parar en la estación. Lewisburg. Bajaron algunos pasajeros, hombres vestidos con abrigos que llevaban bajo el brazo el periódico vespertino. Las puertas se cerraron y el tren arrancó.

El subdirector se recostó en el asiento, inmerso en sus pensamientos. Critchet se había esfumado mientras examinaba el mapa mural. Se había esfumado por primera vez cuando Jacobson le enseñó la lista de horarios... Cuando le habían demostrado que no existía ningún lugar llamado Macon Heights. ¿Sería una pista? Todo el asunto era inverosímil, como un sueño.

Paine miró por la ventana. Estaba a punto de llegar..., si existía un lugar así. Los campos de color pardo se extendían hasta perderse de vista. Colinas y campos uniformes. Postes telefónicos. Coches que corrían por la autopista estatal, ínfimas motas negras que se precipitaban hacia el crepúsculo.

Pero ni rastro de Macon Heights.

El tren prosiguió su camino con gran estrépito. Paine consultó su reloj. Habían pasado cincuenta y un minutos. Y no había visto nada. Nada, excepto campos.

Recorrió el vagón y se sentó al lado del revisor, un hombre ya mayor de cabello blanco.

—¿Ha oído hablar de un lugar llamado Macon Heights? —preguntó Paine.

—No, señor.

Paine le mostró sus credenciales.

—¿Está seguro de no haber oído nunca ese nombre?

—Por completo, señor Paine.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo este trayecto?

—Once años, señor Paine.

Paine continuó hasta la próxima parada, Jacksonville. Bajó y transbordó a un tren B que regresaba a la ciudad. El sol se había puesto. El cielo estaba casi negro. Le costó distinguir el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana.

Se puso en tensión y contuvo el aliento. Faltaba un minuto. Cuarenta segundos. ¿Habría algo? Campos llanos. Solitarios postes telefónicos. Un paisaje árido y yermo entre las ciudades.

¿*Entre*? El tren avanzaba con estruendo en la oscuridad. Paine forzó la vista. ¿Había algo allí afuera? ¿Algo entre los campos?

Una masa alargada de humo transparente se extendía sobre los campos. Una masa homogénea, que mediría un kilómetro y medio de largo. ¿Qué era? ¿El humo de la locomotora? Pero la locomotora era diesel. ¿De un camión que transitaba por la autopista? ¿Matorrales quemados? En los campos no se observaba nada similar.

De repente, el tren empezó a perder velocidad. Paine se puso en guardia al instante. El tren estaba frenando, iba a detenerse. Los frenos chirriaron, los vagones oscilaron de un lado a otro. Después, silencio.

Un hombre alto, sentado al otro lado del pasillo y cubierto con un abrigo ligero, se levantó, se puso el sombrero y avanzó con rapidez hacia la puerta. Saltó a tierra. Paine le miró, fascinado. El hombre se alejó a buen paso del tren, caminando por los campos oscurecidos. Se dirigió sin la menor vacilación hacia un banco de neblina gris.

El hombre se elevó. Andaba a unos treinta centímetros sobre la tierra. Giró a la derecha. Se elevó de nuevo, y ahora..., a unos noventa centímetros sobre la tierra. Caminó paralelamente a la tierra durante un momento, alejándose todavía del tren. Después desapareció en el banco de niebla. Se había esfumado.

Paine corrió por el pasillo, pero el tren había empezado a acelerar. Los campos pasaban ante la ventana a toda velocidad. Paine localizó al revisor, un joven de rostro lleno, apoyado contra la pared del vagón.

—Escuche —gritó Paine—, ¿cuál era esa parada?

—¿Perdón, señor?

—¡Esa parada! ¿Cuál era?

—Siempre paramos ahí.

El revisor introdujo la mano en su chaqueta y sacó con parsimonia un puñado de folletos de horarios. Los examinó y le pasó uno a Paine.

—El B siempre se detiene en Macon Heights. ¿No lo sabía?

—¡No!

—Está puesto en el folleto. —El joven se concentró de nuevo en su revista de aventuras—. Siempre para ahí. Siempre lo ha hecho. Y siempre lo hará.

Paine abrió el folleto. Era cierto. Macon Heights constaba entre Jacksonville y Lewisburg. A cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad, exactamente.

La nube de neblina gris. La enorme nube que ganaba forma a cada momento. Como si algo cobrara vida. De hecho, algo *estaba* cobrando vida.

¡Macon Heights!

A la mañana siguiente, localizó a Laura en su casa. Estaba sentada ante la mesita de café, vestida con un jersey rosa pálido y pantalones negros. En la mesa había un montón de notas, papel, goma de borrar y un vaso de leche malteada.

—¿Cómo te fue? —preguntó Paine.

—De primera. Tengo la información que querías.

—¿Cuál es la historia?

—Encontré mucho material. —Dio una palmada a la pila de notas—. He resumido lo más interesante.

—Adelante con ese resumen.

—Este agosto hará siete años que la junta de supervisores del Estado votó la creación de tres nuevas zonas residenciales, que se instalarían fuera de la ciudad. Macon Heights era una de ellas. Se produjo un acalorado debate. La

mayoría de los comerciantes de la ciudad se oponían a las nuevas zonas. Sostenían que llevarían muchos comercios al por menor fuera de la ciudad.

—Sigue.

—Hubo una larga discusión. Por fin, se aprobaron dos de las tres zonas. Waterville y Cedar Groves. Pero no Macon Heights.

—Entiendo —murmuró Paine, pensativo.

—Macon Heights fue rechazada. Se alcanzó un compromiso: dos zonas en lugar de tres. Las dos zonas se empezaron a construir en seguida, ya lo sabes. Pasamos por Waterville una tarde. Un lugar pequeño y encantador.

—Pero no Macon Heights.

—No. Macon Heights fue rechazada.

Paine se acarició el mentón.

—Así que ésa es la historia.

—Ésa es la historia. ¿Te das cuenta que he perdido la paga de medio día por culpa de esto? *Has* de invitarme a salir esta noche. Quizá debería buscarme otro novio. Empiezo a pensar que no eres tan buen partido como me imaginaba.

Paine asintió con la cabeza, absorto en sus pensamientos.

—Hace siete años. —De pronto, un pensamiento acudió a su mente—. ¡La votación! ¿Por cuánto perdió Macon Heights?

Laura consultó sus notas.

—El proyecto fue derrotado por un solo voto.

—Un solo voto. Hace siete años. —Paine salió al recibidor—. Gracias, cariño. Las piezas empiezan a encajar. ¡Encajan de maravilla!

Tomó un taxi nada más salir. El taxi le condujo a la estación ferroviaria. Por la ventanilla veía desfilar letreros y calles. Gente, tiendas y coches.

Su presentimiento era correcto. *Había* oído antes el nombre. Siete años atrás. Un encarnizado debate sobre una zona residencial situada en las afueras. Dos ciudades aprobadas: una rechazada y olvidada.

Pero ahora, la ciudad olvidada estaba cobrando vida..., siete años después. La ciudad, y con ella un fragmento indeterminado de realidad. ¿*Por qué*? ¿Había cambiado algo en el pasado? ¿Se había producido alguna alteración en un continuo temporal?

Podía ser la explicación. El resultado de la votación fue muy apretado. Macon Heights *casi* logró la aprobación. Tal vez, ciertas partes del pasado eran inestables. Tal vez, aquel período en particular, siete años antes, había sido crítico. Tal vez, nunca había terminado de cuajar. Una idea extraña: un pasado que cambia después de haber sucedido.

De pronto, los ojos de Paine se concentraron en un punto concreto. Se irguió con rapidez. En la acera opuesta, a mitad de la manzana, vio el letrero de un comercio sobre un establecimiento pequeño y discreto. Paine forzó la vista cuando el taxi pasó por delante.

SEGUROS BRADSHAW
(o)
NOTARIO PÚBLICO

Recordó. La empresa de Critchet. ¿También aparecía y desaparecía? ¿Había estado siempre en el mismo sitio? Algo de su aspecto externo le intranquilizó.

—Dese prisa —urgió Paine al chofer—. Acelere.

Cuando el tren se detuvo en Macon Heights. Paine se levantó al instante y corrió hacia la puerta. Las ruedas chirriantes se inmovilizaron y Paine saltó al apartadero de grava caliente. Paseó la vista a su alrededor.

Macon Heights centelleaba y resplandecía a la luz del atardecer. Sus pulcras hileras de casas se extendían en todas direcciones. La marquesina de un teatro se erguía en el centro de la ciudad.

Un teatro, al menos. Paine atravesó la vía y se encaminó hacia la ciudad. Al otro lado de la estación había un estacionamiento. Lo cruzó y siguió un sendero que dejaba atrás una gasolinera y desembocaba en una acera.

Se hallaba en la calle principal de la ciudad. Una doble fila de comercios se extendía frente a él. Una ferretería. Dos drugstores. Un bazar. Unos grandes almacenes.

Paine paseaba con las manos en los bolsillos, admirando Macon Heights. Un edificio de apartamentos. Un conserje sacaba brillo a los peldaños de la puerta principal. Todo parecía nuevo y moderno. Las casas, las tiendas, el pavimento y las aceras. Los parquímetros. Un policía de uniforme marrón estaba multando a un coche. Árboles, separados a intervalos. Podados con gusto.

Pasó frente a un gran supermercado. Había un canasto de frutas delante, con naranjas y uvas. Tomó un grano de uva y lo mordió.

La uva era auténtica, de acuerdo. Una enorme uva negra de la variedad *concord*, dulce y madura. Sin embargo, veinticuatro horas antes sólo había allí un campo yermo.

Paine entró en un drugstore. Ojeó algunas revistas y se sentó en la barra. Pidió una taza de café a la pequeña camarera de mejillas sonrosadas.

—Esta ciudad es muy bonita —dijo Paine cuando la chica le trajo el café.

—Sí que lo es.

—¿Cuánto...? —Paine vaciló—. ¿Desde cuándo trabaja aquí?

—Tres meses.

—¿Tres meses? —Paine examinó a la pequeña rubia de curvas generosas—. ¿Vive en Macon Heights?

—Oh, sí.

—¿Hace mucho?

—Un par de años, más o menos.

Se alejó para atender a un joven soldado que había ocupado un taburete frente a la barra.

Paine bebió su café y fumó, mientras observaba a la gente que pasaba por la calle. Gente corriente. Hombres y mujeres, sobre todo mujeres. Algunas llevaban bolsas y carritos de la compra. Los automóviles circulaban a escasa velocidad en ambas direcciones. Una tímida ciudad suburbana. Moderna, clase media alta. Una ciudad con clase. Allí no había barriadas obreras. Casas pequeñas y bonitas. Tiendas con pequeños jardines inclinados en la parte delantera y letreros de neón.

Unos chicos de la escuela superior entraron como una tromba en el drugstore, riendo y dándose palmadas. Dos muchachas con jerseys de colores brillantes se sentaron al lado de Paine y pidieron zumos. Charlaban alegremente; captó retazos de su conversación.

Las miró, reflexionando con aire sombrío. Eran auténticas, de acuerdo. Lápiz de labios y uñas rojas. Jerseys y libros de texto. Cientos de adolescentes que salían de la escuela superior y se apelotonaban en el drugstore.

Paine se frotó la frente, cansado. No parecía posible. Tal vez estaba loco. La ciudad era *real*. Completamente real. Debía haber existido siempre. Toda una ciudad no podía surgir de la nada, de una nube de neblina gris. Cinco mil personas, casas, calles y tiendas.

Tiendas. Seguros Bradshaw.

De pronto, lo comprendió todo. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. Se estaba extendiendo. Más allá de Macon Heights. Hasta el corazón de la ciudad. La ciudad también estaba cambiando. Seguros Bradshaw. La empresa de Critchet.

Macon Heights no podía existir sin alterar la ciudad; se complementaban. Los cinco mil habitantes provenían de la ciudad. Sus trabajos. Sus vidas. La ciudad estaba implicada hasta las últimas consecuencias.

Pero, ¿*hasta qué punto*? ¿Cuánto estaba cambiando la ciudad?

Paine tiró una moneda de veinticinco centavos sobre la barra y salió corriendo del drugstore, en dirección a la estación de tren. Tenía que volver a la ciudad. Laura, el cambio. ¿Seguiría ella allí? ¿Se encontraba *él* a salvo?

El miedo le atenazó. Laura, todas sus propiedades, sus planes, esperanzas y sueños. De pronto, Macon Heights dejó de tener importancia. Su mundo se hallaba en la cuerda floja. Sólo le importaba una cosa: asegurarse que su vida no se había alterado, preservada de los incesantes cambios que emanaban de Macon Heights.

—¿Adónde vamos, tío? —preguntó el conductor del taxi, cuando Paine salió a toda velocidad de la estación.

Paine le dio la dirección de la casa de Laura. El coche se adentró en el tráfico. Paine se acomodó, nervioso. Las calles y los edificios de oficinas pasaban ante la ventanilla. Los oficinistas empezaban a salir de sus trabajos, invadiendo las aceras y formando corrillos en las esquinas.

¿Cuánto había cambiado? Se concentró en las hileras de edificios. Los grandes almacenes. ¿Estaban antes allí? La diminuta tienda del limpiabotas, al lado. Nunca había reparado en ella.

MUEBLES NORRIS.

No se acordaba de *eso,* pero tampoco estaba seguro. Se sentía confuso. ¿Cómo saberlo?

El coche le dejó frente a los apartamentos. Paine se quedó inmóvil un momento, mirando a su alrededor. Al final de la manzana, el propietario de la charcutería italiana había salido para subir el toldo. ¿Se había fijado antes en esa charcutería?

No se acordaba.

¿Qué le había ocurrido a la gran carnicería de enfrente? Sólo había hermosas casitas: casitas antiguas, con aspecto de llevar allí mucho tiempo. ¿Había existido antes una carnicería? Las casas *parecían* sólidas.

En la siguiente manzana brillaba la enseña a rayas de una barbería. ¿Había existido siempre una barbería en ese lugar?

Tal vez siempre había estado allí. Tal vez sí y tal vez no. Todo estaba cambiando. Nuevas cosas cobraban vida, otras desaparecían. El pasado sufría alteraciones, y la memoria estaba ligada al pasado. ¿Cómo iba a confiar en su memoria? ¿Cómo podía estar seguro?

El terror se apoderó de él. Laura. Su mundo...

Paine subió corriendo los escalones y abrió de un empujón la puerta del edificio. Subió por la escalera alfombrada hasta el segundo piso. La puerta

del piso no estaba cerrada con llave. Aplicó el hombro a la hoja y entró, con el corazón en un puño, rezando en silencio.

La sala de estar se hallaba a oscuras, silenciosa. Las cortinas estaban medio corridas. Paseó la mirada a su alrededor, angustiado. El alegre sofá azul, revistas apiladas sobre sus brazos. La mesita baja de roble claro. El televisor. Pero la sala estaba vacía.

—¡Laura! —exclamó, con voz estrangulada.

Laura salió al instante de la cocina, sobresaltada.

—¡Bob! ¿Qué haces en casa? ¿Sucede algo?

Paine se tranquilizó y exhaló un suspiro.

—Hola, cariño. —La besó, estrechándola contra su cuerpo. La sintió cálida y firme, completamente real—. No, no pasa nada. Todo va bien.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Paine se quitó el abrigo, tembloroso, y lo dejó sobre el respaldo del sofá. Paseó por la sala, examinaba los objetos, recobraba la confianza. Su familiar sofá azul, quemaduras de cigarrillos en los brazos. Su raído escabel. El escritorio en el que trabajaba por las noches. Las cañas de pescar apoyadas contra la pared, detrás del librero.

El gran televisor que había comprado el mes pasado; también se había salvado.

Todas sus pertenencias estaban a salvo. Intactas. Ilesas.

—La cena no estará preparada hasta dentro de media hora —murmuró Laura ansiosamente, desanudándose el delantal—. No esperaba que llegaras tan pronto. Me he pasado sentada todo el día. He limpiado la cocina. Un vendedor me dejó una muestra de un nuevo limpiador.

—Estupendo. —Examinó su grabado favorito de Renoir, colgado en la pared—. No te des prisa. Es estupendo volver a ver todo esto. Yo…

Se oyó un sollozo en el dormitorio. Laura se volvió al instante.

—Me parece que hemos despertado a Jimmy.

—¿Jimmy?

—Cariño, ¿ya no te acuerdas de nuestro hijo? —rió Laura.

—Por supuesto —murmuró Paine, molesto. Siguió a Laura hacia el dormitorio—. Por un momento, todo me ha parecido extraño. —Se frotó la frente y frunció el ceño—. Extraño y desconocido, como desenfocado.

Se quedaron de pie junto a la cuna, contemplando al niño. Jimmy miró a sus padres.

—Será culpa del sol —dijo Laura—. Hoy ha hecho un calor terrible.

—Será eso. Ahora estoy muy bien. —Paine acarició al niño. Rodeó con el brazo a su esposa, atrayéndola junto a él—. Habrá sido culpa del sol —dijo.

La miró a los ojos y sonrió.

EL MUNDO QUE ELLA DESEABA

Larry Brewster, medio dormido, contempló las colillas, botellas de cerveza vacías y cajas de cerillas aplastadas que se amontonaban sobre la mesa ante él. Alargó la mano y alineó una botella de cerveza con las demás para lograr de esta manera el efecto adecuado.

La pequeña orquesta de dixieland tocaba ruidosamente en la parte trasera del Wind-Up. El áspero sonido del jazz se mezclaba con el murmullo de voces, la semipenumbra, el tintineo de vasos en la barra. Larry Brewster suspiró, feliz y satisfecho.

—Esto es el nirvana —declaró. Asintió con la cabeza lentamente, aprobando las palabras que había pronunciado—. O, al menos, el séptimo nivel del cielo budista zen.

—No hay siete niveles en el cielo budista zen —corrigió una competente voz femenina, directamente sobre él.

—Es cierto —admitió Larry, reflexionando sobre el tema—. Estaba hablando metafóricamente, no literalmente.

—Deberías ir con más cuidado; has de decir justo lo que quieres decir.

—¿Y decir justo lo que usted quiere oír? —Larry levantó la vista—. ¿Tengo el placer de conocerla, jovencita?

La esbelta muchacha de cabello dorado se dejó caer en la silla que había al otro lado de la mesa; sus ojos acerados brillaron en la semioscuridad del bar. Le sonrió exhibiendo sus blancos dientes centelleantes.

—No —respondió—. No nos conocemos, pero ahora ha llegado nuestro momento.

—¿Nuestro..., nuestro momento?

Larry enderezó poco a poco su cuerpo larguirucho. Había algo en el rostro inteligente de la muchacha que le alarmaba y atravesaba la muralla de su bruma alcohólica. Su sonrisa era demasiado serena, demasiado segura.

—¿A qué se refiere, en concreto? ¿De qué va el rollo?

La joven se quitó la chaqueta y mostró unos senos llenos y redondeados, y una figura flexible.

—Tomaré un martini —dijo—. Por cierto... Me llamo Allison Holmes.

—Larry Brewster. —Larry examinó a la chica con suma atención—. ¿Qué ha dicho que quiere?

—Un martini. Seco. —Allison le sonrió con frialdad—. Y pide otro para ti, ¿no?

Larry gruñó para sí. Hizo una seña al camarero.

—Un martini seco, Max.

—Muy bien, señor Brewster.

Max volvió al cabo de pocos minutos con un martini, que depositó sobre la mesa. Cuando se hubo ido, Larry se inclinó hacia la rubia.

—Y ahora, señorita Holmes...

—¿Tú no quieres?

—No.

Larry la miró beber. Sus manos eran menudas y delicadas. No tenía mal aspecto, pero le desagradaba la serenidad autosuficiente de sus ojos.

—¿Qué significa eso que nuestro momento ha llegado? Dame alguna pista.

—Es muy sencillo. Te vi sentado aquí y supe que eras la persona. A pesar de la mesa desordenada. —Arrugó la nariz ante la visión de las botellas y las cajas de cerillas—. ¿Por qué no mandas que la limpien?

—Porque la prefiero así. ¿Supiste que yo era *la persona*? ¿Qué persona? —El interés de Larry aumentaba—. Continúa.

—Larry, éste es un momento muy importante de mi vida. —Allison miró a su alrededor—. ¿Quién iba a pensar que te encontraría en un lugar semejante? Pero siempre me ha ocurrido lo mismo. Es un eslabón más de una cadena que se remonta a..., bueno, hasta donde llega mi memoria.

—¿Qué cadena es ésa?

—Mi pobre Larry —rió Allison—. No entiendes nada. —Se inclinó hacia él y sus maravillosos ojos danzaron—. Larry, sé algo que nadie más sabe..., nadie en este mundo. Algo que averigüe de niña. Algo...

—Espera un momento. ¿Qué significa «este mundo»? ¿Quieres decir que hay mundos más agradables que éste? ¿Mundos mejores, como decía Platón? Este mundo no es más que...

—¡Por supuesto que no! —Allison frunció el ceño—. Éste es el mundo mejor, Larry. El mejor de todos los mundos posibles.

—Oh. Herbert Spencer.

—El mejor de todos los mundos posibles..., para mí.

Le dedicó una sonrisa fría, secreta.

—¿Por qué para ti?

Cuando respondió, captó un matiz casi depredador en el rostro finamente cincelado de la joven.

—Porque —dijo con calma— éste es *mi* mundo.

—¿Tu mundo? —Larry enarcó una ceja, y después sonrió, divertido—. Por supuesto, pequeña; es de todos nosotros. —Hizo un ademán que abarcó el resto de la sala—. Tu mundo, mi mundo, el mundo del tipo que toca el banjo.

—No. —Allison sacudió la cabeza con firmeza—. No, Larry. Mi mundo; me pertenece a mí. Todas las cosas y todas las personas. Todo es mío. —Movió la silla para acercarse más a él. Larry olió su perfume, cálido, dulce, tentador—. ¿No lo entiendes? Esto es mío. Todas estas cosas están hechas para mí, para hacerme feliz.

Larry se apartó un poco.

—¿De veras? Voy a decirte una cosa: como principio filosófico no se sostiene. Admitiré que Descartes dijo que sólo conocemos el mundo mediante nuestros sentidos, y que nuestros sentidos reflejan nuestra...

Allison posó su pequeña mano sobre el brazo de Larry.

—No me refiero a eso. Existen *muchos* mundos, Larry. Todo tipo de mundos. Millones y millones. Tantos como personas. Cada persona posee su propio mundo, Larry, su mundo particular. Un mundo que existe para ella, para su felicidad. —Bajó la vista con modestia—. Pero da la casualidad que éste es *mi* mundo.

Larry meditó unos segundos.

—Muy interesante, pero, ¿y los demás? Yo, por ejemplo.

—Tú existes para proporcionarme felicidad, por supuesto; es lo que te estoy diciendo. —La presión de su pequeña mano aumentó—. En cuanto te vi, supe que eras la persona idónea. Llevo varios días pensando en esto. Ya es hora que *le* encuentre. El hombre que me está destinado. El hombre con el que me he de casar..., para que mi felicidad sea completa.

—¡Oye! —exclamó Larry, retrocediendo.

—¿Qué te pasa?

—¿Y *yo*? —preguntó Larry—. ¡Eso no es justo! ¿No cuenta *mi* felicidad?

—Sí..., pero aquí no, en este mundo no. —Hizo un gesto vago—. Tienes un mundo en otro lugar; tu propio mundo. En éste, eres una simple parte de mi vida. No eres completamente real. Yo soy la única persona completamente real de este mundo. Los demás están a mi servicio. Sólo son... parcialmente reales.

—Entiendo. —Larry se reclinó en la silla poco a poco, acariciándose el mentón—. Por tanto, existo en un montón de mundos diferentes. Una pizca aquí, otra allí, según lo que se necesite de mí. Como ahora, por ejemplo, en este mundo. Llevo veinticinco años dando tumbos, a fin de salirte al paso cuando me necesitaras.

—Exacto. —Los ojos de Allison bailaron de alegría—. Has captado la idea. —De pronto, consultó su reloj—. Se está haciendo tarde. Vámonos.

—¿Nos vamos?

Allison se puso en pie de un brinco, tomó su diminuto bolso y se puso la chaqueta.

—¡Quiero hacer tantas cosas contigo, Larry! ¡Hemos de ir a tantos sitios! ¡Nos queda tanto por hacer! —Le asió por el brazo—. Vamos, date prisa.

Larry se levantó con parsimonia.

—Escucha...

—Nos vamos a divertir muchísimo. —Allison le arrastró hacia la puerta—. Veamos... Sería estupendo...

Larry se detuvo, irritado.

—¡La cuenta! No puedo marcharme. —Rebuscó en su bolsillo—. Debo algo así como...

—Nada de cuentas esta noche. Ésta es mi noche especial. —Allison se volvió hacia Max, que limpiaba la mesa—. ¿No es cierto?

El viejo camarero levantó la vista lentamente.

—¿Qué sucede, señorita?

—Esta noche no pagamos.

Max sacudió la cabeza.

—Esta noche no se paga, señorita. Es el cumpleaños del jefe; bebida gratis para todo el mundo.

—¿Cómo? —murmuró Larry.

—Vamos. —Allison le arrastró hacia las pesadas puertas hasta salir a la fría y oscura acera neoyorquina—. Vamos, Larry... ¡Hemos de hacer muchas cosas!

—No sé de dónde demonios ha salido el taxi —murmuró Larry.

El taxi arrancó y se alejó. Larry miró a su alrededor. ¿Dónde estaban? Las oscuras calles estaban silenciosas y desiertas.

—Primero, quiero una flor —dijo Allison Holmes—. Larry, ¿no crees que deberías regalarle a tu prometida una flor? Quiero entrar radiante.

—¿Una flor? ¿A estas horas de la noche? —Larry señaló las calles silenciosas y oscuras—. ¿Estás bromeando?

Allison pensó durante unos segundos y después, de pronto, cruzó la calle. Larry la siguió. Allison se detuvo ante una florería cerrada. El letrero estaba apagado. Golpeó el cristal de la puerta con una moneda.

—¿Te has vuelto loca? —gritó Larry—. ¡A estas horas de la noche no hay nadie ahí dentro!

Alguien se movió en la parte trasera de la florería. Un anciano se acercó con parsimonia al escaparate. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo. Se inclinó y abrió la puerta.

—¿Qué desea, señora?

—Quiero el mejor ejemplar que tenga.

Allison entró en la tienda y admiró las flores con arrobo.

—Olvídelo, amigo —murmuró Larry—. No le haga caso. Está...

—No pasa nada —suspiró el viejo—. Estaba repasando mi declaración de impuestos. Me tomaré un descanso. Encontraremos algo adecuado. Abriré la cámara frigorífica.

Cinco minutos después volvían a estar en la calle. Allison contemplaba extasiada la gran orquídea prendida con un alfiler a su chaqueta.

—¡Es tan hermosa, Larry! —susurró. Le apretó el brazo, mirándole a la cara—. Muchas gracias. Ahora, vámonos.

—¿Adónde? Es posible que encuentres a un viejo sudando la gota gorda sobre su declaración de impuestos a la una de la mañana, pero te reto a que encuentres a alguien más en este cementerio olvidado de Dios.

Allison miró a su alrededor.

—Veamos... Por aquí. Vamos a ese caserón. No me sorprendería nada que...

Obligó a Larry a continuar. Sus tacones resonaron en el silencio de la noche.

—Muy bien —murmuró Larry, esbozando una sonrisa—. Te acompañaré. Hasta podría ser interesante.

No se veía ninguna luz en la gran casa cuadrada. Todas las persianas estaban bajadas. Allison avanzó a toda prisa por el sendero, orientándose en la oscuridad, hasta llegar al porche de la casa.

—¡Oye! —exclamó Larry, alarmado de repente.

Allison ya había aferrado el pomo de la puerta, que se abrió sin dificultades.

Una explosión de luz y sonido les recibió. Murmullo de voces. Una enorme cantidad de gente deambulaba al otro lado de una pesada cortina. Hombres y mujeres vestidos de noche, inclinados sobre mesas largas y mostradores.

—Oh, oh —murmuró Larry—. En menudo lío nos hemos metido. Este lugar no es para nosotros.

Tres gorilas de aspecto duro se precipitaron sobre ellos, sin sacar las manos de los bolsillos.

—Muy bien, señor. Fuera.

Larry empezó a retroceder.

—Por mí, encantado. Soy una persona razonable.

—Tonterías. —Allison le agarró por el brazo. Sus ojos brillaban de excitación—. Siempre quise visitar una sala de juegos. ¡Mira todas esas mesas! ¿Qué están haciendo? ¿Qué pasa ahí?

—Por el amor de Dios —jadeó Larry, desesperado—. Salgamos de aquí. Esta gente no nos conoce.

—Ya puede apostar a que no —dijo con voz rasposa uno de los tres voluminosos matones. Movió la cabeza en dirección a sus compañeros—. Vamos p'allá.

Se apoderaron de Larry y lo llevaron a empellones hacia la puerta.

—¿Qué le están haciendo? —Allison parpadeó—. ¡Basta! —Se concentró, moviendo los labios—. Déjenme..., déjenme hablar con Connie.

Los tres matones se quedaron petrificados. Se volvieron hacia ella poco a poco.

—¿Con quién? ¿Qué nombre ha dicho, señora?

—Con Connie... —sonrió Allison—, me parece. ¿No es eso lo que he dicho? Connie. ¿Dónde está? —Miró a su alrededor—. ¿No está allí?

Un hombrecillo de aspecto pulido que jugaba en una mesa se volvió de mala gana al oír su nombre; hizo una mueca de fastidio.

—Olvídelo, señora —se apresuró a decir un matón—. No moleste a Connie; no le gusta que le molesten.

Cerró la puerta mientras empujaba a Larry y a la joven hacia la gran sala, al otro lado de la cortina.

—Vayan a jugar. Diviértanse. Que lo pasen bien.

Larry miró a la chica y meneó la cabeza débilmente.

—Creo que me apetece una copa..., bien cargada.

—Muy bien —dijo Allison, risueña, sin apartar la vista de la ruleta—. Ve a tomar una copa. ¡Voy a jugar!

Después de un buen par de whiskys escoceses con agua, Larry bajó del taburete y se alejó del bar en dirección a la mesa de la ruleta, situada en el centro de la sala.

Una gran multitud se había congregado alrededor de la mesa. Larry cerró los ojos para controlarse; ya sabía lo que pasaba. Tras serenarse, se abrió paso entre la gente hasta llegar a la mesa.

—¿Qué significa ésta? —preguntaba Allison al croupier, sosteniendo en alto una ficha azul.

Frente a ella se alzaba una inmensa columna de fichas.., de todos los colores. Todo el mundo murmuraba y hablaba, mirándola.

Larry se colocó a su lado.

—¿Cómo te va? ¿Ya has perdido hasta la camisa?

—Todavía no. Según este hombre, voy ganando.

—Sí él lo dice... —suspiró Larry—. Está en el rollo.

—¿Quieres jugar? —preguntó Allison, recogiendo una tonelada de fichas—. Quédate éstas; tengo más.

—Ya lo veo, pero..., no, gracias. No es mi fuerte. Vamos. —Larry se la llevó de la mesa—. Creo que ya es hora que tú y yo sostengamos una pequeña charla. En aquel rincón estaremos tranquilos.

—¿Una charla?

—He de pensar en todo esto; la cosa ya ha ido demasiado lejos.

Allison le siguió. Larry se encaminó a grandes zancadas hacia una esquina de la sala. Un brillante fuego ardía en una enorme chimenea. Larry se desplomó sobre una mullida butaca mientras señalaba la contigua.

—Siéntate.

Allison obedeció. Cruzó las piernas y se alisó la falda. Se reclinó en el respaldo y suspiró.

—¿No es bonito, el fuego y todo lo demás? Justo lo que siempre había imaginado...

Cerró los ojos con languidez.

Larry sacó los cigarrillos y encendió uno, absorto en sus pensamientos.

—Vamos a ver, señorita Holmes...

—Allison. Al fin y al cabo, vamos a casarnos.

—Allison, pues. Escucha, Allison, todo esto es absurdo. Mientras estaba en el bar, me entretuve pensándolo. Tu loca teoría no es cierta.

—¿Por qué no? —Su voz era soñolienta, distante. Larry movió las manos, irritado.

—Te lo explicaré. Afirmas que yo sólo soy parcialmente real. Eso no es cierto. Y que tú eres la única completamente real.

—Exacto —aprobó Allison.

—¡Escucha! No sé nada sobre esa gente... —Larry señaló la multitud con un gesto despreciativo—. Quizá tengas razón acerca de ellos. Quizá sólo sean fantasmas. ¡Pero yo no! No puedes decir que yo soy un fantasma. —Descargó su puño sobre el brazo de la butaca—. ¿Lo ves? ¿Te atreves a decir que esto es sólo parcialmente real?

—La butaca sólo es real en parte.

—Maldita sea —rugió Larry—, llevo veinticinco años en este mundo, y sólo hace unas horas que te conozco. ¿Debo creer que no estoy vivo? ¿Que no soy..., que no soy realmente yo? ¿Que sólo soy una especie de decorado en tu mundo..., un simple accesorio?

—Larry, querido. Tú *tienes* tu propio mundo. Todos tenemos nuestro mundo. Pero sucede que éste es mío, y que tú estás en él a mi servicio. —Allison abrió sus grandes ojos azules—. En tu mundo real yo también existo un poco para ti. Todos nuestros mundos se superponen, querido, ¿no lo entiendes? Tú existes para mí en mi mundo. Es probable que yo exista para ti en el tuyo. —Sonrió—. El Gran Diseñador ha de ser económico..., como los buenos artistas. Hay muchos mundos similares, casi idénticos, pero cada uno pertenece a una sola persona.

—Y éste es el tuyo. —Larry dejó escapar un suspiro—. De acuerdo, muñeca. Estás convencida de lo que dices; te seguiré la broma..., durante un rato, al menos. Te seguiré la corriente. —Contempló a la muchacha reclinada en la butaca vecina—. No estás mal, ¿sabes?, nada mal.

—Gracias.

—Sí, morderé el anzuelo. Durante un rato, al menos. Tal vez seamos el uno para el otro, pero has de calmarte un poco. Tientas en exceso a la suerte. Si vamos a seguir juntos, será mejor que te lo tomes con calma.

—¿Qué quieres decir?

—Todo esto. Este lugar. ¿Y si viene la poli? Juegos, persecuciones. —La mirada de Larry se perdió en la distancia—. No, esto no está bien. Ésta no es la clase de vida que me había imaginado. ¿Sabes lo que tengo metido en la cabeza? —El rostro de Larry se iluminó de nostálgico placer—. Una casita, muñeca. En el campo. Muy lejos. Tierra de labranza. Campos llanos. Tal vez Kansas o Colorado. Una cabaña. Con un pozo. Y vacas.

—¿Sí? —Allison frunció el ceño.

—¿Y sabes qué mas? Yo, en la parte trasera. Trabajando la tierra, o... dando de comer a los pollos. ¿Has dado de comer a los pollos alguna vez? —Larry movió la cabeza, feliz—. Es muy divertido, muñeca. Y las ardillas. ¿Nunca has ido a un parque y has dado de comer a las ardillas? Ardillas grises de largas colas. Colas tan largas como su propio cuerpo.

Allison bostezó. Se levantó con brusquedad y tomó el bolso.

—Creo que es hora de irnos.

Larry se levantó con parsimonia.

—Sí, yo también lo creo.

—Mañana va a ser un día muy ajetreado. Quiero levantarme temprano. —Allison avanzó hacia la puerta, abriéndose paso entre la gente—. Lo primero de todo, creo que deberíamos ir a buscar...

—Tus fichas —la interrumpió Larry.

—¿Qué?

—Tus fichas. Ve a cambiarlas.

—¿A cambiarlas?

—Por dinero... Creo que así lo llaman ahora.

—Oh, qué fastidio. —Allison se volvió hacia un hombre robusto sentado a la mesa de black-jack—. ¡Tome! —Tiró las fichas en el regazo del hombre—. Atrápelas. Muy bien, Larry. ¡Vámonos!

El taxi frenó en el apartamento de Larry.

—¿Vives aquí? —preguntó Allison, mirando el edificio—. No es muy moderno, ¿verdad?

—No. —Larry abrió la puerta—. Y las cañerías no están en muy buen estado, pero no me importa.

—¿Larry? —Allison le detuvo cuando se disponía a salir.

—¿Sí?

—No olvidarás lo de mañana, ¿verdad?

—¿Mañana?

—Tenemos muchas cosas que hacer. Quiero que te levantes a primera hora de la mañana. Hay que visitar varios sitios y ultimar detalles.

—¿Qué te parecen las seis de la tarde? ¿Te va bien?

Larry bostezó. Era tarde y hacía frío.

—Oh, no. Pasaré a buscarte a las diez de la mañana.

—¡A las diez! ¿Y mi trabajo? ¡He de ir a trabajar!

—Mañana no. Mañana es *nuestro* día.

—¿Cómo demonios voy a vivir si no...?

Allison le rodeó con sus esbeltos brazos.

—No te preocupes, todo saldrá bien. ¿No te acuerdas? Éste es mi mundo.

Le atrajo hacia ella y le besó en la boca. Sus labios eran dulces y fríos. Le abrazó con fuerza y cerró los ojos.

Larry se apartó.

—Sí, de acuerdo.

Se enderezó la corbata.

—Mañana, pues. Y no te preocupes por tu trabajo. Adiós, querido Larry.

Allison cerró la puerta. El coche siguió por la oscura calle. Larry lo acompañó con la mirada, todavía aturdido. Por fin, se encogió de hombros y entró en el edificio.

En la mesa del vestíbulo encontró una carta dirigida a su nombre. La abrió mientras subía la escalera. La carta era de su oficina, la Compañía de Seguros Bray. Se informaba del horario de vacaciones anuales de la plantilla y precisaba las dos semanas concedidas a cada empleado. No necesitó localizar su nombre para saber cuándo empezaban las suyas.

«No te preocupes», había dicho Allison.

Larry sonrió con tristeza y sepultó la carta en el bolsillo de la chaqueta. Abrió la puerta de su casa. ¿Había dicho a las diez? Bueno, al menos dormiría a gusto.

El día era caluroso y claro. Larry Brewster se sentó en los escalones del edificio, fumando y pensando mientras esperaba a Allison.

La chica se lo montaba muy bien; no quedaba duda. Montones de cosas parecían caer como ciruelas maduras en su regazo. No era de extrañar que considerase este mundo de su propiedad... Todo le salía a pedir de boca, de acuerdo, pero también le ocurría a otras personas. Cuestión de suerte. La fortuna siempre les sonreía. Ganaban concursos radiofónicos; encontraban dinero en la cuneta; apostaban al caballo ganador.

¿Su mundo? Larry sonrió. Por lo visto, Allison se lo creía a pies juntillas. Interesante. Bien, le seguiría la corriente un poco más, al menos. Era una muchacha agradable.

Sonó una bocina. Larry levantó la vista. Un descapotable pintado en dos tonos estaba estacionado frente a él. Allison le saludó con la mano.

—¡Hola! ¡Date prisa!

Larry se levantó y caminó hacia el coche.

—¿De dónde lo has sacado?

Abrió la puerta y se deslizó en su interior.

—¿Esto? —Allison puso el motor en marcha y se zambulló en el tráfico—. Lo he olvidado. Creo que alguien me lo regaló.

—¡Te has olvidado! —La miró, y después se reclinó contra el suave tapizado del asiento—. ¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

—Vamos a ver nuestra nueva casa.

—¿La casa de quién?

—Nuestra. Tuya y mía.

Larry se hundió en el asiento.

—¡Cómo! Pero tú...

El coche giró por una esquina.

—Te encantará; es una maravilla. ¿Cuántas habitaciones tiene tu piso?

—Tres.

Allison lanzó una alegre carcajada.

—Ésta tiene once habitaciones. Dos plantas. Dos mil metros cuadrados de jardín. Eso me han dicho, al menos.

—¿No la has visto?

—Todavía no. Mi abogado me ha llamado esta mañana.

—¿Tu abogado?

—Forma parte de una propiedad que me han dejado en herencia.

Larry se controló poco a poco. Allison, ataviada con un traje de dos piezas escarlata, miraba con semblante feliz la carretera que se extendía ante ellos.

—Deja que me aclare. Nunca la has visto; tu abogado acaba de llamarte; forma parte de una propiedad que has heredado.

—Exacto. Un tío mío. He olvidado su nombre. No esperaba que me dejara nada. —Se volvió hacia Larry y le miró con ternura—. Es un momento muy especial para mí. Es importante que *todo* vaya bien. Todo mi mundo...

—Sí, todo tu mundo. Bien, espero que te guste la casa cuando la veas.

—Me gustará —rió Allison—. Después de todo, existe para mí; es su única razón de existir.

—Consigues que todo funcione como una ciencia exacta —murmuró Larry—. Todo lo que te sucede es estupendo. Todo te complace. Deduzco, por tanto, que ha de ser tu mundo. Tal vez estás mejorando las cosas... Diciéndote que te gusta de verdad todo cuanto te sucede.

—¿Lo crees así?

Larry frunció el ceño y se abismó en sus pensamientos.

—Dime —preguntó por fin—, ¿cómo averiguaste la existencia de estos múltiples mundos? ¿Por qué estás tan segura que éste es el tuyo?

—Lo deduje por mis propios medios —sonrió la joven—. Estudié lógica, filosofía, historia..., y siempre había algo que me desconcertaba. ¿Por qué se producían tantos cambios vitales en la suerte de personas o naciones, cambios providenciales, que ocurrían en el momento oportuno? ¿Por qué daba la impresión que mi mundo tenía que ser como era, para que a lo largo

de la historia ocurrieran una serie de acontecimientos extraños que le hicieran evolucionar así?

»Leí la teoría de *Éste es el mejor de todos los mundos posibles*, pero a medida que la pensaba le encontraba menos sentido. Estudié las religiones de la humanidad, y especulaciones científicas sobre la existencia de un Creador..., pero algo faltaba, algo de lo que no se podía dar cuenta o que se pasaba por alto.

—Sí, claro —asintió Larry—. Es muy fácil: si éste es el mejor de todos los mundos posibles, ¿por qué hay tantos sufrimientos, sufrimientos innecesarios, si existe un Creador benevolente y todopoderoso, como tantos millones de seres han creído, creen y creerán en el futuro, sin duda? ¿Y cómo explicas la existencia del mal? —Larry sonrió—. Y tú encontraste la respuesta a todo esto, ¿eh? Como quien prepara un martini.

—Tampoco hace falta que te pongas así —dijo Allison con altivez—. Bueno, *es* sencillo y no soy la única que lo ha descubierto, aunque es obvio que soy la única en *este* mundo...

—De acuerdo —cortó Larry—. Me guardaré las objeciones hasta que me digas cómo lo hiciste.

—Gracias, querido. Vas comprendiendo, ¿te das cuenta? Aunque no estés de acuerdo conmigo en todo... Bien, se haría muy aburrido, estoy segura. Será mucho más divertido si he de esforzarme por convencerte... Oh, no seas impaciente, todo llegará.

—Gracias.

—Es sencillo, como lo del huevo y la gallina, en cuanto le pillas el truco. La razón por la que tanto el Creador benevolente como la teoría del *Mejor de todos los mundos posibles* no parecen convincentes estriba en que empezamos con una suposición injustificada: que éste es el *único* mundo. Supón que probamos un nuevo enfoque: imagínate un Creador de infinito poder. Un ser semejante podría crear infinitos mundos..., o al menos, un número tan elevado como para que nos pareciera infinito.

»Si das eso por sentado, todo lo demás adquiere sentido. El Creador puso fuerzas en movimiento. Creó mundos diferentes para cada ser humano existente; cada uno existe para un solo ser humano. Es un artista, pero Él aplica la economía de medios, de modo que temas, acontecimientos y motivos se repiten de mundo en mundo.

—Oh, empiezo a adivinar adónde diriges tus tiros —replicó Larry con suavidad—. En algunos mundos, Napoleón ganó la batalla de Waterloo..., si bien sólo en su propio mundo le salieron bien las cosas. En éste, perdió...

—No estoy segura de si Napoleón existió en mi mundo —dijo Allison en tono pensativo—. Me parece que es un simple nombre en los anales, aunque alguna persona semejante existió en otros mundos. En el mío, Hitler fue derrotado. Roosevelt murió... Me supo mal, aunque no lo conocía, y tampoco era muy real; ambos eran imágenes llegadas del mundo de otras personas...

—Muy bien. Todo te salió a las mil maravillas, durante toda tu vida, ¿verdad? Nunca estuviste enferma, ni te sentiste herida o hambrienta...

—Más o menos —asintió la joven—. He sufrido algunos contratiempos y frustraciones, pero nada realmente..., bien, realmente doloroso. He conseguido todo lo que deseaba y logrado comprender cosas importantes, gracias a que todo el mundo ha aportado su granito de arena en ese sentido. Ya ves, Larry, la lógica es perfecta; todo lo deduje de las pruebas. No hay otra respuesta que se sostenga.

—¿Qué importa lo que yo piense? —sonrió Larry—. No vas a cambiar de opinión.

Larry contempló el edificio con notable desagrado.

—¿Eso es una casa? —murmuró por fin.

Los ojos de Allison bailaron de alegría cuando la joven alzó la vista hacia la gran mansión.

—Perdón, querido. ¿Qué has dicho?

La casa era inmensa..., y supermoderna, como la pesadilla de un pastelero. Grandes columnas, conectadas mediante barras de hierro y contrafuertes inclinados, se elevaban hacia el cielo. Las habitaciones estaban colocadas unas sobre otras como cajas de zapatos, cada una en un ángulo diferente. Todo el edificio estaba coronado por una especie de tejas metálicas brillantes, de un espeluznante amarillo mantequilla. La casa relumbraba y centelleaba bajo el sol de la mañana.

—¿Qué..., qué son esas cosas? —Larry indicaba unas horrísonas plantas que trepaban por los costados irregulares de la casa—. ¿Es preciso que estén ahí?

Allison parpadeó y frunció el ceño levemente.

—¿Qué has dicho, querido? ¿Te refieres a las buganvillas? Son plantas muy exóticas. Las traen del sur del Pacífico.

—¿Para qué sirven? ¿Para impedir que la casa se desplome como un castillo de naipes?

La sonrisa de Allison se desvaneció. Enarcó una ceja.

—Querido, ¿te encuentras bien? ¿Te molesta algo?

Larry retrocedió hacia el coche.

—Volvamos a la ciudad. Tengo hambre.

—De acuerdo —dijo Allison, mirándole de una forma extraña—. De acuerdo, volvamos.

Aquella noche, después de cenar, Larry parecía taciturno y abúlico.

—Vamos al Wind-Up —dijo de repente—. Me apetece ver algo conocido, para variar.

—¿Qué quieres decir?

Larry indicó con un movimiento de cabeza el carísimo restaurante del que acababan de salir.

—Todas esas luces extravagantes, camareros uniformados bajitos susurrándote al oído. En francés.

—Si quieres pedir algunos platos has de saber un poco de francés —sentenció Allison. Frunció los labios, irritada—. Larry, me estás intrigando. Tu reacción al ver la casa, las cosas extrañas que dijiste...

—Verla me provocó una crisis de locura temporal.

Larry se encogió de hombros.

—Bien, espero que te recuperes.

—Me voy recuperando a cada minuto que pasa.

Fueron al Wind-Up. Allison cruzó el umbral. Larry se detuvo para encender un cigarrillo. El querido Wind-Up; verlo ya le hacía sentirse mejor. Caluroso, oscuro, ruidoso, el sonido de la orquesta de dixieland en la parte trasera.

Recobró los ánimos. La paz y la comodidad de un buen bar cutre. Suspiró y empujó la puerta.

Y se quedó petrificado, sin dar crédito a sus ojos.

El Wind-Up había cambiado. Estaba bien iluminado. En lugar de Max, el camarero, había camareras sirviendo con inmaculados uniformes blancos. El local estaba atestado de mujeres bien vestidas, que charlaban y bebían combinados. Y en la parte trasera había una falsa orquesta de gitanos. Un patán de pelo largo, disfrazado para la ocasión, torturaba un violín.

—¡Vamos! —le apremió Allison, impaciente—. Estás llamando la atención, parado ahí en la puerta.

Larry contempló durante largo rato la orquesta gitana de imitación, a las emperifolladas camareras, a las mujeres que cotorreaban, las luces de neón. Se sentía atontado, sin fuerzas.

—¿Qué pasa? —Allison le agarró por el brazo, malhumorada—. ¿Qué te ocurre?

—¿Qué..., qué ha sucedido? —Larry señaló con un débil gesto de la mano el interior del local—. ¿Ha ocurrido un accidente?

—Ah, esto. Olvidé decírtelo. Hablé con el señor O'Mallery sobre ello. Antes que nos encontráramos anoche.

—¿El señor O'Mallery?

—Es el propietario del edificio. Somos viejos amigos. Le indiqué lo..., lo sucio y deprimente que se estaba poniendo el local. Comenté los cambios que sería preciso introducir.

Larry salió a la acera. Aplastó el cigarrillo con el tacón del zapato y hundió las manos en los bolsillos.

Allison corrió tras él, con las mejillas rojas de indignación.

—¡Larry! ¿Adónde vas?

—Buenas noches.

—¿Buenas noches? —La joven le miró con estupefacción—. ¿Qué quieres decir?

—Que me voy.

—¿Te vas adónde?

—Lejos. A mi casa. Al parque. A cualquier sitio.

Larry se puso a caminar, con la espalda encorvada y las manos en los bolsillos.

Allison corrió y se plantó frente a él, presa de cólera.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Claro. Te dejo. Hemos terminado. Bien, fue bonito mientras duró. Ya nos veremos.

Los dos puntos rojos que cubrían las mejillas de Allison brillaron como carbones incandescentes.

—Espera un momento, señor Brewster. Me parece que has olvidado algo.

Su voz era dura e hiriente.

—¿He olvidado algo? ¿Como qué?

—No *puedes* irte; no puedes dejarme tirada.

—¿No puedo?

Larry enarcó una ceja.

—Creo que deberías reconsiderarlo, ahora que aún tienes tiempo.

—No te entiendo —bostezó Larry—. Creo que volveré a mi casa de tres habitaciones y me meteré en la cama. Estoy cansado.

Pasó por delante de la joven.

—¿Te has olvidado? —le espetó Allison—. ¿Has olvidado que no eres *completamente real*? ¿Que sólo existes como parte de mi mundo?

—¡Santo Dios! ¿Vas a empezar el rollo otra vez?

—Será mejor que lo pienses antes de irte. Existes para hacerme feliz, señor Brewster. Este es *mi* mundo, recuérdalo. Es posible que en el tuyo las cosas sean diferentes, pero éste es *mi* mundo. Y en mi mundo sucede lo que *yo* digo.

—Hasta la vista —dijo Larry Brewster.

—¿Todavía..., todavía insistes en marcharte?

Larry Brewster meneó la cabeza lentamente.

—No —dijo—. En realidad, no. He cambiado de idea. Me causas demasiados problemas. *La que se marcha eres tú*.

Y mientras hablaba, un globo de luz radiante rodeó suavemente a Allison Holmes y la envolvió en su brillante aura de esplendor. El globo luminoso se elevó, transportando por los aires a la señorita Holmes, alzándola sin el menor esfuerzo sobre los edificios, hacia el cielo del anochecer.

Larry Brewster contempló con calma como el globo luminoso se llevaba a la señorita Holmes. No se sorprendió al ver que la joven se desvanecía y difuminaba gradualmente..., hasta que de repente desapareció por completo.

Apenas un débil resplandor en el cielo. Allison Holmes se había marchado.

Larry Brewster permaneció inmóvil durante largo rato, inmerso en sus pensamientos, acariciándose el mentón con aire pensativo. Echaría de menos a Allison. En ciertos aspectos le gustaba; había significado una diversión temporal. Bien, ahora se había ido. En este mundo, Allison Holmes no había sido completamente real. Lo que Larry había conocido, lo que él llamaba «Allison Holmes», no era más que una apariencia parcial de la joven.

Después, recordó un detalle: cuando el globo de luz radiante se la llevó, vislumbró algo... Vislumbró, tras ella, un mundo diferente, obviamente *su* mundo, su mundo real, el mundo que la joven deseaba. Los edificios eran inquietantemente familiares; aún se acordaba de la casa...

Por tanto... Allison había sido real, después de todo... Existió en el mundo de Larry, hasta que llegó el momento de ser transportada al suyo. ¿Encontraría en él a otro Larry Brewster..., uno que le fuera como anillo al dedo? El pensamiento le produjo un escalofrío.

De hecho, toda la experiencia había sido un poco desconcertante.

—Me pregunto por qué —murmuró en voz baja.

Recordó otros acontecimientos desagradables que, sin embargo, le habían ocasionado grandes satisfacciones, experiencias que no habría saboreado sin ellos.

—Bueno —suspiró—, no hay mal que por bien no venga.

Se puso a caminar con parsimonia, con las manos en los bolsillos, echando un vistazo al cielo de vez en cuando, como si quisiera asegurarse...

UNA INCURSIÓN EN LA SUPERFICIE

Harl salió del tercer nivel y tomó el metro que se dirigía al norte. El tren le condujo a toda velocidad hacia el quinto nivel, dejando atrás una gran burbuja de empalme. Harl lanzó una furtiva y emocionada mirada a la gente

y a los orificios de salida, una compleja maraña de negocios a medio concluir y de confusión.

Una vez pasada la burbuja se halló cerca de su destino, el inmenso e industrial quinto nivel, que se desparramaba bajo todo lo demás como un gigantesco pulpo cubierto de hollín que habitaba en el desorden de la noche.

El reluciente ferrocarril le escupió y continuó su camino, desapareciendo en el túnel. Harl saltó con agilidad sobre la cinta rodante y consiguió permanecer de pie sin perder el equilibrio, oscilando con pericia de un lado a otro.

Pocos minutos después llegó a la entrada del despacho de su padre. Harl levantó la mano y la puerta codificada se abrió. Entró mientras sentía que el corazón se le aceleraba de excitación. El momento había llegado.

Edward Boynton se encontraba en el departamento de planificación, estudiando el diseño de un nuevo taladro robot, cuando le informaron que su hijo había entrado en la oficina principal.

—Vuelvo en seguida —dijo.

Se abrió paso entre sus asesores políticos y subió por la rampa hasta su despacho.

—Hola, papá —exclamó Harl, enderezando la espalda. Padre e hijo intercambiaron un apretón de manos. Después, Harl se sentó—. ¿Cómo va todo? Supongo que me esperabas.

Edward Boynton tomó asiento detrás de su escritorio.

—¿Qué quieres? Ya sabes que estoy muy ocupado.

Harl dirigió una tímida sonrisa a su padre. Edward Boynton, ataviado con su uniforme color pardo de planificador industrial, era mucho más alto que su hijo. Era un hombre gigantesco, de espaldas anchas y espeso cabello rubio. Devolvió la mirada a su hijo con sus ojos azules, fríos y duros.

—He venido a solicitar cierta información. —Harl paseó la mirada por la habitación, inquieto—. No hay micrófonos en tu despacho, ¿verdad?

—Por supuesto que no —le aseguró su padre.

—¿Ni pantallas ocultas? —Harl se relajó un poco—. Me he enterado que vas a subir a la superficie dentro de poco con algunos miembros de tu departamento. —Harl se inclinó hacia su padre—. Van a la superficie... a buscar monos.

—¿Quién te ha dicho eso? —El rostro de Ed Boynton se ensombreció—. Si alguien de este departamento...

—No —se apresuró a negar Harl—. Nadie me ha informado. Obtuve la información por mis propios medios, gracias a mis actividades educativas.

Ed Boynton empezó a comprender.

—Ya entiendo. Estabas experimentando con interceptores, irrumpiendo en los canales confidenciales. Tal como enseñan en comunicaciones.

—Exacto. Intercepté una conversación relativa a la incursión, entre tú y Robin Turner.

La atmósfera que reinaba en la habitación adquirió una mayor cordialidad. Ed Boynton se relajó y se reclinó en la silla.

—Continúa —le apremió.

—Fue pura casualidad. Había interferido ya diez o doce canales, sin pararme más de un segundo en cada uno de ellos. Utilizaba el equipo de la Joven Liga. De pronto, reconocí tu voz, así que me dediqué a escuchar toda la conversación.

—Por tanto, te enteraste de casi todo.

Harl asintió con la cabeza.

—¿Cuándo vas a subir exactamente, papá? ¿Han fijado ya una fecha?

—No —respondió Ed Boynton, frunciendo el ceño—. No lo he hecho. Será en algún momento de esta semana. Casi todo está dispuesto.

—¿Cuántos van a ir?

—Tomaremos una nave nodriza y unos treinta huevos. Todos de este departamento.

—¿Treinta huevos? Sesenta o setenta hombres.

—Exacto. —Ed Boynton miró con fijeza a su hijo—. No será una incursión muy importante. Nada que pueda compararse con las impulsadas en los últimos años por el Directorio.

—Pero bastante importante para un solo departamento.

—Ve con cuidado, Harl. —Los ojos de Ed Boynton destellaron—. Si esta conversación oída por casualidad se difunde...

—Lo sé. Desconecté la grabadora en cuanto reparé en el tema de vuestra conversación. Sé lo que ocurriría si llegara a oídos del Directorio que un departamento iba a emprender una incursión sin la debida autorización..., en pro de sus propias fábricas.

—Me pregunto si realmente comprendes la envergadura de nuestro plan.

—Una nave nodriza y treinta huevos —exclamó Harl, sin hacer caso de la observación—. ¿Permanecerán en la superficie durante unas cuarenta horas?

—Más o menos. Depende de la suerte que tengamos.

—¿Cuántos monos piensan atrapar?

—Necesitamos, al menos, una docena.

—¿Machos?

—La mayoría. Algunas hembras, pero sobre todo machos.

—Supongo que para las unidades de la industria básica. —Harl se enderezó—. En ese caso, de acuerdo. Ahora que ya sé más sobre la incursión, puedo volver a mis asuntos.

Miró fijamente a su padre.

—¿Asuntos? —Boynton levantó la vista al instante—. ¿A qué te refieres, en concreto?

—Al motivo de haber venido a verte. —Harl se inclinó hacia su padre. Habló con voz cortante y vehemente—. Te acompañaré en la incursión. Quiero ir..., y atrapar algunos monos.

Se produjo un momento de estupefacto silencio. Después, Ed Boynton lanzó una carcajada.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué sabes *tú* sobre los monos?

La puerta se abrió. Robin Turner entró a toda prisa en el despacho y se reunió con Boynton detrás del escritorio.

—No puede ir —afirmó Turner—. Multiplicaría por diez el porcentaje de riesgo.

—Por lo visto, sí *había* un micrófono —dijo Harl, levantando la vista.

—Por supuesto. Turner siempre está a la escucha. —Ed Boynton movió la cabeza contemplando a su hijo con aire pensativo—. ¿Por qué quieres acompañarnos?

—Eso es cosa mía —replicó Harl, apretando los dientes.

—Inmadurez emocional —afirmó con voz rasposa Turner—. Un adolescente subracional que anhela aventuras y emociones. Todavía quedan

algunos como él, incapaces de desprenderse de la vieja mentalidad. Después de doscientos años, se podría pensar...

—¿Se trata de eso? —interrumpió Boynton—. ¿Te domina algún deseo no adulto de subir a ver la superficie?

—Tal vez —admitió Harl, enrojeciendo un poco.

—No puedes venir —dijo Ed Boynton, tajante—. Es demasiado peligroso. No subimos para vivir aventuras románticas. Es un trabajo... Un trabajo desagradable, duro, arduo. Los monos se están volviendo cautelosos. Cada vez se hace más difícil bajar un cargamento. No podemos arriesgar nuestros huevos en tonterías románticas...

—Sé que cada vez es más difícil —dijo Harl—. No tienes que convencerme que es casi imposible reunir todo un cargamento. —Harl miró desafiador a Turner y a su padre. Escogió sus palabras con mucho cuidado—. Y sé que por eso el Directorio considera las incursiones privadas un crimen grave contra el Estado.

Silencio.

Por fin, Ed Boynton suspiró. Un brillo de admiración iluminaba sus ojos. Miró a su hijo lentamente de arriba abajo.

—De acuerdo, Harl. Tú ganas.

Turner no dijo nada. La expresión de su rostro era severa.

Harl se puso en pie al instante.

—En ese caso, todo está solucionado. Volveré a mis aposentos para prepararme. Avísame en cuanto esté todo dispuesto. Me reuniré con ustedes en la plataforma de lanzamiento del primer nivel.

Su padre sacudió la cabeza.

—No partiremos del primer nivel. Es demasiado arriesgado. —Su voz era grave—. Demasiados guardias del Directorio pululan por los alrededores. Tenemos la nave aquí, en el quinto nivel, oculta en un almacén.

—¿Dónde nos encontraremos, pues?

—Ya te lo comunicaremos. —Ed Boynton se levantó poco a poco—. Pronto, Harl, te lo prometo. Dentro de dos períodos, como máximo. Quédate en tus alojamientos profesionales.

—La superficie está completamente fría, ¿verdad? —preguntó Harl—. ¿Ya no quedan zonas radiactivas?

—Está fría desde hace cincuenta años —le aseguró su padre.

—No necesitaré escudo antirradiactivo —dijo Harl—. Una cosa más, papá. ¿Qué idioma emplearemos? ¿Podremos hablar nuestro habitual...?

—No. Los monos nunca han llegado a dominar ninguno de los sistemas semánticos racionales. Tendremos que adoptar las antiguas formas tradicionales.

—No conozco ninguna forma tradicional. —El rostro de Harl se ensombreció—. Ya no se enseñan.

—No importa. —Ed Boynton se encogió de hombros.

—Y respecto a sus defensas, ¿qué armas llevaremos? ¿Bastarán una pantalla y un rifle desintegrador?

—Sólo la pantalla es de vital importancia —dijo Boynton—. En cuanto los monos nos ven se dispersan en todas direcciones. Salen corriendo nada más vernos.

—Estupendo —dijo Harl—. Comprobaré mi pantalla. —Se encaminó hacia la puerta—. Volveré al tercer nivel. Esperaré vuestra señal. Tendré el equipo preparado.

—De acuerdo —dijo Ed Boynton.

Los dos hombres vieron como la puerta se cerraba detrás del muchacho.

—Un chico estupendo —murmuró Turner.

—Después de todo, haremos algo de él —musitó Ed Boynton—. Llegará lejos. —Se acarició el mentón con aire pensativo—. Me pregunto cómo se comportará en la superficie durante la incursión.

Harl se reunió con el líder de su grupo en el tercer nivel, una hora después de abandonar el despacho de su padre.

—Entonces, ¿todo está dispuesto? —preguntó Fashold, levantando la vista de sus informes filmados.

—Todo dispuesto. Me avisarán en cuanto la nave esté preparada.

—A propósito. —Fashold dejó sobre la mesa los filmes y apartó la pantalla—. He averiguado algo sobre los monos. Como líder de la Joven Liga tengo acceso a los archivos del Directorio. He averiguado algo que casi nadie sabe.

—¿De qué se trata? —preguntó Harl.

—Harl, existe una conexión entre los monos y nosotros. Son de una especie diferente, pero nos une un estrecho vínculo.

—Continúa —le apremió Harl.

—En un tiempo sólo existió una especie: los monos. Su nombre completo es *homo sapiens.* Descendemos de ellos. Somos mutantes bio-genéticos. El cambio se produjo durante la Tercera Guerra Mundial, hace dos siglos y medio. Hasta aquel momento no existían *tecnos.*

—¿Tecnos?

—Así nos llamaron al principio —sonrió Fashold—. Cuando no nos consideraban una raza diferente, sino una clase aparte. *Tecnos.* Así nos llamaban. Siempre se referían a nosotros con este término.

—Pero, ¿por qué? Es un nombre extraño. ¿Por qué *tecnos,* Fashold?

—Porque los primeros mutantes aparecieron entre las clases tecnocráticas y se extendieron poco a poco entre todas las clases cultas. Aparecieron entre científicos, eruditos, trabajadores especializados, grupos cualificados, en todas las diversas clases con alguna especialización.

—Y los monos no se dieron cuenta de...

—Nos consideraban una clase más, como ya te he dicho. Eso fue durante la Tercera Guerra Mundial, y después. Tuvimos que esperar hasta la Guerra Final para que se nos reconociera como profunda e indiscutiblemente diferentes. Se hizo evidente que no éramos otra rama especializada del *homo sapiens,* otra clase de hombres más cultos que el resto, dotados de capacidades intelectuales superiores.

La mirada de Fashold se perdió en la lejanía.

—Durante la Guerra Final salimos a la luz y nos mostramos como lo que en realidad éramos: una especie superior que iba a sustituir al *homo sapiens,* como el *homo sapiens* había sustituido al hombre de Neanderthal.

Harl reflexionó sobre las palabras de Fashold.

—No sabía que existía un vínculo tan íntimo entre ellos y nosotros. No tenía ni idea que aparecimos tan tarde.

—Ocurrió hace sólo dos siglos, durante la guerra que asoló la superficie del planeta. La mayoría trabajábamos en grandes laboratorios y fábricas subterráneas, bajo diferentes cordilleras; los Urales, los Alpes y las Montañas Rocosas. Vivíamos bajo tierra, bajo kilómetros y kilómetros de

roca, tierra y arcilla. Y el *homo sapiens* peleaba en la superficie con las armas que nosotros inventábamos.

—Empiezo a comprender. Inventamos las armas para que ellos combatieran. Utilizaron nuestras armas sin comprender...

—Nosotros las inventamos y los monos las emplearon para destruirse a sí mismos —le interrumpió Fashold—. Es la ley de la naturaleza, la eliminación de una especie y la aparición de otra. Nosotros les dimos las armas y ellos se destruyeron a sí mismos. Cuando la guerra terminó la superficie estaba arrasada; sólo quedaron cenizas, cristales de hidrógeno y nubes radiactivas.

»Enviamos patrullas de exploradores desde nuestros laboratorios subterráneos, y sólo encontraron un yermo silencioso y estéril. Había ocurrido. Desaparecieron borrados de la faz de la Tierra. Y nosotros ocupamos su lugar.

—No murieron todos —puntualizó Harl—. Todavía quedan muchos en la superficie.

—Es cierto —admitió Fashold—. Algunos sobrevivieron, dispersos y aislados. Poco a poco, a medida que la superficie se iba enfriando, empezaron a reorganizarse, agruparse y construir pequeños pueblos y cabañas. Sí, e incluso limpiaron parte de la tierra. Plantaron y cultivaron, pero no son más que reminiscencias de una raza agonizante, casi extinta, como el Neanderthal.

—Así que ahora no existe nada, excepto machos y hembras sin casa.

—Existen algunos pueblos dispersos, en los puntos de la superficie que lograron limpiar, pero han retrocedido a un estadio de salvajismo. Viven como animales, se cubren con pieles y cazan con piedras y lanzas. Se han convertido casi en bestias que no ofrecen una resistencia organizada cuando atacamos sus pueblos para bajarlos a nuestras fábricas.

—Entonces, nosotros...

Harl se interrumpió al oír un débil timbrazo. Se volvió, anonadado por su descubrimiento, y conectó el videófono.

El rostro de su padre, duro y grave, se formó en la pantalla.

—Ya está, Harl —dijo—. Todo listo.

—¿Tan pronto? Pero...

—Hemos adelantado la hora. Baja a mi oficina.

La imagen se difuminó y desapareció. Harl no se movió.

—Deben estar preocupados —sonrió Fashold—. Por lo visto, tenían miedo que revelaras la información.

—Estoy dispuesto —dijo Harl. Tomó de la mesa su rifle desintegrador—. ¿Qué aspecto tengo?

Harl tenía un aspecto espléndido e impresionante con su uniforme de comunicaciones plateado. Se había puesto pesadas botas militares y guantes. Aferró en una mano el rifle desintegrador. Se ceñía la cintura con el cinturón de control protector.

—¿Qué es eso? —preguntó Fashold cuando Harl se colocó sobre los ojos unas gafas oscuras.

—¿Esto? Son para el sol.

—Claro... Para el sol. Me había olvidado.

Harl acunó su arma y la balanceó con pericia.

—El sol me cegaría. Las gafas me protegen los ojos. La pantalla, el fusil y las gafas me serán de gran ayuda en la superficie.

—Eso espero. —Fashold, sin dejar de sonreír, le dio una palmada en la espalda cuando Harl se dirigió hacia la puerta—. Trae un buen montón de monos. Haz un buen trabajo..., ¡y no te olvides de incluir una hembra!

La nave nodriza, una maciza lágrima negra, salió poco a poco del almacén, dispuesta sobre la plataforma de elevación. Las cerraduras de las portillas se abrieron y se encajaron rampas en los huecos. Pertrechos y material ascendieron al instante y se introdujeron en las entrañas de la nave.

—Casi a punto —dijo Turner. Su rostro se crispó de nerviosismo mientras contemplaba desde las ventanillas de observación las rampas de carga—. Confío en que todo salga bien. Si el Directorio se enterase...

—¡Deja de preocuparte! —le ordenó Ed Boynton—. Has elegido un mal momento para perder el control sobre tus impulsos talámicos.

—Lo siento.

Turner apretó los labios y se apartó de las ventanillas. La plataforma de elevación estaba preparada para subir.

—Empecemos —le apremió Boynton—. ¿Has apostado hombres de tu departamento en cada nivel?

—Sólo habrá hombres del departamento cerca de la plataforma —replicó Turner.

—¿Dónde está el resto de la tripulación?

—En el primer nivel. Les envié arriba durante el día.

—Muy bien.

Boynton dio la señal y la plataforma que sostenía la nave empezó a subir poco a poco y a elevarles con firmeza hacia el nivel superior.

Harl miraba por las ventanillas de observación. El quinto nivel quedó bajo sus pies y apareció el cuarto, el enorme centro comercial del complejo subterráneo.

—No tardaremos mucho —dijo Ed Boynton cuando el cuarto nivel quedó atrás—. Hasta el momento, todo va bien.

—¿Por dónde saldremos? —quiso saber Harl.

—En los últimos tiempos de la guerra nuestras diversas estructuras subterráneas estaban conectadas mediante túneles. Esa red original formó la base de nuestro actual sistema. Saldremos por una de las entradas primitivas, situada en la cordillera llamada «los Alpes».

—Los Alpes —murmuró Harl.

—Sí, en Europa. Tenemos mapas de la superficie que indican los pueblos que habitan los monos de esa región. Hay un gran número de pueblos al norte y al noreste, en lo que había sido Dinamarca y Alemania. Nunca los habíamos atacado. Los monos han conseguido limpiar la escoria de varios cientos de hectáreas de la región, y parece que poco a poco van recuperando la mayor parte de Europa.

—¿Por qué, papá? —preguntó Harl.

—No lo sé. —Ed Boynton se encogió de hombros—. No da la impresión que se hayan impuesto un objetivo concreto. De hecho, no dan muestras de haber abandonado su estado salvaje. Todas sus tradiciones se perdieron; libros, discos, inventos y técnicas. Si me preguntas... —Se interrumpió con brusquedad—. Ahí está el tercer nivel. Estamos a punto de llegar.

La enorme nave nodriza flotó lentamente sobre la superficie del planeta. Harl se asomó a la ventanilla, asombrado por el espectáculo que presenciaba.

Librodot

Una costra de escoria recubría la superficie de la Tierra; una capa interminable de roca ennegrecida. Tan sólo algunas colinas dispersas, cubiertas de ceniza, y algunos matorrales que crecían cerca de sus cumbres rompían la monotonía del sedimento mineral. Grandes nubes de ceniza, que oscurecían el sol, flotaban en el cielo, pero no se divisaba ningún ser vivo. La superficie de la Tierra estaba muerta y estéril, sin la menor señal de vida.

—¿Todo es así? —preguntó Harl.

Ed Boynton negó con la cabeza.

—Todo no. Los monos han hecho productivo parte del terreno. —Tomó a su hijo por el brazo y señaló con el dedo—. ¿Ves allí? Han limpiado una gran parte.

—¿Cómo eliminan la escoria? —preguntó Harl.

—Es duro —admitió su padre—. Está fundida, como obsidiana, vidrio hidrogenado, como consecuencia de las bombas de hidrógeno. La quitan trozo a trozo, año tras año. Con las manos, con piedras, con las hachas que fabrican del propio cristal.

—¿Por qué no inventan mejores herramientas?

—Ya sabes la respuesta —sonrió Ed Boynton con ironía—. *Nosotros* inventamos sus herramientas, sus herramientas, armas y aparatos, durante cientos de años.

—Vamos a aterrizar —avisó Turner.

La nave se posó sobre la superficie de escoria. La roca ennegrecida retumbó por un momento bajo ellos. Después, se hizo el silencio.

—Hemos aterrizado —dijo Turner.

Ed Boynton examinó el mapa de superficie e introdujo los datos en la computadora.

—De momento, enviaremos tres huevos. Si no tenemos suerte en este paraje, volaremos más hacia el norte, pero confío en que todo vaya bien. Nunca habíamos explorado en esta zona.

—¿Qué terreno cubrirán los huevos? —inquirió Turner.

—Los huevos se abrirán en abanico. Cada uno se ocupará de una zona diferente. Nuestro huevo avanzará hacia la derecha. Si tenemos éxito, regresaremos a la nave cuanto antes. De lo contrario, nos quedaremos hasta que anochezca.

—¿Hasta que anochezca? —se extrañó Harl.

—Hasta que oscurezca —sonrió Ed Boynton—. Hasta que el sol no ilumine esta parte del planeta.

—Vamos —dijo Turner, impaciente.

Las portillas se abrieron. Los primeros huevos se posaron con rapidez sobre la escoria; sus ruedas se hundieron en la resbaladiza superficie. Salieron uno a uno del casco negro de la nave nodriza. Eran esferas diminutas, provistas en la parte trasera de tubos por los que brotaba el chorro del motor a reacción, y de torretas de control en la parte delantera. Se alejaron a toda velocidad por la escoria y desaparecieron.

—El siguiente es el nuestro —anunció Ed Boynton.

Harl asintió y aferró su rifle desintegrador. Se protegió los ojos con las gafas oscuras. Turner y Boynton hicieron lo mismo. Entraron en el huevo y Boynton se sentó ante los controles.

Un momento después salieron disparados de la nave hacia la lisa superficie del planeta.

Harl miró afuera. Sólo vio escoria por todas partes. Escoria y nubes flotantes de ceniza.

—Es deprimente —murmuró—. El sol me quema los ojos, a pesar de las gafas oscuras.

—No lo mires —le advirtió Ed Boynton—. Aparta la vista de él.

—No puedo evitarlo. Es tan... extraño.

Ed Boynton gruñó y aumentó la velocidad del huevo. Divisaron algo a lo lejos. Dirigió el huevo hacia aquel punto.

—¿Qué es eso? —preguntó Turner, alarmado.

—Árboles —contestó Boynton, en tono tranquilizador—. Un grupo de árboles. Indican el fin de la escoria. Después, encontraremos una extensión de ceniza, y luego campos plantados por los monos.

Boynton condujo el huevo hacia el borde de la zona de escoria. Se detuvo en el punto donde comenzaba el bosque, apagó los reactores e inmovilizó las ruedas. Harl, Turner y él salieron con cautela, con las armas dispuestas.

Nada se movía. Sólo había silencio, y la interminable superficie de escoria. Entre las nubes de ceniza se veía el cielo, de un color azul verdoso pálido. Algunas nubes de humedad flotaban junto con las de ceniza. El aire olía bien. Era ligero y fresco, y el sol enviaba un agradable calor.

—Conecten las pantallas —ordenó Ed Boynton.

Dio un pequeño golpe al interruptor del cinturón y su pantalla zumbó en torno suyo. La silueta de Boynton se empañó, onduló y se difuminó. Titiló..., y desapareció.

Turner se apresuró a imitarle.

—Bien. —La voz de Boynton surgió de un óvalo resplandeciente situado a la derecha de Harl—. Tú eres el siguiente.

Harl conectó su pantalla. Un extraño fuego frío le envolvió durante un instante de pies a cabeza y le bañó de chispas. Después, su cuerpo también se difuminó y desapareció. Las pantallas funcionaban perfectamente.

En los oídos de Harl sonó un débil chasquido que le reveló la presencia de los otros dos.

—Les oigo —dijo Harl—. Mis auriculares captan vuestras pantallas.

—No te alejes —le previno Ed Boynton—. Manténte cerca de nosotros y presta atención a los chasquidos. Es peligroso separarse en la superficie.

Harl avanzó con cautela. Los otros dos caminaban a su derecha, a unos metros de distancia. Cruzaban un campo amarillo seco, invadido por alguna variedad de plantas. Tenían tallos largos que se quebraban y crujían al ser pisadas. Harl iba dejando un rastro de vegetación rota. Veía los rastros parecidos que su padre y Turner dejaban a su paso.

De pronto, no tuvo otro remedio que separarse de Turner y de su padre. Frente a Harl se erguía la silueta de un pueblo habitado por monos. Las cabañas estaban hechas de ciertas fibras vegetales, amontonadas sobre armazones de madera. Vio los contornos borrosos de animales atados a las cabañas. Árboles y plantas rodeaban la aldea; distinguió las formas en movimiento de gente, y oyó sus voces.

Gente: monos. Su corazón se aceleró. Si tenía suerte podría capturar tres o cuatro y entregarlos a la Joven Liga. Se sintió de súbito confiado y valeroso. No sería difícil. Campos sembrados, animales atados, cabañas desvencijadas en precario equilibrio...

A medida que Harl avanzaba, el olor a excrementos, mezclado con el calor del atardecer, se le hizo insoportable. Llegaron hasta él gritos y otros

sonidos, productos de una febril actividad humana. El terreno era plano y seco; malas hierbas y plantas crecían por todas partes. Salió del campo amarillo y desembocó en un estrecho sendero, sembrado de excrementos humanos y animales.

Y al final del sendero se hallaba el pueblo.

Los chasquidos que captaba por los auriculares habían ido disminuyendo. En aquel momento desaparecieron por completo. Harl sonrió para sí. Se había apartado de Turner y Boynton, y había roto el contacto con ellos. No tenían ni idea de dónde estaba.

Se desvió a la izquierda y rodeó con cautela el perímetro del pueblo. Pasó junto a una cabaña, y después cerca de un grupo de ellas. A su alrededor se alzaban macizos de árboles verdes y plantas, y frente a él brillaba un riachuelo de orillas inclinadas, cubiertas de musgo.

Una docena de personas se estaban bañando al borde del riachuelo. Los niños saltaban al agua y subían a gatas hacia la orilla.

Harl se detuvo y los contempló estupefacto. Eran de piel oscura, casi negra, de un negro reluciente, cobrizo... Un bronce mezclado con el color de la tierra. ¿Era *tierra*?

De repente, comprendió que los bañistas se habían quemado por culpa del sol constante. Las explosiones de hidrógeno habían atenuado la atmósfera, eliminando casi todas las nubes de humedad, y el sol les había golpeado sin piedad durante doscientos años..., en agudo contraste con su raza. Bajo tierra no había rayos ultravioleta que quemaran la piel o elevaran el nivel de pigmentación. Él y los demás *tecnos* habían perdido el color de la piel. No lo necesitaban para nada en su mundo subterráneo.

En cualquier caso, los bañistas poseían un increíble tono oscuro, un color negro rojizo intenso. Y no llevaban nada encima. Saltaban y brincaban, chapoteando en el agua y tomando el sol en la orilla.

Harl les contempló durante un rato. Niños y tres o cuatro mujeres viejas y enclenques. ¿Servirían? Meneó la cabeza y dio la vuelta al riachuelo con suma precaución.

Continuó avanzando lenta y cautelosamente entre las cabañas, mirando en torno suyo con el arma preparada.

Una débil brisa acarició su cuerpo, susurrando entre los árboles que se erguían a su derecha. El ruido de los niños que se bañaban se mezcló con el olor a excrementos, el viento y el balanceo de los árboles.

Harl continuó adelante. Era invisible, pero sabía que en cualquier momento le podían descubrir y atrapar gracias a las huellas de pisadas y los sonidos que producía. Y si alguien le atacaba...

Dejó atrás una cabaña y salió a un claro, una zona llana de tierra pisoteada. Un perro dormía a la sombra de la cabaña; las moscas revoloteaban sobre sus descarnados flancos. Una anciana estaba sentada en el porche de la rudimentaria vivienda, peinando su largo cabello gris con un peine de hueso.

Harl se deslizó por su lado. Un grupo de jóvenes se hallaban de pie en el centro del claro. Hacían gestos y hablaban entre sí. Algunos sacaban brillo a sus armas, lanzas largas y cuchillos de una inconcebible tosquedad. Un animal muerto, una bestia enorme de largos y relucientes colmillos y espeso pelaje, yacía en tierra. De su boca manaba sangre, sangre espesa y oscura. Uno de los jóvenes se volvió de súbito..., y la golpeó con el pie.

Harl se acercó a los jóvenes y se detuvo. Iban vestidos con prendas de tela, una especie de pantalones largos y camisa. La parte superior del pie iba al descubierto, pues en lugar de zapatos se calzaban con sandalias de fibra vegetal apenas entretejida. Iban afeitados, y su piel, casi tan negra como el ébano, brillaba. Se habían subido las mangas, dejando al descubierto abultados y relucientes músculos, perlados de sudor.

Harl no entendió lo que decían, pero estaba seguro que hablaban una lengua tradicional arcaica.

Pasó de largo. Un grupo de ancianos estaban sentados con las piernas cruzadas al otro lado del claro, formando un círculo y trenzando una áspera tela en toscos armazones. Harl les contempló en silencio durante un rato. Hablaban ruidosamente. Cada hombre estaba inclinado sobre su armazón, concentrado en el trabajo.

Detrás de la hilera de cabañas algunos jóvenes de ambos sexos araban un campo, arrastrando el arado mediante cuerdas atadas a sus cinturas y hombros.

Harl siguió deambulando, fascinado. Todo el mundo se dedicaba a alguna actividad..., excepto el perro dormido bajo la cabaña. Los jóvenes pulían sus lanzas, la anciana sentada frente a la cabaña se peinaba y los viejos tejían.

En un rincón, una voluminosa mujer enseñaba a un niño lo que parecía ser un juego de sumar y restar, utilizando palitos en lugar de números. Dos hombres se dedicaban a despellejar a un pequeño animal peludo, quitando el pellejo con sumo cuidado.

Harl pasó ante un muro de pieles colgadas al sol para secarse. El hedor irritó su olfato y le provocó deseos de estornudar. Dejó atrás a un grupo de niños que molían grano en una piedra ahuecada que convertía el grano en harina. Ninguno de ellos levantó la vista cuando pasó.

Algunos animales estaban atados juntos. Algunos, grandes bestias de enormes ubres, yacían a la sombra. Le miraron en silencio.

Harl llegó al extremo del pueblo y se detuvo. A partir de aquel punto se abrían campos desiertos. A lo largo de un kilómetro y medio se extendían árboles y matorrales, y después seguían incontables kilómetros de escoria.

Volvió sobre sus pasos. A un lado, sentado a la sombra, un joven tallaba un bloque de escoria hidrogenada, cortándolo cuidadosamente con algunas herramientas rudimentarias. Al parecer, fabricaba un arma. Harl contempló los interminables y solemnes golpes que descargaba una y otra vez. La escoria era dura. Un trabajo largo y tedioso.

Continuó paseando. Un grupo de mujeres reparaban flechas rotas. Su cháchara le siguió durante un rato, y deseó poder entenderla. Todo el mundo estaba muy ocupado y se trabajaba con rapidez. Brazos oscuros y brillantes se alzaban y descendían, y el murmullo de voces aumentaba y decrecía de intensidad.

Actividad. Risas. La risa de un niño resonó de pronto en todo el pueblo, y algunas cabezas se volvieron. Harl se inclinó para examinar de cerca la cabeza de un hombre.

Tenía un rostro recio, cabello corto y enmarañado, dientes blancos y parejos. Llevaba brazaletes de cobre en los brazos, que casi rivalizaban con el intenso tono bronceado de la piel. En su pecho desnudo florecían todo tipo de tatuajes, grabados en la carne con pigmentos de colores brillantes.

Harl volvió sobre sus pasos. Pasó junto a la anciana del porche, y se detuvo de nuevo para observarla. Había dejado de peinarse. Ahora, estaba

haciendo una complicada trenza a una niña, manipulando su cabello con destreza. Harl la contempló, fascinado. El trenzado era muy complicado, y dedicó al trabajo mucho tiempo. Los ojos apagados de la anciana estaban fijos en el cabello de la niña, en el detallado dibujo. Sus manos marchitas volaban.

Harl siguió caminando en dirección al riachuelo. Pasó otra vez junto a los niños que se bañaban. Todos habían subido a la orilla y se estaban secando al sol. Así que éstos eran los *monos.* La raza agónica que pronto iba a dejar de existir. Residuos.

Pero no daba la impresión que fuera una raza agonizante. Trabajaban duro, tallando sin cesar la escoria hidrogenada, reparando las flechas, cazando, arando, moliendo grano, tejiendo, peinando...

Se inmovilizó de repente, apoyando el fusil desintegrador en el hombro. Algo se movía frente a él, entre los árboles cercanos al riachuelo. Después, oyó dos voces; un hombre y una mujer que hablaban animadamente.

Harl avanzó con cautela. Dejó atrás un matorral sembrado de flores y escrutó la oscuridad que se extendía entre los árboles.

Un hombre y una mujer estaban sentados al borde del agua, a la sombra oscura de un árbol. El hombre hacía cuencos, dándole forma a la arcilla húmeda que recogía del agua. Sus dedos volaban, rápidos y expertos. Hizo girar los cuencos sobre una plataforma rodante que sostenía entre las rodillas.

Cuando el hombre terminó los cuencos, la mujer se puso a pintarlos con diestros y vigorosos toques de un tosco pincel que brillaba de pigmento rojo.

La mujer era hermosa. Harl la contempló con embelesada admiración. Estaba apoyada contra un árbol, casi inmóvil, sujetando con seguridad cada cuenco mientras lo pintaba. Su cabello negro le colgaba hasta la cintura, cayendo sobre sus hombros y espalda. Todas las líneas de sus facciones, bellamente cinceladas, eran claras y vividas, e inmensos sus ojos oscuros. Examinaba cada cuenco con suma atención, moviendo un poco los labios, y Harl reparó en que sus manos eran pequeñas y delicadas.

Se acercó a ella, moviéndose con cautela. La mujer no le oyó ni levantó la vista. Cada vez más maravillado, se dio cuenta que su cuerpo cobrizo era pequeño y exquisitamente formado, de miembros esbeltos y flexibles. Ella no dio muestras de advertir su presencia.

De repente, el hombre volvió a hablar. La mujer levantó la vista y depositó el cuenco en el suelo. Descansó un minuto, mientras limpiaba su pincel con una hoja. Vestía unos toscos pantalones, largos hasta la rodilla y atados a la cintura con una retorcida cuerda de lino. No llevaba nada más, ni tan siquiera sandalias. Su pecho, iluminado por el sol del atardecer, subía y bajaba rápidamente al compás de su respiración.

El hombre dijo algo más. Al cabo de un momento, la mujer tomó otro cuenco y se puso a pintarlo. Ambos trabajaban con rapidez, en silencio, enfrascados en su trabajo.

Harl examinó los cuencos. Todos eran de un diseño similar. El hombre los producía sin descanso, a partir de rollos de arcilla que iba estirando hacia arriba para formar las paredes. Daba palmadas a la arcilla con las manos mojadas en agua para suavizar y robustecer la superficie. Por fin, los colocaba en filas para que se secaran al sol.

La mujer seleccionaba los cuencos secos y los pintaba.

Harl la contempló. La examinó durante largo rato: la forma en que movía su cuerpo cobrizo, la expresión concentrada de su rostro, los leves movimientos de sus labios y su barbilla. Sus dedos eran esbeltos, exquisitamente ahusados. Sus uñas eran largas, acabadas en punta. Sostenía cada cuenco con cuidado, girándolo con destreza, realizando el dibujo con veloces pinceladas.

La examinó con mayor atención. Pintaba el mismo dibujo en cada cuenco, una y otra vez. Un pájaro, y después un árbol. Una línea que parecía representar la tierra. Una nube suspendida directamente sobre ella.

¿Cuál era la significación precisa de aquel motivo recurrente? Harl se acercó, inclinándose para ver mejor. ¿Eran idénticos? Observó el diestro movimiento de sus manos mientras tomaban un cuenco tras otro, repitiendo el dibujo sin cesar. Básicamente, era el mismo cada vez..., pero un poco diferente. No había dos cuencos exactos.

Se hallaba desconcertado y fascinado al mismo tiempo. El mismo dibujo, pero alterado un ápice en cada ocasión. Cambiaba el color del pájaro, o la longitud de sus plumas. La posición del árbol o de la nube cambiaban menos. En una ocasión, dibujó dos nubes diminutas que flotaban sobre la tierra. En otras, ponía hierba o el perfil de unas colinas al fondo.

El hombre se irguió de súbito y se limpió las manos en la ropa. Habló con la muchacha y se marchó a toda prisa, por entre los matorrales, hasta que se perdió de vista.

Harl miró a su alrededor, excitado. La mujer siguió pintando con la misma rapidez y serenidad de antes. El hombre había desaparecido y la muchacha prosiguió pintando sola.

Harl se sintió atrapado entre una serie de emociones conflictivas y casi abrumadoras. Quería hablar con la muchacha, hacerle preguntas sobre sus dibujos. Quería preguntarle por qué alteraba el dibujo cada vez.

Quería sentarse y hablar con ella. Hablar con ella y oírla hablar con él. Era muy extraño. No lo comprendía. Su visión se hizo borrosa, vaga; el sudor cubría su cuello y sus hombros encorvados. La muchacha seguía pintando. No levantaba la vista, ni siquiera sospechaba que él estaba de pie sobre ella. La mano de Harl voló hacia su cinturón. Respiró profundamente, vacilante. ¿Se atrevería? ¿Estaba bien hacerlo? El hombre regresaría...

Harl apretó el botón de su cintura. La pantalla siseó y destelló a su alrededor.

La muchacha levantó la vista, sobresaltada. Abrió los ojos, horrorizada.

Chilló.

Harl retrocedió al instante y aferró el fusil, consternado por lo que había hecho.

La muchacha se puso en pie trastabillando, derribando cuencos y pinturas. Le miró con los ojos y la boca muy abiertos. Retrocedió poco a poco hacia los arbustos. De pronto, dio media vuelta y huyó, abriéndose paso entre los arbustos. Todo el pueblo se convirtió en un torrente de excitada actividad.

Harl corrió paralelamente al riachuelo, más allá de los arbustos, hasta desembocar en el claro.

Se paró en seco. Su corazón latía con violencia. Una multitud de monos se dirigía hacia el arroyo, hombres armados con lanzas, ancianas y niños que gritaban. Se detuvieron al borde los matorrales, mirando y escuchando; tenían el rostro petrificado en una extraña y absorta expresión. Después, se

Librodot

internaron entre los arbustos, apartándolos con furia... *Le estaban buscando.*

De pronto, captó unos chasquidos en sus auriculares.

—¡Harl! —oyó con claridad la acerada voz de Ed Boynton—. ¡Harl, muchacho!

Harl dio un salto, y después gritó, desesperado y agradecido al mismo tiempo.

—¡Papá, estoy aquí!

Ed Boynton le agarró por el brazo, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué te pasa? ¿Adónde fuiste? ¿Qué has hecho?

—¿Le has localizado? —irrumpió la voz de Turner—. ¡Dense prisa! Hemos de salir de aquí, y rápidamente. Están esparciendo polvo blanco por todas partes.

Los monos se precipitaban sobre ellos, arrojando al aire grandes nubes de polvo, que lo iba cubriendo todo. Era una especie de tiza pulverizada. Otros monos rociaban el terreno de aceite, que extraían de grandes vasijas, y emitían agudos y excitados gritos.

—Será mejor que nos larguemos —se resignó Boynton, malhumorado—. Es peligroso enfrentarse con ellos cuando están irritados.

—Pero... —vaciló Harl.

—¡Vamos! —le apremió su padre, tirándole del brazo—. Es hora de irse. No podemos perder ni un momento.

Harl miró hacia atrás. No vio a la mujer, pero los monos acudían de todas partes, arrojando nubes de polvo y derramando aceite. Monos provistos de lanzas con punta de hierro avanzaban en forma amenazadora, pateando malas hierbas y arbustos a medida que rodeaban la zona.

Harl se dejó arrastrar por su padre. La cabeza le daba vueltas. La mujer había desaparecido, y estaba seguro que nunca volvería a verla. Al hacerse visible, la joven había huido lanzando chillidos.

¿*Por qué*? No tenía sentido. ¿Por qué le había rehuido, muerta de terror? ¿Qué le había hecho?

Pero, ¿qué más le daba si volvía a verla o no? ¿Por qué era la mujer tan importante? No comprendía nada. No se comprendía a sí mismo. Lo que había ocurrido carecía de explicación racional. Era totalmente incomprensible.

Harl siguió a su padre y a Turner de regreso al huevo, todavía aturdido y abatido, aún tratando de comprender, de captar el significado de lo sucedido entre él y la mujer. No tenía sentido. Él había perdido la cabeza, y después *ella* había perdido la cabeza. Tenía que haber alguna explicación..., que ni siquiera intuía.

Ed Boynton se detuvo al llegar frente al huevo y miró hacia atrás.

—Hemos tenido suerte de poder huir —dijo a Harl, moviendo la cabeza—. Cuando se irritan son como bestias. Como animales, Harl. Eso es lo que son. Animales salvajes.

—Vamos —dijo Turner, impaciente—. Salgamos de aquí..., ahora que aún estamos a tiempo.

Julie continuaba temblando, aun después de bañarse y purificarse en el arroyo y que una anciana le hubiera administrado un masaje con aceite.

Estaba sentada en cuclillas, rodeándose las rodillas con los brazos, temblorosa y agitada, sin poder controlarse. Ken, su hermano, se encontraba

de pie junto a ella, con expresión hosca, apoyando su mano en el cobrizo hombro desnudo de la joven.

—¿Qué era eso? —murmuraba Julie—. ¿Qué era eso? —Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza—. Era... horrible. Sentí asco nada más verlo.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Ken.

—Parecía..., parecía un hombre, pero no es posible que fuera un hombre. Era metálico de arriba abajo, con pies y manos enormes. Su cara era tan blanca como..., como la harina. Era... enfermizo. Horriblemente enfermizo. Blanco, metálico y enfermizo. Como una raíz arrancada del suelo.

Ken se volvió hacia el anciano sentado tras él, que escuchaba con suma atención.

—¿Qué era? —preguntó—. ¿Qué era, señor Stebbins? Usted sabe de esas cosas. ¿Qué vio mi hermana?

El señor Stebbins se puso lentamente en pie.

—¿Dice que tenía la piel blanca, como harinosa? ¿Como pastosa? ¿Y grandes manos y pies?

Julie asintió con la cabeza.

—Y..., algo más.

—¿Qué?

—Era *ciego.* Tenía otra cosa en lugar de ojos. Dos espacios negros. Oscuridad.

Se estremeció y clavó la mirada en el riachuelo.

De pronto, el señor Stebbins tensó la mandíbula. Movió la cabeza.

—Lo sé —murmuró—. Sé lo que era.

—¿Qué era?

El señor Stebbins murmuró para sí y frunció el ceño.

—No es posible. Pero su descripción... —Miró a la lejanía, arrugando la frente—. Viven bajo tierra —dijo por fin—, bajo la superficie. Salen por las montañas. Viven en la tierra, en grandes túneles y cámaras excavados por ellos mismos. No son hombres. Parecen hombres, pero no lo son. Viven en el subsuelo y extraen el metal de la tierra. Extraen y trabajan el metal. Muy pocas veces salen a la superficie. No pueden mirar al sol.

—¿Qué nombre reciben?

El señor Stebbins buceó en sus recuerdos del pasado, recuerdos de años anteriores, de viejos libros y leyendas que habían llegado a sus oídos. Cosas que vivían bajo la tierra... Hombres que no eran hombres...

Cosas que excavaban túneles y extraían metales... Cosas ciegas, con grandes manos y pies, y piel blanca...

—Duendes —exclamó el señor Stebbins—. Lo que viste era un duende.

Julie asintió, mirando al suelo con los ojos muy abiertos y los brazos ceñidos alrededor de las rodillas.

—Sí —dijo—. El nombre le cuadra bien. Me asustó. Me dio mucho miedo. Di media vuelta y me puse a correr. Me pareció horrible. —Miró a su hermano y esbozó una tímida sonrisa—. Pero ahora me siento mejor...

Ken se frotó sus grandes y oscuras manos, asintiendo con alivio.

—Estupendo —dijo—. Ahora podemos volver a trabajar. Nos quedan muchas cosas por hacer.

PROYECTO: TIERRA

El sonido resonó en el gran caserón. Hizo vibrar los platos de la cocina y los canalones del tejado, con el estruendo lento y uniforme de un trueno lejano. Se interrumpía de vez en cuando, para atronar de nuevo en el silencio de la noche; un sonido implacable, de una regularidad brutal. Provenía del piso superior del caserón.

Los tres niños, reunidos en el cuarto de baño, se apiñaron alrededor de la silla, nerviosos, apretujándose con curiosidad.

—¿Estás seguro que no puede vernos? —preguntó Tommy con voz áspera.

—¿Cómo podría vernos? No hagas ningún ruido. —Dave Grant se removió en la silla, mirando la pared—. No hablen tan alto.

Siguió observando, sin hacer caso de los otros dos.

—Déjame ver —susurró Joan, propinando un fuerte codazo a su hermano—. Apártate.

—Cierra el pico. —Dave la empujó a su vez—. Ahora veo mejor.

—Encendió la luz.

—Quiero mirar —dijo Tommy. Tiró al suelo a Dave de un empujón—. Sal.

—Es nuestra casa.

Dave se apartó con semblante hosco.

Tommy se subió con cuidado a la silla. Aplicó el ojo a la rendija, aplastando la cara contra la pared. Durante unos momentos no vio nada. La rendija era estrecha y la luz que provenía del otro lado era escasa. Después, poco a poco, empezó a distinguir formas, al otro lado de la pared.

Edward Billings estaba sentado frente a un inmenso escritorio antiguo. Había parado de escribir a máquina para conceder un descanso a sus ojos. Sacó un reloj redondo del bolsillo de su chaleco.

Le dio cuerda lenta y cuidadosamente. Su rostro marchito y enjuto parecía desnudo y vacío sin las gafas; recordaba las facciones de un ave anciana. Después, volvió a calarse las gafas y acercó la silla al escritorio.

Emprendió nuevamente su trabajo, tecleando con sus hábiles dedos en la enorme masa de metal y piezas que se alzaba frente a él. El siniestro estruendo volvió a sacudir la casa, reanudando su golpeteo insistente.

La habitación del señor Billings estaba en penumbra y muy desordenada. Había libros y papeles por todas partes, apilados sobre el escritorio, sobre la mesa, amontonados en el suelo. Las paredes estaban cubiertas de mapas: atlas anatómicos, planos, mapas astronómicos, signos del zodíaco. Junto a las ventanas se acumulaban hileras de frascos químicos y paquetes cubiertos de polvo. Un ave disecada, gris y marchita, se erguía sobre la librería. Ocupaban el escritorio una gigantesca lupa, diccionarios griegos y hebreos, una caja de sellos y un abrecartas de hueso. El aire que proyectaba la estufa de gas agitaba una tira rizada de papel matamoscas que colgaba en la puerta.

Los restos de una linterna mágica yacían contra una pared. Una bolsa negra llena de ropa. Camisas, calcetines y una levita larga, descolorida y raída. Montañas de periódicos y revistas, atados con cuerda marrón. Un gran paraguas negro apoyado contra la mesa, un charco de agua viscosa alrededor de su punta metálica. Un cuadro de mariposas secas, posadas sobre algodón amarillento.

Y el enorme anciano sentado ante el escritorio se inclinaba sobre su arcaica máquina de escribir, amontonando notas y papeles.

Librodot

Edward Billings estaba redactando su informe. El informe se hallaba abierto a su lado, un inmenso volumen encuadernado en piel, de costuras reventadas. Le estaba transfiriendo el material reunido en sus montañas de notas.

Los objetos del cuarto de baño, la luz que colgaba de la pared, las botellas y tubos del botiquín, e incluso el suelo que pisaban los niños, temblaban y se estremecían a causa del constante golpeteo de la voluminosa máquina.

—Es algo así como un agente comunista —dijo Joan—. Está dibujando el mapa de la ciudad para poder lanzar las bombas cuando Moscú dé la orden.

—Un huevo —replicó Dave, irritado.

—¿No ves todos esos mapas, lápices y papeles? ¿Para qué, si no...?

—Cállate —le espetó Dave—. Nos va a oír. No es un espía. Es demasiado viejo para ser espía.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé, pero no es un espía. Eres tonta. En cualquier caso, los espías llevan barba.

—A lo mejor es un asesino —insistió Joan.

—Hablé con él una vez —dijo Dave—. Estaba bajando. Habló conmigo y me dio un caramelo que sacó de una bolsa.

—¿Qué clase de caramelo?

—No lo sé. Era duro. No era muy bueno.

—¿Qué hace? —preguntó Tommy, apartándose de la rendija.

—Está sentado todo el día en su habitación, escribiendo a máquina.

—¿No trabaja?

—Eso es lo que hace —se burló Dave—. Trabaja en su informe. Es funcionario de una empresa.

—¿Qué empresa?

—Lo he olvidado.

—¿Nunca sale?

—Sale al tejado.

—¿Al tejado?

—Sale a la terraza cubierta. Nosotros la arreglamos. Forma parte del aposento. Tiene un jardín. A veces baja a sacar la basura del patio trasero.

—¡Shhh! —advirtió Tommy—. Se ha dado la vuelta.

Edward Billings se había levantado. Estaba cubriendo la máquina de escribir con una tela negra, recogía los lápices y las gomas de borrar. Abrió el cajón del escritorio y tiró los lápices en su interior.

—Ha terminado el trabajo —dijo Tommy.

El anciano se quitó las gafas y las guardó en el estuche. Se dio palmaditas en la frente y se aflojó el cuello de la camisa y la corbata. Tenía el cuello largo, y la tráquea se marcaba bajo la piel amarillenta y arrugada. Su nuez de Adán subió y bajó cuando bebió agua de un vaso.

Sus ojos eran azules y apagados, casi sin color. Por un momento miró directamente a Tommy. Su rostro, parecido al de un halcón, era inexpresivo. Después, abandonó de repente la habitación a través de una puerta.

—Se va a la cama —dijo Tommy.

El señor Billings regresó con una toalla colgada del brazo. Se detuvo ante el escritorio y la dejó sobre el respaldo de la silla. Alzó el voluminoso informe y lo colocó sobre el librero con ambas manos. Era pesado. Luego, salió otra vez de la habitación.

Librodot

El informe estaba muy cerca. Tommy pudo distinguir las letras doradas estampadas en la agrietada piel. Contempló las letras durante largo rato..., hasta que Joan perdió la paciencia y le obligó a bajar de la silla, apartándole de la rendija.

Tommy se retiró a un lado, pasmado y fascinado por lo que había visto. El gran informe encuadernado, el enorme volumen en que el viejo consignaba, día tras día, el material recogido. No había tenido el menor problema para discernir, a la luz parpadeante de la lámpara del escritorio, las letras doradas estampadas en la ajada encuademación.

PROYECTO B: TIERRA.

—Vámonos —dijo Dave—. Volverá en un par de minutos. Podría atraparnos espiando.

—Le tienes miedo —se mofó Joan.

—Y tú también. Y mamá. Y todo el mundo. —Miro a Tommy—. ¿Tú le tienes miedo?

Tommy negó con la cabeza.

—Me gustaría saber lo que hay en ese libro —murmuró—. Me gustaría saber lo que está haciendo ese viejo.

El sol del atardecer era brillante y frío. Edward Billings bajó con parsimonia los escalones traseros. Llevaba un cubo vacío en una mano y el periódico enrollado debajo del brazo. Se detuvo un momento, se protegió los ojos con la otra mano y miró a su alrededor. Después desapareció en el patio trasero, avanzando entre la hierba espesa y húmeda.

Tommy salió de detrás del garaje. Subió corriendo la escalera de dos en dos, sin hacer ruido. Entró en el edificio y se internó en el oscuro pasillo.

Un momento después se plantó ante la puerta del apartamento correspondiente a Edward Billings. Su respiración era agitada mientras escuchaba.

Ni el menor ruido.

Tommy tanteó el pomo de la puerta. Giró con facilidad. Empujó. La puerta se abrió y una bocanada de aire caliente y olor a cerrado escapó hacia el pasillo.

Tenía poco tiempo. El viejo volvería con su cubo lleno de basura del patio.

Tommy penetró en la habitación y se dirigió hacia el librero. Su corazón se aceleró a causa de la excitación. El enorme volumen descansaba entre montones de notas y paquetes de recortes. Apartó los papeles a un lado. Abrió el libro rápidamente, al azar. Las gruesas páginas crujieron y se doblaron.

Dinamarca.

Cifras y datos. Innumerables datos, páginas y columnas, fila tras fila. Las líneas mecanografiadas bailaban ante sus ojos. No comprendió casi nada. Pasó a otra sección.

Nueva York.

Datos referentes a Nueva York. Se esforzó por comprender los encabezamientos de las columnas. El número de habitantes. Lo que hacían. Cómo vivían. Lo que ganaban. Cómo pasaban el tiempo. Sus creencias. Religión. Política. Filosofía. Moralidad. Su edad. Salud. Inteligencia. Gráficas y estadísticas, promedios y evaluaciones. Evaluaciones. Estimaciones. Meneó la cabeza y pasó a otra sección.

California.

Población. Salud. Actividades del gobierno estatal. Puertos y aeropuertos. Datos, datos, datos...

Datos sobre todo. Sobre todas partes. Siguió hojeando el informe. Sobre todas las partes del mundo. Todas las ciudades, todos los estados, todas las regiones. Toda la información posible.

Tommy cerró el informe, inquieto. Paseó sin descanso por la habitación, examinando las montañas de notas y papeles, los paquetes de recortes y los mapas. El viejo, escribiendo a máquina día tras día. Reuniendo datos, datos sobre el mundo entero. Sobre la Tierra. Un informe sobre la Tierra, la Tierra y todo cuanto contenía. Sobre toda la gente. Todo lo que hacía y pensaba, sus acciones, hechos, logros, creencias, prejuicios. Un gran informe sobre toda la información del mundo entero.

Tommy tomó la enorme lupa del escritorio. Examinó con su ayuda la superficie del escritorio y escudriñó la madera. Al cabo de un momento dejó la lupa y tomó el abrecartas de hueso. Lo dejó y miró la linterna mágica rota del rincón. El cuadro de mariposas muertas. La cabizbaja ave disecada. Los frascos de productos químicos.

Salió de la habitación y subió a la terraza cubierta del tejado. El sol de la tarde brillaba a intervalos; faltaba poco para el ocaso. En el centro de la terraza había una estructura de madera, rodeada de hierba y tierra. A lo largo de la barandilla había potes de barro, sacos de fertilizante, paquetes de semillas mojados. Una pistola pulverizadora tirada. Un desplantador sucio. Fragmentos de una alfombra y una silla desvencijada. Una regadera.

Sobre la estructura de madera había una tela metálica. Tommy se agachó para mirar a través de ella. Vio plantas, plantas pequeñas alineadas. Un poco de musgo brotaba de la tierra. Plantas enmarañadas, diminutas, un laberinto de plantas.

En un rincón, vio un montón de hierba seca. Como una especie de capullo.

¿Bichos? ¿Insectos de alguna clase? ¿Animales?

Tomó una rama y removió la hierba seca. Ésta se agitó. Había algo en su interior. Descubrió entre las plantas varios capullos más.

De pronto, algo surgió de un capullo y corrió entre la hierba. Chillaba de miedo. Un segundo le siguió. Era de color rosado y corría a toda velocidad. Un pequeño rebaño de chillones seres rosados, que medirían unos cinco centímetros de alto, correteaban entre las plantas.

Tommy se acercó más, atisbando excitado entre la malla, intentando ver qué eran. Carecían de pelo. Animales sin pelo, pero minúsculos, diminutos como saltamontes. ¿Crías? Su pulso se aceleró. Crías o tal vez...

Un ruido. Se volvió al instante, rígido.

Edward Billings se hallaba de pie en el umbral, jadeante. Dejó en el suelo el cubo de tierra, suspiró y buscó un pañuelo en el bolsillo de su chaqueta azul oscuro. Se secó la frente en silencio, observando al chico parado junto a la estructura.

—¿Quién eres, jovencito? —preguntó Billings, al cabo de un momento—. No recuerdo haberte visto antes.

Tommy meneó la cabeza.

—No.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada.

—¿Quieres hacerme el favor de sacar este cubo a la terraza? Pesa más de lo que pensaba.

Tommy se quedó quieto un momento. Después, se acercó y tomó el cubo. Lo sacó a la terraza y lo depositó junto a la estructura de madera.

—Gracias —dijo Billings—. Muy gentil de tu parte.

Sus ojos penetrantes y descoloridos destellaron mientras estudiaba al muchacho. La expresión de su enjuto rostro era astuta, pero no severa.

—Me parece que eres muy fuerte. ¿Cuántos años tienes? ¿Once?

Tommy asintió con la cabeza. Retrocedió hacia la barandilla. Más abajo, a dos o tres pisos de distancia, estaba la calle. El señor Murphy volvía de la oficina, camino de su casa. Algunos chicos jugaban en la esquina. Una joven, que se cubría los esbeltos hombros con un jersey, estaba regando su jardín en la acera opuesta. Estaba a salvo. Si el viejo intentaba algo...

—¿Para qué has venido? —preguntó Billings.

Tommy no dijo nada. Estaban frente a frente, mirándose, el anciano encorvado, inmenso en su traje oscuro pasado de moda, y el muchacho pecoso vestido con un jersey rojo, tejanos, una gorra y zapatillas de tenis. Tommy miró primero la estructura de madera cubierta con una malla, y después a Billings.

—¿Eso? ¿Querías ver eso?

—¿Qué hay ahí dentro? ¿Qué son esas cosas?

—¿Esas cosas?

—Los bichos. Nunca he visto nada parecido. ¿Qué son?

Billings se acercó poco a poco. Se inclinó y soltó la esquina de la malla.

—Te enseñaré lo que son, si tanto te interesa.

Retorció el nudo suelto y tiró de él.

Tommy se agachó, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y bien? —preguntó Billings, al cabo de unos segundos—. Ya puedes ver lo que son.

Tommy silbó por lo bajo.

—Me lo había figurado. —Se irguió lentamente, pálido—. Me figuré que... Pero no estaba seguro. ¡Hombres diminutos!

—No exactamente —dijo el señor Billings.

Se dejó caer en la silla desvencijada. Sacó una pipa y una bolsa de tabaco arrugada de la chaqueta. Llenó la pipa sin darse prisa, removiendo el tabaco.

—Hombres, exactamente, no.

Tommy continuaba con la vista fija en la estructura. Los capullos eran cabañas minúsculas, erigidas por los hombrecitos. Algunos habían salido a la vista. Le miraron, sin separarse. Diminutos seres rosados, de cinco centímetros de alto. Desnudos. Por eso eran rosados.

—Acércate más —murmuró Billings—. Observa sus cabezas. ¿Qué ves?

—Son muy pequeñas...

—Ve a buscar la lupa que hay sobre el escritorio. La lupa grande. —Miró como Tommy entraba corriendo en el estudio y salía casi al instante con la lupa—. Ahora, dime lo que ves.

Tommy examinó las figuras con lupa. Parecían hombres, en efecto. Brazos, piernas... Había algunas mujeres. Sus cabezas. Forzó la vista.

Y retrocedió.

—¿Qué pasa? —gruñó Billings.

—Son..., son raros.

—¿Raros? —Billings sonrió—. Bueno, todo depende de cómo se mire. Son diferentes..., de ti. Pero no son raros. No hay nada raro en ellos. Eso espero, al menos.

Su sonrisa se desvaneció. Siguió chupando la pipa, absorto en sus pensamientos.

—¿Los hace usted? —preguntó Tommy.

—¿Yo? —Billings apartó la pipa—. No, yo no.

—¿Dónde los consiguió?

—Me los prestaron. Un grupo experimental. De hecho, *el* grupo experimental. Son nuevos. Muy nuevos.

—¿Quiere..., quiere vender alguno?

—No, no —rió Billings—. Lo siento. Debo guardarlos.

Tommy asintió con la cabeza y emprendió de nuevo el examen. Veía sus cabezas con toda claridad gracias a la lupa. No eran exactamente hombres. De su frente brotaban antenas, diminutas proyecciones similares a alambres que terminaban en una protuberancia. Como las de los insectos que había visto. No eran hombres, pero se parecían a los hombres. Eran normales, de no ser por las antenas... Las antenas y su extrema pequeñez.

—¿Han venido de otro planeta? —preguntó Tommy—. ¿De Marte, de Venus?

—No.

—¿De dónde, pues?

—Es una pregunta difícil de responder. La pregunta, relacionada con ellos, carece de sentido.

—¿Para qué es el informe?

—¿El informe?

—Ése, el libro grande con tantos datos. Lo que usted hace.

—Llevo trabajando en él mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Tampoco hay respuesta a esa pregunta —sonrió Billings—. No tiene sentido. Bien, hace muchísimo tiempo. Ya me falta poco para terminar.

—¿Y qué hará con él cuando haya terminado?

—Lo entregaré a mis superiores.

—¿Quiénes son?

—No los conoces.

—¿Dónde están? ¿En la ciudad?

—Sí y no. No hay manera de contestar a eso. Tal vez algún día podrás...

—El informe es sobre nosotros —dijo Tommy.

Billings ladeó la cabeza. Sus ojos penetrantes se clavaron en Tommy.

—Ah, ¿sí?

—Es sobre nosotros. El libro, el informe.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he mirado. Vi el título en el lomo. Es sobre la Tierra, ¿no?

—Sí —reconoció Billings—. Sí. Es sobre la Tierra.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? Viene de otro sitio. De fuera del sistema.

—¿Cómo..., cómo sabes eso?

Tommy exhibió una sonrisa de inmenso orgullo.

—Tengo formas de saberlo.

—¿Leíste mucho del informe?

—No mucho. ¿Para qué sirve? ¿Por qué lo está haciendo? ¿Qué van a hacer con él?

Billings meditó mucho rato antes de contestar. Por fin, se decidió a hablar.

—Depende de *ésos.* —Señaló la estructura de madera—. Lo que hagan con el informe dependerá de cómo funcione el Proyecto C.

—¿El proyecto C?

—El tercer proyecto. Sólo ha habido dos antes. Esperan mucho tiempo. Cada proyecto se planea con todo cuidado. Los nuevos factores se tienen muy en cuenta antes de tomar una decisión.

—¿Y los otros dos?

—Antenas para éstos. Una adaptación completamente nueva de las facultades cognoscitivas. Independencia casi total de los impulsos innatos. Mayor flexibilidad. Cierta merma en el conjunto del índice emocional, pero lo que se pierde en energía libidinal se gana en control racional. Yo esperaría más énfasis en la experiencia individual que dependencia del aprendizaje de grupo tradicional. Un pensamiento menos estereotipado. Un avance más rápido en el control de la situación.

Tommy se había perdido en la maraña de palabras ininteligibles.

—¿Cómo eran los otros? —preguntó.

—¿Los otros? El proyecto A fue hace mucho tiempo. Apenas lo recuerdo. Alas.

—Alas.

—Tenían alas, dependían de la movilidad y poseían características individuales considerables. En el análisis final les otorgamos excesiva autodependencia. Orgullo. Tenían conceptos de orgullo y honor. Eran combativos. Luchaban entre sí. Se dividían en facciones antagonistas atomizadas y...

—¿Cómo eran los demás?

Billings golpeó la pipa contra la barandilla. Continuó, hablando más para sí que para el muchacho erguido frente a él.

—El tipo alado fue nuestro primer intento de conseguir organismos de alto nivel. Proyecto A. Después de su fracaso convocamos una conferencia. El resultado fue el proyecto B. Estábamos seguros del éxito. Eliminamos muchas de las excesivas características individuales y sustituimos un proceso de orientación grupal. Un método colectivo de aprender y experimentar. Confiábamos en asegurarnos el control total sobre el proyecto. Nuestro trabajo con el primer proyecto nos convenció que, para triunfar, necesitábamos una supervisión más estrecha.

—¿Cómo era el segundo grupo? —preguntó Tommy, buscando un hilo conductor y comprensible en la disertación de Billings.

—Eliminamos las alas, como ya te he dicho. La fisonomía general era, más o menos, la misma. Aunque mantuvimos el control durante un breve período de tiempo, este segundo tipo también se desvió del modelo y se dividió en grupos autónomos sin posibilidad de supervisión. No cabe duda que los miembros supervivientes del tipo A les influyeron de forma decisiva. Teníamos que haberlos exterminado en cuanto...

—¿Queda alguno?

—¿Del Proyecto B? Por supuesto. —Billings estaba irritado—. Tú eres el Proyecto B. Por eso estoy aquí. En cuanto termine mi informe, podrá llevarse a cabo la adaptación final de tu tipo. No cabe la menor duda que mis recomendaciones serán idénticas a las que presenté respecto al Proyecto A. Puesto que tu Proyecto se ha desviado de cauce hasta el punto que, para todos los intentos y propósitos, ya no es funcional..

Pero Tommy no le escuchaba. Estaba inclinado sobre la estructura de madera, mirando las diminutas figuras que se movían en su interior. Nueve personitas, hombres y mujeres. Nueve..., y ninguna más en todo el mundo.

Tommy se puso a temblar, loco de excitación. Empezaba a forjarse un plan en su cerebro. Mantuvo la cara rígida y el cuerpo tenso.

—Me voy.

Salió de la terraza y atravesó el estudio, en dirección a la puerta que daba al pasillo.

—¿Te vas? —Billings se levantó—. Pero...

—He de irme. Se está haciendo tarde. Hasta luego. —Abrió la puerta—. Adiós.

—Adiós —contestó el señor Billings, sorprendido—. Espero verte de nuevo, jovencito.

—No le quepa la menor duda —dijo Tommy.

Corrió hacia su casa con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Subió los peldaños del porche y entró.

—Justo a tiempo para cenar —dijo su madre desde la cocina.

Tommy se detuvo en la escalera.

—He de salir otra vez.

—¡Ni hablar! Vas a...

—Sólo un momento. En seguida vuelvo.

Tommy subió corriendo a su habitación y entró, mirando a su alrededor.

La alegre habitación amarilla. Banderines en las paredes. La gran cómoda con su espejo, peine y cepillo, maquetas de aviones, fotos de jugadores de béisbol. La bolsa de papel llena de tapas de botellas. La pequeña radio con su caja de plástico rota. Las cajas de puros atestadas de objetos, baratijas y chucherías, cosas que coleccionaba.

Tommy tomó una caja de puros y derramó su contenido sobre la cama. Ocultó la caja bajo la chaqueta y salió de la habitación.

—¿Adónde vas? —preguntó su padre, bajando el periódico vespertino y alzando la vista.

—En seguida vuelvo.

—Tu madre ha dicho que era la hora de cenar. ¿No lo has oído?

—Vuelvo en seguida. Esto es muy importante. —Tommy abrió la puerta. El viento del anochecer, frío y tenue, se coló en el interior—. De veras. Es muy importante.

—Diez minutos. —Vince Jackson consultó su reloj—. Ni uno más o te quedarás sin cenar.

—Diez minutos.

Tommy cerró la puerta de un golpe. Bajó corriendo los peldaños y desapareció en la oscuridad.

La luz se filtraba a través del ojo de la cerradura y por debajo de la puerta. Tommy se detuvo vacilante ante la habitación del señor Billings. Después, levantó la mano y llamó. Siguieron unos instantes de silencio. Después, el ruido de alguien que se movía. El sonido de unos pasos pesados.

La puerta se abrió. El señor Billings se asomó al pasillo.

—Hola —dijo Tommy.

—¡Has vuelto! —El señor Billings abrió la puerta de par en par. Tommy entró sin perder un segundo—. ¿Has olvidado algo?

Librodot

—No.

—Siéntate —dijo el señor Billings, cerrando la puerta—. ¿Te apetece algo? ¿Una manzana, un poco de leche?

—No.

Tommy vagó nervioso por la habitación, tocando objetos, libros, papeles y paquetes de recortes.

Billings contempló al chico durante un momento. Después, volvió a sentarse ante su escritorio con un suspiro.

—Creo que seguiré con mi informe. Confío en terminarlo dentro de nada. —Dio una palmadita a un montón de notas que tenía al lado—. Las últimas. Después, podré marcharme de aquí y presentar el informe, junto con mis recomendaciones.

Billings se inclinó sobre su gigantesca máquina de escribir y tecleó sin pausa. El incansable estruendo de la vieja máquina hizo vibrar toda la habitación. Tommy salió a la terraza.

La noche era fría. La oscuridad más absoluta reinaba en la terraza. Tommy se quedó inmóvil e intentó adaptar la vista a las tinieblas. Al cabo de un rato distinguió el saco de fertilizantes, la silla desvencijada y, en el centro, la estructura de madera cubierta con la malla de alambre, rodeada de montoncitos de hierba y tierra.

Tommy echó una ojeada al estudio. Billings continuaba concentrado en su trabajo. Se había quitado la chaqueta azul oscura y estaba colgada de la silla. Llevaba puesto el chaleco, y tenía las mangas de la camisa subidas.

Tommy se agachó junto a la estructura. Sacó la caja de puros de debajo de la chaqueta y la dejó en el suelo, abierta. Aferró la malla y tiró de ella; los clavos se soltaron.

De la estructura surgieron algunos gritos asustados. Se produjeron nerviosas correrías entre la hierba seca.

Tommy alargó la mano y movió los dedos entre la hierba y las plantas. Los dedos se cerraron sobre algo, algo pequeño que se retorcía de terror. Lo dejó caer dentro de la caja de puros y buscó otro.

Los atrapó a todos en un momento. Los nueve dentro de la caja de puros.

Cerró la caja y la deslizó bajo su chaqueta. Volvió al instante al estudio.

Billings alzó apenas la vista, con un lápiz en una mano y papeles en la otra.

—¿Quieres hablar conmigo? —murmuró, subiéndose las gafas.

Tommy negó con la cabeza.

—He de irme.

—¿Ya? ¡Pero si acabas de llegar!

—He de irme. —Tommy abrió la puerta que daba al pasillo—. Buenas noches.

Billings se frotó cansadamente la frente. Arrugas de fatiga surcaban su rostro.

—Muy bien, muchacho. Es posible que nos volvamos a ver antes que me vaya.

Emprendió nuevamente su trabajo, tecleando más despacio en la gran máquina de escribir, encorvado de cansancio.

Tommy cerró la puerta a su espalda. Bajó corriendo la escalera y salió al porche. La caja de puros que apretaba contra su pecho se agitaba y movía. Nueve. Los tenía todos. Ahora eran suyos. Le pertenecían..., y no había ninguno más en todo el mundo. Su plan había funcionado a la perfección.

Volvió corriendo a su casa.

Encontró en el garaje una vieja jaula en la que había guardado ratas. La limpió y la subió a su habitación. Esparció papeles sobre el piso de la jaula y añadió un plato con agua y un poco de arena.

Cuando la jaula estuvo preparada vertió el contenido de la caja de puros en su interior.

Las nueve figuras diminutas se acurrucaron juntas en el centro de la jaula, un minúsculo montoncito rosa. Tommy cerró y aseguró la puerta de la jaula. La transportó a la cómoda y acercó una silla para poder mirar a placer.

Las nueve personitas empezaron a deambular, no sin vacilar, por la jaula para explorarla. El espectáculo aceleró los latidos del corazón de Tommy.

Se los había quitado al señor Billings. Ahora eran suyos. Y el señor Billings ignoraba dónde vivía y cómo se llamaba.

Las figuras hablaban entre sí. Movían sus antenas rápidamente, como las hormigas. Uno de los hombrecitos se acercó a un lado de la jaula. Se aferró al alambre y escudriñó la habitación. Una hembra se reunió con él. Iban desnudos. Eran rosados y suaves, a excepción del cabello.

Se preguntó qué comerían. Tomó un poco de queso y un trozo de hamburguesa de la nevera; añadió mendrugos de pan, hojas de lechuga y un platillo de leche.

Les gustó la leche y el pan, pero despreciaron la carne. Utilizaron las hojas de lechuga para construir pequeñas cabañas.

Tommy estaba fascinado. Los contempló durante toda la mañana, antes de ir al colegio, a la hora de comer y toda la tarde, hasta que bajó a cenar.

—¿Qué tienes ahí arriba? —preguntó su padre, mientras cenaban.

—Nada.

—No tendrás una serpiente, ¿verdad? —preguntó su madre con aprensión—. Si has vuelto a traer una serpiente, jovencito…

—No. —Tommy meneó la cabeza y engulló la comida—. No es una serpiente.

Terminó de cenar y corrió escalera arriba.

Los hombrecitos habían acabado de construir sus cabañas. Algunos estaban dentro. Otros vagaban por la jaula para explorarla.

Tommy se sentó ante la cómoda y miró. Eran bonitos. Mucho más bonitos que las ratas blancas que había tenido. Y más limpios. Utilizaban la arena que les había preparado. Eran bonitos…, y muy mansos.

Al cabo de un rato, Tommy cerró la puerta de la habitación. Contuvo el aliento y abrió un lado de la jaula. Introdujo la mano y tomó a uno de los hombrecitos. Lo sacó de la caja y abrió la mano con mucho cuidado.

El hombrecito se agarró a la palma. Miró por encima del borde y después alzó la vista hacia él, agitando frenéticamente las antenas.

—No tengas miedo —dijo Tommy.

El hombrecito se puso en pie con cautela. Recorrió la palma de Tommy, en dirección a la muñeca. Subió poco a poco por el brazo del chico y se asomó al borde para mirar. Llegó al hombro de Tommy y se detuvo; levantó los ojos.

—Eres muy pequeño —dijo Tommy.

Tomó otro de la jaula y colocó a ambos sobre la cama. Pasearon por la cama durante mucho tiempo. Otros se habían aproximado al lado abierto de la jaula y miraban hacia la cómoda. Uno localizó el peine de Tommy. Lo

inspeccionó y tiró de los dientes. Un segundo le imitó. Los dos tiraron del peine, sin éxito.

—¿Qué quieren? —preguntó Tommy.

Al cabo de un rato se rindieron. Encontraron una moneda sobre la cómoda. Uno intentó ponerla de pie sobre el canto. La hizo rodar. La moneda ganó velocidad y se deslizó hacia el borde de la cómoda. Los hombrecitos corrieron tras ella, consternados. La moneda cayó al suelo.

—Tengan cuidado —les advirtió Tommy.

No quería que les pasara nada. Tenía un montón de planes. Sería fácil enseñarles algunos trucos, como a las pulgas que había visto en el circo. Tirar de carritos, columpios, toboganes. Cosas fáciles para ellos. Los adiestraría y cobraría entrada.

Tal vez los llevaría de gira. Tal vez saldría en los periódicos. Su mente bullía de ideas. Toda clase de cosas. Infinitas posibilidades. Pero tenía que empezar con algo fácil..., y ser prudente.

Al día siguiente se llevó uno a la escuela, metido en un tarro de fruta que guardó en el bolsillo. Efectuó agujeros en la tapa para que pudiera respirar.

Se lo enseñó a Dave y a Joan Grant durante el recreo. Se quedaron fascinados.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó Dave.

—No te importa.

—¿Quieres venderlo?

—No digas venderlo, sino venderle.

Joan se ruborizó.

—No lleva nada puesto. Será mejor que lo vistas ahora mismo.

—¿Puedes hacer ropas para ellos? Tengo ocho más. Cuatro hombres y cuatro mujeres.

—Lo haré..., si me das uno.

Joan estaba muy excitada.

—Un huevo. Son míos.

—¿De dónde los has sacado? ¿Quién los ha hecho?

—No les importa.

Joan hizo falditas y blusitas para las cuatro mujeres. Tommy introdujo las prendas en la caja. Las personitas dieron vueltas en torno al montón, sin saber qué hacer.

—Tendrás que enseñarles —dijo Joan.

—¿Enseñarles? Vete a la mierda.

—Yo los vestiré. —Joan tomó a una mujer de la jaula y la vistió con la blusa y la falda. Dejó caer la figura en la jaula—. Veamos qué ocurre ahora.

Los demás se apelotonaron alrededor de la mujer vestida, y tiraban con curiosidad de la tela. A continuación, empezaron a repartirse las restantes prendas. Algunos tomaron blusas y otros se inclinaron por las faldas.

—Será mejor que hagas pantalones para los hombres —rió Tommy de buena gana—. Así irán todos vestidos.

Tomó a un par y les dejó correr arriba y abajo por sus brazos.

—Ten cuidado —le advirtió Joan—. Los vas a perder. Se escaparán.

—Son mansos. No se escaparán. Te lo enseñaré. —Tommy los depositó en el suelo—. Hemos inventado un juego. Observa.

—¿Un juego?

—Ellos se esconden y yo les encuentro.

Las figuras se dispersaron, buscando lugares donde esconderse.

Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Tommy se puso a gatas. Buscó bajo la cómoda y entre los cubrecamas. Un chillido penetrante. Había encontrado uno.

—¿Lo ves? Les gusta.

Los devolvió a la jaula, uno por uno. El último había permanecido escondido durante un rato considerable. Se había introducido en un cajón de la cómoda, oculto dentro de una bolsa de canicas y cubierto con las canicas.

—Son listos —comentó Joan—. ¿No quieres darme uno?

—No —replicó Tommy con énfasis—. Son míos. No permitiré que se me escapen. No se los voy a dar a *nadie.*

Tommy se encontró con Joan al día siguiente, después de las clases. La muchacha había confeccionado pantalones y camisas para los hombres.

—Toma. —Se los dio. Caminaron por la acera—. Espero que sean de su medida.

—Gracias.

Tommy tomó las prendas y se las guardó en el bolsillo. Atravesaron el solar vacío. Dave Grant y algunos muchachos estaban sentados en círculo al final del solar, jugando a canicas.

—¿Quién gana? —preguntó Tommy, parándose.

—Yo —contestó Dave, sin levantar la vista.

—Déjame jugar. —Tommy se sentó—. Vamos. —Extendió la mano—. Dame tu canica.

—Lárgate —repuso Dave, meneando la cabeza.

Tommy le pellizcó en el brazo.

—¡Vamos! Un solo tiro. —Reflexionó—. Voy a decirte...

Una sombra se cernió sobre ellos.

Tommy alzó los ojos. Y palideció.

Edward Billings miraba en silencio al muchacho, apoyado en su paraguas, cuya punta metálica se hundía en la tierra blanda. No dijo ni una palabra. Su rostro surcado de arrugas tenía una expresión severa. Sus ojos parecían dos piedras azules descoloridas.

Tommy se levantó poco a poco. Los niños se habían quedado en silencio. Algunos tomaron sus canicas y se alejaron.

—¿Qué quiere? —preguntó Tommy.

Su voz era seca y hueca, casi inaudible.

Los fríos ojos de Billings se clavaron en él, dos órbitas penetrantes, desprovistas de toda cordialidad.

—Tú los tomaste. Quiero que me los devuelvas. Ahora mismo —dijo con voz dura, monótona. Extendió la mano—. ¿Dónde están?

—¿Qué está diciendo? —murmuró Tommy, dando un paso atrás—. No sé de qué me habla.

—El Proyecto. Los robaste de mi estudio. Quiero que me los devuelvas.

—Yo no lo hice. ¿A qué se refiere?

Billings se volvió hacia Dave Grant.

—Éste es el chico del que me hablaste, ¿no?

—Yo los vi —afirmó Dave—. Los guarda en su habitación. No permite que nadie se les acerque.

—Viniste para robármelos. ¿*Por qué*? —Billings avanzó de una forma amenazadora hacia Tommy—. ¿Por qué los tomaste? ¿Qué quieres hacer con ellos?

—Está loco —murmuró Tommy, pero su voz temblaba. Dave Grant no abrió la boca. Desvió la vista, avergonzado—. Es mentira.

Las viejas y frías manos de Billings le agarraron, clavándole los dedos en los hombros.

—¡Devuélvemelos! Los quiero ahora mismo. Soy responsable de ellos.

—Suélteme. —Tommy se liberó de un tirón—. No los llevo encima. —Recuperó el aliento—. Quiero decir…

—Los tienes, por tanto. En tu casa. En tu habitación. Tráelos aquí. Ve a buscarlos. Los nueve.

Tommy hundió las manos en los bolsillos. Estaba recobrando algo de valentía.

—No lo sé —dijo—. ¿Qué me dará?

—¿Qué te daré? —Billings echó chispas por los ojos. Levantó el brazo en un gesto amenazador—. Cómo te atreves, pequeño… Tommy retrocedió de un salto.

—No puede obligarme a devolverlos. No ejerce ningún control sobre nosotros. —Sonrió con descaro—. Usted mismo lo dijo. No tiene ningún poder sobre nosotros. Oí que lo decía.

El rostro de Billings parecía de granito.

—Los tomaré. Son míos. Me pertenecen.

—Si trata de tomarlos llamaré a la policía, y a mi padre.

Billings apretó su paraguas. Boqueó como un pez. Su cara se tiño de un desagradable tono rojizo. Ni él ni Tommy hablaron. Los demás chicos les miraban con los ojos abiertos de par en par, asustados y fascinados.

De pronto, Billings hizo una mueca cuando un pensamiento cruzó por su mente. Miró el suelo, el tosco círculo y las canicas. Sus ojos centellearon.

—Escúchame. Yo…, me los jugaré contigo.

—¿A qué?

—A este juego, a las canicas. Si ganas, te los quedas. Si gano, me los devuelves al instante. Todos.

Tommy meditó mientras desviaba la mirada de Billings al círculo trazado en el suelo.

—Si gano, ¿no intentará quitármelos nunca más? ¿Dejará que me los quede…, para siempre?

—Sí.

—De acuerdo. —Tommy se apartó—. Trato hecho. Si usted gana, se los devuelvo, pero si yo gano, son míos. Y usted nunca los recuperará.

—Tráelos aquí en seguida.

—Claro. Voy a buscarlos. —«Y mi canica también», pensó para sí—. Vuelvo en seguida.

—Esperaré aquí —dijo el señor Billings, que aferraba el paraguas con sus grandes manos.

Tommy bajó de dos en dos los escalones del porche. Su madre se asomó a la puerta.

—No deberías salir otra vez tan tarde. Si no vuelves dentro de media hora, te quedarás sin cenar.

—Media hora —gritó Tommy.

Corrió por la acera a oscuras, apretando con las manos el bulto que deformaba su chaqueta, la caja de puros que se agitaba y retorcía. Corrió sin cesar, jadeando en busca de aliento.

El señor Billings continuaba de pie en el límite del solar, esperando en silencio. El sol se había puesto. La noche se acercaba. Los niños se habían marchado a sus casas. Cuando Tommy entró en el desértico solar, un viento hostil sopló entre la maleza y la hierba, y agitó sus pantalones.

—¿Los has traído? —preguntó el señor Billings.

—Claro.

Tommy se detuvo, jadeante. Sacó poco a poco de la chaqueta la pesada caja de puros. Quitó la goma que la sujetaba y abrió un poco la tapa.

—Están aquí dentro.

El señor Billings se aproximó; respiraba roncamente. Tommy cerró la tapa de un manotazo y volvió a colocar la cinta de goma.

—Vamos a jugar. —Dejó la caja en el suelo—. Son míos..., a menos que usted gane.

—De acuerdo —aceptó Billings—. Empecemos, pues.

Tommy rebuscó en sus bolsillos. Extrajo su ágata, sujetándola con cuidado. A la luz crepuscular, la gran canica rojinegra centelleaba, con sus franjas blancas y de color arena. Como Júpiter. Una canica dura, inmensa.

—Adelante —dijo Tommy.

Se arrodilló y dibujó un tosco círculo en el suelo. Vació una bolsa de canicas dentro.

—¿Tiene alguna?

—¿Cómo?

—Canicas. ¿Con qué piensa tirar?

—Con una de las tuyas.

—Claro. —Tommy tomó una canica del círculo y se la arrojó—. ¿Quiere que yo tire primero?

Billings asintió con la cabeza.

—Estupendo —sonrió Tommy.

Cerró un ojo y apuntó con cuidado. Su cuerpo se quedó rígido durante un momento, formando un arco inmóvil, perfecto. Después tiró. Las canicas chocaron con un ruido metálico y rodaron fuera del círculo hasta detenerse entre la hierba. Lo había hecho bien. Recogió sus ganancias y las guardó en la bolsa de tela.

—¿Me toca a mí? —preguntó Billings.

—No. Mi canica sigue dentro del círculo. —Tommy se agachó otra vez—. Tengo otro tiro.

Tiró. Esta vez consiguió tres canicas. Su ágata no se salió del círculo.

—Otro tiro —dijo Tommy, sonriente.

Tenía casi la mitad. Se arrodilló, contuvo el aliento y apuntó. Quedaban veinticuatro canicas. Si conseguía cuatro más, ganaba. Cuatro más...

Tiró. Dos canicas salieron del círculo. Y su ágata, que fue a parar entre la maleza.

Tommy recogió las dos canicas y el ágata. En total, tenía veintiuna. Quedaban veintidós dentro del círculo.

—Muy bien —murmuró, a regañadientes—. Ahora le toca a usted. Adelante.

Edward Billings se arrodilló con dificultad, tambaleándose y jadeando. Su rostro se tiñó de gris. Dio vueltas a la canica en su mano, indeciso.

—¿Nunca ha jugado? —preguntó Tommy—. No sabe cómo tomarla, ¿verdad?

—No —reconoció Billings.

—Tiene que sujetarla entre el índice y el pulgar.

Tommy vio que los rígidos y viejos dedos manoseaban con torpeza la canica. Billings la dejó caer, pero la recogió en seguida.

—Impúlsela con el pulgar. Así. Tráigala, se lo enseñaré.

Tommy asió los dedos del anciano y los dobló alrededor de la canica. Por fin, los colocó en su lugar.

—Adelante. —Tommy se irguió—. A ver cómo le sale.

El viejo no se dio prisa. Contempló las canicas del círculo y sus manos temblorosas. Tommy oía su respiración, el jadeo profundo y ronco, en el frío aire de la noche.

El anciano miró la caja de puros que descansaba en las sombras. Volvió la vista hacia el círculo. Sus dedos se movieron...

Se produjo un relámpago. Un relámpago cegador. Tommy lanzó un grito y se frotó los ojos. Todo giraba a una velocidad de vértigo. Tropezó y cayó en la maleza húmeda. Le dolía la cabeza. Se sentó en el suelo, se frotó los ojos y agitó la cabeza, intentando ver.

Por fin, las últimas chispas desaparecieron. Tommy parpadeó y miró a su alrededor.

El círculo estaba vacío. En su interior no había canicas. Billings las había ganado todas.

Tommy alargó la mano. Sus dedos tocaron algo caliente. Dio un brinco. Era un fragmento de vidrio, un brillante fragmento rojo de vidrio fundido. Estaba rodeado por todas partes de relucientes fragmentos de vidrio, que se enfriaban lentamente entre la hierba y la maleza húmedas. Mil astillas de estrellas que titilaban y se desvanecían en torno suyo.

Edward Billings se puso en pie poco a poco, frotándose las manos.

—Me alegro de haber terminado —jadeó—. Soy demasiado viejo para agacharme así.

Sus ojos distinguieron la caja de puros que yacía sobre la tierra.

—Ahora vuelven a ser míos, y podré continuar mi trabajo.

Tomó la caja de madera y se la puso bajo el brazo. Recogió el paraguas y se alejó arrastrando los pies, en dirección a la acera que había al otro lado del solar.

—Adiós —dijo Billings, deteniéndose un momento.

Tommy no contestó.

Billings se alejó por la acera, apretando con fuerza la caja de puros.

El anciano entró en el apartamento, respirando con rapidez. Tiró el paraguas negro en el rincón, se sentó ante el escritorio y dejó la caja de puros frente a él. Se quedó un momento quieto, respirando con fuerza y contemplando el cuadrado marrón y amarillo de madera y cartón.

Había ganado. Los había recuperado. Otra vez eran suyos. Y justo a tiempo. El día concertado para entregar el informe se le estaba echando encima.

Billings se despojó de la chaqueta y el chaleco. Se subió las mangas, algo tembloroso. Había tenido suerte. El control sobre el tipo B era muy limitado. Se hallaban prácticamente al margen de la ley. Ése era el problema, por supuesto. Los tipos A y B se las habían arreglado para escapar a la

supervisión. Se habían rebelado, desobedecido órdenes y traspasado los límites del plan.

Pero éstos... El tipo nuevo, el Proyecto C. Todo dependía de ellos. Se habían alejado de sus manos, pero ahora los había recuperado. Estaban bajo su control, tal como pretendía, dentro de la periferia de la orden supervisora.

Billings quitó la cinta elástica de la caja. Levantó la tapa lenta y precavidamente.

Salieron como un enjambre..., y rápidamente. Algunos se dirigieron a la derecha, otros a la izquierda. Dos columnas de figuras diminutas que huían con la cabeza inclinada. Una llegó al borde del escritorio y saltó. Aterrizó sobre la alfombra, rodó y cayó. Una segunda saltó tras la primera, y luego otra.

Billings se recobró de su parálisis. Agitó las manos como un poseso, intentando capturarlas. Sólo quedaban dos. Lanzó un manotazo a una, pero falló. La otra...

Consiguió atraparla entre sus dedos engarfiados. Su compañera giró en redondo. Tenía algo en la mano. Una astilla de madera, arrancada del interior de la caja.

Saltó y clavó el extremo de la astilla en un dedo de Billings.

Billings ahogó un grito de dolor. Abrió los dedos. El cautivo brincó y rodó sobre la espalda. Su compañero le ayudó a levantarse, medio arrastrándolo hacia el borde del escritorio. Los dos saltaron al unísono.

Billings se agachó y tanteó en su busca. Se dispersaron a toda velocidad, en dirección a la puerta que daba a la terraza. Uno alcanzó el enchufe de la lámpara y tiró de él. Se le unió un segundo y las dos diminutas figuras aunaron sus esfuerzos. El cable de la lámpara se separó del muro. La habitación se sumió en la oscuridad.

Billings encontró el cajón del escritorio. Lo abrió y derramó su contenido sobre el suelo. Localizó algunas cerillas grandes y encendió una.

Se habían ido..., hacia la terraza.

Billings corrió tras ellos. La cerilla se apagó. Encendió otra, protegiéndola del viento con la mano.

Los hombrecitos habían trepado a la barandilla. Caminaban sobre el borde, agarrándose a la hiedra, y se balanceaban en la oscuridad.

Llegó al borde demasiado tarde. Todos habían desaparecido. Los nueve habían saltado por el borde del tejado y se habían perdido en la negrura de la noche.

Billings bajó corriendo hacia el porche trasero. Rodeó la casa a toda prisa, hacia el punto en que la hiedra trepaba por el costado.

Nada se movía. Ni el menor movimiento. Silencio. Ni rastro de ellos por ninguna parte.

Se habían escapado. Se habían ido. Habían trazado un plan de huida y lo habían llevado a la práctica. Dos columnas avanzaron en direcciones opuestas en cuanto la tapa se levantó. Un control del tiempo y una ejecución perfectos.

Billings subió lentamente la escalera que conducía a su habitación. Abrió la puerta de un empujón y se quedó inmóvil en el umbral, respirando con fuerza, atontado por la conmoción.

Se habían marchado. El Proyecto C había concluido. Había terminado como los demás, de manera idéntica. Independencia y rebelión. Burlando la

supervisión. Sin control. El Proyecto A había influido en el Proyecto B... Y ahora, de la misma manera, la contaminación se había extendido al Proyecto C.

Billings se dejó caer pesadamente ante su escritorio. Permaneció durante mucho rato inmóvil, silencioso y pensativo. Poco a poco fue comprendiendo. No era culpa suya. Ya había ocurrido antes..., en dos ocasiones. Y volvería a suceder. Cada proyecto transmitiría el descontento al siguiente. Nunca terminaría, por más proyectos que se concibieran y se pusieran en práctica. La rebelión y la huida. La evasión del plan.

Al cabo de un tiempo, Billings alargó la mano y acercó el volumen que contenía su informe. Pasó las páginas hasta llegar al punto en que lo había dejado. Arrancó del informe toda la última sección. El sumario. Carecía de sentido desmenuzar el proyecto actual. Un proyecto era tan bueno como cualquier otro. Todos serían idénticos: idénticos fracasos.

Lo supo en cuanto los vio. En cuanto levantó la tapa. Iban vestidos. Con diminutas prendas de tela. Al igual que los otros, mucho tiempo atrás.

PROBLEMAS CON LAS BURBUJAS

Nathan Hull salió del coche de superficie y atravesó el pavimento a pie, aspirando el frío aire de la mañana. Los camiones automáticos robot empezaron a circular con estruendo. La boca de una cloaca engulló ansiosamente los desperdicios de la noche. Un titular que ya se desvanecía captó su atención por un momento:

TÚNEL BAJO EL PACÍFICO TERMINADO
EL CONTINENTE ASIÁTICO UNIDO

Rebasó la esquina, las manos hundidas en los bolsillos, buscando la casa de Farley.

Dejó atrás la habitual galería de Mundomanía y su llamativo lema: «¡Sea propietario de su propio mundo!». Recorrió un corto sendero bordeado de hierba y llegó ante un porche de fachada inclinada. Subió tres peldaños de mármol de imitación. Hull movió la mano frente a la célula fotoeléctrica y la puerta desapareció.

La casa se hallaba en silencio. Hull encontró el ascensor que conducía al segundo piso y miró hacia arriba. Ni el menor ruido. Un aire caliente soplaba en torno suyo, salpicado de tenues olores: olor a comida, a gente y a objetos familiares. ¿Se habrían marchado? No. Sólo habían pasado tres días. Estarían en alguna parte, tal vez en la terraza del tejado.

Subió al segundo piso y descubrió que estaba desierto, pero algunos sonidos llegaron a sus oídos. El tintineo de una carcajada, la voz de un hombre. La de una mujer... Quizá se trataba de Julia. Confió en ello... Confió en que todavía estuviera consciente.

Hull reunió el coraje necesario para probar una puerta al azar. A veces, durante el tercer y cuarto día, los concursos adquirían cierta rudeza. La puerta se esfumó, pero la habitación estaba vacía. Sofás, vasos vacíos,

ceniceros, tubos estimulantes agotados, prendas de ropa diseminadas por todas partes...

De repente, aparecieron Julia Marlow y Max Farley tomados del brazo, seguidos de un grupo de personas excitadas, de mejillas enrojecidas y ojos brillantes, casi febriles. Entraron en la habitación y se quedaron quietos.

—¡Nat! —Julia se deshizo del abrazo de Farley y corrió hacia él, sin aliento—. ¿De veras ha pasado tanto tiempo?

—El tercer día —dijo Hull—. Hola, Max.

—Hola, Hull. Siéntate y ponte cómodo. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. No tengo tiempo. Julia...

Farley indicó a un robocriado que se acercara. Éste extrajo de su pecho dos copas.

—Toma, Hull. Tienes el tiempo suficiente para tomar un trago.

Bart Longstreet y una esbelta rubia salieron por una puerta.

—¡Hull! ¿Ya estás aquí? ¿Tan pronto?

—El tercer día. Vengo a recoger a Julia, si todavía quiere marcharse.

—No te la lleves —protestó la rubia.

Vestía una túnica *oblicua,* invisible para el rabillo del ojo, pero que se transformaba en un chorro opaco al mirarla directamente.

—Están deliberando en el salón. Ven a echar un vistazo. La diversión acaba de empezar.

Sus ojos azules de espesas pestañas, vidriosos y apagados a causa de las drogas, parpadearon.

Hull se volvió hacia Julia.

—Si quieres quedarte...

Julia apoyó la mano en su hombro, nerviosa, sin apartarse de él. Susurró unas palabras en el oído de Hull, sin alterar su mirada fija.

—Nat, por el amor de Dios, sácame de aquí. No puedo aguantarlo más. ¡Por favor!

Hull captó su llamada de auxilio, la desesperación que brillaba en sus ojos. Intuyó la muda urgencia que recorría su cuerpo, tenso y rígido.

—De acuerdo, Julia. Nos vamos. Desayunaremos algo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Hace dos días, creo. No lo sé. —Su voz temblaba—. Están en plena deliberación. Dios mío, Nat, tendrías que haber visto...

—No puedes irte hasta que termine la discusión —atronó Farley—. Me parece que casi han finalizado. ¿Nunca has participado, Hull? ¿No has concursado?

—No he concursado.

—Pero serás propietario.

—No, lo siento —dijo Hull, en un tono algo irónico—. Yo no soy propietario de ningún mundo. No puedo asistir.

—Te pierdes algo bueno. —Max exhibió una sonrisa de drogado, balanceándose sobre sus talones—. Qué pasada... El mejor concurso de las últimas semanas. Y lo más divertido empieza *después* del fallo. Esto no son más que preliminares.

—Lo sé. —Hull empujó a Julia hacia el ascensor, sin perder más tiempo—. Ya nos veremos. Hasta luego, Bart. Llámame cuando salgas de aquí.

—¡Espera! —murmuró Bart de súbito, ladeando la cabeza—. La deliberación ha terminado. Van a proclamar al ganador. —Se dirigió hacia el salón, seguido de los demás—. ¿Vienes, Hull? ¿Julia?

Hull miró a la muchacha.

—De acuerdo. —Caminaron tras los demás a regañadientes—. Sólo un momento.

Una muralla de sonidos cayó sobre ellos. El salón era un caos de hombres y mujeres entremezclados.

—¡He ganado! —gritaba extasiada Lora Becker.

La gente se empujaba y arremolinaba a su alrededor, abriéndose paso hasta la mesa electoral para apoderarse de sus ejemplares. Sus voces aumentaron de volumen y se transformaron en un amenazador estruendo de sonidos discordantes. Los robocriados apartaban con calma muebles y objetos, abriendo espacios libres. Un frenesí histérico se estaba apoderando del enorme salón.

—¡Lo sabía! —Los dedos de Julia apretaron el brazo de Hull—. Vamos. Vámonos antes que empiecen.

—¿A qué?

—¡Escúchales! —Los ojos de Julia brillaban de temor—. ¡Vámonos, Nat! Ya tengo bastante. No puedo soportarlo ni un momento más.

—Te lo advertí antes que vinieras.

—Sí, ¿verdad? —Julia esbozó una sonrisa y tomó la chaqueta que le tendía un robocriado. Se la ajustó alrededor de sus pechos y hombros—. Lo admito. Me lo advertiste. Ahora, vámonos, por el amor de Dios. —Se volvió y se abrió paso entre la excitada multitud hacia el descensor—. Larguémonos de aquí. Vamos a desayunar. Tenías razón. Estas cosas no son para nosotros.

Lora Becker, regordeta y entrada en años, avanzaba hacia el estrado situado entre los jueces, abrazando el objeto contra su pecho. Hull se detuvo un momento para observar a la inmensa mujer que luchaba por ganar terreno; bajo las luces implacables del techo, sus facciones ajadas, alteradas químicamente, se tiñeron de gris. El tercer día... Los efectos empezaban a advertirse en un montón de veteranos, a pesar de sus máscaras artificiales.

Lora llegó al estrado.

—¡Miren! —gritó, levantando en alto su ejemplar.

La burbuja Mundomanía brilló al captar la luz. Hull, de mala gana, reconoció su admiración por el objeto. Si el mundo interior era tan estupendo como el exterior...

Lora hizo girar la burbuja. Ésta centelleó y adquirió una gran brillantez. La multitud guardó silencio, contemplando el objeto ganador, el mundo que había conseguido el premio sobre los demás contrincantes.

El objeto de Lora Becker era magistral. Hasta Hull se vio forzado a admitirlo. La mujer incrementó el aumento enfocando el microscópico planeta central. Un murmullo de admiración barrió el salón.

Lora volvió a incrementar el aumento. El planeta central creció, y se vio un océano verde pálido que lamía con olas perezosas una playa. Apareció una ciudad, torres y amplias calles, bellas cintas de oro y acero. Dos soles gemelos brillaban en lo alto, proporcionando calor a la ciudad. Miríadas de habitantes se dirigían a sus ocupaciones.

—Maravilloso —susurró Bart Longstreet colocándose al lado de Hull—. La vieja bruja ha dedicado sesenta años a su obra. No me extraña que haya ganado. Ha participado en todos los concursos que recuerdo.

—Es bonita —admitió Julia con un hilo de voz.

—¿Es que no te interesa? —preguntó Longstreet.

—¡No me interesa nada de todo esto!

—Quiere irse —explicó Hull, que se encaminó hacia el descensor—. Hasta luego, Bart.

—Sé a qué te refieres —asintió Longstreet—. Estoy de acuerdo en muchos sentidos. ¿Te importa si...?

—¡Miren! —gritó Lora Becker, enrojeciendo. Incrementó al máximo el aumento para revelar detalles de la ciudad en miniatura—. ¿Les ven? ¿Les *ven*?

Los habitantes de la ciudad aparecieron a la vista con toda claridad. Millares y millares de ellos se encaminaban a toda prisa hacia sus centros de trabajo, a pie y en coche. Cruzaban laberintos de puentes tendidos entre edificios tan hermosos que cortaban el aliento.

Lora sostenía en alto la burbuja Mundomanía. Su respiración se aceleró. Paseó por el salón sus ojos brillantes e inflamados, que centelleaban de una forma enfermiza. Por todas partes se alzaron murmullos nerviosos y excitados. Numerosas burbujas Mundomanía se elevaron hasta la altura del pecho, aferradas por manos ansiosas y exaltadas.

Lora abrió la boca. Hilillos de saliva resbalaron por las comisuras. Hizo una mueca y levantó la burbuja sobre la cabeza; su pecho aplastado se hinchó convulsivamente. De pronto, su rostro sufrió un espasmo y sus facciones se contorsionaron. Su grueso cuerpo osciló de una manera grotesca..., y la burbuja Mundomanía escapó de sus manos y se estrelló contra el estrado, frente a ella.

La burbuja se rompió en mil pedazos. Vidrio y metal, piezas de plástico, engranajes, tubos, la maquinaria vital de la burbuja salió despedida en todas direcciones.

Se produjo un gran estrépito. Los demás propietarios se pusieron a destrozar sus mundos. Los rompían, aplastaban y pateaban, reduciendo a polvo los delicados mecanismos de control. Hombres y mujeres, liberados por la señal de Lora Becker, se abandonaron a una orgía de lujuria dionisíaca. Aplastaron y destrozaron las burbujas construidas con tanto esmero, una tras otra.

—Santo Dios —exclamó Julia.

Luchó por alejarse, acompañada de Hull y Longstreet.

Rostros perlados de sudor, ojos febriles y brillantes, bocas que se abrían como por voluntad propia y farfullaban sonidos sin sentido. Ropas desgarradas, arrancadas. Una muchacha cayó bajo los pies de la muchedumbre, y sus chillidos se perdieron en el estruendo general. Otra la siguió, zambullida en la masa apiñada. Hombres y mujeres se entregaban al abandono más total, entre gritos y jadeos. Y por todas partes se oía el espantoso sonido del metal y el vidrio despedazados, el interminable fragor de los mundos que eran destruidos uno tras otro.

Julia, pálida como un muerto, sacó a Hull a rastras del salón. Se estremeció y cerró los ojos.

—Sabía que sucedería. Tres días para llegar a esto. Los están destrozando todos... Todos los mundos.

Bart Longstreet se abrió paso hasta Hull y Julia.

—Lunáticos. —Encendió un cigarrillo con dedos temblorosos—. ¿Qué demonios les ocurre? Ya ha ocurrido otras veces. Se ponen a destrozar sus mundos. No tiene sentido.

Hull llegó al descensor.

—Ven con nosotros, Bart. Iremos a desayunar..., y te explicaré mi teoría, aunque no sirva de nada.

—Espera un momento. —Bart Longstreet tomó su burbuja de manos de un robocriado—. Mi pieza de concurso. No quiero perderla.

Corrió tras Hull y Julia.

—¿Más café? —preguntó Hull.

—Yo no quiero —murmuró Julia. Se reclinó en su silla y suspiró—. Me encuentro muy bien.

—Yo sí tomaré. —Bart empujó su taza hacia el distribuidor automático de café. Éste llenó la taza y se la devolvió—. Tienes una bonita casa, Hull.

—¿No habías venido nunca?

—No suelo venir por aquí. Hacía años que no estaba en Canadá.

—Oigamos tu teoría —murmuró Julia.

—Adelante —dijo Bart—. Estamos ansiosos.

Hull guardó silencio durante unos momentos. Su mirada vagó más allá de los platos que llenaban la mesa hasta el objeto posado sobre el antepecho de la ventana: la pieza de concurso de Bart, su burbuja Mundomanía.

—«Sea propietario de su propio mundo» —citó Hull con ironía—. Menudo lema publicitario.

—Packman lo inventó —dijo Bart—. Cuando era joven. Hace casi cien años.

—¿Tanto?

—Packman sigue tratamientos. Un hombre de su posición puede permitírselos.

—Por supuesto. —Hull se puso lentamente en pie. Atravesó la habitación y volvió con la burbuja—. ¿Te importa? —preguntó a Bart.

—Adelante.

Hull ajustó los controles montados en la superficie de la burbuja. El paisaje interior se iluminó. Un planeta en miniatura que giraba poco a poco. Un diminuto sol blancoazulado.

Hull aumentó el tamaño del planeta.

—No está mal —admitió Hull, pasados unos segundos.

—Primitivo. Última época del Jurásico. No tengo el don. Por lo visto, soy incapaz de hacerlos evolucionar hasta el período de los mamíferos. Es mi decimosexta intentona. No puedo pasar de ahí.

El paisaje era una jungla densa, sembrada de vegetación descompuesta. Grandes formas se movían a intervalos entre los helechos podridos y los pantanos. Enroscados y relucientes reptiles, formas borrosas que surgían del espeso cieno...

—Desconéctala —murmuró Julia—. Ya he visto bastantes. Examinamos centenares para el certamen.

—No tenía la menor posibilidad. —Bart recuperó su burbuja y la desconectó—. Para ganar, es necesario conseguir algo mejor que el Jurásico. La competencia es muy dura. La mitad de los concursantes tenían sus burbujas en el Eoceno..., y al menos diez en el Plioceno. La pieza de Lora no les iba en zaga. Conté varias civilizaciones concentradas en una sola ciudad, pero la suya era casi tan avanzada como lo estamos nosotros.

—Sesenta años —dijo Julia.

—Llevaba mucho tiempo probando. Ha trabajado mucho. Es una de esas personas para las que no significa un juego, sino una auténtica pasión. Una manera de vivir.

—Y después la destroza —dijo Hull, pensativo—. Hace añicos la burbuja. Un mundo al que ha dedicado años de trabajo. Guiándolo período a período. Cada vez más arriba. Lo rompe en un millón de fragmentos.

—¿Por qué? —preguntó Julia—. ¿Por qué, Nat? ¿Por qué lo hacen? Llegan tan lejos, se esfuerzan tanto..., y después lo echan todo por tierra.

—Todo comenzó —dijo Hull, reclinándose en su silla— cuando no se encontró vida en los demás planetas. Cuando los equipos de exploración volvieron con las manos vacías. Ocho planetas muertos, sin vida. No servían para nada. Ni siquiera había líquenes. Arena y roca. Desiertos sin fin. Uno tras otro, de aquí a Plutón.

—Un descubrimiento amargo —comentó Bart—. Ocurrió antes de nuestra época, por supuesto.

—No mucho antes. Packman lo recuerda. Hace un siglo. Esperamos durante mucho tiempo los viajes espaciales, volar a otros planetas. Total, para no encontrar nada...

—Como si Colón hubiera descubierto que el mundo era, en verdad, plano —apuntó Julia—. Con un borde y después la nada.

—Peor. Colón buscaba el camino más corto a China. *Pudo* haber seguido adelante. Sin embargo, cuando nosotros exploramos el sistema y no encontramos nada tuvimos graves problemas. La gente contaba con nuevos mundos, nuevas tierras en el cielo. Colonización. Contacto con razas diferentes. Comercio. Intercambio de minerales y productos culturales. Pero, sobre todo, la emoción de aterrizar en planetas con formas de vida asombrosas.

—Y en lugar de ello...

—Nada, excepto roca muerta y desolación. Nada que pudiera sustentar vida..., de nuestro tipo o de cualquier otro. Una enorme decepción se adueñó de todas las capas sociales.

—Y entonces, Packman se sacó de la manga la burbuja Mundomanía —murmuró Bart—. «Sea propietario de su propio mundo.» No era posible ir a otros lugares fuera de la Tierra. No era posible visitar otros mundos. No podías marcharte a otro planeta. Así que, en lugar de ello...

—En lugar de ello, te quedabas en casa y construías tu propio mundo. —Hull sonrió con ironía—. Ahora ha salido una versión infantil, a modo de entrenamiento, para que el niño comprenda los problemas básicos de construir mundos antes que tenga una burbuja.

—Escucha, Nat —dijo Bart—. Al principio, las burbujas parecieron una buena idea. No podíamos marcharnos de la Tierra, así que construíamos nuestros propios mundos aquí. Mundos subatómicos, metidos en envases controlados. Creamos vida en un mundo subatómico, fomentamos problemas para obligarla a evolucionar, intentamos que alcance un nivel progresivamente superior. En teoría, no hay nada de malo en la idea. Es un pasatiempo creativo, no cabe duda. No se trata de algo pasivo, como la televisión. Sustituye a todas las diversiones, a todos los deportes pasivos, así como a la música y la pintura...

—Pero algo salió mal.

—Al principio no —objetó Bart—. Al principio, era creativo. Todo el mundo compraba una burbuja Mundomanía y construía su propio mundo. Vida que

evolucionaba sin cesar, vida moldeada, controlada. Se competía con los demás para ver quién lograba el mundo más avanzado.

—Y solucionaba otro problema —añadió Julia—. El problema del ocio. Con robots trabajando para nosotros y robocriados a nuestro servicio, que se ocupaban de nuestras necesidades...

—Sí, era un auténtico problema —admitió Hull—. Demasiado tiempo libre. Nada que hacer. Y, además, la decepción de descubrir que nuestro planeta era el único habitable de todo el sistema.

»Las burbujas de Packman parecieron solucionar ambos problemas, pero algo salió mal. Se produjo un cambio. Me di cuenta en seguida. —Hull apagó su cigarrillo y encendió otro—. El cambio empezó hace diez años..., y ha ido empeorando.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Julia—. Explícame por qué todos dejaron de construir sus mundos de una forma creativa y empezaron a destruirlos.

—¿Has visto alguna vez a un niño arrancando las alas a una mosca?

—Desde luego, pero...

—Es lo mismo. ¿Sadismo? No, exactamente no. Algo más cercano a la curiosidad: el poder. ¿Por qué rompe cosas un niño? El poder, otra vez. Hay algo que no debemos olvidar jamás. Estas burbujas son *sustitutos*. Ocupan el lugar de otra cosa, de encontrar vida auténtica en nuestros planetas. Y son demasiado pequeñas para lograrlo.

»Estos mundos son como barcos de juguete en una bañera o cohetes en miniatura para que jueguen los niños. Son sustitutos del objeto real. ¿Por qué los desea la gente que los manipula? Porque no puede explorar planetas reales, planetas grandes. Tiene demasiada energía concentrada en su interior, una energía que es incapaz de expresar.

»Y la energía reprimida produce amargura. Se convierte en agresividad. La gente se dedica a construir sus propios mundos durante un tiempo, pero al final llega a un punto en que su hostilidad latente, su sensación de pérdida, su...

—Hay una explicación mucho más sencilla —dijo con calma Bart—. Tu teoría es demasiado complicada.

—¿Cuál es tu explicación?

—Las tendencias destructivas innatas del hombre. Su deseo natural de matar y sembrar la ruina.

—Eso no existe —declaró Hull—. El hombre no es una hormiga. Sus impulsos carecen de una dirección determinada. Tiene tantos «deseos de destruir» instintivos como deseos instintivos de tallar abrecartas de marfil. Tiene *energía*..., y se descarga según las posibilidades que haya a mano.

»Y ahí reside el error. Todos tenemos energía, deseos de movernos, de actuar, de hacer cosas, pero estamos atrapados aquí, encerrados en un solo planeta. Por eso compramos burbujas Mundomanía y creamos pequeños mundos a nuestro capricho. Sin embargo, los mundos microscópicos no bastan. Son tan satisfactorios como un barco de juguete para un hombre que quiere hacer un crucero.

Bart reflexionó durante largos minutos, enfrascado en sus pensamientos.

—Quizá tengas razón —admitió por fin—. Me parece razonable, pero, ¿qué sugieres? Si los otros ocho planetas están muertos...

—Seguir explorando, más allá del sistema.

—Ya lo estamos haciendo.

—Buscar salidas que no sean artificiales.

—Hablas así porque nunca has anhelado nada —sonrió Bart. Dio una palmadita afectuosa a su burbuja—. Yo no la considero artificial.

—Pero la mayoría de la gente sí —señaló Julia—. La mayoría de la gente no está satisfecha. Por eso nos fuimos del concurso.

—De acuerdo, cada vez es peor —gruñó Bart—. Menuda escena, ¿verdad? —Reflexionó, con el ceño fruncido—. Pero las burbujas son mejor que nada. ¿Qué sugieres? ¿Que renunciemos a nuestras burbujas? ¿Qué haremos entonces, sentarnos a charlar?

—A Nat le gusta charlar —murmuró Julia.

—Como a todos los intelectuales. —Bart tiró de la manga de Hull—. Cuando te sientas en tu butaca del Directorio, estás con las clases intelectuales y profesionales... Rayas grises.

—¿Y tú?

—Rayas azules. Industrial. Ya lo sabes.

—De acuerdo —asintió Hull—. Tu estás con Rutas Espaciales de la Tierra. La empresa que nunca pierde la esperanza.

—Total, quieres que renunciemos a nuestras burbujas y nos sentemos a conversar. Vaya solución al problema.

—Van a *tener que* renunciar. —El rostro de Hull enrojeció—. Lo que hagan después es problema de ustedes.

—¿Qué quieres decir?

Hull se volvió hacia Longstreet, echando chispas por los ojos.

—He presentado un proyecto de ley al Directorio. Un proyecto de ley que ponga fuera de la ley a Mundomanía. Bart se quedó boquiabierto.

—¿*Qué*?

—¿En qué te basas? —preguntó Julia.

—En motivos morales —declaró con calma Hull—. Y creo que lo voy a lograr.

El eco de los murmullos resonaba en el enorme salón del Directorio. Los hombres se aprestaban a ocupar su asiento para preparar los temas de la sesión.

Eldon von Stern, líder del Directorio, se había aislado con Hull detrás del estrado.

—Aclaremos esto —dijo von Stern con nerviosismo, pasándose los dedos por el cabello gris acero—. ¿Pretendes *defender* tú en persona tu proyecto de ley?

—Exacto —asintió Hull—. ¿Por qué no?

—Las máquinas analizadoras pueden desglosar el proyecto y presentar un informe imparcial a los miembros del Directorio. La demagogia ha pasado de moda. Si largas una perorata sentimental, ten por seguro que perderás. Los miembros no...

—Correré el riesgo. Es algo demasiado importante para confiarlo a las máquinas.

Hull echó un vistazo a la inmensa sala, que poco a poco iba recobrando la calma. Representantes de todo el mundo habían ocupado sus puestos. Propietarios de fortunas vestidos de blanco. Magnates de la industria y las finanzas ataviados de azul. Líderes de fábricas cooperativas y granjas públicas, con camisa roja. Hombres y mujeres vestidos de verde que representaban a los consumidores de clase media. Los miembros de su propio grupo, que se distinguían por el traje a rayas grises: médicos,

abogados, científicos, educadores, intelectuales y profesionales de todos los campos.

—Correré el riesgo —repitió Hull—. Quiero que el proyecto sea aprobado. Ya era hora de hablar con claridad.

Von Stern se encogió de hombros.

—Como quieras. —Miró a Hull con curiosidad—. ¿Qué tienes contra Mundomanía? Es una empresa demasiado poderosa para oponerle resistencia. Packman en persona ha venido. Me sorprende que tu...

El presidente robot emitió una señal luminosa. Von Stern se alejó de Hull y subió al estrado.

—¿Estás seguro que quieres defender el proyecto? —preguntó Julia, que se hallaba al lado de Hull, oculta por las sombras—. Tal vez Stern tenga razón. Deja que las máquinas analicen el proyecto.

Hull escudriñaba el mar de caras, intentando localizar a Packman. El propietario de Mundomanía estaba sentado en algún sitio. Forrest Packman, con su inmaculada camisa blanca, como un ángel anciano y marchito. Packman prefería sentarse con el grupo de los propietarios, puesto que no consideraba a Mundomanía una industria, sino una propiedad inmueble. La propiedad todavía poseía un cierto prestigio.

Von Stern tocó el brazo de Hull.

—Adelante. Siéntese en la silla y explique su propuesta.

Hull subió al estrado y tomó asiento en la gran silla de mármol. Las interminables filas de caras que tenía frente a él estaban desprovistas de toda expresión.

—Ya han leído los términos de la propuesta que voy a defender —empezó Hull. Los altavoces situados en la mesa de cada miembro amplificaban su voz—. Propongo que declaremos a Industrias Mundomanía una amenaza pública, y sus bienes inmuebles, propiedad del Estado. Expondré mis motivos de una manera sucinta.

»Ya conocen la teoría y construcción del producto llamado Mundomanía, el universo subatómico. Existe un número infinito de mundos subatómicos, duplicados microscópicos de nuestras coordenadas espaciales. Mundomanía desarrolló hace casi un siglo un método de controlar, hasta treinta decimales, las fuerzas y tensiones implicadas en estos planos microcoordinados, y una máquina muy simplificada que podía ser manipulada por una persona adulta.

»Estas máquinas para controlar zonas específicas de coordenadas subatómicas han sido manufacturadas y vendidas al público con el lema publicitario “Sea propietario de su propio mundo”. La idea es que el propietario de una máquina se convierta literalmente en propietario de un mundo, puesto que la máquina controla fuerzas que gobiernan un universo subatómico, análogo al nuestro.

»Al comprar una de estas máquinas de Mundomanía, o burbujas, la persona se encuentra en posesión de un universo ritual y puede hacer con él lo que le plazca. Los manuales de instrucciones suministrados por la empresa le enseñan a controlar estos mundos en miniatura para que aparezcan formas de vida y evolucionen con gran rapidez; para que den origen a formas cada vez más elevadas, hasta que por fin, dando por sentada una cierta habilidad en el propietario, se encuentre en posesión de una civilización de seres con una cultura igual a la nuestra.

»Durante los últimos años hemos asistido a un aumento espectacular en las ventas de estas máquinas, de tal forma que, actualmente, todo el mundo posee uno o más mundos subatómicos, junto con sus respectivas civilizaciones, y también hemos visto durante estos años como muchos de nosotros tomábamos nuestros universos privados y hacíamos añicos a sus habitantes y planetas.

»No hay ley que nos impida crear una civilización compleja, que ha evolucionado a una velocidad increíble, para luego destruirla con saña. Por eso he presentado mi propuesta. Estas civilizaciones en miniatura no son sueños. Son reales. Existen de verdad. Los habitantes microscópicos son...

Observó ciertos signos de incomodidad a lo largo y ancho de la inmensa sala. Se oyeron murmullos y toses. Algunos miembros habían desconectado sus altavoces. Hull vaciló. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sólo veía rostros indiferentes, fríos, desinteresados. Se apresuró a continuar.

—Los habitantes están sujetos, en este momento, al menor capricho de su propietario. Si deseamos aplastar su mundo, provocar maremotos, terremotos, tornados, incendios, explosiones volcánicas..., si deseamos destruirles por completo, no pueden hacer nada para oponerse.

»Nuestra posición respecto a estas civilizaciones en miniatura es similar a la de un dios. Con un solo movimiento de la mano podemos exterminar a incontables millones de seres. Podemos enviar rayos, arrasar sus ciudades, aplastar sus diminutos edificios al igual que colinas. Podemos zarandearlos de un lado a otro como juguetes, víctimas de nuestros caprichos.

Hull se interrumpió, paralizado por el temor. Algunos miembros se habían levantado y se habían marchado. Una mueca de irónica diversión desfiguraba el rostro de von Stern.

—Quiero que las burbujas de Mundomanía sean prohibidas —prosiguió Hull, falto de convicción—. Se lo debemos a esas civilizaciones por motivos de humanidad, por motivos morales...

Siguió hasta terminar como pudo. Cuando se puso en pie surgieron unos tímidos aplausos del grupo formado por los profesionales. Los propietarios vestidos de blanco guardaron un silencio sepulcral, así como los industriales de azul. Los camisas rojas y los representantes de los consumidores, ataviados de verde, estaban en silencio, impasibles, incluso un poco divertidos.

Hull se reintegró a su bando, anonadado por la absoluta comprensión de su derrota.

—Hemos perdido —murmuró, aturdido—. No lo entiendo.

—Tal vez debería haber apelado a otros motivos... —Julia le tomó del brazo—. Es posible que las máquinas todavía puedan...

Bart Longstreet salió de las sombras.

—Fatal, Nat. No lo aprobarán.

—Lo sé —asintió Hull.

—No se puede destruir Mundomanía mediante reflexiones morales. Ésa no es la solución.

Von Stern dio la señal. Los miembros empezaron a votar, y las máquinas tabuladoras cobraron vida con un zumbido. Hull miraba en silencio la sala recorrida por murmullos, desconcertado y sin fuerzas.

De repente apareció una forma frente a él ocultando la escena. Hull se apartó, impaciente..., pero una voz rasposa le detuvo.

—Lástima, señor Hull. Le deseo mejor suerte la próxima vez.

—¡Packman! —susurró Hull, rígido—. ¿Qué quiere?

Forrest Packman salió de las sombras y avanzó hacia él lentamente, tanteando como un ciego.

Bart Longstreet miró al anciano con indisimulada hostilidad.

—Hasta luego, Nat.

Dio media vuelta con brusquedad y se alejó.

Julia le detuvo.

—Bart, ¿has de...?

—Asuntos importantes. Volveré después.

Bajó por el pasillo hacia la sección industrial de la sala.

Hull miró a Packman sin pestañear. Nunca había visto al anciano tan de cerca. Le estudió mientras avanzaba con parsimonia, apoyado en el brazo de su robocriado.

Forrest Packman era viejo: ciento siete años. Conservado mediante hormonas y transfusiones de sangre, complicadas depuraciones y procesos de rejuvenecimiento que mantenían la vida en su cuerpo anciano y agotado. Los ojos hundidos escrutaron a Hull mientras se acercaba. Sus manos apergaminadas se aferraban con fuerza al brazo de su robocriado. Su respiración era ronca y seca.

—¿Hull? ¿Le importa si charlo con usted mientras se procede a la votación? No me extenderé mucho. —Su mirada ciega se desvió más allá de Hull—. ¿Quién se ha ido? No pude ver...

—Bart Longstreet. Rutas Espaciales.

—Oh, sí. Le conozco. Su discurso fue muy interesante, Hull. Me trajo recuerdos de los viejos días. Esta gente ya no se acuerda de cómo eran. Los tiempos han cambiado. —Hizo una pausa para permitir que el robocriado le secara la boca y la barbilla—. Me interesaba la retórica. Algunos de los viejos maestros...

El anciano siguió divagando. Hull le examinó con curiosidad. ¿Era en verdad este viejo frágil y arrugado el poder oculto tras Mundomanía? No parecía posible.

—Bryan —susurró Packman, con voz seca como la ceniza—. William Jennings Bryan. Nunca le escuché, por supuesto, pero dicen que era el mejor. El discurso que ha pronunciado usted no era malo, pero usted no entiende. Le escuché con suma atención. Tiene algunas ideas buenas, pero lo que intenta hacer es absurdo. No conoce bastante a la gente. Nadie está realmente interesado en...

Se interrumpió y tosió débilmente. El robocriado le sujetó con las abrazaderas metálicas.

Hull, impaciente, pasó frente a él.

—La votación casi ha terminado. Quiero saber el resultado. Si quiere decirme algo, llene una memoplaca normal.

El robocriado de Packman le cerró el paso. Packman continuó hablando con voz lenta y temblorosa.

—A nadie le interesan tales proclamas, Hull. Ha hecho un buen discurso, pero no ha captado la idea. Todavía no, al menos, pero ha hablado bien. Lo mejor que he oído en mucho tiempo. Esos jovencitos, tan relamidos, corriendo de un lado a otro como botones...

Hull se esforzó por escuchar el resultado de la votación. El impasible robocriado le tapaba la vista, pero oyó los resultados por encima de la voz

Librodot

rasposa de Packman. Von Stern se había levantado y leía los resultados totales, grupo por grupo.

—Cuatrocientos en contra, treinta y cinco a favor —proclamó von Stern—. La propuesta ha sido derrotada. —Tiró las tarjetas de tabulación y tomó su agenda—. Pasaremos a los siguientes temas.

Packman se movió de súbito y ladeó la cabeza, similar a una calavera. Sus ojos hundidos centellearon y la sombra de una sonrisa se insinuó en sus labios.

—¿Derrotado? Ni siquiera todos los grises han votado a su favor, Hull. Tal vez escuchará ahora lo que tengo que decirle.

Hull se volvió. El robocriado bajó el brazo.

—Todo ha terminado —dijo Hull.

—Vámonos. —Julia, inquieta, se apartó de Packman—. Vámonos de aquí.

—¿Sabe una cosa? —prosiguió Packman, impasible—. Hay posibilidades en usted que podrían fructificar. Cuando yo tenía su edad, pensaba igual que usted. Pensaba que si la gente se daba cuenta de los problemas morales implicados, reaccionaría. Pero la gente no es así. Tiene que ser realista, si quiere llegar a algún sitio. La gente...

Hull apenas escuchaba la voz seca y rasposa que susurraba. Derrotado. Mundomanía, las burbujas-mundos, continuarían. Los Concursos: hombres y mujeres aburridos, con un exceso de tiempo libre, que bebían y bailaban, comparaban mundos, hasta alcanzar un climax..., y después la orgía de destrozos y destrucción. Una y otra vez. Incesantemente.

—Nadie puede oponerse a Mundomanía —dijo Julia—. Es demasiado poderosa. Tendremos que aceptar las burbujas como parte de nuestra vida. Como dice Bart, a menos que podamos ofrecerles algo a cambio...

Bart Longstreet salió rápidamente de la oscuridad.

—¿Aún sigue aquí? —preguntó a Packman.

—He perdido —dijo Hull—. La votación...

—Lo sé. Lo he oído. Pero no importa. —Longstreet se abrió paso entre Packman y su robocriado—. Quédate aquí. Me reuniré contigo dentro de un momento. He de ver a von Stern.

Algo en el tono de voz de Longstreet obligó a Hull a levantar la vista.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Por qué no importa? —preguntó Julia.

Longstreet subió al estrado y se dirigió hacia Stern. Le tendió un mensaje y después se retiró a las sombras.

Von Stern miró la placa...

Y dejó de hablar. Se puso en pie lentamente, aferrando la placa con fuerza.

—Tengo algo que comunicarle. —La voz de von Stern era temblorosa, casi inaudible—. Acabo de recibir un mensaje de la estación de control de Rutas Espaciales en Próxima Centauri.

Un murmullo excitado se propagó por la sala.

—Naves exploradoras han establecido contacto en el sistema de Próxima con emisarios comerciales de una civilización extragaláctica. Se ha producido ya un intercambio de mensajes. Naves de Rutas Espaciales se dirigen en estos momentos hacia el sistema de Arturo, con la esperanza de encontrar...

Una explosión de gritos. Hombres y mujeres se pusieron en pie, chillando de loca alegría. Von Stern dejó de leer y se quedó con los brazos cruzados y el rostro sereno, esperando a que se calmaran.

Forrest Packman estaba inmóvil, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados. El robocriado dispuso abrazaderas a su alrededor y le envolvió en un escudo protector de metal.

—¿Qué te parece? —aulló Longstreet mientras se reunía con ellos.

Miró la frágil y arrugada figura, que se sostenía gracias a las abrazaderas del robocriado, y después a Hull y a Julia.

—¿Qué dices, Hull? Salgamos de aquí..., y vayamos a celebrarlo.

—Te enviaré en avión a casa —dijo Hull a Julia. Buscó a su alrededor un crucero intercontinental—. Es una pena que vivas tan lejos: Hong Kong está demasiado apartado.

—Puedes llevarme tú —dijo Julia, tomándole del brazo—. ¿No te acuerdas? Han abierto el túnel del Pacífico. Ahora estamos conectados con Asia.

—Tienes razón.

Hull abrió la puerta de su vehículo de superficie y Julia se deslizó en su interior. Hull se sentó frente al volante y cerró la puerta de un golpe.

—Tenía tantas cosas en la cabeza que lo había olvidado. Quizá nos podamos ver más a menudo. No me importaría pasar unos días de vacaciones en Hong Kong. No estaría mal que me invitaras.

Se zambulló en el tráfico maniobrando mediante la señal de control remoto.

—Cuéntame más cosas —pidió Julia—. Quiero saber todo lo que Bart dijo.

—Poca cosa más. Sospechaban desde hacía tiempo que algo se estaba tramando. Por eso no estaba muy preocupado por Mundomanía. Sabía que todo se arreglaría en cuanto se hiciera público el comunicado.

—¿Por qué no te lo dijo?

—No podía —sonrió Hull con ironía—. Existía la posibilidad que el primer informe fuera erróneo. Quiso esperar hasta estar seguro. Sabía cuál sería el resultado. —Hull hizo un ademán—. Mira.

Oleadas de hombres y mujeres surgían de los edificios y de las fábricas subterráneas que flanqueaban la cinta, una masa apelotonada que invadía todo el espacio disponible en una desordenada confusión. Gritaban y reían, lanzaban objetos al aire, tiraban confeti por las ventanas y se subían unos a hombros de otros.

—Se están desahogando —dijo Hull—, como debe ser. Bart dice que en Arturo deben existir unos siete u ocho planetas fértiles, algunos habitados, otros cubiertos únicamente de bosques y océanos. Los comerciantes extragalácticos han afirmado que la mayoría de los sistemas cuentan, al menos, con un planeta aprovechable. Visitaron nuestro sistema hace mucho tiempo. Es posible que nuestros primeros antepasados hayan comerciado con ellos.

—¿Quiere decir eso que hay gran cantidad de vida en la galaxia?

—Si lo que dicen es cierto —rió Hull—. El hecho que *existan* me parece una prueba suficiente.

—Se acabó Mundomanía.

—Se acabó.

Hull sacudió la cabeza. Se acabó Mundomanía. Ya estarían liquidando las existencias. Carecían de todo valor. Estaba en lo posible que el Estado se

apoderase de las burbujas ya evolucionadas y las pusiera a buen recaudo para permitir que los habitantes decidieran libremente sobre su futuro.

La neurótica destrucción de civilizaciones logradas a costa de tantos esfuerzos pertenecía al pasado. Las viviendas donde moraban seres vivos nunca más volverían a ser aplastadas para divertir a algún dios que sufría de aburrimiento y frustración.

Julia suspiró y se recostó contra Hull.

—Ahora, nos lo tomaremos con calma. Te invito a quedarte conmigo. Podemos sacarnos la licencia de cohabitación permanente, si quieres...

Hull se inclinó de repente hacia adelante, rígido.

—¿Dónde está el túnel? —preguntó—. La cinta debería desembocar en él dentro de unos segundos.

Julia miró al frente y frunció el ceño.

—Algo va mal. Disminuye la velocidad.

Hull obedeció. Una señal de obstrucción relampagueaba unos metros más adelante. Los coches frenaban y se desviaban hacia las bandas de emergencia.

Hull detuvo el coche. Cruceros a reacción volaban en lo alto; sus tubos de escape estremecían el silencio de la noche. Una docena de hombres uniformados cruzó un campo a toda prisa, les seguía una ruidosa grúa robot.

—¿Qué demonios...? —murmuró Hull.

Un soldado que blandía una señal luminosa avanzó hacia el coche.

—Dé la vuelta. Necesitamos toda la pista.

—Pero...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Julia.

—El túnel. Un terremoto ha partido el túnel en diez puntos diferentes.

El soldado se alejó corriendo. Obreros robot pasaron a toda prisa con una carretilla de mano, recogiendo material a su paso.

Julia y Hull se miraron con los ojos desorbitados.

—Santo Dios —murmuró Hull—. En diez puntos diferentes. El túnel debió estar lleno de coches.

Una nave de la Cruz Roja aterrizó y las puertas se abrieron con un chirrido. Ambulancias que transportaban personas heridas se dirigieron hacia ella.

Dos miembros de los servicios de socorro hicieron acto de presencia. Abrieron la puerta del coche de Hull y se acomodaron en la parte de atrás.

—Llévenos a la ciudad. —Se hundieron en sus asientos, agotados—. Hemos de conseguir más ayuda. Dese prisa.

—Por supuesto. —Hull encendió el motor y aceleró.

—¿Cuál ha sido la causa? —preguntó Julia a uno de los exhaustos y sombríos hombres, que se tocó automáticamente los cortes de la cara y el cuello.

—Un terremoto.

—¿Cómo es posible? ¿No lo construyeron a prueba de...?

—Un gran temblor. —El hombre agitó la cabeza—. Nadie lo esperaba. Una pérdida enorme. Miles de coches. Decenas de miles de personas.

—Castigo de Dios —gruñó el otro hombre.

Hull se puso rígido de repente. Sus ojos centellearon.

—¿Qué te pasa? —preguntó Julia.

—Nada.

—¿Estás seguro? ¿Algo va mal?

Hull no dijo nada. Estaba absorto en sus pensamientos. Su rostro era una máscara de creciente y asombrado terror.

DESAYUNO EN EL CREPÚSCULO

—Papá, ¿vas a llevarnos en coche al colegio? —preguntó Earl, saliendo como una tromba del cuarto de baño.

Tim McLean se sirvió su segunda taza de café.

—No estaría mal que fuesen andando, para variar. El coche está en el garaje.

—Está lloviendo —dijo Judy, frunciendo los labios.

—No, no llueve —corrigió Virginia a su hermana. Levantó la persiana—. Hay niebla pero no llueve.

—Déjenme mirar. —Mary McLean se secó las manos y se acercó—. Qué día más raro. ¿Eso es niebla? Pues parece humo. No veo nada. ¿Qué dijo el hombre del tiempo?

—No capté nada en la radio, excepto estática —dijo Earl.

—¿Vuelve a estar estropeado ese maldito aparato? —Tim se agitó irritado—. Si acabo de arreglarlo.

Se levantó y avanzó con aire dormido hacia la radio. Manipuló torpemente los diales. Los tres niños corrían de un lado a otro, preparándose para ir al colegio.

—Qué extraño —dijo Tim.

—Me voy.

Earl abrió la puerta principal.

—Espera a tus hermanas —ordenó Mary, distraída.

—Estoy lista —dijo Virginia—. ¿Tengo buen aspecto?

—Estupendo —dijo Mary, y le dio un beso.

—Llamaré a la tienda de reparaciones desde la oficina —dijo Tim.

Se quedó de una pieza al ver que Earl se hallaba en la puerta de la cocina, pálido y silencioso, con los ojos agrandados de terror.

—¿Qué pasa?

—He... He vuelto.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras mal?

—No puedo ir al colegio.

Sus padres le miraron fijamente.

—¿Qué ocurre? —Tim agarró a su hijo por el brazo—. ¿Por qué no puedes ir al colegio?

—Ellos... Ellos no me dejan.

—¿*Quiénes*?

—Los soldados —dijo de sopetón—. Están por todas partes. Soldados y cañones. Y vienen hacia aquí.

—¿Que vienen? ¿Que vienen hacia aquí? —repitió Tim, desconcertado.

—Vienen hacia aquí y se dirigen a... —Earl se calló, aterrorizado.

Se oyó el ruido de botas pesadas en el porche delantero. Un crujido. Madera astillada. Voces.

—Dios mío —gimió Mary—. ¿Qué pasa, Tim?

Tim entró en la sala de estar, presa de una angustia increíble. Había tres hombres de pie en el umbral de la puerta. Hombres con uniformes verdegrisáceos, cargados con fusiles y una nutrida profusión de aparatos. Tubos y mangueras. Contadores colgados de gruesos cables. Cajas, correas de cuero y antenas. Complicadas máscaras sujetas sobre la cabeza. Tim vio bajo las máscaras rostros cansados y sin afeitar, ojos enrojecidos que le miraban con brutal desagrado.

Un soldado levantó el fusil y apuntó al estómago de McLean. Tim clavó la vista en el arma, aturdido. *El fusil.* Largo y delgado. Como un alfiler. Conectado con una serie de tubos enrollados.

—¿Qué demonios...? —empezó, pero el soldado le interrumpió salvajemente.

—¿Quién es usted? —Su voz era áspera, gutural—. ¿Qué está haciendo aquí?

Se apartó la máscara. Tenía la piel cubierta de polvo, amarillenta, sembrada de heridas y pústulas. Le faltaban algunos dientes, y otros estaban rotos.

—¡Conteste! —aulló un segundo soldado—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Muéstrenos su tarjeta azul —dijo un tercero—. Queremos ver su número de sector.

Sus ojos se desviaron hacia los niños y Mary, que contemplaban la escena en silencio desde la puerta del comedor. El soldado se quedó boquiabierto.

—¡*Una mujer*!

Los tres soldados la miraron, sin dar crédito a sus ojos.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó el primero—. ¿Desde cuándo está aquí esta mujer?

—Es mi esposa. —Tim había recobrado la voz—. ¿Qué pasa? ¿Qué...?

—¿Su *esposa*?

Los tres soldados dieron muestras de incredulidad.

—Mi esposa y mis hijos. Por el amor de Dios...

—¿Su esposa? ¿Y la ha traído aquí? ¡Debe estar loco!

—Ha contraído el mal de la ceniza —dijo uno. Bajó el fusil y cruzó el salón en dirección a Mary—. Vamos, hermana. Usted se viene con nosotros.

Tim se lanzó hacia adelante.

Una muralla de energía le golpeó. Cayó al suelo de bruces. Nubes de oscuridad giraban a su alrededor. Sus oídos zumbaban, le dolía la cabeza, todo parecía disolverse en la nada. Distinguió vagamente formas que se movían. Voces. La habitación.

Los soldados procuraban reunir a los niños. Uno asió a Mary por el brazo. Le desgarró el vestido y lo arrancó de sus hombros.

—Caramba —gruñó—, la ha traído aquí y no la tiene atada.

—Llévensela.

—A la orden, capitán. —El soldado arrastró a Mary hacia la puerta principal—. Haremos con ella lo que podamos.

—Los niños. —El capitán indicó a otro soldado que se ocupara de los niños—. Llévatelos. No lo entiendo. Ni máscaras, ni tarjetas. ¿Cómo es posible que esta casa escapara al bombardeo? ¡El de anoche fue el peor de los últimos meses!

Tim luchó por ponerse en pie, a pesar del dolor. Sangraba por la boca. Su visión era borrosa. Se apoyó en la pared.

Librodot

—Escuche —murmuró—, por el amor de Dios... El capitán se asomó a la cocina.

—¿Eso es... *comida*! —Atravesó lentamente el comedor—. Miren.

Los demás soldados le siguieron y olvidaron a Mary y a los niños. Se quedaron inmóviles alrededor de la mesa, estupefactos.

—¡Miren eso!

—Café. —Uno se apoderó del bote y bebió directamente de él. Se atragantó y el café se derramó sobre su chaquetón—. Caliente. Demonios, café caliente.

—¡Nata! —Otro soldado abrió la nevera—. Miren. Leche, huevos, mantequilla, carne. —Su voz se quebró—. Está llena de comida.

El capitán desapareció en la despensa. Salió con una lata de guisantes.

—Tomen el resto. Tómenlo todo. Lo cargaremos en la oruga.

El capitán dejó la lata sobre la mesa con un fuerte golpe. Contempló a Tim con atención y rebuscó en su sucia chaqueta hasta encontrar un cigarrillo. Lo encendió con parsimonia, sin apartar la mirada de Tim.

—Muy bien. Oigamos lo que tiene que decir.

Tim abrió y cerró la boca. Las palabras no acudieron a sus labios. Su mente estaba en blanco. Muerta. No podía pensar.

—¿De dónde ha sacado esta comida, y todo lo demás? —El capitán indicó la cocina con un ademán—. Platos, muebles. ¿Cómo es que su casa no ha sido bombardeada? ¿Cómo sobrevivió al ataque de anoche?

—Yo... —murmuró Tim.

El capitán avanzó hacia él con semblante amenazador.

—La mujer, los niños, todos ustedes. ¿Qué están haciendo aquí? —Su voz era dura—. Será mejor que se explique, señor. Será mejor que pueda explicarme su presencia aquí..., o los liquidaré a todos.

Tim se sentó a la mesa. Respiró profundamente, tembloroso, intentando aclarar su mente. Le dolía todo el cuerpo. Se secó la sangre de la boca, y descubrió que tenía una muela rota y le faltaban trozos de algunos dientes. Sacó un pañuelo y escupió los trozos en él. Sus manos temblaban.

—Vamos —dijo el capitán.

Mary y los niños entraron con sigilo en la cocina, Judy lloraba. Virginia estaba pálida del susto. Earl miraba con los ojos abiertos de par en par a los soldados, blanco como la cera.

—Tim, ¿te encuentras bien? —preguntó Mary, apoyando la mano en su hombro.

—Estoy bien —asintió Tim.

Mary apretó el vestido contra su cuerpo.

—Tim, no pueden llevárselo todo. Alguien vendrá. El cartero, los vecinos. No pueden...

—Cierre el pico —ordenó el capitán. Sus ojos brillaron de una forma extraña—. ¿El cartero? ¿De qué está hablando? —Extendió su mano—. Enséñeme su ficha amarilla, hermana.

—¿Ficha amarilla? —tartamudeó Mary.

El capitán se acarició el mentón.

—Ni ficha amarilla, ni máscaras, ni tarjetas.

—Son gepos —dijo un soldado.

—Puede que sí. Y puede que no.

—Son gepos, capitán. Será mejor que los liquidemos. No podemos correr riesgos.

Librodot

—Aquí está sucediendo algo extraño —dijo el capitán. Se llevó la mano al cuello y sacó una pequeña caja que pendía de un cable—. Voy a llamar a un compol.

—¿Un compol? —Un estremecimiento recorrió a los soldados—. Espere, capitán. Nosotros podemos encargarnos del asunto. No llame a un compol. Nos pondrá en 4 y nunca más...

El capitán habló en la caja.

—Póngame con Red B.

Tim volvió la vista hacia Mary.

—Escucha, cariño, yo...

—Cierre el pico —le conminó un soldado.

Tim guardó silencio.

—Red B —chirrió la caja.

—¿Pueden enviarnos un compol? Hemos encontrado algo extraño. Grupo de cinco personas. Hombre, mujer, tres niños. No tienen máscaras, no tienen tarjetas, la mujer no estaba atada, la vivienda está intacta. Muebles, instalaciones, unos noventa kilos de comida.

—De acuerdo. Compol en camino. Quédense ahí. No permitan que escapen.

—Delo por hecho. —El capitán ocultó la caja bajo la camisa—. Llegará un compol dentro de un momento. Entretanto, carguemos la comida.

En el exterior se oyó un estruendo profundo y ensordecedor. La casa tembló y los platos del aparador vibraron.

—Demonios —dijo un soldado—. Ha caído cerca.

—Espero que las pantallas resistan hasta el anochecer. —El capitán agarró la lata de guisantes—. Tomen el resto. Quiero que esté cargado antes que llegue el compol.

Los dos soldados cargaron en sus brazos todo cuanto pudieron y le siguieron hasta la puerta principal. El sonido de su voz fue disminuyendo a medida que bajaban por el sendero privado.

Tim se levantó.

—Quédense aquí —dijo con voz apagada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mary, nerviosa.

—Quizá pueda salir.

Corrió hacia la puerta trasera y descorrió el pestillo con manos temblorosas. Abrió la puerta y salió al porche.

—No veo a ninguno de ellos. Si pudiéramos...

Se calló.

Grandes nubes grises flotaban a su alrededor. Ceniza gris, que se extendía hasta perderse de vista. Se distinguían formas borrosas. Formas rotas, silenciosas e inmóviles en la bruma grisácea.

Ruinas.

Edificios en ruinas. Montones de escombros. Cascotes por todas partes. Bajó lentamente los peldaños. El muro de hormigón terminaba bruscamente. Al otro lado, sólo había escoria y montañas de escombros. Nada más. Nada a la vista.

Nada se agitaba. Nada se movía. Ni rastro de vida en el silencio gris. Ningún movimiento. Sólo nubes de ceniza arrastradas por el viento. La escoria y los interminables montones de ruinas.

La ciudad había desaparecido. Los edificios habían sido destruidos. No quedaba nada en pie. Ni gente, ni vida. Muros despedazados, vacíos y

bostezantes. Algunas malas hierbas oscuras crecían entre los escombros. Tim se agachó y tocó una. Áspera, de tallo grueso. Y la escoria. Restos metálicos. Metal fundido. Se irguió...

—Vuelva adentro —dijo una voz tajante.

Tim se volvió, aturdido. Un hombre estaba de pie en el porche, detrás de él, con los brazos en jarras. Un hombre bajo, de mejillas hundidas, ojos pequeños y brillantes, como dos carbones. Su uniforme no era como el de los soldados. Llevaba la máscara levantada. Su piel era amarillenta, algo luminosa, pegada a los pómulos. Una cara enferma, estragada por la fiebre y la fatiga.

—¿Quién es usted? —preguntó Tim.

—Douglas. Comisario político Douglas.

—Usted es... Usted es la policía.

—Exacto. Ahora, entremos. Quiero que me dé algunas respuestas. Tengo que hacerle unas preguntas. Lo primero que quiero saber es cómo ha escapado esta casa a la destrucción.

Tim, Mary y los niños estaban sentados muy juntos en el sofá, silenciosos e inmóviles. La conmoción sufrida se reflejaba en sus rostros inexpresivos.

—¿Y bien? —preguntó Douglas.

Tim recobró la voz.

—Escuche —dijo—, no lo sé. No sé nada. Nos despertamos por la mañana como cada día. Nos vestimos y desayunamos...

—Afuera había niebla —intervino Virginia—. Nos asomamos y vimos niebla.

—Y la radio no funcionaba —añadió Earl.

—¿La radio? —Douglas hizo una mueca—. Hace meses que no se captan señales de radio, excepto los mensajes que transmite el gobierno. Esta casa, ustedes. No lo comprendo. Si fueran gepos...

—Gepos. ¿Qué significa eso? —murmuró Mary.

—Tropas soviéticas de uso general.

—Entonces, la guerra ha empezado.

—Norteamérica fue atacada hace dos años —dijo Douglas—. En mil novecientos setenta y ocho.

—Mil novecientos setenta y ocho. —Tim se quedó anonadado—. Por tanto, estamos en mil novecientos ochenta. —De pronto, hundió la mano en su bolsillo. Sacó la cartera y se la arrojó a Douglas—. Eche un vistazo.

—¿Por qué? —Douglas abrió la cartera con suspicacia.

—El carnet de la biblioteca. Los recibos de la casa. Mire las fechas. —Tim se volvió hacia Mary—. Estoy empezando a comprender. Me vino la idea cuando vi las ruinas.

—¿Vamos ganando? —preguntó Earl con voz aguda.

Douglas examinó la cartera de Tim con gran concentración.

—Muy interesante. Todos los documentos son antiguos, de hace unos siete u ocho años. —Sus ojos destellaron—. ¿Qué trata de decir? ¿Que vienen del pasado? ¿Que son viajeros del tiempo?

El capitán entró de nuevo.

—La oruga está cargada, señor.

—Muy bien —asintió Douglas—. Usted y su patrulla pueden marcharse.

El capitán miró a Tim.

—¿Se encargará usted...?

—Yo me hago cargo de la situación.

El capitán saludó.

—A la orden, señor.

Desapareció al instante. Él y sus hombres subieron a un camión largo y estrecho, parecido a un tubo montado sobre ruedas. El camión arrancó con un débil zumbido.

Al cabo de un momento sólo se veían nubes grises y el borroso contorno de los edificios en ruinas.

Douglas paseaba arriba y abajo, examinando la sala de estar, el papel de la pared, la instalación eléctrica y las sillas. Tomó algunas revistas y pasó las hojas.

—Del pasado, pero un pasado cercano.

—¿Siete años?

—¿Es posible? Supongo que sí. Han ocurrido muchas cosas en los últimos meses. Viajes en el tiempo. —Douglas sonrió con ironía—. Escogió un mal punto, McLean. Debería haber seguido adelante.

—Yo no lo escogí. Sucedió, así de sencillo.

—Tiene que haber hecho *algo*.

—No. —Tim sacudió la cabeza—. Nada. Nos levantamos. Y estábamos... aquí.

Douglas estaba sumido en sus pensamientos.

—Aquí. Siete años en el futuro. Viajaron en el tiempo. No sabemos nada sobre viajes en el tiempo. No se han llevado a cabo experimentos. Parece que existen evidentes posibilidades militares.

—¿Cómo empezó la guerra? —preguntó Mary, con voz débil.

—¿Cómo empezó? No empezó. Haga memoria. Hace siete años ya había guerra.

—La guerra auténtica. Ésta.

—No ocurrió nada especial para que se convirtiera en... esto. Combatimos en Corea. Combatimos en China. En Alemania, Yugoslavia e Irán. Se extendió cada vez a más lugares. Por fin, las bombas cayeron aquí. Sobrevino como una plaga. La guerra *se propagó*. No empezó. —Apartó con brusquedad su cuaderno de notas—. Un informe sobre ustedes resultaría sospechoso. Pensarían que he contraído la enfermedad de la ceniza.

—¿Qué es eso? —preguntó Virginia.

—Partículas radiactivas en el aire. Se introducen en el cerebro. Producen locura. Todo el mundo se ha contagiado, a pesar de las máscaras.

—Me gustaría saber quién va ganando —repitió Earl— ¿Qué era ese camión de ahí afuera? ¿Iba propulsado por cohetes?

—¿La oruga? No. Turbinas. Una máquina perforadora que se abre camino entre los escombros.

—Siete años —dijo Mary—. Han cambiado tantas cosas. Parece imposible.

—¿Tantas cosas? —Douglas se encogió de hombros—. Supongo que sí. Me acuerdo de lo que hacía hace siete años. Todavía iba a la universidad. Seguía una carrera. Tenía un apartamento y un coche. Iba a bailar. Compré un televisor. Pero todo esto ya existía en aquel tiempo. El crepúsculo. Todo esto. Sólo que no lo sabía. Nadie lo sabía. Pero ya existían en aquel tiempo.

—¿Es usted un comisario político? —preguntó Tim.

—Vigilo a las tropas, para prevenir desviaciones políticas. En una guerra total hemos de mantener a la gente bajo constante vigilancia. Un rojo en las redes podría echar abajo todos nuestros esfuerzos. No podemos correr riesgos.

—Sí —asintió Tim—. Ya existía entonces. El crepúsculo. Pero no lo entendíamos.

Douglas examinó los libros del librero.

—Me llevaré un par. Hace meses que no leo novelas. La mayoría han desaparecido. Las quemaron en mil novecientos setenta y siete.

—¿Las quemaron?

Douglas escogió algunas obras.

—Shakespeare. Milton. Dryden. Me llevaré los clásicos. Es más prudente. Nada de Steinbeck o Dos Passos. Hasta un compol puede meterse en líos. Si se quedan aquí, deshágan se de *eso.* —Dio unos golpecitos sobre el ejemplar de *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski.

—¡Si nos quedamos! ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Quieren quedarse?

—No —dijo Mary en voz baja.

Douglas le dirigió una rápida mirada.

—No, supongo que no. Si se quedan les separarán, por supuesto. Los niños irán a los centros de readaptación canadienses. Las mujeres son destinadas a las fábricas y campos de trabajo subterráneos. Los hombres entran automáticamente a formar parte del ejército.

—Como los que se marcharon —dijo Tim.

—A menos que reúna condiciones para integrarse en el grupo DI.

—¿Qué es eso?

—Tecnología y Diseños Industriales. ¿Tiene conocimientos científicos?

—No. Soy contable.

Douglas se encogió de hombros.

—Bien, se le someterá a los *tests* habituales. Si su CI es lo bastante elevado, podrá ingresar en el Servicio Político. Contamos con muchos hombres. —Se quedó pensando, con los brazos cargados de libros—. Será mejor que regrese, McLean. Le costará acostumbrarse a esto. Yo regresaría, si pudiera, pero no puedo.

—¿Regresar? —repitió Mary—. ¿Cómo?

—Tal como vinieron.

—Vinimos, simplemente.

Douglas se detuvo al llegar a la puerta.

—Anoche fue el peor ataque mor hasta el momento. Bombardearon toda esta zona.

—¿Mor?

—Misiles operados por robots. Los soviéticos están destruyendo sistemáticamente el continente norteamericano, kilómetro a kilómetro. Los mors son baratos. Los fabrican a millones y los arrojan. Todo el proceso es automático. Las fábricas robotizadas los disparan sobre nosotros a medida que van saliendo. Anoche cayeron aquí..., a oleadas. La patrulla llegó esta mañana y no encontró nada, excepto a ustedes, por supuesto.

Tim asintió con la cabeza lentamente.

—Empiezo a comprender.

—La energía concentrada habrá incidido en alguna falla temporal inestable. Como una falla rocosa. Siempre estamos originando terremotos, pero un *tempomoto*... Interesante. Creo que eso es lo que ocurrió. La liberación de la energía, la destrucción de la materia, impulsó su casa hacia el futuro. Transportó la casa siete años adelante. Esta calle, todo cuanto la rodea, este punto preciso, todo quedó pulverizado. Su casa, siete años atrás,

quedó atrapada en la contracorriente. La explosión debió repercutir en el tiempo.

—Empujados hacia el futuro —dijo Tim—. Durante la noche, mientras dormíamos.

Douglas le observaba con atención.

—Esta noche se producirá otro ataque mor —dijo—. Acabará con lo que quedó en pie. —Consultó su reloj—. Son las cuatro de la tarde. El ataque empezará dentro de unas pocas horas. Tendrían que refugiarse bajo la superficie. Nada sobrevivirá aquí arriba. Pueden acompañarme a los refugios, si quieren, pero si desean arriesgarse, si desean permanecer aquí...

—¿Piensa que tal vez nos lleve de vuelta?

—Tal vez. No lo sé. Se la juegan a cara o cruz. Podría llevarles de vuelta a su tiempo, o no. Si no...

—Si no, no tenemos la menor posibilidad de sobrevivir.

Douglas desplegó un mapa de bolsillo y lo extendió sobre el sofá.

—Una patrulla permanecerá en esta zona durante otra media hora. Si deciden venir con nosotros a los refugios subterráneos, sigan la calle en esta dirección. —Trazó una línea en el plano—. Hasta este descampado. La patrulla es una unidad política. Les conducirán abajo. ¿Cree que sabrá encontrar el descampado?

—Creo que sí —dijo Tim, mirando el plano. Frunció los labios—. Ese descampado era la escuela primaria a la que asistían mis hijos. Allí se dirigían cuando las tropas se lo impidieron, hace un rato.

—Hace siete años —le corrigió Douglas.

Dobló el plano y lo guardó en su bolsillo. Se colocó la máscara y salió al porche.

—Tal vez nos volvamos a ver o tal vez no. La decisión depende de ustedes. En cualquier caso, buena suerte.

Se volvió y marchó a toda velocidad de la casa.

—Papá —gritó Earl—, ¿vas a enrolarte en el ejército? ¿Vas a llevar una máscara y disparar con esos fusiles? —Sus ojos brillaban de excitación—. ¿Vas a conducir una *oruga*?

Tim McLean se agachó y atrajo a su hijo hacia él.

—¿Eso quieres? ¿*Quieres quedarte aquí*? Si me pongo una máscara y disparo con esos fusiles, no podremos regresar.

—¿No podremos volver más tarde? —preguntó Earl, vacilante.

—Me temo que no. —Tim negó con la cabeza—. Hemos de decidir ahora si volvemos o no.

—Ya has oído al señor Douglas —dijo Virginia, hastiada—. El ataque empezará dentro de un par de horas.

Tim se levantó y paseó arriba y abajo.

—Si nos quedamos en casa volaremos en pedazos. Hablemos con claridad. Sólo existe una tenue esperanza que nos lleve de regreso a nuestro tiempo. Una muy leve posibilidad... Una probabilidad remota. ¿Queremos quedarnos aquí, que las habitaciones se derrumben a nuestro alrededor, sabiendo que cada segundo puede ser el último..., oyendo las explosiones cada vez más cerca..., tirados en el suelo, esperando, escuchando...?

—¿De veras quieres volver? —preguntó Mary.

—Por supuesto, pero el riesgo...

—No te estoy preguntando sobre el riesgo. Te pregunto si realmente quieres volver. Tal vez desees quedarte aquí. Tal vez Earl tenga razón.

Imagínate con uniforme y una máscara, armado con uno de esos fusiles, conduciendo una oruga...

—¡Y tú en un campo de trabajo! ¡Y los niños en un centro de readaptación gubernamental! ¿Cómo crees que serán las cosas? ¿Qué crees que les enseñarán? ¿Cómo piensas que se educarán? ¿Y crees...?

—Les enseñarán a ser muy útiles, probablemente.

—¿Útiles? ¿Para qué? ¿Para ellos mismos? ¿Para la Humanidad? ¿O para la guerra?

—Vivirán —dijo Mary—. Estarán sanos y salvos. Si nos quedamos en casa, esperando a que se desencadene el ataque...

—Claro —dijo Tim, con voz rasposa—. Vivirán. Gozarán de buena salud. Bien alimentados, bien vestidos y cuidados. —Miró a sus hijos con una dura expresión en el rostro—. Vivirán, de acuerdo. Crecerán y se convertirán en adultos, pero, ¿qué clase de adultos? ¡Ya has oído lo que dijo ese hombre! Quemaron los libros en mil novecientos setenta y siete. ¿Con qué les enseñarán? ¿Qué clase de ideas quedan, después de mil novecientos setenta y siete? ¿Qué clase de creencias les inculcarán en un centro de readaptación del gobierno? ¿Qué clase de valores tendrán?

—Siempre queda el grupo DI —sugirió Mary.

—Tecnología y Diseños Industriales. Para los listos. Para los inteligentes e imaginativos. Reglas de cálculo y lápices. Dibujar, planificar y hacer descubrimientos. Las niñas podrían ingresar. Podrían diseñar fusiles. Earl podría enrolarse en el Servicio Político. Se encargaría que los fusiles fueran utilizados. Si algún soldado se desviaba de la norma, si no quería disparar, Earl le denunciaría y le enviarían a reeducación. Para fortalecer su fe política..., en un mundo en el que los *listos* diseñan armas y los *tontos* las disparan.

—Pero vivirían —repitió Mary.

—¡Tu idea de lo que es estar vivo es algo peregrina! ¿Llamas a eso vivir? Quizá tengas razón. —Tim sacudió la cabeza, cansado—. Sí, quizá tengas razón. Quizá deberíamos ir bajo tierra, con Douglas. Quedarnos en este mundo. Seguir vivos.

—No he dicho eso —replicó Mary con suavidad—. Tim, tenía que averiguar si *realmente* comprendías por qué vale la pena. Por qué vale la pena quedarse en casa, arriesgándonos a no regresar a nuestro tiempo.

—Entonces, ¿quieres correr el riesgo?

—¡Por supuesto! *Hemos* de hacerlo. No podemos entregarles nuestros hijos... No podemos entregarlos al centro de readaptación, para que les enseñen a odiar, matar y destruir. —Mary esbozó una débil sonrisa—. Además, siempre han ido al colegio Jefferson. Y aquí, en este mundo, es un descampado.

—¿Vamos a volver? —preguntó Judy, con un hilo de voz. Tiró de la manga de Tim, implorante—. ¿Vamos a volver ahora?

—Muy pronto, cariño —respondió Tim, soltándose.

Mary abrió la alacena y rebuscó en su interior.

—Todo sigue en su sitio. ¿Qué se han llevado?

—La lata de guisantes. Todo lo que había en la nevera. Y también han destrozado la puerta principal.

—¡Apuesto a que les estamos dando una paliza! —aulló Earl. Corrió hacia la ventana y miró afuera. La visión de las cenizas flotantes le decepcionó—.

¡No veo nada! ¡Sólo niebla! —Se volvió hacia Tim con aire interrogativo—. ¿Siempre es así este lugar?

—Sí —respondió Tim.

—¿Sólo niebla? —El rostro de Earl se ensombreció—. Nada más. ¿Es que nunca sale el sol?

—Prepararé café —dijo Mary.

—Estupendo.

Tim fue al cuarto de baño y se miró en el espejo. Tenía un corte en la boca, ribeteado de sangre seca. Le dolía la cabeza. Tenía el estómago revuelto.

—Parece imposible —dijo Mary, cuando se sentaron a la mesa de la cocina.

—Pero no lo es.

Tommy tomó el café. Desde donde estaba sentado podía mirar por la ventana: las nubes de ceniza, el contorno borroso e irregular de los edificios en ruinas.

—¿Va a volver aquel hombre? —preguntó Judy—. Era muy delgado y tenía un aspecto muy raro. No va a volver, ¿verdad?

Tim consultó su reloj. Se había parado a las diez. Movió las manecillas hasta ponerlo en las cuatro y cuarto.

—Douglas dijo que empezaría al anochecer. No falta mucho.

—¿Quieres decir que vamos a quedarnos en casa? —preguntó Mary.

—Exacto.

—¿Aunque sólo tengamos una mínima probabilidad?

—Aunque sólo tengamos una mínima probabilidad, regresaremos. ¿Estás contenta?

—Mucho —respondió Mary, con un brillo en los ojos—. Vale la pena, Tim. Ya lo sabes. En cualquier caso, *volver* vale la pena. Y algo más. Estaremos juntos... No nos podrán... separar.

Tim se sirvió más café.

—Será mejor que nos pongamos cómodos. Aún faltan unas tres horas. Deberíamos tratar de distraernos.

El primer mor cayó a las seis y media. Notaron el impacto de la onda expansiva en las paredes de la casa.

Judy entró corriendo en el comedor, pálida de terror.

—¡Papá! ¿Qué ha sido eso?

—Nada. No te preocupes.

—Tira —dijo Mary, impaciente—. Te toca a ti. —Estaban jugando al Monopolio.

Earl se levantó de un brinco.

—Quiero ver. —Corrió hacia una ventana—. ¡Quiero ver dónde ha caído!

Tim levantó la persiana y miró afuera. Un fulgor blanco, del que brotaba una altísima columna de humo luminoso, se elevaba a lo lejos.

Un segundo temblor hizo vibrar la casa. Un plato cayó al fregadero y se rompió.

Casi había oscurecido por completo. Tim no distinguía nada, excepto los dos puntos blancos. Las nubes de ceniza habían desaparecido en la oscuridad. La ceniza y las ruinas de los edificios.

—Ha caído cerca —dijo Mary.

Cayó un tercer mor. Las ventanas de la sala de estar estallaron y los cristales se esparcieron sobre la alfombra.

Librodot

—Será mejor que bajemos —dijo Tim.

—¿Adónde?

—Al sótano. Vamos.

Tim abrió la puerta del sótano y todos bajaron con nerviosismo.

—Comida —dijo Mary—. Será mejor que tomemos la comida que queda.

—Buena idea. Niños, bajen. Nos reuniremos con ustedes dentro de un momento.

—Yo puedo cargar algo —dijo Earl.

—Baja. —Cayó el cuarto mor, más lejos que el último—. Y aléjense de las ventanas.

—Taparé con algo la ventana —dijo Earl—. Con aquel gran trozo de madera terciada que utilizamos para construir mi tren.

—Buena idea. —Tim y Mary volvieron a la cocina—. Comida, platos. ¿Qué más?

—Libros. —Mary paseó la mirada a su alrededor, nerviosa—. No lo sé. Nada más. Vamos.

Un estruendo ensordecedor ahogó sus palabras. La ventana de la cocina cedió y escupió cristales sobre ellos. Todos los platos que había sobre el fregadero se derrumbaron con un fragor de porcelana rota. Tim asió a Mary y la empujó hacia el sótano.

Nubes de un siniestro color gris penetraron por la ventana rota. El aire de la noche transportaba un olor acre y corrompido. Tim sintió un escalofrío.

—Olvida la comida. Bajemos.

—Pero...

—Olvídala.

La agarró por el brazo y la arrastró hacia la escalera del sótano. Entraron dando tumbos, y Tim cerró la puerta de un golpe a sus espaldas.

—¿Dónde está la comida? —preguntó Virginia.

Tim se secó la frente con manos temblorosas.

—Olvídala. No la necesitamos.

—Ayúdame —jadeó Earl.

Tim le ayudó a mover la hoja de madera terciada hasta cubrir la ventana situada sobre las cañerías de la lavadora. El sótano estaba frío y silencioso. El suelo de cemento estaba un poco húmedo.

Dos mors se estrellaron a la vez. Tim fue arrojado al suelo. Gruñó al golpearse contra el hormigón. Por un momento, una intensa negrura se cernió a su alrededor. Después, se puso de rodillas y logró incorporarse.

—¿Están todos bien? —murmuró.

—Estoy bien —dijo Mary.

Judy empezó a sollozar. Earl avanzó hacia ellos, tanteando en la oscuridad.

—Creo que estoy bien —dijo Virginia.

Las luces oscilaron y disminuyeron en intensidad. Se apagaron de repente. El sótano estaba oscuro como boca de lobo.

—Bien —dijo Tim—. Ya ha empezado.

—Tengo mi linterna. —Earl la encendió—. ¿Qué tal?

—Estupendo —contestó Tim.

Cayeron más mors. El piso saltó bajo sus pies, con una vibración y un estremecimiento. Una oleada de fuerza sacudió toda la casa.

—Será mejor que nos tendamos en el suelo —dijo Mary.

—Sí, tienes razón.

Tim se estiró con movimientos torpes. Trozos de madera cayeron a su alrededor.

—¿Cuándo acabará? —preguntó Earl, inquieto.

—Pronto —contestó Tim.

—¿Y luego volveremos?

—Sí. Volveremos.

La siguiente explosión no tardó ni un segundo en producirse. Tim sintió que el suelo de hormigón se elevaba bajo él y se hinchaba cada vez más. Estaba subiendo. Cerró los ojos y se afirmó con fuerza. Subía sin cesar, empujado por el inflado cemento. Vigas y tablones crujían en torno suyo. Caían fragmentos de madera. Oyó el sonido del vidrio al romperse. Y, a lo lejos, el chisporroteo del fuego.

—Tim. —La voz de Mary apenas se oía.

—Sí.

—No vamos a... conseguirlo.

—No lo sé.

—No lo conseguiremos, lo sé.

—Tal vez no.

Tim gimió de dolor cuando una tabla le golpeó en la espalda y le aplastó. Estaba sepultado bajo tablas y trozos de argamasa. Percibió el olor acre del aire nocturno mezclado con la ceniza. Se colaba en el sótano por la ventana rota.

—Papá —dijo Judy, con voz débil.

—¿Qué?

—¿Es que no vamos a volver?

Abrió la boca para contestar. Un rugido estremecedor se lo impidió. Saltó por los aires, impulsado por la onda expansiva. Todo se movió a su alrededor. Un viento poderoso y caliente se apoderó de él, retorciéndole y azotándole. Se agarró con fuerza. El viento tiraba de él, le arrastraba. Gritó cuando le quemó las manos y la cara.

—Mary...

Luego, silencio. Sólo silencio y negrura.

Coches.

Coches que frenaban en las cercanías. Después, voces. Y el ruido de pasos. Tim apartó las tablas que le oprimían. Se puso en pie con gran esfuerzo.

—Mary. —Miró a su alrededor—. Hemos vuelto.

El sótano se hallaba en ruinas. Las paredes se habían venido abajo. Grandes agujeros bostezantes permitían ver una línea verde de hierba. Un muro de hormigón. El pequeño jardín de rosas. La casa de estuco blanco de los vecinos.

Hileras de postes telefónicos. Tejados. Casas. La ciudad. Como siempre la veía, cada mañana.

—¡Hemos vuelto!

Una salvaje alegría le inundó. Habían *vuelto*. Estaban a salvo. Todo había terminado. Tim se abrió paso a toda prisa entre los escombros de su casa destruida.

—Mary, ¿estás bien?

—Estoy aquí. —Mary se incorporó entre una lluvia de polvo de yeso. Estaba blanca de pies a cabeza, el cabello, la piel, la ropa. Tenía cortes y

rasguños en la cara. El vestido estaba desgarrado—. ¿Es posible que hayamos vuelto?

—¡Señor McLean! ¿Se encuentra bien?

Un policía uniformado de azul bajó de un salto al sótano. Dos siluetas vestidas de blanco le siguieron. Un grupo de vecinos se agrupaba afuera esforzándose por ver algo.

—Estoy bien —dijo Tim. Ayudó a Judy y a Virginia a levantarse—. Creo que todos estamos bien.

—¿Qué ha ocurrido? —El policía se acercó apartando tablones—. ¿Alguna clase de bomba?

—La casa está destrozada —dijo uno de los hombres vestidos de blanco, un médico—. ¿Está usted seguro que no hay nadie herido?

—Estábamos aquí abajo, en el sótano.

—¿Están todos bien, Tim? —preguntó la señora Hendricks mientras bajaba al sótano.

—¿Qué ha pasado? —aulló Frank Foley dejándose caer con estrépito—. ¡Santo Dios, Tim! ¿Qué demonios estabas haciendo?

Los dos médicos examinaron las ruinas con aire suspicaz.

—Ha tenido usted suerte, señor. Una suerte increíble. Arriba no queda nada en pie.

Foley se acercó a Tim.

—¡Si serás descuidado! ¡Te dije que le echaras un vistazo a ese calentador!

—¿Cómo? —murmuró Tim.

—¡El calentador de agua! Te dije que algo fallaba en el cierre de la admisión. Se habrá recalentado, sin desconectarse... —Foley parpadeó nerviosamente—. No diré nada más, Tim. Por el seguro. Puedes contar conmigo.

Tim abrió la boca, pero las palabras no acudieron a sus labios. ¿Qué podía decir? No, no se trataba de un calentador defectuoso que se había olvidado de reparar. No, no se trataba de una mala conexión de la cocina. Ninguna de ambas cosas. Ni un escape de gas, ni un horno obstruido, ni una olla a presión que nos hubiéramos olvidado de apagar.

«Es la guerra. Una guerra total. Que no sólo me afecta a mí, a mi familia, a mi casa.

»También afecta a tu casa. A tu casa, a la mía, a todas las casas. A la manzana de al lado, a la ciudad de al lado, al estado, al condado, al continente de al lado. A todo el mundo, de la misma manera. Ruinas y muerte. Niebla y malas hierbas húmedas que crecen entre la escoria rojiza. Una guerra que nos afecta a todos. A toda la multitud congregada en el sótano, una multitud pálida y asustada, que presentía, de alguna forma, algo terrible.»

Y cuando estallara, al cabo de cinco años, nadie escaparía. No sería posible regresar al pasado, huir de la pesadilla. Cuando estallara y salpicara a todo el mundo, duraría por los siglos de los siglos. Nadie saltaría hacia el pasado, como él.

Mary le estaba mirando. El policía, los vecinos, los médicos... Todos le estaban mirando. Esperaban una explicación sobre lo que había ocurrido.

—¿Fue el calentador? —preguntó la señora Hendricks con timidez—. Fue eso, ¿verdad, Tim? Son cosas que ocurren a menudo. Nunca estás seguro...

—Quizá intentaba fabricar cerveza con medios caseros —sugirió un vecino, tratando de aportar algo de humor a la situación—. ¿Fue eso?

No podía decírselo. No lo entenderían, porque no querían entender. No querían saber. Necesitaban seguridad. Lo adivinaba en sus ojos. Un miedo penoso, patético. Presentían algo terrible..., y tenían miedo. Escrutaban su rostro, pidiendo ayuda. Palabras de consuelo. Palabras que borraran su miedo.

—Sí —afirmó sin vacilar Tim—. fue el calentador.

—¡Ya me lo pensaba! —suspiró Foley.

Un suspiro de alivio que se contagió a todos los demás. Murmullos, risas temblorosas. Movimientos de cabeza, sonrisas.

—Tenía que haberlo arreglado —continuó Tim—. Hubiera tenido que echarle un vistazo hace mucho tiempo, antes que fuera a peor. —Tim miró el círculo de rostros ansiosos que bebía sus palabras—. Tenía que haberlo repasado, antes que fuera demasiado tarde.

UN REGALO PARA PAT

—¿Qué es eso? —preguntó Patricia Blake ávidamente.

—¿A qué te refieres? —murmuró Eric Blake.

—¿Qué has traído? *Sé* que has traído algo. —Su pecho subía y bajaba bajo la blusa de malla a causa de la excitación—. Me has traído un regalo. ¡Lo he adivinado!

—Cariño, fui a Ganímedes en representación de Metales Terrícolas, no a comprarte regalos. Déjame sacar mis cosas de la maleta. Bradshaw me ha dicho que debo presentar un informe en la oficina mañana a primera hora. Confía en que presente un buen informe sobre yacimientos minerales.

Pat se apoderó de una pequeña caja, amontonada con el resto del equipaje que el portero robot había depositado ante la puerta.

—¿Es una joya? No, es demasiado grande para ser una joya. Empezó a desatar el cordel que sujetaba la caja con sus afiladas uñas.

Eric frunció el ceño, inquieto.

—No te disgustes, cariño. Es una *rareza*. No es lo que te imaginas. —Contempló la escena con aprensión—. No te enfades conmigo. Te lo explicaré todo.

Pat abrió la boca y palideció. Dejó caer la caja sobre la mesa. Sus ojos estaban dilatados de horror.

—¡Dios mío! ¿Qué *es* eso?

Eric se removió, nervioso.

—Lo compré a muy buen precio, cariño. No es fácil conseguir uno. A los ganimedianos no les gusta venderlos, y yo...

—¿*Qué es eso*?

—Es un dios —murmuró Eric—. Una deidad menor ganimediana. Lo conseguí prácticamente a precio de costo.

Pat miró la caja con una mezcla de temor y creciente desagrado.

—¡Eso? ¿Eso es... un *dios*?

Dentro de la caja había una pequeña figura inmóvil, de unos veinticinco centímetros de altura. Era vieja, terriblemente vieja. Tenía sus diminutas manos, parecidas a garras, apretadas contra su pecho escamoso. Una mueca de cóleras y lascivia cínica mezcladas desfiguraba su rostro. Un laberinto de

tentáculos sustituía a las patas. La parte inferior de su cara se transformaba en un pico, en mandíbulas de una sustancia dura. Desprendía un hedor que recordaba a una mezcla de estiércol y cerveza pasada. Al parecer, era bisexual.

Eric había puesto a propósito un plato con un poco de agua y algo de paja en la caja. Había practicado agujeros para respirar en la tapa y había añadido trozos de periódicos.

—Quieres decir que es un ídolo. —Pat iba recobrando la compostura poco a poco—. Una imagen de alguna deidad.

—No. —Eric negó con tozudez—. Es una auténtica deidad. Me dieron una garantía, o algo por el estilo.

—¿Está... muerta?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se mueve?

—Has de despertarla. —El bajo vientre de la figura sobresalía en forma de cuenco hueco. Eric dio unos golpecitos sobre el cuenco—. Depositas una ofrenda aquí y vuelve a la vida. Te lo demostraré.

—No, gracias. —Pat retrocedió.

—¡Vamos! Es interesante hablar con él. Se llama... —Desvió la vista hacia una inscripción impresa en la caja—. Se llama Tinokuknoi Arevulopapo. Hablamos durante casi todo el viaje de vuelta. Se mostró muy complacido. Me enteré de algunas cosas acerca de los dioses.

Eric rebuscó en su bolsillo y extrajo los restos de un bocadillo de jamón. Arrancó un trozo de jamón y lo encajó en la copa protuberante del dios.

—Me voy a la otra habitación —dijo Pat.

—Quédate. —Eric la tomó por el brazo—. Sólo tarda un momento. Empieza a digerirlo en seguida.

El cuenco se estremeció. La piel escamosa del dios se onduló. Al cabo de unos segundos, la copa se llenó de una sustancia oscura. El jamón empezó a disolverse.

Pat resopló, asqueada.

—¿No se digna utilizar la boca?

—Para comer, no. Sólo para hablar. Es muy diferente de las formas de vida corrientes.

El diminuto ojo del dios estaba enfocado en ellos. Una solitaria e inmóvil órbita gélida y maligna. Las mandíbulas se estremecieron.

—Hola —dijo el dios.

—Hola. —Eric empujó a Pat hacia adelante—. Ésta es mi mujer, la señora Blake. Patricia.

—Encantado —dijo el dios, con voz rasposa.

—Habla inglés —chilló Pat.

El dios se volvió hacia Eric, deprimido.

—Tenías razón. *Es* estúpida.

Eric enrojeció.

—Los dioses pueden hacer lo que les da la gana, cariño. Son omnipotentes.

—Exacto —asintió el dios—. Supongo que esto es la Tierra.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Lo que imaginaba. Me habían llegado algunos informes referentes a la Tierra.

—Eric, ¿estás seguro que es inofensivo? —susurró Pat, inquieta—. No me gusta su aspecto, ni su forma de hablar. —Su pecho se estremeció de nerviosismo.

—No te preocupes, cariño —dijo Eric, sin hacerle caso—. Es un dios muy simpático. Me informé antes de marcharme de Ganímedes.

—Soy benévolo —explicó el dios—. He servido como deidad climática para los aborígenes de Ganímedes. He producido lluvias y fenómenos afines cuando las circunstancias lo exigían.

—Pero hace mucho tiempo de eso —observó Eric.

—En efecto. Fui deidad climática durante diez mil años. La paciencia de un dios también tiene un límite. Me moría por conocer ambientes nuevos. —Un fulgor peculiar iluminó el rostro repulsivo—. Por eso me las arreglé para ser vendido y transportado a la Tierra.

—Pero los ganimedianos no querían venderlo —explicó Eric—. Entonces, desató una tormenta y se vieron obligados a obedecerle. Por eso me resultó tan barato.

—Su marido hizo una buena compra —dijo el dios. Su único ojo examinó la habitación con curiosidad—. ¿Es ésta vuestra vivienda? ¿Comen y duermen aquí?

—Exacto —dijo Eric—. Pat y yo...

Sonó el timbre de la puerta principal.

—Thomas Matson acaba de llegar —anunció la puerta—. Desea ser recibido.

—Dios mío —exclamó Eric—. El bueno de Tom. Saldré a recibirle.

Pat señaló al dios.

—¿No sería mejor que antes...?

—Oh, no. Quiero que Tom lo vea.

Eric se encaminó a la puerta y la abrió.

—Hola —dijo Tom al entrar—. Hola, Pat. Hace un día magnífico. —Eric y él se estrecharon las manos—. Todo el mundo en el laboratorio se preguntaba cuándo volverías. El viejo Bradshaw está ansioso por oír tu informe. —El cuerpo larguirucho de Matson se inclinó hacia adelante con repentino interés—. Oye, ¿qué hay en esa caja?

—Es mi dios —dijo Eric con modestia.

—¿De veras? Dios es un concepto anticientífico.

—Es un dios diferente. Yo no lo he inventado. Lo compré en Ganímedes. Es una deidad climática de Ganímedes.

—Di algo —indicó Pat al dios—. Así creerán a tu amo.

—Discutamos sobre mi existencia —dijo el dios despectivamente—. Tú la niegas. ¿De acuerdo?

—¿Qué es eso, Eric? —sonrió Matson—. ¿Un robotito? Tiene un aspecto espantoso.

—Te juro que es un dios. Durante el viaje hizo un par de milagros en mi honor. No fueron grandes milagros, por supuesto, pero me convencieron.

—Quién lo diría —comentó Matson, aunque su interés era evidente—. Haz un milagro, dios. Soy todo oídos.

—No soy un charlatán vulgar —gruñó el dios.

—No le irrites —le previno Eric—. Sus poderes, una vez despiertos, no tienen límite.

—¿Cómo accede un dios a la existencia? —preguntó Tom—. ¿Se crea a sí mismo? ¿Depende de algo anterior, de modo que ha de producirse una orden determinante de existencia que...?

—Los dioses habitan en un nivel superior, un plano más elevado de la realidad —declaró el dios—. Una dimensión más avanzada. Hay un cierto número de planos en la existencia. Continuos dimensionales, ordenados en una jerarquía. El mío es superior al de ustedes.

—¿Qué haces aquí?

—En ocasiones, los seres pasan de un continuo dimensional a otro. Cuando pasan de uno superior a otro inferior, como es mi caso, se les adora como a dioses.

—Entonces, no eres un dios —dijo Tom, decepcionado—. Eres una forma de vida de un orden dimensional algo diferente que ha cambiado de fase y ha entrado en nuestro vector.

La figurilla le miró con el ceño fruncido.

—Tu explicación es muy insuficiente. En realidad, una transformación requiere mucha destreza y pocas veces se lleva a cabo. He venido porque un miembro de mi raza, un hediondo individuo llamado Nar Dolk, cometió un crimen horrendo y escapó a este continuo. Nuestra ley me obligó a perseguirle encarnizadamente. En el ínterin, este desecho, este engendro de las tinieblas, escapó y asumió algún disfraz. Sigo buscándole, pero aún no le he capturado. —El dios se interrumpió de súbito—. Tu curiosidad es frívola. Me enoja.

Tom dio la espalda al dios.

—Menudo desastre. Conseguimos más resultados en nuestro laboratorio de Metales Terrícolas que este personaje en toda su...

Se produjo una descarga eléctrica en el aire, que desprendía olor a ozono. Tom Matson gritó. Manos invisibles le alzaron sin esfuerzo y le lanzaron hacia la puerta. La puerta se abrió y Matson rodó por el sendero hasta aterrizar entre los macizos de rosas, agitando brazos y piernas como un poseso.

—¡Socorro! —aulló Matson, luchando por incorporarse.

—Oh, querido —gimió Pat.

—Santo Dios. —Eric dirigió una mirada a la diminuta figura—. ¿Tú has hecho esto?

—Ayúdale —le urgió Pat, blanca como la cera—. Creo que está herido. Tiene un aspecto raro.

Eric corrió afuera y ayudó a Matson a ponerse en pie.

—¿Te encuentras bien? Ha sido por tu culpa. Ya te dije que si seguías molestándole pasaría algo.

La cara de Matson estaba roja de cólera.

—¡Ningún dios de pacotilla me va a tratar así! —Apartó a Eric de un empujón y se dirigió hacia la casa—. Lo bajaré al laboratorio y lo meteré en una botella de formaldehído. Lo diseccionaré, lo despellejaré y lo colgaré de la pared. Tendré el primer espécimen conocido de dios que...

Una bola luminosa brilló alrededor de Matson. La bola le envolvió y se adaptó a su cuerpo enjuto, de manera que parecía el filamento de una luz incandescente.

—¡Maldición! —murmuró Matson.

De pronto, sufrió un espasmo. Su cuerpo empezó a disminuir de tamaño con un tenue ruido. Menguaba sin cesar. Su cuerpo se estremeció, mientras experimentaba una extraña alteración.

La luz se desvaneció. Un pequeño sapo verde estaba sentado estúpidamente en el sendero privado.

—¿Lo ves? —le amonestó Eric—. ¡Te dije que te callaras! ¡Mira lo que has conseguido!

El sapo se dirigió a saltitos hacia la casa. Al llegar al porche se quedó inmóvil, derrotado por los escalones. Emitió un patético y desesperado *chug*.

—¡Oh, Eric! —aulló Pat, angustiada—. ¡Mira lo que ha hecho! ¡Pobre Tom!

—Fue culpa suya —insistió Eric—. Lo tiene bien merecido. —Empezaba a ponerse nervioso—. Escucha —dijo al dios—, eso no se le hace a un adulto. ¿Qué pensarán su mujer y sus hijos?

—¿Qué pensará el señor Bradshaw? —gritó Pat—. ¡No puede ir a trabajar así!

—Cierto —admitió Eric. Apeló al dios—. Creo que ya ha aprendido la lección. ¿Qué te parece si le devuelves a su forma anterior?

—¡Será mejor que lo transformes! —gritó Pat, apretando sus puños—. Si no lo transformas, Metales Terrícolas pedirá tu cabeza. Ni siquiera un dios puede plantarle cara a Horace Bradshaw.

—Será mejor que le devuelvas a su forma anterior —repitió Eric.

—Así aprenderá —dijo el dios—. Le dejaré así durante un par de siglos...

—¡Siglos! —estalló Pat—. ¡Maldita bola de excremento! —Avanzó con aire amenazador hacia la caja. Su cuerpo temblaba de rabia—. ¡Escucha! ¡O le cambias ahora mismo, o te saco de la caja y te echo en la unidad de eliminación de basura!

—Haz que se calle —dijo el dios a Eric.

—Cálmate, Pat —imploró Eric.

—¡No me calmaré! ¿Quién se cree que es? ¡Un regalo! ¿Cómo te *atreves* a traer esta porquería a nuestra casa? ¿Ésta es tu idea de...?

Pat enmudeció de repente.

Eric se volvió con aprensión. Pat estaba rígida, con la boca abierta, con una palabra congelada en los labios. No se movía. Estaba blanca de pies a cabeza. Un sólido color blancogrisáceo que provocó escalofríos en la espina dorsal de Eric.

—Santo Dios —musitó.

—La he convertido en piedra —explicó el dios—. Hacía demasiado ruido. —Bostezó—. Creo que voy a retirarme. Estoy un poco cansado, después del viaje.

—No lo puedo creer —dijo Eric Blake. Sacudió la cabeza, aturdido—. Mi mejor amigo convertido en sapo. Mi mujer convertida en piedra.

—Pues es verdad —dijo el dios—. Administramos justicia a tenor de las acciones de la gente. Uno y otra han recibido lo que se merecían.

—¿Puede..., puede oírme ella?

—Supongo.

Eric se acercó a la estatua.

—Pat —suplicó—, no te enfades, por favor. No fue culpa mía. —Puso las manos sobre los hombros de ella, fríos como el hielo—. ¡No me eches la culpa! Yo no lo hice.

El granito era duro y liso bajo sus dedos. Pat miraba al frente sin pestañear.

—Así que Metales Terrícolas —gruñó el dios. Su único ojo miró a Eric con interés—. ¿Quién es ese tal Horace Bradshaw? ¿Alguna deidad local, tal vez?

—Horace Bradshaw es el propietario de Metales Terrícolas —respondió Eric, en tono sombrío. Se sentó y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos—. Es el hombre más poderoso de la Tierra. Metales Terrícolas posee la mitad de los planetas del sistema.

—Los reinos de este mundo no me interesan —dijo el dios de modo enigmático, hundiendo y cerrando su ojo—. Me retiro. Deseo meditar sobre ciertos temas. Puedes despertarme más tarde, si quieres. Conversaremos sobre asuntos teológicos, como ya hicimos en la nave durante el viaje.

—Asuntos teológicos —dijo Eric con amargura—. Mi esposa convertida en un bloque de piedra y quieres que hablemos de religión.

Pero el dios ya se había replegado en sí mismo.

—Cuánto interés demuestras —murmuró Eric, presa de cólera—. Éste es el agradecimiento que me dispensas por sacarte de Ganímedes: arruinar mi hogar y mi vida social. ¡Menudo dios estás hecho!

No hubo respuesta.

Eric se concentró, desesperado. Tal vez el dios estuviera de mejor humor cuando se despertara. Tal vez podría persuadirle para que devolviera a Pat y a Matson a su forma anterior. Abrigaba una tibia esperanza. Apelaría a la parte buena del dios. Después que hubiera descansado y dormido unas cuantas horas...

Si nadie venía a buscar a Matson.

El sapo seguía sentado desconsoladamente en el camino privado, afligido y melancólico. Eric se inclinó hacia él.

—¡Hola, Matson!

El sapo levantó poco a poco la cabeza.

—No te preocupes, amigo. Conseguiré que te devuelva a tu forma anterior. Eso está hecho. —El sapo no se movió—. Está decidido —repitió Eric, nervioso.

El sapo se encogió todavía más. Eric consultó su reloj. Eran casi las cuatro. El turno de Tom empezaba dentro de media hora. El sudor perló su frente. Si el dios seguía durmiendo y no se despertaba antes de media hora...

Un zumbido. El videófono.

A Eric casi se le paró el corazón. Corrió a conectar la pantalla e intentó serenarse. Las facciones afiladas y dignas de Horace Bradshaw se materializaron. Su mirada penetrante se clavó en Eric.

—Blake —rezongó—. Por lo que veo, has vuelto de Ganímedes.

—Sí, señor.

La mente de Eric trabajaba frenéticamente. Se colocó frente a la pantalla para impedir que Bradshaw viera la habitación.

—Estaba empezando a deshacer las maletas.

—¡Olvídalo y ven aquí! Queremos oír tu informe.

—¿Ahora mismo? Caramba, señor Bradshaw, permita que saque mis cosas antes. —Luchaba con desesperación por ganar tiempo—. Vendré mañana por la mañana, a primera hora.

—¿Está Matson contigo?

—Sí. —Eric tragó saliva—. Sí, señor, pero...

—Dile que se ponga. Quiero hablar con él.

—No..., no puede hablar con usted en este preciso momento, señor.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—No está en forma para... Quiero decir que...

—Entonces, que venga conmigo —resopló Bradshaw, impaciente—. Y que esté sobrio cuando llegue. Les espero en mi oficina dentro de diez minutos. —Cortó la comunicación. La pantalla se apagó de repente.

Eric se hundió en la silla, agotado. Estaba aturdido. ¡Diez minutos! Movió la cabeza, anodadado.

El sapo se movió un poco y dio un saltito. Emitió un débil y abatido lamento.

Eric se puso en pie con energía.

—Creo que debemos enfrentarnos a la realidad —murmuró. Se agachó, tomó al sapo y lo guardó con cuidado en el bolsillo de la chaqueta—. Supongo que lo habrás oído. Era Bradshaw. Vamos a bajar al laboratorio.

El sapo se agitó, inquieto.

—Me pregunto qué dirá Bradshaw cuando te vea. —Eric besó la mejilla de granito de su esposa—. Adiós, cariño.

Bajó por el camino hacia la calle, medio atontado. Un momento después detuvo a un taxi robot y entró.

—Presiento que será difícil de explicar. —El taxi arrancó—. Muy difícil.

Horace Bradshaw le miró con pasmada estupefacción. Se quitó las gafas con montura de acero y las limpió poco a poco. Se las colocó de nuevo en su duro rostro de halcón y bajó la vista. El sapo estaba posado sin decir palabra en el centro del inmenso escritorio de caoba.

Bradshaw señaló con un dedo tembloroso al sapo.

—¿Esto..., esto es Thomas Matson?

—Sí, señor —respondió Eric.

Bradshaw parpadeó, asombrado.

—¡Matson! ¿Qué demonios te ha ocurrido?

—Es un sapo —explicó Eric.

—Ya lo veo. Increíble. —Bradshaw apretó un botón del escritorio—. Envíenme a Jennings, del laboratorio de biología —ordenó—. Un sapo. —Dio un golpecito al sapo con un lápiz—. ¿De veras eres tú, Matson?

El sapo emitió un *chug*.

—Santo Dios.

Bradshaw se reclinó en la butaca y se secó el sudor de la frente. Una expresión de preocupada compasión sustituyó la mirada sombría de antes. Sacudió la cabeza con tristeza.

—No puedo creerlo. Alguna bacteria perjudicial, supongo. Matson siempre estaba experimentando consigo mismo. Se tomaba el trabajo muy en serio. Un hombre valiente. Un buen trabajador. Ha hecho mucho por Metales Terrícolas. Es una pena que haya terminado así. Le concederemos una pensión del cien por cien, desde luego.

Jennings entró en el despacho.

—¿Me ha llamado, señor?

—Entre. —Bradshaw le indicó que pasara, con un gesto de impaciencia—. Tenemos un problema para su departamento. Ya conoce a Eric Blake.

—Hola, Blake.

—Y a Thomas Matson. —Bradshaw señaló al sapo—. Del laboratorio de no ferrosos.

—Conozco a Matson —dijo Jennings lentamente—. O sea, conozco a un Matson de no ferrosos, pero no recuerdo que... O sea, era más alto que éste. Medía casi un metro ochenta.

Librodot

—Es él —dijo Eric, sombrío—. Ahora es un sapo.

—¿Qué le ha pasado? —La curiosidad científica de Jennings se había avivado—. ¿Cuál ha sido el motivo?

—Es una larga historia —dijo Eric, evasivo.

—¿No me la puedes contar? —Jennings escrutó al sapo con aire profesional—. Parece un sapo normal. ¿Estás seguro que es Tom Matson? Habla con franqueza, Blake. ¡Debes saber más de lo que dices!

Bradshaw dirigió una penetrante mirada a Eric.

—Sí, ¿qué *ocurrió*, Blake? Tienes un aspecto extraño, huidizo. ¿Eres responsable de esto? —Bradshaw se levantó a medias de la butaca, con una fría expresión en su rostro taciturno—. Veamos. ¿Es culpa tuya que uno de mis mejores hombres haya quedado incapacitado para seguir trabajando...?

—Tranquilícese —protestó Eric, forzando su inventiva. Dio un nervioso golpecito al sapo—. Matson está perfectamente bien..., siempre que nadie le pise. Podríamos equiparle con una especie de escudo protector y un sistema automático de comunicaciones que le permitiera pronunciar palabras. De esta forma, le sería posible continuar trabajando. Con unos cuantos arreglos sin importancia, todo se desarrollará como de costumbre.

—¡Contéstame! —rugió Bradshaw—. ¿Eres responsable de esto? ¿Es *obra* tuya?

Eric se retorció las manos, impotente.

—Supongo que sí, en cierto sentido, pero no exactamente. No *directamente*. —Su voz se aflautó—. Usted, de todas formas, diría que, de no ser por mí...

Una máscara de furor cubrió el rostro de Bradshaw.

—Blake, estás despedido. —Sacó un montón de impresos del distribuidor automático adosado a su escritorio—. Lárgate de aquí y no vuelvas nunca. Y aleja la mano de ese sapo. Pertenece a Metales Terrícolas. —Empujó un papel hacia Eric—. Aquí tienes tu finiquito, y no te molestes en buscar trabajo en otro sitio. Te acabo de añadir a la lista negra del sistema. Buenos días.

—Pero señor Bradshaw...

—No supliques. —Bradshaw agitó su mano—. Limítate a marcharte. Jennings, ponga en marcha su sapiencia biológica inmediatamente. Hay que solventar este problema. Quiero que devuelva este sapo a su forma original. Matson es un elemento vital de Metales Terrícolas. Hay un trabajo del que sólo Matson puede encargarse. No podemos permitir que este incidente bloquee nuestras investigaciones.

—Señor Bradshaw —rogó Eric, desesperado—, escúcheme, por favor. Quiero que Tom vuelva a ser como antes, pero sólo hay una manera de devolverle a su forma primitiva. Nosotros...

La hostilidad se reflejó en los fríos ojos de Bradshaw.

—¿Sigues aquí, Blake? ¿Debo llamar a mis guardias para que te despedacen? Te doy un minuto para abandonar la zona de la empresa. ¿Me has entendido?

Eric asintió, abatido.

—Lo he entendido. —Se volvió y caminó hacia la puerta, arrastrando los pies—. Hasta la vista, Jennings. Hasta la vista, Tom. Estaré en casa por si me necesita, señor Bradshaw.

—Brujo —barbotó Bradshaw—. De buena me he librado.

—¿Qué haría usted —preguntó Eric al robotaxista— si su mujer se hubiera convertido en piedra, su mejor amigo en un sapo y le echaran del trabajo?

—Los robots no tienen mujer —contestó el chofer—. Carecen de sexo. Los robots no tienen amigos. Son incapaces de mantener relaciones sentimentales.

—¿Pueden ser despedidos?

—A veces. —El robot detuvo el taxi ante la modesta casa de Eric, que sólo tenía seis habitaciones—. Sin embargo, piense que los robots suelen fundirse, y se fabrican nuevos robots con los restos. Recuerde el *Peer Gynt* de Ibsen, el fragmento relativo al fundidor de botones. Esas líneas anticipan de una forma simbólica el trauma de los futuros robots.

—Sí. —La puerta se abrió y Eric bajó del taxi—. Supongo que todos tenemos nuestros problemas.

—Los robots tienen peores problemas que nadie.

La puerta se cerró y el taxi se alejó colina abajo. ¿Peores? Difícil. Eric entró en su casa sin apresurarse. La puerta principal se abrió automáticamente al detectar su presencia.

—Bienvenido, señor Blake —le saludó la puerta.

—Supongo que Pat sigue aquí.

—En efecto, pero la señora Blake se halla en estado cataléptico, o algo parecido.

—Se ha convertido en piedra. —Eric besó los fríos labios de la estatua, muy deprimido—. Hola, cariño.

Sacó un poco de carne de la nevera y la depositó en el estómago ahuecado del dios. Al instante, surgió un líquido digestivo que cubrió la comida. Al cabo de poco tiempo, el dios abrió su único ojo. Parpadeó varias veces y miró a Eric.

—¿Has dormido bien? —preguntó Eric con frialdad.

—No dormía. Mi mente estaba concentrada en asuntos de importancia cósmica. Detecto cierta hostilidad en tu voz. ¿Ha ocurrido algo desagradable?

—Nada. Nada en absoluto. He perdido mi trabajo, para rematar la jornada.

—¿Has perdido tu trabajo? Interesante. ¿A qué se referían tus restantes palabras?

La rabia de Eric estalló por fin.

—¡Has complicado mi vida hasta extremos inconcebibles, maldita sea! —Señaló la silenciosa e inmóvil figura de su mujer—. ¡Mira! ¡Mi esposa! Convertida en granito. ¡Y mi mejor amigo, en sapo!

Tinokuknoi Arevulopapo bostezó.

—¿Y qué?

—¿*Por qué*? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me tratas así? Piensa en todo lo que he hecho por ti. Te he traído a la Tierra, alimentado, preparado una caja con paja, agua y periódicos. Eso es todo.

—Cierto. Me trajiste a la Tierra. —De nuevo, un extraño fulgor cruzó el oscuro rostro del dios—. Muy bien. Arreglaré a tu mujer.

—¿Lo harás?

Una patética alegría invadió a Eric. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Estaba demasiado aliviado para seguir haciendo preguntas.

—¡Te lo agradeceré mucho, de veras!

El dios se concentró.

—No te metas en medio. Es más fácil deformar la estructura molecular de un cuerpo que restituir la configuración original. Confío en poder reproducirla exactamente como era antes.

Hizo un leve ademán. El aire se agitó en torno a la figura silenciosa de Pat. El pálido granito se estremeció. Poco a poco, sus facciones recobraron el color. Emitió un penetrante gemido y sus ojos oscuros brillaron de temor. El color cubrió sus brazos, hombros y pechos; luego se extendió al resto de su bien torneado cuerpo. Gritó, tambaleándose.

—¡*Eric*!

Eric se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos.

—Santo Dios, cariño. Me alegro que te encuentres bien. —Se apretó contra ella y notó que su corazón saltaba de terror. Besó sus labios suaves una y otra vez—. Bienvenida.

Pat le apartó con brusquedad.

—Esa pequeña serpiente. Ese miserable pedazo de excremento. Espera a que le ponga las manos encima. —Avanzó hacia el dios, echando chispas por los ojos—. Escucha, tú. ¿Qué te has creído? ¿Cómo te has *atrevido*?

—¿Lo ves? —dijo el dios—. Todas son iguales.

Eric obligó a su esposa a retroceder.

—Será mejor que cierres el pico, si no quieres que te vuelva a convertir en granito. ¿Entendido?

Pat captó el tono perentorio de su voz. Retrocedió a regañadientes.

—Muy bien, Eric. Me rindo.

—Escucha —dijo Eric al dios—, ¿qué vas a hacer con Tom? ¿Qué te parece si le devuelves a su forma original?

—¿El sapo? ¿Dónde está?

—En el laboratorio de biología. Jennings y su equipo están trabajando en él.

—Eso no me gusta —dijo el dios, después de meditar unos segundos—. ¿Has dicho el laboratorio de biología? ¿Dónde está eso? ¿Está muy lejos?

—En la sede de Metales Terrícolas. —Eric estaba impaciente—. A unos ocho kilómetros. ¿Qué opinas? Si le devuelves su forma, es posible que Bradshaw me contrate de nuevo. Me lo debes. Haz que todo vuelva a ser como antes.

—No puedo.

—¡*No puedes*! ¿Por qué no?

—Pensaba que los dioses eran omnipotentes —dijo Pat con un bufido, malhumorada.

—Puedo hacer cualquier cosa..., a corta distancia. El laboratorio de biología de Metales Terrícolas se encuentra demasiado lejos. Ocho kilómetros está fuera de mi alcance. Puedo deformar estructuras moleculares dentro de una distancia limitada.

—¿Cómo? —preguntó Eric con incredulidad—. ¿Quieres decir que no puedes devolverle a Tom su forma auténtica?

—Así son las cosas. Has hecho mal sacándole de casa. Los dioses están sujetos a las leyes naturales, igual que tú. Nuestras leyes son diferentes, pero no dejan de ser leyes.

—Entiendo —murmuró Eric—. Tenías que habérmelo dicho.

—En lo concerniente a tu trabajo, no tienes por qué preocuparte. Crearé un poco de oro, aquí mismo.

El dios hizo un ademán con sus manos escamosas. Un trozo de la cortina adquirió un repentino tono amarillento y cayó al suelo con un estruendo metálico.

—Oro sólido. Bastará para mantenerte durante unos cuantos días.

—Ya no nos regimos por el patrón oro.

—Bueno, pide lo que quieras. Puedo hacer cualquier cosa.

—Excepto transformar a Tom en un ser humano —dijo Pat—. Menudo dios estás hecho.

—Cierra el pico, Pat —murmuró Eric, abismado en sus pensamientos.

—Si hubiera alguna forma de acercarme a él —insinuó el dios—, dentro de una distancia razonable...

—Bradshaw no le soltará, y yo no puedo poner los pies allí. Los guardias me harían fosfatina.

—¿Qué tal un poco de platino? —El dios hizo un gesto y un trozo de la cortina adquirió un brillo blanco—. Platino sólido. Un simple cambio de peso atómico. ¿Te sirve de algo?

—¡No! —Eric paseaba arriba y abajo—. Hemos de quitarle ese sapo a Bradshaw. Si pudiéramos traerle aquí...

—Tengo una idea —dijo el dios.

—¿Cuál?

—Podrías introducirme allí, en los terrenos de la empresa, cerca del laboratorio de biología.

—Valdría la pena intentarlo —dijo Pat, apoyando la mano en el hombro de Eric—. Después de todo, Tom es tu mejor amigo. Es una vergüenza tratarle de esta manera. Es..., es antiterrícola.

Eric tomó su chaqueta.

—De acuerdo. Nos acercaremos en coche todo lo que podamos a los terrenos de la empresa. Podría acercarme lo suficiente antes que los guardias me vieran y...

Se oyó un crujido. La puerta principal se desplomó de repente, convertida en un montón de cenizas. Una horda de policías robots irrumpió en la casa, con los fusiles desintegradores preparados.

—Estupendo —dijo Jennings—. Ése es nuestro hombre. —Entró a grandes zancadas en la casa—. Atrápenle, y traigan también esa cosa que hay en la caja.

—¡Jennings! —Eric tragó saliva, alarmado—. ¿Qué demonios significa esto?

Jennings frunció los labios.

—Deja de fingir, Blake. No conseguirás engañarme. —Dio una palmadita a una caja de metal que llevaba bajo el brazo—. El sapo nos lo ha dicho todo. De modo que tienes un extraterrestre en tu casa, ¿eh? —Lanzó una carcajada glacial—. Hay una ley que prohibe introducir extraterrestres en la Tierra. Estás detenido, Blake. Te caerá cadena perpetua, probablemente.

—¡Tinokuknoi Arevulopapo! —gritó Eric—. ¡No me abandones en un momento como éste!

—Ya voy —gruñó el dios. Se hinchó violentamente—. ¿Cómo es posible que sucedan estas cosas?

Los policías robots dieron un brinco cuando un torrente de energía brotó de la caja. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Quedaron transformados en un pelotón de ratones mecánicos que atravesaron frenéticamente el umbral de la puerta y se desperdigaron por el patio.

El rostro de Jennings expresó estupefacción y después pánico. Retrocedió agitando de un lado a otro su fusil con aire amenazador.

—Escucha, Blake, no pienses que puedes asustarme. Tenemos la casa rodeada.

Un rayo de energía le golpeó en el estómago. El rayo le alzó y agitó como si fuera un muñeco de trapo. El fusil le resbaló de los dedos y cayó al suelo. Jennings intentó recuperarlo con desesperación. El fusil se convirtió en una araña, que se arrastró lejos de su alcance.

—Bájale —ordenó Eric.

—Muy bien.

El dios liberó a Jennings, que se estrelló en el suelo, aturdido y asustado. Se puso en pie como pudo y salió corriendo de la casa, bajando por el camino privado hacia la acera.

—Oh, querido —dijo Pat.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Una sólida línea de cañones atómicos formaba un círculo alrededor de la casa. Sus bocas brillaban con maldad al sol del atardecer. Grupos de policías robot se erguían ante cada cañón, esperando instrucciones.

—Esto es el fin —gruñó Eric—. Un solo disparo y saltamos por los aires.

—¡Haz algo! —gimió Pat. Azuzó a la caja—. Hechízales. No te quedes sentado sin hacer nada.

—Están muy lejos —replicó el dios—. Como ya les he explicado, la distancia limita mis poderes.

—¡Ustedes! —aulló una voz, amplificada por cientos de altavoces—. ¡Salgan con las manos en alto o abriremos fuego!

—Bradshaw —gruñó Eric—. Está ahí afuera. Estamos atrapados. ¿Estás seguro que no puedes hacer nada?

—Lo siento —se disculpó el dios—. Puedo alzar un escudo contra los cañones.

Se concentró. En el exterior de la casa se formó al instante un globo nebuloso, que se endureció rápidamente a su alrededor.

—Muy bien —se oyó la voz amplificada de Bradshaw, aunque amortiguada por el escudo protector—. Ustedes lo han querido.

Los policías robots dispararon el primer proyectil. Eric se descubrió tirado en el suelo. Los oídos le zumbaban y todo daba vueltas en torno suyo. Pat yacía a su lado, aturdida y asustada. La casa —paredes, sillas, muebles— estaba en ruinas.

—Estupendo escudo —susurró Pat.

—La sacudida —protestó el dios. Su caja estaba tirada en un rincón, a su lado—. El escudo detiene los proyectiles, pero la sacudida...

Estalló un segundo proyectil. Un muro de presión rodó sobre Eric y le dejó aturdido. Resbaló, empujado por un viento violento, y se estrelló contra las montañas de cascotes que habían sido su casa.

—No sobreviviremos —dijo Pat con voz débil—. Diles que paren, Eric, por favor.

—Tu mujer tiene razón. —La voz serena del dios surgió de su caja volcada—. Ríndete, Eric. Date por vencido.

—Creo que sería lo mejor. —Eric se puso de rodillas—. Pero no quiero pasar el resto de mi vida en la cárcel. Sabía que estaba violando la ley cuando introduje esa maldita cosa de contrabando, pero nunca pensé.

Estalló un tercer proyectil. Eric se desplomó y se golpeó la barbilla contra el suelo. Sobre él cayeron yeso y cascotes, que le sofocaron y le cegaron. Logró levantarse apoyándose en una viga que sobresalía.

—¡Alto! —gritó.

Se hizo un repentino silencio.

—¿Quieren rendirse? —bramó la voz amplificada.

—Ríndete —murmuró el dios.

La mente de Eric maquinaba a toda prisa.

—Propongo..., propongo un trato. Un compromiso. —Sus sinapsis sacaban humo—. Una propuesta. Siguió una larga pausa.

—¿Cuál es la propuesta?

Eric avanzó entre los cascotes hasta el borde del escudo. Éste casi había desaparecido. Sólo quedaba una neblina brillante, a través de la cual se veía un círculo de cañones atómicos.

—Matson —jadeó Eric, falto de aliento—. El sapo. Haremos el siguiente trato. Devolveremos a Matson su forma original. Enviaremos al extraterrestre a Ganímedes. A cambio, no me denunciará y me reincorporará a mi puesto de trabajo.

—¡Absurdo! Mis laboratorios pueden devolver su forma a Matson sin tu ayuda.

—Ah, ¿sí? Pregúnteselo a Matson. Él le responderá. Si usted no está de acuerdo, Matson seguirá siendo un sapo durante los próximos doscientos años..., ¡como mínimo!

Siguió un largo silencio. Eric vio siluetas que corrían de un lado a otro y que conferenciaban detrás de los cañones.

—De acuerdo —dijo por fin la voz de Bradshaw—. Aceptamos. Bajen el escudo y salgan. Enviaré a Jennings con el sapo. ¡No permitiré ningún truco, Blake!

—No habrá trucos. —Eric experimentó un inmenso alivio—. Vamos —dijo al dios mientras recogía la caja mellada—. Baja el escudo y acabemos con esto. Esos cañones me ponen nervioso.

El dios se relajó. El escudo (o lo que quedaba de él) osciló y se desvaneció.

—Allá vamos. —Eric avanzó con cautela, sujetando la caja con ambas manos—. ¿Dónde está Matson?

Jennings caminó hacia él.

—Yo lo tengo. —Su curiosidad pudo más que su suspicacia—. Esto podría ser interesante. Deberíamos realizar un estudio minucioso sobre las formas de vida extradimensionales. Por lo visto, poseen una ciencia mucho más avanzada que la nuestra.

Jennings se acuclilló y posó el pequeño sapo verde sobre la hierba.

—Aquí lo tienes —dijo Eric al dios.

—¿Está lo bastante cerca? —preguntó Pat con voz glacial.

—Lo suficiente —dijo el dios—. En el punto exacto.

Giró su único ojo hacia el sapo y realizó algunos movimientos con sus garras escamosas.

Un leve resplandor flotó sobre el sapo. Entraron en acción fuerzas extradimensionales que manipularon las moléculas del sapo. De pronto, éste se retorció. Se estremeció durante un segundo, sacudido por una insistente vibración. Después...

Matson se materializó de repente. Su familiar figura larguirucha se cernió sobre Eric, Jennings y Pat.

—Dios mío —balbució Matson, temblando como una hoja. Sacó su pañuelo y se secó la cara—. Me alegro que todo haya terminado. No me gustaría volver a pasar por eso.

Jennings retrocedió a toda prisa hacia el círculo de cañones. Matson dio media vuelta y corrió tras él. Eric, su mujer y el dios se quedaron solos en el centro del césped.

—¡Oye! —exclamó Eric, alarmado—. ¿Qué es esto? ¿Qué demonios pasa?

—Lo siento, Blake —resonó la voz de Bradshaw—. Era esencial recuperar a Matson, pero no podemos cambiar la ley. La ley está por encima de cualquier hombre, incluido yo. Están detenidos.

Los policías robot avanzaron y rodearon a Eric y Pat con aire amenazador.

—Canalla —dijo Eric con voz estrangulada.

Bradshaw salió de detrás de los cañones, con las manos en los bolsillos y una sonrisa serena en los labios.

—Lo siento, Blake. Supongo que saldrás de la cárcel dentro de diez o quince años. Te prometo que te guardaré tu puesto. En cuanto a ese ser extradimensional, me interesa mucho verle. Me han contado cosas asombrosas. —Su mirada se desvió hacia la caja—. Será un placer hacerme cargo de él. Nuestros laboratorios lo someterán a pruebas y experimentos y…

Bradshaw calló de repente. Su cara adquirió un color enfermizo. Abrió y cerró la boca, sin emitir sonido alguno.

Un frenético y creciente zumbido de rabia brotó de la caja.

—¡*Nar Dolk*! ¡Sabía que te encontraría!

Bradshaw retrocedió, temblando violentamente.

—¡Tú tenías que ser, Tinokuknoi Arevulopapo! ¿Qué estás haciendo en la Tierra? —Tropezó y estuvo a punto de caer—. ¿Cómo has logrado, después de tanto tiempo…?

Entonces, Bradshaw se puso a correr apartando a empellones a los policías y dejó atrás los cañones atómicos.

—¡Nar Dolk! —chilló el dios, hinchado de furia—. ¡Azote de los Siete Templos! ¡Desecho espacial! ¡Sabía que estabas en este miserable planeta! ¡Vuelve a recibir tu castigo!

El dios se elevó en el aire como una flecha. Dejó atrás a Eric y a Pat, aumentando de tamaño a medida que volaba. Un viento nauseabundo y repugnante, caliente y húmedo, azotó sus rostros.

Bradshaw —Nar Dolk— corría a toda la velocidad que le permitían las piernas. Y mientras corría *cambiaba*. De su cuerpo brotaron alas inmensas, enormes alas correosas que golpeaban el aire frenéticamente. Su cuerpo fluía y cambiaba. Unos tentáculos reemplazaron a sus piernas, unas garras escamosas a sus brazos. Le crecía un pelaje gris mientras continuaba aleteando ruidosamente.

Tinokuknoi Arevulopapo cargó sobre él. Ambos quedaron entrelazados durante unos breves momentos, retorciéndose y rodando en el aire; las alas y las garras herían y golpeaban.

Luego, Nar Dolk se deshizo de su presa y voló hacia lo alto. Hubo un relámpago cegador, un *pop* y desapareció.

Tinokuknoi Arevolupapo surcó el aire durante unos segundos. Ladeó su cabeza escamosa y clavó su único ojo en Eric y Pat. Movió la cabeza brevemente y se desvaneció con un peculiar bamboleo.

El cielo estaba desierto, a excepción de unas pocas plumas. Olía a escamas quemadas.

Eric fue el primero en hablar.

—Bien, ya entiendo por qué quería venir a la Tierra. Podría decirse que se aprovechó de mi buena fe. —Sonrió con timidez—. El primer terrícola al que un alienígena toma el pelo.

—Han desaparecido —graznó Matson, mirando al cielo—. Los dos. Supongo que habrán regresado a su dimensión.

Un policía robot tiró de la manga de Jennings.

—¿Debemos detener a alguien, señor? Ahora que el señor Bradshaw se ha marchado, usted es el siguiente en jerarquía.

Jennings miró a Eric y Pat.

—Creo que no. Las pruebas se han volatilizado. De cualquier modo, me parecería absurdo. —Sacudió la cabeza—. Bradshaw. ¡Quién podía imaginarlo! Y trabajé para él durante años. Un caso de lo más misterioso.

Eric rodeó a su mujer con el brazo. La atrajo hacia él y la abrazó.

—Lo siento, cariño —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Tu regalo. Ha desaparecido. Creo que tendré que comprarte otra cosa.

Pat rió y se apretó contra él.

—Tienes mucha razón. Voy a confesarte un secreto.

—¿Cuál?

Pat le besó. Eric sintió sus cálidos labios sobre su mejilla.

—En realidad..., estoy muy contenta.

EL FABRICANTE DE CAPUCHAS

—¡Una capucha!

—¡Un tipo con una capucha!

Empleados y clientes salieron corriendo a la acera y se añadieron a la multitud congregada. Un joven de rostro cetrino dejó caer su bicicleta y empezó a correr. La muchedumbre se engrosó con ejecutivos de chaqueta gris, secretarias de aspecto cansado, funcionarios y obreros.

—¡Atrápenle! —La multitud se abalanzó hacia adelante—. ¡Atrapen al viejo!

El joven de rostro cetrino arrojó una piedra que había tomado de la cuneta y la estrelló contra el escaparate de una tienda.

—¡Sí, lleva una capucha!

—¡Quítensela!

Llovieron más piedras. El viejo jadeó de miedo e intentó sortear a dos soldados que le bloqueaban el camino. Una piedra le alcanzó en la espalda.

—¿Qué escondes? —preguntó el joven de rostro cetrino, que se había plantado frente al anciano—. ¿Por qué tienes miedo que te sondeen?

—¡Seguro que oculta algo!

Un obrero le arrebató el sombrero al viejo. Manos ansiosas buscaron la banda de metal que rodeaba su cabeza.

—¡Nadie tiene derecho a ocultar nada!

El viejo cayó al suelo con los miembros extendidos. El paraguas salió rodando. Un funcionario tomó la capucha y tiró. La muchedumbre luchó por

tocar la banda metálica. De pronto, el joven lanzó un grito. Retrocedió y levantó en alto la capucha.

—¡La tengo! ¡La tengo!

Corrió hacia su bicicleta y se alejó pedaleando, sin soltar la capucha doblada.

Se oyó el aullido de una sirena y un coche robot de la policía frenó en la curva. Salieron policías robot que dispersaron a la turba.

—¿Está herido?

Ayudaron al anciano a levantarse.

El viejo sacudió la cabeza, aturdido. Las gafas le colgaban de una oreja. Tenía el rostro manchado de sangre y saliva.

—Muy bien. —Los dedos metálicos del policía le soltaron—. Será mejor que se aleje de la calle y se meta en algún sitio. Por su propio bien.

El director de seguridad Ross apartó la tarjeta electrónica que contenía el informe.

—Uno más. Me sentiré aliviado cuando el proyecto de ley Antiinmunidad sea aprobado.

—¿Uno más? —preguntó Peters, levantando la vista.

—Otra persona que llevaba una capucha, un escudo antisondeos. Van diez en las últimas cuarenta y ocho horas. No paran de enviarlas por correo.

—Enviadas por correo, deslizadas bajo las puertas, en los bolsillos, abandonadas sobre los escritorios... Hay muchas formas de distribuirlas.

—Si nos lo comunicara más gente...

—Ya es extraño que alguien lo haga. —Peters sonrió con malicia—. El hecho que las capuchas sean enviadas a esta gente tiene su lógica. No las escogen al azar.

—¿En qué se basan para enviárselas?

—Tienen algo que ocultar. Es la única explicación.

—¿Qué me dices de los que *sí* nos informan?

—Tienen miedo de llevarlas. Nos entregan las capuchas... para evitar sospechas.

Ross reflexionó, malhumorado.

—Supongo que tienes razón.

—Un hombre inocente carece de motivos para ocultar sus pensamientos. El noventa y nueve por ciento de la población está contenta con que su mente sea sometida a sondeos. La mayoría de la gente *desea* demostrar su lealtad, pero ese uno por ciento es culpable de algo.

Ross abrió un sobre de papel manila y extrajo una banda metálica. La estudió con gran interés.

—Fíjate: un simple trozo de alguna aleación, pero que impide cualquier sondeo. Los *agujas* se ponen como locos. Sufren una especie de descarga eléctrica cuando intentan traspasarla.

—Habrás enviado muestras al laboratorio, por supuesto.

—No. No quiero que ningún empleado del laboratorio se fabrique su propia capucha. ¡Ya tenemos bastantes problemas!

—¿A quién le quitaron ésta?

Ross apretó un botón de su escritorio.

—Ahora lo sabremos. El *aguja* nos proporcionará un informe.

La puerta se desvaneció y un joven flaco de rostro cetrino entró en la habitación. Vio la banda de metal que sostenía Ross en la mano y dibujó una leve y vivaz sonrisa.

—¿Quería verme?

Ross examinó al joven. Cabello rubio, ojos azules. Un chico de aspecto normal, tal vez un estudiante de segundo de carrera. Pero Ross sabía muy bien quién era. Ernest Abbud era un mutante telépata: un *aguja*. Uno de los varios cientos que Seguridad empleaba para los sondeos de lealtad.

Antes de los *agujas*, los sondeos de lealtad se realizaban de cualquier manera. Juramentos, exámenes o micrófonos ocultos no bastaban. La teoría que cada persona debía demostrar su lealtad era estupenda..., en teoría. En la práctica, muy poca gente podía hacerlo. Daba la impresión que sería preciso abandonar el concepto que todo el mundo es culpable hasta que se demuestre su inocencia, y restaurar el derecho romano.

El problema, en apariencia insoluble, había encontrado respuesta en la Explosión de Madagascar, ocurrida en 2004. Radiaciones muy poderosas habían afectado a varios miles de soldados estacionados en la zona. De los que quedaron con vida, pocos engendraron hijos. pero muchos de los varios centenares de niños que nacieron de los supervivientes dieron muestras de características mentales radicalmente nuevas. Un mutante humano había nacido..., por primera vez en miles de años.

Los *agujas* aparecieron por accidente, pero solucionaron el problema más grave al que se enfrentaba la Unión Libre: la detección y el castigo de la deslealtad. Los *agujas* eran de incalculable valor para el gobierno de la Unión Libre..., y lo sabían.

—¿Usted encontró esto? —preguntó Ross, dando un golpecito a la capucha.

—Sí —asintió Abbud.

El joven no seguía las palabras que pronunciaba el director, sino sus pensamientos. Ross enrojeció de cólera.

—¿Cómo era el hombre? —preguntó con aspereza—. El informe no da detalles.

—Es el doctor Franklin, director de la Comisión de Recursos Federales. Tiene sesenta y siete años de edad. Ha venido para visitar a un pariente.

—¡Walter Franklin! He oído hablar de él. —Ross miró a Abbud—. Entonces, ¿ya ha...?

—En cuanto le quité la capucha pude sondearle.

—¿Adónde fue Franklin después de ser atacado?

—Se refugió en un local, a instancias de la policía.

—¿Apareció en el lugar de los hechos?

—Después que le quité la capucha, por supuesto. Todo fue a pedir de boca. Franklin fue localizado por otro telépata. Fui informado que Franklin caminaba en mi dirección. Cuando le vi grité que llevaba una capucha. Se formó una multitud y otras personas repitieron el grito. El otro telépata llegó y manipulamos a la muchedumbre hasta situarnos cerca de él. Yo mismo tomé la capucha... Ya conoce el resto.

Ross guardó silencio unos momentos.

—¿Sabe cómo consiguió la capucha? ¿Lo averiguó mediante el sondeo?

—La recibió por correo.

—¿Sabe...?

—No tiene ni idea de quién se la envió o de dónde procedía.

—Entonces, no podrá proporcionarnos la menor información. —Ross frunció el ceño—. ¿Quién se la habrá enviado?

—Los fabricantes de capuchas —respondió con frialdad Abbud.

Ross levantó al instante la vista.

—¿Qué?

—Los fabricantes de capuchas. *Alguien* las fabrica —añadió Abbud, con expresión dura—. *Alguien* está fabricando escudos a prueba de sondas.

—¿Y está seguro...?

—¡Franklin no sabe nada! Llegó anoche a la ciudad. Su máquina de correo le trajo la capucha esta mañana. Reflexionó durante un rato. Después, compró un sombrero y se lo colocó en la cabeza. Se encaminó a pie a casa de su sobrina. Le localizamos varios minutos después, cuando entró en nuestro radio de acción.

—Parece que últimamente han ocurrido casos similares de capuchas enviadas por correo. Pero usted ya lo sabe. —Ross apretó los labios—. Debemos localizar a los remitentes.

—Tardaremos un poco. Por lo visto, envían capuchas incesantemente. —Abbud hizo una mueca—. ¡Debemos estar tan cerca! Nuestro radio de acción es muy limitado, pero tarde o temprano localizaremos a uno. Tarde o temprano le arrancaremos la capucha a alguien..., y *le* encontraremos...

—Durante el último año se detectaron cinco mil portadores de capuchas —declaró Ross—. Cinco mil..., y ni uno de ellos sabía nada. De dónde vienen las capuchas y quién las fabrica.

—Habrá más posibilidades cuando seamos más —dijo Abbud, en tono sombrío—. Actualmente, hay pocos como yo, pero cuando...

—Ordenarás que sondeen a Franklin, ¿verdad? —preguntó Peters a Ross—. Para asegurarnos.

—Supongo que sí. —Ross movió la cabeza en dirección a Abbud—. Podría encargarse usted mismo. Que su grupo proceda a un sondeo total y averigüe si existe algo de interés sepultado en su zona nerviosa inconsciente. Infórmeme de los resultados por los conductos habituales.

Abbud buscó en su chaqueta. Sacó una cinta y la tiró sobre el escritorio, frente a Ross.

—Aquí los tiene.

—¿Qué es esto?

—El sondeo total de Franklin. A todos los niveles; investigados y grabados por completo.

Ross miró al joven.

—Usted...

—Nos hemos adelantado. —Abbud se dirigió hacia la puerta—. Un buen trabajo. Lo hizo Cummings. Descubrimos considerable deslealtad, más ideológica que manifiesta. Es probable que ustedes quieran detenerlo. Cuando tenía veinticuatro años encontró libros antiguos y discos de música. Sufrió una fuerte influencia. La última parte de la cinta recoge nuestras discusiones sobre la evaluación global de su desviación.

La puerta se desvaneció y Abbud se marchó.

Ross y Peters le siguieron con la mirada. Por fin, Ross tomó la cinta y la colocó junto a la banda metálica.

—Serán abusadores —dijo Peters—. Han llevado a cabo el sondeo.

Ross asintió con la cabeza, abismado en sus pensamientos.

—Sí, y creo que no me gusta.

Los dos hombres intercambiaron una mirada..., y adivinaron que mientras lo hacían, Ernest Abbud leía sus pensamientos desde el exterior del despacho.

—¡Maldita sea! —exclamó inútilmente Ross—. ¡Maldita sea!

La respiración de Walter Franklin era agitada. Miró a su alrededor y se secó el sudor de su cara surcada de arrugas con una mano temblorosa.

Oyó que los pasos de los agentes de seguridad se acercaban desde el extremo del pasillo.

Se había librado de la turba..., por poco. Habían transcurrido cuatro horas. Ahora, el sol se había puesto y la noche caía sobre la gran ciudad de Nueva York. Había conseguido llegar casi a los límites de la ciudad..., pero una alarma pública estaba solicitando su detención.

¿*Por qué*? Había trabajado para el gobierno de la Unión Libre durante toda su vida. No había cometido la menor deslealtad. Nada, excepto abrir el correo matutino, encontrar la capucha, meditar sobre su significado y ponérsela. Recordaba la pequeña etiqueta que contenía las instrucciones:

¡SALUDOS!

Le enviamos este escudo antisondeos con los mejores deseos del fabricante y la esperanza que le sea útil. Muchas gracias.

Nada más. Ninguna otra información. Había reflexionado durante largo rato. ¿Debía ponérsela? Nunca había hecho nada. No tenía nada que ocultar..., ninguna deslealtad a la Unión. Sin embargo, la idea les fascinaba. Si se ponía la capucha, nadie leería sus pensamientos; le pertenecerían en exclusiva. Podría pensar lo que le viniera en gana, interminables pensamientos de los que sólo él disfrutaría.

Por fin, había tomado una decisión: se pondría la capucha y la disimularía con su viejo homburg. Había salido a la calle y, apenas pasados diez minutos, una multitud enfurecida se había congregado a su alrededor. Y en aquel momento se había declarado una alarma general con el propósito de detenerle.

Franklin se devanaba los sesos. ¿Qué podía hacer? Le llevarían ante un tribunal. No se le acusaría de nada; debería demostrar, simplemente, que era leal. ¿*Había* hecho algo malo? ¿Había olvidado algún acto desleal? Se había puesto la capucha. Tal vez era eso. Se había presentado en el Congreso una especie de proyecto de ley Antiinmunidad, a fin que fuera considerado un delito llevar un escudo antisondeos, pero aún no lo habían aprobado...

Los agentes de seguridad casi le habían alcanzado. Retrocedió por el pasillo del hotel, mirando desesperadamente en torno suyo. Un letrero rojo centelleaba: SALIDA. Corrió hacia él, bajó un tramo de escalera y salió a una calle oscura. Salir al exterior, teniendo en cuenta las masas excitadas, era peligroso. Había tratado de mantenerse escondido lo máximo posible, pero no le quedaba otra elección.

Una voz estridente chilló a su espalda. Algo pasó a su lado y desintegró un trozo de pavimento. Un rayo Slem. Franklin corrió, jadeante, dobló una esquina y se desvió por una calle lateral. La gente le miraba con curiosidad cuando les rebasaba a toda prisa.

Cruzó una calle atestada de gente y se mezcló con un grupo de personas que iban al cine. ¿Le habrían visto los agentes? Miró nerviosamente a su alrededor. Ninguno de ellos a la vista.

Llegó a otra esquina y atravesó la calle. Llegó a la zona central para peatones y observó que un brillante coche de seguridad avanzaba hacia él. ¿Le habrían visto salir de la zona para peatones?

Se encaminó a la esquina más alejada. El coche de seguridad aceleró de repente. Apareció un segundo vehículo por el otro extremo de la calle.

Franklin llegó a la esquina.

El primer coche se detuvo con un chirrido de neumáticos. Agentes de seguridad salieron en tropel e invadieron la acera.

Estaba atrapado. No tenía dónde esconderse. Paseantes y oficinistas volvieron la vista con curiosidad, sin expresar la menor simpatía en sus rostros. Algunos le sonrieron, vagamente divertidos. Franklin miró a su alrededor, desesperado. Ningún sitio, ninguna puerta, ninguna persona...

Un coche frenó ante él y se abrieron sus puertas.

—Entre. —Una joven se inclinó hacia él, con una expresión perentoria en su bonito rostro—. ¡Entre, maldita sea!

Obedeció. La chica cerró las puertas y el coche aceleró. Un coche de seguridad dobló frente a ellos y bloqueó la calle con un bulto brillante. Un segundo coche de seguridad llegó por detrás.

La chica se inclinó y aferró los controles. El coche se elevó de súbito; ganaba altura con gran rapidez. Un relámpago de luz violeta iluminó el cielo a sus espaldas.

—¡Agáchese! —gritó la chica.

Franklin se hundió en su asiento. El coche describió un amplio arco y dejó atrás las columnas protectoras de una hilera de edificios. Los coches de seguridad abandonaron la persecución.

Franklin se secó la frente con manos temblorosas.

—Gracias —murmuró.

—De nada.

La chica aumentó la velocidad del coche. Salieron de la parte comercial y se dirigieron hacia los barrios residenciales de las afueras. La joven conducía en silencio, vigilando el cielo.

—¿Quién es usted? —preguntó Franklin.

La chica le tiró algo.

—Póngase eso.

Una capucha. Franklin la abrió y se la puso sobre la cabeza con movimientos torpes.

—Ya está.

De no llevarla, nos localizarían con una sonda *aguja*. No hay que bajar la guardia ni un momento.

—¿Adónde vamos?

La chica se volvió hacia él. Le examinó con sus serenos ojos grises mientras manejaba el volante con una mano.

—Vamos a ver al fabricante de capuchas —dijo—. La alarma pública desatada contra usted tiene máxima prioridad. Si le dejamos marchar, no durará ni una hora.

—No lo entiendo. —Franklin sacudió la cabeza, aturdido—. ¿Por qué me buscan? ¿Qué he hecho?

—Le están sondeando.

El coche describió un amplio arco. El viento silbó al enroscarse entre los parachoques y las aletas.

—Le sondean los *agujas*. Los acontecimientos se están precipitando. No hay tiempo que perder.

El hombrecillo calvo se quitó las gafas y ofreció su mano a Franklin mientras le observaba con mirada miope.

—Encantado de conocerle, doctor. He seguido su trabajo en la Junta con sumo interés.

—¿Quién es usted? —preguntó Franklin.

El hombrecillo sonrió con timidez.

—Me llamo James Cutter. El fabricante de capuchas, como me llaman los *agujas*. Ésta es nuestra fábrica. —Señaló la habitación con un ademán circular—. Eche un vistazo.

Franklin examinó las instalaciones. Se hallaba en un almacén, un antiguo edificio de madera del siglo pasado. En lo alto había gigantescas vigas resecas y carcomidas. El piso era de hormigón. En el techo brillaban luces fluorescentes anticuadas. Manchas de humedad y gruesas tuberías recorrían las paredes.

Franklin paseó por el almacén, con Cutter a su lado. Estaba aturdido. Todo había sucedido con mucha rapidez. Por lo visto, se encontraba en las afueras de Nueva York, en algún degradado suburbio industrial. Había hombres trabajando por todas partes, inclinados sobre estampadoras y moldes. El aire era caliente. Un ventilador arcaico giraba en el techo. El almacén resonaba y vibraba con el constante estrépito.

—Esto... —murmuró Franklin—. Esto es...

—Aquí fabricamos las capuchas. No es muy impresionante, ¿verdad? Más adelante pensamos trasladarnos a instalaciones nuevas. Acompáñeme y le enseñaré el resto.

Cutter empujó una puerta lateral y entraron en un pequeño laboratorio. Frascos y retortas se hacinaban por todas partes en abigarrada confusión.

—Aquí realizamos nuestras investigaciones. Puras y aplicadas. Hemos aprendido algunas cosas. Algunas las utilizamos; otras, confiamos en no necesitarlas. Así mantenemos ocupados a nuestros refugiados.

—¿Refugiados?

Cutter apartó algunos aparatos y se sentó sobre la mesa del laboratorio.

—La mayoría de ellos están aquí por la misma razón que usted: sondeados por los *agujas*, acusados de desviación. Por fortuna, nosotros les atrapamos antes.

—Pero, ¿por qué...?

—¿Por qué le sondeaban? Por su cargo, director de un departamento gubernamental. Todos estos hombres eran importantes..., y todos fueron sondeados por los *agujas*. —Cutter encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared manchada de humedad—. Existimos gracias a un descubrimiento llevado a cabo hace diez años en un laboratorio del gobierno. —Dio un golpecito a su capucha—. Esta aleación impide los sondeos. Uno de estos hombres la descubrió por accidente. Los *agujas* le persiguieron de inmediato, pero escapó. Fabricó algunas capuchas y se las pasó a los demás hombres que trabajaban en su especialidad. Así empezó todo.

—¿Cuánta gente hay aquí?

—No puedo decírselo —rió Cutter—. Los suficientes como para fabricar capuchas y ponerlas en circulación enviándolas a destacados miembros del gobierno, directivos, científicos, funcionarios, educadores...

—¿Por qué?

—Porque queremos hacernos con ellos antes que los *agujas*. Con usted, llegamos demasiado tarde. *Ya* ha sido sometido a un sondeo total, incluso antes que la capucha fuera enviada por correo.

»Los *agujas* están logrando un control cada vez mayor sobre el gobierno. Eligen a los mejores hombres, les denuncian y proceden a su detención. Si un *aguja* dice que alguien es desleal, Seguridad debe arrestarle. Intentamos proporcionarle a tiempo una capucha. No podían entregar un informe a Seguridad si usted lleva una. Sin embargo, fueron más inteligentes que nosotros. Lanzaron una turba tras usted y se apoderaron de la capucha. Entregaron el informe a Seguridad en seguida.

—Por eso querían quitármela.

—Los *agujas* no pueden presentar un informe incriminatorio contra un hombre cuya mente es opaca a los sondeos. Seguridad no es tan estúpida. Los *agujas* tienen que deshacerse de las capuchas. Todo hombre que utiliza una capucha es un hombre no controlado. Hasta ahora, se las han arreglado provocando tumultos, pero es poco efectivo. El próximo paso es la aprobación en el Congreso de ese proyecto de ley Antiinmunidad del senador Waldo. Prohibiría el empleo de capuchas. —Cutter sonrió con ironía—. Si un hombre es inocente, ¿por qué se opone a que le sondeen la mente? El proyecto convierte en delito llevar escudos antisondeos. La gente que recibe capuchas las entrega a Seguridad. Nadie querrá quedarse una capucha, si eso significa prisión y confiscación de sus bienes.

—Una vez hablé con Waldo. Creo que no comprendo el alcance de su proyecto. Si pudiéramos hacerle ver...

—¡Exacto! Si comprendiera las consecuencias. Hay que detener este proyecto. Si lo aprueban, estamos acabados. Y los *agujas* están muy interesados. Alguien debe hablar con Waldo y hacerle comprender la situación. —Los ojos de Cutter brillaban—. Usted le conoce. Se acordará de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Franklin, vamos a soltarle..., para que hable con Waldo. Es la única posibilidad de detener el proyecto de ley. Y hay que detenerlo.

El crucero volaba sobre las Montañas Rocosas. De vez en cuando se divisaban bosques y arbustos enmarañados.

—Hay un prado llano hacia la derecha —dijo Cutter—. Si lo encuentro, aterrizaré.

Apagó los motores. El rugido del aparato cesó. Planearon sobre las colinas.

—A la derecha —dijo Franklin.

Cutter descendió con suavidad.

—Desde aquí se puede ir caminando a la propiedad de Waldo.

Ambos experimentaron una sacudida cuando las aletas de aterrizaje se hundieron en el suelo. Por fin, se quedaron inmóviles.

El viento agitaba débilmente los altos árboles que rodeaban la zona. Era mediodía. El aire era frío y tenue. Se encontraban a bastante altura, en las montañas, en la zona de Colorado.

—¿Qué posibilidades tenemos de entrevistarnos con él? —preguntó Franklin.

—Pocas.

—¿Cómo? —se inquietó Franklin—. ¿Por qué?

Cutter abrió la puerta del crucero y saltó al suelo.

—Vamos. —Ayudó a Franklin a salir y cerró la puerta—. Waldo tiene guardianes. Una muralla de robots le protege. Por eso aún no lo habíamos intentado. Si no fuera crucial, tampoco lo habríamos hecho.

Bajaron por la colina siguiendo un estrecho sendero cubierto de maleza.

—¿Por qué se comportan así los *agujas*? —preguntó Franklin—. ¿Por qué quieren obtener más poder?

—La naturaleza humana, supongo.

—¿La naturaleza *humana*?

—Los *agujas* no son diferentes de los jacobinos, los cabezas rapadas, los nazis o los bolcheviques. Siempre hay algún grupo que desea guiar a la Humanidad..., por su propio bien, desde luego.

—¿Eso creen los *agujas*?

—La mayoría de los *agujas* se consideran los líderes naturales de la Humanidad. Los humanos sin poderes telepáticos constituyen una raza inferior. Los *agujas* son el siguiente paso, el *homo superior*. Y como son superiores, es natural que tomen las riendas y adopten todas las decisiones por nosotros.

—Y ustedes no están de acuerdo.

—Los *agujas* son diferentes de nosotros, pero eso no significa que sean superiores. Una facultad telepática no implica una superioridad general. Los *agujas* no son una raza superior. Son seres humanos con una capacidad especial, pero eso no les da derecho a decirnos lo que debemos hacer. No es un problema nuevo.

—¿Quién ha de guiar a la Humanidad, entonces? ¿Quiénes deberían ser sus líderes?

—*Nadie* tiene que guiar a la Humanidad. Debe guiarse por sus propios medios.

Cutter se inclinó hacia adelante de repente, tenso.

—Casi hemos llegado. La propiedad de Waldo se encuentra directamente frente a nosotros. Prepárese. Todo depende de los siguientes minutos.

—Hay algunos guardias robots. —Cutter bajó los prismáticos—. Pero eso no es lo que me preocupa. Si Waldo tiene un *aguja* en las cercanías, detectará nuestras capuchas.

—Y no podemos quitárnoslas.

—No. La información pasaría de *aguja* a *aguja*. —Cutter avanzó con cautela—. Los robots nos darán el alto y pedirán que nos identifiquemos. Debemos confiar en su credencial de director.

Salieron de los matorrales a campo abierto y caminaron hacia los edificios que conformaban la propiedad del senador Waldo. Llegaron a un camino de tierra y lo siguieron, sin hablar, mientras contemplaban el paisaje que se extendía ante ellos.

—¡Alto! —Un guardia robot apareció y caminó hacia ellos por el campo—. ¡Identifíquense!

Franklin mostró su credencial.

—Tengo el cargo de director. Hemos venido a ver al senador. Soy un viejo amigo.

Relés automáticos chasquearon mientras los robots examinaban la placa de identificación.

—¿Cargo de director?

—Exacto —dijo Franklin, que se estaba poniendo nervioso.

—Apártense —ordenó Cutter, impaciente—. No tenemos tiempo que perder.

El robot obedeció, vacilante.

—Perdone las molestias, señor. El senador está en el edificio principal. Sigan recto.

—Muy bien. —Cutter y Franklin dejaron atrás al robot. El sudor perlaba la redonda cara de Cutter—. Lo conseguimos —murmuró—. Esperemos que no haya *agujas* ahí dentro.

Franklin llegó al porche y subió los escalones sin prisa, seguido de Cutter. Se detuvo ante la puerta y miró al hombrecillo.

—¿Debemos...?

—Adelante. —Cutter estaba tenso—. Entremos de una vez. Estaremos más seguros.

Franklin levantó la mano. La puerta emitió un agudo chasquido cuando las cámaras le fotografiaron y examinaron su imagen. Franklin rezó en silencio. Si la alarma de Seguridad había llegado hasta aquí...

La puerta se desvaneció.

—Adentro —le urgió Cutter.

Franklin entró y escudriñó la semioscuridad. Parpadeó para acostumbrarse a la escasa luz del vestíbulo. Alguien avanzaba hacia él. Una forma, una forma pequeña que caminaba con rapidez y agilidad. ¿Era Waldo?

Un joven larguirucho, de rostro cetrino, penetró en el vestíbulo, con una sonrisa fija en el rostro.

—Buenos días, doctor Franklin —dijo.

Alzó su fusil Slem y disparó.

Cutter y Ernest Abbud se quedaron mirando la masa fluida que había sido el doctor Franklin. Ninguno de ellos habló. Por fin, Cutter levantó la mano, pálida como un muerto.

—¿Era necesario?

Abbud se movió al reparar en su presencia.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros; con el fusil Slem apuntaba al estómago de Cutter—. Era viejo. No habría durado mucho en los campos de custodia preventiva.

Cutter sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno lentamente, sin desviar la vista del rostro del joven. Nunca había visto a Ernest Abbud, pero sabía quién era. Vio como el joven de rostro cetrino golpeaba con el pie los restos que yacían en el suelo.

—Entonces, Waldo es un *aguja* —dijo Cutter.

—Sí.

—Franklin estaba equivocado. Comprende *muy bien* el alcance de su proyecto.

—¡Por supuesto! El proyecto de ley Antiinmunidad es una parte esencial de nuestro plan. —Abbud movió el cañón del fusil Slem—. Quítese la capucha. No puedo sondearle..., y me pone nervioso.

Cutter titubeó. Dejó caer el cigarrillo al suelo con aire pensativo y lo aplastó con el zapato.

—¿Qué está haciendo aquí? Suele trabajar en Nueva York. Está muy lejos de allí.

—Captamos los pensamientos del doctor Franklin cuando entró en el coche de la chica... —sonrió Abbud—, antes que ella le diera la capucha. Esperó demasiado. Obtuvimos una imagen clara de ella, vista desde el asiento posterior, por supuesto, pero se volvió para darle la capucha a Franklin. Seguridad la detuvo hace dos horas. Sabía muchas cosas... Nuestro primer contacto positivo. Pudimos localizar la fábrica y detener a la mayoría de los trabajadores.

—¿Sí? —murmuró Cutter.

—Están bajo custodia preventiva. Les hemos quitado sus capuchas..., y las existencias preparadas para su distribución. Hemos desmantelado las estampadoras. Por lo que yo sé, hemos atrapado a todo el grupo. Usted es el último.

—En ese caso, ¿es necesario que me quite la capucha?

Los ojos de Abbud destellaron.

—Quítesela. Quiero sondearle, señor fabricante de Capuchas.

—¿Qué quiere decir? —gruñó Cutter.

—Varios de sus hombres nos proporcionaron imágenes de usted..., y detalles sobre su viaje hacia aquí. Vine en persona y avisé a Waldo previamente mediante nuestro sistema de comunicaciones. Quería estar presente.

—¿Por qué?

—Es un acontecimiento. Un gran acontecimiento.

—¿Qué papel interpreta *usted*?

El rostro cetrino de Abbud se descompuso.

—¡Vamos, quítese la capucha! Podría desintegrarle ahora mismo, pero antes quiero sondearle.

—Muy bien. Me la quitaré. Sondéeme, si quiere. Sondee todo lo que quiera. —Cutter hizo una pausa, con la serenidad pintada en su rostro—. Es su funeral.

—¿Qué quiere decir?

Cutter se quitó la capucha y la tiró sobre una mesa situada cerca de la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué ve? ¿Qué sé yo..., *que ninguno de los demás sabía*?

Abbud se quedó en silencio durante un momento.

De pronto, su rostro se deformó en una mueca y sus manos se agitaron. El fusil Slem osciló. Abbud se tambaleó, y un violento estremecimiento recorrió su cuerpo esquelético. Miró a Cutter con creciente horror.

—Lo descubrí hace muy poco —dijo Cutter—. En nuestro laboratorio. No quería utilizarlo..., pero usted me obligó a quitarme la capucha. Siempre había considerado la aleación mi mayor descubrimiento..., hasta éste. En algunos aspectos, todavía es más importante. ¿No lo cree?

Abbud no dijo nada. Su cara había adquirido un enfermizo tono grisáceo. Sus labios se movían, pero sin emitir sonido alguno.

—Tuve un presentimiento y me dejé llevar por él. Sabía que ustedes, los telépatas, habían nacido de un solo grupo, como resultado de un accidente: la explosión de hidrógeno en Madagascar. Eso me dio que pensar. La mayoría de los mutantes que conocemos surgen, por regla general, de una especie que ha alcanzado el estadio de mutación. Nunca se trata de un solo

grupo en una única zona. Sucede en todo el mundo, allá donde exista una especie.

»La causa de su existencia reside en los daños sufridos por el plasma genético de un grupo específico de humanos. Ustedes no eran mutantes, no representaban un desarrollo natural del proceso de la evolución. Era absurdo suponer que el *homo sapiens* había alcanzado el estadio de mutación. Por tanto, existía la posibilidad que no fueran mutantes.

Hice ciertos estudios, algunos biológicos, otros meramente estadísticos. Investigación sociológica. Empecé a correlacionar datos sobre ustedes, sobre cada miembro de su grupo que pudimos localizar. La edad, qué hacían para ganarse la vida, cuántos estaban cansados, número de hijos... Al cabo de un tiempo, descubrí los hechos que usted está sondeando en este preciso momento.

Cutter se inclinó hacia Abbud y clavó la mirada en el joven.

—Usted no es un auténtico mutante, Abbud. Su grupo existe gracias a una explosión fortuita. Es diferente de nosotros a causa de los daños sufridos por los aparatos reproductores de sus padres. Carece de una característica específica que todos los mutantes poseen. —Una leve sonrisa recorrió las facciones de Cutter—. Mucho de ustedes se han casado, pero no se tiene noticia de ningún nacimiento. ¡Ni uno! ¡Ni un sólo niño *aguja*! No pueden reproducirse, Abbud. Todos ustedes son *estériles*. Cuando mueran, nadie les reemplazará.

»Ustedes no son mutantes. ¡Son monstruos!

Abbud gruñó roncamente y su cuerpo se puso a temblar.

—Lo estoy leyendo en su mente. —Recobró la serenidad con un esfuerzo—. Y lo ha mantenido en secreto, ¿verdad? ¿Es el único que lo sabe?

—Alguien más lo sabe —dijo Cutter.

—¿Quién?

—*Usted* lo sabe. Me ha sondeado. Y como es un *aguja*, todos los demás...

Abbud hundió frenéticamente el fusil Slem en su estómago y disparó. Se disolvió en una lluvia de fragmentos. Cutter retrocedió tapándose la cara con las manos. Cerró los ojos y contuvo el aliento.

Cuando los abrió de nuevo, no había nada.

Cutter sacudió la cabeza.

—Demasiado tarde, Abbud. No reaccionaste con la suficiente rapidez. El sondeo es instantáneo..., y Waldo está dentro del radio de acción. Vuestro sistema de comunicaciones... Y, aunque no te hubieran captado, no van a desperdiciar la oportunidad de detenerme.

Se produjo un ruido. Cutter se volvió. Agentes de seguridad entraron a toda prisa en el vestíbulo. Miraron los restos esparcidos sobre el suelo, y después a Cutter.

El director Ross se dirigió hacia Cutter vacilante, confuso y agitado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde...?

—¡Que le sondeen! —gritó Peters—. Traigan a un *aguja* cuanto antes. Traigan también a Waldo. Averigüen lo que ha sucedido.

—Claro. —Cutter sonrió con ironía, sacudiendo la cabeza. Se relajó, aliviado y sereno—. Sondéenme. No tengo nada que ocultar. Traigan a un *aguja* para que me sondee..., si encuentran alguno...

SOBRE MANZANAS MARCHITAS

Algo golpeaba sobre la ventana. Se estrellaba contra el cristal, una y otra vez. Transportado por el viento. Golpeaba débil e insistentemente.

Lori, sentada en el sofá, fingía no oír el ruido. Asió su libro con fuerza y pasó una página. El golpeteo se reprodujo, más fuerte y más perentorio. No era posible pretender no oírlo.

—¡Maldita sea! —exclamó Lori.

Tiró el libro sobre la mesa de café y corrió hacia la ventana. Aferró los pesados tiradores de metal y empujó hacia arriba.

La ventana se resistió durante un momento. Después, con un gruñido de protesta, se alzó con dificultad. El frío aire del otoño se coló en la habitación. El trocito de hoja dejó de tambalear y remolineó sobre la garganta de la mujer, bailando hasta caer al suelo.

Lori recogió la hoja. Era vieja y de color pardo. Su corazón se aceleró un poquito cuando deslizó la hoja en el bolsillo de sus tejanos. La hoja ejercía presión sobre sus riñones; una pequeña punta dura perforó su piel suave y le produjo excitantes escalofríos que le recorrieron la espina dorsal. Se quedó inmóvil un momento ante la ventana abierta, aspirando el aire. La presencia de árboles y rocas, de grandes pedruscos y lejanos lugares llenaba el aire. Había llegado el momento. El momento de marcharse otra vez. Tocó la hoja. La *reclamaban*.

Lori salió a toda prisa de la sala de estar, atravesó corriendo el vestíbulo y entró en el comedor. Estaba desierto. Los ecos de una carcajada fluyeron desde la cocina. Lori abrió la puerta de la cocina.

—¿Steve?

Su marido y su suegro estaban sentados a la mesa de la cocina, fumando puros y bebiendo café humeante.

—¿Qué pasa? —preguntó Steve mientras contemplaba a su joven esposa con el ceño fruncido—. Ed y yo estamos hablando de negocios.

—Yo..., quiero pedirte algo.

Steven, de cabello castaño y ojos oscuros que albergaban la tozuda dignidad de los hombres de Nueva Inglaterra, y su padre, silencioso y sin reparar en *su* presencia, la miraron. Ed Patterson apenas le hizo caso. Repasaba un fajo de facturas de alimentos, dándole la espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Steve, impaciente—. ¿Qué quieres? ¿No puedes esperar?

—Debo irme —dijo bruscamente Lori.

—¿Adónde?

—Afuera. —El nerviosismo la invadió—. Es la última vez, te lo prometo. No lo haré nunca más. ¿De acuerdo? —Intentó sonreír, pero su corazón latía con demasiada violencia—. Déjame ir, Steve. Por favor.

—¿Adónde va? —gruñó Ed.

—A las colinas —dijo Steve, molesto—. Algún lugar por allí arriba.

Los grises ojos de Ed destellaron.

—¿A la granja abandonada?

—Sí. ¿La conoces?

—La vieja granja de Rickley. Él se marchó hace años. No pudo conseguir que creciera nada. Tierra rocosa. Mal suelo. Mucha arcilla y piedras. Está invadida de malas hierbas, derruida.

—¿Qué clase de granja era?

—Un huerto. Un huerto de frutas. Nunca creció nada. Árboles viejos y enclenques. Lástima de esfuerzos desperdiciados.

Steve consultó su reloj de bolsillo.

—¿Volverás a tiempo de preparar la cena?

—¡Sí! —Lori se dirigió hacia la puerta—. ¿Puedo marcharme?

Steve hizo una mueca mientras lo pensaba. Lori esperaba con impaciencia, sin respirar apenas. Nunca se había acostumbrado a los hombres de Vermont y a su estilo lento y parsimonioso. La gente de Boston era muy diferente. Y su grupo se componía de jóvenes universitarios, bailes y conversaciones, carcajadas en la madrugada.

—¿Por qué subes allí? —rezongó Steve.

—No me lo preguntes, Steve. Deja que vaya, nada más. Es la última vez. —Se retorcía de angustia y apretó los puños—. ¡Por favor!

Steve miró por la ventana. El frío aire del otoño remolineaba entre los árboles.

—Muy bien, pero va a nevar. No sé por qué quieres…

Lori corrió a sacar su abrigo del armario.

—¡Volveré para preparar la cena! —gritó alegremente.

Fue hacia el porche delantero mientras se abrochaba los botones, con el corazón saltándole en el pecho. Sus mejillas se cubrieron de un rojo profundo e intenso cuando cerró la puerta. Sentía correr la sangre en las venas.

El viento frío la azotó, desordenó su cabello, mordisqueó su cuerpo. Ella inhaló una profunda bocanada de aire y bajó los peldaños.

Lori salió al campo, en dirección a la línea de colinas que se perfilaba a lo lejos. El único ruido que se oía era el rugido del viento. Palmeó su bolsillo. La hoja seca se rompió y la aguijoneó, irritada.

—Ya voy… —susurró, algo atemorizada—. Ya voy…

La mujer subió cada vez más alto. Atravesó una profunda grieta que separaba dos riscos rocosos. Enormes raíces de viejos tocones brotaban por todas partes. Siguió el lecho seco y sinuoso de un riachuelo.

Al cabo de un rato, la rodearon nieblas bajas. Hizo un alto en la cumbre del risco, respirando con fuerza. Echó un vistazo al camino que había recorrido.

Algunas gotas de lluvia se desprendieron de las hojas. El viento sopló de nuevo entre los grandes árboles muertos que cubrían el risco. Lori se volvió y emprendió nuevamente la marcha, con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos del abrigo.

Caminaba sobre un campo rocoso, invadido de maleza y hierba muerta. Al cabo de un rato llegó a una valla derruida, rota y podrida. Pasó por encima de ella. Dejó a su espalda un pozo derrumbado, medio lleno de piedras y tierra.

Su corazón latía con rapidez, presa de una nerviosa excitación. Casi había llegado. Atravesó los restos de un edificio, tablas hundidas y cristales rotos, muebles destrozados diseminados por las cercanías. El neumático desinflado y cuarteado de un viejo automóvil. Trapos húmedos amontonados sobre bastidores de cama torcidos y oxidados.

Y allí estaba…, directamente frente a ella.

Librodot

Una fila de árboles viejos corría paralela al borde del campo. Árboles sin vida, marchitos y muertos, de troncos estrechos y ennegrecidos, carentes de hojas. Estacas rotas clavadas en el duro suelo. Hilera tras hilera de árboles muertos, algunos torcidos e inclinados, arrancados del terreno rocoso por el viento implacable.

Lori cruzó el campo en dirección a los árboles. Los pulmones le dolían. El viento la atacaba sin desmayo, introduciendo la neblina maloliente en su nariz y en los poros de su cara. Su piel suave estaba húmeda y brillante por causa de la niebla. Tosió y apresuró el paso, pisando rocas y terrones de tierra, temblando de miedo y expectación. La mujer rodeó el bosquecillo hasta llegar casi al borde del risco. Se irguió con cautela sobre los resbaladizos montones de roca. Y entonces...

Se quedó petrificada. Su pecho subía y bajaba al compás de la respiración.

—He venido —susurró.

Contempló durante largo rato el viejo manzano marchito. No podía apartar sus ojos de él. La visión del antiquísimo árbol la fascinaba y repelía. Era el único vivo, el único árbol de todo el bosquecillo que todavía seguía con vida. Todos los demás estaban muertos, resecos. Pero este árbol aún se aferraba a la vida.

El árbol era duro y estéril. Sólo colgaban algunas hojas oscuras..., y unas pocas manzanas marchitas, secas por la acción del viento y la niebla. Se habían quedado en las ramas, olvidadas y abandonadas. La tierra que rodeaba el árbol estaba agrietada, yerma. Piedras y montoncitos de hojas podridas.

—He venido —repitió Lori. Sacó la hoja del bolsillo y la extendió con cautela—. Llamó a mi ventana. Lo supe en cuanto la oí. —Sonrió con malicia y sus labios rojos se curvaron—. Llamaba y llamaba, tratando de entrar. No le hice caso. Era tan..., tan impetuosa. Me molestó.

El árbol osciló en forma amenazadora. Sus ramas retorcidas se rozaron. Lori captó algo en el sonido que la impulsó a alejarse. El terror se apoderó de ella. Corrió junto al borde del risco, poniéndose fuera de su alcance.

—No —susurró—. *Por favor*.

El viento amainó. El árbol permaneció en silencio. Lori lo contempló con aprensión durante mucho tiempo.

La noche se acercaba. El cielo oscurecía rápidamente. Una ráfaga de viento helado la azotó y casi la derribó. Se estremeció y se ciñó el largo abrigo al cuerpo para defenderse del frío. A lo lejos, el fondo del valle desaparecía engullido por las sombras, por la inmensa nube de la noche.

El árbol se veía inflexible y amenazador entre la niebla oscura, más siniestro que de costumbre. Se desprendieron algunas hojas, que volaron y remolinearon, capturadas por el viento. Una hoja pasó al lado de la mujer y ella trató de atraparla. La hoja escapó y volvió bailando hacia el árbol. Lori la siguió unos metros y luego se detuvo, jadeando y riendo.

—No —dijo con firmeza, con los brazos en jarras—. No.

Se hizo el silencio. De repente, los montones de hojas podridas formaron un furioso círculo alrededor del árbol. Cayeron al suelo y permanecieron inmóviles.

—No —repitió Lori—. No te tengo miedo. No puedes hacerme daño.

Pero su corazón martilleaba de pánico. Retrocedió unos pasos más.

El árbol continuaba en silencio. Sus ramas, delgadas como alambres, no se movían.

Lori recuperó el valor.

—Es la última vez que vengo —dijo—. Steve no quiere que venga nunca más. No le gusta.

Aguardó, pero el árbol no respondió.

—Están sentados en la cocina, los dos. Fuman puros y beben café. Suman facturas de alimentos. —Arrugó la nariz—. Es lo único que saben hacer. Sumar y restar facturas de alimentos. Cifras y cifras. Beneficios y pérdidas. Impuestos del gobierno. Depreciación del material.

El árbol no se movió.

Lori se estremeció. Llovió un poco más, grandes gotas heladas que resbalaron por sus mejillas, bajaron por el cuello y se introdujeron bajo el grueso abrigo.

Se acercó más al árbol.

—No volveré. No te veré nunca más. Es la última vez. Quería decirte...

El árbol se movió. Sus ramas cobraron vida de súbito. Lori sintió que algo duro y fino se deslizaba sobre sus hombros. Algo la sujetó por la cintura y la arrastró hacia adelante.

Luchó con desesperación por soltarse. De pronto, el árbol la liberó. La muchacha retrocedió dando tumbos, riendo y temblando de miedo.

—¡No! —jadeó—. ¡No soy tuya! —Corrió hacia el borde del risco—. Nunca volverás a tenerme. ¿Lo entiendes? ¡Y no te temo!

Lori permaneció inmóvil, esperando y vigilando, estremecida de frío y terror. Dio media vuelta de súbito y se puso a correr junto al borde del risco, resbalando y tropezando en las piedras sueltas. Un terror ciego la atenazaba. Bajó corriendo la empinada pendiente, agarrándose a raíces y arbustos...

Algo rodaba junto a su zapato. Algo pequeño y duro. Se agacho y lo tomó.

Era una pequeña manzana reseca.

Lori miró al árbol, casi oculto por la neblina. Se alzaba hacia el cielo oscuro, como una columna sólida e inamovible.

Lori guardó la manzana en el bolsillo del abrigo y siguió colina abajo. Cuando llegó al fondo del valle sacó la manzana del bolsillo.

Era tarde. Sintió una penetrante punzada de hambre. Pensó en la cena, en la cálida cocina, en el mantel blanco. Un puchero humeante y bollos.

Mientras caminaba, mordisqueó la manzana.

Lori se sentó en la cama. El cobertor cayó a un lado. La casa estaba oscura y silenciosa. Algunos ruidos nocturnos se oían a lo lejos. Pasaban de las doce. Steven dormía en silencio a su lado, dándole la espalda.

¿Qué la había despertado? Lori se apartó el cabello de los ojos y sacudió la cabeza. ¿Qué...?

Experimentó un arrebato medio. Tragó saliva y apoyó la mano en el estómago. Se debatió durante un rato en silencio, con la mandíbula apretada, balanceándose de un lado a otro.

El dolor se apaciguó. Lori se dio por vencida. Emitió un breve y tenue grito.

—Steve...

Steven se removió. Se ladeó un poco y gruñó en sueños.

El dolor se reprodujo. Con mayor intensidad. Cayó de bruces, retorciéndose de angustia. El dolor le estaba destrozando el estómago. Lanzó un chillido de miedo y dolor.

Steven se incorporó.

—Por el amor de Dios... —Se frotó los ojos y encendió la lámpara de un manotazo—. ¿Qué demonios...?

Lori yacía de costado, gimiendo y jadeando, con los ojos fijos, los puños apretados contra el estómago. El dolor la desgarraba, la devoraba, consumía sus entrañas.

—¡Lori! —gritó Steven, con voz ronca—. ¿Qué pasa?

Lori chilló sin cesar, hasta que las paredes de la casa se estremecieron. Cayó al suelo. Su cuerpo se agitaba y contorsionaba. Sus facciones se habían deformado.

Ed entró corriendo en la habitación, anudándose la bata.

—¿Qué ocurre?

Los dos hombres miraron a la mujer caída en el suelo, sin saber qué hacer.

—Santo Dios —exclamó Ed. Cerró los ojos.

El día era frío y oscuro. La nieve caía en silencio sobre las calles y las casas, sobre los ladrillos rojos del hospital del condado. El doctor Blair subió lentamente por el sendero de grava hacia su Ford. Entró, puso el motor en marcha y sacó el freno.

—Le llamaré más tarde —dijo el doctor Blair—. Quiero comentarle algunos detalles peculiares.

—Lo sé —murmuró Steve.

Aún seguía aturdido. Tenía la cara cerúlea e hinchada por exceso de sueño.

—Le he dejado algunos sedantes. Intente descansar un poco.

—¿Cree que si le hubiéramos llamado antes...? —preguntó Steve de repente.

—No. —Blair le miró con simpatía—. No lo creo. Cuando suceden estas cosas, no hay mucho que hacer.

—Entonces, ¿*era* apendicitis?

—Sí —confirmó Blair.

—Si no viviéramos tan lejos —comentó Steve con amargura—. En medio del campo, sin hospitales, sin nada. A kilómetros de la ciudad. Y al principio no nos dimos cuenta...

—Bien, todo ha terminado.

El Ford avanzó un poco. De repente, un pensamiento asaltó al médico.

—Una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Steve.

—Las autopsias... —Blair vaciló—. Son muy desagradables. No creo que sea preciso en este caso. Estoy seguro que... Sin embargo, quería preguntarle...

—¿Qué?

—¿Ingirió algo esa chica? ¿Se puso algo en la boca? ¿Agujas mientras cosía, alfileres, monedas, algo parecido? ¿Semillas? ¿Alguna vez comió sandía? A veces, el apéndice...

—No lo sé.

Steve sacudió la cabeza, cansado.

—Sólo era una idea.

El coche del doctor Blair se alejó por la estrecha calle flanqueada de árboles dejando dos franjas oscuras, dos líneas sucias que manchaban la nieve reluciente.

Llegó la primavera, cálida y soleada. La tierra se tiñó de negro. El sol, un globo blanco y fulgurante, pictórico de energía, brillaba en lo alto.

—Párate aquí —murmuró Steve.

Ed Patterson detuvo el coche a un lado de la calle. Apagó el motor. Los dos hombres se quedaron en silencio, sin intercambiar ni una palabra.

Unos niños jugaban al final de la calle. Un muchacho de la escuela secundaria cortaba el césped de un jardín, moviendo la máquina sobre la hierba húmeda. Los grandes árboles que se erguían a ambos lados ensombrecían la calle.

—Qué bonito —dijo Ed.

Steve asintió con la cabeza, sin responder. Contempló con mirada triste a una muchacha que paseaba con la bolsa de la compra bajo el brazo. La joven subió los escalones de un porche y desapareció en el interior de una anticuada casa amarilla.

Steve abrió la puerta del coche.

—Vamos. Terminemos de una vez.

Ed tomó la corona de flores del asiento trasero y la depositó sobre el regazo de su hijo.

—Tendrás que llevarla tú. Es tu deber.

—Muy bien.

Steve tomó las flores y salió del coche.

Los dos hombres caminaron juntos por la calle, silenciosos y pensativos.

—Ya han pasado siete u ocho meses —dijo Steve con brusquedad.

—Como mínimo. —Ed encendió un cigarrillo mientras andaban y expelió nubes de humo gris—. Tal vez más.

—Nunca debí traerla aquí. Había vivido en la ciudad toda su vida. No sabía nada sobre el campo.

—De todas formas, habría ocurrido igual.

—Si hubiéramos estado más cerca de un hospital...

—El médico dijo que no habría influido, aunque le hubiéramos llamado en el acto, en lugar de esperar a la mañana. —Llegaron a la esquina y doblaron—. Y, como ya sabes...

—Olvídalo —le interrumpió Steve.

El alboroto de los niños se había desvanecido en la distancia. Las casas eran cada vez menos numerosas. Sus pasos resonaban en el pavimento.

—Casi hemos llegado —dijo Steve.

Se detuvieron frente a una colina. Al otro lado había una gruesa verja de hierro, que corría a lo largo de un campo pequeño. Un campo verde, limpio y cuidado, atravesado por hileras, cuidadosamente dispuestas, de lápidas de mármol.

—Es aquí —dijo Steve, con un nudo en la garganta.

—Está muy bien cuidado.

—¿Se puede entrar desde este lado?

—Lo intentaremos.

Ed caminó paralelo a la verja de hierro, buscando un portal. Steve se detuvo de repente y lanzó un gemido. Miró al otro lado del campo, pálido.

—*Mira*.

—¿Qué pasa? —Ed se quitó las gafas para ver mejor—. ¿Qué estas mirando?

—Tenía razón —dijo Steve, en voz baja, casi inaudible—. Sospechaba que había algo. La última vez que estuvimos aquí..., vi... ¿Lo ves?

—No estoy seguro. Veo el árbol, si te refieres a eso.

El pequeño manzano se erguía con orgullo en el centro del pulcro campo verde. Sus hojas brillantes centelleaban a la radiante luz del sol. El joven árbol era fuerte y muy sano. Se balanceaba con seguridad, acariciado por el viento. Dulce savia primaveral impregnaba su tronco flexible.

—Son *rojas* —susurró Steve—. Ya están rojas. ¿Cómo demonios pueden estar rojas? Sólo estamos en abril. ¿Cómo demonios habrán madurado tan pronto?

—No lo sé —dijo Ed—. No sé nada sobre manzanas. —Un extraño escalofrío recorrió su cuerpo porque los cementerios siempre le habían puesto nervioso—. Tal vez deberíamos irnos.

—Sus mejillas eran de ese color —musitó Steve—, sobre todo después de correr. ¿Te acuerdas?

Los dos hombres contemplaron con aprensión el pequeño manzano y sus brillantes frutos rojos, resplandecientes bajo el sol primaveral. Las ramas oscilaban al compás del viento.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Ed, con semblante sombrío—. Vamos. —Apretó el brazo de su hijo, olvidando la corona de flores—. Vamos, Steve. Salgamos de aquí.

HUMANO ES

Los ojos azules de Jill Herrick se llenaron de lágrimas. Miró a su marido con indecible horror.

—Eres... ¡Eres horrible! —aulló.

Lester Herrick continuó trabajando, disponiendo notas y gráficas en montones precisos.

—Horrible es un juicio de valor —afirmó—. No contiene información objetiva. —Envió un informe grabado sobre la vida parasitaria de Centauro mediante la computadora de su escritorio—. Una simple opinión. La expresión de una emoción, nada más.

Jill se dirigió con pasos vacilantes hacia la cocina. Movió la mano para poner en marcha la cocina. Las cintas transportadoras de la pared cobraron vida con un zumbido y expidieron alimentos para la cena desde los congeladores subterráneos.

—¿Ni siquiera por un tiempo *breve*? —suplicó a su marido por última vez—. ¿Ni siquiera...?

—Ni siquiera por un mes. Díselo cuando venga. Si no te atreves, yo lo haré. No quiero tener a un niño dando vueltas por aquí. Tengo demasiado trabajo. Este informe sobre Betelgeuse XI ha de estar listo dentro de diez días. —Lester introdujo una cinta sobre utensilios fosilizados de Fomalhaut en el ordenador—. ¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Es incapaz de cuidar a su propio hijo?

Jill se frotó sus ojos hinchados.

—¿Es que no lo entiendes? ¡*Quiero* que Gus venga! Le pedí a Frank que le diera permiso. Y ahora, tú...

—Me sentiré muy feliz cuando cumpla la edad de ser entregado al gobierno. —Lester hizo una mueca de desagrado—. Maldita sea, Jill, ¿aún no está preparada la cena? ¡Han pasado diez minutos! ¿Qué le pasa a esa cocina?

—Está casi a punto.

En la cocina se encendió una luz roja. El robocamarero había surgido de la pared y esperaba para recoger la comida.

Jill se sentó y se sonó con furia. Lester seguía trabajando en la sala de estar, imperturbable. Su trabajo. Sus investigaciones. Día tras día. Lester se estaba labrando un brillante futuro; no existía duda. Su cuerpo flaco se hallaba inclinado como un resorte espiral sobre la computadora; sus fríos ojos grises asimilaban febrilmente la información, analizaban, calculaban. Sus facultades conceptuales funcionaban como una maquinaria bien engrasada.

Los labios de Jill temblaban de rencor y desdicha. Gus... El pequeño Gus. ¿Cómo iba a decírselo? Nuevas lágrimas anegaron sus ojos. Nunca vería de nuevo a la rechoncha criatura. Nunca podría volver..., porque sus risas y juegos infantiles molestaban a Lester. Interferían en sus investigaciones.

La luz de la cocina pasó a verde. La comida salió expedida a los brazos del robocriado. La cena fue anunciada por leves tintineos.

—Ya lo oigo —rezongó Lester. Desconectó la computadora y se puso en pie—. Supongo que llegará mientras estemos cenando.

—Puedo videofonar a Frank y pedirle...

—No. Lo mejor será darlo por concluido cuanto antes. —Lester movió la cabeza con impaciencia en dirección al robot—. Muy bien. Sírvenos. —Sus labios finos se fruncieron de cólera—. ¡No pierdas el tiempo, maldita sea! ¡Quiero volver a mi trabajo!

Jill reprimió sus lágrimas.

El pequeño Gus entró arrastrando los pies cuando terminaban de cenar.

Jill lanzó un grito de alegría.

—¡Gussie! —Se precipitó a estrecharle entre sus brazos—. ¡Estoy tan contenta de verte!

—Cuidado con mi tigre —murmuró Gus. Dejó caer sobre la alfombra su pequeño gato gris, que corrió a refugiarse bajo el sofá—. Se ha escondido.

Lester echó chispas por los ojos mientras contemplaba al niño y el extremo de la cola gris que sobresalía del sofá.

—¿Por qué le llamas tigre? No es más que un vulgar gato callejero.

Gus se revolvió, ofendido.

—Es un tigre. Tiene rayas.

—Los tigres son amarillos y mucho más grandes. Ya es hora que aprendas a llamar a las cosas por su nombre.

—Por favor, Lester... —suplicó Jill.

—Cállate —le espetó su marido—. Gus es lo bastante mayor para desechar ilusiones infantiles y desarrollar una orientación realista. ¿En qué fallarán los analistas psíquicos? ¿Acaso no eliminan estas tonterías?

Gus corrió a tomar su gato.

—¡Déjale en paz!

Lester contempló el gato. Una extraña y fría sonrisa se dibujó en sus labios.

—Baja al laboratorio alguna vez, Gus. Te enseñaremos montones de gatos. Los utilizamos en nuestras investigaciones. Gatos, cobayas, conejos...

—¡Lester! —chilló Jill—. ¡Eres un maldito!

Lester lanzó una breve carcajada. Se levantó de repente y volvió a su escritorio.

—Desaparezcan. Debo acabar estos informes. Y no te olvides de decírselo a Gus.

—¿Decirme qué? —preguntó Gus, excitado. Sus mejillas enrojecieron y sus ojos brillaron—. ¿Qué es? ¿Algo para mí? ¿Un *secreto*?

Un peso enorme oprimió el corazón de Jill. Apoyó la mano con fuerza en el hombro del niño.

—Ven, Gus. Nos sentaremos en el jardín y te lo diré. Trae... Trae a tu tigre.

Un chasquido. El videotransmisor de emergencia se iluminó. Lester se puso en pie al instante.

—¡Cállense! —Corrió hacia el aparato, respirando con agitación—. ¡Que nadie hable!

Jill y Gus se detuvieron en la puerta. Un mensaje confidencial surgió de la ranura y cayó en la bandeja. Lester lo tomó y rompió el precinto. Lo examinó con suma concentración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jill—. ¿Malas noticias?

—¿Malas? —Un brillo interior iluminaba el rostro de Lester—. No, ni mucho menos. —Consultó su reloj—. Justo a tiempo. Veamos, necesitaré...

—¿Qué pasa?

—Me voy de viaje. Estaré ausente dos o tres semanas. Rexor IV se halla dentro de la zona cartografiada.

—¿Te vas a Rexor IV? —Jill aplaudió de alegría—. ¡Oh, siempre he querido ver un sistema viejo, ciudades y ruinas antiguas! Lester, ¿puedo acompañarte? ¿Puedo ir contigo? Nunca hemos hecho vacaciones, y siempre me prometiste...

Lester Herrick contempló a su mujer, patidifuso.

—¿Tú? ¿*Tú*, acompañarme? —Lanzó una desagradable carcajada—. Date prisa y hazme el equipaje. He esperado esta oportunidad durante mucho tiempo. —Se frotó las manos, satisfecho—. El niño puede quedarse aquí hasta que yo vuelva, pero ni un segundo más. ¡Rexor IV! ¡Estoy impaciente!

—Debes hacer algunas concesiones —dijo Frank—. Al fin y al cabo, es un científico.

—No me importa —dijo Jill—. Voy a dejarle, en cuanto regrese de Rexor IV. Ya me he decidido.

Su hermano calló, absorto en sus pensamientos. Estiró los pies sobre el césped del pequeño jardín.

—Bueno, si le dejas podrás casarte de nuevo. Todavía estás clasificada como sexualmente adecuada, ¿verdad?

—Ya puedes apostar por ello —afirmó Jill—. No tendría ningún problema. Quizá encuentre a alguien que quiera tener hijos.

—Piensas demasiado en los niños —observó Frank—. A Gus le encanta venir a verte, pero no le gusta Lester. Les le mortifica.

Librodot

—Lo sé. Con él ausente, esta semana pasada ha sido una delicia. —Jill acarició su liso cabello rubio, sonrojándose—. Me he divertido. Me he sentido viva otra vez.

—¿Cuándo volverá?

—En cualquier momento. —Jill cerró los puños—. Llevamos casados cinco años y cada año ha sido peor que el anterior. Es tan..., tan inhumano. Frío e insensible. Él y su trabajo. Día y noche.

—Les es ambicioso. Quiere llegar a la cumbre de su especialidad. —Frank encendió un cigarrillo con movimientos perezosos—. Un trepador. Bien, tal vez lo consiga. ¿En qué trabaja?

—Toxicología. Fabrica nuevos venenos para los militares. Inventó el sulfato de cobre despellejador que utilizaron contra Calisto.

—Es un campo muy restringido. Fíjate en mí. —Frank se apoyó contra la pared de la casa, satisfecho—. Hay miles de abogados de Seguridad. Podría trabajar cinco años sin llamar la atención. Con eso me contento. Hago mi trabajo. Lo disfruto.

—Ojalá Lester pensara como tú.

—Quizá cambie.

—*Nunca* cambiará —dijo Jill con amargura—. Ahora lo sé. Por eso he tomado la decisión de dejarle. Siempre será igual.

Lester Herrick volvió de Rexor IV convertido en un hombre diferente. Exhibió una sonrisa radiante y depositó la maleta antigravitatoria en brazos del robocriado.

—Gracias.

Jill se quedó sin habla.

—¡Les! ¿Qué...?

Lester la saludó con una leve inclinación del sombrero.

—Buenos días, querida. Estás guapísima. Tus ojos son claros y azules. Brillan como un lago virginal, alimentado por ríos procedentes de las montañas. —Olió el aire—. ¿Olfateo acaso un delicioso plato, calentándose en el horno?

—Oh, Lester. —Jill parpadeó, indecisa. Una débil esperanza creció en su pecho—. Lester, ¿qué te ha pasado? Estás... muy diferente.

—¿De veras, querida? —Lester paseó por la casa, tocando los objetos y exhalando suspiros—. Mi querida casa, tan dulce y entrañable. No sabes lo maravilloso que es estar aquí. Créeme.

—Tengo miedo de creerlo —respondió Jill.

—¿De creer qué?

—Que hablas en serio. Que ya no eres como antes, como siempre has sido.

—¿Cómo era?

—Mezquino. Mezquino y cruel.

—¿Yo? —Lester frunció el ceño y se frotó los labios—. Ummm. Interesante. —Sonrió—. Bueno, eso pertenece al pasado. ¿Qué hay para cenar? Me muero de hambre.

Jill no dejó de mirarle con incertidumbre mientras se dirigía a la cocina.

—Lo que te apetezca, Lester. Ya sabes que nuestra cocina cubre toda la lista de platos selectos.

—Por supuesto. —Lester carraspeó—. Bien, ¿qué te parece solomillo en su punto, cubierto de cebollas? Con salsa de champiñones, panecillos y café caliente. Y de postre, sugiero helado y pastel de manzana.

—Nunca te importó demasiado la comida —dijo Jill, con aire pensativo.

—¿No?

—Siempre decías que ojalá se pudieran administrar tomas de alimentación por vía intravenosa. —Examinó a su marido con suma curiosidad—. Lester, ¿qué ha pasado?

—Nada. Nada en absoluto.

Lester sacó su pipa y la encendió con rapidez y cierta torpeza. Cayeron algunas hebras de tabaco sobre la alfombra. Se agachó nerviosamente y trató de recogerlas.

—Dedícate a tus cosas y no te preocupes por mí, te lo ruego. Tal vez pueda ayudarte a preparar... Quiero decir, ¿puedo ayudarte en algo?

—No. Ya me encargo yo. Sigue con tu trabajo, si quieres.

—¿Trabajo?

—Tus investigaciones sobre las toxinas.

—¡Toxinas! —Lester se mostró confuso—. ¡Por el amor de Dios! Toxinas. ¡Al diablo con ellas!

—¿Cómo dices, querido?

—Es que, en este momento, me siento muy cansado. Trabajaré más tarde. —Lester vagó sin rumbo por la habitación—. Creo que me sentaré y disfrutaré de estar en casa de nuevo. Lejos de ese horrible Rexor IV.

—¿Era horrible?

—Espantoso. —Lester hizo una mueca de desagrado—. Seco y muerto. Viejo. Reducido a pulpa por el viento y el sol. Un lugar temible, querida mía.

—Lo siento. Siempre quise visitarlo.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Lester de todo corazón—. Tú te quedarás aquí, querida. Conmigo. Juntos..., los dos. —Paseó la mirada por la habitación—. Sí, los dos. La Tierra es un planeta maravilloso. Húmedo y lleno de vida. —Una sonrisa de felicidad iluminó su cara—. Perfecto.

—No lo entiendo —dijo Jill.

—Repite todo lo que recuerdes —dijo Frank. Su lápiz robot se preparó—. Siento curiosidad por los cambios que has observado en él.

—¿Por qué?

—Por nada. Sigue. ¿Dices que advertiste en seguida que estaba distinto?

—Me di cuenta al instante, por la expresión de su rostro. No era dura ni práctica, sino plácida, relajada, tolerante, serena.

—Entiendo —dijo Frank—. ¿Qué más?

Jill miró con nerviosismo al interior de la casa.

—No nos puede oír, ¿verdad?

Estaban en el patio posterior.

—No. Está jugando con Gus en la sala de estar. Hoy son hombres-nutria venusinos. Tu marido ha construido un tobogán para nutrias en el laboratorio. Le vi desempaquetándolo.

—Su conversación.

—¿Su qué?

—La forma en que habla. Las palabras que elige, palabras que nunca había empleado. Frases nuevas, metáforas. Nunca le oí utilizar una metáfora en los cinco años que vivimos juntos. Decía que la metáforas eran inexactas, engañosas y...

—¿Y qué?

El lápiz escribía sin cesar.

Librodot

—Son palabras *extrañas*. Palabras antiguas. Palabras que ya no se oyen.

—¿Fraseología arcaica? —preguntó Frank, tenso.

—Sí. —Jill paseaba arriba y abajo del jardín, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones de plástico—. Palabras pomposas, como...

—¿Como extraídas de un libro?

—¡Exacto! ¿Te has dado cuenta?

—Sí —respondió Frank, con expresión sombría—. Sigue.

Jill dejó de caminar.

—¿Qué piensas? ¿Tienes una teoría?

—Quiero más datos concretos.

Jill reflexionó.

—Juega con Gus. Juega y bromea. Y..., come.

—¿Es que no comía antes?

—No como ahora. Ahora, le *encanta* comer. Va a la cocina y prueba combinaciones incesantemente. Él y la cocina se alían para preparar toda clase de platos exóticos.

—Me pareció que había engordado.

—Ha engordado cinco kilos. Come, sonríe y ríe. Se muestra muy atento en todo momento. —Jill desvió la vista con timidez—. Hasta es..., ¡romántico! Siempre dijo que *eso* era irracional. Y ya no le interesa su trabajo, sus investigaciones sobre las toxinas.

—Entiendo. —Frank se mordió el labio—. ¿Algo más?

—Hay algo que me sorprende mucho. Lo he observado en infinidad de ocasiones.

—¿Qué es?

—Parece tener extraños lapsos de...

Sonó un estallido de carcajadas. Lester Herrick, con los ojos brillantes de alegría, salió corriendo de la casa, seguido del pequeño Gus.

—¡Les vamos a dar una noticia! —exclamó Lester.

—Una *notisia* —repitió Gus.

Frank dobló sus notas y las guardó en el bolsillo de la chaqueta. El lápiz se precipitó detrás de ellas.

—¿Cuál es? —preguntó Frank, levantándose.

—Dila tú.

Lester tomó a Gus de la mano y le hizo avanzar.

La cara regordeta de Gus mostró una mueca de concentración.

—¡Voy a vivir con ustedes! —anunció. Escrutó ansiosamente la expresión de Jill—. Lester me da permiso. ¿Puedo, tía Jill?

Una inmensa alegría henchió el corazón de Jill. Su mirada se desvió de Gus a Lester.

—¿Lo dices..., lo dices en serio?

Su voz era casi inaudible. Lester la rodeó con el brazo y la estrechó contra él.

—¡Pues claro que lo digo en serio! —Su mirada era cálida, llena de comprensión—. Nosotros somos incapaces de tomarte el pelo, querida.

—¡No te tomamos el pelo! —gritó Gus, excitado—. ¡Se acabaron las tomaduras de pelo! —Lester, Jill y el niño se abrazaron—. ¡Nunca más!

Frank se mantenía algo apartado, con el semblante hosco. Jill lo advirtió y avanzó hacia él.

—¿Qué pasa? —tartamudeó—. ¿Algo va...?

—Cuando hayas terminado —dijo Frank a Lester Herrick—, me gustaría que me acompañaras.

Un escalofrío atenazó el corazón de Jill.

—¿Qué sucede? ¿Puedo venir yo también?

Frank denegó con la cabeza. Avanzó hacia Lester de forma amenazadora.

Vamos, Herrick. Tú y yo vamos a hacer un pequeño viaje.

Los tres agentes de la Seguridad Federal tomaron posiciones a pocos pasos de Lester Herrick, con los vibrotubos preparados.

El director de Seguridad, Douglas, examinó a Herrick durante largo rato.

—¿Está seguro? —dijo por fin.

—Absolutamente —afirmó Frank.

—¿Cuándo regresó de Rexor IV?

—Hace una semana.

—¿Y el cambio fue perceptible al instante?

—Su esposa lo notó en cuanto le vio. No cabe duda que se produjo en Rexor. —Frank hizo una significativa pausa—. Y usted ya sabe lo que eso quiere decir.

—Lo sé.

Douglas caminó lentamente alrededor del hombre sentado, y le examinó desde todos los ángulos.

Lester Herrick se hallaba sentado en silencio, con la chaqueta pulcramente doblada sobre la rodilla. Descansaba las manos sobre su bastón de puño de marfil; tenía el rostro sereno e inexpresivo. Vestía un traje gris claro, corbata de tonos apagados, puños dobles y lustrosos zapatos negros. No decía nada.

—Sus métodos son sencillos y precisos —dijo Douglas—. Extraen y almacenan, en alguna especie de suspensión, los contenidos psíquicos originales. La introducción de los contenidos substitutivos es instantánea. Es muy probable que Lester Herrick se encontrara vagando por las ruinas de alguna ciudad de Rexor, haciendo caso omiso de las precauciones de seguridad, escudo o pantalla manual, y le atraparon.

El hombre sentado se movió.

—Me gustaría mucho comunicarme con Jill —murmuró—. Se estará poniendo nerviosa.

Frank se volvió, con una mueca de repulsión.

—Santo Dios, continúa fingiendo.

El director Douglas se contuvo con un enorme esfuerzo.

—Desde luego, es algo asombroso. No se producen cambios físicos. Lo miras y no adviertes nada. —Avanzó hacia el hombre sentado, con expresión dura—. Escúchame, sea cual sea tu nombre. ¿Entiendes lo que digo?

—Por supuesto —contestó Lester Herrick.

—¿De veras crees que te vas a salir con la tuya? Atrapamos a los otros..., los que te precedieron. A todos. Incluso antes que llegaran. —Douglas sonrió con frialdad—. Los vibrodesintegramos uno tras otro.

Lester Herrick palideció. El sudor perló su frente. Lo secó con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Sí? —murmuró.

—Usted no nos engaña. Toda la Tierra está en alerta contra los rexorianos. Me sorprende que consiguiera abandonar Rexor. Herrick debió haberse

comportado con extrema imprudencia. Neutralizamos a los demás a bordo de la nave. Los devolvimos al espacio.

—Herrick tenía una nave particular —murmuró el hombre sentado—. Burló la estación de control. No existen registros de su llegada. No fue detectado.

—¡*Fríanlo*! —graznó Douglas.

Los tres agentes de Seguridad levantaron sus tubos y dieron un paso adelante.

—No. —Frank sacudió la cabeza—. No podemos. La situación es muy complicada.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no podemos? Freímos a los demás...

—Fueron apresados en el espacio. Estamos en la Tierra. No se aplican las leyes militares, sino las leyes de la Tierra. —Frank indicó al hombre sentado con un ademán—. Y ocupa un cuerpo humano. Se halla bajo las leyes civiles normales. Debemos *demostrar* que no es Lester Herrick..., que es un rexoriano infiltrado. Es difícil, pero posible.

—¿Cómo?

—Su mujer. La mujer de Herrick. Su testimonio. Jill Herrick puede dar cuenta de las diferencias entre Lester Herrick y esta cosa. Ella lo sabe..., y creo que podremos clarificarlo en el juicio.

Caía la tarde. Frank mantenía el crucero de superficie a escasa velocidad. Ni él ni Jill hablaban.

—Eso lo explica todo —dijo por fin Jill, pálida. Sus ojos secos y brillantes no delataban la menor emoción—. Sabía que era demasiado estupendo para ser cierto. —Intentó sonreír—. Parecía maravilloso.

—Lo sé —asintió Frank—. Es una situación terrible. Si al menos...

—¿*Por qué*? —preguntó Jill—. ¿Por qué ese hombre..., esa cosa lo hizo? ¿Por qué se adueñó del cuerpo de Lester?

—Rexor IV es viejo. Muerto. Un planeta agonizante. La vida se está extinguiendo.

—Ahora lo recuerdo. Él... dijo algo parecido. Algo acerca de Rexor. Que estaba contento de haberse marchado.

—Los rexorianos son una raza antigua. Los pocos que quedan son débiles. Han intentado emigrar durante siglos, pero sus cuerpos son demasiado frágiles. Algunos trataron de emigrar a Venus..., y murieron en el acto. Inventaron este sistema hace más o menos un siglo.

—Pero sabe mucho sobre nosotros. Habla nuestro idioma.

—Pero sin dominarlo. Los cambios que mencionaste, la extraña dicción. Los rexorianos sólo poseen un vago conocimiento de los seres humanos. Una especie de abstracción ideal, extraída de los objetos terrícolas que han llegado a Rexor, libros en especial; datos secundarios de este tipo. La idea rexoriana de la Tierra se basa en clásicos literarios de la Tierra, novelas románticas del pasado. Idioma, costumbres y modales de los viejos libros terrícolas.

»Eso explica el extraño arcaísmo de *esa cosa*. Había estudiado la Tierra, de acuerdo, pero de una manera indirecta y engañosa. —Frank sonrió con ironía—. Los rexorianos llevan un atraso de doscientos años..., y eso nos da una ventaja. Así podemos detectarlos.

—¿Esto... suele suceder? ¿Es frecuente? Parece increíble. —Jill se frotó la frente, cansada—. Es como un sueño. Cuesta comprender que haya ocurrido de veras. Estoy empezando a entender lo que significa.

—La galaxia está llena de formas de vida alienígenas. Seres parasitarios y destructivos. La ética terrícola no les es aplicable. Debemos mantenernos en constante vigilancia. Lester deambuló por Rexor sin sospechar nada..., y esta cosa le expulsó de su cuerpo y lo ocupó.

Frank miró a su hermana. El rostro de Jill no expresaba la menor emoción. Un rostro severo, de grandes ojos, pero sosegado. Estaba sentada muy erguida, con la vista clavada en el frente y sus pequeñas manos enlazadas sobre el regazo.

—Lo haremos de tal forma que no te sea preciso acudir al juicio en persona —prosiguió Frank—. Grabas en vídeo la declaración y la presentaremos como prueba. Estoy seguro que tu declaración bastará. El tribunal federal nos ayudará en todo lo que pueda, pero debe tener *alguna* prueba para seguir adelante.

Jill no dijo nada.

—¿Qué opinas? —preguntó Frank.

—¿Qué ocurrirá después que el tribunal tome una decisión?

—Le administraremos un vibrorrayo. Destruiremos la mente rexoriana. Un patrullero terrícola de Rexor IV enviará una expedición para localizar los..., hum..., contenidos originales.

Jill tragó saliva. Se volvió hacia su hermano, asombrada.

—¿Quieres decir...?

—Oh, sí. Lester está vivo. En suspensión, en alguna parte de Rexor. En una de las ciudades derruidas. Tendremos que obligarles a que nos lo entreguen. No querrán, pero lo harán. Ya lo han hecho otras veces. Después, volverá contigo, sano y salvo. Igual que antes. Y esta horrible pesadilla que estás viviendo pasará a formar parte del pasado.

—Entiendo.

—Ya hemos llegado.

El crucero se detuvo ante el imponente edificio de la Seguridad Federal. Frank salió en seguida y abrió la puerta a su hermana. Jill bajó lentamente.

—¿De acuerdo? —preguntó Frank.

—De acuerdo.

Cuando ambos entraron en el edificio, agentes de seguridad les guiaron entre las pantallas de comprobación. Recorrieron largos pasillos. Los tacones altos de Jill resonaban en el siniestro silencio.

—Menudo lugar —comentó Frank.

—Es tenebroso.

—Considéralo una comisaría de policía con pretensiones. —Frank se detuvo ante una puerta custodiada—. Es aquí.

—Espera. —Jill retrocedió, con una mueca de pánico—. Yo...

—Esperaremos a que te sientas preparada. —Frank indicó al agente de seguridad que se marchara—. Lo comprendo. Es un mal asunto.

Jill se quedó quieta un momento, con la cabeza gacha. Respiró profundamente y cerró los puños. Alzó la barbilla con firmeza.

—Adelante.

—¿Estás dispuesta?

—Sí.

Frank abrió la puerta.

Librodot

—Vamos a ello.

El director Douglas y los tres agentes de seguridad se volvieron expectantes cuando Jill y Frank entraron.

—Bien —murmuró Douglas, aliviado—. Empezaba a preocuparme.

El hombre sentado se levantó poco a poco y tomó su chaqueta. Apretó con dedos tensos el bastón con pomo de marfil. No dijo nada. Contempló en silencio a la mujer que entraba en la habitación, seguida de Frank.

—Ésta es la señora Herrick —dijo Frank—. Jill, te presento al director de seguridad Douglas.

—He oído hablar de usted —dijo Jill en voz baja.

—Entonces, ya sabrá cuál es nuestro trabajo.

—Sí, sé cuál es su trabajo.

—Este asunto es muy desagradable. Ya ha ocurrido en anteriores ocasiones. No sé lo que Frank le habrá dicho...

—Me ha explicado la situación.

—Bien —suspiró Douglas—, me alegro. No resulta fácil de explicar. Ya comprenderá, pues, lo que queremos. Los casos anteriores fueron neutralizados en el espacio. Les administramos una dosis de vibrotubos y recuperamos los contenidos originales. Esta vez, sin embargo, debemos proceder siguiendo los conductos legales. —Douglas tomó una grabadora de vídeo—. Necesitamos su declaración, señora Herrick. Como no se han producido alteraciones físicas, carecemos de pruebas directas para apoyar nuestro caso. Sólo podemos presentar ante el tribunal su testimonio acerca de la alteración del carácter.

Extendió la grabadora. Jill la tomó, despacio.

—No cabe duda que su testimonio será aceptado por el tribunal. Éste nos dejará las manos libres y procederemos en consecuencia. Si todo va bien, confiamos en que todo vuelva a ser exactamente como antes.

Jill contempló en silencio al hombre que se hallaba de pie en un rincón, con la chaqueta y el bastón en la mano.

—¿Como antes? —dijo—. ¿Qué quiere decir?

—Como antes del cambio.

Jill se volvió hacia el director Douglas. Dejó la grabadora sobre la mesa con absoluta calma.

—¿A qué cambio se refiere?

Douglas palideció y se humedeció los labios. Todos los ojos estaban clavados en Jill.

—El cambio producido en *él*. —Señaló al hombre.

—¡Jill! —gritó Frank—. ¿Qué te pasa? —Avanzó rápidamente hacia ella—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Sabes muy bien a qué cambio nos referimos!

—Pues me extraña —dijo Jill, con aire pensativo—. Yo no he notado ningún cambio.

Frank y el director Douglas intercambiaron una mirada.

—No lo entiendo —murmuró Frank, desconcertado.

—Señora Herrick... —empezó Douglas.

Jill se acercó al hombre que esperaba en silencio en el rincón.

—¿Nos vamos, querido? —preguntó, tocándole el brazo—. ¿Existe algún motivo que impida a mi marido salir de aquí?

El hombre y la mujer caminaban en silencio por la calle oscura.

—Bien, vamos a casa —dijo Jill.

—Hace una tarde espléndida —comentó el hombre, mirándola. Respiró profundamente y se llenó los pulmones de aire—. La primavera se acerca..., me parece. ¿No es cierto?

Jill asintió con la cabeza.

—¿Vamos a pie? ¿Está lejos?

—No mucho.

El hombre la miró con una expresión seria en el rostro.

—Estoy en deuda contigo, querida —dijo.

Jill asintió con la cabeza.

—Me gustaría darte las gracias. Debo admitir que no esperaba este...

Jill se volvió bruscamente.

—¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre *auténtico*?

Los ojos grises del hombre destellaron. Una leve, tierna y hermosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me temo que no serías capaz de pronunciarlo. Los sonidos no pueden formarse...

Jill guardó silencio mientras continuaban caminando, absorta en sus pensamientos. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse, como brillantes puntos amarillos en la oscuridad.

—¿Qué piensas? —preguntó el hombre.

—Estaba pensando que te seguiré llamando Lester —respondió Jill—. Si no te importa.

—No me importa —dijo el hombre.

La rodeó con el brazo y la atrajo hacia él. La miró con ternura mientras se adentraban en la oscuridad, entre las luces amarillas que señalaban el camino.

—Lo que tú desees. Todo cuanto te haga feliz.

EQUIPO DE AJUSTE

Era una mañana luminosa. El sol brillaba sobre los jardines y aceras mojados, y se reflejaba en los centelleantes coches estacionados. El funcionario caminaba a toda prisa, mientras pasaba las páginas del manual de instrucciones con el ceño fruncido. Se detuvo un momento frente a la casa de estuco verde. Subió por el camino privado y entró en el patio trasero.

El perro dormitaba dentro de su cabaña, dando la espalda al mundo. Sólo se veía su gruesa cola.

—Por el amor de Dios —exclamó el funcionario, con los brazos en jarras. Golpeó ruidosamente el sujetapapeles con su lápiz mecánico—. Despierta, tú.

El perro se removió. Asomó la cabeza por la puerta de la cabaña, bostezando y parpadeando.

—Ah, eres tú. ¿Ya?

Volvió a bostezar.

—Importantes acontecimientos. —El dedo del funcionario recorrió con habilidad la hoja de control del tráfico—. Esta mañana ajustarán el sector

T137. Empezarán exactamente a las nueve en punto. —Consultó su reloj de bolsillo—. Una alteración de tres horas. Acabarán a mediodía.

—¿T137? No está lejos de aquí.

Los finos labios del funcionario se torcieron en una mueca de desdén.

—En efecto. Demuestras una sorprendente perspicacia, mi peludo amigo. Quizás puedas adivinar qué hago aquí.

—Nos superponemos a T137.

—Exacto. Hay elementos de este sector implicados. Cuidaremos que se acomoden adecuadamente cuando empiece el ajuste. —El funcionario miró la casa de estuco verde—. Tu tarea concreta concierne al hombre que vive ahí. Trabaja como empleado en una empresa situada en el sector T137. Es esencial que llegue a su centro de trabajo antes de las nueve.

El perro examinó la casa. Las persianas estaban levantadas, y la luz de la cocina encendida. Tras las cortinas de encaje se vislumbraban formas borrosas que se movían alrededor de una mesa. Un hombre y una mujer. Estaban tomando café.

—Esos son —murmuró el perro—. ¿Has dicho el hombre? No va a sufrir ningún daño, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero tiene que llegar pronto a su oficina. Por lo general, no sale de casa hasta pasadas las nueve. Hoy debe marcharse a las ocho y media. Tiene que encontrarse en el sector T137 antes que empiece el proceso; de lo contrario, no quedará alterado a fin de coincidir con el nuevo ajuste.

—Eso significa que debo llamar —suspiró el perro.

—Exacto. —El funcionario consultó su hoja de instrucciones—. Has de llamar a las ocho y media en punto. ¿Entiendes? A las ocho y media. Ni un segundo más tarde.

—¿Y qué se logrará con eso?

El funcionario hojeó el manual de instrucciones y examinó las columnas en clave.

—Dará como resultado un Amigo Motorizado, para que le lleve en coche al trabajo. —Cerró el libro y se cruzó de brazos, dispuesto a esperar—. Así llegará a la oficina con casi una hora de adelanto. Es una cuestión de vital importancia.

—Vital —murmuró el perro. Se tendió en el suelo, con medio cuerpo dentro de la cabaña. Cerró los ojos—. Vital.

—¡Despierta! Hay que ser puntual. Si llamas demasiado pronto o demasiado tarde...

—El perro cabeceó, adormilado.

—Lo sé. Lo haré bien. *Siempre* lo hago bien.

Ed Fletcher añadió más leche a su café. Suspiró y se reclinó en la silla. El horno emitía un leve silbido a sus espaldas y llenaba la cocina de cálidos vapores. La luz amarilla que había encima se apagó.

—¿Otro panecillo? —preguntó Ruth.

—Ya no puedo más. —Ed tomó su café—. Cómetelo tú.

—Debo irme. —Ruth se levantó y se desanudó la bata—. Es hora de ir a trabajar.

—¿Ya?

—Claro. ¡Cerradura! Ojalá pudiera seguir sentada un rato. —Ruth se dirigió al cuarto de baño y se pasó los dedos por su largo cabello negro—. Trabajar para el gobierno equivale a empezar temprano.

—Pero tú te levantas temprano —observó Ed. Desdobló el *Chronicle* y examinó la página de deportes—. Bueno, que lo pases bien. No cometas errores de máquina, y ten cuidado con las palabras de doble sentido.

La puerta del baño se cerró. Ruth se quitó la bata y empezó a vestirse.

Ed bostezó y echó un vistazo al reloj colgado sobre el fregadero. Le quedaba mucho tiempo. Ni siquiera eran las ocho. Tomó más café y se frotó la barbilla hirsuta. Tendría que afeitarse. Se encogió de hombros perezosamente. Tal vez en unos diez minutos.

Ruth salió corriendo del cuarto de baño en ropa interior y entró en el dormitorio.

—Voy con retraso.

Se puso a toda prisa la blusa, la falda, las medias y los zapatos blancos. Por fin, se inclinó y dio un beso a su marido.

—Adiós, cariño. Iré a comprar por la noche.

—Adiós. —Ed bajó el periódico y rodeó con el brazo el esbelto talle de su mujer, a quien abrazó con cariño—. Hueles muy bien. No coquetees con el jefe.

Ruth salió como un rayo. Ed oyó el repiqueteo de sus tacones sobre los peldaños, que disminuía a medida que se alejaba.

Ella se había marchado. La casa quedó en silencio. Estaba solo.

Ed se levantó y empujó la silla hacia atrás. Arrastró los pies hacia el cuarto de baño y tomó su navaja de afeitar. Se mojó la cara, la cubrió de espuma y empezó a afeitarse, sin prisas. Tenía mucho tiempo.

El funcionario se inclinó sobre su reloj de bolsillo y se humedeció los labios, nervioso. El sudor le resbalaba por la frente. El minutero señaló las ocho y catorce minutos. Casi era la hora.

—¡Prepárate! —gritó el funcionario. Su cuerpo se puso en tensión—. ¡Faltan diez segundos! ¡*Tiempo*!

No ocurrió nada.

El funcionario se volvió, con los ojos dilatados de horror. Una gruesa cola blanca sobresalía de la perrera. El perro se había dormido otra vez.

—¡TIEMPO! —bramó el funcionario. Pateó con furia la peluda cola—. ¡En el nombre de Dios...!

El perro se movió y salió a toda prisa de la perrera.

—Santo cielo. —Se dirigió corriendo hacia la verja. Se irguió sobre las patas traseras y abrió la boca cuanto pudo—. ¡Guau! —llamó. Dedicó una mirada de disculpa al funcionario—. Perdóname. No comprendo cómo...

El funcionario tenía la mirada clavada en el reloj. Un terror frío se enroscó en su estómago. Las manecillas señalaban las ocho y dieciséis.

—¡Has fallado! —rezongó—. ¡Has fallado! ¡Miserable perro sarnoso devorado por las pulgas! ¡Has fallado! El perro bajó y volvió corriendo.

—¿Dices que he fallado? ¿Te refieres a que ha pasado la hora de...?

—Has llamado demasiado tarde. —El funcionario guardó su reloj poco a poco, con una expresión vidriosa en el rostro—. Has llamado demasiado tarde. No conseguiremos ningún Amigo Motorizado. No hace falta decirte lo que vendrá en su lugar. Temo ver lo que nos traerá las ocho y dieciséis.

—Confío en que llegue al sector T137 a tiempo.

—No lo hará —aulló el funcionario—. No llegará a tiempo. Hemos cometido un error. ¡Hemos logrado que todo salga mal!

Ed se estaba quitando la espuma de afeitar de la cara cuando el ladrido ahogado del perro resonó en la silenciosa casa.

—Maldita sea —masculló Ed—. Despertará a toda la manzana. —Se secó la cara y escuchó. ¿Se acercaba alguien?

Una vibración. Y después...

Sonó el timbre de la puerta.

Ed salió del cuarto de baño. ¿Quién podía ser? ¿Habría olvidado algo Ruth? Se puso una camisa blanca y abrió la puerta.

Un joven de rostro fofo y ansioso le sonrió alegremente.

—Buenos días, señor. —Inclinó su sombrero—. Lamento molestarle tan temprano...

—¿Qué desea?

—Soy de la Compañía Federal de Seguros de Vida. Vengo a verle para...

Ed empezó a cerrar la puerta.

—No me interesa. Tengo prisa. Debo ir a trabajar.

—Su esposa me dijo que sólo podría localizarle a esta hora. —El joven recogió su maletín y abrió la puerta unos centímetros más—. Ella fue quien insistió en que viniera tan temprano. No tenemos por costumbre empezar a esta hora, pero ella me lo rogó. Tomé nota para recordarlo.

—De acuerdo. —Ed dejó entrar al joven mientras suspiraba cansadamente—. Explíqueme las condiciones de la póliza mientras me visto.

El joven abrió el maletín sobre el sofá y sacó montones de folletos ilustrados.

—Me gustaría enseñarle algunas cifras, si no le importa. Es de gran importancia para usted y su familia que...

Ed no tuvo otro remedio que sentarse y mirar los folletos. Contrató una póliza de vida de diez mil dólares y echó al joven. Consultó su reloj. ¡Casi las nueva y media!

—Maldita sea.

Llegaría tarde al trabajo. Terminó de anudarse la corbata, tomó el abrigo, cerró el horno y las luces, tiró los platos en el fregadero y salió corriendo.

Mientras galopaba hacia la parada del autobús se maldecía a sí mismo. Agentes de seguros. ¿Por qué había aparecido aquel pelmazo cuando estaba a punto de marcharse?

Ed rezongó. Las consecuencias de llegar tarde a la oficina eran incalculables. No lo lograría antes de las diez. Sólo de pensarlo se puso frenético. Un sexto sentido le dijo que era inevitable. Algo funesto. Era el día menos oportuno para llegar tarde.

Si el vendedor no se hubiera presentado...

Ed saltó del autobús a una manzana de su oficina. Caminó con rapidez. El enorme reloj situado frente a la joyería Stein le informó que eran casi las diez.

El corazón le dio un vuelco. El viejo Douglas le pondría a parir. Lo veía venir: Douglas, resoplando y rabiando, con el rostro purpúreo, acusándole con su grueso dedo; la señorita Evans, sonriendo tras su máquina de escribir; Jackie, el botones, sonriendo por lo bajo; Earl Hendricks, Joe y Tom; Mary, con sus ojos oscuros, grandes pechos y largas pestañas. Todos le tomarían el pelo durante el resto del día.

El semáforo le detuvo en la esquina. Al otro lado de la calle se alzaba un gran edificio blanco de hormigón, una altísima columna de acero y cemento, vigas maestras y ventanas vidrieras: la oficina. Ed se acobardó. Tal vez podía alegar que el ascensor se había quedado parado, entre el segundo y el tercer piso.

El semáforo cambió. Nadie más cruzaba. Ed sí lo hizo, solo. Llegó a la esquina y…

Y se detuvo, petrificado.

El sol se había apagado. Un segundo antes brillaba en lo alto, pero en aquel momento se había desvanecido. Ed forzó la vista. Nubes grises se arremolinaban sobre su cabeza, nubes gigantescas, informes. Nada más. Una niebla espesa y siniestra que lo ocultaba todo. Todo su cuerpo fue recorrido por escalofríos de inquietud. ¿*Qué era eso*?

Avanzó con cautela entre la niebla. Todo estaba en silencio. Ni el menor ruido… Ni siquiera el del tráfico. Ed miró frenéticamente a su alrededor, esforzándose por vislumbrar algo en la movediza neblina. Ni gente, ni coches, ni sol. Nada de nada.

El edificio de oficinas se cernía sobre él como una sombra fantasmal. Era de un color gris borroso. Extendió la mano, vacilante…

Parte del edificio se derrumbó; desprendió un torrente de partículas. Como arena. Ed tragó saliva. Una cascada de escombros grises cayó alrededor de sus pies. Y una cavidad dentada bostezaba en el punto donde había tocado el edificio, un feo orificio que taladraba el cemento.

Avanzó hacia la escalera, aturdido. La subió. La escalera cedió bajo sus pies, que se hundieron como si caminara sobre arena o un material frágil y podrido que se rompiera bajo su peso.

Entró en el vestíbulo. Estaba oscuro. Las luces del techo brillaban tenuemente en la penumbra. Un manto sobrenatural lo cubría todo.

Escudriñó el puesto de cigarrillos. El vendedor se hallaba apoyado en el mostrador, silencioso, con un palillo entre los dientes y una expresión ausente en el rostro. *Y estaba gris*. Gris de pies a cabeza.

—Hola —gruñó Ed—. ¿Qué pasa?

El vendedor no contestó. Ed alargó la mano y tocó el brazo gris del vendedor…, y lo atravesó.

—Dios de los cielos —gimió Ed.

El brazo del vendedor se soltó. Cayó al suelo del vestíbulo y se desintegró en fragmentos grises, de textura similar al polvo. Los sentidos de Ed flaquearon.

—¡Socorro! —gritó al recobrar la voz.

No hubo respuesta. Miró en torno suyo. Distinguió algunas formas: un hombre que leía el periódico, dos mujeres que esperaban el ascensor.

Ed se dirigió hacia el hombre. Alargó la mano y le tocó.

El hombre se desplomó lentamente, convertido en un montón de ceniza gris. Polvo. Partículas. Las dos mujeres se desintegraron cuando las tocó. En silencio. No hicieron el menor ruido al desmenuzarse.

Ed encontró la escalera. Se agarró al pasamanos y subió. La escalera se hundió bajo él. Apresuró el paso. Iba dejando un sendero irregular; las huellas de sus pisadas se veían con toda nitidez en el hormigón. Cuando llegó al segundo piso volaban nubes de cenizas a su alrededor.

Contempló el silencioso pasillo. Vio más nubes de ceniza. No oyó el menor ruido. Sólo había tinieblas… Tinieblas que avanzaban.

Librodot

Subió como pudo al tercer piso. Su zapato atravesó de parte a parte un peldaño. Durante un horroroso segundo colgó sobre un hueco bostezante que se abría a un abismo sin fondo.

Prosiguió su ascensión y llegó ante su propia oficina: douglas y blake, bienes inmuebles.

Más nubes de cenizas oscurecían el pasillo. Las luces del techo centelleaban a intervalos. Tanteó el pomo de la puerta, y se le quedó en la mano. Lo dejó caer y hundió las uñas en la puerta; el cristal se rompió en pedazos. Abrió la puerta y entró en la oficina.

La señorita Evans estaba sentada frente a su máquina de escribir. Sus dedos descansaban inmóviles sobre las teclas. No se movía. Su cabello, su piel, su ropa, todo era gris. Carecía de color. Ed le tocó el hombro, pero sus dedos pasaron a través y se hundieron en algo seco y escamoso.

Retrocedió, mareado. La señorita Evans no se movió.

Ed siguió andando. Tropezó con un escritorio. El escritorio se transformó en polvo. Earl Hendricks se encontraba de pie junto a la fuente de agua, con un vaso en la mano. Era una estatua gris, inmóvil. Nada se movía. Ningún ruido. Ni señal de vida. Toda la oficina era polvo gris..., sin vida ni emoción.

Ed salió de nuevo al pasillo. Sacudió la cabeza, desconcertado. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había vuelto loco? ¿Estaba...?

Un ruido.

Ed se volvió y oteó la neblina gris. Alguien se acercaba corriendo. Un hombre... Un hombre con una bata blanca. Otros le seguían. Hombres vestidos de blanco, que arrastraban una compleja máquina.

—Oigan... —jadeó débilmente Ed.

Los hombres se detuvieron, boquiabiertos. Parecía que los ojos se les iban a salir de las órbitas.

—¡Miren!

—¡Algo ha salido mal!

—Todavía hay uno cargado.

—Traigan el desenergizador.

—No podemos proceder hasta que...

Los hombres rodearon a Ed. Uno arrastraba una manguera larga terminada en una especie de boquilla. Un pequeño carro portátil venía rodando. Se gritaron rápidas instrucciones.

Ed salió de su parálisis. El miedo le invadió. Pánico. Algo espantoso estaba sucediendo. Tenía que largarse, poner sobre aviso a la gente. Huir. Dio media vuelta y bajó corriendo la escalera, que cedió bajo su peso. Cayó envuelto en nubes de ceniza seca. Se incorporó y siguió corriendo hacia la planta baja.

El vestíbulo estaba oculto por nubes de cenizas gris. Ed se abrió paso hasta la puerta, sin ver nada. Los hombres vestidos de blanco le perseguían, tirando de sus aparatos y gritándose entre sí.

Ed salió a la acera. El edificio osciló y se hundió a su espalda entre torrentes de ceniza. Corrió hacia la esquina, perseguido por los desconocidos. Una nube gris flotaba a su alrededor. Ed atravesó la calle con las manos extendidas. Llegó a la acera opuesta...

El sol apareció. Una cálida luz amarilla se derramó sobre él. Las bocinas de los coches aullaban. Las luces del semáforo cambiaron. Hombres y mujeres ataviados con ropas primaverales se apresuraban y empujaban por todos lados: amas de casa, un policía uniformado de azul, vendedores con

Librodot

maletines. Tiendas, escaparates, letreros... Coches ruidosos que circulaban por la calle en ambos sentidos...

Y en lo alto, el brillante sol y el familiar cielo azul.

Ed se paró, falto de aliento. Miró hacia atrás. Al otro lado de la calle se alzaba el edificio de oficinas..., como siempre. Firme y sólido. Hormigón, acero y vidrio. Retrocedió un paso y tropezó con un ciudadano apresurado.

—Mire por donde va —gruñó el hombre.

—Perdón.

Ed sacudió la cabeza intentando aclararse. Desde donde estaba, el edificio parecía el mismo de siempre, grande, solemne y firme, elevándose hasta una altura considerable al otro lado de la calle.

Pero un minuto antes...

Tal vez había enloquecido. Ed había visto el edificio convertirse en polvo. El edificio..., y la gente. Reducidos a nubes grises de polvo. Y los hombres de blanco..., le habían perseguido. Hombres con batas blancas, vociferantes, que transportaban un equipo muy complicado.

Había perdido el juicio. No existía otra explicación. Ed, sin fuerzas, dio media vuelta y caminó por la acera, tambaleante. Su mente no carburaba. Se movía sin ver, sin propósito, perdido en una bruma de confusión y terror.

El funcionario fue conducido a las dependencias administrativas de máximo nivel. Le indicaron que esperara.

Paseó arriba y abajo, presa de nerviosismo, enlazando y retorciéndose las manos, previendo lo peor. Se quitó las gafas y las limpió con manos temblorosas.

Santo Dios. Tantos problemas y desastres. Y no era culpa suya, pero tendría que sufrir las consecuencias. Era el responsable de encaminar a los Convocadores y que sus instrucciones se siguieran. Aquel miserable Convocador devorado por las pulgas se había vuelto a dormir..., y *él* tendría que responder por ello. Se abrieron las puertas.

—Muy bien —murmuró una voz, en tono preocupado.

Era una voz cansada, cargada de inquietud. El funcionario tembló y entró lentamente. El sudor que resbalaba por su garganta se introdujo por el cuello de celuloide.

El viejo levantó la vista y apartó el libro a un lado. Examinó al funcionario con calma; sus apagados ojos azules reflejaban bondad, una profunda y antigua bondad que intensificó los temblores del funcionario. Sacó su pañuelo y se secó la frente.

—Tengo entendido que se produjo un error —murmuró el viejo—. En relación con el sector T137. Tiene que ver con un elemento de una zona colindante.

—Exacto —dijo el funcionario, con voz hueca y débil—. Una gran desgracia.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Salí esta mañana con mis instrucciones. El material relacionado con T137 tenía máxima prioridad, por supuesto. Comuniqué al Convocador de mi zona que era precisa una convocatoria a las ocho y quince minutos.

—¿Comprendió el Convocador la urgencia?

—Sí, señor, pero...

El funcionario vaciló.

—Pero, ¿qué?

El funcionario se retorció, presa de angustia.

—Mientras le daba la espalda al Convocador, éste se metió en su perrera y se durmió. Yo estaba ocupado, comprobando la hora exacta en mi reloj. Indiqué el momento..., pero no obtuve respuesta.

—¿Lo hizo a las ocho y quince en punto?

—¡Sí, señor! Exactamente a las ocho y quince, pero el Convocador se había dormido. Cuando conseguí despertarle, ya eran las ocho y dieciséis. Convocó, pero en lugar de un Amigo Motorizado apareció... un Vendedor de Seguros de Vida. —El funcionario hizo una mueca de disgusto—. El vendedor retuvo al elemento en su casa hasta las nueve treinta. Por consiguiente, llegó tarde a trabajar, en lugar de temprano.

El viejo guardó silencio durante un momento.

—Por tanto, el elemento no se hallaba en el sector T137 cuando empezó el ajuste.

—No. Llegó a eso de las diez.

—En pleno ajuste. —El viejo se levantó y paseó de un lado a otro, tenía el rostro serio y las manos enlazadas detrás de la espalda. Su larga túnica flotaba tras él—. Un incidente muy grave. Durante el ajuste de un sector, todos los elementos relacionados de otros sectores tienen que estar incluidos. De lo contrario, sus orientaciones se pierden su fase. Cuando este elemento entró en T137, hacía cincuenta minutos que se estaba llevando a cabo el ajuste. El elemento encontró el sector en su período más desenergizado. Deambuló hasta que se tropezó con un equipo de ajuste.

—¿Le apresaron?

—Por desgracia, no. Huyó y salió del sector; entonces, se refugió en una zona cercana, plenamente energizada.

—¿Y qué..., qué ocurrió después?

El viejo dejó de pasear. Su rostro arrugado seguía demostrando enfado. Acarició su largo cabello blanco con una gruesa mano.

—No lo sabemos. Perdimos contacto con él. No tardaremos en restablecerlo, desde luego, pero por el momento se halla fuera de control.

—¿Qué van a hacer?

—Es preciso contactar con él y retenerle. Hay que traerle aquí. No hay otra solución.

—¡*Aquí*!

—Es demasiado tarde para desenergizarlo. Ya se lo habrá dicho a otra gente cuando le recuperemos. Borrar los recuerdos de su mente sólo complicaría más las cosas. Los métodos habituales no servirán. Debo encargarme del asunto en persona.

—Confío en que le localicen con rapidez —dijo el funcionario.

—Así será. Todos los vigilantes están alertados. Todos los vigilantes y todos los convocadores. —Los ojos del viejo centellearon—. Hasta los funcionarios, aunque vacilamos en contar con ellos.

El funcionario enrojeció.

—Me alegraré cuando todo haya terminado —musitó.

Ruth bajó la escalera y salió a la calle, bañada por el cálido sol de mediodía. Encendió un cigarrillo y apresuró el paso. Su pequeño pecho se movía cadenciosamente mientras respiraba el aire primaveral.

—Ruth —la llamó Ed desde atrás.

—¡Ed! —Ruth giró sobre sus talones, asombrada—. ¿Qué haces fuera de...?

—Vamos. —Ed la tomó por el brazo y la obligó a continuar—. Sigamos andando.

—Pero, ¿qué...?

—Te lo contaré más tarde. —El rostro de Ed estaba pálido y sombrío—. Vamos a algún sitio donde podamos hablar. En privado.

—Iba a comer a Louie's. Hablaremos allí. —Caminaban a tal velocidad que Ruth estaba casi sin aliento—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Estás muy raro. ¿Por qué no estás trabajando? ¿Te han..., te han despedido?

Cruzaron la calle y entraron en un pequeño restaurante, atestado de hombres y mujeres que comían. Ed encontró una mesa algo apartada, aislada en un rincón.

—Ésta es perfecta.

Ed se dejó caer en la silla. Su mujer ocupó la otra.

Ed pidió una taza de café. Ruth eligió ensalada, tostada de atún cubierta de crema, café y tarta de melocotón. Ed la vio comer en silencio, sombrío y preocupado.

—Cuéntame, por favor —rogó Ruth.

—¿De veras quieres saberlo?

—¡Pues claro que quiero saberlo! —Ruth apoyó su mano en la de Ed—. Soy tu mujer.

—Hoy ha ocurrido algo. Esta mañana. Llegue tarde a trabajar. Un maldito agente de seguros se presentó en casa y me retuvo. Llegué media hora tarde.

Ruth contuvo el aliento.

—Douglas te despidió.

—No. —Ed destrozó metódicamente una servilleta de papel. Embutió los trozos en un vaso de agua medio lleno—. Yo estaba muy preocupado. Bajé del autobús y me puse a correr. Me di cuenta al pararme frente a la oficina.

—¿Te diste cuenta de qué?

Ed se lo contó. Todo. De principio a fin.

Cuando terminó, Ruth se reclinó en su silla, pálida. Sus manos temblaban.

—Entiendo —murmuró—. No me extraña que estés tan trastornado. —Bebió un poco de café frío. La taza tintineó contra el platillo—. Qué horror.

Ed se inclinó hacia su esposa.

—Ruth, ¿crees que me estoy volviendo loco?

Los labios rojos de Ruth se fruncieron.

—No sé qué decir. Es tan extraño...

—Sí, y extraño es poco. Mis manos les atravesaron, como si fueran de arcilla. Arcilla vieja y seca. Polvo. Figuras de polvo. —Ed tomó un cigarrillo del paquete de Ruth y lo encendió—. Cuando salí miré atrás. El edificio seguía en pie, igual que siempre.

—Tenías miedo que el señor Douglas te echara a patadas, ¿verdad?

—Por supuesto. Tenía miedo..., y me sentía culpable. —Los ojos de Ed centellearon—. Sé lo que estás pensando. Llegué tarde y no fui capaz de dar la cara, así que sufrí un brote psicótico protector. Huí de la realidad. —Aplastó el cigarrillo con violencia—. Ruth, me he dedicado a pasear por la ciudad desde entonces. Dos horas y media. Claro que tengo miedo. Tengo un miedo espantoso a volver.

—¿De Douglas?

—No. De los hombres de blanco. —Ed se estremeció—. Dios mío.

Me persiguieron con sus malditas mangueras y... otros aparatos.

Ruth calló. Por fin, miró a su marido. Sus ojos oscuros brillaban.

—Ed, tienes que volver.

—¿Volver? ¿Por qué?

—Para demostrar algo.

—¿Demostrar qué?

—Que todo está normal. —Ruth le apretó la mano—. Tienes que hacerlo, Ed. Tienes que volver y enfrentarte a ello, para demostrarte que no debes temer nada.

—¡Dónde la viste! ¿Después de lo que vi? Oye, Ruth, vi el tejido de la realidad desgarrarse. Vi... *el otro lado*. Lo que tapa. Vi lo que encubría. Y no quiero volver. No quiero volver a ver gente de polvo. Nunca más.

Ruth clavó la vista en su marido.

—Iré contigo —dijo.

—Por el amor de Dios...

—Por *tu* amor. Por tu cordura. Así sabrás la verdad. —Ruth se levantó bruscamente y se puso el abrigo—. Vamos, Ed. Te acompañaré. Subiremos juntos a la oficina de Douglas y Blake, Bienes Inmuebles. Incluso entraré contigo cuando vayas a hablar con el señor Douglas.

Ed se levantó poco a poco y dirigió una dura mirada a su mujer.

—Piensas que me ofusqué, que me acobardé, que no fui capaz de dar la cara ante el jefe. —Hablaba en voz baja y tensa—. ¿Verdad?

Ruth ya se estaba abriendo paso hacia la caja.

—Vamos. Lo verás por ti mismo. Todo seguirá en su lugar, como siempre.

—De acuerdo —se rindió Ed. La siguió sin apresurarse—. Volveremos allí..., y veremos quién de los dos tiene razón.

Cruzaron la calle juntos. Ruth tomó del brazo a Ed. Vieron el edificio frente a ellos, la imponente estructura de hormigón, acero y cristal.

—Ahí lo tienes —dijo Ruth—. ¿Te das cuenta?

Allí estaba, en efecto. El gran edificio se erguía firme y sólido, brillando a la luz de la tarde. Las ventanas centelleaban.

Ed y Ruth pisaron el bordillo de la acera. Ed se puso en tensión. Se encogió cuando sus pies tocaron el pavimento...

Pero no sucedió nada. Los ruidos de la calle no cesaron: coches, gente que pasaba a toda prisa, un chico que vendía periódicos. Sonidos, olores, el estrépito de una ciudad en pleno día. En lo alto brillaba el sol, en medio del cielo azul.

—¿Lo ves? —dijo Ruth—. Yo tenía razón.

Subieron la escalera y entraron en el vestíbulo. El vendedor estaba de pie detrás del puesto de cigarrillos, con los brazos cruzados, escuchando el partido de béisbol.

—Hola, señor Fletcher —saludó, con una expresión amable en el rostro—. ¿Quién es la dama? ¿Ya lo sabe su mujer?

Ed rió, inseguro. Siguieron hacia el ascensor. Cuatro o cinco ejecutivos estaban esperando. Eran hombres de edad madura, bien vestidos, que formaban un grupo impaciente.

—Hola, Fletcher —dijo uno—. ¿Dónde has estado todo el día? Douglas se ha puesto a gritar como un energúmeno.

—Hola, Earl —murmuró Ed. Aferró el brazo de Ruth—. No me encontraba muy bien.

Llegó el ascensor y entraron. El ascensor se puso en marcha.

—Hola, Ed —dijo el ascensorista—. ¿Quién es ese bombón? ¿Por qué no nos la presentas?

—Mi mujer.

Ed sonrió mecánicamente.

El ascensor les dejó en la tercera planta. Ed y Ruth salieron y se dirigieron hacia la puerta de cristal de Douglas y Blake, Bienes Inmuebles.

Ed se detuvo y respiró con dificultad.

—Espera. —Se humedeció los labios—. Yo...

Ruth esperó con calma a que Ed se secara la frente y el cuello con su pañuelo.

—¿Estás preparado?

—Sí.

Ed avanzó. Empujó la puerta de cristal.

La señorita Evans levantó la vista y dejó de teclear.

—¡Ed Fletcher! ¿Dónde diablos te has metido?

—Me encontraba mal. Hola, Tora.

—Hola, Ed. Oye, Douglas está pidiendo a gritos tu cabeza. ¿Dónde has estado?

—Lo sé. —Ed miró con preocupación a Ruth—. Lo mejor será que entre y me enfrente al chaparrón.

Ruth le apretó el brazo.

—Todo irá bien, lo sé. —Sonrió y exhibió un alentador panorama de dientes blancos y labios rojos—. ¿De acuerdo? Llámame si me necesitas.

—Claro. —Ed le dio un breve beso en la boca—. Gracias, cariño. Muchas gracias. No sé qué diablos me ha pasado. Espero que no se repita.

—Olvídalo. Hasta luego.

Ruth salió de la oficina y la puerta se cerró detrás de ella. Ed escuchó sus pasos apresurados en dirección al ascensor.

—Una chica preciosa —comentó Jackie en tono de admiración.

—Sí —asintió Ed, arreglándose la corbata.

Avanzó con aspecto desolado hacia la oficina interior, procurando hacer acopio de fuerzas. Bien, tenía que dar la cara. Ruth tenía razón, pero le iba a costar mucho explicárselo al jefe. Ya veía a Douglas, su enorme y rojiza papada, sus rugidos de toro enfurecido, su rostro contorsionado de rabia...

Ed se paró en seco al entrar en la oficina interior, petrificado. La oficina interior..., estaba *cambiada.*

Sintió un escalofrío en la nuca. Un frío terror le invadió y le atenazó la garganta. La oficina interior era diferente. Ladeó la cabeza poco a poco para abarcar el conjunto: escritorios, sillas, lámparas, ficheros, fotos.

Cambios. Pequeños cambios. Sutiles cambios. Ed cerró los ojos y los volvió a abrir, poco a poco. Su respiración era agitada y el pulso había enloquecido. Se puso sobre aviso. Estaba cambiada, de acuerdo. No existía duda.

—¿Qué pasa, Ed? —preguntó Tom.

Los empleados dejaron de trabajar y le miraron con curiosidad.

Ed no dijo nada. Avanzó con lentitud. La oficina estaba *alterada*.

Lo sabía. Alterada, dispuesta de otra forma. Nada concreto, nada que pudiera señalar con el dedo. Pero lo sabía.

Joe Kent le saludó, inquieto.

_¿Qué pasa, Ed? Pareces un perro enloquecido. ¿Hay algo...?

Librodot

Ed examinó a Joe. Era diferente. No era el mismo. ¿En qué radicaba la diferencia?

La cara de Joe. Un poco más llena. Llevaba una camisa a rayas azules. A Joe no le gustaban las rayas azules. Ed examinó el escritorio de Joe. Vio papeles y cuentas. El escritorio..., estaba demasiado apartado a la derecha. Y era más grande. No era el mismo escritorio.

La foto colgada en la pared. No era la misma. Era diferente por completo. Y los objetos que había sobre el archivador... Algunos eran nuevos, otros habían desaparecido.

Miró por la puerta que había dejado atrás. Ahora que lo pensaba, el cabello de la señorita Evans era diferente, peinado de otra forma. Y más claro.

Mary, por su parte, se limaba las uñas cerca de la ventana. Era más alta, de curvas más generosas. Tenía el bolso sobre el escritorio, frente a ella... Un bolso rojo, de malla roja.

—¿Es el bolso..., de siempre? —preguntó Ed.

Mary levantó la vista.

—¿Qué?

—Ese bolso. ¿Es el de siempre?

Mary rió. Se alisó la falda sobre sus rotundos muslos, y sus largas pestañas parpadearon con modestia.

—Caray, señor Fletcher. ¿Qué quiere decir?

Ed se alejó. *Lo sabía*, aunque ella no fuera consciente. La habían transformado, cambiado: el bolso, sus ropas, su figura, todo. Nadie lo sabía..., excepto él. La cabeza le daba vueltas. Todos estaban cambiados. Todos eran diferentes. Todos habían sido modificados, reconstruidos. Sutilmente..., pero de una firma efectiva. La papelera. Era más pequeña. No era la misma. Las persianas de la ventana... No eran de color marfil, sino blanco. El dibujo del papel pintado no era el mismo. Las lámparas... Interminables, sutiles cambios.

Ed volvió a la oficina interior. Levantó la mano y llamó a la puerta de Douglas. Adelante. Ed empujó la puerta. Nathan Douglas le miró con impaciencia.

—Señor Douglas... —empezó Ed.

Entró en el despacho, inseguro..., y se detuvo.

Douglas no era el mismo. En absoluto. Todo el despacho estaba cambiado: las alfombras, las cortinas. El despacho no era de caoba, sino de roble. Y el propio Douglas...

Douglas era más joven, más delgado. Cabello castaño. Piel menos rojiza. Rostro más suave, sin arrugas. Barbilla bien afeitada. Sus ojos no eran negros, sino verdes. Era un hombre diferente, pero seguía siendo Douglas... Un Douglas diferente. ¡Una versión diferente!

—¿Qué pasa? —preguntó Douglas, impaciente—. Ah, eres tú, Fletcher. ¿Dónde estabas esta mañana?

Ed retrocedió. A toda prisa.

Cerró la puerta de un golpe y atravesó corriendo la oficina interior. Tom y la señorita Evans le miraron sorprendidos. Ed pasó a su lado y abrió la puerta que daba al pasillo.

—¡Oye! —gritó Tom— ¿Qué...?

Ed corrió por el pasillo. El terror le invadía. Tenía que darse prisa. Había *visto*. No le quedaba mucho tiempo. Llegó al ascensor y apretó el botón.

No había tiempo.

Bajó por la escalera. Llegó a la segunda planta. Su terror aumentó. Era cuestión de segundos.

¡Segundos!

El teléfono público. Ed se metió en la cabina. Cerró la puerta a su espalda. Introdujo una moneda y marcó el número. Tenía que llamar a la policía. Apretó el auricular contra la oreja. Su corazón latía con rapidez.

Avisarles. Cambios. Alguien manipulaba la realidad. La alteraba. Estaba en lo cierto. Los hombres vestidos de blanco... Los aparatos... Recorrían el edificio...

—¡Hola! —chilló Ed, como un poseso.

No obtuvo repuesta. Ni un zumbido. Nada.

Ed miró por la puerta.

Y se hundió, derrotado. Colgó poco a poco el auricular.

Ya no estaba en la segunda planta. La cabina telefónica ascendía, dejaba atrás el segundo piso y se elevaba cada vez más. Subió de piso en piso, rápida y silenciosamente.

La cabina atravesó el techo del edificio y salió a la brillante luz del sol. Aumentó la velocidad. El suelo se alejaba por momentos. Edificios y calles disminuían de tamaño. Manchas diminutas se movían a lo lejos, coches y gente, que empequeñecían rápidamente.

Las nubes flotaban entre él y la tierra. Ed cerró los ojos, mareado de miedo. Se aferró con desesperación a los tiradores de la puerta.

La cabina ascendía a una velocidad de vértigo. La tierra no tardó en perderse de vista.

Ed miró hacia lo alto. ¿*Adónde*? ¿Adónde iba? ¿Adónde le llevaban?

Se quedó agarrado a los tiradores de la puerta, esperando.

El funcionario movió la cabeza levemente.

—Es él, en efecto. El elemento en cuestión.

Ed Fletcher miró a su alrededor. Se hallaba en un enorme aposento. Los extremos se perdían entre sombras borrosas. Frente a él se erguía un hombre que portaba notas y libros mayores bajo el brazo. Le miraba a través de sus gafas con montura metálica. Era un hombrecillo nervioso, de ojos penetrantes, cuello de celuloide, traje de sarga azul, reloj de cadena. Calzaba zapatos negros muy bien lustrados.

Y detrás de él...

Un anciano estaba sentado en una inmensa silla moderna. Contempló a Fletcher en silencio, con calma. Sus ojos eran bondadosos y reflejaban fatiga. Un extraño escalofrío recorrió a Fletcher. No era de miedo, sino una especie de vibración que le arañaba los huesos... Una profunda sensación de temor reverente, mezclada con fascinación.

—¿Dónde...? ¿Qué es este lugar? —preguntó con voz débil.

Seguía mareado a causa de la rápida ascensión.

—¡No haga preguntas! —le espetó el hombrecillo nervioso, irritado, golpeando los libros con su lápiz—. No está aquí para preguntar, sino para responder.

El viejo se movió un poco. Levantó una mano.

—Hablaré a solas con el elemento —murmuró. Su voz era tenue.

Vibró y atronó en toda la estancia. Una oleada de fascinación inundó a Ed.

—¿A solas? —El hombrecillo se retiró, cargado con sus libros y papeles—. Por supuesto. —Miró con hostilidad a Ed Fletcher—. Me alegro que por fin se halle bajo custodia. Tantos esfuerzos y quebraderos de cabeza, sólo por…

Desapareció por una puerta, que se cerró tras él sin hacer ruido. Ed y el viejo se quedaron solos.

—Siéntese, por favor —dijo el viejo.

Ed encontró una silla. Se sentó con torpeza, nervioso. Sacó sus cigarrillos y los volvió a guardar.

—¿Qué sucede? —preguntó el viejo.

—Creo que empiezo a comprender.

—¿Comprender qué?

—Que estoy muerto.

El viejo sonrió.

—¿Muerto? No, no está muerto. Está…, de visita. Un acontecimiento inusual, pero necesario, dadas las circunstancias. —Se inclinó hacia Ed—. Señor Fletcher, se ha metido en un lío.

—Sí —asintió Ed—. Me gustaría saber por qué o cómo ocurrió.

—No fue culpa suya. Fue víctima de un error burocrático. Un error que fue cometido por… No fue usted, pero le implicó.

—¿Qué error? —Ed se frotó la frente, preocupado—. Yo… irrumpí en algo. Vi *el otro lado*. Vi algo que no debía ver.

—Exacto —asintió el viejo—. Vio algo que no debía ver… Algo que pocos elementos han sospechado, y mucho menos presenciado.

—¿Elementos?

—Un término formal. Dejémoslo correr. Se cometió un error, pero confiamos en rectificarlo. Confío en que…

—Aquellas personas —le interrumpió Ed—. Montoncitos de ceniza seca. Gris. Como si estuvieran muertos. Todo tenía el mismo color: las escaleras, las paredes y el suelo. Ni color, ni vida.

—Ese sector había sido desenergizado temporalmente, para que el equipo de ajuste entrara y procediera a los cambios.

—Cambios —repitió Ed—. Exacto. Cuando volví después, todo había recobrado la vida, pero no era igual. Todo era diferente.

—El ajuste se completó a mediodía. El equipo finalizó su trabajo y energizó nuevamente el sector.

—Entiendo —musitó Ed.

—En teoría, usted debía encontrarse en el sector cuando empezara el ajuste. No fue así por culpa de un error. Entró tarde en el sector, durante el ajuste. Usted huyó, y cuando volvió ya había terminado. Usted vio, y no tenía que haber visto. En lugar de testigo, debía haber formado parte del ajuste. Como los demás, habría experimentado algunos cambios.

El sudor inundó la frente de Ed Fletcher. Lo secó con el pañuelo. Se le revolvió el estómago. Carraspeó, falto de fuerzas.

—Me hago la idea.

Su voz era casi inaudible. Le asaltó una escalofriante premonición.

—Tenía que haber cambiado como los demás, pero imagino que algo salió mal.

—Algo fue mal. Se produjo una equivocación. Y ahora existen serios problemas. Usted ha visto cosas. Sabe mucho. Y no está coordinado con la nueva configuración.

—Dios mío —murmuró Ed—. Bueno, no se lo diré a nadie. —Un frío sudor le cubría de la cabeza a los pies—. Le doy mi palabra.

Como si hubiera cambiado, para el caso.

—Ya se lo ha dicho a alguien —dijo el viejo con frialdad.

—¿Yo? —Ed parpadeó—. ¿A quién?

—A su mujer.

Ed tembló. El color abandonó su cara, que se tiñó de un blanco enfermizo.

—Tiene razón. Se lo conté.

—Su mujer sabe. —El viejo hizo una mueca de irritación—. Una mujer. De entre todos los seres...

—No lo sabía. —Ed retrocedió, loco de pánico—. Pero *ahora* sí. Puede contar conmigo. Considéreme cambiado.

Los penetrantes ojos azules del anciano escrutaron sus pensamientos.

—Iba a llamar a la policía. Quería informar a las autoridades.

—Pero yo no sabía *quién* estaba haciendo los cambios.

—Y ahora lo sabe. Hay que complementar el proceso natural... Hacer algunos ajustes, correcciones necesarias. Tenemos todo el derecho a realizar tales correcciones. Nuestros equipos de ajuste se encargan de ese trabajo vital.

Ed reunió una pizca de valor.

—Este ajuste en concreto: Douglas, la oficina. ¿Para qué? Estoy seguro que ha servido para algo que valía la pena.

El viejo movió la mano. Un inmenso plano brilló en las sombras, detrás del Viejo. Ed contuvo el aliento. Los bordes del plano desaparecían en la oscuridad. Vio una infinita red de secciones detalladas, una malla de cuadrados y líneas rectas. Cada cuadrado estaba marcado. En algunos brillaba una luz azul. Las luces cambiaban constantemente.

—El plano del Sector —dijo el viejo—. Un trabajo descomunal. A veces nos preguntamos cómo sobreviviremos a otro período, pero debe hacerse. Por el bien de todos. Por *su* bien.

—El cambio. En nuestro..., nuestro sector.

—Su oficina se dedica al negocio de bienes inmuebles. El viejo Douglas era un hombre astuto, pero su carácter se iba debilitando, al tiempo que su salud. Dentro de pocos días, Douglas tendrá la oportunidad de adquirir una enorme zona forestal no explotada en el oeste de Canadá. Le costará casi todo su capital. El Douglas más viejo y menos enérgico habría titubeado. Es fundamental que no vacile en ningún momento. Debe comprar el terreno y despejarlo cuanto antes. Sólo un hombre más joven, un Douglas más joven, será capaz de aceptar el reto.

Cuando el terreno se haya despejado, se descubrirán ciertos restos antropológicos. Ya han sido colocados convenientemente. Douglas arrendará la zona al gobierno canadiense para estudios científicos. Los restos descubiertos provocarán una gran conmoción en los círculos culturales de todo el mundo.

Se desencadenará una serie de acontecimientos. Hombres de numerosos países irán a Canadá para estudiar los restos. Científicos soviéticos, polacos y checoslovacos harán el viaje.

La cadena de acontecimientos reunirá a estos científicos por primera vez en años. La investigación nacional será relegada durante un tiempo, gracias al revuelo despertado por este descubrimiento supranacional. Un científico ruso de gran importancia entablará amistad con un científico belga. Antes de

separarse, acordarán escribirse..., sin el conocimiento de sus gobiernos, por supuesto.

El círculo se ampliará. Otros científicos de ambos bandos cooperarán. Se fundará una sociedad. Muchos hombres cultos dedicarán cada vez mayor tiempo a esta sociedad internacional. La investigación estrictamente nacional sufrirá un leve eclipse, aunque muy crítico. La tensión bélica disminuirá.

Esta alteración es vital. Y depende de la compra y desmonte de esa zona salvaje de Canadá. El viejo Douglas no se atrevería a correr el riesgo, pero el Douglas alterado y su personal más joven y alterado emprenderán este trabajo con total entusiasmo, lo cual desencadenará esta cadena vital de acontecimientos. Los beneficiarios serán *ustedes*. Es posible que nuestros métodos le parezcan extraños e indirectos, incluso incomprensibles, pero le aseguro que sabemos muy bien lo que estamos haciendo.

—Ahora lo sé —dijo Ed.

—Sí, sabe muchas cosas. Demasiadas. Ningún elemento posee tanto conocimiento. Tal vez debería llamar ahora mismo a un equipo de ajuste...

Una imagen se formó en la mente de Ed: nubes grises flotando, hombres y mujeres grises. Se estremeció.

—Escuche —dijo con voz destemplada—, haré lo que sea, cualquier cosa, pero no me desenergice. —Tenía el rostro cubierto de sudor—. ¿De acuerdo?

El viejo reflexionó.

—Quizá deberíamos encontrar alguna alternativa. Existe otra posibilidad...

—¿Cuál? —preguntó ansiosamente Ed—. ¿Cuál es?

—Si le permito regresar —dijo el viejo, lenta y pensativamente—, ¿jura que nunca volverá a hablar del tema? ¿Jura que nunca revelará a nadie lo que vio, lo que sabe?

—¡Claro! —jadeó Ed, invadido por una oleada de alivio—. ¡Lo juro!

—Su esposa no debe oír una palabra más del asunto. Debe pensar que sólo fue un trastorno psicológico pasajero... Un rechazo a la realidad.

—Ya lo piensa.

—Así debe continuar.

Ed apretó la mandíbula.

—Me ocuparé que ella siga considerándolo una aberración mental. Nunca sabrá lo que sucedió en realidad.

—¿Está seguro que podrá ocultarle la verdad?

—Claro —dijo Ed, con voz firme—. Sé que podré hacerlo.

—Muy bien. —El viejo movió la cabeza lentamente—. Le enviaré de vuelta, pero no debe decírselo a nadie. —Adoptó un aire amenazador—. Recuerde que algún día comparecerá ante mí. Al final, todo el mundo lo hace. Y su suerte no será envidiable.

—No se lo diré —aseguró Ed, sudoroso—. Se lo prometo. Le doy mi palabra. Sé manejar a Ruth, pierda cuidado.

Ed llegó a casa al anochecer.

Parpadeó, aturdido por el veloz descenso. Durante un momento se quedó inmóvil en la acera para recobrar el equilibrio y el aliento. Después, subió a toda prisa por el camino particular.

Abrió la puerta y entró en la casa de estuco verde.

—¡Ed! —Ruth acudió como un rayo, llorosa. Le echó los brazos al cuello y le abrazó con fuerza—. ¿Dónde diablos te has metido?

—Pues... —murmuró Ed—. En la oficina, por supuesto.

Ruth le soltó al instante.

—No, no es verdad.

Una vaga sensación de alarma se apoderó de Ed.

—Claro que sí. ¿Dónde, si no...?

—Llamé a Douglas a eso de las tres. Dijo que te habías marchado. Te largaste en cuanto te di la espalda. Eddie...

Ed le palmeó la espalda, nervioso.

—Tranquilízate, cariño. —Empezó a desabrocharse el abrigo—. Todo va bien, ¿entendido? Todo va bien.

Ruth se sentó en el brazo del sofá. Se sonó y se restregó los ojos.

—Si supieras lo preocupada que estaba. —Guardó el pañuelo y se cruzó de brazos—. Quiero saber dónde has estado.

Ed, preocupado, colgó el abrigo en el armario. Se acercó y la besó. Los labios de su mujer estaban fríos como el hielo.

—Ya te lo contaré, pero antes me gustaría comer algo. Me muero de hambre.

Ruth le examinó con gran concentración. Después, se levantó.

—Me cambiaré y prepararé la cena.

Corrió al dormitorio y se quitó las medias y los zapatos. Ed la siguió.

—No tenía intención de preocuparte —dijo con cautela—. En cuanto te fuiste, comprendí que tenías razón.

—Ah, ¿sí? —Ruth se quitó la blusa y la falda. Las colgó de una percha—. ¿Sobre qué?

—Sobre mí. —Compuso una sonrisa forzada—. Sobre... lo que ocurrió.

Ruth examinó a su marido y luchó por embutirse en los ajustados vaqueros.

—Sigue.

Había llegado el momento. Era ahora o nunca. Ed Fletcher se armó de valor y eligió sus palabras con sumo cuidado.

—Comprendí que ese desagradable incidente era producto de mi imaginación —declaró—. Tú tenías razón, Ruth. Toda la razón. Y hasta sé el motivo.

Ruth se puso la camiseta de algodón y logró ceñirse los tejanos.

—¿Cuál fue el motivo?

—Exceso de trabajo.

—¿Exceso de trabajo?

—Necesito unas vacaciones. Hace años que no hago vacaciones. No me concentro en el trabajo. Me paso los días distraído. —Lo dijo con firmeza, pero estaba con el alma en un hilo—. Necesito airearme. Ir a la montaña, a pescar, o... —Se estrujó los sesos frenéticamente—. O...

Ruth avanzó hacia él con aire amenazador.

—¡Ed! —gritó—. ¡Mírame!

—¿Qué pasa? —El pánico dominó a Ed—. ¿Por qué me miras así?

—¿*Dónde has estado esta tarde*?

La sonrisa de Ed se desvaneció.

—Ya te lo he dicho. Estuve paseando. ¿No te lo he dicho? Di un paseo para reflexionar.

—¡No me mientas, Eddie Fletcher! ¡Sé que estás mintiendo! —Ruth rompió a llorar de nuevo. El pecho se le movía agitado bajo la camisa de algodón—. ¡Admítelo! ¡No fuiste a pasear!

Ed tartamudeó, cubierto de sudor. Se apoyó contra la puerta, falto de fuerzas.

—¿Qué quieres decir?

Relámpagos de cólera brillaron en los ojos negros de Ruth.

—¡Vamos! ¡Quiero saber dónde has estado! ¡Dímelo! Tengo derecho a saberlo. ¿Qué ha pasado en realidad?

Ed retrocedió, aterrorizado. Su determinación se derretía como cera. Todo estaba saliendo mal.

—Te juro que fui a...

—¡Dímelo! —Ruth le hundió sus afiladas uñas en el brazo—. Quiero saber dónde has estado..., ¡y con quién!

Ed abrió la boca. Intentó dibujar una sonrisa, pero su rostro se negó a reaccionar.

—No sé qué intentas insinuar.

—Sabes muy bien lo que intento insinuar. ¿Con quién estuviste? ¿Adónde fuiste? ¡Dímelo! Lo averiguaré tarde o temprano.

No había escapatoria. Estaba atrapado..., y lo sabía. No podría ocultárselo. Retrocedió desesperado, rezando para ganar tiempo. Si pudiera distraerla, centrar su mente en otra cosa. Si bajara la guardia, siquiera un segundo. Si pudiera inventar algo, una historia mejor. Tiempo... Necesitaba más tiempo.

—Ruth, debes...

De repente, se oyó el ladrido de un perro, que resonó en la casa a oscuras.

Ruth ladeó la cabeza un momento.

—Ha sido Dobbie. Creo que alguien viene.

Sonó el timbre de la puerta.

—Quédate aquí. Vuelvo en seguida. —Ruth salió corriendo de la habitación, en dirección a la puerta—. Maldita sea. —Abrió la puerta.

—¡Buenas noches! —El joven se coló en el interior como una exhalación, cargado de objetos, y dedicó una amplia sonrisa a Ruth—. Soy de la Compañía de Aspiradoras Barretodo.

Ruth le miró con el ceño fruncido, impaciente.

—La verdad, íbamos a sentarnos a la mesa para cenar.

—Oh, sólo tardaré un momento.

El joven ajustó los accesorios a la aspiradora con un chasquido metálico. Desenrolló con toda rapidez un largo folleto ilustrado, que mostraba a la aspiradora en acción.

—Ahora, si sostiene esto mientras enchufo la aspiradora... Correteó por el salón como un niño con zapatos nuevos, desenchufó el televisor, enchufó la aspiradora y apartó las sillas.

—Primero, le haré una demostración del limpiacortinas. —Adaptó al reluciente cuerpo central del aspirador un tubo terminado en una boquilla—. Ahora, siéntese y le enseñaré cómo funciona cada uno de estos accesorios, tan fáciles de utilizar. —Su voz jovial se impuso al rugido de la aspiradora—. Observará que...

Ed Fletcher se sentó en la cama. Rebuscó en el bolsillo hasta encontrar sus cigarrillos. Encendió uno con dedos temblorosos y se apoyó contra la pared. El alivio le había dejado sin fuerzas.

Levantó la vista. Una mirada de gratitud alumbró en sus ojos.

—Gracias —musitó—. Creo que, después de todo, lo conseguiré. Muchas gracias.

EL PLANETA IMPOSIBLE

—Sigue plantada ahí afuera —dijo Norton, nervioso—. Tendrá que hablar con ella, capitán.

—¿Qué quiere?

—Quiere un billete. Es sorda como una tapia. Está inmóvil, con la mirada fija, y no quiere marcharse. Me produce escalofríos.

El capitán Andrews se puso lentamente en pie.

—Muy bien, hablaré con ella. Hágala pasar.

—Gracias. —Norton se asomó al pasillo—. El capitán hablará con usted. Entre.

Hubo un movimiento fuera de la sala de control. Un destello metálico. El capitán Andrews empujó hacia atrás la computadora del escritorio y esperó.

Una anciana pequeña y arrugada caminaba detrás de Norton. A su lado se movía un reluciente e imponente robocriado que la sujetaba por el brazo. El robot y la diminuta mujer entraron en la sala de control.

—Éstos son sus documentos. —Norton depositó un folio sobre la mesa de planos. Su voz delataba temor—. Tiene trescientos cincuenta años de edad. Uno de los mantenidos más viejos. Procede de Riga II.

Andrews examinó el documento. La mujer se hallaba de pie frente al escritorio, en silencio, mirando al frente. Sus ojos eran azul pálido, descoloridos como porcelana antigua.

—Irma Vincent Gordon —murmuró Andrews. Levantó la vista—. ¿Es correcto?

La anciana no respondió.

—Es totalmente sorda, señor —dijo el robocriado.

Andrews gruñó y devolvió su atención al folio. Irma Gordon era uno de los primeros colonizadores del sistema de Riga. Origen desconocido. Nacida probablemente en el espacio, en alguna de las viejas naves sub-C. Una extraña sensación se apoderó de él. ¡Los siglos que había visto pasar aquella anciana! Los cambios.

—¿Quiere viajar? —preguntó al robocriado.

—Sí, señor. Ha venido desde su hogar para comprar un billete.

—¿Aguantará un viaje espacial?

—Vino desde Riga hasta aquí, Fomalhaut IX.

—¿Adónde quiere ir?

—A la Tierra, señor —respondió el robocriado.

—¡*A la Tierra*! —Andrews se quedó boquiabierto y lanzó un juramento—. ¿Qué quiere decir?

—Desea viajar a la Tierra, señor.

—¿Lo ve? —murmuró Norton—. Completamente loca.

Andrews se aferró al escritorio y dirigió la palabra a la anciana.

—Señora, no podemos venderle un billete a la Tierra.

—No le puede oír, señor —le recordó el robocriado.

Andrews buscó una hoja de papel y escribió en letras grandes:

NO PUEDO VENDERLE UN BILLETE A LA TIERRA

La sostuvo en alto. Los ojos de la mujer se movieron mientras examinaba las palabras. Frunció los labios.

—¿Por qué no? —dijo por fin.

Su voz era débil y seca, como hierba crujiente.

Andrews garrapateó una respuesta.

ESE LUGAR NO EXISTE

Añadió, malhumorado:

MITO — LEYENDA — NUNCA EXISTIÓ

Los ojos descoloridos de la mujer se desviaron de las palabras hacia Andrews. Su rostro no reflejaba la menor emoción. Andrews se puso nervioso. Detrás, Norton sudaba de inquietud.

—Maldición —masculló Norton—. Échela de aquí. Nos traerá mala suerte.

—Hágale comprender que la Tierra no existe —dijo Andrews al robocriado—. Se ha demostrado miles de veces. No existió jamás ese planeta madre. Todos los científicos están de acuerdo en que la vida surgió simultáneamente en todo el...

—Su deseo es viajar a la Tierra —dijo el robot, sin perder la paciencia—. Tiene trescientos cincuenta años de edad y han dejado de administrarle el tratamiento de mantenimiento. Desea visitar la Tierra antes de morir.

—¡Pero si es un mito! —estalló Andrews, incapaz de articular una palabra más.

—¿Cuánto vale? —preguntó la anciana—. ¿Cuánto vale?

—¡No puedo hacerlo! —gritó Andrews—. No existe...

—Tenemos un kilo de positivos —dijo el robot.

Andrews se apaciguó de repente.

—Mil positivos.

Palideció de estupefacción y apretó la mandíbula.

—¿Cuánto vale? —repitió la anciana—. ¿Cuánto vale?

—¿Será suficiente? —preguntó el robocriado.

Andrews tragó saliva, en silencio. De pronto, recobró la voz.

—Claro —contestó—. ¿Por qué no?

—¡Capitán! —protestó Norton—. ¿Ha perdido el juicio? ¡Usted sabe muy bien que no existe la Tierra! ¿Cómo demonios podemos...?

—Nos la llevaremos, desde luego. —Andrews se abotonó la chaquetilla lentamente, con las manos temblorosas—. La llevaremos a donde le dé la gana. Dígaselo. Nos complacerá mucho conducirla a la Tierra por mil positivos. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo el robot—. Ha ahorrado durante muchas décadas para esto. Le entregará el kilo de positivos en seguida. Lo lleva encima.

—Escuche —dijo Norton—, le pueden caer veinte años por esto. Le quitarán el permiso y el contrato, y le...

—Cierre el pico. —Andrews giró el cuadrante del videotransmisor intersistémico. Los motores vibraron y rugieron bajo sus pies. El traqueteante transporte había salido al espacio—. Quiero la información esencial concerniente a Centauro II —dijo en el micrófono.

—Ni siquiera lo conseguirá por mil positivos. Nadie puede conseguirlo. Han buscado la Tierra durante generaciones. Naves del Directorio rastrearon cada planeta de todo...

El videotransmisor chasqueó.

—Centauro II.

—Información catalogada.

Norton tomó a Andrews por el brazo.

—Por favor, capitán. Ni siquiera por *dos* kilos de positivos...

—Quiero la siguiente información —dijo Andrews en el videotransmisor—. Todos los datos que se conocen relativos al planeta Tierra, cuna legendaria de la raza humana.

—No se conoce ningún dato —respondió la voz indiferente del monitor de la biblioteca—. El tema está clasificado como metaparticular.

—¿Qué informes sin verificar, pero ampliamente difundidos, han sobrevivido?

—La mayor parte de las leyendas concernientes a la Tierra se perdieron durante el conflicto entre Centauro y Riga de 4-B33a. Lo que ha sobrevivido es fragmentario. La Tierra es descrita de diversas formas: un planeta ancho y anillado con tres lunas, un planeta pequeño y denso con una sola luna, el primer planeta de un sistema de diez planetas que giran alrededor de una enana blanca...

—¿Cuál es la leyenda más generalizada?

—El informe Morrison sobre 5-C2 1r analizaba el conjunto de las descripciones étnicas y subliminales de la legendaria Tierra. El resumen final indicaba que la Tierra se considera, por lo general, el tercer planeta de un sistema de nueve, con una sola luna. Las restantes leyendas sólo coinciden en este punto.

—Entiendo. El tercer planeta de un sistema de nueve. Con una sola luna.

Andrews cortó la comunicación y la pantalla se apagó.

—¿Qué opina? —preguntó Norton.

Andrews se puso en pie al instante.

—Es probable que esa mujer conozca todas las leyendas referentes a la Tierra. —Indicó con el dedo los camarotes destinados a los pasajeros, en la cubierta inferior—. Quiero obtener todas las descripciones.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer?

Andrews abrió la carta estelar. Recorrió el índice con un dedo y conectó la computadora. Al cabo de un momento, el aparato escupió una tarjeta.

Andrews tomó la tarjeta y la introdujo en el robopiloto.

—El sistema de Emphor —murmuró, pensativo.

—¿Emphor? ¿Nos dirigimos allí?

—Según la carta, existen noventa sistemas cuyo tercer planeta posee una sola luna. De los noventa, Emphor es el más próximo. Ése es nuestro destino.

Librodot

—No lo entiendo —protestó Norton—. Emphor es un sistema tradicionalmente comercial. Emphor III es un punto de control que ni siquiera alcanza la clase D.

—Emphor III tiene una sola luna, y es el tercero de nueve planetas —sonrió el capitán Andrews—. Es todo cuanto queremos. ¿Alguien posee más conocimientos sobre la Tierra? —Bajó la vista—. ¿Sabe *ella* algo más sobre la Tierra?

—Entiendo —dijo Norton—. Empiezo a hacerme una idea.

Emphor III giraba en silencio bajo ellos. Un globo de color rojo oscuro, suspendido entre nubes pálidas. Los restos coagulados de antiquísimos mares lamían su recalentada y corroída superficie. Acantilados agrietados y erosionados se erguían hacia el cielo. Las llanuras estaban desnudas de toda vegetación. Grandes pozos horadaban la superficie, innumerables llagas bostezantes.

Norton hizo una mueca de asco.

—Fíjese. ¿Existe algún tipo de vida?

El capitán Andrews frunció el ceño.

—No sabía que estuviera tan erosionado. —Se dirigió hacia el robopiloto—. Se supone que hay una pista de aterrizaje ahí abajo. Intentaré localizarla.

—¿Una pista? ¿Quiere decir que ese desierto está habitado?

—Por algunos emphoritas. Una colonia degenerada de comerciantes. —Andrews consultó la carta—. Naves comerciales aterrizan en ocasiones. Apenas se han establecido contactos con esta región desde la guerra entre Centauro y Riga.

Los pasajeros irrumpieron de repente. El reluciente robocriado y la señora Gordon entraron en la sala de control. El anciano rostro de la mujer estaba muy animado.

—¡Capitán! ¿Es eso... la Tierra?

—Sí —asintió Andrews.

El robocriado guió a la señora Gordon hasta la gran pantalla. Los rasgos de la anciana se animaron por destellos de emoción.

—Apenas puedo creer que sea la Tierra. Me parece imposible.

Norton dirigió una mirada penetrante al capitán Andrews.

—Es la Tierra —afirmó Andrews, evitando mirar a Norton—. No tardaremos en divisar la luna.

La anciana se volvió sin pronunciar una palabra.

Andrews se puso en comunicación con la pista de aterrizaje y conectó el piloto automático. El transporte se estremeció y empezó a descender, guiado por las señales de Emphor.

—Estamos aterrizando —dijo Andrews a la anciana, apoyando la mano en su hombro.

—No puede oírle, señor —le recordó el robocriado.

—Bueno, pero puede ver —gruñó Andrews.

La erosionada superficie de Emphor III subía hacia ellos a toda velocidad. La nave penetró en el cinturón de nubes y lo atravesó, volando sobre una llanura desnuda que se extendía hasta perderse de vista.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Norton a Andrews—. ¿La guerra?

—La guerra, minas, y vejez. Es posible que los pozos sean cráteres producidos por bombas. Algunas de esas zanjas largas pueden ser las huellas dejadas por excavadoras. Da la impresión que los recursos de este lugar están agotados.

Una retorcida hilera de picos montañosos irregulares pasó bajo ellos. Se acercaron a los restos de un océano. Divisaron un inmenso mar de aguas oscuras, saturado de sal y desperdicios. Sus límites se perdían en orillas formadas por montones de escombros.

—¿Por qué es así? —preguntó la señora Gordon de repente. La duda se reflejó en sus rasgos—. ¿Por qué?

—¿A qué se refiere? —preguntó Andrews.

—No lo entiendo. —La mujer contempló la superficie que se extendía bajo sus pies, vacilante—. No debería ser de esta manera. La Tierra es verde. Verde y llena de vida. Agua azul y... —Su voz se quebró—. ¿*Por qué*?

Andrews tomó un trozo de papel y escribió:

LAS OPERACIONES COMERCIALES DEVASTARON LA SUPERFICIE

La señora Gordon leyó las palabras y frunció los labios. Un espasmo sacudió su cuerpo enjuto y reseco.

—Devastada... —Su voz expresó un agudo pesar—. ¡No debería ser así! ¡No *quiero* que sea así!

—Le conviene un descanso —dijo el robocriado, tomándola por el brazo—. La acompañaré a sus aposentos. Hagan el favor de avisarnos en cuanto hayamos aterrizado.

—Claro.

Andrews asintió, indeciso, cuando el robot apartó a la anciana de la pantalla. La mujer se aferró a la barandilla, con el rostro deformado por el temor y el desconcierto.

—¡Algo está mal! —gimió la anciana—. ¿Por qué es así? ¿Por qué...?

El robot la sacó de la sala de control. Al cerrarse, las puertas hidráulicas de seguridad acallaron sus lamentos.

—Dios mío. —Andrews se relajó y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos—. Menudo escándalo ha armado.

—Estamos a punto de aterrizar —anunció Norton fríamente.

Un viento frío les azotó cuando se asomaron. El aire olía mal, áspero y acre, como a huevos podridos. La sal y la arena transportadas por el viento les hirieron en la cara.

Se hallaban a pocos kilómetros de la espesa capa marina. Oyeron su tenue y gomoso silbido. Algunas aves pasaron en silencio sobre ellos, batiendo sus enormes alas sin producir ningún ruido.

—Esta mierda de lugar me deprime —murmuró Andrews.

—Sí. Me pregunto qué estará pensando la vieja.

El reluciente robot y la anciana descendieron por la rampa. La mujer andaba con paso vacilante e inestable, aferrada al brazo metálico del robocriado. El viento frío se encarnizó en su frágil cuerpo. Se tambaleó durante un momento..., y después siguió avanzando, hasta poner pie en el accidentado suelo.

Norton sacudió la cabeza.

—Tiene mal aspecto. Este aire, y el viento...

—Lo sé. —Andrews se dirigió hacia la señora Gordon y el robot—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—No muy bien, señor —susurró el robot.

—Capitán —musitó la anciana.

—Dígame.

Librodot

—Debe decirme la verdad. ¿De veras..., de veras estamos en la Tierra? —La anciana clavó la vista en sus labios—. ¿Me lo jura? ¿Me lo *jura*? —Su voz se convirtió en un chillido de terror.

—¡Es la Tierra! —exclamó Andrews, irritado—. Ya se lo he dicho antes. Claro que es la Tierra.

—No parece la Tierra. —La señora Gordon aguardó ansiosamente la respuesta de Andrews, aterrorizada—. No parece la Tierra, capitán. ¿De veras es la Tierra?

—¡Sí!

La mirada de la mujer se desvió hacia el océano. Un extraño brillo iluminó su rostro fatigado y alumbró una súbita ansiedad en sus ojos.

—¿Aquello es agua? Quiero verla.

—Saque la lancha —ordenó Andrews a Norton—. Acompáñela a donde quiera.

—¿Yo? —Norton retrocedió, airado.

—Es una orden.

—De acuerdo.

Norton volvió a regañadientes a la nave. Andrews encendió un cigarrillo, malhumorado, y esperó. Al cabo de pocos minutos, la lancha salió de la nave y se deslizó sobre la ceniza hacia ellos.

—Enséñele lo que quiera —indicó Andrews al robocriado—. Norton conducirá.

—Gracias, señor —respondió el robot—. Ella se lo agradecerá mucho. Ha deseado durante toda su vida pisar la Tierra. Se acuerda de lo que su abuelo le contaba sobre este planeta. Cree que su abuelo vino de la Tierra, hace mucho tiempo. Es muy vieja. Es el último miembro vivo de su familia.

—Pero la Tierra no es más que... —Andrews se contuvo—. Quiero decir...

—Sí, señor, pero ella es muy vieja, y ha esperado muchos años.

El robot se volvió hacia la anciana y la condujo hacia la lancha. Andrews les observó con semblante sombrío, acariciándose el mentón y frunciendo el ceño.

—Vamos —dijo Norton desde el interior de la lancha.

Abrió la escotilla y el robocriado ayudó a la anciana a entrar. La escotilla se cerró a sus espaldas.

Un momento después, la lancha se deslizó sobre la llanura salada, en dirección al desagradable y ondulado océano.

Norton y el capitán Andrews paseaban sin descanso por la orilla. El cielo estaba oscureciendo. Ráfagas de sal azotaban sus rostros. Las tierras bajas, inundadas por la marea, hedían en la penumbra de la noche. A lo lejos, el contorno de unas colinas se difuminaba en el silencio y la niebla.

—Sigue —dijo Andrews—. ¿Qué pasó después?

—Eso es todo. La mujer salió de la lancha, acompañada del robot. Yo me quedé dentro. Estuvieron mirando el océano. Al cabo de un rato, la vieja envió al robot de vuelta a la lancha.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que quería estar a solas un tiempo. Permaneció inmóvil en la orilla, mirando el agua. Se levantó viento. De repente, se acuclilló y se hundió en la ceniza salada.

—¿Y entonces?

—Mientras yo me recobraba de la impresión, el robot corrió a recogerla. Se irguió durante un segundo y avanzó hacia el agua. Salté de la lancha, gritando. El robot se internó en el agua y desapareció. Se hundió en el barro y la mierda. Se desvaneció. —Norton se estremeció—. Con el cuerpo de la mujer.

Andrews tiró el cigarrillo con furia. El cigarrillo rodó sobre la playa, todavía encendido.

—¿Algo más?

—Nada. Todo ocurrió en un segundo. Ella estaba parada, mirando el agua. De súbito, tembló..., como una rama muerta. Y entonces se esfumó. El robocriado saltó de la lancha y se hundió con ella en el agua antes que me diera cuenta de lo que pasaba.

El cielo estaba casi oscuro. Enormes nubes se desplazaban bajo las tenues estrellas. Nubes de insalubres emanaciones nocturnas y partículas de desperdicios. Una bandada de aves enormes surcó el horizonte en silencio.

La luna se recortaba contra las quebradas colinas. Un globo enfermizo y desolado, teñido de un pálido color amarillo, como de pergamino antiguo.

—Volvamos a la nave —dijo Andrews—. No me gusta este lugar.

—No consigo comprender qué ha ocurrido. La vieja...

Andrews sacudió la cabeza.

—El viento. Toxinas radiactivas. Lo verifiqué con Centauro II. La guerra devastó todo el sistema. Convirtió el planeta en un pecio venenoso.

—Entonces, no tendremos que...

—No, no nos considerarán responsables. —Caminaron durante un rato en silencio—. No tendremos que dar ninguna explicación. Está muy claro. Cualquiera que venga aquí, en especial una persona de avanzada edad...

—Sólo que nadie desea venir aquí —comentó Norton con amargura—. En especial una persona de avanzada edad.

Andrews no contestó. Andaba con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos. Norton le seguía en silencio. Sobre sus cabezas, la luna dejó atrás la niebla y penetró en una extensión de cielo despejada, brillando con mayor fuerza.

—Por cierto —dijo Norton, con voz fría y distante—. Éste es el último viaje que hago con usted. Rellené una petición formal mientras estaba en la nave.

—Oh.

—Pensé que debía decírselo. En cuanto a mi parte del kilo de positivos, puede quedársela.

Andrews se ruborizó y aceleró el paso, dejando atrás a Norton. La muerte de la anciana le había trastocado. Encendió otro cigarrillo y lo tiró al cabo de pocos momentos.

Maldita sea... La culpa no era *suya*. Era una vieja. Trescientos cincuenta años. Sorda y senil. Una hoja marchita, arrastrada por el viento, por el viento venenoso que azotaba sin cesar la superficie devastada del planeta.

La superficie devastada. Cenizas saladas y desperdicios. La línea quebrada de colinas desmoronadas. Y el silencio. El eterno silencio. Sólo el viento y el chapoteo de las turbias aguas estancadas. Y los pájaros oscuros que surcaban el cielo.

Algo brilló a sus pies, en la ceniza salada. Reflejaba la palidez enfermiza de la luna.

Librodot

Andrews se agachó y tanteó en la oscuridad. Sus dedos se cerraron sobre algo duro. Tomó el pequeño disco y lo examinó.

—Qué raro —dijo.

No volvió a acordarse del disco hasta que estuvieron en el espacio, volando hacia Fomalhaut.

Se apartó del panel de control y rebuscó en sus bolsillos.

El disco estaba desgastado. Era muy fino. Y terriblemente antiguo. Andrews lo frotó y escupió sobre su superficie hasta que estuvo lo bastante limpio para examinarlo. Un grabado borroso..., y nada más. Le dio la vuelta. ¿Una ficha? ¿Una arandela? ¿Una moneda?

En el reverso había unas pocas letras carentes de sentido, en algún idioma antiguo y olvidado. Sostuvo el disco a la luz hasta que descifró las letras:

E PLURIBUS UNUM

Se encogió de hombros, tiró el fragmento de metal antiguo a la unidad eliminadora de residuos y devolvió su atención a la carta estelar, a su hogar...

IMPOSTOR

—Un día de estos voy a tomarme unas vacaciones —dijo Spence Olham mientras desayunaba. Miró a su esposa—. Creo que me merezco un descanso. Diez años es mucho tiempo.

—¿Y el proyecto?

—Ganarán la guerra sin mí. Nuestra querida bola de arcilla no corre tanto peligro. —Olham se sentó a la mesa y encendió un cigarrillo—. Las máquinas de noticias alteran los reportajes para hacernos creer que los alienígenas nos llevan la delantera. ¿Sabes lo que me gustaría hacer durante las vacaciones? Me gustaría ir de campamento a las montañas que hay en las afueras de la ciudad, donde fuimos aquella vez. ¿Te acuerdas? Me topé con un zumaque venenoso y tú casi pisas una culebra.

—¿El bosque de Sutton? —Mary empezó a transportar los platos al fregadero—. El bosque se quemó hace unas semanas. Pensé que lo sabías. Un incendio repentino.

Olham se entristeció.

—¿Ni siquiera intentaron averiguar la causa? —Frunció los labios—. Ya nadie se preocupa. Sólo piensan en la guerra. —Tensó la mandíbula, recordando todos los elementos de la situación: los alienígenas, la guerra, las naves-aguja.

—¿Cómo se puede pensar en otra cosa?

Olham cabeceó. Su mujer tenía razón, por supuesto. Las pequeñas naves oscuras de Alfa Centauri habían burlado a los cruceros terrícolas con suma facilidad; los habían dejado atrás como a tortugas indefensas. Había sido un desfile triunfal, hasta llegar a la Tierra.

Un desfile triunfal, hasta que los laboratorios Westinghouse hicieron una demostración de la burbuja protectora. La burbuja, que envolvió al principio

las principales ciudades de la Tierra y después todo el planeta, era la primera defensa real, la primera respuesta válida a los alienígenas..., como las máquinas de noticias les habían bautizado.

Pero ganar la guerra era otra historia. Cada laboratorio, cada proyecto, trabajaban día y noche, sin tregua, para encontrar algo más: un arma de ataque. Su propio proyecto, por ejemplo. Todo el día, año tras año.

Olham se levantó y apagó el cigarrillo.

—Como la espada de Damocles. Siempre pendiente sobre nuestras cabezas. Me estoy cansando. Lo único que quiero es tomarme un largo descanso, aunque imagino que todo el mundo piensa igual.

Sacó la chaqueta del armario y salió al porche delantero. El proyectil, el veloz y pequeño vehículo que le llevaba al proyecto, pasaría en cualquier momento.

—Espero que Nelson no se retrase. —Consultó su reloj—. Son casi las siete.

—Aquí viene el coche —dijo Mary, señalando entre dos filas de casas.

El sol brillaba detrás de los tejados, reflejándose contra las pesadas planchas de plomo. El pueblo estaba silencioso; muy poca gente se había levantado.

—Hasta luego. Procura no seguir trabajando después que haya terminado tu turno, Spence.

Olham abrió la puerta del coche y se deslizó en el interior; luego se reclinó con un suspiro contra el asiento. Un hombre de edad avanzada acompañaba a Nelson.

—¿Y bien? —dijo Olham mientras el vehículo aceleraba—. ¿Te has enterado de alguna noticia interesante?

—Lo de costumbre —respondió Nelson—. Algunas naves alienígenas alcanzadas, otro asteroide abandonado por motivos estratégicos.

—Me alegraré cuando alcancemos la última fase del proyecto. No sé si atribuirlo a la propaganda de las máquinas de noticias, pero desde hace un mes estoy muy cansado de todo esto. Todo es tan sombrío y serio, tan carente de vida.

—¿Piensa que la guerra es inútil? —preguntó el anciano de repente—. Usted es una parte importante de ella.

—Te presento al mayor Peters —dijo Nelson.

Olham y Peters se estrecharon las manos. Olham examinó al hombre.

—¿Qué le trae por aquí tan temprano? —preguntó—. No recuerdo haberle visto antes por el proyecto.

—No, no trabajo en el proyecto, pero sé algo de lo que están haciendo. Mi tarea es muy diferente.

Nelson y él intercambiaron una mirada. Olham la observó y frunció el ceño. El vehículo aumentó la velocidad y atravesó el terreno yermo y sin vida, en dirección a la silueta lejana del edificio que albergaba el proyecto.

—¿En qué trabaja? —preguntó Olham—. ¿O no tiene permiso para hablar de ello?

—Trabajo para el gobierno —respondió Peters—. En la ASF, el órgano de seguridad.

—¿Sí? —Olham arqueó una ceja—. ¿Se han producido infiltraciones enemigas en esta región?

—En realidad, he venido a verle a usted, señor Olham.

Olham se quedó asombrado. Reflexionó sobre las palabras de Peters, pero no llegó a ninguna conclusión.

—¿A verme a mí? ¿Por qué?

—He venido a detener a un espía alienígena. Por eso me he levantado tan temprano esta mañana. *Atrápele, Nelson*...

La pistola se hundió en las costillas de Olham. Las manos de Nelson temblaban a causa de la tensión liberada. Estaba pálido. Respiró profundamente y exhaló el aire.

—¿Le matamos ahora? —susurró a Peters—. Creo que deberíamos matarle ahora. No podemos esperar.

Olham miró a su amigo. Abrió la boca para hablar, pero no consiguió articular ninguna palabra. Los dos hombres le observaban fijamente, rígidos y aterrorizados. Olham se sintió mareado. La cabeza le dolía y le daba vueltas.

—No entiendo —murmuró.

En aquel momento, el coche abandonó el suelo y voló hacia el espacio. El proyecto fue empequeñeciendo hasta desaparecer. Olham cerró la boca.

—Esperemos un poco —dijo Peters—. Antes quiero hacerle algunas preguntas.

Olham mantenía la vista clavada en el frente, mientras el vehículo proseguía su viaje.

—La detención se llevó a cabo sin el menor problema —dijo Peters a la videopantalla. Aparecieron las facciones del jefe de seguridad—. Todos nos hemos quitado un peso de encima.

—¿Alguna complicación?

—Ninguna. Entró en el coche sin sospechar. Mi presencia no le resultó excesivamente extraña.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—En camino, dentro de la burbuja protectora. Nos desplazamos a la velocidad máxima. Dé por hecho que el período crítico ya ha pasado. Me alegro que los motores de despegue del vehículo hayan funcionado a la perfección. Si se hubiera producido algún fallo...

—Déjeme verle —dijo el jefe de seguridad. Contempló a Olham durante un rato. Éste se mantuvo en silencio. Por fin, el jefe hizo una señal con la cabeza a Peters—. Muy bien. Es suficiente. —Cierto desagrado se reflejó en sus facciones—. He visto todo cuanto quería. Han hecho algo que será recordado durante mucho tiempo. Es posible que se les conceda una mención honorífica.

—No es necesario —dijo Peters.

—¿Hay algún peligro? ¿Existe alguna posibilidad que...?

—Alguna, pero no demasiadas. Según tengo entendido, basta con pronunciar una frase clave. En cualquier caso, correremos el riesgo.

—Notificaré a la base lunar que están en camino.

—No. —Peters negó con la cabeza—. Aterrizaré fuera de la base. No quiero someterla a ningún peligro.

—Como quiera.

Los ojos del jefe centellearon cuando miró de nuevo a Olham. Después, su imagen se desvaneció. La pantalla se apagó.

Olham desvió la vista hacia la ventana. La nave ya estaba atravesando la burbuja protectora, sin cesar de acelerar. Peters tenía prisa; bajo el suelo,

los chorros de los motores estaban abiertos por completo. Le tenían miedo, y por eso corrían a tal velocidad.

Nelson se removió a su lado, inquieto.

—Creo que deberíamos hacerlo ya —dijo—. Daría cualquier cosa con tal de terminar ahora mismo.

—Tranquilo —dijo Peters—. Quiero que conduzca la nave durante un rato para que pueda hablar con él.

Se sentó junto a Olham y le miró a la cara. Extendió la mano con cautela y le tocó el brazo, y después la mejilla.

Olham calló. «Si pudiera informar a Mary —pensó—. Si encontrara una forma de decírselo...» Miró a su alrededor. ¿Cómo? ¿Por la videopantalla? Nelson estaba sentado junto al tablero, sujetando la pistola. No podía hacer nada. Estaba atrapado.

Pero, ¿por qué?

—Escuche —dijo Peters—, quiero hacerle algunas preguntas. Ya sabe adonde vamos. A la Luna. Dentro de una hora aterrizaremos en su cara oculta. Después, le entregaremos de inmediato a un equipo de hombres que le está esperando. Su cuerpo será destruido al instante. ¿Lo entiende? —Consultó su reloj—. Dentro de dos horas, sus miembros yacerán esparcidos por el paisaje. No quedará nada de usted.

Olham salió de su letargo.

—¿No puede decirme...?

—Claro que se lo diré —asintió Peters—. Hace dos días recibimos el informe que una nave alienígena había penetrado la burbuja protectora. De la nave saltó un espía con forma de robot humanoide. La misión del robot era destruir a un ser humano en particular y suplantarle.

Peters observó con calma a Olham.

—Dentro del robot había una bomba U. Nuestro agente no sabía cómo iba a detonar la bomba, pero creía que sería mediante una frase, un grupo determinado de palabras. El robot viviría igual que la persona a la que había asesinado, realizaría sus actividades habituales, su trabajo, su vida social. Fue construido para parecerse a esa persona. Nadie notaría la diferencia.

Un enfermizo color yeso tiñó la cara de Olham.

—La persona que el robot debía suplantar era Spence Olham, un funcionario de alto nivel que trabajaba en un proyecto de investigación. Dado que este proyecto en particular se acercaba a su fase crucial, la presencia de una bomba viviente en el corazón del proyecto...

Olham se miró las manos.

—¡*Pero si yo soy Olham*!

—Una vez localizado y asesinado Olham, al robot no le costaría nada asumir su vida. Creemos que el robot fue lanzado desde la nave hace unos ocho días. La sustitución debió llevarse a cabo el pasado fin de semana, cuando Olham fue a pasear por las colinas.

—Pero yo soy Olham. —Se volvió hacia Nelson, que estaba sentado a los controles—. ¿No me reconoces? Hace veinte años que somos amigos. ¿Ya no recuerdas que fuimos a la escuela juntos? —Se levantó—. Y también fuimos juntos a la universidad. Compartimos la misma habitación.

—¡Aléjate de mí! —chilló Nelson.

—Escucha. ¿Te acuerdas del segundo curso? ¿Te acuerdas de aquella chica? ¿Cómo se llamaba...? —Se frotó la frente—. La del cabello oscuro, la que conocimos en casa de Ted.

—¡Basta! —Nelson movió la pistola frenéticamente—. No quiero escuchar nada más. ¡Tú le mataste! Tú..., máquina.

—Estás equivocado —dijo Olham a Nelson—. No sé lo que ha pasado, pero el robot no me atacó. Algo debió salir mal. Quizá la nave se estrelló. —Se volvió hacia Peters—. Yo soy Olham. Lo sé. No se ha producido ninguna sustitución. Soy el mismo de siempre.

Se tocó y recorrió su cuerpo con las manos.

—Tiene que haber alguna forma de demostrarlo. Llévenme de nuevo a la Tierra. Un examen de rayos X o un estudio neurológico serán suficientes. Tal vez encontremos la nave estrellada.

Ni Peters ni Nelson hablaron.

—Soy Olham —repitió—. Sé que lo soy, pero no puedo demostrarlo.

—El robot ignoraría que no era el auténtico Spence Olham. Se transformaría en Olham en mente y cuerpo. Se le proporcionó un sistema de memoria artificial, falsos recuerdos. Tendría su mismo aspecto, sus recuerdos, sus pensamientos e intereses, realizaría su trabajo.

»Pero con una diferencia: dentro del robot hay una bomba U, lista para estallar en cuanto suene la frase clave. —Peters se apartó un poco—. Ésa es la diferencia. Por eso le llevamos a la Luna. Le desmembrarán y desactivarán la bomba. Tal vez estalle, pero no importa, siempre que lo haga allí.

Olham se sentó lentamente.

—Llegaremos en seguida —dijo Nelson.

Olham se reclinó en su asiento, devanándose los sesos, mientras la nave descendía poco a poco. Bajo ellos se extendía la torturada superficie de la Luna, la interminable llanura sembrada de cráteres. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer para salvarse?

—Prepárese —dijo Peters.

Dentro de unos minutos estaría muerto. Divisó un punto diminuto, algún edificio. Había hombres en el edificio, el equipo de demolición, aguardando el momento de cortarle en pedazos. Le abrirían en canal, le arrancarían los brazos y las piernas, le destriparían. Se quedarían sorprendidos al no encontrar la bomba; sabrían la verdad, pero demasiado tarde.

Olham examinó la pequeña cabina. Nelson seguía empuñando la pistola. No le concedería la menor oportunidad. Si conseguía que un médico le examinara... Era la única solución. Mary podría ayudarle. Su mente funcionaba a toda máquina. Le quedaban muy pocos minutos. Si pudiera comunicarse con ella, informarla de alguna forma.

—Despacio —dijo Peters.

La nave descendió con lentitud, rebotando en el escabroso terreno. Se hizo el silencio.

—Escuche —dijo Olham, con voz ronca—, puedo demostrar que soy Spence Olham. Traiga a un médico...

—Allí está el equipo —señaló Nelson—. Ya vienen. —Miró a Olham con nerviosismo—. Espero que no ocurra nada.

—Nos iremos antes que empiecen a trabajar —dijo Peters—. Nos largaremos dentro de un momento. —Se puso el traje presurizado. Cuando hubo terminado, le quitó la pistola a Nelson—. Yo le vigilaré.

Nelson se puso a toda prisa el traje, maniobrando torpemente.

—¿Y él? —indicó a Olham—. ¿Necesita uno?

—No. —Peters negó con la cabeza—. Los robots no necesitan oxígeno.

El grupo de hombres había llegado casi a la nave. Se detuvo y esperó. Peters les hizo una señal.

—¡Adelante!

Agitó la mano y los hombres avanzaron. Figuras rígidas y grotescas, embutidas en sus trajes inflados.

—Si abre esa puerta —dijo Olham—, significará mi muerte. Será un asesinato.

—Abra la puerta —dijo Nelson, extendiendo la mano hacia el pomo.

Olham le miró fijamente. Vio que la mano del hombre se cerraba alrededor de la vara metálica. La puerta se abriría dentro de un segundo y el aire de la nave se escaparía. Moriría, y entonces comprenderían su error. Quizá en otra época, cuando no hubiera guerra, los hombres no actuarían de esta forma, arrojando a un individuo a la muerte porque estaban asustados. Todo el mundo estaba asustado, todo el mundo deseaba sacrificar al individuo en aras del temor del grupo.

Le estaban asesinando porque no podían esperar a estar seguros de su culpabilidad. No tenían tiempo.

Olham miró a Nelson, su amigo de tantos años. Habían ido juntos al colegio. Había sido su padrino de boda. Ahora, Nelson se aprestaba a matarle. Pero Nelson no era malo; no era culpa suya. Eran los tiempos. Quizá había sucedido lo mismo durante las plagas. Si a un hombre le salía una mancha significaba la muerte inmediata, sin un momento de vacilación, sin prueba, basándose en meras sospechas. En tiempos de peligro, era el único método.

No les culpaba, pero tenía que vivir. Su vida era demasiado preciosa para sacrificarla. Olham pensó con rapidez. ¿Qué podía hacer? ¿Había alguna posibilidad? Miró a su alrededor.

—Voy a abrir —dijo Nelson.

—Tiene razón —dijo Olham. El sonido de su voz le sorprendió. Era la fuerza de la desesperación—. No necesito aire. Abra la puerta.

Los dos hombres se inmovilizaron y le miraron, alarmados e intrigados al mismo tiempo.

—Adelante. Ábranla. Da igual. —La mano de Olham desapareció en el interior de su chaqueta—. Me pregunto si corren con rapidez.

—¿Correr?

—Les quedan quince segundos de vida. —Sus dedos se crisparon dentro de su chaqueta y su brazo se puso rígido de repente. Se relajó y sonrió—. Estaban equivocados en lo referente a la frase clave. Quedan catorce segundos.

Dos rostros sobresaltados le miraron desde los trajes presurizados. Ambos se precipitaron hacia la puerta y la abrieron. El aire huyó con un silbido hacia el vacío. Peters y Nelson salieron de la nave como una flecha. Olham les siguió. Empujó la puerta y la cerró. El sistema de presurización automático resopló con furia y renovó el aire. Olham dejó escapar un suspiro y se estremeció.

Un segundo más...

Vio por la ventana que los dos hombres se habían reunido con el grupo. Éste se dispersó en todas direcciones. Uno a uno los hombres se fueron arrojando al suelo. Olham se sentó ante el cuadro de mandos. Movió los cuadrantes. Cuando la nave despegó, los hombres se pusieron en pie y levantaron la vista, boquiabiertos.

—Lo siento —murmuró Olham—, pero debo regresar a la Tierra.

Enfiló la nave por el camino de ida.

Era de noche. Los grillos cantaban alrededor de la nave, turbando las frías tinieblas. Olham se inclinó sobre la pantalla. La imagen se formó poco a poco; había podido efectuar la llamada sin problemas. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Mary —dijo.

La mujer le miró y tragó saliva.

—¡Spence! ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

—No puedo decírtelo. Escucha, debo hablar de prisa. Pueden interferir la llamada en cualquier momento. Ve a las dependencias del proyecto y ponte en contacto con el doctor Chamberlain. Si no está, habla con cualquier médico. Llévale a casa y dile que se espere. Dile que traiga aparatos, rayos X, fluoroscopio, todo.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Date prisa. Dile que esté preparado dentro de una hora. —Olham se inclinó hacia la pantalla—. ¿Va todo bien? ¿Estás sola?

—¿Sola?

—¿Hay alguien contigo? ¿Te ha llamado Nelson..., o cualquier otra persona?

—No, Spence. No entiendo nada.

—Muy bien. Nos veremos en casa dentro de una hora. Y no se lo digas a nadie. Ve a ver a Chamberlain con cualquier pretexto. Dile que estás muy enferma.

Cortó la comunicación y consultó su reloj. Un momento después abandonó la nave y se internó en la oscuridad. Tenía que recorrer casi un kilómetro.

Empezó a caminar.

Se veía una luz en la ventana, la luz del estudio. La observó, arrodillado junto a la verja. Ni ruidos ni movimientos. Alzó el reloj a la luz de las estrellas. Había pasado casi una hora.

Un vehículo apareció en la calle y pasó de largo.

Olham miró en dirección a la casa. El médico ya debería haber llegado. Seguramente, estaría dentro, esperando con Mary. Se le ocurrió un pensamiento. ¿Habría podido Mary salir de casa? Tal vez la habían interceptado. Tal vez se estaba metiendo en una trampa.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Los informes, exámenes y placas radiográficas de un médico le darían una oportunidad de demostrar su identidad. Si podía ser sometido a examen, si vivía lo suficiente para que le revisaran...

Lo demostraría de esa forma. Probablemente, era la única solución. Su única esperanza se hallaba en su casa. El doctor Chamberlain era un hombre respetado. Era el médico del equipo que trabajaba en el proyecto. Su palabra bastaría. Su dictamen daría al traste con la histeria y la locura.

Locura... Eso era. Si accedieran a esperar, a actuar con parsimonia, a tomarse su tiempo... Pero no podían esperar. Él tenía que morir, morir cuanto antes, sin pruebas, sin juicios ni exámenes. La prueba más simple lo demostraría, pero ni siquiera tenían tiempo que perder en la prueba más simple. Sólo pensaban en el peligro. En el peligro, y en nada más.

Se irguió y avanzó hacia la casa. Llegó al porche. Se detuvo ante la puerta y escuchó. Ningún ruido. La casa estaba en completo silencio.

Demasiado silencio.

Olham permaneció inmóvil en el porche. Los que se encontraban en el interior se esforzaban por guardar el máximo silencio. ¿Por qué? Era una casa pequeña; a escasos metros de distancia, detrás de la puerta, Mary y el doctor Chamberlain estarían esperando. Sin embargo, no oía nada, ni el susurro de voces, nada en absoluto. Miró la puerta. Era la puerta que había abierto y cerrado miles de veces, cada mañana y cada noche.

Apoyó la mano en el pomo, pero desistió y tocó el timbre. El timbre sonó en algún lugar de la casa. Olham sonrió. Había captado movimientos.

Mary abrió la puerta. En cuanto Olham vio su cara lo comprendió.

Se lanzó corriendo hacia los arbustos. Un oficial de seguridad apartó a Mary de un empellón y disparó. Los arbustos saltaron en pedazos. Olham se escurrió detrás de la casa. Se irguió de un salto y huyó frenéticamente, hundiéndose en las tinieblas. Un foco alumbró de repente la zona.

Olham cruzó la carretera y saltó una valla. Atravesó un patio trasero. Oficiales de seguridad le perseguían, intercambiando gritos. Olham jadeó, falto de aliento. Su respiración era muy agitada.

El rostro de Mary... Lo había adivinado al instante. Los labios apretados, los ojos afligidos y aterrorizados. ¡Si llega a entrar...! Habían intervenido la llamada y salido hacia la casa en cuanto colgó. Ella debió creer su historia. También pensaba que él era el robot, sin duda.

Olham continuó corriendo. Estaba dejando atrás a los oficiales. Por lo visto, su entrenamiento era deficiente. Trepó a una colina y bajó por la otra ladera. En un instante llegaría a la nave, pero, ¿adónde iría esta vez? Aminoró el paso y se detuvo. Ya veía la nave, recortada contra el cielo, en el lugar donde la había estacionado. El pueblo se hallaba a su espalda; él estaba en el yermo que separaba los lugares habitados, donde empezaban los bosques y los eriales. Cruzó un campo estéril y se internó entre los árboles.

La puerta de la nave se abrió mientras caminaba hacia ella.

Peters salió. Su silueta se recortó contra la luz. Portaba un pesado fusil Boris. Olham se quedó inmóvil. Peters escudriñó la oscuridad.

—Sé que anda por ahí —dijo—. Acérquese, Olham. Los agentes de seguridad le tienen rodeado.

Olham no se movió.

—Escúcheme. No tardaremos mucho en capturarle. Por lo visto, todavía no cree que es un robot. Su llamada a la mujer indica que aún se halla bajo el efecto de la ilusión creada por sus recuerdos artificiales.

»Pero *es* un robot. Usted es el robot, y en su interior se oculta la bomba. Alguien, usted mismo, puede pronunciar en cualquier momento la frase que la haga detonar. Cuando eso ocurra, la bomba sembrará la destrucción en un radio de varios kilómetros. El proyecto, la mujer, todos nosotros moriremos. ¿Lo comprende?

Olham no dijo nada; se limitó a escuchar. Los hombres se deslizaban por el bosque, avanzando en su dirección.

—Si no sale, le daremos caza. Es cuestión de tiempo. Hemos desechado la idea de trasladarle a la base lunar. Será destruido en cuanto le veamos, y tendremos que correr el riesgo que la bomba estalle. He ordenado que todos los oficiales de seguridad disponibles peinen la zona, centímetro a

Librodot

centímetro. No puede escapar. Un cordón de hombres armados rodea el bosque. Le quedan unas seis horas antes que el último centímetro sea registrado.

Olham se alejó. Peters siguió hablando; no le había visto. Estaba demasiado oscuro para ver a nadie. No obstante, Peters tenía razón. No podía escapar. Había salido del pueblo y se encontraba en las afueras, donde empezaban los bosques. Podía ocultarse un tiempo, pero terminarían por cazarle.

Era cuestión de tiempo.

Olham caminó en silencio por el bosque. Estaban examinando, estudiando, registrando y peinando cada parte del condado, kilómetro tras kilómetro. El cordón se iba estrechando cada vez más.

¿Qué podía hacer? Había perdido la nave, su única esperanza de escapar. Ocupaban su casa; su mujer les apoyaba, creyendo, sin duda, que el auténtico Olham había sido asesinado. Apretó los puños. En algún lugar estaba la nave alienígena estrellada, y los restos del robot. En algún lugar próximo, la nave se había destrozado. Y el robot yacía en su interior, destruido. Una débil esperanza se agitó en su interior. ¿Y si encontraba los restos? Si pudiera enseñarles el lugar del siniestro, los fragmentos carbonizados, el robot...

Pero, ¿dónde? ¿Dónde los iba a encontrar? Continuó andando, sumido en sus pensamientos. No muy lejos, probablemente. La nave habría aterrizado cerca del proyecto; el robot habría recorrido el resto del camino a pie. Ascendió la ladera de la colina y miró a su alrededor. Destrozada y quemada. ¿Alguna pista, algún indicio? ¿Había leído u oído algo? En algún lugar cercano, al que se podía acceder a pie. Un lugar agreste, un punto distante, en el que no habría gente.

De pronto, Olham sonrió. Destrozada y quemada... El bosque de Sutton. Aceleró el paso.

Había amanecido. El sol se filtraba entre los árboles rotos e iluminaba al hombre agachado en el límite del claro. Olham alzaba la vista de vez en cuando y escuchaba. No estaban lejos, sólo a unos minutos de camino. Sonrió.

Ante él se extendía una masa retorcida de restos metálicos, diseminados por el claro y los tocones carbonizados que habían sido el bosque de Sutton. Lo que quedaba de la nave brillaba tenuemente a la luz del sol. No le costó mucho encontrarla. Conocía bien el bosque de Sutton; lo había recorrido muchas veces, cuando era más joven. Había sabido dónde encontrar los restos. Había un pico que sobresalía con brusquedad, sin previo aviso.

Una nave poco familiarizada con los bosques que pretendiera aterrizar chocaría con él casi con toda seguridad. En aquel momento estaba contemplando los restos de la nave.

Olham se puso en pie. Ya les oía, a escasa distancia, avanzando en grupo y hablando en voz baja. Una gran tensión se apoderó de él. Todo dependía de quién le viera primero. Si era Nelson, estaba acabado. Nelson dispararía. Moriría antes que vieran la nave. Pero si tenía tiempo de dar la noticia, retenerles unos segundos... Era todo lo que necesitaba. En cuanto vieran la nave, estaría salvado.

Pero si disparaban antes...

Una rama chamuscada crujió. Apareció una figura que avanzaba con cautela. Olham respiró profundamente. Quedaban muy escasos segundos, tal vez los últimos de su vida. Levantó los brazos y clavó la vista en el frente.

Era Peters.

—¡Peters! —Olham agitó los brazos. Peters alzó el fusil y apuntó—. ¡No dispare! —Su voz temblaba—. Espere un momento. Observe el claro que hay detrás de mí.

—Le he encontrado —gritó Peters.

Los hombres de seguridad surgieron del bosque calcinado y le rodearon.

—No dispare. Mire detrás de mí. La nave, la nave-aguja. La nave alienígena. ¡Mire!

Peters vaciló. El fusil osciló.

—Está ahí —se apresuró a continuar Olham—. Sabía que la encontraría en este lugar. El bosque quemado. Créame. Encontrará los restos del robot en la nave. ¿Quiere hacer el favor de mirar?

—Hay algo ahí abajo —dijo uno de los hombres, nervioso.

—¡Mátele! —gritó una voz. Era Nelson.

—Espere. —Peters se volvió con brusquedad—. Yo estoy al mando. Que nadie dispare. Tal vez esté diciendo la verdad.

—Mátele —repitió Nelson—. Él liquidó a Olham. Puede matarnos en cualquier momento. Si la bomba estalla...

—Cállese. —Peters avanzó hacia la pendiente y miró abajo—. Fíjese en eso. —Indicó a dos hombres que se acercaran—. Bajen a ver qué es.

Los dos hombres bajaron la pendiente a toda prisa y atravesaron el claro. Se agacharon y examinaron los restos de la nave.

—¿Y bien? —gritó Peters.

Olham contuvo el aliento. Sonrió levemente. Tenía que estar allí; no había tenido tiempo de mirar, pero tenía que estar allí. Una duda le asaltó de repente. ¿Y si el robot hubiera sobrevivido y escapado? ¿Y si su cuerpo se hubiera destruido por completo?

Se humedeció los labios. El sudor inundó su frente. Nelson le estaba mirando, lívido. Su respiración se agitaba.

—Mátele —dijo Nelson—. Mátele, antes que él nos mate a nosotros.

Los dos hombres se irguieron.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Peters. Sostenía el fusil sin vacilar—. ¿Hay algo ahí?

—Eso parece. Es una nave-aguja, desde luego. Hay algo al lado.

—Echaré un vistazo.

Peters pasó junto a Olham. Éste le vio bajar la colina y reunirse con los hombres. Los demás le siguieron.

—Parece un cuerpo —dijo Peters—. ¡Fíjense!

Olham fue con ellos. Formaron un círculo de miradas ansiosas.

En el suelo, doblada y retorcida de una forma extraña, había una figura grotesca. Habría parecido humana, de no ser por la manera en que estaba doblada, con los brazos y las piernas extendidos en todas direcciones. Tenía la boca abierta y los ojos vidriosos.

—Como una máquina estropeada —murmuró Peters.

Olham sonrió débilmente.

—¿Y bien? —preguntó.

—No puedo creerlo —musitó Peters—. Nos dijo la verdad desde el primer momento.

—Nunca me encontré con el robot —dijo Olham. Sacó un cigarrillo y lo encendió—. Fue destruido cuando la nave se estrelló. Ustedes estaban demasiado ocupados con la guerra para preguntarse por qué un bosque se había quemado tan repentinamente. Ahora, ya saben la verdad.

Se quedó fumando y contemplando a los hombres. Estaban sacando la forma grotesca de la nave. El cuerpo tenía los brazos y las piernas rígidos.

—Ahora encontrarán la bomba —dijo Olham.

Los hombres tendieron el cuerpo en el suelo. Peters se agachó.

—Creo que ya la veo.

Extendió la mano y tocó el cuerpo.

El torso del cadáver estaba abierto. En el interior, brillaba algo metálico. Los hombres contemplaron el metal sin hablar.

—De haber vivido, esa caja de metal nos habría destruido —dijo Peters.

Todo el mundo guardaba silencio.

—Creo que le debemos algo —dijo Peters a Olham—. Ha vivido una auténtica pesadilla. Si no hubiera escapado, le habríamos... —Se interrumpió.

Olham tiró el cigarrillo.

—Sabía que el robot no me había atacado, por supuesto, pero no podía demostrarlo. A veces, es imposible demostrar algo en el acto. Ésa es la verdad. No podía demostrar de ningún modo que yo era yo.

—¿Qué le parecen unas vacaciones? —preguntó Peters—. Creo que podremos conseguirle un mes de vacaciones para que descanse y se relaje.

—De momento, quiero irme a casa —dijo Olham.

—De acuerdo, pues. Lo que usted diga.

Nelson se había acuclillado junto al cadáver. Extendió la mano hacia el objeto metálico que se veía en el interior del pecho.

—No lo toques —le advirtió Olham—. Aún podría estallar. Será mejor que el equipo de demolición se encargue de eso más tarde.

Nelson no dijo nada. De pronto, introdujo la mano en la caja torácica, agarró el objeto metálico y tiró de él.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Olham.

Nelson se puso en pie, sujetando el objeto. Estaba blanco de terror. Era un cuchillo de metal, un cuchillo-aguja alienígena, cubierto de sangre.

—Le mataron con esto —susurró Nelson—. Mi amigo fue asesinado con esto. —Miró a Olham—. Tú le mataste con esto y le abandonaste junto a la nave.

Olham estaba temblando. Sus dientes castañeteaban. Su mirada se desvió del cuchillo al cadáver.

—No puede ser Olham —dijo. Su mente giraba, todo daba vueltas en derredor suyo—. ¿Estaba equivocado? Tragó saliva.

—Pero si ése es Olham, yo debo de ser...

No terminó la frase. El resplandor de la explosión pudo verse hasta en Alfa Centauri.

JAMES P. CROW

—ERES UN REPUGNANTE... *SER HUMANO* —chilló de mal humor el robot tipo Z recién salido de la fábrica.

Donnie enrojeció y se escabulló. Era cierto. Era un ser humano, un niño humano. La ciencia no podía hacer nada por remediarlo. Estaba condenado a ello. Un ser humano en un mundo de robots.

Deseó morir. Deseó yacer bajo la hierba, que los gusanos le comieran, reptaran por su interior y le devoraran el cerebro, su pobre y miserable cerebro humano. Z-236r, su compañero robot, no tendría a nadie con quien jugar y sufriría remordimientos.

—¿Adónde vas? —preguntó Z-236r.

—A casa.

—Marica.

Donnie no replicó. Recogió su ajedrez tetradimensional, lo guardó en el bolsillo y se dirigió entre las hileras de ecardas hacia los sectores de los humanos. Z-236r se quedó centelleando bajo el sol del atardecer, como una torre pálida de metal y plástico.

—Me importas un huevo —gritó Z-236r—. Además, ¿quién quiere jugar con un ser humano? Vete a casa. Hueles mal.

Donnie no dijo nada, pero se encogió un poco más, y su barbilla se hundió contra su pecho.

—Bien, ya ha ocurrido —dijo el deprimido Edgar Parks a su esposa, sentada frente a él a la mesa de la cocina.

Grace levantó la vista al instante.

—¿El qué?

—Donnie ha aprendido hoy cuál es su sitio. Me lo dijo mientras me estaba cambiando. Uno de los nuevos robots estaba jugando con él. Le llamó ser humano. Pobre niño. ¿Por qué demonios nos lo tendrán que restregar por la cara? ¿Por qué no nos dejan en paz?

—Ya entiendo por qué no ha querido cenar. Está en su cuarto. Sabía que algo había pasado. —Grace tocó la mano de su marido—. Lo superará. Todos hemos de aprender por las malas. Es fuerte. Se rehará.

Ed Parks se levantó de la mesa y entró en la sala de estar de su modesta vivienda de cinco habitaciones, situada en el sector de la ciudad reservado para los humanos. Se le habían pasado las ganas de comer.

—Robots. —Apretó los puños inútilmente—. Me gustaría agarrar a uno por mi cuenta. Sólo una vez. Hundirle las manos en las tripas, arrancarle puñados de alambre y piezas. Sólo una vez antes que me muera.

—Quizá lo consigas algún día.

—No. No, nunca será posible. En cualquier caso, los humanos serían incapaces de manejar nada sin robots. Es verdad, cariño. Los humanos no han alcanzado la integración necesaria para sustentar una sociedad. Las Listas lo demuestran dos veces al año. Hay que ser realistas: los humanos son inferiores a los robots. ¡Pero lo malo es que éstos no cesan de pregonarlo! Como le ha pasado hoy a Donnie. Nos lo restriegan por la cara. No me importa ser el criado personal de un robot. Es un buen trabajo. La paga es buena y el trabajo poco pesado, pero cuando a mi hijo le dicen que es...

Ed se calló. Donnie había entrado en la sala de estar.

—Hola, papá.

Librodot

—Hola, hijo. —Ed palmeó la espalda del niño—. ¿Cómo estás? ¿Te apetece ver algún espectáculo esta noche?

Por las noches, se retransmitían por las videopantallas espectáculos protagonizados por humanos. Los humanos eran buenos artistas. Los robots no podían competir en este campo. Los seres humanos pintaban, escribían, bailaban, cantaban y actuaban para distracción de los robots. También cocinaban mejor, pero los robots no comían. Los seres humanos ocupaban su puesto. Se les comprendía y apreciaba, como criados personales, artistas, funcionarios, jardineros, obreros de la construcción, reparadores, trabajadores de las fábricas y otros empleos diversos.

Pero en lo referente a puestos como el coordinador del control cívico, o supervisor de las cintas de usone que proveían de energía a los doce hidrosistemas del planeta...

—Papá —dijo Donnie—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Ed se sentó en el sofá con un suspiro. Se reclinó y cruzó las piernas—. ¿Cuál es?

Donnie se sentó en silencio a su lado. Su cara redonda estaba muy seria.

—Papá, quiero hacerte una pregunta sobre las Listas.

—Ah, ya. —Ed se acarició el mentón—. Muy bien. Las Listas saldrán dentro de unas semanas. Es hora que empieces a estudiar para tu examen. Sacaremos algunos de muestra y los repasaremos. Tal vez entre los dos podamos prepararte para el nivel veinte.

—Escucha. —Donnie se acercó más a su padre. Le habló en voz baja y firme—. Papá, ¿cuántos humanos han aprobado sus Listas?

Ed se levantó con brusquedad y empezó a pasear por la habitación, mientras llenaba su pipa con el ceño fruncido.

—Bueno, hijo, no lo sé muy bien. Quiero decir que a los humanos no se les permite el acceso a los archivos informatizados, de modo que no lo puedo verificar. La ley dice que cualquier humano que obtenga una puntuación que alcance el cuarenta por ciento es apto para clasificarse, con posibilidades de ir ascendiendo gradualmente, según los resultados posteriores. No sé cuántos humanos han sido capaces de...

—¿Ha superado *algún* humano su Lista?

Ed tragó saliva, nervioso.

—Caramba, muchacho. No lo sé. En realidad, no sé de ninguno. Tal vez no. Sólo hace trescientos años que se convocan las Listas. Antes, el gobierno era reaccionario y prohibía a los humanos competir con los robots. Actualmente, tenemos un gobierno liberal y podemos competir en las Listas si alcanzamos la puntuación necesaria... —Su voz se quebró y debilitó—. No, chico —reconoció, compungido—, ningún humano ha aprobado su lista. No somos... lo bastante inteligentes.

Un gran silencio se hizo en la habitación. Donnie movió apenas la cabeza, inexpresivo. Ed no le miró. Se concentró en su pipa, que sostenía con manos temblorosas.

—No es tan malo —dijo Ed con voz hueca—. Tengo un buen empleo. Soy criado personal de un robot tipo N magnífico. Recibo generosas propinas en Navidad y Pascua. Me da permiso cuando me encuentro mal. —Carraspeó ruidosamente—. No es tan malo.

Grace estaba de pie en la puerta. Entró en la sala con un brillo en los ojos.

—No, ni mucho menos. Le abres las puertas, le acercas sus instrumentos, haces llamadas en su nombre, te ocupas de sus recados, lo engrasas, lo reparas, le cantas, le hablas, registras cintas...

—Cierra el pico —murmuró Ed, irritado—. ¿Qué demonios debería hacer? ¿Renunciar? Podría cortar céspedes, como John Hollister y Pete Klein. Al menos, mi robot me llama por el nombre, como a un ser vivo. Me llama Ed.

—¿Es posible que algún ser humano apruebe la Lista? —preguntó Donnie.

—Sí —contestó con seguridad Grace.

—Claro, muchacho —corroboró Ed—. Por supuesto. Algún día, es posible que los humanos y los robots vivan juntos en igualdad de condiciones. Ha surgido entre los robots un Partido Igualitario. Tienen diez escaños en el Congreso. Creen que los humanos deben ser admitidos sin Listas, pues es obvio... —Se interrumpió—. Quiero decir que ningún humano, hasta el momento, ha sido capaz de pasar su Lista...

—Donnie —dijo Grace con furia, inclinándose sobre su hijo—, escúchame. Quiero que me prestes atención. Nadie sabe lo que te voy a decir. Los robots no hablan de eso. Los humanos no lo saben. Pero es verdad.

—¿Qué es?

—Conozco a un ser humano que..., que está clasificado. Pasó sus Listas. Hace diez años. Y ha subido. Ha llegado al nivel dos. Algún día alcanzará el uno. ¿Me has oído? Un ser humano. Y sigue ascendiendo.

La duda se reflejó en el rostro de Donnie.

—¿De veras? —La duda se convirtió en esperanza—. ¿En el nivel dos? ¿Lo dices en serio?

—Es un cuento —gruñó Ed—. Llevo toda la vida oyéndolo.

—¡Es verdad! Escuché a dos robots comentándolo mientras limpiaba una unidad de ingeniería. Se callaron cuando me vieron.

—¿Cómo se llama? —preguntó Donnie, con los ojos abiertos de par en par.

—James P. Crow —respondió Grace con orgullo.

—Un nombre extraño —murmuró Ed.

—Ése es su nombre. Lo sé. No es un cuento. ¡Es cierto! Y algún día, llegará a la cumbre, al Consejo Supremo.

—Sí, en efecto, es verdad. —Bob McIntyre bajó la voz—. Se llama James P. Crow.

—¿No es una leyenda? —preguntó Ed.

—Ese humano existe, y es de nivel dos. Ha subido muy arriba. Pasó sus Listas *así*. —McIntyre chasqueó los dedos—. Los robots lo han ocultado, pero es un hecho. Y la noticia se ha extendido. Cada vez la saben más humanos.

Los dos hombres se habían detenido junto a la puerta de servicio del enorme Edificio de Investigación Estructural. Empleados robot salían y entraban sin cesar por las puertas principales, situadas en la fachada del edificio. Robots planificadores que dirigían la sociedad de la Tierra con habilidad y eficacia.

Los robots gobernaban la Tierra. Siempre había sido así. Las grabaciones históricas lo decían. Los humanos habían sido inventados durante la Guerra Total del Undécimo Milibar. Se habían probado y utilizado todo tipo de armas; los humanos fueron una más. La guerra había socavado la sociedad. Durante las décadas siguientes, la anarquía y la decadencia se extendieron por doquier. La sociedad se había reformado poco a poco bajo la paciente

guía de los robots. Los humanos habían contribuido a la reconstrucción. Por qué habían sido fabricados, para qué se habían utilizado, cómo habían servido en la guerra... Todas las respuestas habían sido destruidas por las bombas de hidrógeno. Los historiadores tuvieron que llenar los huecos con conjeturas. Y así lo hicieron.

—¿Y ese nombre tan raro? —preguntó Ed.

McIntyre se encogió de hombros.

—Sólo sé que es el subconsejero de la Conferencia de Seguridad del Norte, y que va directo al consejo en cuanto alcance el nivel uno.

—¿Qué piensan los robs?

—No les gusta, pero no pueden hacer nada. La ley dice que un humano puede acceder a cualquier empleo, si está cualificado. Nunca pensaron que un humano lo lograría, por supuesto, pero el tal Crow aprobó las Listas.

—Es muy extraño. Un humano, más listo que los robs. Me pregunto por qué.

—Era un reparador vulgar. Un mecánico, que arreglaba maquinarias y diseñaba circuitos. Sin nivel, desde luego. De repente, pasó su primera Lista. Entró en el nivel veinte. En la siguiente pasó al diecinueve. Tuvieron que darle un trabajo. —McIntyre rió por lo bajo—. Qué pena, ¿verdad? Tener que sentarse con un ser humano.

—¿Cómo reaccionan?

—Algunos se marchan. Prefieren irse en vez de sentarse con un humano. La mayoría se quedan. Muchos robs son decentes. Se esfuerzan mucho.

—Me gustaría conocer al tal Crow.

McIntyre frunció el ceño.

—Bueno..., tengo entendido que no le gusta ser visto en compañía de humanos.

—¿Por qué no? —se encrespó Ed—. ¿Qué tienen de malo los humanos? ¿Se considera tan importante y poderoso por estar sentado arriba con robots?

—No es eso. —McIntyre le miraba de una forma extraña, ansiosa y lejana a la vez—. No es eso, Ed. Está preparando algo. Algo importante. No debería decirlo, pero se trata de algo grande, endemoniadamente grande.

—¿Qué es?

—No puedo decirlo, pero ya verás cuando llegue al Consejo. Ya verás. —Los ojos de McIntyre eran febriles—. Es tan grande que conmocionará al mundo. Hasta el sol y las estrellas se estremecerán.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero Crow se guarda un as en la manga. Algo increíblemente grande. Todos lo estamos esperando. Esperamos el día...

James P. Crow se sentó, pensativo, ante su reluciente escritorio de caoba. Ése no era su nombre auténtico, por supuesto. Lo había adoptado después de los primeros experimentos, sonriendo para sí. Nadie sabría jamás qué significaba; seguiría siendo un chiste privado, personal y discreto. De todas formas, era un chiste estupendo. Mordaz y apropiado. [*]

Era un hombre bajo, de sangre alemana e irlandesa. Un hombrecillo delgado, de piel clara, ojos azules y cabello arenoso que resbalaba sobre su cara y se veía obligado a peinar hacia atrás. Llevaba pantalones holgados y las mangas subidas. Era nervioso, excitable. Fumaba todo el día, bebía café

y, por lo general, le costaba dormir por las noches. Pero bullían muchas cosas en su mente.

Muchísimas. Crow se puso en pie de repente y se acercó al videotransmisor.

—Haga pasar al comisario de las Colonias —ordenó.

El cuerpo de plástico y metal del comisario entró en el despacho. Un robot tipo R, paciente y eficiente.

—¿Deseaba...? —se interrumpió al ver a un humano. Durante un segundo, asomó la duda a sus pálidas lentillas. Un tenue desagrado se pintó en sus rasgos—. ¿Deseaba verme?

Crow ya había visto antes aquella expresión. Incontables veces. Ya estaba acostumbrado..., casi. La sorpresa, y después el altivo repliegue, la fría y precisa formalidad. No era Jim, sino el *«señor»* Crow. La ley les obligaba a tratarle como a un igual. Ofendía a unos más que a otros. Algunos lo expresaban sin ambages. Éste reprimía un tanto sus sentimientos. Crow era su superior.

—Sí, deseaba verle —dijo Crow con calma—. Quiero su informe. ¿Por qué no ha llegado todavía?

El robot se excusó, todavía altivo y distante.

—Un informe de tales características necesita tiempo. Hacemos lo que podemos.

—Lo quiero dentro de dos semanas. Ni un día más tarde.

En su interior, los prejuicios de toda la vida del robot entablaron una dura batalla contra las exigencias de las decisiones gubernamentales.

—Muy bien, *señor.* El informe estará listo dentro de dos semanas.

Salió del despacho y la puerta se cerró a su espalda.

Crow espiró el aliento contenido. ¿Hacían lo que podían? No, no bastaba para satisfacer a un ser humano. Aunque fuera de grado consultivo, nivel dos. Todos se lo tomaban con calma, sin apresurarse.

La puerta se desvaneció y un robot entró rodando en el despacho.

—Hola, Crow. ¿Tiene un minuto?

—Por supuesto —sonrió Crow—. Entre y siéntese. Siempre es un placer hablar con usted.

El robot depositó unos papeles sobre el escritorio de Crow.

—Grabaciones y todo eso. Bagatelas. —Observó a Crow con mirada penetrante—. Parece disgustado. ¿Ha ocurrido algo?

—Un informe que había pedido. Aún no me lo han entregado. Alguien se lo está tomando con calma.

—La historia de siempre —refunfuñó L-87t—. Por cierto... Esta noche tenemos una reunión. ¿Quiere venir y echar un discurso? Le distraería.

—¿Una reunión?

—Del Partido Igualitario.

L-87t hizo un rápido gesto con su grapa derecha, una especie de medio arco en el aire. El símbolo de los Igualitarios.

—No. Me gustaría, pero tengo cosas que hacer.

—Oh. —El robot se dirigió hacia la puerta—. Muy bien. De todas formas, gracias. —Se volvió antes de salir—. Usted ha significado un gran estímulo para nosotros. Es la prueba viviente de nuestra teoría: un ser humano es igual a un robot y es preciso reconocerlo.

—Un humano no es igual a un robot —declaró Crow, con una leve sonrisa.

—¿Qué está diciendo? —se indignó L-87t—. ¿Acaso no es usted la prueba viviente? Fíjese en las puntuaciones de su Lista. Perfectas. Ni un fallo. Dentro de dos semanas ascenderá al nivel uno. Lo más alto.

—Lo siento. —Crow agitó la cabeza—. Un humano no es igual a un robot, de la misma forma que no es igual a un horno, o a un motor diesel, o a un quitanieves. Hay muchas cosas que los humanos no pueden hacer. Seamos realistas.

—Pero...

L-87t estaba estupefacto.

—Lo digo muy en serio. Usted ignora la realidad. Los humanos somos completamente diferentes de los robots. Los humanos sabemos cantar, interpretar, escribir obras de teatro, cuentos, óperas, pintar, diseñar decorados, jardines botánicos, edificios, cocinar platos deliciosos, hacer el amor, garrapatear poemas en los menús..., y los robots no. Pero los robots saben construir edificios complejos y máquinas que funcionan a la perfección, trabajar durante días seguidos sin descansar, pensar sin interrupciones emocionales, relacionar datos muy complicados en un segundo.

»Los humanos destacamos en algunos campos, los robots en otros. Los humanos poseemos emociones y sentimientos muy desarrollados, sentido de la estética. Somos sensibles a los colores, sonidos y texturas, y a la música suave combinada con un buen vino. Cosas maravillosas, valiosas, pero inalcanzables para los robots. Los robots son puro intelecto. Lo cual no deja de ser, también, maravilloso. Ambas facetas son maravillosas. Humanos emocionales, sensibles al arte, la música y el teatro. Robots que piensan, planifican y diseñan máquinas. Eso no significa que seamos iguales.

L-87t sacudió la cabeza con pesar.

—No le entiendo, Jim. ¿No desea ayudar a su raza?

—Por supuesto, pero de una manera realista, no a partir de ignorar hechos y de afirmar ilusoriamente que hombres y robots son intercambiables, elementos idénticos.

Una curiosa mirada alumbró en las lentillas de L-87t.

—¿Cuál es su solución, entonces?

Crow apretó la mandíbula.

—Espere unas semanas más y lo sabrá.

Crow salió del Edificio de Seguridad Terrícola. La calle estaba atestada de robots, brillantes carcazas de metal, plástico y fluido d/n. Los humanos nunca pisaban esta zona, a excepción de los criados personales. Era el sector directivo de la ciudad, el corazón, el núcleo, donde se gestaban la planificación y la organización. La vida de la ciudad se controlaba desde esta zona. Había robots por todas partes. En los vehículos de superficie, en las rampas móviles, en las terrazas; entraban y salían de los edificios, recorrían las calles, se paraban a conversar y discutir como senadores romanos.

Algunos saludaban a Crow con un breve y formal movimiento de cabeza. Y después le volvían la espalda. La mayoría no reparaba en él o se apartaban para evitar el contacto. A veces, un grupo de robots parlanchines se callaba bruscamente cuando Crow pasaba a su lado. Las lentillas se clavaban en él, solemnes y algo asombradas. Se fijaban en el color de su brazalete: nivel dos. Sorpresa e indignación. Y, cuando se alejaba, se percibía un veloz

zumbido de irritación y rencor. Miradas que le seguían mientras se encaminaba al sector de los humanos.

Un par de humanos estaban de pie frente a las Oficinas de Control Interno, armados con tijeras de podar y rastrillos. Jardineros, que plantaban y regaban los jardines del gran edificio público. Siguieron a Crow con miradas emocionadas. Uno agitó la mano en dirección a él, nervioso y esperanzado. Un humano mediocre que saludaba al único humano que había conseguido alcanzar un nivel.

Crow hizo un breve ademán.

Los ojos de los dos humanos se agrandaron de admiración y reverencia. Aún continuaban mirándole cuando Crow dobló la esquina del cruce principal y se mezcló con la multitud que acudía a comprar al mercadillo interplanetario.

Artículos procedentes de las ricas colonias de Venus, Marte y Ganímedes llenaban los puestos al aire libre. Los robots llegaban en oleadas. Examinaban las muestras, calculaban el precio, discutían y parloteaban. Se veían algunos humanos, sobre todo mayordomos, que se proveían de existencias. Crow atravesó el mercadillo y lo dejó atrás. Se aproximaba al sector humano de la ciudad. Ya detectaba el acre olor de los humanos.

Los robots no olían, por supuesto. El olor humano se percibía al instante en un mundo de máquinas inodoras. El barrio humano ocupaba una sección, en otros tiempos próspera, de la ciudad. Los humanos se habían mudado a él, y el valor de la propiedad había caído en picada. Poco a poco, los robots habían abandonado las casas, y en el barrio sólo vivían humanos. Crow, a pesar de su cargo, estaba obligado a vivir en el barrio humano. Su casa, una vivienda de cinco habitaciones, idéntica a las demás, estaba situada en la zona más apartada del barrio. Una casa entre tantas otras.

Crow levantó la mano y la puerta se desvaneció. Entró a toda prisa y la puerta volvió a formarse. Consultó su reloj. Tenía mucho tiempo. Una hora antes se hallaba sentado ante su escritorio.

Se frotó las manos. Siempre resultaba estimulante volver a sus dependencias personales, donde había crecido y vivido como un ser humano vulgar, sin nivel..., antes de superar *aquello* e iniciar su meteórico ascenso hacia los niveles superiores.

Crow atravesó la silenciosa casa y se encaminó hacia el taller de la parte posterior. Abrió las puertas cerradas con candado. El taller estaba caliente y seco. Desconectó el sistema de alarma, un intrincado laberinto de timbres y cables que era completamente innecesario; los robots nunca entraban en el barrio humano, y los humanos no solían practicar el hurto.

Crow cerró las puertas y se sentó ante un montón de maquinaria reunido en el centro del taller. Conectó la electricidad y la maquinaria cobró vida con un zumbido. Cuadrantes y agujas empezaron a moverse. Las luces se encendieron.

Ante él, una ventana cuadrada de color gris adquirió un tenue brillo rosado. La Ventana. El pulso de Crow se aceleró. Dio un golpecito a un interruptor. La Ventana se nubló y mostró una escena. Deslizó una cinta de computadora delante de la pantalla y la activó. La computadora emitió unos chasquidos mientras formas borrosas oscilaban en la Ventana. Examinó la película.

Dos robots estaban de pie detrás de una mesa. Se movían con gran rapidez. Redujo la velocidad de la cinta. Los robots manipulaban algo. Crow aumentó la imagen y los objetos aparecieron a la vista.

Los robots estaban clasificando Listas. Listas del nivel uno. Ordenándolas y dividiéndolas en grupos. Varios cientos de hojas con preguntas y respuestas. Ante la mesa aguardaban una multitud de ansiosos robots que esperaban saber sus puntuaciones. Crow aceleró las imágenes. Los dos robots se movieron frenéticamente, ordenando y disponiendo Listas. Después, sostuvieron en alto la Lista del nivel uno ganadora...

La Lista. Crow la fijó en la pantalla disminuyendo la velocidad a cero. La Lista quedó inmóvil, como un espécimen en una diapositiva. La cinta zumbaba, grabando la pregunta y las respuestas.

Crow no se sentía culpable. No le remordía la conciencia por utilizar una ventana temporal para ver los resultados de las futuras Listas. Llevaba diez años haciéndolo, desde el principio hasta la Lista definitiva, la del nivel uno. Nunca se había engañado a sí mismo. Sin ver de antemano las respuestas, jamás habría aprobado. Seguiría sin nivel, mezclado con la masa no diferenciada de humanos.

Las Listas estaban dirigidas a mentes de robots, hechas por robots, en consonancia con una civilización robot. Una civilización extraña para los humanos, a la que éstos se adaptaban con dificultad. No era de extrañar que sólo los robots aprobaran las Listas.

Crow borró la escena de la Ventana y apartó la computadora. Envió la Ventana hacia el pasado, a través de los siglos. Nunca se cansaba de ver los días de la prehistoria, los días previos a la Guerra Total que arruinara la sociedad humana y destruyera todas las tradiciones humanas. Los días en que los hombres vivían sin robots.

Manipuló los botones para capturar un momento. La Ventana mostró a los robots construyendo su sociedad de posguerra, invadiendo el devastado planeta, erigiendo ciudades enormes y edificios, limpiando el terreno de escombros. Con humanos como esclavos. Ciudadanos de segunda clase, criados.

Vio la Guerra Total, la lluvia mortal que caía del cielo, tras pálidas explosiones portadoras de la destrucción. Vio la sociedad humana disolverse en partículas radiactivas. Toda la cultura y el saber humanos se perdieron en el caos.

Y, de nuevo, revisó su escena favorita. La escena que había examinado cientos de veces, disfrutándola con enorme satisfacción. Una escena que mostraba a seres humanos en un laboratorio subterráneo, en los primeros días de la guerra. Diseñaban y construían los primeros robots, el tipo A, cuatro siglos antes.

Ed Parks regresaba a su casa sin prisa; llevaba a su hijo de la mano. Donnie tenía la vista fija en el suelo. No decía nada. Sus ojos estaban rojos e hinchados. La pena teñía su rostro de blanco.

—Lo siento, papá —murmuró.

Ed le apretó la mano.

—No te preocupes, muchacho. Hiciste lo que pudiste. No te preocupes. Quizá la próxima vez... Empezaremos a repasar mucho antes. —Maldijo para sí—. Esos repugnantes toneles metálicos... ¡Malditos montones de hojalata sin alma!

Anochecía. El sol se ocultaba. Subieron los escalones del porche lentamente y entraron en la casa. Grace les recibió en la puerta.

—¿No ha habido suerte? —Examinó sus rostros—. No, ya veo que no. La historia de siempre.

—La historia de siempre —repitió Ed con amargura—. No tenía la menor posibilidad. Era de prever.

Del comedor surgió un murmullo de voces, pertenecientes a hombres y mujeres.

—¿Quién está ahí? —preguntó Ed, irritado—. ¿Tenemos compañía? Por el amor de Dios, precisamente hoy...

—Entren. —Grace les empujó hacia la cocina—. Hay noticias. Tal vez se sientan mejor. Ven, Donnie. Esto también te interesa a ti.

Ed y Donnie entraron en la cocina. Estaba llena de gente. Bob McIntyre y su esposa, Pati. John Hollister, su esposa, Joan, y sus dos hijos. Pete y Rose Klein. Nal Johnson, Tim Davis y Barbara Stanley, unos vecinos. Un excitado murmullo se elevó del grupo. Todos se habían congregado alrededor de la mesa. La excitación y el nerviosismo predominaban. Había montones de cervezas y bocadillos. Los hombres y las mujeres reían y sonreían, contentos, los ojos brillantes.

—¿Qué pasa? —gruñó Ed—. ¿A qué viene la fiesta?

Bob McIntyre le palmeó la espalda.

—¿Qué tal, Ed? Tenemos noticias frescas. —Tabaleó con los dedos sobre un noticiario grabado en cinta—. Prepárate. Afírmate fuerte.

—¡Ponla! —gritó excitado Pete Klein.

—¡Ya, ponla! —Todo el grupo rodeó a McIntyre—. ¡Oigámosla otra vez!

El rostro de McIntyre estaba transido de emoción.

—Bien, Ed. Te lo voy a decir: lo ha conseguido. Ha aprobado.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando?

—Crow. Jim Crow. Ha pasado al nivel uno. —La cinta temblaba en la mano de McIntyre—. Ha sido nombrado miembro del Consejo Supremo. ¿Comprendes? Lo ha conseguido. Un ser humano, miembro del organismo supremo que gobierna el planeta.

—Santo Dios —dijo Donnie, admirado.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Ed—. ¿Qué va a hacer?

—Pronto lo sabremos —sonrió entre dientes McIntyre—. Prepara algo. Lo sabemos. Lo presentimos. Y no tardaremos en ser testigos..., de lo que sea.

Crow entró con paso firme en la Cámara del Consejo, con una cartera bajo el brazo. Vestía un elegante traje nuevo. Se había peinado. Sus zapatos brillaban.

—Buenos días —saludó.

Los cinco robots le contemplaron con sentimientos encontrados. Eran viejos; sobrepasaban los cien años. El poderoso tipo N que había dominado la escena social desde su construcción, y un increíblemente antiguo tipo D, que no tardaría en cumplir trescientos años. Mientras Crow caminaba hacia su asiento, los cinco robots se apartaron para dejarle paso.

—Usted... ¿Usted es el nuevo miembro del Consejo? —preguntó un robot tipo N.

—En efecto. —Crow tomó asiento—. ¿Desean examinar mis credenciales?

—Se lo ruego.

Librodot

Crow les mostró la tarjeta que le había entregado el Comité de las Listas. Los cinco robots la examinaron con suma atención. Por fin, se la devolvieron.

—Parece que todo está en orden —admitió a regañadientes el de tipo D.

—Por supuesto. —Crow abrió la cremallera de su cartera—. Deseo empezar a trabajar cuanto antes. Hay que tratar de muchos temas. He traído algunos informes y cintas que, sin duda, les interesarán sobremanera.

Los robots se sentaron lentamente, sin apartar la vista de Jim Crow.

—Esto es increíble —murmuró el de tipo D—. ¿Habla en serio? ¿De veras espera sentarse entre nosotros?

—Por supuesto. Dejémonos de historias y vayamos al grano. Un robot de tipo N, enorme y desdeñoso, se inclinó hacia él. Su cuerpo metálico barnizado era casi opaco.

—Señor Crow —dijo con voz gélida—, debe comprender que esto es imposible. A pesar de las leyes y su derecho técnico a sentarse en este...

—Sugiero que revisen las puntuaciones que he obtenido en las Listas —sonrió con calma Crow—. No he cometido ni un error en ninguno de los veinte exámenes. Una puntuación perfecta. Por lo que yo sé, ninguno de ustedes ha logrado una puntuación similar. Por tanto, según reza el decreto gubernamental referente al Comité de Exámenes oficial, soy su superior.

Sus palabras cayeron como una bomba. Los cinco robots se hundieron en sus asientos, anonadados. Sus lentillas centellearon en señal de inquietud. Un agudo murmullo de preocupación llenó la cámara.

—Veamos —murmuró un N, extendiendo su grapa.

Crow les entregó sus hojas de exámenes, que los cinco robots examinaron a toda prisa.

—Es cierto —declaró el D—. Increíble. Ningún robot ha logrado jamás una puntuación tan perfecta. Según nuestras leyes, este humano nos desbanca.

—Ahora, vayamos a lo que interesa —dijo Jim Crow. Esparció sus cintas e informes—. No pienso perder el tiempo. Voy a hacer una propuesta. Una propuesta importante sobre el problema más crítico de esta sociedad.

—¿De qué problema se trata? —preguntó un X, temeroso.

—El problema de los humanos —replicó Crow, tenso—. Los humanos ocupan una posición inferior en el mundo de los robots. Lacayos en un mundo extraño. Criados de los robots.

Silencio.

Los cinco robots estaban petrificados. Había sucedido. Lo que siempre habían temido. Crow se reclinó en su asiento y encendió un cigarrillo. Los robots vigilaban cada uno de sus movimientos: sus manos, el cigarrillo, el humo, la cerilla que aplastó con el pie. El momento había llegado.

—¿Qué propone usted? —preguntó por fin el D, con metálica dignidad—. ¿Cuál es esa propuesta?

—Propongo que los robots abandonen la Tierra cuanto antes. Que hagan las maletas y se larguen. Que emigren a las colonias. Ganímedes, Marte, Venus. Que dejen la Tierra a los humanos.

Los robots se pusieron en pie al instante.

—¡Increíble! Nosotros construimos este mundo. ¡Este es nuestro mundo! La Tierra nos pertenece. Siempre nos ha pertenecido.

—¿*De veras*? —preguntó Crow con gravedad.

Un estremecimiento de inquietud recorrió a los robots. Titubearon, extrañamente alarmados.

—Por supuesto —murmuró el D.

Crow alargó la mano hacia sus montañas de cintas e informes. Los robots observaban sus movimientos con temor.

—¿Qué es eso? —preguntó un N, nervioso—. ¿Qué guarda ahí?

—Cintas —respondió Crow.

—¿Qué clase de cintas?

—Cintas de historia. —Crow hizo una señal y un criado humano vestido de gris entró en la cámara con una computadora—. Gracias —dijo Crow. El humano se disponía a salir de la cámara—. Espera. A lo mejor te gusta quedarte a ver esto, amigo mío.

Los ojos del criado casi se salieron de las órbitas. Se refugió en un rincón y aguardó, expectante y tembloroso.

—Extremadamente irregular —protestó el D—. ¿Qué está haciendo? ¿Qué es esto?

—Observe. —Crow introdujo la primera cinta en la computadora y lo conectó. Una imagen tridimensional se formó en el aire, en el centro de la mesa del Consejo—. No aparten la vista bajo ningún concepto. Recordarán este momento durante mucho tiempo.

La imagen cobró forma. Estaban mirando la Ventana temporal. Se puso en movimiento una escena de la Guerra Total. Hombres, técnicos humanos, trabajaban frenéticamente en un laboratorio subterráneo. Ensamblaban algo. Ensamblaban...

El criado humano lanzó un chillido atroz.

—¡Un A! ¡Un robot de tipo A! ¡Lo están fabricando!

Los cinco robots del Consejo emitieron zumbidos de consternación.

—¡Echen a ese criado! —ordenó el D.

La escena cambió. Mostró a los primeros robots, el primitivo tipo A, saliendo a la superficie para combatir en la guerra. Aparecieron otros robots, deslizándose entre las ruinas y la ceniza, aproximándose con cautela. Los robots se enfrentaron entre sí. Ráfagas de luz blanca. Resplandecientes nubes de partículas.

—Al principio, los robots fueron diseñados para luchar como soldados —explicó Crow—. Después, se inventaron tipos más avanzados para trabajar como técnicos de laboratorio y para manipular las máquinas.

La escena mostró una fábrica subterránea. Hileras de robots trabajaban en prensas y estampadoras. Los robots trabajaban con eficiencia y rapidez..., supervisados por capataces humanos.

—¡Estas cintas son falsas! —gritó un N, irritado—. ¿Espera que nosotros lo creamos?

Se formó una nueva escena. Robots, más avanzados, tipos más complejos y elaborados, que acaparaban, cada vez más funciones económicas e industriales, a medida que los humanos eran destruidos por la guerra.

—Al principio, los robots eran sencillos —prosiguió Crow—. Atendían a necesidades sencillas. Después, a medida que la guerra progresaba, se crearon tipos más avanzados. Por fin, los humanos fabricaron tipos D y E. Iguales a los humanos..., y en capacidad conceptual, superiores a los humanos.

—¡Esto es una locura! —exclamó un N—. Los robots evolucionaron. Los tipos primitivos eran sencillos porque se trataba de formas primitivas, que luego dieron nacimiento a formas más complejas. Las leyes de la evolución explican con toda claridad este proceso.

Librodot

Se formó una nueva escena. Los últimos estertores de la guerra. Los robots luchaban contra los hombres. Los robots vencían. El caos total de los últimos años. Interminables eriales de cenizas y partículas radiactivas. Kilómetros y kilómetros de ruinas.

—Todos los registros culturales fueron destruidos —dijo Crow—. Los robots se convirtieron en los amos sin saber cómo o por qué, ni cómo habían llegado a existir. Sin embargo, éstos son los hechos reales. Los robots fueron creados para servir de herramientas a los humanos. Durante la guerra, se perdió el control.

Desconectó la computadora. La imagen se desvaneció. Los cinco robots quedaron en silencio, atónitos.

Crow se cruzó de brazos.

—¿Y bien? ¿Qué dicen? —Señaló con el pulgar al criado humano agazapado en un rincón de la cámara, asombrado y perplejo—. Ahora, ustedes saben y él sabe. ¿Qué creen que estará pensando? Yo se lo diré. Está pensando…

—¿Cómo consiguió esas cintas? —murmuró el D—. No pueden ser auténticas. Deben ser falsas.

—¿Por qué no las descubrieron nuestros arqueólogos? —gritó un N.

—Yo las tomé —dijo Crow.

—¿Que *usted* las tomó? ¿Qué quiere decir?

—Mediante una ventana temporal. —Crow tiró un grueso paquete encima de la mesa—. Aquí tienen los esquemas. Pueden construir una ventana temporal, si quieren.

—Una máquina de tiempo. —El D se apoderó del paquete y miró su contenido—. Vio el pasado. —Comprendió de repente—. Entonces…

—¡Vio el futuro! —gritó furioso un N—. ¡El futuro! Eso explica la perfección de sus exámenes. Los examinó previamente.

Crow tabaleó sobre sus papeles, impaciente.

—Ya han oído mi propuesta. Ya han visto las cintas. Si votan en contra de la propuesta, exhibiré públicamente las cintas y los esquemas. Todos los humanos del mundo sabrán la verdadera historia de su origen y el de ustedes.

—¿Y qué? —dijo un N, nervioso—. Podemos manejar a los humanos. Si estalla una rebelión, la sofocaremos.

—¿Usted cree? —Crow se puso de repente en pie, con expresión dura—. Piénsenlo bien. Una guerra civil asolaría todo el planeta. Por un lado, los humanos, con siglos de odio contenido. Por otro, los robots, desmitificados de un día para otro, sabiendo que, en un principio, no fueron otra cosa que herramientas. ¿Están seguros que esta vez lograrán dominar la situación? ¿Están seguros?

Los robots permanecieron en silencio.

—Si evacuan la Tierra, destruiré las cintas. Las dos razas continuarán adelante, cada una con su cultura y sociedad propias. Los humanos en la Tierra. Los robots en las colonias. Ni amos, ni esclavos.

Los cinco robots vacilaban, airados y resentidos.

—¡Pero nos costó siglos resucitar a este planeta de sus cenizas! Nuestra partida carece de sentido. ¿Qué diremos? ¿Qué motivo aduciremos?

—Pueden decir que la Tierra no es suficiente para la gran raza de los amos —dijo con dureza Crow.

Se hizo el silencio. Los cuatro robots tipo N se miraron nerviosamente y susurraron algo entre sí. El enorme D siguió sentado en silencio; sus arcaicas lentillas de metal miraban con fijeza a Crow, y en su rostro se pintaba una expresión de aturdimiento y derrota.

Jim Crow esperó, tranquilo.

—¿Puedo estrecharle la mano? —preguntó con timidez L-87t—. Me iré pronto. Marcho en uno de los primeros grupos.

Crow extendió la mano y L-87t se la estrechó, algo turbado.

—Espero que todo salga bien —le deseó L-87t—. Vidéeme de vez en cuando. Manténganos informados.

Los altavoces callejeros situados en las afueras de la sede del Consejo alteraron con sus voces ensordecedoras la tranquilidad del crepúsculo. Los altavoces pregonaron a lo largo y lo ancho de la ciudad la decisión del Consejo.

Los hombres que volvían a casa después del trabajo se paraban a escuchar. En las casas unifamiliares de los barrios humanos, hombres y mujeres alzaron la vista e interrumpieron su rutina doméstica, curiosos y atentos. Por doquier, en todas las ciudades de la Tierra, robots y humanos dejaban sus actividades y clavaban la vista en los atronadores altavoces.

—Mediante este comunicado anunciamos que el Consejo Supremo ha decidido destinar a la utilización exclusiva de los robots las ricas colonias de Venus, Marte y Ganímedes. Queda prohibido a los humanos abandonar la Tierra. A fin de aprovechar los recursos y condiciones de vida superiores de estas colonias, todos los robots que ahora residen en la Tierra serán transferidos a la colonia de su elección.

»El Consejo Supremo ha decidido que la Tierra no es el lugar idóneo para los robots. Su estado lastimoso y parcialmente desolado resulta indigno para la raza robot. Todos los robots serán transportados a sus nuevos hogares de las colonias en cuanto se establezcan los medios de desplazamiento adecuados.

»Los humanos no podrán entrar en ningún caso en las zonas colonizadas. Las colonias son para el uso exclusivo de los robots. Se permitirá a la población humana permanecer en la Tierra.

»Mediante este comunicado anunciamos que el Consejo Supremo ha decidido destinar a la utilización exclusiva de los robots las ricas colonias de Venus...

Crow se apartó de la ventana, satisfecho.

Volvió a su escritorio y prosiguió agrupando informes y papeles en pulcros montones. Los examinaba superficialmente, los clasificaba y apartaba a un lado.

—Espero que todo salga a satisfacción de ustedes, los humanos —repitió L-87t.

Crow continuó estudiando las montañas de informes de alto nivel, marcándolos con su rotulador. Trabajaba con rapidez, absorto y ensimismado. Apenas advirtió que el robot se había parado en la puerta.

—¿Puede indicarme, a grandes rasgos, qué tipo de gobierno establecerá?

Crow levantó la vista, impaciente.

—¿Qué?

Librodot

—Su forma de gobierno. ¿Cómo va a gobernar su sociedad, ahora que ha logrado echarnos de la Tierra? ¿Qué tipo de gobierno reemplazará al Consejo Supremo y al Congreso?

Crow no respondió. Ya se había concentrado de nuevo en su trabajo. L-87t advirtió una dureza y una impenetrabilidad en su rostro que jamás había visto.

—¿Quién asumirá la responsabilidad? —preguntó L-87t—. ¿Quiénes compondrán el gobierno, ahora que nos vamos? Usted dijo que los humanos poseen escasa capacidad para manejar una sociedad moderna compleja. ¿Encontrará algún humano capaz de mantener la maquinaria en marcha? ¿Hay algún humano capaz de dirigir a la Humanidad?

Crow sonrió apenas. Y siguió trabajando.

[*] Jim Crow corresponde a una antigua expresión despectiva con la que se designaba a los negros.

PLANETA DE PASO

El sol del atardecer, una enorme esfera que resplandecía en el cielo, era cálido y cegador. Trent se detuvo un momento para recuperar el aliento. Su rostro estaba cubierto de sudor en el interior del casco forrado de plomo. Las gotas pegajosas empañaban el visor y le empapaban el cuello.

Pasó la mochila de emergencia al otro brazo y tiró del cinturón al que llevaba sujeto el fusil. Extrajo dos tubos vacíos del tanque de oxígeno y los arrojó hacia la maleza. Los tubos rodaron hasta perderse entre los interminables montones de hojas verderrojizas y enredaderas.

Trent examinó el contador, observó que la lectura era inapreciable y echó hacia atrás el casco durante un precioso momento.

Aspiró una bocanada de aire puro. Respiró profundamente y llenó de aire los pulmones. El aire, denso, húmedo y perfumado por la vegetación, olía bien. Lo exhaló y volvió a inspirar.

A su derecha se alzaba una altísima columna de arbustos anaranjados, que envolvían un ruinoso pilar de hormigón. Una enorme extensión de hierba y árboles invadía la ondulada campiña. A lo lejos, Trent divisó una masa de vegetación que parecía una muralla. Se trataba de una auténtica selva, poblada de reptiles e insectos, y sembrada de flores y maleza. Tendría que abrirse paso con fuego para poder avanzar.

Dos inmensas mariposas, grandes y frágiles formas de muchos colores, revolotearon sin rumbo fijo a su alrededor y se alejaron. Vida por todas partes: insectos, plantas, diminutos animales que se escurrían entre los arbustos. Una selva henchida de vida. Trent suspiró y se bajó el casco. Dos bocanadas de aire bastaban por el momento.

Aumentó el caudal del tanque de oxígeno y habló por el transmisor.

—Trent. Al habla con el monitor de la mina. ¿Me oye?

Un instante de estática y silencio. Después, una voz tenue, fantasmal.

—Adelante, Trent. ¿Dónde demonios está?

—Continúo todavía hacia el norte. Ruinas enfrente. Tendré que dar un rodeo. Parecen extensas.

—¿Ruinas?

—Nueva York, probablemente. Lo comprobaré en el plano.

—¿Todavía nada?

—Nada. Hasta ahora, al menos. Daré un rodeo e informaré dentro de una hora. —Trent consultó su reloj—. Son las tres y media. Volveré a llamar antes que anochezca.

La voz vaciló.

—Buena suerte. Espero que encuentre algo. ¿Cómo va su oxígeno?

—Bien.

—¿Y la comida?

—Queda mucha. Tal vez encuentre plantas comestibles.

—¡No corra ningún riesgo!

—No lo haré. —Trent desconectó el transmisor y lo sujetó al cinturón—. No lo haré —repitió.

Tomó el fusil desintegrador, se acomodó la mochila y emprendió nuevamente la marcha. Sus pesadas botas forradas de plomo se hundían en el exuberante follaje.

Pasaban unos minutos de las cuatro cuando los vio. Salieron de la jungla y le rodearon. Dos machos jóvenes, altos, delgados y de un color grisazulado, como la ceniza. Uno levantó la mano a modo de saludo. Seis o siete dedos: articulaciones suplementarias.

—Buenas tardes —dijo, con voz aflautada.

Trent se detuvo al instante. Su corazón se aceleró.

—Buenas tardes.

Los dos jóvenes caminaron sin prisa a su alrededor. Uno llevaba un hacha para cortar el follaje. El otro portaba tan sólo los pantalones y los restos de una camisa de lona. Medirían unos dos metros y medio de altura. Carecían de piel: huesos, ángulos pronunciados, grandes y curiosos ojos, de espesas pestañas. Existían alteraciones internas notables, tales como un metabolismo y una estructura celular muy diferentes, la capacidad de aprovechar las sales fuertes y un sistema digestivo modificado. Ambos miraban a Trent con interés..., creciente interés.

—Vaya —dijo uno—. Es usted un ser humano.

—Exacto —contestó Trent.

—Me llamo Jackson. —El joven extendió su delgada y callosa mano azul, y Trent la estrechó con cierto desagrado—. Mi amigo es Earl Potter.

Trent estrechó también la mano de Potter.

—Encantado —dijo Potter. Frunció sus gruesos labios—. ¿Podemos echar un vistazo a su parafernalia?

—¿Parafernalia?

—El fusil y el equipo. ¿Qué lleva en el cinturón? ¿Y en ese tanque?

—Un transmisor. El tanque está lleno de oxígeno. —Trent les enseñó el transmisor—. Funciona con pilas. Tiene un alcance de ciento cincuenta kilómetros.

—¿Viene de algún campamento? —preguntó en seguida Jackson.

—Sí, de Pennsylvania.

—¿Cuánta gente?

Trent se encogió de hombros.

—Un par de docenas.

Los gigantes de piel azul estaban fascinados.

—¿Cómo han sobrevivido? Penn fue duramente bombardeada, ¿no? Las bolsas radiactivas serán muy profundas.

—Minas —explicó Trent—. Nuestros antepasados se refugiaron en las minas de carbón cuando estalló la guerra. Así consta en los archivos. Nos hemos instalado bastante bien. Cultivamos nuestros alimentos en depósitos. Tenemos algunas máquinas, bombas de agua, compresores y generadores eléctricos; algunos tornos manuales, telares.

Se calló que los generadores tenían que ser operados a mano y que sólo la mitad de los depósitos seguían en funcionamiento. Al cabo de trescientos años, el metal y el plástico se estropeaban, pese a las incesantes reparaciones y remiendos. Todo se estaba viniendo abajo.

—Caramba —dijo Potter—. Esto dejará en ridículo a Dave Hunter.

—¿Dave Hunter?

—Dave dice que no queda ningún humano auténtico —explicó Jackson. Dio un golpecito al casco de Trent, movido por la curiosidad—. ¿Por qué no viene con nosotros? Nuestro poblado está cerca, a una hora de tractor... Nuestro tractor de caza. Earl y yo hemos salido a cazar conejos batientes.

—¿Conejos batientes?

—Conejos voladores. Buena carne, pero difíciles de abatir... Pesan unos diez kilos.

—No los cazarán con hacha, ¿verdad?

Potter y Jackson rieron al unísono.

—Mire esto.

Potter sacó una larga barra metálica de los pantalones, que iba encajada en la pernera.

Trent examinó la barra. Estaba hecha a mano. El metal era liso, y había sido perforado y enderezado con sumo cuidado. Un extremo tenía forma de boquilla. Miró en el interior. En un cuerpo de material transparente estaba alojada una diminuta aguja metálica.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Se maneja con la mano, como una cerbatana, pero en cuanto el dardo sale disparado sigue a su blanco sin descanso. Sólo requiere el empuje inicial. —Potter lanzó una carcajada—. Yo me encargo de ello: una gran bocanada de aire.

—Interesante. —Trent le devolvió la barra. Examinó los dos rostros grisazulados y preguntó, como sin darle importancia—: ¿Soy el primer humano que ven?

—Exacto —contestó Jackson—. El Viejo estará encantado de darle la bienvenida. —Su voz chillona vibraba de ansia—. ¿Qué contesta? Le cuidaremos y alimentaremos con plantas y animales fríos. ¿Qué le parece durante una semana?

—Lo siento, pero tengo un trabajo que hacer. Si vuelvo por el mismo camino...

Los rostros correosos expresaron decepción.

—¿Ni siquiera un momento? ¿No quiere pasar la noche con nosotros? Le atiborraremos de comida fría. El Viejo fabricó un estupendo frigorífico.

Trent palmeó su tanque.

—Me queda poco oxígeno. ¿Tienen algún compresor?

—No, no funciona ninguno, pero tal vez el Viejo podría...

—Lo siento. —Trent se apartó—. Debo continuar mi camino. ¿Están seguros que no hay humanos en esta región?

—Pensábamos que ya no quedaba ninguno. A veces circulaban rumores, pero usted es el primero que vemos. —Potter señaló hacia el oeste—. Hay una tribu de rodadores por ahí. —Después, señaló vagamente hacia el sur—. Un par de tribus de chinches.

—Y algunos corredores.

—¿Los ha visto?

—He venido por ahí.

—Y al norte hay algunos de esos que viven bajo tierra, de esos ciegos que excavan. —Potter hizo una mueca—. No los puedo soportar ni a ellos ni a sus taladros y cangilones. En fin —sonrió—, cada uno lo hace como puede.

—Y hacia el este —añadió Jackson—, donde empieza el océano, hay un montón del tipo marsopa... Los que viven bajo el mar. Nadan. Utilizan aquellas grandes cúpulas de aire y depósitos submarinos. En ocasiones, salen a la superficie por la noche. Muchas variedades salen de noche. Nosotros todavía nos guiamos por la luz del día. —Se frotó su correosa piel grisazulada—. Así eliminamos la radiación.

—Lo sé —dijo Trent—. Hasta la vista.

—Buena suerte.

Le vieron marchar, con sus ojos de espesas pestañas todavía agrandados de estupor. El humano se abrió paso lentamente entre la frondosa jungla verde; su traje de metal y plástico centelleaba bajo la luz de la tarde.

La Tierra bullía de vida y actividad. Plantas, animales e insectos, en abigarrada confusión. Variedades nocturnas, variedades diurnas, especies marinas y terrestres, formas increíbles que jamás habían sido catalogadas, y probablemente nunca lo serían.

Al terminar la guerra, cada centímetro de superficie era radiactivo. Todo un planeta rociado y bombardeado por fuertes radiaciones. Todos los seres vivientes sometidos a los rayos beta y gamma. La mayor parte de la vida murió..., pero no toda. La mutación normal y el proceso de selección se aceleró millones de años en pocos segundos.

Esta progenie alterada se esparció por la Tierra. Una horda reptante, prolífica y resplandeciente de seres saturados de radiación. En ese mundo sólo sobrevivieron las formas que pudieron adaptarse al suelo caliente y a respirar aire cargado de partículas: insectos, animales y hombres capaces de vivir en la superficie de un mundo que era tan viva que brillaba de noche.

Trent reflexionaba sobre ello con tristeza, mientras avanzaba por la húmeda jungla, quemando con pericia plantas trepadoras. La mayor parte de los océanos se había evaporado. El agua anegaba la tierra con torrentes de vapor caliente. Esta selva era húmeda... Húmeda, cálida y llena de vida. A su alrededor, toda clase de animales se escabullían entre la vegetación. Sujetó con fuerza el desintegrador y prosiguió su camino.

El sol se estaba poniendo. Pronto sería de noche. Una cadena de colinas escabrosas se recortó a la luz violeta. Sería un hermoso ocaso..., mezclado con partículas en suspensión, partículas que seguían derivando de la explosión inicial, siglos atrás.

Se detuvo un momento para admirar el paisaje. Había recorrido un largo camino. Estaba cansado..., y descorazonado.

Los gigantes de piel azulada eran una típica tribu mutante. Les llamaban *sapos* a causa de su piel, como los lagartos cornudos del desierto. Gracias a sus órganos internos alterados, adaptados a las plantas y al aire caliente,

Librodot

vivían sin problemas en un mundo en el que él sólo podía sobrevivir con un traje forrado de plomo, un visor polarizado, un tanque de oxígeno y unas píldoras especiales de la comida que cultivaban bajo tierra, en la mina.

La mina... Tenía que llamar de nuevo. Trent alzó el transmisor.

—Trent llamando de nuevo —murmuró.

Se humedeció los secos labios. Estaba hambriento y sediento. Quizá pudiera encontrar un lugar relativamente frío, libre de radiaciones, quitarse el traje durante un cuarto de hora y lavarse, eliminar el sudor y la suciedad.

Llevaba caminando dos semanas, encerrado en un caluroso y pegajoso traje forrado de plomo, como el de un buceador. A su alrededor pululaban incontables formas de vida, sin que las bolsas de radiación letales las afectaran.

—Mina —respondió la tenue voz.

—Estoy agotado. Voy a parar para comer y descansar. Continuaré mañana.

—¿No ha habido suerte?

Enorme decepción.

—No.

Silencio.

—Bien, tal vez mañana.

—Tal vez. Me topé con una tribu de sapos. Unos ejemplares estupendos, de unos dos metros y medio de altura. —Trent hablaba en tono amargo—. Vagan por ahí en camisa y pantalones, descalzos.

El monitor de la mina no mostró excesivo interés.

—Lo sé. Esos fortachones. Bien, duerma un poco y llámeme mañana por la mañana. Hemos recibido un informe de Lawrence.

—¿Dónde está?

—En el oeste, cerca de Ohio. Ha hecho buenos progresos.

—¿Algún resultado?

—Tribus de rodadores, chinches y esa variedad excavadora que sale por las noches... Esas cosas ciegas.

—Gusanos.

—Sí, gusanos. Nada más. ¿Cuándo nos informará de nuevo?

—Mañana —dijo Trent.

Cortó la comunicación y acopló el transmisor al cinturón.

Mañana. Escudriñó las tinieblas que empezaban a ocultar la lejana cadena montañosa. Cinco años. Y siempre, mañana. Era el último de una larga procesión de hombres que habían sido enviados, cargados con preciosos tanques de oxígeno, píldoras alimenticias y una pistola desintegradora. Agotaban las últimas existencias en inútiles incursiones a las selvas.

¿Mañana? Algún mañana, no demasiado lejano, se acabarían los tanques de oxígeno y las píldoras alimenticias. Los compresores y bombas de agua se detendrían por completo. Estropeados sin remedio. La mina quedaría muerta y silenciosa, a menos que establecieran contacto muy pronto.

Se acuclilló y pasó el contador sobre la superficie, en busca de un lugar frío para desvestirse. Se estaba durmiendo.

—Fíjense en él —dijo una voz tenue y remota.

Recobró la conciencia de golpe. Trent hizo un enorme esfuerzo para despejarse y tanteó en busca de su pistola. Había amanecido. Los rayos grises del sol se filtraban entre los árboles. Algunas formas se movían en torno suyo.

El desintegrador..., ¡había desaparecido!

Trent se incorporó, despierto por completo. Las formas eran vagamente humanas..., aunque no mucho. Chinches.

—¿Dónde está mi pistola? —preguntó Trent.

—Tranquilo.

Un chinche avanzó, seguido de los demás. Hacía frío. Trent se estremeció. Se levantó con torpeza y los chinches formaron un círculo en torno suyo.

—Te la devolveremos.

—La quiero ahora.

Estaba helado y rígido. Se colocó el casco y ajustó el cinturón. Temblaba de pies a cabeza. Las hojas y las enredaderas dejaban caer gotas viscosas. La tierra era blanda.

Los chinches deliberaron. Había diez o doce. Seres extraños, más parecidos a insectos que a hombres. Una gruesa capa quitinosa brillante les protegía. Ojos con facetas. Antenas nerviosas y vibrátiles, por medio de los cuales detectaban las radiaciones.

Su protección no era perfecta. Una dosis fuerte y estaban acabados. Sobrevivían gracias a la detección, la evitación y una inmunidad parcial. Comían de manera indirecta; primero digerían pequeños animales de sangre caliente, y después formaban una materia fecal, con menos partículas radiactivas, que ingerían.

—Eres un humano —dijo un chinche.

Su voz era chillona y metálica. Los chinches eran asexuales... Al menos, éstos. Existían otros dos tipos, zánganos machos y una madre. Los que tenía ante él eran guerreros neutros, armados con pistolas y hachas para cortar follaje.

—Exacto —replicó Trent.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vienen más contigo?

—Algunos.

Los chinches volvieron a deliberar. Sus antenas se agitaron. Trent aguardó. La selva cobraba vida. Vio una masa de algo parecido a gelatina que fluía hacia la copa de un árbol y se perdía entre las ramas. En su interior distinguió un mamífero a medio digerir. Algunas mariposas de colores apagados pasaron volando. Las hojas se movían cuando los animales subterráneos huían a toda prisa de la luz.

—Ven con nosotros —dijo un chinche. Indicó a Trent que avanzara—. En marcha.

Trent obedeció a regañadientes. Recorrieron un estrecho sendero, practicado a golpes de hacha recientemente. Los gruesos sensores y sondas de la selva estaban regresando.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Trent.

—A la colina.

—¿Por qué?

—No te preocupes.

Al ver deambular a los brillantes chinches, Trent casi no pudo creer que en otros tiempos hubieran sido seres humanos. Al menos, sus antepasados. A pesar de su increíble fisiología alterada, los chinches eran, mentalmente, muy parecidos a él. Su organización tribal se asemejaba a ciertos sistemas políticos humanos, como el comunismo y el fascismo.

—¿Puedo preguntarles algo? —dijo Trent.

—¿Qué?

—¿Soy el primer humano que ven? ¿Ya no vive ninguno por aquí?

—Ya no.

—¿Han oído hablar de algún núcleo de humanos?

—¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Tú eres el único. —El chinche parecía complacido—. Recibiremos un premio por esto... Por capturarte. Se ofrece una importante recompensa, que nadie había solicitado todavía.

Los humanos también estaban solicitados aquí. Un humano era portador de una *gnosis* valiosa, cabos sueltos de una tradición que los mutantes necesitaban incorporar a sus precarias estructuras sociales. Las civilizaciones mutantes todavía eran poco firmes. Necesitaban contacto con el pasado. Un ser humano era un chamán, un hombre sabio que enseñaba e instruía. Enseñaba a los mutantes cómo había sido la vida, cómo vivían y actuaban sus antepasados, y qué aspecto tenían. Una posesión valiosa para cualquier tribu..., sobre todo si no existían otros humanos en la región.

Trent maldijo, furioso. ¿*Ninguno*? ¿No había más? *Tenía* que haber otros humanos..., en alguna parte. Si en el norte no, en el este. Europa, Asia, Australia. En alguna parte del globo. Humanos provistos de herramientas, máquinas y pertrechos de todo tipo. La mina no podía ser el único núcleo, el último fragmento del hombre verdadero. Curiosidades valiosas..., condenadas cuando los compresores se quemaran y los depósitos de comida se agotaran.

Si la suerte no le sonreía pronto...

Los chinches se detuvieron y escucharon. Sus antenas se retorcieron con suspicacia.

—¿Qué pasa? —preguntó Trent.

—Nada. —Se pusieron a andar de nuevo—. Por un momento...

Un destello. Los chinches que marchaban en cabeza se esfumaron. Un apagado resplandor rodó sobre ellos.

Trent se arrojó al suelo. Se debatió, atrapado entre las enredaderas y los arbustos cubiertos de savia. Los chinches luchaban con fiereza a su alrededor, enzarzados en feroz combate con unos pequeños seres peludos que disparaban rápida y eficazmente con sus armas, y que utilizaban sus macizas patas traseras para patearles y sacarles los ojos.

Corredores.

Los chinches estaban perdiendo. Retrocedieron por el sendero y se dispersaron en la selva. Los corredores les persiguieron saltando sobre sus poderosas patas traseras como canguros. El último chinche se perdió de vista. El ruido desapareció.

—Ya está bien —ordenó un corredor. Jadeó, falto de aliento, y se incorporó—. ¿Dónde está el humano?

Trent se puso en pie poco a poco.

—Aquí.

Los corredores le ayudaron a levantarse. Eran pequeños; no sobrepasaban el metro veinte de estatura. Gordos y redondos, cubiertos de grueso pelaje. Rostros bondadosos y pequeños le observaron con preocupación. Ojos brillantes, narices temblorosas y grandes patas de canguro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno.

Ofreció a Trent su cantimplora de agua.

—Sí, me encuentro bien. —Trent apartó la cantimplora—. Tomaron mi desintegrador.

Los corredores registraron las inmediaciones, pero no lo encontraron.

—Déjenlo. —Trent sacudió la cabeza, haciendo un esfuerzo por serenarse—. ¿Qué ocurrió? Esa luz...

—Una granada. —Los corredores hincharon el pecho, orgullosos—. Tendimos un alambre en el sendero, sujeto al detonador.

—Los chinches controlan casi toda esta zona —explicó otro—. Tenemos que abrirnos paso por la fuerza.

Alrededor de su cuello colgaban unos prismáticos. Los corredores iban armados con escopetas de postas y cuchillos.

—¿De veras es usted un ser humano? —preguntó un corredor—. ¿De la raza original?

—Exacto —murmuró Trent, vacilante.

Los corredores estaban asombrados. Sus ojos brillantes se agrandaron. Tocaron el traje de metal y el visor, el tanque de oxígeno y la mochila. Uno se agachó y recorrió hábilmente con los dedos el circuito del transmisor.

—¿De dónde viene? —preguntó el líder, con su voz profunda y ronroneante—. Es el primer humano que vemos desde hace meses.

Trent se dio la vuelta, casi sin poder respirar.

—¿Meses? Entonces...

—No hay ninguno por aquí. Nosotros somos de Canadá, de la zona de Montreal. Allí hay un poblado humano.

La respiración de Trent se aceleró.

—¿Cuánto se tarda a pie?

—Bueno, nosotros lo hicimos en un par de días, pero caminamos muy de prisa. —El corredor examinó las piernas de Trent, revestidas de metal, con aire de duda—. No lo sé. Usted tardaría bastante más.

Humanos. Un poblado humano.

—¿Cuántos habitantes tiene? ¿Es un poblado muy grande? ¿Tiene muchos adelantos?

—No me acuerdo bien. Sólo lo vi una vez. Es subterráneo... Niveles, células. Cambiamos algunas plantas frías por sal. Fue hace mucho tiempo.

—¿Les va bien? ¿Tienen herramientas, máquinas, compresores, depósitos de alimentos para ir tirando?

El corredor hizo una mueca, indeciso.

—A decir verdad, es posible que ya no sigan allí.

Trent se quedó petrificado. El miedo le atravesó como un cuchillo.

—¿Qué quiere decir?

—Es posible que se hayan ido.

—¿Adónde? —preguntó Trent, desolado—. ¿Qué les ha ocurrido?

—No lo sé —respondió el corredor—. No sé qué les ocurrió. Nadie lo sabe.

Trent se dirigió a toda prisa hacia el norte. La selva dio paso a un bosque de grandes árboles, parecidos a helechos. Hacía mucho frío; el aire era tenue y quebradizo.

Estaba agotado. Sólo quedaba un tubo de oxígeno en el tanque. Después, se vería obligado a abrir el casco. ¿Cuánto tiempo sobreviviría? La primera nube de lluvia derramaría partículas letales que se introducirían en sus pulmones. Y si no, el primer viento fuerte que soplara desde el océano.

Trent se detuvo, falto de aliento. Había llegado a la cumbre de una larga pendiente. La llanura, de un verde oscuro casi pardo, cubierta de árboles, se extendía al pie. Distinguió un resplandor blanquecino en algunos puntos. Ruinas. Una ciudad humana que había existido trescientos años antes.

Nada se movía. Ni la menor señal de vida.

Trent descendió por la pendiente. El bosque que le rodeaba estaba absolutamente silencioso. Una lúgubre opresión flotaba en el ambiente. Ni siquiera percibió el roce de los pequeños animales que habitaban los bosques. Animales, insectos, hombres... Todos habían desaparecido. La mayor parte de los corredores se habían trasladado al sur. Habrían muerto, probablemente. ¿Y los hombres?

Desembocó en las ruinas. En otros tiempos había sido una gran ciudad. Los hombres se habrían refugiado en los refugios antiaéreos, minas y metros. Más tarde, habrían ampliado sus dependencias subterráneas. Durante tres siglos, los hombres (los verdaderos hombres) habrían sobrevivido bajo la superficie vistiendo trajes forrados de plomo cuando salían al exterior, cultivando alimentos en tanques, filtrando el agua, liberando de partículas el aire, protegiendo sus ojos contra el brillo del ardiente sol. Y ahora..., nada en absoluto.

Levantó el transmisor.

—Mina. Aquí Trent.

El transmisor crepitó. Pasó un largo rato antes que respondiera. La voz era tenue, lejana, casi inaudible por culpa de la estática.

—¿Y bien? ¿Les ha encontrado?

—Se han marchado.

—Pero...

—Nada ni nadie. Completamente abandonada. —Trent se sentó sobre un fragmento de hormigón. Se sentía acabado—. Estuvieron aquí hace poco. Las ruinas todavía no están cubiertas. Debieron marcharse en el curso de las últimas semanas.

—No tiene sentido. Mason y Douglas van en camino. Douglas viaja en el tractor. Tardará un par de días en llegar. ¿Cuánto oxígeno le queda?

—Para veinticuatro horas.

—Le diremos que se dé prisa.

—Lamento no poder transmitirles mejores noticias. —La amargura se reflejaba en la voz de Trent—. Después de tantos años... Estuvieron aquí todo ese tiempo, y ahora que por fin les hemos localizado...

—¿Alguna pista? ¿Tiene idea de qué les ocurrió?

—Echaré un vistazo. —Trent se puso en pie con determinación—. Si descubro algo, les informaré.

—Buena suerte. —La tenue voz se confundió con la estática—. Esperaremos.

Trent sujetó el transmisor a su cinturón. Escudriñó el cielo gris. Casi era de noche. El bosque tenía un aspecto sombrío y amenazador. Una fina capa de nieve se estaba formando sobre la vegetación pardusca y la ocultaba. Nieve mezclada con partículas. Polvo letal, que seguía cayendo después de trescientos años.

Conectó el foco del casco. La luz iluminó las hileras de árboles, las columnas de hormigón derruidas, los montones dispersos de escoria oxidada. Trent penetró en las ruinas.

Descubrió las torres e instalaciones en el centro. Grandes pilares mezclados con andamios derrumbados..., todavía brillantes. Túneles excavados desde el subsuelo, como charcos negros. Túneles silenciosos y desérticos. Examinó uno con el foco. El túnel se hundía en las entrañas de la Tierra, pero estaba vacío.

¿Adónde se habían ido? ¿Qué les había pasado? Trent vagó entre las ruinas, desconcertado. Los seres humanos habían vivido, trabajado y sobrevivido aquí. Habían subido a la superficie. Vio los vehículos provistos de taladros, estacionados entre las torres, teñidos de gris por la nieve nocturna. Habían subido, y después..., se habían marchado.

¿*Adónde*?

Se sentó al abrigo de una columna derruida y conectó el calentador. La temperatura del traje aumentó y desprendió un tenue resplandor rojizo. Se sintió mejor. Examinó el contador. La zona estaba caliente. Si quería comer y beber, tendría que seguir adelante.

Trent estaba cansado, demasiado cansado para dar un paso. Continuó sentado, acurrucado en su rincón. La luz del casco dibujó un círculo de nieve gris a su alrededor. Nevaba en silencio. No tardó en quedar cubierto por la nieve, transformado en un bulto grisáceo inmóvil entre las ruinas de hormigón, tan inmóvil y silencioso como las torres y andamios que le rodeaban.

Se adormeció, acunado por el zumbido del calentador. Se levantó viento repentinamente y agitó la nieve, que le azotó. Trent se inclinó un poco más hacia adelante, hasta que su casco de plástico y metal descansó contra el hormigón.

Se despertó hacia medianoche. Se incorporó, sobresaltado. Algo... Un ruido. Escuchó.

Un rugido apagado, a lo lejos.

¿El vehículo de Douglas? No, todavía no... Faltaban un par de días. Se irguió, y el movimiento desprendió la nieve que le cubría. El rugido aumentaba en intensidad. Su corazón se aceleró. Miró a su alrededor, iluminado por el foco del casco.

La tierra tembló y vibró; su tanque de oxígeno casi vacío resonó. Miró al cielo..., y tragó saliva.

Una estela brillante, de un rojo profundo que se intensificaba a cada momento, desgarraba el cielo e inflamaba la oscuridad de la madrugada. La siguió con la mirada, boquiabierto.

Algo descendía..., dispuesto a aterrizar.

Un cohete.

El largo casco de metal centelleaba a la luz del sol. Numerosos hombres se afanaban en cargar suministros y pertrechos. Coches subterráneos subían y bajaban, transportando material desde los niveles subterráneos hasta la nave. Los hombres trabajaban con cuidado y eficacia, protegidos con trajes de plástico y metal, forrados de plomo.

—¿Cuánta gente vive en su mina? —preguntó Norris en voz baja.

—Unas treinta personas. —Los ojos de Trent estaban clavados en la nave—. Treinta y tres, incluyendo las que están fuera.

—¿Fuera?

—Investigando, como yo. Un par vienen en camino. No tardarán en llegar. A última hora de hoy o mañana.

Norris tomó algunas notas en su cuaderno.

—Podemos transportar a quince en este cargamento. Nos llevaremos al resto la próxima vez. ¿Podrán esperar una semana más?

—Sí.

—¿Cómo nos encontró? —Norris le contempló con curiosidad—. Estamos muy lejos de Pennsylvania. Ésta es la última parada. Si hubiera llegado dentro de dos días...

—Unos corredores me enviaron hacia aquí. Dijeron que ustedes se habían ido, pero no sabían adónde.

—Ni nosotros —rió Norris.

—Se llevarán todo este material a alguna parte. La nave es muy vieja, ¿verdad? La han reparado.

—En realidad, era una especie de bomba. La descubrimos y reparamos..., en los ratos libres. No estábamos seguros de lo que queríamos hacer. Todavía no estamos seguros, pero sabemos que queremos irnos.

—¿Quieren irse de la Tierra?

—Por supuesto. —Norris le indicó que avanzara hacia la nave. Subieron por la rampa hasta una escotilla—. Fíjese en lo que están cargando los hombres.

El trabajo casi había terminado. Los últimos vehículos habían empezado a descargar. Libros, discos, cuadros, artefactos... Los restos de una civilización. Una multitud de objetos representativos, alojados en la bodega de la nave para ser transportados lejos de la Tierra.

—¿Adónde? —preguntó Trent.

—De momento, a Marte, pero no pensamos quedarnos allí. Es probable que continuemos hacia las lunas de Júpiter y Saturno. Puede que Ganímedes nos depare alguna sorpresa. Si Ganímedes no, alguna de las otras. Si las cosas empeoran, nos quedaremos en Marte. Es muy seco y yermo, pero no radiactivo.

—¿No hay ninguna posibilidad de recuperar las zonas radiactivas de la Tierra? Si la enfriáramos y neutralizáramos las nubes radiactivas...

—Si lo hiciéramos, ellos morirían —replicó Norris.

—¿Quienes?

—Los rodadores, corredores, gusanos, sapos, chinches y todos los demás. Incontables formas que se han adaptado a *esta* Tierra...., a esta Tierra radiactiva. Estas plantas y animales utilizan los metales radiactivos. En esencia, la nueva base de la vida consiste en asimilar las sales metálicas radiactivas, sales completamente mortales para nosotros.

—Pero aun así...

—Aun así, ya no es nuestro mundo.

—Nosotros somos los verdaderos humanos.

—Ya no. La Tierra está viva, bulle de vida, crece sin control..., en todas direcciones. Nosotros somos una forma, una forma vieja. Para vivir aquí, tendríamos que restaurar las antiguas condiciones, los antiguos factores, el equilibrio de hace trescientos cincuenta años. Una tarea colosal. Si triunfáramos, si purificáramos la Tierra, nada de esto quedaría.

Norris señaló los grandes bosques parduscos y, hacia el sur, el inicio de la frondosa selva que se extendía hasta el Estrecho de Magallanes.

—En cierta forma, es lo que nos merecemos. *Nosotros* provocamos la guerra. *Nosotros* cambiamos la Tierra. No la destruimos... La *cambiamos*. La hicimos tan diferente que ya no podemos vivir en ella.

Norris indicó las filas de hombres cubiertos con cascos. Hombres forrados de plomo, embutidos en pesados trajes protectores, cubiertos con capas de metal y cables, contadores, tanques de oxígeno, escudos, píldoras alimenticias, agua filtrada. Los hombres trabajaban, sudando en el interior de sus gruesos trajes.

—¿Los ve? ¿Qué le recuerda su aspecto?

Un trabajador se acercó, sin aliento. Levantó la visera durante un breve segundo y aspiró rápidamente una bocanada de aire. Volvió a ajustarse el visor con un movimiento nervioso.

—Preparados para partir, señor. Todo está cargado.

—Hemos cambiado de plan —respondió Norris—. Vamos a esperar hasta que lleguen los compañeros de este hombre. Su campamento se está quedando sin recursos. Da lo mismo esperar otro día.

—Muy bien, señor.

El trabajador descendió de nuevo a la superficie. Su pesado traje forrado de plomo, el casco protuberante y los complicados utensilios le dotaban de un aspecto extraño.

—Somos visitantes —dijo Norris.

—¿*Cómo*? —exclamó Trent, sobresaltado.

—Visitantes de un planeta desconocido. Fíjese bien. Trajes y cascos blindados, trajes espaciales..., para explorar. Viajamos en un cohete espacial que ha hecho escala en un mundo alienígena, en el que no podemos sobrevivir. Hemos hecho escala durante un breve período para cargar..., y partir de nuevo.

—Cascos herméticos —dijo Trent, en un tono peculiar.

—Cascos herméticos. Blindaje de plomo. Contadores, agua y comida especiales. Observe.

Un pequeño grupo de corredores se había detenido a escasa distancia y contemplaba con asombro la gran nave reluciente. A la derecha, se veía entre los árboles un poblado de corredores. Cuadrados de cultivos, corrales y cabañas de madera.

—Los nativos —dijo Norris—. Los habitantes del planeta. No les causa ningún problema respirar el aire, beber el agua y comer las verduras. Nosotros no podemos. Éste es su planeta, no el nuestro. Vivirán aquí y fundarán una sociedad.

—Ojalá podamos regresar.

—¿Regresar?

—Para visitarles..., algún día.

Norris sonrió con pesar.

—Yo también lo espero, pero tendremos que pedir permiso a los habitantes; permiso para aterrizar. —Un brillo de diversión alumbró en sus ojos, pero luego se transformó en dolor, una súbita agonía que borraba todo lo demás—. Tendremos que preguntarles si están de acuerdo. Y tal vez digan *no*. Tal vez no nos quieran.

LA MAQUETA

Verne Haskel subió los escalones del porche casi sin fuerzas, arrastrando el abrigo tras él. Estaba cansado. Cansado y desalentado. Y le dolían los pies.

—Dios mío —exclamó Madge, cuando él cerró la puerta y se quitó la chaqueta y el sombrero—. ¿Ya has vuelto?

Haskel dejó caer el maletín y empezó a desanudarse los zapatos, con el cuerpo vencido. Estaba pálido y ojeroso.

—¡Di algo!

—¿Está preparada la cena?

—No, la cena aún no está preparada. ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Te has vuelto a pelear con Larson?

Haskel entró en la cocina dando tumbos y llenó un vaso con agua caliente y soda.

—Vayámonos.

—¿A qué te refieres?

—Lejos de Woodland. A San Francisco, o donde sea. —Haskel bebió su soda, apoyando su decrépito cuerpo en el fregadero—. Me siento fatal. Quizá debería ir a ver al doctor Barnes. Ojalá hoy fuera viernes y mañana sábado.

—¿Qué te apetece para cenar?

—Nada. No lo sé. —Haskel sacudió la cabeza—. Cualquier cosa. —Se desplomó frente a la mesa de la cocina—. Sólo me apetece descansar. Abre una lata de estofado. Lomo y judías. Cualquier cosa.

—Sugiero que vayamos a Don's Steakhouse. Los lunes tienen buenos solomillos.

—No. Ya he visto suficientes caras humanas por hoy.

—Supongo que estás demasiado cansado para llevarme al local de Helen Grant.

—El coche está en el garaje. Estropeado otra vez.

—Si lo cuidaras mejor…

—¿Qué demonios quieres que haga? ¿Envolverlo en una bolsa de celofán?

—¡No me grites, Verne Haskel! —Madge enrojeció de furia—. Tal vez te apetezca prepararte tú mismo la cena.

Haskel se puso en pie con dificultades. Arrastró los pies hacia la puerta del sótano.

—Hasta luego.

—¿Adónde vas?

—Al sótano.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Madge—. ¡Esos trenes! ¡Esos juguetes! ¿Cómo es posible que un hombre mayor, un hombre adulto…?

Haskel no dijo nada. Ya estaba bajando la escalera, tanteando en busca de la luz.

El sótano estaba frío y húmedo. Haskel tomó la gorra de maquinista del gancho y se la encasquetó en la cabeza. Una débil oleada de entusiasmo y renovadas energías recorrieron su cuerpo cansado. Se acercó a la gran mesa de madera terciada con pasos ansiosos.

Por todas partes corrían trenes. Por el suelo, bajo el depósito de carbón, entre las tuberías de vapor de la caldera. Las vías convergían en la mesa, ascendían en rampas cuidadosamente niveladas. La mesa se hallaba abarrotada de transformadores, señales, interruptores y montones de cables y accesorios. Y…

Y la ciudad.

La maqueta de Woodland, minuciosa hasta el último detalle. Cada árbol y casa, cada tienda, edificio, calle y boca de incendio. Una ciudad en miniatura, perfecta. Construida con celoso cuidado a lo largo de muchos años. Ni siquiera recordaba cuántos. Desde que era niño, construía, encolaba y trabajaba al salir del colegio.

Haskel conectó el transformador principal. Las señales luminosas se encendieron a lo largo de la vía. Dotó de energía a la pesada locomotora

Lionel, estacionada con sus vagones de mercancías. La locomotora cobró vida suavemente y se deslizó por la vía, un relampagueante proyectil oscuro que le ponía un nudo en la garganta. Accionó un interruptor eléctrico y la locomotora descendió por la rampa, atravesó un túnel y salió de la mesa. Corrió bajo el banco de trabajo.

Sus trenes. Y su ciudad. Haskel se inclinó sobre las casas y calles en miniatura; su corazón se llenó de orgullo. Él la había construido..., con sus propias manos. Cada centímetro. Cada perfecto centímetro. Toda la ciudad. Tocó la esquina de la tienda de Fred. No faltaba ni un detalle. Los escaparates, las muestras de género, los letreros, los mostradores.

El hotel Uptown. Pasó la mano sobre el tejado. Los sofás y butacas del vestíbulo. Los veía a través de las ventanas.

La farmacia de Green. Almohadillas para juanetes. Revistas. Accesorios Automovilísticos Frazier. Restaurante México City. Sastrería Sharpstein. Licorería Bob. Billares As.

Toda la ciudad. La recorrió con la mano. Él la había construido; la ciudad era suya.

El tren salió a toda velocidad por debajo del banco de trabajo. Sus ruedas pasaron sobre un conmutador automático y un puente levadizo descendió obedientemente. El tren pasó por encima y se alejó, arrastrando los vagones.

Haskel aumentó la potencia. El tren aceleró. Sonó el silbato. Dobló una curva pronunciada y voló sobre un cruce de vías. Más velocidad. Las manos de Haskel saltaron hacia el transformador. El tren avanzó como una flecha. Tomó una curva, oscilando y sacudiéndose. El transformador se hallaba al máximo de potencia. El tren corría sobre las vías como una mancha difusa, atravesando puentes e interruptores, tras las grandes tuberías de la caldera.

Desapareció en el interior del depósito de carbón. Un momento después surgió por el otro lado, oscilando de un lado a otro.

Haskel disminuyó la velocidad del tren. Su pecho se movía al compás de la respiración. Se sentó en el taburete cercano al banco de trabajo y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

El tren y la maqueta le producían una extraña sensación. Le costaba explicarla. Siempre había amado los trenes, las locomotoras, señales y edificios a escala. Desde que era niño, tal vez desde los seis o siete años. Su padre le había regalado el primer tren: una locomotora y algunas vías. Un viejo tren de juguete. A los nueve años le regalaron su primer tren eléctrico. Y dos cambios de vías.

Lo fue ampliando, año tras año. Vías, locomotoras, agujas, vagones, señales. Transformadores más poderosos. Y el principio de la ciudad.

Había construido la ciudad con mucha minuciosidad, pieza a pieza. Primero, cuando asistía a la escuela secundaria inferior, la Estación del Pacífico Sur. Después, la parada de taxis contigua. El bar donde comían los camioneros. La calle Broad.

Y continuó. Más y más. Casas, edificios, tiendas. Una ciudad completa, que crecía bajo sus manos a medida que los años pasaban. Todas las tardes, cuando volvía a casa, trabajaba. Pegaba, cortaba, pintaba y aserraba.

Ahora estaba prácticamente terminada. Casi. Tenía cuarenta y tres años y la ciudad estaba casi terminada.

Haskel se movió alrededor de la gran mesa de madera terciada. Extendió las manos con reverencia. Tocó algunos comercios, la florería, el cine, la compañía telefónica, Suministros Hidráulicos Larson.

Y eso, también. Su centro de trabajo. Una perfecta miniatura de la fábrica, hasta el menor detalle.

Haskel frunció el ceño. Jim Larson. Había trabajado durante veinte años como un esclavo, día tras día. ¿Para qué? Para ver cómo los demás le pasaban por encima. Hombres más jóvenes. Favoritos del jefe. Serviles gusanos con corbatas brillantes, pantalones bien planchados, y amplias y estúpidas sonrisas.

Haskel había acumulado odio y despecho. Woodland le había robado lo mejor de su vida. Nunca había sido feliz. La señora Murphy en la escuela superior. Los compañeros de la fraternidad en la universidad. Los empleados de los pretenciosos almacenes. Sus vecinos. Policías, carteros, conductores de autobús y mensajeros. Incluso su esposa. Incluso Madge.

Nunca se había mezclado con la ciudad, el rico y caro pequeño suburbio de San Francisco, en la parte baja de la península, al otro lado del cinturón de niebla. En Woodland dominaba la maldita clase media alta. Demasiadas mansiones, jardines, coches cromados y tumbonas. Demasiado pomposo y elegante. Hasta donde alcanzaban sus recuerdos. En el colegio. Su trabajo...

Larson. Suministros Hidráulicos. Veinte años de duro trabajo.

Los dedos de Haskel se cerraron sobre el diminuto edificio, la maqueta de Suministros Hidráulicos Larson. La arrancó con furia y la tiró al suelo. La pisoteó; los fragmentos de vidrio, metal y cartón se convirtieron en una masa informe.

Dios, temblaba de pies a cabeza. Miró los restos. Su corazón latía con violencia. Extrañas, locas emociones se retorcían en su interior. Pensamientos que nunca había abrigado. Contempló durante un largo momento el confuso montón, lo que había sido la maqueta de Suministros Hidráulicos Larson.

Se apartó con brusquedad. Como en trance, Haskel volvió a su banco de trabajo y se sentó en el taburete. Reunió sus herramientas y materiales, conectó el taladro eléctrico.

Sólo tardó unos momentos. Haskel construyó una nueva maqueta, trabajando con sus dedos veloces y hábiles. Pintó, enganchó, ensambló piezas. Dibujó las letras de un letrero microscópico y esparció un césped verde.

Después, transportó la maqueta a la mesa y la pegó en el sitio correcto, donde había estado Suministros Hidráulicos Larson. El nuevo edificio brilló bajo la luz del techo, todavía húmedo y reluciente.

FUNERARIA DE WOODLAND

Haskel se frotó las manos en un éxtasis de satisfacción. Suministros Hidráulicos había desaparecido. Él lo había destruido, borrado del mapa, arrancado de la ciudad. Ante él estaba Woodland..., sin Suministros Hidráulicos. En su lugar, una funeraria.

Sus ojos brillaron. Frunció los labios. Sus tormentosas emociones se desataron. Se había desembarazado de aquello con determinación. En un segundo. Todo era muy sencillo... Sorprendentemente sencillo.

Era extraño que no lo hubiera pensado antes.

Madge Haskel se llevó a los labios un vaso alto de cerveza muy fría y dijo:

—A Verne le pasa algo. Lo noté sobre todo anoche, cuando llegó a casa después de trabajar.

El doctor Paul Tyler gruñó, distraído.

—Un tipo muy neurótico. Complejo de inferioridad. Introversión y reserva.

—Pero va de mal en peor. Él y sus trenes. Esos malditos trenes a escala. ¡Santo Dios, Paul! ¿Sabes que tiene toda una ciudad en el sótano?

—¿De veras? —La curiosidad de Tyler se despertó—. No lo sabía.

—La tiene desde que le conozco. La empezó cuando era niño. ¡Imagínate a un hombre adulto jugando con trenes! Es... Es desagradable. Cada noche igual.

—Interesante. —Tyler se acarició el mentón—. ¿Juega con ellos continuamente? ¿Se trata de una pauta invariable?

—Cada noche. Ayer, ni siquiera cenó. Llegó a casa y bajó al sótano directamente.

Paul Tyler frunció el ceño. Madge estaba sentada ante él, bebiendo con languidez su cerveza. Eran las dos de la tarde. El día era caluroso y claro. La sala de estar poseía un atractivo plácido y relajado. De repente, Tyler se levantó.

—Vamos a echar un vistazo a las maquetas. No sabía que había llegado a tales extremos.

—¿De veras quieres verlo? —Madge se subió la manga de la chaqueta del pijama y consultó su reloj—. No llegará a casa hasta las cinco. —Se puso en pie de un salto y posó el vaso sobre la mesa—. Muy bien. Tenemos tiempo.

—Estupendo. Bajemos.

Tyler tomó a Madge por el brazo y ambos corrieron hacia el sótano, embargados por una extraña emoción. Madge encendió la luz del sótano y lo dos se acercaron a la gran mesa de madera terciada, nerviosos y risueños, como niños traviesos.

—¿Lo ves? —dijo Madge, apretando el brazo de Tyler—. Fíjate. Años de trabajo. Toda su vida.

Tyler movió la cabeza lentamente.

—No me extraña. —Su voz denotaba asombro—. Nunca había visto nada parecido. Los detalles... Es increíble.

—Sí, Verne es un experto en bricolaje. —Señaló el banco de trabajo—. No cesa de construir herramientas.

Tyler paseó con parsimonia alrededor de la mesa. Se inclinó y examinó la maqueta.

—Increíble. Todos los edificios. La ciudad completa. ¡Mira! Mi casa.

Señaló su lujoso edificio de apartamentos, situado a escasas manzanas de la residencia de Haskel.

—Me parece que no falta nada —comentó Madge—. ¿Te imaginas a un hombre adulto jugando con trenes a escala?

—Potencia. —Tyler empujó una locomotora por la vía—. Por eso atrae a los chicos. Los trenes son objetos grandes. Enormes y ruidosos. Símbolos de la potencia sexual. El niño ve el tren corriendo por la vía. Es tan inmenso e inhumano que le asusta. Después, le regalan un tren de juguete. Lo controla. Lo obliga a moverse y a parar, a correr y a frenar. Él lo gobierna. El tren responde a sus indicaciones.

Madge se estremeció.

—Subamos. Aquí hace frío.

—Y cuando el niño crece, se hace más grande y fuerte. Entonces, puede abandonar el modelo simbólico y dominar el objeto real, el tren real, conseguir un control auténtico sobre las cosas. Una supremacía efectiva. —Tyler sacudió la cabeza—. No este sustituto. Es poco común que un adulto llegue a estos extremos. —Frunció el ceño—. No me había dado cuenta que hay una funeraria en la calle State.

—¿Una funeraria?

—Y esto: la tienda de animales Steuben, junto a la tienda de reparaciones de radios. Ahí no hay ninguna tienda de animales. —Tyler se devanó los sesos—. ¿Qué *hay* allí, junto a la tienda de reparaciones?

—Pieles de París. —Madge se abrazó el cuerpo—. Brrrrr. Vamos, Paul, subamos antes que me quede tiesa.

Tyler lanzó una carcajada.

—De acuerdo, conejita. —Se dirigió hacia la escalera, con el ceño fruncido—. Me pregunto por qué. Animales Domésticos Steuben. Primera noticia. Todo está tan detallado... Debe conocer la ciudad al dedillo. Poner una tienda que no existe... —Apagó la luz del sótano—. Y la funeraria. ¿Qué hay en ese lugar? ¿No es la...?

—Olvídalo —le interrumpió Madge, corriendo hacia la caldeada sala de estar—. Eres tan malo como él. Los hombres son como niños.

Tyler, enfrascado en sus pensamientos, no respondió. Su tranquila confianza en sí mismo se había esfumado; parecía nervioso y agitado.

Madge bajó las persianas. La sala de estar se sumió en una penumbra ambarina. Se dejó caer en el sofá y atrajo a Tyler a su lado.

—Deja de pensar en eso —ordenó—. Nunca te había visto así. —Le rodeó el cuello con sus esbeltos brazos y acercó los labios a su oreja—. Si llego a saber que ibas a preocuparte tanto por *él*, no te habría permitido entrar.

Tyler gruñó, inquieto.

—¿Por qué me *permitiste* entrar?

Madge aumentó la presión de sus brazos. Su pijama de seda crujió cuando se aplastó contra él.

—Tonto —susurró.

Jim Larson, enorme y pelirrojo, se quedó boquiabierto.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te ocurre?

—Me largo. —Haskel amontonó los objetos de su escritorio en el maletín—. Envíame el cheque a casa.

—Pero...

—Apártate.

Haskel empujó a un lado a Larson y salió al pasillo. Larson estaba petrificado de estupefacción. El rostro de Haskel albergaba una expresión fija; una mirada vidriosa, una mirada decidida que Larson jamás había observado antes.

—¿Te encuentras..., te encuentras bien? —preguntó Larson.

—Claro. —Haskel abrió la puerta principal de la fábrica y desapareció dando un portazo—. Por supuesto que me encuentro bien —murmuró para sí. Se abrió paso entre la multitud de compradores que abarrotaba las calles y frunció los labios—. Puedes estar seguro que me encuentro bien.

—Cuidado, colega —murmuró un trabajador en tono de advertencia cuando Haskel le empujó.

—Lo siento.

Haskel apresuró el paso aferrando su maletín. Se detuvo un momento en lo alto de la colina para recuperar el aliento. Había dejado a sus espaldas Suministros Hidráulicos Larson. Haskel rió de forma estentórea. Veinte años..., borrados en un segundo. Se había terminado. Al infierno Larson. Al infierno la monótona y pesada rutina de cada día. Sin ascensos ni futuro. Rutina y aburrimiento, mes tras mes. Asunto liquidado. Una vida nueva, volver a empezar.

Siguió caminando. El sol se estaba poniendo. No cesaban de pasar coches; ejecutivos que regresaban a sus casas. Mañana volverían al trabajo..., pero él no. Nunca más.

Llegó a su calle. La casa de Ed Tildon, una enorme y majestuosa estructura de hormigón y vidrio, se alzaba ante él. El perro de Tildon se acercó corriendo y le ladró. Haskel pasó de largo. El perro de Tildon. Lanzó una salvaje carcajada.

—¡Será mejor que te largues! —gritó al perro.

Subió los escalones de su casa de dos en dos. Abrió la puerta de un empujón. La sala de estar se hallaba en silencio y a oscuras. Se produjo un repentino movimiento. Formas que se apartaban y ponían en pie a toda prisa.

—¡Verne! —exclamó Madge—. ¿Qué haces en casa tan pronto?

Verne Haskel dejó caer el maletín y tiró el sombrero y el abrigo sobre una silla. Su rostro arrugado estaba deformado por violentas tensiones internas.

—¿Qué demonios...? —Madge corrió hacia él, presa de los nervios, alisándose el pijama—. ¿Ha pasado algo? No te esperaba tan... —Enmudeció, ruborizada—. Quiero decir que...

Paul Tyler avanzó con aire despreocupado hacia Haskel.

—Hola, Verne —murmuró, violento—. Pasaba por aquí y entré para saludarles y devolver un libro a tu mujer.

—Buenas tardes —replicó Haskel cortésmente. Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta del sótano, sin hacer caso de ambos—. Estaré abajo.

—¡Pero Verne! —protestó Madge—. ¿Qué ha pasado?

Verne se detuvo un momento en la puerta.

—He dejado mi trabajo.

—¿*Qué*?

—He dejado mi trabajo. He terminado con Larson. Se acabó.

La puerta del sótano se cerró con estrépito.

—¡Santo Dios! —chilló Madge, aferrando a Tyler con todas sus fuerzas—. ¡Ha perdido el juicio!

Verne Haskel encendió la luz del sótano de un manotazo, impaciente. Se encasquetó la gorra de maquinista y acercó el taburete a la gran mesa de madera terciada.

Y ahora, ¿qué?

Muebles Morris. Una tienda enorme y elegante, en la que todos los empleados le miraban por encima del hombro.

Se frotó las manos, regocijado. Al infierno con ellos. Al infierno los estirados empleados, que enarcaban las cejas cuando le veían entrar. Todo cabello, corbatas de lazo y pañuelos doblados.

Quitó la maqueta de Muebles Morris y la desmontó. Trabajaba con prisa frenética, febril. Ahora que por fin había puesto manos a la obra, no quería

perder tiempo. Un momento después estaba pegando dos pequeños edificios en lugar del anterior: Limpiabotas Ritz, La Bolera de Pete.

Haskel lanzó una risita, excitado. Una muerte merecida para la lujosa y exclusiva tienda de muebles. Un puesto de limpiabotas y una bolera. Justo lo que merecía.

El Banco Estatal de California. Siempre había odiado el banco. En cierta ocasión le habían negado un préstamo. Lo arrancó.

La mansión de Ed Tildon. Su maldito perro. El perro le había mordido en el tobillo una tarde. Desmontó la maqueta. La cabeza le daba vueltas. Podía hacer lo que le viniera en gana.

Electrodomésticos Harrison. Le habían vendido una radio averiada. Al infierno Electrodomésticos Harrison.

Artículos de Fumador Joe. El dueño le había dado una moneda de 25 centavos falsa en mayo de 1949. Al infierno con él.

La fábrica de tinta. Detestaba el olor a tinta. Lo mejor sería sustituirla por un horno de pan. Le encantaba hornear pan. Al infierno la fábrica de tinta.

La calle Elm estaba demasiado oscura por las noches. Había tropezado un par de veces. Necesitaba más farolas.

No había bastantes bares en la calle High. Demasiadas boutiques, sombrererías caras, peleterías y tiendas para mujeres. Las desprendió de un solo manotazo y las depositó sobre el banco de trabajo.

La puerta del sótano se abrió poco a poco. Madge se asomó, pálida y asustada.

—¿Verne?

Haskel la miró con el ceño fruncido, impaciente.

—¿Qué quieres?

Madge bajó, vacilante, seguida por el doctor Tyler, apuesto y elegante en su traje gris.

—Verne... ¿Todo va bien?

—Por supuesto.

—¿De veras..., de veras has dejado tu trabajo?

Haskel asintió con la cabeza. Empezó a desmontar la fábrica de tinta, sin hacer caso de su mujer ni del doctor Tyler.

—Pero, ¿*por qué*?

—No tengo tiempo —gruñó Haskel, impaciente.

El doctor Tyler empezó a mostrarse preocupado.

—¿Debo entender que estás demasiado ocupado para ir a trabajar?

—Exacto.

—¿Demasiado ocupado en *qué*? —El doctor Tyler alzó la voz. Temblaba de nerviosismo—. ¿Trabajando en tu ciudad de aquí abajo, cambiando cosas?

—Lárgate —murmuró Haskel.

Sus diestras manos estaban montando un pequeño y encantador horno de pan Langendorf. Le dio forma con cariño, lo pulverizó con pintura blanca y dispuso en la parte delantera un sendero de grava y algunos arbustos. Lo dejó a un lado y se dedicó a construir un parque. Un gran parque verde. Woodland siempre había necesitado un parque. Sustituiría el hotel de la calle State.

Tyler apartó a Madge de la mesa y le indicó que se quedara en un rincón del sótano.

—Santo Dios.

Encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. El cigarrillo resbaló de sus manos y rodó por el suelo. Sin hacer caso, encendió otro.

—¿Lo ves? ¿Ves lo que está haciendo?

Madge sacudió la cabeza, casi incapaz de hablar.

—¿Qué es? Yo no...

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en esto? ¿Toda su vida?

—Sí, toda su vida —corroboró Madge, pálida.

—Dios mío, Madge. —Tyler tenía el rostro descompuesto—. Es suficiente para volverte loca. Apenas puedo creerlo. Debemos hacer algo.

—¿Qué está pasando? —gimió Madge—. ¿Qué...?

—Se está hundiendo cada vez más en su propia obsesión.

Una máscara de incrédulo asombro cubría el rostro de Tyler.

—Siempre ha bajado aquí —vaciló Madge—. No es nada nuevo. Siempre ha querido huir.

—Sí, huir.

Tyler se estremeció, cerró los puños y se serenó. Cruzó el sótano y se aproximó a Verne Haskel.

—¿Qué quieres? —murmuró Haskel al advertir su presencia.

Tyler se humedeció los labios.

—Estás añadiendo algunas cosas, ¿verdad? Nuevos edificios.

Haskel asintió con la cabeza.

Tyler tocó el pequeño horno de pan con dedos temblorosos.

—¿Qué es esto? ¿Un horno de pan? ¿Dónde está situado? —Caminó alrededor de la mesa—. No recuerdo que Woodland tenga un horno de pan. —Giró sobre sus talones—. ¿No estarás, por casualidad, *mejorando* la ciudad, haciendo algunos cambios?

—Largo de aquí —dijo Haskel, con amenazadora calma—. Los dos.

—¡Verne! —graznó Madge.

—Tengo muchas cosas que hacer. Bájame unos bocadillos hacia las once. Espero terminar esta noche.

—¿Terminar? —preguntó Tyler.

—Terminar —contestó Haskel, volviendo a su trabajo.

—Vamos, Madge. —Tyler la tomó por el brazo y la arrastró hacia la escalera—. Salgamos de aquí. —Pasó delante de ella, subió la escalera y salió al vestíbulo—. ¡Vamos!

En cuanto Madge llegó arriba, cerró la puerta a sus espaldas.

Madge se frotó los ojos histéricamente.

—¡Se ha vuelto loco, Paul! ¿Qué vamos a hacer?

Tyler estaba abismado en sus pensamientos.

—Tranquilízate. Debo pensarlo bien. —Paseó de un lado a otro, con el ceño fruncido—. Ocurrirá pronto. A esta velocidad, no tardará mucho. En cualquier momento de esta noche.

—¿*Qué*? ¿A qué te refieres?

—Su retirada a ese mundo substituto. El modelo mejorado que se halla bajo su control, al que puede escapar.

—¿No podemos hacer nada?

—¿Hacer? —Tyler sonrió levemente—. ¿Queremos hacer algo?

Madge tragó saliva.

—Pero no podemos...

—Tal vez esto solucione nuestro problema. Tal vez sea lo que buscábamos. —Tyler miró a la señora Haskel con aire pensativo—. Tal vez sea lo ideal.

Librodot

Eran casi las dos de la madrugada cuando Haskel hizo los toques finales. Estaba cansado..., pero bien despierto. Los acontecimientos se precipitaban. El trabajo estaba casi terminado.

Prácticamente perfecto.

Dejó de trabajar un momento para inspeccionar sus logros. La ciudad había experimentado un cambio radical. A las diez había iniciado alteraciones en la estructura básica del trazado de las calles. Había eliminado la mayoría de los edificios públicos, la zona para peatones y el distrito comercial en plena expansión que lo rodeaba.

Había erigido un ayuntamiento y una comisaría de policía nuevos, así como un inmenso parque con fuentes y luces indirectas. Había despejado los barrios bajos, las antiguas tiendas en decadencia, las casas y las calles. Las calles eran más amplias y estaban mejor iluminadas. Las casas eran pequeñas y limpias. Las tiendas, modernas y atractivas..., sin llegar a ser ostentosas.

Había quitado todos los letreros publicitarios y la mayoría de las gasolineras. Había sustituido la inmensa zona destinada a las fábricas por una ondulada campiña: árboles, colinas y hierba verde.

El barrio de los ricos también había sido alterado. Sólo quedaban algunas mansiones, las pertenecientes a personas que le caían bien. Las restantes habían sido reducidas a viviendas idénticas de dos habitaciones, una planta y un único garaje.

El ayuntamiento de la ciudad ya no era un edificio rococó y recargado, sino una estructura baja y sencilla, a imitación del Partenón, uno de sus favoritos.

Había unas diez o doce personas que le habían perjudicado de forma especial. Había alterado sus casas considerablemente. Les había concedido unos apartamentos del tiempo de la guerra, seis por edificio, en el extremo más alejado de la ciudad, donde el viento soplaba desde la bahía y transportaba el hedor de las marismas.

La casa de Jim Larson había desaparecido por completo. Había borrado del mapa a Larson. En esta nueva Woodland, casi terminada, ya no existía.

Casi terminada. Haskel examinó su obra con suma atención. Todos los cambios debían efectuarse *ahora*. Era el momento de la creación. Luego, cuando hubiera acabado, ya no podría alterarse. Tenía que realizar ahora todos los cambios necesarios..., o bien olvidarlos.

La nueva Woodland tenía un aspecto excelente. Limpia, pulcra..., y sencilla. El distrito rico había sido rebajado de tono. El distrito pobre, por el contrario, había experimentado mejoras. Todos los letreros, enseñas y anuncios luminosos habían sido cambiados o eliminados. El centro comercial era más pequeño. Parques y campos sustituían a las fábricas. La zona para peatones era encantadora.

Añadió un par de parques infantiles para los niños pequeños. Un cine de escasa capacidad en lugar del enorme Uptown, con su letrero de neón. Después de algunas reflexiones, eliminó la mayoría de bares que había construido. La nueva Woodland iba a ser de una moralidad a toda prueba. Pocos bares, y nada de billares o barrios de prostitutas. Y una cárcel a la medida de los indeseables.

Lo más costoso había sido dibujar las letras microscópicas de la puerta principal del ayuntamiento. Lo dejó para el final. Pintó las letras con agonizante minuciosidad:

ALCALDE
VERNON R. HASKEL

Hizo algunos cambios de última hora. Adjudicó a los Edwards un Plymouth de 1939, en lugar del nuevo Cadillac. Añadió más árboles al centro. Un nuevo parque de bomberos. Una boutique menos. Nunca le habían gustado los taxis. Llevado por un impulso, quitó la parada de taxis y puso una florería.

Haskel se frotó las manos. ¿Algo más? Tal vez estaba completa... Perfecta... Examinó cada pieza con la mayor atención. ¿Habría pasado algo por alto?

La escuela superior. La quitó y puso dos más pequeñas, una en cada extremo de la ciudad. Otro hospital. Tardó casi media hora. Empezaba a sentirse cansado. Sus manos actuaban con menor velocidad. Se frotó la frente tembloroso. ¿Algo más? Se sentó en el taburete para descansar y pensar.

Todo terminado. Completo. Le embargó una inmensa alegría. Un grito de felicidad bailaba en la punta de su lengua. Su obra estaba acabada.

—¡He terminado! —chilló Verne Haskel.

Se puso en pie, tambaleante. Cerró los ojos, extendió los brazos y avanzó hacia la mesa de madera terciada. Haskel se dirigió hacia ella con dedos ansiosos. Su rostro arrugado y avejentado transparentaba una radiante exaltación.

Tyler y Madge oyeron el grito, un lejano estruendo que recorrió la casa de un extremo a otro. Madge se encogió visiblemente aterrorizada.

—¿Qué ha sido eso?

Tyler escuchó con atención. Oyó que Haskel se movía en el sótano. Apagó el cigarrillo bruscamente.

—Creo que ya ha sucedido. Antes de lo que yo esperaba...

—¿Te refieres a que...?

Tyler se puso en pie de un salto.

—Se ha ido, Madge. A su otro mundo. Por fin somos libres.

Madge le tomó por el brazo.

—Quizá nos equivoquemos. Esto es terrible. ¿No deberíamos... hacer algo? Sacarle de ahí... Intentar devolverle a la realidad.

—¿Devolverle a la realidad? —Tyler lanzó una carcajada nerviosa—. Creo que ya es imposible, aunque quisiéramos. Es demasiado tarde. —Corrió hacia la puerta del sótano.

—Es horrible. —Madge se estremeció y le siguió a regañadientes—. Ojalá no nos hubiéramos involucrado.

Tyler se detuvo un momento en la puerta.

—¿Horrible? Ahora es más feliz, donde se encuentre. Y tú también. Nadie lo era antes. Es lo mejor que podía pasar.

Abrió la puerta del sótano. Madge le siguió. Bajaron la escalera con cautela y penetraron en el oscuro y silencioso sótano de paredes húmedas.

El sótano estaba desierto.

Tyler se relajó. Una mezcla de alivio y estupor se apoderó de él.

—Se ha ido. Todo va bien. Ha salido a pedir de boca.

—No lo entiendo —repitió Madge, desesperada, mientras el Buick de Tyler recorría las oscuras calles vacías—. ¿Adónde ha ido?

—Ya sabes adónde —respondió Tyler—. A su mundo substituto, por supuesto. —Tomó una curva sobre dos ruedas—. El resto será muy sencillo. Unos trámites de rutina. Ya no queda mucho por hacer.

La noche era lóbrega y fría, apenas iluminada por alguna farola ocasional. Un tren emitió a lo lejos un fúnebre silbido. Filas de casas silenciosas pasaban a ambos lados del coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Madge.

Estaba recostada contra la puerta, pálida de terror. Temblaba como una hoja.

—A la comisaría de policía.

—¿Para qué?

—Para informar que ha desaparecido, por supuesto. Tendremos que esperar varios años antes que le declaren legalmente muerto. —Tyler alargó el brazo y la acarició un momento—. Mientras tanto, nos las arreglaremos, estoy seguro.

—¿Y si... le encuentran?

Tyler sacudió la cabeza, irritado. Los nervios aún no le habían abandonado.

—¿Es que no lo entiendes? Nunca le encontrarán: no existe. En nuestro mundo no, al menos. Se encuentra en el suyo. Tú lo viste. En la maqueta, el substituto mejorado.

—¿Está allí?

—Se ha pasado toda la vida trabajando en la maqueta, construyéndola, transformándola en algo real. Él logró que ese mundo cobrara existencia..., y ahora está en él. Es lo que deseaba. Por eso lo construyó. No se limitó a soñar con un mundo de fantasía. Lo construyó..., pieza a pieza, fragmento a fragmento. Ahora, se ha desplazado de nuestro mundo al suyo. Ha salido de nuestras vidas.

Madge empezó a comprender.

—Por lo tanto, *fue absorbido* literalmente por ese mundo alternativo. A eso te referías cuando dijiste que quería... huir.

—Tardé un poco en darme cuenta. La mente construye la realidad. La moldea. La crea. Todos compartimos una realidad, un sueño, pero Haskel volvió la espalda a nuestra realidad común y creó una propia. Y poseía una capacidad única, extraordinaria. Dedicó toda su vida y toda su habilidad a construirla. Ahora se encuentra en ella.

Tyler vaciló y frunció el ceño. Aferró el volante con determinación y aceleró. El Buick corrió como una flecha por la oscura calle, atravesando la negrura silenciosa e inmóvil que era la ciudad.

—Hay algo que todavía no entiendo —prosiguió.

—¿Qué es?

—La maqueta. También ha desaparecido. Supuse que él se había... encogido, por así decirlo. Se había fundido con ella. Pero la maqueta también ha desaparecido. —Tyler se encogió de hombros—. Da igual. —Escudriñó la oscuridad—. Casi hemos llegado. Ésa es la calle Elm.

Fue entonces cuando Madge chilló.

—¡Mira!

Librodot

A la derecha del vehículo se veía un pequeño y pulcro edificio. Y un letrero. El letrero podía leerse con toda facilidad en la penumbra.

FUNERARIA DE WOODLAND

Madge sollozó horrorizada. El coche saltó hacia adelante, guiado automáticamente por las manos entumecidas de Tyler. Mientras pasaban frente al ayuntamiento, otro letrero destelló durante unos segundos.

TIENDA DE MASCOTAS STEUBEN

El ayuntamiento estaba bañado por luces ocultas en algunos huecos. Se trataba de un edificio bajo y sencillo, un cuadrado blanco y resplandeciente. Como un templo de mármol griego.

Tyler frenó el coche, gritó y encendió de nuevo el motor. Pero no con bastante rapidez.

Los dos relucientes coches negros de la policía flanquearon en silencio el Buick, uno a cada lado. Los cuatro severos policías ya tenían las manos en la puerta. Descendieron y avanzaron hacia él, sombríos y eficientes.

UN RECUERDO

—Allá vamos, señor —dijo el robot.

Las palabras desconcertaron a Rogers, que levantó la vista al instante. Enderezó el cuerpo y ajustó el cinturón de seguridad en el interior de su chaqueta cuando la nave burbuja empezó a descender, veloz y silenciosamente, hacia la superficie del planeta.

Éste era el Mundo de Williamson, pensó con el corazón encogido. El legendario planeta perdido..., y descubierto después de tres siglos. Por accidente, desde luego. Este planeta azul y verde, el santo grial del Sistema Galáctico, había sido localizado de una manera casi milagrosa por una expedición cartográfica de rutina.

Frank Williamson había sido el primer terrícola que inventó la propulsión adecuada para viajar al espacio, el primero que abandonó el Sistema Solar y voló hacia el universo que se extendía más allá. Nunca regresó. Él, su mundo, su colonia, jamás fueron encontrados. Surgieron incontables rumores, pistas y leyendas falsas..., y nada más.

—Recibido permiso de aterrizaje.

El piloto robot aumentó el volumen del altavoz y prestó atención.

—Pista preparada —dijo una voz fantasmal—. Recuerde que su mecanismo de propulsión es desconocido para nosotros. ¿Cuánta necesita? Hemos levantado los muros de frenado.

Rogers sonrió. Oyó como el piloto les decía que no necesitaban ninguna. Con aquella nave no. Podían bajar los muros de frenado sin el menor problema.

¡Trescientos años! Habían tardado mucho en encontrar el Mundo de Williamson. Muchas autoridades habían desistido. Algunas creían que jamás había tomado tierra, que había muerto en el espacio. Tal vez *no* existía el

Mundo de Williamson. No contaban con pistas reales, desde luego, nada tangible en que apoyarse. Frank Williamson y tres familias habían desaparecido sin dejar rastro en el vacío insondable. Nunca se volvió a saber nada de ellos.

Hasta ahora...

El joven le recibió en la pista. Era delgado y pelirrojo, y vestía un pintoresco traje de un material brillante.

—¿Es usted de la Coordinadora Central Galáctica? —preguntó.

—Exacto —respondió Rogers secamente—. Soy Edward Rogers.

El joven extendió la mano, y Rogers se la estrechó, algo desconcertado.

—Me llamo Williamson —dijo el joven—, Gene Williamson.

El apellido martilleó en los oídos de Rogers.

—¿Es usted...?

El joven asintió, con aire enigmático.

—Soy su tataratataranieto. Su tumba está aquí. Si quiere, puede verla.

—Casi esperaba encontrarle en persona. Él es..., bueno, una figura casi divina para nosotros. El primer hombre que salió del Sistema Solar.

—También significa mucho para nosotros —dijo el joven—. Él nos trajo aquí. Exploró durante mucho tiempo antes de encontrar un planeta habitable. —Williamson indicó con un ademán la ciudad que se extendía al otro lado de la pista—. Éste reunía las condiciones necesarias. Es el décimo planeta del sistema.

La mirada de Rogers brillaba. El Mundo de Williamson. Bajo sus pies. Pisó el suelo con firmeza cuando bajó por la rampa y se alejó de la pista. ¿Cuántos hombres de la galaxia habían soñado con bajar por una rampa de aterrizaje y poner pie en el Mundo de Williamson, acompañados de un joven descendiente de Frank Williamson?

—Todo el mundo querrá venir —dijo Williamson, como si adivinara sus pensamientos—. Para arrojar basura, pisotear las flores y llevarse a su casa un puñado de tierra. —Lanzó una carcajada nerviosa—. La Coordinadora les controlará, desde luego.

—Desde luego —le tranquilizó Rogers.

Rogers se detuvo en seco al pie de la rampa. Por primera vez veía la ciudad.

—¿Qué pasa? —preguntó Gene Williamson, algo divertido.

Se habían quedado al margen de todo, claro. Aislados... Por tanto, no era tan sorprendente. El que no vivieran en cuevas y comieran carne cruda era un portento. Pero Williamson siempre había simbolizado el progreso, el desarrollo. Había sido un hombre *adelantado* a los demás.

Su propulsión espacial era primitiva si se comparaba con los criterios modernos, por descontado; una curiosidad. Sin embargo, el concepto no se había alterado: Williamson, el pionero, el inventor. El hombre que la había construido.

No obstante, la ciudad era un simple pueblo, compuesto por una docenas de casas, algunos edificios públicos y complejos industriales en la periferia. Más allá de la ciudad se extendían campos verdes, colinas y amplias praderas. Algunos vehículos de superficie se arrastraban perezosamente por las estrechas calles, y la mayoría de los ciudadanos se desplazaban a pie. Parecía un increíble anacronismo, arrancado del pasado.

—Estoy acostumbrado a la civilización galáctica uniforme —dijo Rogers—. La Coordinadora mantiene invariables los niveles tecnocrático e ideológico. Es difícil amoldarse a un estadio social tan radicalmente diferente. De todas formas, ustedes han permanecido aislados.

—¿Aislados? —se extrañó Williamson.

—De la Coordinadora. Se han visto obligados a evolucionar sin ayuda.

Un vehículo de superficie frenó ante ellos. El conductor abrió la puerta manualmente.

—Ahora que he recordado estos factores, me acomodaré —le aseguró Rogers.

—Al contrario —repuso Williamson, entrando en el vehículo—. Hace más de un siglo que recibimos directrices de la Coordinadora.

Indicó a Rogers que tomara asiento a su lado.

—No lo entiendo. —Rogers estaba asombrado—. ¿Quiere decir que han establecido contacto con la Coordinadora y no han tratado de...?

—Recibimos sus directrices —dijo Gene Williamson—, pero nuestros ciudadanos no están interesados en utilizarlas.

El vehículo de superficie corrió por la autopista y pasó junto a la falda de una inmensa colina roja. No tardaron en dejar la ciudad a sus espaldas; un débil resplandor reflejaba los rayos del sol. Arbustos y plantas bordeaban la autopista. La parte escarpada del acantilado se alzaba hacia el cielo, como una enorme muralla de piedra arenisca roja, mellada y virgen.

—Hermosa noche —comentó Williamson.

Rogers asintió con la cabeza, aturdido.

Williamson bajó la ventanilla. El aire frío se introdujo en el coche, acompañado de unos insectos parecidos a mosquitos. A lo lejos, dos diminutas figuras araban un campo: un hombre y un gigantesco animal.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Rogers.

—Pronto. La mayoría vivimos lejos de las ciudades. Vivimos en el campo, en granjas aisladas autosuficientes, siguiendo el modelo de los feudos medievales.

—Por tanto, su nivel de subsistencia es de lo más rudimentario. ¿Cuánta gente vive en cada granja?

—Unas cien personas, entre hombres y mujeres.

—Cien personas no pueden realizar tareas más complejas que tejer, teñir y prensar papel.

—Contamos con complejos industriales especiales, sistemas de manufactura. Este vehículo es un buen ejemplo de nuestra producción. Tenemos comunicaciones, alcantarillados y servicios médicos. Nuestros adelantos tecnológicos son iguales a los de la Tierra.

—La Tierra del siglo veintiuno —protestó Rogers—, pero eso fue hace trescientos años. Ustedes mantienen a propósito una civilización arcaica, a pesar de las directrices de la Coordinadora. No tiene sentido.

—Tal vez lo preferimos así.

—Pero no tienen derecho a preferir un estadio cultural inferior. Cada civilización ha de adaptarse al rumbo general. La Coordinadora se encarga de uniformizar el desarrollo. Integra los factores válidos y rechaza el resto.

Se estaban acercando a la granja, el «feudo» de Gene Williamson. Consistía en unos pocos edificios sencillos, arracimados en un valle, a un lado de la autopista, rodeados de campos y pastos. El vehículo de superficie se desvió por una carretera lateral angosta y descendió con precaución,

Librodot

curva tras curva, hacia el fondo del valle. Oscurecía. El aire frío penetraba en el coche, y el conductor encendió los faros delanteros.

—¿No tienen robots? —preguntó Rogers.

—No. Todos hacemos el trabajo que nos corresponde.

—Ha establecido una distinción puramente arbitraria —señaló Rogers—. Un robot es una máquina. Ustedes no prescinden de las máquinas. Este coche es una máquina.

—Cierto —reconoció Williamson.

—La máquina es una herramienta desarrollada —prosiguió Rogers—. El hacha es una máquina sencilla. Un palo se transforma en una herramienta, o sea, una máquina sencilla, en manos de un hombre que busca algo. Una máquina no es más que una herramienta compuesta de múltiples elementos, que aumenta el porcentaje de su capacidad. El hombre es el animal que fabrica herramientas. La historia del hombre es la historia de las herramientas que se convierten en máquinas, elementos funcionales más grandes y eficaces. Si rechazan las máquinas, rechazan el instrumento esencial del hombre.

—Ya hemos llegado —dijo Williamson.

El vehículo frenó y el conductor les abrió las puertas.

Tres o cuatro edificios de madera enormes se erguían en la oscuridad. Algunas formas borrosas, formas humanas, se movían de un lado a otro.

—La cena está preparada —indicó Williamson, olfateando el aire—. Ya la huelo.

Entraron en el edificio principal. Varios hombres y mujeres estaban sentados a una larga y tosca mesa. Tenían ante ellos bandejas y platos. Estaban esperando a Williamson.

—Éste es Edward Rogers —anunció Williamson.

Los comensales examinaron a Rogers con curiosidad, y después se concentraron de nuevo en la comida.

—Siéntese a mi lado —le apremió una chica de ojos oscuros.

Le hicieron un sitio cerca del extremo de la mesa. Rogers se encaminó hacia el lugar indicado, pero Williamson se lo impidió.

—Allí no. Usted es *mi* invitado. Debe sentarse conmigo.

La chica y sus acompañantes rieron. Rogers, desconcertado, se sentó junto a Williamson. El banco era tosco e incómodo. Examinó una copa de madera hecha a mano. La comida estaba amontonada en enormes cuencos de madera. Había estofado, ensalada y grandes hogazas de pan.

—Es como si hubiéramos vuelto al siglo catorce —dijo Rogers.

—Sí —convino Williamson—. La vida feudal se remonta a la era romana y al mundo clásico. Los galos, los bretones...

—Esta gente, ¿es...?

Williamson asintió con la cabeza.

—Mi familia. Estamos divididos en pequeñas unidades, siguiendo el patrón patriarcal tradicional. Soy el varón de mayor edad y cabeza de familia.

La gente engullía la comida con rapidez: carne guisada y verduras. Se ayudaban con rebanadas de pan cubierto de mantequilla y bebían leche. La estancia estaba iluminada con luces fluorescentes.

—Increíble —murmuró Rogers—. Todavía utilizan energía eléctrica.

—Oh, sí. Hay muchas cascadas en este planeta. El vehículo era eléctrico, alimentado con baterías.

—¿Por qué no hay ancianos?

Rogers vio a varias mujeres de avanzada edad, pero Williamson era el hombre más viejo, y no sobrepasaría los treinta años.

—Los combates —replicó Williamson, con un gesto expresivo.

—¿Combates?

—Las guerras de clanes entre familias constituyen una parte muy importe de nuestra cultura. —Williamson indicó con un gesto de la cabeza la larga mesa—. No vivimos mucho.

—¿Guerras de clanes? Pero...

Rogers estaba asombrado.

—Tenemos pendones y emblemas..., como las antiguas tribus escocesas.

Tocó una cinta brillante que llevaba en la manga. Representaba a un pájaro.

—Cada familia tiene sus propios colores y emblemas, y luchamos por ellos. La familia Williamson ya no controla este planeta. Ya no existe un gobierno central. Los asuntos de gran importancia los solventamos mediante un plebiscito; todos los clanes votan. Cada familia del planeta cuenta con un voto.

—Como los indios norteamericanos.

Williamson asintió.

—Un sistema tribal. Con el tiempo, supongo que llegaremos a constituir tribus diferentes. Todavía conservamos un idioma común, pero nos estamos desmembrando..., descentralizando. Además, cada familia tiene sus costumbres y reglas.

—¿Por qué luchan? —preguntó Rogers.

Williamson se encogió de hombros.

—Cosas importantes, como tierras y mujeres. Algunas son de tipo imaginario. El prestigio, por ejemplo. Cuando la causa es el honor, celebramos un combate oficial público semestral. Participa un hombre de cada familia. El mejor guerrero y sus armas.

—Como las justas medievales.

—Somos una amalgama de todas las tradiciones. La tradición humana en conjunto.

—¿Posee cada familia una deidad diferente?

—No —rió Williamson—. Sostenemos en común un vago animismo, un sentido de la vitalidad positiva general del proceso universal. —Alzó una hogaza de pan—. Damos las gracias por todo esto.

—Que ustedes mismos cultivan.

—En un planeta destinado a nosotros. —Williamson comió el pan con aire pensativo—. Los viejos informes dicen que la nave estaba casi acabada. El carburante se había agotado; un desierto muerto y árido tras otro. De no topar con este planeta, toda la expedición habría perecido.

—¿Un puro? —preguntó Williamson, en cuanto se llevaron los cuencos vacíos.

—Gracias.

Rogers aceptó el puro a regañadientes. Williamson encendió el suyo y se recostó contra el muro.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó, al cabo de unos instantes.

—No mucho —respondió Rogers.

—Le hemos preparado una cama —dijo Williamson—. Nos acostamos pronto, pero habrá un poco de baile, canciones y teatro. Dedicamos mucho tiempo a la interpretación y a la puesta en escena de obras dramáticas.

—¿Ponen énfasis en la liberación psicológica?

—Nos encanta fabricar y hacer cosas, si se refiere a eso.

Rogers miró a su alrededor. Las paredes estaban cubiertas de murales, pintados sobre la tosca madera.

—Me da la impresión que extraen sus colores de la arcilla y las bayas, ¿no es cierto? —preguntó.

—No del todo —replicó Williamson—. Tenemos una gran industria de pigmentos. Mañana le enseñaré el horno en el que cocemos nuestros productos. Algunas de nuestras mejoras obras se han realizado mediante la manipulación de telas y cedazo.

—Interesante. Una sociedad descentralizada que retrocede poco a poco hacia el tribalismo primitivo. Una sociedad que rechaza voluntariamente los productos tecnocráticos y culturales avanzados de la galaxia, que rehusa de una forma deliberada el contacto con el resto de la Humanidad.

—Sólo con la sociedad uniforme controlada por la Coordinadora —insistió Williamson.

—¿Sabe usted por qué la Coordinadora mantiene un nivel uniforme para todos los mundos? —preguntó Rogers—. Yo se lo diré. Existen dos razones: primera, el cuerpo de conocimientos que el hombre ha acumulado no permite la duplicación del experimento. No hay tiempo.

»Cuando se produce un descubrimiento, es absurdo repetirlo en los incontables planetas del Universo. La información obtenida en cualquiera de los miles de mundos se comunica a la sede de la Coordinadora, y de allí a toda la galaxia. La Coordinadora examina y selecciona las experiencias, y las coordina en un sistema racional y funcional carente de contradicciones. La Coordinadora ordena toda la experiencia de la Humanidad en una estructura coherente.

—¿Y la segunda razón?

—Si se mantiene una cultura uniforme, controlada desde una sede central, no habrá guerra.

—Cierto —admitió Williamson.

—Hemos abolido la guerra, así de sencillo. Tenemos una cultura tan homogénea como la de la Roma antigua, una cultura común para toda la Humanidad, a lo largo y ancho de la galaxia. Cada planeta se encuentra tan implicado en ella como cualquier otro. No hay diferencias culturales que alimenten la envidia y el odio.

—Como sucede aquí.

Rogers aspiró aire lentamente.

—Sí. Ustedes nos han enfrentado a una extraña situación. Hemos buscado el Mundo de Williamson durante trescientos años. Deseábamos y soñábamos encontrarlo. Ha sido algo comparable al imperio del preste Juan, un mundo fabuloso, aislado del resto de la humanidad. Irreal, incluso. Existía la posibilidad que Frank Williamson se hubiera estrellado en algún sitio.

—Pero no lo hizo.

—No lo hizo, y el Mundo de Williamson existe y ha creado su propia civilización. Aislado a propósito, con sus normas de vida y criterios propios. Ahora hemos establecido contacto, y el sueño se ha convertido en realidad.

Los habitantes de la galaxia no tardarán en saber que hemos encontrado el Mundo de Williamson. Ahora, podremos devolver a la primera colonia establecida fuera del Sistema Solar el lugar que merece en la civilización galáctica.

Rogers rebuscó en su bolsillo y extrajo un paquete de metal. Lo desenvolvió y depositó un pulcro documento sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Williamson.

—Los Artículos de la Incorporación. Deben firmarlos para que el Mundo de Williamson pase a formar parte de la civilización galáctica.

Williamson y las demás personas que se hallaban en la estancia guardaron silencio. Contemplaron el documento sin pronunciar palabra.

—¿Y bien? —preguntó Rogers. Estaba tenso. Empujó el documento hacia Williamson—. Aquí lo tiene.

Williamson meneó la cabeza.

—Lo siento. —Empujó con firmeza el documento en dirección a Rogers—. Ya hemos celebrado un plebiscito. Lamento decepcionarle, pero ya hemos decidido no aceptar su invitación. Nuestra decisión es *definitiva*.

La nave de Clase Uno describió una órbita exterior al cinturón gravitatorio del Mundo de Williamson.

El comandante Ferris estableció contacto con la sede de la Coordinadora.

—Ya hemos llegado. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Lancen un equipo de minado. Infórmenme en cuanto hayan llegado a la superficie.

El cabo Pete Matson fue lanzado diez minutos después en un traje presurizado. Descendió lentamente hacia el globo azul y verde; giraba y oscilaba a medida que se aproximaba a la superficie del planeta.

Matson aterrizó y rebotó un par de veces. Se puso en pie, dando tumbos. Por lo visto, había caído al borde de un bosque. Se quitó el casco protector a la sombra de los enormes árboles. Se abrió paso con cautela, aferrando su rifle desintegrador.

Una voz resonó en sus auriculares.

—¿Alguna señal de actividad?

—Ninguna, comandante —contestó.

—A su derecha hay lo que parece ser un poblado. Es posible que se tope con alguien. Siga avanzando y mantenga los ojos abiertos. Acaba de ser lanzado el resto del equipo. Recibirá más instrucciones.

—Estaré atento —prometió Matson mientras acunaba su arma.

Para hacer una prueba, apuntó a una colina lejana y apretó el gatillo. La colina se convirtió en una alta columna de polvo.

Matson ascendió a la cumbre de un acantilado y se protegió los ojos para escudriñar su entorno.

Vio el pueblo. Era pequeño, como una ciudad provinciana de la Tierra. Parecía interesante. Vaciló un momento. Después, bajó la elevación rápidamente y se dirigió hacia el pueblo.

Tres miembros más del equipo se lanzaron desde la nave de Clase Uno. Asían con firmeza sus fusiles y descendían poco a poco hacia la superficie del planeta...

Rogers enrolló los documentos de la Incorporación y los guardó de nuevo en su chaqueta.

Librodot

—¿Se dan cuenta de lo que han hecho? —preguntó.

Un silencio mortal reinaba en la estancia. Williamson asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Nos hemos negado a integrarnos en su sistema.

Los dedos de Rogers tocaron el micrófono oculto y lo activaron.

—Lo lamento —dijo.

—¿Le sorprende?

—No exactamente. La Coordinadora sometió el informe de nuestros exploradores a las computadoras. Existía la posibilidad cierta que ustedes se negaran. Me dieron instrucciones al efecto.

—¿Cuáles son sus instrucciones?

Rogers consultó su reloj.

—Informarles que tienen seis horas para integrarse en el sistema..., o ser borrados del Universo. —Se levantó bruscamente—. Lamento que esto haya ocurrido. El Mundo de Williamson es una de nuestras leyendas más queridas, pero nada debe destruir la unidad de la galaxia.

Williamson también se había puesto en pie. Una palidez mortal cubría su cara. Los dos hombres se contemplaron, desafiadores.

—Lucharemos —dijo Williamson en voz baja.

Abrió y cerró los dedos con violencia.

—Eso es ridículo. Ustedes han recibido información de la Coordinadora concerniente al desarrollo de nuestras armas. Saben cuáles posee nuestra flota.

Los demás seguían sentados en su sitio, mirando sus platos vacíos. Nadie se movió.

—¿Es necesario? —preguntó Williamson, con voz ronca.

—Hay que impedir las diferenciaciones culturales si queremos que reine la paz en la galaxia —replicó Rogers con firmeza.

—¿Nos van a destruir para evitar la guerra?

—Destruiremos cualquier cosa con tal de evitar la guerra. No podemos permitir que nuestra sociedad degenere en nacionalismos separatistas, siempre ansiosos de pendencias y enfrentamientos..., como sus clanes. Nuestra estabilidad se basa en la ausencia del concepto de diferenciación. Hay que preservar la uniformidad y desalentar el separatismo, una idea que ni siquiera debería difundirse.

Williamson estaba pensativo.

—¿Cree que lo van a conseguir? Existen muchos correlativos semánticos, sinónimos, metáforas. Aun en el caso que nos destruyan, surgirá en otro lugar.

—Correremos el riesgo. —Rogers se encaminó a la puerta—. Volveré a mi nave y esperaré. Sugiero que vuelvan a votar. El saber hasta dónde estamos dispuestos a llegar puede que altere el resultado.

—Lo dudo.

El micrófono de Rogers susurró de repente.

—Norte a Coordinadora.

Rogers tocó el micro con los dedos.

—Una nave de guerra Clase Uno se halla en su zona. Ha aterrizado un equipo. Mantenga a su nave guarecida hasta que pueda regresar. He ordenado al equipo que siembre el terreno con terminales de minas de fisión.

Rogers no dijo nada. Sus dedos se cerraron en torno al micro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Williamson.

—Nada. —Rogers abrió la puerta—. Debo volver cuanto antes a mi nave. Nos vamos.

El comandante Ferris llamó a Rogers en cuanto su nave abandonó el Mundo de Williamson.

—Norte me ha dicho que usted ya les ha informado.

—Exacto. También ha llamado a su equipo, para que prepare el ataque.

—Así me han informado. ¿Cuánto tiempo les ha ofrecido?

—Seis horas.

—¿Cree que aceptarán?

—No lo sé. Espero que sí, aunque lo dudo.

El Mundo de Williamson giraba lentamente en la pantalla, con sus bosques, ríos y océanos verdes y azules. En otros tiempos, la Tierra había tenido este aspecto. Rogers vio la nave de guerra de Clase Uno, un enorme globo plateado que orbitaba alrededor del planeta.

El mundo legendario que había sido localizado y visitado iba a ser destruido. Había intentado evitarlo, pero sin éxito. No podía impedir lo inevitable.

Si el Mundo de Williamson rehusaba integrarse en la civilización galáctica, su destrucción se convertía en una necesidad, tajante, axiomática. O el Mundo de Williamson, o la galaxia. Había que sacrificar lo secundario en aras de lo fundamental.

Rogers se acomodó ante la pantalla y esperó.

Al término de las seis horas, una línea de puntos negros se elevó del planeta en dirección a la nave de Clase Uno. Reconoció lo que eran: cohetes de reacción pasados de moda. Una formación de anticuados bajeles de guerra, dispuestos a presentar batalla.

El planeta no había cambiado de opinión. Iba a luchar. Deseaba ser destruido antes que cambiar su forma de vida.

Los puntos negros aumentaron de tamaño hasta transformarse en relucientes discos metálicos que se movían con torpeza. Un espectáculo patético. Rogers se sintió extrañamente conmovido, al ver que las naves de propulsión a chorro se abrían en abanico para ofrecer menos blanco. La nave de guerra de Clase Uno giraba en su órbita, describía un perezoso y eficiente arco. Sus filas de tubos energéticos se alzaban poco a poco para entablar combate.

De repente, la formación de anticuados cohetes cargó. Se precipitaron sobre la nave y dispararon sus armas. Los tubos de la nave de Clase Uno siguieron su curso. Los cohetes retrocedieron desmañadamente para tomar distancia para la segunda intentona, y volvieron a cargar.

Brotó una lengua de energía carente de color. Los atacantes desaparecieron.

El comandante Ferris llamó a Rogers.

—Menuda caterva de idiotas melodramáticos. —Su rostro grave estaba pálido—. Nos han atacado con esas antiguallas.

—¿Algún daño?

—Ninguno. —Ferris se secó la frente con manos temblorosas—. Por lo que a mí respecta, ninguno.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Me he desentendido de la operación de minado y se la he pasado a la Coordinadora. Ellos se encargarán. El impulso bastará para...

El globo verde y azul se estremeció convulsivamente. Se partió en pedazos, en silencio. Los fragmentos salieron volando y el planeta se disolvió en una nube de llamas blancas, una masa deslumbrante de fuego incandescente. Después, se convirtió en cenizas.

Los escudos protectores de la nave de Rogers entraron en acción para rechazar las partículas que se precipitaban contra el casco. Se desintegraban al instante.

—Bien —dijo Ferris—, todo ha terminado. Norte se encargará de difundir el error cometido por los exploradores. El Mundo de Williamson no fue encontrado. La leyenda seguirá siendo una leyenda.

Rogers continuó mirando la pantalla hasta que los últimos fragmentos dejaron de volar, y sólo quedó una sombra vaga y desteñida. Los escudos protectores se desconectaron automáticamente. A su derecha, la nave de batalla de Clase Uno ganó velocidad y se dirigió hacia el sistema de Riga.

El Mundo de Williamson ya no existía. La civilización de la Coordinadora Galáctica se había salvado. Había terminado de la manera más eficaz posible con la idea y el concepto de una civilización diferente, con sus costumbres y normas propias.

—Buen trabajo —susurró el micrófono de la Coordinadora. Norte estaba complacido—. Las minas de fisión fueron colocadas a la perfección. No queda nada.

—No —corroboró Rogers—. No queda nada.

El cabo Pete Matson abrió la puerta de su casa, sonriendo ampliamente.

—¡Hola, cariño! ¡Sorpresa!

—¡Pete! —Gloria Matson acudió corriendo y rodeó con sus brazos a su marido—. ¿Qué haces en casa? Pete...

—Permiso especial. Cuarenta y ocho horas. —Pete dejó caer su maleta con aire triunfal—. Hola, muchacho.

Su hijo le saludó con timidez.

—Hola.

Pete se agachó y abrió la maleta.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Cómo va la escuela?

—Ha contraído otro resfriado —dijo Gloria—. Se ha recuperado casi del todo. Pero dime, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué hicieron...?

—Secreto militar. —Pete rebuscó en su maleta—. Toma. —Alargó algo a su hijo—. Te he traído una cosa. Un recuerdo.

Tendió a su hijo una copa de madera hecha a mano. El chico la tomó y le dio vueltas, curioso y desconcertado.

—¿Qué es un..., un *recuerdo*?

Matson se esforzó en explicar el difícil concepto.

—Bueno, es algo que te recuerda un lugar diferente. Algo que no existe donde tú vives, ya sabes. —Matson dio unos golpecitos a la copa—. Es para beber. No es como nuestras copas de plástico, ¿verdad?

—No —dijo el niño.

—Fíjate en esto, Gloria. —Pete sacó de la maleta un gran trozo de tela doblado, estampado con dibujos de muchos colores—. Me salió muy barato. Puedes hacerte una falda. ¿Qué me dices? ¿Habías visto nunca algo igual?

—No —reconoció Gloria, asombrada—. En absoluto.

Tomó la tela y la tocó con reverencia.

Pete Matson contempló henchido de alegría a su mujer y a su hijo, que admiraban los recuerdos que les había traído, recuerdos de sus excursiones a lugares lejanos. Lugares extraños.

—Caray —susurró su hijo, sin dejar de darle vueltas a la copa. Un extraño brillo iluminaba sus ojos—. Muchas gracias, papá. Por el..., *recuerdo*.

El brillo extraño se intensificó.

EQUIPO DE EXPLORACIÓN

Halloway subió por el conducto que atravesaba nueve kilómetros de ceniza para ver como aterrizaba el cohete. Salió del tubo forrado de plomo y se reunió con Young, que estaba acuclillado junto con un pequeño grupo de soldados.

La superficie del planeta estaba oscura y silenciosa. El aire hirió su olfato. Olía mal. Halloway se estremeció, inquieto.

—¿Dónde demonios estamos?

Un soldado señaló con un dedo la negrura.

—Las montañas están por allí. ¿Las ve? Las Rocosas, y esto es Colorado.

Colorado... El antiguo nombre despertó vagas emociones en Halloway. Acarició su fusil desintegrador.

—¿Cuándo llegará? —preguntó.

A lo lejos, recortadas en el horizonte, vio las bengalas verdes y amarillas del enemigo. Y un ocasional destello de fisión al rojo vivo.

—Dentro de nada. Está controlado durante todo el camino por un piloto robot. Cuando llega, no hay vuelta de hoja.

Una mina enemiga estalló a varias de decenas de kilómetros de distancia. Un resplandor irregular iluminó por un breve instante el paisaje. Halloway y los soldados se arrojaron al suelo automáticamente. Captó el olor a quemado de la superficie de la Tierra tal como era ahora, treinta años después del inicio de la guerra.

Era muy diferente de sus recuerdos infantiles. Halloway había crecido en California, y recordaba la campiña del valle, huertos henchidos de uvas, nogales y limoneros. Tiestos manchados bajo los naranjos. Montañas verdes y un cielo cuyo color era como el de los ojos de una mujer. Y el aroma fresco de la tierra...

Todo había desaparecido. En otros tiempos se había levantado una ciudad en este lugar. Distinguió las bostezantes cavidades de los sótanos, llenos de escoria, ríos secos de la herrumbre en que se habían transformado los edificios. Escombros diseminados por doquier, al azar...

El resplandor de la mina se apagó y dio paso de nuevo a la negrura. Se pusieron en pie con cautela.

—Menuda visión —murmuró un soldado.

—Era muy diferente antes —dijo Halloway.

—¿De veras? Yo nací bajo la superficie.

—En aquellos días, cultivábamos nuestros alimentos en la tierra, en la superficie, no en tanques subterráneos. Nosotros...

Halloway enmudeció. Un ensordecedor estruendo interrumpió de súbito sus palabras. Una forma inmensa se deslizó sobre ellos en las tinieblas, chocó contra algo y sacudió la tierra.

—¡El cohete! —gritó un soldado.

Todos corrieron. Halloway les siguió, caminando con movimiento torpes.

—Espero que sean buenas noticias —dijo Young, que iba a su lado.

—Yo también —jadeó Halloway—. Marte es nuestra última oportunidad. Si no sale bien, estamos acabados. El informe sobre Venus fue negativo; sólo hay lava y vapores.

Más tarde, examinaron el cohete de Marte.

—Servirá —murmuró Young.

—¿Está seguro? —preguntó el director Davidson, tenso—. Una vez lleguemos allí, no podremos regresar.

—Estamos seguros. —Halloway tiró las cintas sobre el escritorio de Davidson—. Compruébelo usted mismo. El aire de Marte es tenue y seco. La gravedad es mucho menor que la nuestra. Sin embargo, podremos vivir en el planeta, al contrario que en esta Tierra olvidada de Dios.

Davidson recogió las cintas. Las luces indirectas arrancaban destellos del escritorio, las paredes y el suelo metálicos de la oficina. Máquinas ocultas que mantenían constantes el aire y la temperatura zumbaban en las paredes.

—Tendré que confiar en ustedes los expertos, por supuesto. Si no tienen en cuenta algún factor vital...

—Es una lotería, naturalmente —dijo Young—. Desde esta distancia no podemos estar seguros de todos los factores. —Palmeó las cintas—. Muestras mecánicas y fotos. Los robots hacen lo que pueden. Tenemos suerte de contar con *algo* para continuar.

—Al menos, no hay radiación —dijo Halloway—. Eso es seguro, pero Marte será seco, polvoriento y frío. Está muy alejado. Sol débil, desiertos y colinas erosionadas.

—Marte es viejo —convino Young.

—Se enfrió hace mucho tiempo. Mírelo de esta manera: tenemos ocho planetas, excluyendo a la Tierra. De Plutón a Júpiter no hay *nada*. Ni la menor posibilidad de sobrevivir. Mercurio es metal líquido. Venus está lleno de volcanes y vapores..., como en la era precámbrica. Siete de los ocho. Marte es la única posibilidad *a priori*.

—En otras palabras —dijo lentamente Davidson—, Marte *debe* ser adecuado, porque no nos queda otra alternativa.

—Podríamos quedarnos aquí, viviendo en los sistemas subterráneos como topos.

—No sobreviviríamos más de un año. Ya habrán visto los últimos psicógrafos.

Los habían visto. El índice de tensión iba en aumento. Los hombres no estaban hechos para vivir en túneles metálicos, alimentarse a base de comida cultivada en tanques, trabajar, dormir y morir sin ver el sol.

Pensaban de manera especial en los niños, que nunca habían subido a la superficie. Pseudomutantes de rostros macilentos y ojos como los de los peces ciegos. Una generación nacida en un mundo subterráneo. El índice de tensión aumentaba porque los hombres veían a sus hijos cambiar y mutar en un mundo de túneles, oscuridad viscosa y rocas luminosas goteantes.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —preguntó Young.

Davidson escrutó los rostros de los dos técnicos.

—Tal vez pudiéramos conquistar la superficie, revivir la Tierra, renovar el suelo. La situación no es tan grave, ¿verdad?

—Imposible —afirmó Young—. Aunque llegáramos a un acuerdo con el enemigo, habrá partículas en suspensión durante otros cincuenta años. La Tierra estará demasiado radiactiva para permitir la vida en lo que queda del siglo. *Y no podemos esperar*.

—De acuerdo —dijo David—. Autorizaré el equipo de exploración. Correremos el riesgo, como mínimo. ¿Quieren ir? ¿Quieren ser los primeros humanos que pongan el pie en Marte?

—Ya puede apostar por ello —dijo Halloway, sombrío—. Consta en nuestro contrato que yo voy.

El globo rojo que era Marte aumentaba cada vez más de tamaño. Young y van Ecker, el piloto, lo contemplaban con atención desde la sala de control.

—Tendremos que saltar —dijo van Ecker—. No es posible aterrizar a esta velocidad.

Young estaba nervioso.

—Eso está muy bien para nosotros, pero, ¿qué me dices de la primera expedición de colonizadores? No pretenderás que las mujeres y los niños salten.

—Cuando llegue ese momento, tendremos más información.

Van Ecker asintió con la cabeza y el capitán Mason hizo sonar la alarma de emergencia. Los timbres atronaron siniestramente a lo largo y ancho de la nave. La nave vibró cuando los miembros de la tripulación tomaron sus trajes de lanzamiento y corrieron hacia las escotillas.

—Marte —murmuró el capitán Mason, mirando todavía la pantalla—. No es como la Luna. Esto es lo que nos conviene.

Young y Halloway se encaminaron a la escotilla.

—Será mejor que vayamos pasando.

Marte crecía rápidamente. Un feo globo desolado, de un tono rojo apagado. Halloway se puso el casco de lanzamiento. Van Ecker le siguió.

Mason se quedó en la sala de control.

—Les seguiré después que la tripulación se haya lanzado —dijo.

La escotilla se abrió y ambos entraron en la plataforma de lanzamiento. La tripulación ya había empezado a saltar.

—Es una pena desperdiciar una nave —comentó Young.

—No hay otra forma.

Van Ecker se ajustó el casco y saltó. Las unidades de frenado le hicieron girar hacia arriba y se hundió como un globo en la negrura que se cernía sobre sus cabezas. Young y Halloway le siguieron. La nave descendió en picado hacia la superficie de Marte. En el cielo flotaban diminutos puntos luminosos: los miembros de la tripulación.

—He estado pensando —dijo Halloway por el micrófono del casco.

—¿Sobre qué?

La voz de Young resonó en sus auriculares.

—Davidson preguntó si habíamos pasado por alto algún factor vital. Hay uno que no hemos tenido en cuenta.

—¿Cuál es?

—Los marcianos.

—¡Santo Dios! —exclamó van Ecker. Halloway le veía flotando a su derecha, descendiendo lentamente hacia el planeta—. ¿Crees que *haya* marcianos?

—Es posible. Marte albergará vida. Si nosotros podemos vivir en él, también pueden existir otras formas.

—Pronto lo sabremos —repuso Young.

—Tal vez capturaron alguna de nuestras naves robot —rió van Ecker—. Tal vez nos estén esperando.

Halloway permaneció en silencio. Estaba demasiado cerca de saberlo para encontrarlo gracioso. El planeta rojo crecía cada vez más. Distinguió puntos blancos en los polos. Algunas franjas verdeazuladas, lo que en otro tiempo se habían llamado *canales*. ¿Existía una civilización allá abajo, una cultura organizada que les esperaba? Tanteó en su mochila hasta que los dedos se cerraron sobre la culata de su pistola.

—Será mejor que saquen sus pistolas —dijo.

—Si los marcianos han dispuesto un sistema defensivo para esperamos, estamos acabados —dijo Young—. Marte se enfrió millones de años antes que la Tierra. Podrían estar tan adelantados que no tuviéramos ni...

—Ya es demasiado tarde. —Captaron débilmente la voz de Mason—. Ustedes los expertos tendrían que haberlo pensado antes.

—¿Dónde está usted? —preguntó Halloway.

—Debajo de usted. La nave está vacía. Se estrellará en cualquier momento. He sujetado el equipo a unidades de lanzamiento automáticas.

Se produjo un tenue resplandor bajo ellos y se desvaneció. La nave se había estrellado en la superficie...

—Casi he llegado —dijo Mason, nervioso—. Seré el primero...

Marte había dejado de ser un globo. Ahora, era un gran plato rojo, una inmensa planicie de herrumbre que se extendía bajo ellos. Descendieron lenta y silenciosamente. Se podían ver las montañas. Estrechos hilos de agua que eran ríos. Un borroso tablero de ajedrez que debían ser campos y prados...

Halloway aferró su pistola. Sus unidades de frenado chirriaron a medida que la atmósfera adquiría más densidad. Un *crunch* ahogado resonó en sus auriculares.

—¡Mason! —gritó Young.

—He tocado tierra —respondió la tenue voz de Mason.

—¿Se encuentra bien?

—Zarandeado por el viento, pero me encuentro bien.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Halloway.

Se hizo el silencio durante unos momentos.

—¡Santo Dios! —jadeó Mason—. ¡Una *ciudad*!

—¿Una ciudad? —chilló Young—. ¿De qué tipo? ¿A qué se parece?

—¿Los ve? —aulló van Ecker—. ¿Cómo son? ¿Hay muchos?

Escucharon la respiración de Mason, que arañaba sus auriculares.

—No —dijo por fin—. Ni la menor señal de vida. Todo está tranquilo. La ciudad está... Parece que está desierta.

—¿*Desierta*?

—Ruinas. Sólo ruinas. Kilómetros de columnas y paredes derrumbadas y andamios oxidados.

—Gracias a Dios —suspiró Young—. Estarán todos muertos. Nos hemos salvado. Habrán evolucionado y terminado su ciclo hace mucho tiempo.

—¿Nos habrán dejado algo? —El miedo atenazó a Halloway—. ¿Quedará algo para *nosotros*? —Aferró con desesperación sus unidades de frenado, en un esfuerzo por acelerar su caída—. ¿Ha desaparecido todo?

—¿Cree que lo han agotado todo? —preguntó Young—. ¿Cree que han agotado todos los…?

—No lo sé —resonó la voz de Mason, teñida de inquietud—. Tiene mal aspecto. Grandes pozos. Bocas de minas. No lo sé, pero tiene mal aspecto…

Halloway luchaba con sus unidades de frenado.

El planeta estaba asolado.

—Santo Dios —musitó Young. Se sentó sobre una columna rota y se secó la cara—. No queda ni una mierda. Nada de nada.

La tripulación comenzó a preparar dispositivos de defensa. El equipo de comunicaciones montó un transmisor accionado mediante pilas. Un equipo técnico perforó el terreno en busca de agua. Otros equipos exploraron los alrededores, en pos de comida.

—No encontrarán la menor señal de vida —dijo Halloway. Señaló con un ademán la inmensa extensión de escombros y herrumbre—. Se extinguieron hace mucho tiempo.

—No lo comprendo —murmuró Mason—. ¿Cómo pudieron arruinar todo un planeta?

—Nosotros arruinamos la Tierra en treinta años.

—Pero no de esta manera. Han *agotado* Marte. Han agotado todo. No queda nada. Nada de nada. Una gigantesca montaña de desechos.

Halloway intentó encender un cigarrillo con sus dedos temblorosos. La cerilla prendió y se apagó. Se sentía ligero y embriagado. Su corazón latía con violencia. El lejano sol, pálido y pequeño, refulgía en lo alto. Marte era un mundo muerto, solitario y frío.

—Lo habrán pasado fatal, viendo como sus ciudades se desmoronaban —dijo Halloway—. Ni agua, ni minerales, ni suelo.

Tomó un puñado de arena seca y dejó que se escurriera entre sus dedos.

—El transmisor funciona —dijo un miembro de la tripulación.

Mason se levantó y se acercó tambaleante hasta el transmisor.

—Le diré a Davidson lo que hemos descubierto.

Se inclinó sobre el micrófono.

—Bien, me parece que estamos atrapados —dijo Young—. ¿Cuánto tiempo durarán nuestras provisiones?

—Un par de meses.

—Y después… —Young chasqueó los dedos—. Como los marcianos. —Miró de soslayo el largo muro corroído de una casa en ruinas—. Me gustaría saber cómo eran.

—Un equipo semántico está examinando las ruinas. Tal vez descubran algo.

Más allá de la ciudad destruida se extendía lo que había sido en otro tiempo una zona industrial. Una sucesión de instalaciones, torres, tuberías y máquinas retorcidas, cubiertas de arena y en parte oxidadas. Huecos bostezantes practicados por excavadoras. Bocas de minas subterráneas. Marte estaba agujereado como un panal, devorado por las termitas. Toda una raza había intentado excavar y horadar para seguir con vida. Los marcianos, después de agotar los recursos de Marte, habían huido.

—Un cementerio —dijo Young—. Bien, recibieron su merecido.

Librodot

—¿Les echas la culpa? ¿Qué debían hacer? ¿Perecer algunos miles de años antes y dejar su planeta en mejores condiciones?

—Podrían habernos dejado *algo* —replicó Young, empecinado—. Tal vez podamos desenterrar sus huesos y cocerlos. Me gustaría ponerle la mano encima a uno de ellos el rato suficiente para...

Un par de tripulantes se acercaron corriendo.

—¡Miren esto! —Venían cargados con cilindros de metal centelleantes—. ¡Miren lo que hemos encontrado bajo tierra!

Halloway se incorporó.

—¿Qué es?

—Registros. Documentos escritos. ¡Entréguenlos al equipo semántico! —Carmichael dejó caer su cargamento a los pies de Halloway—. Y esto no es todo. Hemos encontrado algo más: instalaciones.

—¿Instalaciones? ¿De qué tipo?

—Lanzacohetes. Torres antiguas, carcomidas por el óxido. Hay montones al otro lado de la ciudad. —Carmichael se secó el sudor de su rostro encarnado—. No murieron, Halloway. Se largaron. Agotaron el planeta y se dieron a la fuga.

El doctor Judde y Young se inclinaron sobre los tubos relucientes.

—Falta poco —murmuró Judde, absorto en la pauta cambiante que ondulaba en la pantalla de la computadora.

—¿Saca algo en claro? —preguntó Halloway, tenso.

—Se marcharon, no cabe duda. Se largaron. Todos.

Young se volvió hacia Halloway.

—¿Qué opinas? Por lo visto, la raza no se extinguió.

—¿Puede decirnos adónde fueron?

Judde negó con la cabeza.

—A algún planeta que sus naves exploradoras localizaron. Temperatura y clima ideales. —Apartó a un lado la computadora—. Toda la civilización marciana se orientó, durante su último período, hacia este planeta salvador. Un proyecto gigantesco, capaz de movilizar a toda una sociedad. Tardaron trescientos o cuatrocientos años en trasladar todo lo valioso de Marte a ese otro planeta.

—¿Cuál fue el resultado de la operación?

—Regular. El planeta era hermoso, pero tuvieron que adaptarse. Por lo visto, no tuvieron en cuenta todos los problemas derivados de colonizar un planeta extraño. —Judde indicó un cilindro—. Las colonias degeneraron con mucha rapidez. No pudieron conservar el empuje de sus tradiciones y técnicas. La sociedad se dividió. Después, sobrevino la guerra, la barbarie.

—Por tanto, su emigración fue un fracaso —concluyó Halloway—. Tal vez sea imposible.

—No fue un fracaso —le corrigió Judde—. Sobrevivieron, como mínimo. Este planeta ya no servía para nada. Era mejor vivir como salvajes en un mundo extraño que quedarse aquí para morir. Es lo que dicen estos cilindros.

—Acompáñame —dijo Young a Halloway.

Los dos hombres salieron del barracón del equipo semántico. Era de noche. El cielo estaba sembrado de estrellas centelleantes. Las dos lunas brillaban en lo alto, como dos ojos muertos en el frío cielo.

—Este lugar no nos será de ninguna utilidad —afirmó Young—. No podemos emigrar aquí, es evidente.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Halloway.

—Éste era el último de los nueve planetas. Exploramos todos y cada uno. —El rostro de Young estaba encendido de emoción—. Ninguno tolerará la vida. Todos son mortales o inútiles, como esta pila de excrementos. Todo el Sistema Solar está descartado.

—¿Y?

—Tendremos que salir del Sistema Solar.

—¿Y adónde iremos? ¿*Cómo*?

Young señaló la ciudad marciana en ruinas, las filas de torres oxidadas y desmoronadas.

—Adonde ellos fueron. Encontraron un lugar, un mundo virgen, más allá del Sistema Solar. Inventaron un sistema de propulsión que les llevara a ese punto.

—¿Quieres decir...?

—Debemos seguirles. Este Sistema Solar está muerto, pero afuera, en otro sistema, encontraron un mundo adecuado a sus necesidades, y una forma de trasladarse a él.

—Tendríamos que luchar con ellos si aterrizáramos en ese planeta. No querrán compartirlo.

Young escupió en la arena, irritado.

—Sus colonias degeneraron, ¿te acuerdas? Cayeron en la barbarie. Podremos manejarles. Contamos con toda clase de armas... Armas capaces de dejar un planeta como la palma de una mano.

—No queremos hacer eso.

—¿Qué *queremos* hacer? ¿Decirle a Davidson que estamos atrapados en la Tierra? ¿Permitir que los seres humanos se conviertan en topos, en seres reptantes y ciegos...?

—Si seguimos a los marcianos, tendremos que luchar para arrebatarles su mundo. Ellos lo encontraron; les pertenece a ellos, no a nosotros. Y es posible que no descubramos su sistema de propulsión. Es posible que los planos se hayan perdido.

Judde salió del barracón del equipo semántico.

—Tengo más información. Toda la historia está aquí. Detalles sobre el planeta al que huyeron: flora y fauna, estudios sobre la gravedad, densidad del aire, yacimientos minerales, estratos del suelo, clima, temperatura... Todo.

—¿Y su sistema de propulsión?

—También. Todo. —Judde temblaba de emoción—. Tengo una idea. Pasemos los esquemas al equipo de ingenieros, por si pueden duplicarlos. En tal caso, seguiremos a los marcianos. Podríamos *compartir* su planeta.

—¿Lo ves? —dijo Young a Halloway—. Davidson sostendrá la misma opinión. Es obvio.

Halloway dio media vuelta y se alejó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Judde.

—Nada. Lo superará. —Young garrapateó con rapidez un mensaje en un trozo de papel—. Ordene que transmitan esto a Davidson.

Judde leyó el mensaje por encima y silbó.

—Es un informe sobre la emigración marciana y el planeta al que escaparon.

—Queremos empezar cuanto antes. Tardaremos mucho en hacernos con el control.

Librodot

—¿Cambiará Halloway de opinión?

—Cambiará de opinión. No se preocupe por él.

Halloway levantó la vista hacia las torres. Las torres inclinadas y semiderruidas desde las que habían despegado las naves marcianas, miles de años atrás.

No se advertía ni el menor signo de vida. Todo el planeta estaba muerto.

Halloway paseó entre las torres. La linterna de su casco señalaba un sendero blanco frente a él. Ruinas, montones de metal oxidado. Montañas de cables y materiales de construcción. Piezas de maquinaria. Partes de edificios a medias enterrados que surgían de la arena.

Llegó a una plataforma elevada y subió los escalones con cautela. Se encontró en un observatorio, rodeado por los restos de cuadrantes y medidores. Un telescopio continuaba encajado en su sitio.

—¿Oiga? —dijo una voz desde abajo—. ¿Quién está ahí?

—Halloway.

—Dios mío, me ha asustado. —Carmichael desvió su rifle y trepó por la escalerilla—. ¿Qué está haciendo?

—Echaba un vistazo.

Carmichael apareció, jadeante y enrojecido.

—Estas torres son muy interesantes. Era un sistema de señales automático, para facilitar el despegue de las naves de carga. La población ya se había marchado. —Carmichael palmeó el cuadro de mandos destruido—. Las naves de carga continuaban despegando después de la partida de los marcianos, cargadas de máquinas y activadas por máquinas.

—Es una suerte que encontraran un lugar adonde irse.

—Desde luego. El equipo de mineralogía dice que no queda nada, sólo arena, roca y cascotes. Ni siquiera el agua es buena. Se llevaron todo lo de valor.

—Judde dice que el mundo al que huyeron es encantador.

—Virgen. —Carmichael se humedeció sus gruesos labios—. Intocado. Árboles, prados y océanos azules. Me enseñó una proyección del cilindro por computadora.

—Es una pena que no tengamos un sitio como ése al que ir. Un mundo virgen a nuestra entera disposición.

Carmichael se había inclinado sobre el telescopio.

—Emplearon este aparato. Cuando enfocaba el planeta al que habían huido, un relé activaba un mecanismo de disparo en la torre de control. La torre lanzaba las naves. En cuanto partían, un nuevo grupo se colocaba en posición. —Carmichael procedió a limpiar las sucias lentes del telescopio—. Voy a probar si vemos el planeta.

Un vago globo luminoso flotaba en las viejas lentes. Halloway lo vislumbró, oscurecido por la mugre de siglos, oculto tras una cortina de partículas metálicas y polvo.

Carmichael se puso a cuatro patas para ajustar el mecanismo de enfoque.

—¿Ve algo? —preguntó.

—Sí —asintió Halloway.

Carmichael le apartó a un lado.

—Déjeme echar un vistazo. —Se inclinó sobre las lentes—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? ¿No lo ve?

—Lo veo —dijo Carmichael, poniéndose a cuatro patas de nuevo—. O el aparato se ha desviado, o el lapso de tiempo es demasiado grande. Sin embargo, debería ajustarse automáticamente. Claro que la caja de engranajes no se ha movido desde...

—¿Qué sucede? —preguntó Halloway.

—Es la Tierra. ¿No la ha reconocido?

—¡La Tierra!

Carmichael rió despectivamente, hastiado.

—Este estúpido aparato se habrá averiado. Quería echar un vistazo a su planeta soñado, y resulta que es la vieja Tierra, de donde nosotros venimos. Me he roto los cuernos para arreglar este desastre, y ya ve lo que hemos conseguido.

—¡*La Tierra*! —murmuró Halloway.

Terminaba de contarle a Young lo sucedido.

—No puedo creerlo —dijo éste—, pero la descripción se ajusta a la Tierra de hace miles de años...

—¿Cuánto hace que se marcharon? —preguntó Halloway.

—Unos seis mil años —contestó Judde.

—Y las colonias establecidas en el nuevo planeta cayeron en la barbarie.

Los cuatro hombres permanecieron en silencio. Se miraron entre sí, con los labios apretados.

—No hemos destruido un mundo, sino dos —dijo por fin Halloway—. Primero, Marte. Una vez destruido, nos trasladamos a la Tierra. Y destruimos la Tierra tan sistemáticamente como Marte.

—El círculo se ha cerrado —habló Mason—. Hemos vuelto al principio, a recoger lo que nuestros antepasados sembraron. Dejaron Marte tal como lo vemos ahora, inservible, y hemos vuelto para merodear entre las ruinas como profanadores de tumbas.

—Cállese —le espetó Young. Paseaba de un lado a otro, irritado—. No puedo creerlo.

—Somos marcianos, descendientes de la raza que abandonó este lugar. Hemos vuelto de las colonias. Hemos vuelto a casa. —La voz de Mason adquirió un timbre histérico—. ¡Hemos vuelto a casa, a nuestras raíces!

Judde apartó el ordenador y se puso en pie.

—No existe duda. Contrasté sus análisis con nuestros registros arqueológicos. Coinciden. El mundo al que huyeron, hace seis mil años, fue la Tierra.

—¿Qué le diremos a Davidson? —inquirió Mason. Lanzó una risita feroz—. Hemos encontrado el lugar perfecto. Un mundo intocado por manos humanas, envuelto todavía en papel de celofán.

Halloway caminó hacia la puerta del barracón y miró en silencio hacia fuera. Judde se reunió con él.

—Es una verdadera catástrofe. Estamos atrapados sin remisión. ¿Qué demonios está mirando?

El frío cielo titilaba sobre sus cabezas. Las llanuras desoladas de Marte, kilómetros y kilómetros de ruinas desiertas, se extendían bajo la tenebrosa luz.

—Esto —respondió Halloway—. ¿Sabe lo que me recuerda?

—Un merendero.

—Botellas rotas, latas y platos tirados. Lo que dejan los excursionistas cuando se van. Sólo que los excursionistas han regresado. Han regresado..., y tienen que vivir entre la suciedad que han ocasionado.

—¿Qué le diremos a Davidson? —volvió a preguntar Mason.

—Ya le he llamado —contestó Young, cansado—. Le dije que podíamos ir a un planeta alejado del Sistema Solar, que los marcianos habían inventado un sistema de propulsión.

—Un sistema de propulsión... —Judde meditó—. Esas torres. —Frunció los labios—. Quizá poseyeran un sistema de propulsión. Quizá valga la pena proseguir la traducción.

Se miraron entre sí.

—Diga a Davidson que vamos a continuar —ordenó Halloway—. Continuaremos hasta encontrarlo. No pensamos quedarnos en esta chatarrería abandonada. —Sus ojos grises brillaban—. Lo encontraremos. Un mundo virgen. Un mundo intacto.

—*Intacto* —repitió Young—. Que nadie haya contaminado.

—Seremos los primeros —murmuró codiciosamente Judde.

—¡Es un error! —chilló Mason—. ¡Con dos es suficiente! ¡No destruyamos un tercer mundo!

Nadie le hizo caso. Judde, Young y Halloway alzaron la vista, con el ansia reflejada en sus rostros. Abrieron y cerraron los puños, como si ya hubieran llegado. Como si ya fueran dueños absolutos del nuevo mundo y lo aferraran con todas sus fuerzas, destrozándolo átomo a átomo.

AUTOR, AUTOR

—Aunque mi marido es un hombre muy puntual —dijo Mary Ellis—, y no ha llegado ni un día tarde al trabajo en veinticinco años, hoy aún no ha salido de casa. —Sorbió su bebida, compuesta de hormonas y carbohidratos, levemente perfumada—. De hecho, todavía tardará unos diez minutos en marcharse.

—Increíble —dijo Dorothy Lawrence, que había terminado su bebida.

Un chorro de vapor para suavizar el cutis, que manaba de un surtidor automático habilitado sobre el sofá, descendía por su cuerpo prácticamente desnudo.

—¡Los tiempos adelantan que es una barbaridad!

La señora Ellis resplandeció de orgullo, como si fuera ella la que trabajara en Desarrollo Terrestre.

—Sí, es increíble. Según un tipo de la oficina, toda la historia de la civilización puede explicarse en términos de técnicas de transporte. Yo no sé nada de historia, por supuesto. Eso compete a los investigadores del gobierno, pero de acuerdo con lo que ese hombre le dijo a Harry...

—¿Dónde está mi maletín? —preguntó una voz irritada desde el dormitorio—. Por el amor de Dios, Mary, lo dejé anoche sobre el limpiavestidos.

—Lo dejaste arriba —replicó Mary, alzando un poco la voz—. Mira en el ropero.

—¿Y qué hace en el ropero? —Se oyeron pasos precipitados—. Yo pensaba que el maletín de un hombre se halla a salvo en su casa. —Henry Allis se asomó a la sala de estar unos momentos—. Ya lo he encontrado. Hola, señora Lawrence.

—Buenos días —saludó Dorothy Lawrence—. Mary me estaba explicando que usted todavía no se ha marchado.

—Sí, aún no me he marchado. —Ellis se ajustó la corbata, mientras el espejo giraba poco a poco a su alrededor—. ¿Quieres que te traiga algo del centro, cariño?

—No —dijo Mary—. No se me ocurre nada. Te videaré a la oficina si me acuerdo de algo.

—¿Es verdad que *nada más entrar* ya llega al centro en un instante? —preguntó la señora Lawrence.

—Bueno, casi al instante.

—¡Doscientos cuarenta kilómetros! Es increíble. Caramba, mi marido tarda dos horas y media en trasladarse en el monojet por los carriles comerciales, estacionar y subir a pie a su oficina.

—Lo sé —murmuró Ellis, tomando el abrigo y el sombrero—. Es lo que yo solía tardar, pero eso ha terminado. —Se despidió de su mujer con un beso—. Hasta la noche. Ha sido un placer verla de nuevo, señora Lawrence.

—¿Puedo... mirar? —preguntó la señora Lawrence, con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Mirar? Claro, claro. —Ellis salió por la puerta trasera y bajó a toda prisa los peldaños que llevaban al patio—. ¡Vengan! —gritó, impaciente—. No quiero llegar tarde. Son las nueve cincuenta y nueve y quiero estar sentado ante mi escritorio a las diez en punto.

La señora Lawrence siguió a Ellis, nerviosa. Un gran aro brillaba bajo la luz del sol en el patio trasero. Ellis giró algunos mandos dispuestos en la base. El color plateado del aro viró a un rojo reluciente.

—¡Me voy! —gritó Ellis. Se introdujo en el aro. Éste osciló a su alrededor. Se oyó un débil *«pop».* El brillo se desvaneció.

—¡Santo Dios! —susurró la señora Lawrence—. ¡Ha desaparecido!

—Está en el centro de Nueva York —corrigió Mary Ellis.

—Ojalá *mi* marido tuviera un instanmóvil. Cuando salgan al mercado, quizá pueda permitirme comprarle uno.

—Oh, son muy prácticos —dijo Mary Ellis—. Es muy probable que en este mismo momento les esté diciendo hola a los chicos.

Henry Ellis se hallaba en una especie de túnel. A su alrededor, un tubo gris e informe se extendía en ambas direcciones, como una especie de cloaca brumosa.

Vio, enmarcado en la abertura que había detrás de él, el vago contorno de su casa. El porche y el patio traseros, Mary de pie en un escalón, ataviada con pantalones y sujetador rojo. La señora Lawrence a su lado, con *shorts* verdes a cuadros. El cedro y las hileras de petunias. Una colina. Las pulcras casas de Cedar Groves, Pennsylvania. Y frente a él...

Nueva York. Una visión fugaz de la bulliciosa esquina opuesta a su oficina. Una parte del edificio de hormigón, cristal y acero. Gente que se movía. Rascacielos. Enjambres de monojets que aterrizaban. Señales aéreas. Innumerables funcionarios que corrían hacia sus oficinas.

Librodot

Ellis avanzó sin prisa hacia la terminal de Nueva York. Había utilizado el instanmóvil las veces suficientes para saber cuántos pasos le bastaban: cinco pasos. Cinco pasos por el fluctuante túnel gris y habría recorrido doscientos cuarenta kilómetros. Se detuvo y miró atrás. Tres pasos hasta el momento. Ciento cuarenta y cuatro kilómetros. Más de la mitad de la distancia.

La cuarta dimensión era algo maravilloso.

Ellis se llevó la pipa a los labios, apoyó el maletín contra la pierna y buscó el tabaco en el bolsillo del abrigo. Todavía le quedaban treinta segundos para llegar al trabajo. Mucho tiempo. El encendedor de la pipa relumbró. Aspiró varias veces. Cerró el encendedor y lo devolvió a su bolsillo.

Algo maravilloso, en efecto. El instanmóvil ya había revolucionado la sociedad. Era posible trasladarse a cualquier lugar del mundo *al instante*, sin lapso de tiempo, sin necesidad de zambullirse en interminables carriles atestados de monojets. El problema del transporte se había convertido en una pesadilla desde mediados del siglo XX. Cada año aumentaba el número de familias que abandonaban la ciudad para irse a vivir al campo, lo cual agravaba los colapsos de tráfico que se producían en carreteras y autopistas.

Pero el problema ya estaba solucionado. Podían funcionar un número *infinito* de instanmóviles, sin que interfiriesen entre sí. El instanmóvil salvaba distancias no espaciales, a través de otra dimensión (le habían explicado esa parte con mucha claridad). Por mil créditos, cualquier familia terrícola podía adquirir un juego de aros instanmóviles; uno en el patio trasero, y el otro en Berlín, las Bermudas, San Francisco, Port Said, o en cualquier otra parte del mundo. Existía un inconveniente, desde luego. El aro tenía que fijarse en un lugar concreto. Se elegía el destino, y punto.

Sin embargo, resultaba perfecto para un oficinista. Entraba por un extremo y salía por el otro. Cinco pasos, doscientos cuarenta kilómetros. Doscientos cuarenta kilómetros que constituían una pesadilla de dos horas: marchas que rascaban, sacudidas repentinas, monojets que entraban y salían, conductores que corrían como locos, conductores imprudentes, policías apostados como buitres al acecho, úlceras y mal humor. Ahora, todo eso se había acabado. Al menos para él, como empleado de Desarrollo Terrestre, fabricante del instanmóvil. Y pronto para todo el mundo, cuando salieran al mercado.

Ellis suspiró. La hora de trabajar. Vería a Ed Hall subiendo de dos en dos los escalones del edificio, a Tony Franklin pisándole los talones. Tenía que empezar a moverse. Se agachó y alargó la mano hacia el maletín...

Fue entonces cuando les vio.

La fluctuante neblina gris era menos densa en aquel punto, y más débil el resplandor. El punto se hallaba a unos centímetros de la esquina del maletín.

Había tres figuras diminutas justo al otro lado de la neblina gris. Hombres increíblemente pequeños, no mayores que insectos. Le miraban con incrédulo estupor.

Ellis se olvidó del maletín y clavó la vista en ellos. Los tres hombres diminutos demostraron una estupefacción similar. Ninguno de ellos se movió, paralizados por la sorpresa. Henry Ellis se agachó, boquiabierto.

Una cuarta figurita se unió a las otras. Todas se quedaron petrificadas, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Vestían una especie de túnicas. Túnicas de color pardo y sandalias. Prendas extrañas, que no eran

propias de la Tierra. Todo en su aspecto denotaba que no eran terrícolas: su tamaño, sus rostros oscuros de peculiares tonos, su atavío..., y sus voces.

De repente, las figuritas empezaron a chillar entre sí, dando lugar a una extraña algarabía. Recuperados de su parálisis, empezaron a correr en grotescos y frenéticos círculos. Corrían a una velocidad increíble; se dispersaban como hormigas que hubieran caído en una sartén al rojo vivo. Corrían y brincaban, agitando brazos y piernas como posesos. No cesaban de chillar con sus agudas y estridentes voces.

Ellis encontró su maletín. Lo recogió con mucha lentitud. Las figuras contemplaron, con una mezcla de asombro y terror, como se alzaba la enorme valija, a escasísima distancia de ellas. Una idea atravesó la mente de Ellis. Santo Dios, ¿podrían introducirse en el instanmóvil, a través de la niebla gris?

No tenía tiempo de averiguarlo. Iba a llegar con retraso. Se liberó del hechizo y corrió hacia el final del túnel. Un segundo después salió al sol cegador y descubrió que se encontraba en la bulliciosa esquina frente a la que se alzaba su oficina.

—¡Hola, Hank! —gritó Donald Potter, mientras entraba corriendo en el edificio—. ¡Date prisa!

—Sí, sí.

Ellis le siguió como un autómata. El instanmóvil formaba un vago círculo sobre el pavimento, como el fantasma de una burbuja de jabón.

Subió corriendo la escalera y penetró en las oficinas de Desarrollo Terrestre. Su mente ya se había concentrado en el duro día que le esperaba.

Mientras cerraban con llave la puerta de la oficina y se preparaban para volver a casa, Ellis detuvo al coordinador Patrick Miller en la puerta de su despacho.

—Señor Miller, usted también es responsable de la parte de investigación, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Me gustaría preguntarle algo. ¿Adónde va el instanmóvil? Debe ir a algún sitio.

—Sale del continuo por completo. —Miller estaba impaciente por irse a casa—. Penetra en otra dimensión.

—Lo sé, pero..., ¿*dónde*?

Miller desdobló el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta y lo extendió sobre su escritorio.

—Quizá se lo pueda explicar mejor así. Imagine que usted es un ser de dos dimensiones y que este pañuelo representa su...

—Lo he visto un millón de veces —dijo Ellis, decepcionado—. Es una simple analogía, y no me interesa una analogía. Quiero una respuesta concreta. ¿Adónde va mi instanmóvil entre aquí y Cedar Groves?

—¿Y a usted qué demonios le importa? —rió Miller.

Ellis se puso en guardia de repente. Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Pura curiosidad. Estoy seguro que debe de ir a *algún sitio*.

Miller apoyó la mano sobre el hombro de Ellis, con el gesto de un hermano mayor cariñoso.

—Henry, viejo amigo, deje eso en nuestras manos. ¿De acuerdo? Nosotros somos los inventores, y usted el consumidor. Su trabajo consiste en utilizar

el instanmóvil, probarlo e informar de cualquier fallo o defecto para que funcione perfectamente cuando lo saquemos al mercado el año que viene.

—En realidad... —empezó Ellis.

—¿Sí?

Ellis no terminó la frase.

—Nada. —Tomó su maletín—. Nada en absoluto. Hasta mañana. Gracias, señor Miller. Buenas noches.

Salió a toda prisa del edificio. La tenue silueta de su instanmóvil era visible a la pálida luz del atardecer. El cielo ya estaba lleno de monojets que se marchaban. Trabajadores agotados iniciaban su largo viaje de vuelta a sus casas, en el campo. El trayecto interminable. Ellis caminó hacia el aro y entró en él. De súbito, el sol se desvaneció.

Se encontró de nuevo en el fluctuante túnel gris. Un círculo verde y blanco destellaba en el extremo más alejado. Verdes colinas ondulantes y su casa. Su patio trasero. El cedro y los lechos de flores. La ciudad de Cedar Groves.

Dos pasos por el túnel. Ellis se detuvo y se inclinó. Examinó el suelo del túnel. Examinó la pared gris nebulosa en el punto donde se alzaba y oscilaba..., y aquel lugar en el que había reparado.

Todavía continuaban allí. ¿*Todavía*? Se trataba de un grupo diferente. Esta vez había diez u once figuritas. Hombres, mujeres y niños. Se mantenían muy juntos, y le contemplaban con asombro y temor. No medirían más de un centímetro y medio. Figuras diminutas y distorsionadas, que cambiaban de forma, color y apariencia.

Ellis apresuró el paso. Las figuritas le vieron alejarse. Un breve vislumbre de su estupor microscópico..., y desembocó en su patio trasero.

Desconectó el instanmóvil y subió la escalera. Entró en su casa, abismado en sus pensamientos.

—Hola —gritó Mary desde la cocina.

Corrió hacia él con los brazos extendidos, vestida con una camisa de malla larga hasta los pies.

—¿Cómo ha ido el trabajo?

—Bien.

—¿Ha pasado algo? Estás... raro.

—No, no ha pasado nada. —Ellis depositó un beso en la frente de su mujer, absorto—. ¿Qué hay para cenar?

—Algo muy especial: filete de topo de Sirio. Uno de tus platos favoritos. ¿Va todo bien?

—Claro.

Ellis tiró el abrigo y el sombrero sobre la silla. La silla los dobló y apartó. El semblante de Ellis continuaba siendo pensativo y preocupado.

—Todo va bien, cariño.

—¿Estás *seguro* que no ha pasado nada? No habrás vuelto a discutir con Pete Taylor, ¿verdad?

—No, claro que no. —Ellis negó con la cabeza, molesto—. Todo va bien, cariño. Deja de martirizarme.

—Bien, eso *espero* —suspiró Mary.

A la mañana siguiente le estaban esperando.

Les vio nada más entrar en el instanmóvil. Un pequeño grupo que esperaba entre la neblina, como insectos atrapados en una masa de gelatina.

Librodot

Movían los brazos y las piernas con suma rapidez, intentando atraer su atención. Chillaban con sus débiles y patéticas voces.

Ellis se agachó. Estaban introduciendo algo por la pared del túnel, aprovechando la ínfima grieta abierta en la niebla gris. Era pequeño, tan increíblemente pequeño que apenas podía verlo. Un cuadrado blanco al final de un palo microscópico. Las figuritas le miraban con ansiedad. Sus rostros revelaban temor y esperanza, una esperanza suplicante y desgarradora.

Ellis tomó el diminuto cuadrado. Se desprendió del palo como un frágil pétalo de rosa. Se le escapó de los dedos y tuvo que tantear a su alrededor. Las figuritas siguieron con el corazón en un puño los movimientos de sus gigantescas manos, que exploraban el suelo del túnel. Por fin lo encontró y lo acercó a sus ojos.

Era demasiado pequeño para descifrarlo. ¿*Escritura*? Líneas diminutas..., pero no podía leerlas. Demasiado pequeñas para leerlas. Sacó su cartera y encajó el cuadrado entre dos tarjetas con sumo cuidado. Introdujo la cartera en su bolsillo.

—Lo miraré más tarde —dijo.

Su voz resonó en el túnel. El ruido provocó que los seres se dispersaran. Huyeron del resplandor grisáceo y se perdieron en la oscuridad, lanzando chillidos estremecedores. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, como ratones asustados. Estaba solo.

Ellis se arrodilló y aplicó el ojo a la parte más tenue del resplandor gris, donde le habían esperado. Distinguió algo borroso y distorsionado, oculto por una bruma vaga. Una especie de paisaje, confuso, difícil de distinguir.

Colinas. Árboles y cultivos. Pero tan borrosos y diminutos...

Consultó su reloj. ¡Santo Dios, las diez! Se puso en pie precipitadamente y corrió por el túnel, hasta salir al deslumbrante pavimento de Nueva York.

Llegaba tarde. Subió corriendo la escalera del edificio, recorrió el largo pasillo y llegó a su oficina.

A la hora de comer se dirigió a los laboratorios de investigación.

—Hola —saludó, cuando Jim Andrews pasó cargado con informes y aparatos—. ¿Tienes un momento?

—¿Qué quieres, Henry?

—Me gustaría pedirte prestado algo. Una lupa. —Reflexionó—. Aunque tal vez me vendría mejor un microscopio fotónico, de cien o doscientos aumentos.

—Cosas de niños. —Jim le tendió un pequeño microscopio—. ¿Diapositivas?

—Sí, un par de diapositivas borrosas.

Llevó el microscopio a su despacho. Lo colocó sobre el escritorio y apartó los papeles. Como medida de precaución, indicó a su secretaria, la señorita Nelson, que podía irse a comer. Después, con infinitas precauciones, sacó el pequeño trozo de papel de la cartera y lo deslizó entre las dos platinas.

Estaba escrito, en efecto, pero no entendió lo que ponía. Caracteres pequeños, complejos y entrelazados, desconocidos por completo.

Pasó un rato pensando. Después, marcó un número en el videófono interdepartamental.

—Póngame con el departamento de Lingüística.

Al cabo de unos momentos apareció el rostro afable de Earl Peterson.

—Hola, Ellis. ¿En qué puedo ayudarte?

Ellis vaciló. Tenía que proceder sin cometer ningún error.

—Hola, Earl. Quiero pedirte un pequeño favor.

—¿Como cuál? Cualquier cosa por un viejo amigo.

—Tienes..., hum, esa máquina ahí abajo, ¿no? Ese trasto de traducir que utilizas para trabajar en documentos sobre civilizaciones extraterrestres.

—Claro. ¿Por qué?

—¿Crees que yo podría utilizarla? —Hablaba con rapidez—. Es un asunto algo absurdo, Earl. Tengo un amigo que vive en, hum, Centauro VI, y me escribe en, hum, ya sabes, en el sistema semántico de los nativos centaurianos, y yo...

—¿Quieres que la máquina te traduzca una carta? Claro, me parece que podríamos hacerlo. Al menos, por esta vez. Baja.

Bajó. Consiguió que Earl le enseñara cómo funcionaba la máquina, y en cuanto Earl se volvió introdujo el diminuto cuadrado. La Máquina Lingüística zumbó. Ellis rezó en silencio para que el papel no fuera demasiado pequeño, para que no se colara entre las piezas de la maquinaria.

Al cabo de unos segundos surgió una cinta por la ranura. La cinta se cortó a sí misma y cayó en una bandeja. La Máquina Lingüística se enfrascó en seguida en otros asuntos, materiales más vitales procedentes de las diversas divisiones de exportación de DT.

Ellis desplegó la cinta con dedos temblorosos. Las palabras bailaron ante sus ojos.

Preguntas. Le hacían preguntas. Dios, la cosa se estaba complicando. Leyó las preguntas en voz baja. En menudo lío se había metido. Aquella gente esperaba respuestas. Él había aceptado su papel, se lo había llevado. Le estarían esperando cuando regresara a casa, muy probablemente.

Volvió a su despacho y marcó un número en el videófono.

—Póngame con el exterior —ordenó.

El monitor habitual apareció.

—¿Sí, señor?

—Póngame con la Biblioteca de Información Federal —dijo Ellis—. División de Investigación Cultural.

Aquella noche le esperaban, en efecto, pero no eran los mismos. Era extraño; cada vez había un grupo diferente. Sus ropas también eran algo diferentes. Una nueva apariencia. Y el paisaje del fondo había sufrido ligeras variaciones. Los árboles que había visto antes ya no estaban. Las colinas seguían en su sitio, pero el color era distinto. Un blancogrisáceo apagado. ¿Nieve?

Se agachó. Lo había hecho con esmero. Había introducido las respuestas de la Biblioteca de Información Federal en la Máquina Lingüística para que las tradujera en sentido inverso. Las respuestas estaban escritas en el mismo idioma de las preguntas..., pero en una hoja de papel más grande.

Ellis, como si jugara a canicas, lanzó la bolita de papel por el resplandor gris. Pasó por encima de seis o siete de las figuras expectantes y bajó rodando por la ladera de la colina sobre la que esperaban. Tras un momento de aterrorizada inmovilidad, las figuras se lanzaron frenéticamente tras ella. Desaparecieron en las vagas e invisibles profundidades de su mundo y Ellis se reincorporó.

—Bueno —murmuró para sí—, ya está.

No fue así. A la mañana siguiente había un nuevo grupo..., y una nueva lista de preguntas. Las figuritas empujaron su microscópico cuadrado de

papel por la estrecha abertura de la pared del túnel y esperaron, temblorosos, a que Ellis se agachara y lo tomara.

Lo encontró..., por fin. Lo guardó en la cartera y prosiguió su camino. Desembocó en Nueva York con el ceño fruncido. La cosa se estaba poniendo seria. ¿Iba a convertirse en un trabajo continuado?

Después, sonrió. Era lo más extraño que jamás le había sucedido. Aquellos tunantes, a su manera, eran muy listos. Diminutos rostros graves, que la preocupación deformaba. Y también el terror. Le tenían miedo, mucho miedo. ¿Y por qué no? Comparado con ellos, era un gigante. Ellis hizo conjeturas acerca de su mundo. ¿Cómo sería su planeta? Su extrema pequeñez era peculiar, pero el tamaño era una cuestión relativa. Pequeño, no obstante, comparado con él. Pequeño y reverente. Mientras empujaban hacia él los papeles, percibía su temor, la ansiosa y torturante esperanza. Dependían de él. Rezaban para que les proporcionara respuestas.

—Un trabajo de lo más original —dijo para sí, sonriente.

—¿Qué pasa? —preguntó Peterson, cuando apareció en el laboratorio de Lingüística a mediodía.

—Bueno, es que he recibido otra carta de mi amigo de Centauro VI.

—¿Sí? —El rostro de Peterson transparentó cierta suspicacia—. No me estarás tomando el pelo, ¿verdad, Henry? Esta máquina tiene un montón de trabajo que hacer. No se detiene ni un momento. No debemos desperdiciar su tiempo en...

—Esto es muy serio, Earl. —Ellis palmeó su cartera—. Un asunto muy importante. No es un pasatiempo.

—De acuerdo. Si tú lo dices... —Peterson dio su aprobación al equipo que se encargaba de la máquina—. Deja que este tipo utilice el traductor, Tommie.

—Gracias —murmuró Ellis.

Repitió la rutina, obtuvo la traducción, se llevó las preguntas a su despacho y las pasó al personal investigador de la Biblioteca. Al caer la noche ya tenía las respuestas en el idioma de las preguntas y las guardó en la cartera. Ellis salió del edificio de Desarrollo Terrestre y entró en el instanmóvil.

Como de costumbre, un nuevo grupo le esperaba.

—Hola, chicos —saludó Ellis, introduciendo la bolita de papel por la abertura.

La bolita rodó por la campiña microscópica y rebotó de colina en colina. Los enanitos la persiguieron. Se movían de una forma curiosa, como si tuvieran las piernas agarrotadas. Ellis contempló sus evoluciones, sonriendo con interés..., y orgullo.

Se movían muy de prisa, no quedaba duda. Apenas podía distinguirlos. Se habían alejado como un rayo del resplandor. Por lo visto, sólo una ínfima parte de su mundo era tangente al instanmóvil. Sólo aquel punto, donde la niebla resplandeciente era menos densa. Forzó la vista.

Estaban abriendo la bolita. Tres o cuatro figuritas alisaron el papel y examinaron las respuestas.

Ellis, henchido de orgullo, continuó por el túnel y salió a su patio trasero. No sabía leer sus preguntas y, una vez traducidas, no sabía responderlas. El departamento de Lingüística se encargaba de la primera parte, y el personal de investigación de la Biblioteca completaba el resto. Con todo, Ellis se sentía orgulloso. Experimentaba en su interior una profunda y ardiente

sensación. La expresión de sus rostros. La forma en que le miraban cuando veían el papel con las respuestas en su mano. Cuando se dieron cuenta que iba a contestar a sus preguntas. Y la manera en que se dispersaban a continuación. Era muy… satisfactorio. Le hacía sentirse en la gloria.

—No está mal —murmuró. Abrió la puerta trasera y entró en la casa—. No está nada mal.

—¿Qué no está mal, cariño? —preguntó Mary, alzando la vista de la mesa. Olvidó la revista y se levantó—. Caramba, pareces muy *feliz*. ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¡Nada en absoluto! —La besó ardientemente en la boca—. Esta noche estás guapísima, pequeña.

—¡Oh, Henry! —Mary enrojeció de pies a cabeza—. Eres un encanto.

Examinó a su esposa con una mirada apreciativa. Llevaba un conjunto de dos piezas de plástico transparente.

—Vistes unos fragmentos de lo más atractivo.

—¡Caray, Henry! ¿Qué te ha pasado? ¡Pareces tan…, *tan fogoso*!

—Oh, creo que disfruto con mi trabajo —sonrió Ellis—. Ya sabes, no hay nada como estar orgulloso de tu trabajo. Un trabajo bien hecho, como suele decirse. Un trabajo del que puedes estar orgulloso.

—Siempre has dicho que sólo eras una pieza en una gigantesca máquina impersonal, una especie de número.

—Las cosas han cambiado —afirmó Ellis—. Estoy haciendo un, hum, un nuevo proyecto. Un nuevo encargo.

—¿Un nuevo encargo?

—Reúno información. Algo así como… un trabajo creativo, por así decirlo.

Al finalizar la semana les había entregado un buen conjunto de información.

Tomó la costumbre de marcharse a trabajar a las nueve y media. Así se regalaba treinta minutos para ponerse a cuatro patas y escudriñar por la abertura. Adquirió una buena práctica en observarles y ver lo que hacían en su mundo microscópico.

Su civilización era bastante primitiva, sin duda alguna. Juzgando por los criterios de la Tierra, ni siquiera era una civilización. De sus observaciones dedujo que carecían de técnicas científicas; se trataba de una cultura agraria, una especie de comunismo rural, una organización monolítica de base tribal, sin demasiados miembros.

No a la vez, al menos. Ésa era la parte que no comprendía. Cada vez que pasaba había un grupo diferente. Los rostros no le resultaban familiares. Y su mundo también cambiaba. Los árboles, los cultivos, la fauna. El clima, en apariencia.

¿Transcurría su tiempo de manera distinta? Se movían con mucha rapidez, como una cinta de vídeo acelerada. Y sus voces estridentes. Tal vez era eso. Un universo totalmente diferente, en el que la estructura del tiempo poseía diferencias radicales.

En cuanto a su actitud ante él, no podía llamarse a engaño. Después de los dos primeros encuentros empezaron a presentarle ofrendas, porciones increíblemente diminutas de comida humeante, preparada en hornos y hogares de ladrillo. Si introducía la nariz en el resplandor gris captaba un tenue aroma a comida. Y olía bien. Fuerte y condimentada, picante. Carne, con toda probabilidad.

El viernes se proveyó de una lupa y los contempló a sus anchas. Era carne, en efecto. Arrastraban animales del tamaño de una hormiga hacia los hornos, para sacrificarlos y cocinarlos. Divisó mejor sus rostros con la lupa. Eran extraños. Fuertes y oscuros, con una peculiar mirada firme.

Sólo manifestaban una actitud ante *él*, por supuesto. Una combinación de miedo, reverencia y esperanza. Esa actitud le encantaba. Se la dedicaban sólo a él. Gritaban y discutían entre sí, y a veces peleaban y se acuchillaban con furia, formando una violenta confusión de túnicas pardas. Constituían una especie apasionada y enérgica. Llegó a admirarles.

Y eso estaba bien..., porque le hacía sentirse mejor. Era fantástico recibir la admiración reverente de una raza tan orgullosa y tenaz. No demostraban la menor cobardía.

La quinta vez descubrió que habían construido un edificio bastante atractivo. Parecía un templo, un lugar de adoración.

¡Para él! Estaban desarrollando una auténtica religión, centrada en él. No existía duda. Salía de casa a las nueve de la mañana para pasar una hora en su compañía. A mediados de la segunda semana ya habían desarrollado todo un ritual. Procesiones, velas encendidas, canciones o cánticos. Sacerdotes de largos hábitos. Y las ofrendas condimentadas.

No vio imágenes, sin embargo. Por lo visto, era tan grande que no podían hacerse una idea de su apariencia. Intentó imaginar cuál sería su aspecto desde el otro lado del resplandor. Una forma inmensa que se cernía sobre ellos, tras una cortina de niebla gris.

Un ser borroso, parecido a ellos, pero no igual. Una especie diferente, por supuesto. Más grande..., pero diferente en otros aspectos. Y cuando hablaba, su voz atronaba a lo largo y ancho del instanmóvil. Lo cual les impulsaba a huir.

Una religión desarrollada. Él les estaba cambiando. Gracias a su presencia y a sus respuestas, las respuestas precisas y correctas que obtenía de la Biblioteca de Información Federal y traducía a su idioma mediante la Máquina Lingüística. Debido a la forma en que transcurría *su* tiempo, tenían que esperar generaciones para obtener las respuestas. Pero a estas alturas ya se habían acostumbrado. Esperaban. Aguardaban. Le transmitían sus preguntas y al cabo de un par de siglos él les entregaba las respuestas, respuestas que, sin duda, utilizaban para algo práctico.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Mary una noche, cuando llegó una hora más tarde a casa—. ¿Dónde has estado?

—Trabajando —contestó Ellis con indiferencia, mientras se quitaba el sombrero y el abrigo. Se desplomó en el sofá—. Estoy cansado, muy cansado. —Suspiró de alivio e indicó con un gesto al brazo del sofá que le trajera un whisky sour.

Mary se acercó al sofá.

—Henry, estoy un poco preocupada.

—¿Preocupada?

—No deberías trabajar tanto. Tendrías que tomártelo con más calma. ¿Cuánto hace que no disfrutas de unas auténticas vacaciones? Un viaje fuera de la Tierra, fuera del sistema. La verdad es que me gustaría llamar a ese tal Miller y preguntarle si es necesario que un hombre de tu edad ponga tanto...

—¡Un hombre de mi edad! —Ellis se revolvió, indignado—. No soy tan viejo.

—Claro que no. —Mary se sentó a su lado y le rodeó con sus brazos—. No deberías trabajar tanto. Te mereces un descanso, ¿no crees?

—Esto es diferente. No lo entiendes. No es lo mismo de siempre. Informes, estadísticas y los malditos archivos. Esto es...

—¿El qué?

—Esto es *diferente*. No soy una pieza. Esto me gratifica. Creo que no puedo explicártelo, pero se trata de algo que debo hacer.

—Si pudieras contarme algo más...

—No puedo contarte nada más —dijo Ellis—, pero no existe nada igual en el mundo. He trabajado veinticinco años para Desarrollo Terrestre. Veinticinco años en los mismos informes, día tras día. Veinticinco años..., y nunca me había sentido así.

—Ah, ¿sí? —rugió Miller—. ¡No me venga con monsergas! ¡Desembuche, Ellis!

Ellis boqueó como un pez.

—¿De qué está hablando? —El terror se apoderó de él—. ¿Qué ha pasado?

—No intente jugar *conmigo* al gato y al ratón. —En la pantalla, el rostro de Miller se tiñó de púrpura—. Venga a mi despacho.

La pantalla se apagó.

Ellis siguió sentado ante su escritorio, estupefacto. Se recobró poco a poco y se puso en pie, temblando como una hoja.

—Dios mío.

Se secó el sudor frío de la frente, sin fuerzas. De repente, todo arruinado. Estaba aturdido por la conmoción.

—¿Algo va mal? —preguntó la señorita Nelson.

—No.

Ellis avanzó como atontado hacia la puerta. Estaba destrozado. ¿Qué había descubierto Miller? ¡Santo Dios! ¿Era posible que...?

—El señor Miller parecía enfadado.

—Sí.

Ellis caminó por el pasillo, sin ver nada. Su mente funcionaba a toda máquina. Miller parecía muy enfadado. De alguna manera, lo había descubierto. Pero, ¿por qué se había enfurecido? ¿Qué le importaba a él? Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. La cosa tenía mal aspecto. Miller era su superior..., con poderes para contratar y despedir. Tal vez había cometido alguna equivocación. Tal vez, sin saberlo, había quebrantado la ley, cometido un delito. Pero, ¿cuál?

¿Qué le importaban *ellos* a Miller? ¿Cuál era el interés de Desarrollo Terrestre?

Abrió la puerta del despacho de Miller.

—Aquí estoy, señor Miller —murmuró—. ¿Cuál es el problema?

Miller echaba chispas por los ojos.

—Ese ridículo asunto de su primo de Próxima.

—Es... Hum... Se refiere a un amigo de negocios de Centauro VI.

—¡Es usted un..., un estafador! ¡Después de todo lo que la empresa ha hecho por usted!

—No entiendo —musitó Ellis—. ¿Qué he...?

—¿Por qué cree que le hicimos entrega del instanmóvil antes que a nadie?

—¿Por qué?

—¡Para *probarlo*! ¡Para ver cómo funcionaba, repugnante chinche venusino de ojos saltones! La empresa le consintió magnánimamente manejar un instanmóvil antes de su presentación en el mercado, ¿y qué hace usted? Demonios, usted...

Ellis empezó a indignarse. Después de todo, llevaba veinticinco años en DT.

—No es necesario que sea tan ofensivo. Desembolsé mis mil créditos de oro a cambio...

—Bien, puede largarse con viento fresco al despacho del contable y recuperar su dinero. Ya he cursado la orden al equipo de construcción para que embale su instanmóvil y lo devuelva aquí.

Ellis estaba patidifuso.

—Pero, ¿*por qué*?

—¿Cómo que por qué? Porque es defectuoso. Porque no funciona. Por eso. —La ofensa tecnológica arrancó chispas de los ojos de Miller—. El equipo de inspección encontró una grieta de un kilómetro de ancho. —Torció los labios—. Como si usted no lo supiera.

El corazón de Ellis dio un salto.

—¿Una grieta? —graznó, temiendo lo peor.

—Una grieta. Por suerte autoricé una inspección periódica. Si dependiéramos de gente como usted para...

—¿Está *seguro*? A mí me parecía que funcionaba muy bien. O sea, me traía aquí sin el menor problema. —Ellis luchaba por encontrar las palabras—. En lo que a mí respecta, ninguna queja.

—No, claro, ninguna queja. Esa es la razón exacta por la que no tendrá ninguno más. Por eso tomará esta noche el monojet para volver a su casa. ¡Porque no informó sobre la grieta! Y si vuelve a intentar ocultarle algo a esta oficina...

—¿Cómo sabe que me había dado cuenta del... defecto?

Miller se hundió en su butaca, sobrecogido de furia.

—A causa de sus peregrinajes diarios a la Máquina Lingüística —dijo poco a poco—. Con la falsa carta de su abuela de Betelgeuse II. Lo cual no era cierto. Lo cual era un fraude. ¡Lo cual obtenía usted a través de la grieta del instanmóvil!

—¿Cómo lo sabe? —chilló Ellis, atrapado entre la espada y la pared—. Es posible que tuviera un defecto, pero usted no puede demostrar que existe una relación entre su instanmóvil defectuoso y mi...

—Su misiva —afirmó Miller—, la que introdujo en nuestra Máquina Lingüística, no estaba escrita en un lenguaje extraterrestre. No era de Centauro VI. No procedía de algún sistema alienígena. Era hebreo antiguo. Y sólo pudo conseguirlo en un sitio, Ellis, de forma que no intente engañarme.

—¡Hebreo! —exclamó Ellis, aturdido. Palideció como la cera—. Santo Dios. El otro continuo... La cuarta dimensión. El tiempo, por supuesto. —Se puso a temblar—. Y el universo en expansión. Eso explicaría su tamaño. Y explica por qué un grupo nuevo, una nueva generación...

—Ya corremos bastantes riesgos con estos instanmóviles, tal como son ahora. Practicar un túnel en el continuo espaciotemporal... —Miller sacudió la cabeza, agotado—. Maldito entrometido. Usted *sabía* que debía informarnos de cualquier defecto.

—Me parece que no he hecho ningún daño, ¿verdad? —Ellis estaba terriblemente nervioso—. Parecían complacidos, incluso agradecidos. Demonios, estoy seguro que no causé ningún perjuicio.

Miller lanzó un alarido de rabia demente. Paseó un rato por el despacho. Por fin, tiró algo sobre el escritorio, frente a Ellis.

—Ningún perjuicio. No, ninguno. Fíjese en esto. Lo he sacado de los Archivos de Artefactos Antiguos.

—¿Qué es?

—¡Mírelo! Lo comparé con una de sus hojas de preguntas. Lo mismo. *Exactamente* lo mismo. Todas sus hojas, preguntas y respuestas, se hallan aquí, ¡sarnoso ciempiés ganimediano!

Ellis tomó el libro y lo abrió. Mientras leía las páginas, una extraña mirada iluminó su rostro.

—Santo cielo. Registraron todo cuanto les proporcioné. Lo reunieron en un libro, hasta la última palabra. Y también algunos comentarios. Todo está aquí, palabra por palabra. *Ejerció* un efecto, por tanto. Lo publicaron, lo reprodujeron.

—Vuelva a su despacho. Ya me he cansado de verle por hoy. Me he cansado para siempre. Recibirá el talón del finiquito por los conductos habituales.

Una extraña emoción provocó que el rostro de Ellis enrojeciera, como si estuviera en trance. Aferró el libro y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Miller, ¿puedo quedármelo? ¿Puedo llevármelo?

—Claro —respondió Miller, exhausto—. Claro, lléveselo. Léalo esta noche, camino de su casa, en el monojet público.

—Henry quiere enseñarte algo —susurró excitada Mary Ellis, tomando a la señora Lawrence por el brazo—. No metas la pata.

—¿Que no meta la pata? —La señora Lawrence vaciló, nerviosa y algo inquieta—. ¿Qué es? No será algo vivo, ¿verdad?

—No, no. —Mary la empujó hacia la puerta del estudio—. Limítate a sonreír. —Alzó la voz—. Henry, Dorothy Lawrence está aquí.

Henry Ellis apareció en la puerta del estudio, una figura digna en su bata de seda, con la pipa en la boca y una pluma estilográfica en una mano. Hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Buenas noches, Dorothy —dijo en voz baja, bien modulada—. ¿Te importa entrar en mi estudio un momento?

—¿Estudio? —La señora Lawrence cruzó el umbral, indecisa—. ¿Qué estudias? Bueno, Mary me ha dicho que has estado haciendo algo muy interesante últimamente, ahora que ya no estás en... O sea, ahora que te quedas más en casa. De todas formas, no me ha dado la menor pista.

Los ojos de la señora Lawrence vagaron con curiosidad por la habitación. El estudio estaba lleno de libros de consulta, mapas, un enorme escritorio de caoba, un atlas, un globo terráqueo, butacas de piel y una máquina de escribir eléctrica inconcebiblemente antigua.

—¡Santo Dios! —exclamó la mujer—. Qué extraño. Tantas antigüedades...

Ellis sacó algo del librero con infinito cuidado y se lo tendió, como sin darle importancia.

—A propósito... Échale una ojeada a esto.

—¿Qué es? ¿Un libro? —La señora Lawrence tomó el libro y lo examinó—. Dios mío, cómo pesa. —Leyó la cubierta, moviendo los labios—. ¿Qué

significa esto? Parece muy antiguo. ¡Y qué letras tan extrañas! Nunca había visto nada igual. *Sagrada Biblia*. —Alzó sus ojos brillantes—. ¿Qué es esto?

—Bueno... —Ellis esbozó una sonrisa.

La señora Lawrence tuvo una intuición y se quedó sin aliento.

—¡Santo Cielo! No habrás *escrito* esto, ¿verdad?

La sonrisa de Ellis se hizo más amplia. Enrojeció de modestia, digno y sereno.

—Una cosa sin importancia —murmuró, indiferente—. Mi primera obra, para ser exacto. —Acarició la pluma con aire pensativo—. Y ahora, con vuestro permiso, debo volver a mi trabajo...

NOTAS

Todas las notas en cursiva son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *The Best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The Golden Man* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la Scott Meredith Literary Agency. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecomillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendente a recomponer esta cronología fue obra de Gregg Rickman y Paul Williams.

LA VIEJECITA DE LAS GALLETAS (The Cookie Lady) (278-1952). Fantasy Fiction, junio de 1953.

DETRAS DE LA PUERTA (Beyond the Door) (29-8-1952). Fantastic Universe, enero de 1954.

LA SEGUNDA VARIEDAD (Second Variety) (3-10-1952). Space Science Fiction, mayo de 1953.

Mi gran tema (¿quién es humano, y quién aparenta o se enmascara de ser humano?) emerge en toda su plenitud. A menos que podamos, individual y colectivamente, estar seguros de la respuesta a esta pregunta, nos enfrentamos al que, desde mi punto de vista, es el problema más serio posible. Sin darle la respuesta adecuada, ni siquiera podemos estar seguros de nosotros mismos. Si ni tan sólo puedo conocerme a mí mismo, mucho menos a los demás. Por tanto, sigo trabajando en el tema; para mí, no hay pregunta más importante. Y es muy difícil obtener la respuesta (1976).

EL MUNDO DE JON (Jons World) («Jon») (21-10-1952). Time to Come, publicada por August Derleth, Nueva York, 1954.

LOS CAZADORES CÓSMICOS (The Cosmic Poachers) («Burglar») (22-10-1952). Imagination, julio de 1953.

PROGENIE (Progeny) (3-11-1952). If, noviembre de 1954.

ALGUNAS CLASES DE VIDA (Some Kinds of Life) («The Beleaguered») (3-11-1952). Fantastic Universe, octubre-noviembre de 1953 (bajo el seudónimo de Richard Phillips).

LOS MARCIANOS LLEGAN EN OLEADAS (Martians Come in Clouds) («The Buggies») (5-11-1952). Fantastic Universe, juniojulio de 1954.

EL ABONADO (The Commuter) (19-11-1952). Amazing, agosto-septiembre de 1953.

EL MUNDO QUE ELLA DESEABA (The World She Wanted) (24-11-1952). Science Fiction Quarterly, mayo de 1953.

UNA INCURSIÓN EN LA SUPERFICIE (A Surface Raid) (212-1952). Fantastic Universe, julio de 1955.

PROYECTO: TIERRA (Project: Earth) («One Who Stole») (61-1953). Imagination, diciembre de 1953.

PROBLEMAS CON LAS BURBUJAS (The Trouble with Bubbles) («Plaything») (13-1-1953). If, septiembre de 1953.

DESAYUNO EN EL CREPÚSCULO (Breakfast at Twilight) (17-1-1953). Amazing, julio de 1954.

Estás en tu casa, los soldados tiran abajo la puerta y te dicen que estás en plena Tercera Guerra Mundial. Algo ha fallado en el tiempo. Me gusta jugar con la idea de las categorías básicas de la realidad, como el espacio y el tiempo, y quebrantarlas. Supongo que se debe a mi gusto por el caos (1976).

UN REGALO PARA PAT (A Present for Pat) (17-1-1953). Startling Stories, enero de 1954.

EL FABRICANTE DE CAPUCHAS (The Hood Maker) («Immunity») (26-1-1953). Imagination, junio de 1955.

SOBRE MANZANAS MARCHITAS (Of Withered Apples) (26-1-1953). Cosmos Science Fiction and Fantasy, julio de 1954.

HUMANO ES (Human Is) (2-2-1953). Startling Stories, invierno de 1955.

En mi opinión, este relato establece mis primeras conclusiones sobre lo que es humano. Mi punto de vista no ha cambiado desde que escribí el relato, allá por los años cincuenta. No es tu aspecto o en qué planeta has

nacido. Depende de lo bondadoso que seas. La bondad, a mi juicio, nos distingue de las rocas, los palos y el metal, y así será siempre, independientemente de la forma que adoptemos, adónde vayamos y en qué nos transformemos. Para mí, Humano es constituye mi credo. Quizá también sea el vuestro (1976).

EQUIPO DE AJUSTE (Adjustment Team) (11-2-1953). Orbit Science Fiction, septiembre-octubre de 1954.

EL PLANETA IMPOSIBLE (The Impossible Planet) («Legend») (11-2-1953). Imagination, octubre de 1953.

IMPOSTOR (Impostor) (24-2-1953). Astounding, junio de 1953.

Ésta fue mi primera historia sobre el tópico ¿soy humano o sólo estoy programado para creer que soy humano? Si pensáis que la escribí en 1953, me atrevo a decir que fue una fantástica idea nueva en la cf.

Por supuesto, a estas alturas la he repetido hasta la saciedad, pero el tema aún me preocupa. Es un tema importante, porque nos obliga a preguntarnos: ¿qué es un humano?, y... ¿qué no es? (1976).

JAMES P. CROW (James P. Crow) (17-3-1953). Planet Stories, mayo de 1954.

PLANETA DE PASO (Planetfor Transients) («The Itinerants») (23-3-1953). Fantastic Universe, octubre-noviembre de 1953. Partes de este relato fueron adaptadas para la novela Deus Irae.

LA MAQUETA (Small Town) («Engineer») (23-3-1953). Amazing, mayo de 1954.

En este relato, las frustraciones de una persona insignificante derrotada (insignificante en términos de poder, en particular el poder sobre los demás) poco a poco se transforman en algo siniestro: la fuerza de la muerte. Al releer este relato (que no es de cf, sino de fantasía), me impresiona el cambio sutil que se produce en el protagonista, de Ser Pisoteado a Pisoteador. Al principio, Verne Haskel aparece como el prototipo del ser humano impotente, pero esto oculta un impulso interior que es cualquier cosa excepto débil. Si es como yo digo, la persona pisoteada puede llegar a ser muy peligrosa. Tened cuidado con la forma de maltratarlo; puede enmascarar a thanatos, el enemigo de la vida. Tal vez no desee en secreto gobernar; tal vez desee destruir (1979).

UN RECUERDO (Souvenir) (26-3-1953). Fantastic Universe, octubre de 1954.

EQUIPO DE EXPLORACIÓN (Survey Team) (3-4-1953). Fantastic Universe, mayo de 1954.

AUTOR, AUTOR (Prominent Author) (20-4-1953). If, mayo de 1954.

FIN